



Colección
Espaciotiempo N° 4

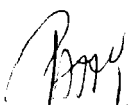
Universidad de Otavalo
Plutarco Cisneros Andrade
Canciller
Ing. Raúl Sotomayor Plaza MBA.
Rector (E)
Dra. Mariana Guzmán Villena
Vicerrectora Académica (E)

Comité Editorial
Dra. Susana Cordero de Espinosa
Lic. Elenà Francés Herrero

Coordinador de Publicaciones
Ing. Hernán Jaramillo Cisneros

Hernán Jaramillo Cisneros
(Compilador)

**EL INSTITUTO OTAVALEÑO DE
ANTROPOLOGÍA: SUS PUBLICACIONES
1966 - 2007**


Julio. 2008
UIB

Otavaló - 2007

**Centro de Investigaciones UO.
-CEDIN.UO-**

**www.universidaddeotavalo.edu.ec
cedin.uo@universidaddeotavalo.edu.ec
Casilla de Correo: 10 – 02 – 06
Avenida de Los Sarances s/n
Otavalo – Ecuador**

**© Derechos reservados conforme a la ley.
ISBN: 027896 Colección espaciotiempo N° 4**

**© Hernán Jaramilo Cisneros
Universidad de Otavalo
Primera edición. - Ediciones Carateres Impresos
Ediciones Carateres Impresos, (ECI):
Diagramación y diseño: Julio D. Sandoval**

**Ediciones Carateres Impresos (ECI) Sucre y Guzmán, esq. Quichinche (Otavalo) Ecuador.
Teléfono: (593) 062 923 665. Celular: 085 249 176 / 082 629 267 Casilla: 10 – 02 - 19
Printed in Ecuador - Impreso en Ecuador - 2007**

ÍNDICE

Colección Pendoneros			Pag.
1	Glosario arqueológico	José Echeverría	19
2	El proceso evolutivo en las sociedades complejas y la ocupación del período tardío-cara en los Andes septentrionales del Ecuador	John Stephen Athens, II	20
3,4,5	Cochasquí: estudios arqueológicos	Udo Oberem	24
6,7	Los incas en el Ecuador: análisis de los restos materiales I y II	Albert Meyers	25
8	Área septentrional andina norte: arqueología y etnohistoria	José Echeverría A. & María Victoria Uribe	30
9	La arqueoastronomía en las investigaciones de las culturas andinas	Mariusz Ziolkowski & Robert M. Sadowski	32
10	Los señores étnicos de Quito en la época de los incas	Frank Salomon	35

11,12	Demografía y asentamientos indígenas en la sierra norte del Ecuador en el siglo XVI. Estudio etnográfico de las fuentes tempranas (1525-1600)	Horacio Larrain Barros	57
13	Los curacazgos pastos prehispánicos: agricultura y comercio, siglo XVI	Cristóbal Landázuri N.	66
14,15	Cronistas de raigambre indígena	Horacio Larrain Barros	70
16	Los quijos	Udo Oberem	88
17,18	Numeraciones del repartimiento de Otavalo	Juan Freile-Granizo	96
20,21	Contribución a la etnohistoria ecuatoriana	Segundo Moreno Yáñez & Udo Oberem	97
22	La vida en Otavalo en el siglo XVIII	Iveline Lebret	103
23	La audiencia de Quito. Aspectos económicos y sociales (siglos XVI-XVIII)	Cristiana Borchart de Moreno	106
24,25	Resúmenes de actas republicanas. Cabildo de Otavalo, siglo XIX	Juan Freile-Granizo	110
28	Guamote: campesinos y comunas	Diego A. Iturralde	112
30	Campesinos y haciendas de la sierra norte	M. Cristina Farga Hernández & José Almeida Vinuesa	125
32	Transformaciones culturales y etnicidad en el Ecuador contemporáneo	Norman E. Whitten, Jr.	131
33	La medicina tradicional ecuatoriana	Silvia Argüello M. & Ricardo Sanhueza A.	140
36	Etnicidad, estructura social y poder en Manta: occidente ecuatoriano	Marcelo Fernando Naranjo	143
37,38,39	Diagnóstico socio-económico de la provincia de Esmeraldas	Marco Jaramillo (coord.)	148
40	Simbolismo y ritual en el Ecuador andino. El quichua en el español de Quito	Ruth Moya	156
41	Temas y cultura quichua en el Ecuador	Ileana Almeida	163
42	Léxico y símbolo en Juan Montalvo	Juan Valdano	165

43	Literatura popular afroecuatoriana	Carlos Alberto Coba	170
44	Literatura oral tradicional del norte del Ecuador	Carlos Alberto Coba	176
45	Artesanos campesinos: desarrollo socio- económico y proceso de trabajo en la artesanía textil de Otavalo	Peter C. Meier	185
46,47	Instrumentos musicales populares registrado en el Ecuador	Carlos Alberto Coba	194
48,49,50	Inventario de diseños en tejidos indígenas de la provincia de Imbabura	Hernán Jaramillo Cisneros	203
60,61	Cayambes y carangues: siglos XV-XVI. El testimonio de la etnohistoria	Waldemar Espinoza Soriano	

Colección Curiñán

1	Maíz, regalo de los dioses	José Echeverría A. & Cristina Muñoz G.	209
2	Motivos decorativos tradicionales en los tejidos de Imbabura	Hernán Jaramillo Cisneros	212
3,4,5	Cayambes y carangues: siglos XV-XVI. El testimonio de la etnohistoria	Waldemar Espinoza Soriano	217
6	El lenguaje simbólico de los Andes septentrionales del Ecuador	José Echeverría Almeida	232

Colección Otavalo en la Historia

1	Las sociedades prehispánicas en la sierra norte del Ecuador	José Echeverría Almeida	237
2.	Historia antigua del país Imbaya	Segundo E. Moreno Y.	246
3	El corregimiento de Otavalo: territorio, población y producción textil (1535-1808)	Christiana Borchart de Moreno	248
20	Viajeros en la región de Otavalo	Jorge Gómez Rendón	253
22	Las gentes del corregimiento	Fernando Jurado Noboa	268

44	Otavalo: entre lo dicho y lo secreto	Hernán Rodríguez Castelo & Pascal Houy	270
51	Los aborígenes de Imbabura y del Carchi	Federico González Suárez	270
52	Monografía del cantón de Otavalo	Amable Agustín Herrera	276
54	El Valle del Amanecer	Anibal Buitrón & John Collied, Jr.	281
59,60	Fernando Chaves	Irving Iván Zapater	286
56	Pensamiento otavaleño	Plutarco Cisneros Andrade	322

Breviarios de cultura

Folklore literario del área de Otavalo (I tomos)	Plutarco Cisneros Andrade	329
Folklore literario del área de Otavalo (II tomos)	Plutarco Cisneros Andrade	330
Tenencia de la tierra en las comunidades legalmente constituidas	Byron Jaramillo Cisneros	331
Corregidores de Otavalo	Víctor Alejandro Jaramillo	334

Revista Sarance

25 números	337
------------	-----

Revista Sarance – Números extraordinarios

I	Homenaje póstumo al Dr. Enrique Garcés Cabrera	395
II,III,IV	Memorias de Segundo Manuel Jaramillo	396
V	Homenaje en el centenario del nacimiento de Isaac J. Barrera	399
VI	Homenaje a Otavalo	400
VII	500 años: 1492-1992	401
VIII	Otavalo de ayer (Alfonso Cisneros Pareja)	402
IX	Homenaje a los integrantes de la Liga de Cultura «José Vasconcelos»	403
X	Homenaje póstumo al Dr. Gonzalo Rubio Orbe	405

Ensayos locales

1	La fiesta del yamor	Edwin Narváez R.	409
2	Estudios de arqueología	Fernando Plaza Schuller	411
3	Por las calles de Otavalo	Hernán Jaramillo Cisneros	413
4	<i>Presencia</i> en las calles de Otavalo	Fausto Jaramillo Yerovi	423

Revista Curiñán

Primera etapa (2 números)	433
Segunda etapa (9 números)	435

Otras publicaciones

Artesanía textil de la sierra norte del Ecuador	Hernán Jaramillo Cisneros	453
Así somos nosotros	César Guerra Dávila	455
Boletín No. 1	IOA	456
Claves y secretos de la literatura de la literatura infantil y juvenil	Hernán Rodríguez Castelo	457
Contacto y conflicto	Jeffrey D. Ehrenreich	462
El coraza, ritual andino	Berta Ares Queija	477
El complejo de fortalezas de Pambamarca	Fernando Plaza Schuller	479
El homo sapiens otavalensis	César Vásquez Fuller	480
El Instituto Otavaleño de Antropología	Plutarco Cisneros Andrade	481
El IOA: cultura y crisis	Marcelo Valdospinos R.	483
El valle del amanecer (<i>The awakening valley</i>)	Aníbal Buitrón & John Collied, Jr.	484
En lo alto grande laguna	Álvaro San Félix	488
Espejo, alias Chushig. Caudillo en llamas	Álvaro San Félix	489
Estudio preliminar de políticas de desarrollo	Varios autores	489
Faros existenciales	Marcelo Valdospinos R.	491
Homenaje a César Dávila Andrade	IOA	491
Imbabura telúrica	Marcelo Valdospinos R.	492
Investigaciones arqueológicas en la sierra norte del Ecuador (<i>Archaeological investigations in the highlands of northern Ecuador</i>)	John Stephens Athens & Alan J. Osborn	495
Investigaciones sociales en Otavalo	Aníbal Buitrón	497
La búsqueda y el encuentro	Álvaro San Félix	500
La incursión inca en el septentrión andino ecuatoriano	Fernando Plaza Schuller	502
La investigación folklórica	Plutarco Cisneros A.	506
Pabellón de Folklore	Plutarco Cisneros A.	507
La otavaleñidad	Marcelo Valdospinos R.	507
Lengua y cultura en el Ecuador	Ileana Almeida y otros	509
Léxico sexual ecuatoriano y latinoamericano	Hernán Rodríguez Castelo	511
Literatura ecuatoriana: 1830-1980	Hernán Rodríguez Castelo	533

Monografía de Otavalo (2 tomos)
Obsequias
Otavalo en imágenes
Poesía contemporánea del Ecuador
Puesto de guardia
Señorío ético
Sindicato de zapateros «1º de Mayo»

Versos de juventud

Álvaro San Félix **537**
Marcelo Valdospinos R. **542**
IOA **543**
IOA **544**
Marcelo Valdospinos R. **545**
Marcelo Valdospinos R. **546**
Augusto Dávila F. &
Alberto Bolaños **546**
Luis Enrique Cisneros **547**

PRÓLOGO

La presente compilación permite aproximarse al trabajo científico realizado por el Instituto Otavaleño de Antropología (IOA) desde su fundación, en 1966, hasta el presente. El aporte al conocimiento antropológico de la sierra norte del Ecuador se puede apreciar por la diversidad de temas tratados, dentro del extenso campo de esta especialización.

Muchos años atrás, investigadores de diversos países hicieron de Otavalo su centro de estudio, aunque sus resultados casi nunca fueron divulgados en nuestro medio. A raíz de la fundación del IOA se concretó la idea de conformar un equipo de investigación que, a tiempo completo, se dedicara a estudiar temas específicos de la realidad cultural de las provincias del norte andino ecuatoriano. A este equipo inicial se unieron, en diferentes tiempos, profesionales nacionales y extranjeros que aportaron su experiencia y conocimientos para una mejor comprensión de las diferentes materias tratadas; ellos, a su vez, ejecutaron importantes tareas de investigación, como se puede apreciar en este libro.

Lo que aquí se reseña son las introducciones y los índices de las publicaciones del IOA, lo cual da una idea cabal del contenido de cada volumen. Está por demás indicar que se ha respetado la metodología seguida por cada uno de los autores, pues

lo que mostramos está de acuerdo con lo publicado en las obras de las que hemos tomado la información.

Vale la pena resaltar que las publicaciones de los primeros tiempos del IOA reflejan el interés de una parte de sus integrantes por la poesía y el teatro, mientras otro grupo se orientó hacia la investigación de los hechos folclóricos tradicionales de la región de Otavalo. En el momento en que la mayoría de sus miembros resolvió encaminar el trabajo hacia la antropología, tomó forma el IOA como un centro regional de investigaciones, medida que definió el carácter de la entidad y, en adelante, el de sus publicaciones.

Hay casos de autores que aunque no formaron parte del grupo de investigación del IOA, actuaron como investigadores asociados; por excepción, a otros se les solicitaron sus trabajos para ser publicados, porque constituían aportes dignos de divulgación. Esta medida permitió optimizar los escasos recursos humanos y económicos, y destinarlos a nuevas áreas de estudio.

Esperamos que esta obra permita conocer cuál ha sido el aporte del IOA a las ciencias sociales y sirva de guía a quienes se apoyen en la presente bibliografía para nuevas investigaciones.



COLECCIÓN PENDONEROS

Nº. 1 GLOSARIO ARQUEOLÓGICO.

Autor: José Echeverría

Serie. Arqueología

Editor: Instituto Otavaleño de Antropología

Impresión: Editorial Gallo capitán

343 páginas

Otavaló, 1981.

Presentación:

Como volumen liminar de la Sección correspondiente a la Arqueología, en la Colección «Pendóneros», el Instituto Otavaleño de Antropología ha decidido publicar un Glosario Arqueológico, con el carácter específico de ofrecer a los investigadores y estudiosos, especialmente de la Arqueología ecuatoriana, un manual que llene el gran vacío bibliográfico existente y que sistematice los términos y definiciones más utilizados en las investigaciones arqueológicas.

Es ampliamente conocido que, dentro de las disciplinas antropológicas, ocupa la Arqueología una doble importancia: Su condición de ciencia que percibe los procesos de larga duración y el carácter de desprivatización, por su carencia de materiales biográficos, ofrecen a la Arqueología las posibilidades de generalizar y poner de relieve relaciones sociales que se refieren a magnitudes de tiempo y espacio. Desgraciadamente, en nuestro medio, esta inmensa potencialidad generalizadora ha sido reducida a los estrechos límites de descripciones estilísticas, subjetivas interpretaciones artísticas y transformación del testimonio arqueológico en puro objeto cuantificable en moneda estadounidense. Aparece, por lo mismo, como loable la importancia que instituciones como el IOA han dado a las investigaciones y publicaciones referentes a la Arqueología, esfuerzos que parece consolidarán el desarrollo de una tradición investigativa en el campo arqueológico y consecuentemente en el de una Antropología vinculada al proceso histórico.

Exceptuados algunos pequeños y casi desconocidos intentos, es ésta la primera vez que se publica un vocabulario, cuyo objetivo es recopilar el conjunto de conocimientos arqueológicos que se refieren prioritariamente al Ecuador, en forma pedagógica y asequible a un amplio público. Sin querer determinar en forma apriorística la importancia que la práctica investigativa dará al presente Glosario Arqueológico, es conveniente poner de relieve el significativo esfuerzo que ha servido de fundamento a esta labor fructífera. Como Asesor Científico del IOA y prioritariamente como un profesional de la Antropología, he podido seguir de cerca los trabajos de investigación del Lcdo. José Echeverría, uno de cuyos resultados se ha concretado en el presente

volumen, el que modestamente quiere ser **dado a conocer por su autor como un «primer borrador»**, a modo de una recopilación preliminar de la gran multiplicidad de términos utilizados en la Arqueología. Ocupa ya José Echeverría un **sitial** entre los investigadores de nuestro pasado aborígen y son conocidas sus investigaciones sobre el área **aledaña** a la ciudad de Quito. El **presente trabajo**, sin **pretender** un gran peso científico, se constituye para el investigador en un **manual** capaz de ofrecerle una primera orientación, así como una **fuentes de información** en todo momento asequible. Su carácter de obra iniciadora se **confirmará** en el futuro, cuando sea una necesidad impostergradable la codificación de todos los **resultados** hasta entonces existentes, con el objeto de estructurar, de modo **orgánico**, una **planificación** de la investigación arqueológica a nivel nacional, **capaz de orientar una continuidad** en los estudios científicos.

Una vez más se confirma el peculiar carácter del Instituto Otavaleño de Antropología como un centro cultural destinado a la investigación científica, cuyo fin propio es la búsqueda de un conocimiento sistematizado, que lleve a **descubrir y establecer** las regularidades, para formular leyes socioculturales de aplicación general y especial, conocimiento que si intenta ser fructífero deberá estar al servicio de los intereses fundamentales de la sociedad.

Segundo E. Moreno Yáñez

Nº. 2 EL PROCESO EVOLUTIVO EN LAS SOCIEDADES COMPLEJAS Y LA OCUPACIÓN DEL PERÍODO TARDÍO-CARA EN LOS ANDES SEPTENTRIONALES DEL ECUADOR.

Autor: John Stephen Athens, II

Serie: Arqueología

Editor: Instituto Otavaleño de Antropología

Impresión: Editorial Gallo capitán

307 páginas

Otavalo, 1980.

Introducción:

Los intentos realizados para explicar el origen de los sistemas sociales complejos han sido infructuosos. Los argumentos que tratan de este tema no son muy predictivos y fallan al explicar la variabilidad documentada de las sociedades complejas. Este fracaso se le atribuye a que la orientación de dichos argumentos es fundamentalmente no-procesal, en la cual las dimensiones variables de análisis no existen. Debido a

su forma más elaborada, la reciente y popular «teoría de sistemas» es examinada en detalle con respecto a estos problemas. Se sugiere que la familiaridad con la epistemología de la ciencia puede ser útil para lograr la meta de la explicación científica.

El estudio de la dinámica energética en los sistemas culturales parece tener un gran potencial para comprender la evolución de las sociedades complejas. Todos los sistemas culturales deben asignar las provisiones de energía agotable para maximizar las oportunidades de supervivencia. A este respecto, la necesidad de mantener un flujo seguro de energía al sistema cultural tiene que ser la consideración más importante sobre cualquier otra. De lo contrario, el sistema cultural inevitablemente se vería confrontado con la extinción, expresión máxima del fracaso del proceso evolutivo.

En el caso de las sociedades pre-industriales, las provisiones de energía son obtenidas mayormente del esfuerzo de la labor humana. Como la producción agrícola es la base energética para la mayoría de las sociedades complejas, los problemas relacionados con la estabilización de la producción son examinados. Hay una variedad de estrategias usadas para resolver estos problemas, dependiendo de la intensidad de la producción y de la estacionalidad del medio ambiente. Tales estrategias tienen un costo energético y se las llama «subsidios de energía».

Los problemas de seguridad generados por los sistemas de cultivo intensivo en medioambientes estacionales (seasonal environments) son fundamentalmente diferentes de aquellos encontrados en medioambientes uniformes (equable environments). En medioambientes estacionales las restricciones causadas por los problemas del planeamiento del tiempo laboral (en el sentido de tener demasiado trabajo para el tiempo disponible para realizarlo) y también el clima impredecible requieren subsidios de energía «indirecta», los mismos que seleccionan una reacción eficiente en la organización cultural. Así, la complejidad social se desarrolla en el contexto de una necesidad de tener especialistas administrativos que faciliten el flujo seguro de energía. Por otra parte, las sociedades de medioambientes uniformes pueden estabilizar la producción agrícola mediante la aplicación de subsidios de energía «directa». Aquí la mantención de un flujo seguro de energía hacia el sistema cultural es una función del conflicto inter-sociedad que selecciona las reacciones competitivas. La complejidad social en esta situación se desarrolla debido a la necesidad de tener mecanismos integrantes que pueden agrandar la «unidad social primaria» más allá de la capacidad de los mecanismos no-jerárquicos. El cálculo del coeficiente de uniformidad proporciona un medio para graduar la importancia potencial de la competición y eficiencia en cualquier medioambiente dado.

Cinco hipótesis son deducidas de los argumentos teóricos. Estas se refieren a la estabilidad territorial, tamaño de la población, patrones de asentamiento, especialización, y centros de poder. Los argumentos y la evidencia están propuestos justificando estas hipótesis y sus correlaciones arqueológicas.

Se presenta un caso en estudio en el cual los datos pertinentes a las cinco hipótesis son examinados en una sociedad compleja de medioambiente uniforme. Este estudio trata sobre la ocupación del Período Tardío-Cara en la sierra septentrional del Ecuador. La mayoría de los datos son tomados de investigaciones arqueológicas y conciernen al período comprendido entre 1250 y 1525 D. de C. Los datos etnohistóricos, a pesar de ser limitados, son también utilizados. Aunque los datos del Período Tardío-Cara respaldan las predicciones, los resultados concluyentes y cuantitativamente precisos esperan posteriores investigaciones. En particular, hay muchos problemas que permanecen aún para ser resueltos por una más precisa asignación de significado al registro arqueológico.

Índice

Prefacio y agradecimientos

Introducción

Lista de cuadros

Lista de figuras

I PARTE

Capítulo I. EXPLICACIÓN CIENTÍFICA DE SOCIEDADES COMPLEJAS

Problema

Teoría de sistemas y causalidad multivariada

Definiciones y variables

Capítulo II. AGRICULTURA Y SUBSIDIOS DE ENERGÍA: UN MODELO ECOLÓGICO

El esfuerzo laboral en la producción agrícola

Subsidios de energía y producción estable

Proceso evolutivo y sistemas culturales complejos

III. PREDICCIÓN DE ATRIBUTOS PARA SOCIEDADES COMPLEJAS: FORMACIÓN DE LAS HIPÓTESIS

Presentación de hipótesis

Hipótesis No. 1 – Estabilidad territorial

Hipótesis No. 2 – Estructura de Población

Hipótesis No. 3 – Patrones de Asentamiento
Hipótesis No. 4 -- Productores especializados
Hipótesis No. 5 – Centros de Poder
Conclusión de la I Parte

II PARTE

IV. LA CULTURA DEL PERÍODO TARDÍO-CARA DE LA SIERRA DEL ECUADOR: INTRODUCCIÓN Y ANTECEDENTES DE LAS INVESTIGACIONES

Introducción y esquema histórico de la cultura Cara
Estrategia de investigación
Geografía y ambiente físico
Agricultura Cara
Cronología
Complejidad Social

V. ESTRUCTURA INTRA-SITIO: DISPERSIÓN DE ASENTAMIENTOS Y PRODUCTORES NO ESPECIALIZADOS

Introducción
Dispersión de asentamientos
Productores no-especializados

VI. ESTRUCTURA INTER-SITIOS: POBLACIÓN, TERRITORIO Y CENTROS DE PODER

Introducción
Estructura regional de población
Estabilidad territorial
Centros de Poder

VII. SUMARIO Y CONCLUSIONES

FIGURAS

APÉNDICE

A. INVENTARIO DE SITIOS

B. HUESOS DE ANIMALES

REFERENCIAS CITADAS

Nº. 3, 4 y 5 COCHASQUÍ: ESTUDIOS ARQUEOLÓGICOS

Compilador: Udo Oberem

Serie: Arqueología

Editor: Instituto Otavaleño de Antropología

Impresión: Editorial Gallo capitán

285 + 283 + 173 páginas

Otavaló, 1981.

Tomo I. Índice

Una evaluación de los aportes de las investigaciones arqueológicas en Cochasquí.

Segundo E. Moreno Yáñez

Informe de trabajo sobre excavaciones arqueológicas de 1964-1965. Udo Oberem, Roswith Hartmann

Algunas características arquitectónicas de las pirámides de Cochasquí. Udo Oberem

Hallazgos arqueológicos de la Sierra ecuatoriana: indicios de posibles relaciones con Mesoamérica. Udo Oberem

Aportes a la reconstrucción de edificios con planta circular, sobre las pirámides con rampa de Cochasquí. Wolfgang Wurster

Los montículos funerarios con pozo. Udo Oberem

Dos pozos funerarios con cámara lateral en Malchinguí. Albert Meyers, Udo Oberem, J. Wentscher, Wolfgang Wurster

La serie de esqueletos humanos de Cochasquí y de otras regiones del Ecuador. Kari Kunter

Análisis de la cerámica de Cochasquí. Albert Meyers

Tomo II. Índice

I. Los artefactos líticos. Carlos Zalles Flossbach

II. Cerámica fina y hallazgos menores. Uwe Schonfelder

Tomo III. Índice General

CUADROS

TABLAS

LÁMINAS FOTOGRÁFICAS

PLANOS

Nº. 6 y 7 LOS INCAS EN EL ECUADOR. ANÁLISIS DE LOS RESTOS MATERIALES I Y II

Autor: Albert Meyers

Traducción del alemán: Christiana Borchart de Moreno

Serie: Arqueología

Editores: Banco Central del Ecuador & Abya-Yala

Impresión: Abya-Yala Editing

352 + 17 láminas + 2 mapas

Quito, 1998.

Presentación:

Con el trabajo *Los Incas en el Ecuador*, el señor Albert Meyers presenta un estudio sobre las reliquias arqueológicas de la ocupación inca en el territorio que hoy en día conforma la República del Ecuador, estudio que representa una parte de la historia que debe escribirse en el futuro sobre el Ecuador bajo el dominio incaico.

Dentro del complejo que directa o indirectamente se refiere a la herencia arqueológica de los Incas, el autor estudió en forma preferencial la cerámica, puesto que únicamente ésta existe en cantidades más o menos suficientes, aunque con frecuencia las condiciones del hallazgo no están seguras. Para cumplir este objetivo era necesario partir de las formas conocidas en el centro de la cultura incaica, es decir, en la región del Cuzco. El autor se encontró con el problema de que los esquemas de clasificación elaborados hasta hoy para esta cerámica no eran aplicables, por lo que tuvo que elaborar un nuevo esquema. Sobre la base de esta sinopsis, el autor estudia los objetos registrados por él en el Ecuador durante los años 1969 y 1970, y aborda una división en «Inca Imperial», «Inca Imitado», «Estilos con influjo inca» «Inca Colonial», cuya respectiva distribución se demuestra a lo largo del trabajo. Dificultades bastante serias resultaron del hecho de que las culturas locales preincaicas en parte son insuficientemente conocidas. El camino a través de las fuentes escritas y la diferente duración de la dominación de las diversas regiones se reflejan claramente en la cerámica. La comparación con otras provincias del imperio inca, por ejemplo, al norte de Chile y el noroeste de Argentina, demuestra que el influjo incaico en el Ecuador parece haber sido, por lo menos en relación con la cerámica, más importante que en aquellas regiones.

El presente e interesante trabajo, cuya importancia es grande para futuras investigaciones, fue aceptado en 1973 por la Facultad de Filosofía de la Universidad de Bonn, como tesis de doctorado. Debido a las dificultades que rebasan la responsabilidad tanto del autor como del editor, en 1976 pudo ser publicado como

volumen No. 6 de la Colección «Estudios Americanistas de Bonn».

El editor de la mencionada colección agradece al Instituto Otavaleño de Antropología, en el Ecuador, por haber incluido el presente estudio, en su versión castellana, dentro de la colección «Pendoneros», serie de Arqueología.

Udo Oberem

Índice

I Parte

Presentación

Prefacio a la edición en español

Prefacio

1. **Introducción**
 - 1.1. El país
 - 1.1.1. Geografía
 - 1.1.2. Historia de los asentamientos humanos
 - 1.2. La época incaica en el Ecuador
 - 1.2.1.1. La situación de las fuentes
 - 1.2.1.2. El estado de la investigación
 - 1.2.2. La investigación arqueológica
 - 1.2.2.1. La situación de las fuentes
 - 1.2.2.2. El estado de la investigación
 - 1.3. Los objetivos y la metodología
 - Notas
2. **El estilo Inca del Cuzco**
 - 2.1. Las costumbres funerarias y los tipos de hallazgos
 - 2.2. La cerámica
 - 2.2.1. Las formas
 - 2.2.2. La realización técnica
 - 2.2.3. La decoración
 - 2.2.3.1. La decoración plástica
 - 2.2.3.2. Pintura
 - 2.2.3.2.1. Monocromo y bicromo
 - 2.2.3.2.2. Policromo
 - 2.2.3.2.3. Los «pottery types» de Rowe
 - 2.2.4. Características generales de la cerámica
 - 2.3. El material no cerámico
 - 2.3.1. Metal

- 2.3.2. Piedra
 - 2.3.3. Madera
 - 2.3.4. Otros materiales
 - Notas
-
- 3. **El estilo incaico en el Ecuador**
 - 3.1. Preámbulo
 - 3.1.1. Crítica del material
 - 3.1.2. Terminología
 - 3.1.2.1. Terminología básica
 - 3.1.2.2. Las formas
 - 3.1.2.3. Realización técnica
 - 3.1.2.4. Las decoraciones
 - 3.2. la cerámica Inca Imperial
 - 3.2.1. Formas
 - 3.2.1.1. Los cántaros
 - 3.2.1.2. La escudilla
 - 3.2.1.3. Ollas con pie y asa horizontal
 - 3.2.1.4. Los jarros
 - 3.2.1.5. Cuencos de dos asas
 - 3.2.1.6. Las vasijas de cuello ancho y de dos asas
 - 3.2.1.7. Botellas de cuello corto y con asa
 - 3.2.1.8. Los vasos
 - 3.2.1.9. Las botellas de dos asas
 - 3.2.1.10. Ollas con boca abierta y base puntiaguda
 - 3.2.1.11. Vasija de cuello ancho y de una asa
 - 3.2.1.12. Botellas de cuello largo con asa
 - 3.2.1.13. Platos
 - 3.2.1.14. Formas especiales
 - 3.2.1.15. Otros objetos cerámicos
 - 3.2.2. La realización técnica
 - 3.2.2.1. La construcción
 - 3.2.2.2. El material
 - 3.2.2.3. La condición de la superficie
 - 3.2.2.4. Comparación con el Cuzco
 - 3.2.3. Formas y técnicas de decoración
 - 3.2.3.1. La decoración plástica
 - 3.2.3.1.1. Apliques y representaciones zoomorfas
 - 3.2.3.1.2. Representaciones plásticas
 - 3.2.3.2. La pintura
 - 3.2.3.2.1. La pintura monocroma

- 3.2.3.2.2. La pintura bicroma
- 3.2.3.2.3. La pintura policroma
- 3.2.3.2.3.1. Las zonas de decoración
- 3.2.3.2.3.2. Los elementos individuales
- 3.2.3.2.3.3. Los motivos principales
- 3.2.3.2.3.4. Los motivos secundarios
- 3.2.3.2.3.5. La realización y la disposición de la pintura
- 3.2.3.2.3.6. Características generales
- 3.3. El material no cerámico del estilo Inca
- 3.3.1. Metal
- 3.3.1.1. Las formas de los recipientes
- 3.3.1.2. Las figuras
- 3.3.1.3. Piezas de traje y adorno
- 3.3.1.4. Armas y artefactos
- 3.3.1.5. La metalurgia incaica en el Ecuador
- 3.3.2. Piedra
- 3.3.2.1. Las formas
- 3.3.2.2. Técnica e importancia del trabajo en piedra
- 3.3.3. Madera y otros materiales
- 3.4. La cerámica Inca Imitado
- 3.4.1. Las formas
- 3.4.1.1. Las imitaciones de cántaros
- 3.4.1.2. Imitaciones de las demás formas
- 3.4.2. La técnica
- 3.4.3. Formas y técnicas de decoración
- 3.5. Estilos mixtos del Perú
- 3.5.1. Chimú-Inca
- 3.5.2. Ica-Inca
- 3.5.3. Chíncha-Inca
- 3.5.4. Pachacamac-Inca
- 3.6. El estilo Inca Colonial
- 3.6.1. La cerámica
- 3.6.2. Keros
- 3.6.3. Observaciones generales
- 3.7. Carácter y difusión del estilo Inca
- Notas.
-
- 4. **El horizonte incaico en el Ecuador**
- 4.1. Observaciones preliminares
- 4.2. La Sierra Sur extrema
- 4.3. La Sierra Sur

- 4.3.1. La unidad geográfico-cultural
- 4.3.2. Los estilos inmediatamente preincaicos
- 4.3.3. La cerámica Inca Imperial
- 4.3.3.1. El valle de jubones y su región de influjo
- 4.3.3.2. La hoya de Cuenca
- 4.3.3.3. El valle de Cañar
- 4.3.4. El estilo Cashaloma-Inca
- 4.3.4.1. Las formas
- 4.3.4.2. La técnica
- 4.3.4.3. La decoración
- 4.3.4.4. Resumen y difusión
- 4.3.5. La cerámica Inca influenciado
- 4.4. La Sierra Central
- 4.4.1. La unidad geográfico-cultural
- 4.4.2. Los estilos inmediatamente preincaicos
- 4.4.3. La cerámica Inca Imperial
- 4.4.3.1. Los valles de Alausi y Chimbo
- 4.4.3.2. Los hallazgos de Guano
- 4.4.3.3. La hoya de Ambato
- 4.4.3.4. La hoya de Latacunga
- 4.4.4. Los estilos mixtos
- 4.4.4.1. Puruhá-Inca
- 4.4.4.2. Panzaleo-Inca
- 4.4.4.3. La mezcla de elementos puruhá, panzaleo e incaico
- 4.4.5. La cerámica Inca influenciado
- 4.4.5.1. La hoya de Riobamba
- 4.4.5.2. La hoya Latacunga-Ambato
- 4.5. La Sierra Norte
- 4.5.1. La unidad geográfico-cultural
- 4.5.2. Los estilos inmediatamente preincaicos
- 4.5.3. El estilo Inca Imperial
- 4.5.4. La cerámica Inca Influenciado
- 4.6. El extremo norte de la Sierra
- 4.6.1. El paisaje cultural hasta la época incaica
- 4.6.2. La cerámica Inca en su expansión más septentrional
- 4.7. La Costa
- 4.8. El Oriente
- Notas

II Parte

5. Observaciones finales

Bibliografía**Anexo**

Lista de abreviaturas

Catálogo

La cerámica Inca Imperial en el Ecuador

Láminas

Mapas

Nº. 8, ÁREA SEPTENTRIONAL ANDINA NORTE: ARQUEOLOGÍA Y ETNOHISTORIA

Autores: José Echeverría A. y María Victoria Uribe

Editores: Banco Central del Ecuador, Instituto Otavaleño de Antropología, Abya-Yala

Impresión: Centro Cultural Abya-Yala

458 páginas

Quito, 1995.

Presentación

El presente volumen recoge algunos de los trabajos realizados dentro del Proyecto «Investigaciones Arqueológicas en los Andes Septentrionales del Ecuador», en el cual los investigadores del Instituto Otavaleño de Antropología, entidad ejecutora, y los especialistas contratados, han puesto especial interés en su cumplimiento.

Ubicándole al lector en la problemática arqueológica regional, hállese la parte teórica del Proyecto. Su autor, Fernando Plaza, hace un breve esbozo sobre las investigaciones arqueológicas efectuadas hasta el momento, presentando luego algunas consideraciones tendientes a conseguir una mayor sistematización de los estudios arqueológicos de la región.

«Prospecciones en el Valle del Chota-Mira (Carchi-Imbabura)» llevado a cabo por José Echeverría con la participación directa de José Berenguer, María Victoria Uribe y, ocasionalmente, Plaza y María del Carmen Molestina, constituye una rápida visión «horizontal» de los asentamientos aborígenes que existieron en el valle mencionado. Referencia general necesaria, para una posterior profundización en temas específicos de la época aborígena regional.

«Excavaciones en Tababuela, Imbabura-Ecuador», pese a ser un estudio preliminar

basado en las evidencias aportadas por un *survey* intensivo, es importante en el conocimiento arqueológico del área histórica, por las múltiples relaciones que se manifiestan con asentamientos ubicados en zonas mesotérmicas e higromórficas de Pichincha e Imbabura, concretamente en los sitios: Cotocollao, al Norte de Quito; La Chimba, al Noroeste de Cayambe y los sitios ubicados en los alrededores del Lago San Pablo.

Combinando la información obtenida en terreno y la bibliográfica, se ha logrado estructurar un muestrario cerámico fechado, que sirve de indicador cronológico para el área Septentrional Andina Norte. Lógicamente, por la naturaleza del tema, no es un estudio terminado; la conformación de una columna cronológica, incluso regional, exige cierta flexibilidad en su conformación y una inteligente utilización.

Gregory Knapp, ofrece un aporte valioso en torno al conocimiento de la evolución económica y demográfica de las sociedades pretéritas.

Como el área histórica de los pueblos asentados en esta sección geográfica supera la actual frontera colombo-ecuatoriana, hemos hecho un intento de comprender globalmente el fenómeno histórico-arqueológico de este espacio geográfico. Los trabajos de María Victoria Uribe ofrecen una clara y amplia visión de la dinámica cultural que existió en esta región. Por esta misma razón, integramos en este volumen dos trabajos de Clemencia Plazas, que nos hablan de la metalurgia y el arte cinético en el grupo Piartal-Tuza.

Índice

Evaluación y propuestas metodológicas para el desarrollo de la Arqueología en los Andes Septentrionales del Ecuador. Fernando Plaza

Prospecciones en el Valle del Chota-Mira (Carchi-Imbabura). José Echeverría, José Berenguer, María Victoria Uribe

Excavaciones en Tababuela, Imbabura, Ecuador. José Berenguer y José Echeverría
La cerámica como indicador cronológico en el Área Septentrional Andina Norte. José Echeverría

Tecnología e intensificación agrícola en los Andes Ecuatoriales pre-hispánicos. Gregory Knapp

Orfebrería Piartal-Tuza. Clemencia Plazas

Piezas de oro Piartal-Tuza halladas en el departamento de Nariño al sur de Colombia. Clemencia Plazas y Jaime Echeverri

Los Pasto y etnias relacionadas: Arqueología y Etnohistoria. María Victoria Uribe

Los Pasto y la red regional de intercambio de productos y materias primas: siglos IX a XVI D.C. María Victoria Uribe

Nº. 9, LA ARQUEOASTRONOMÍA EN LAS INVESTIGACIONES DE LAS CULTURAS ANDINAS

Autores: Mariusz Ziolkowski y Robert M. Sadowski

Serie:

Editores: Banco Central del Ecuador, Instituto Otavaleño de Antropología

Impresión:

378 páginas

Quito, 1992

Introducción

Hace algún tiempo uno de los autores del presente volumen, tuvo la siguiente conversación con uno de sus estudiantes, un arqueólogo:

- ¿Qué opina usted sobre los métodos arqueoastronómicos?

- Francamente, doctor, yo no creo en la existencia de los Ovnis, ni en las visitas de los extraterrestres contestó el discípulo, mirando con cierto asombro a su interlocutor. Nosotros tampoco creemos en esas cosas, ya que la arqueoastronomía no tiene nada que ver con los Ovnis ni con los «extraterrestres», pero el caso de este aducando, ni quien hizo tal asociación, no es, desgraciadamente, el único ni poco frecuente. Al oír algo sobre la «arqueoastronomía», varios de nuestros eminentes colegas, tanto en Europa como en América, presentaban una mal disimulada duda acerca de la legitimidad de atribuir a este tipo de trabajos el honorable determinativo de «científico». Iba adjunto un cierto sentido de desprecio, con el cual se nos clasificaba de «arqueoastrónomos».

El estudio que presentamos no es un «manual de arqueoastronomía», y nunca fue planeado como tal. Queremos, solamente, presentar algunos ejemplos de las investigaciones que estamos llevando a cabo, con la esperanza de que sirvan como punto de partida para una discusión sobre la utilidad de tales procedimientos, en el dominio de los estudios sobre las culturas andinas. Por supuesto, no somos los primeros y los únicos que tratan sobre la arqueoastronomía en las investigaciones sobre las culturas del Tawantinsuyu; entre los numerosos trabajos al respecto, que se han publicado en los últimos años, merecen especial atención los de R. Tom Zuidema, Anthony F. Aveni, David S. P. Dearborn, John Hyslop, Thérèse Bouysee-Cassagne, John Earls, Gary Urton sobre la arqueoastronomía incaica (y sobre las actuales sociedades campesinas de los Andes) y otros. Sin embargo, el presente trabajo constituye, a nuestra manera de ver, el primer libro enteramente consagrado al análisis de los datos astronómicos, encontrados en las culturas andinas, según diversas posibles aplicaciones: para la datación, para la reconstrucción de los

calendarios... Algunos de los trabajos expuestos en este volumen, no están concluidos pero hemos decidido incluirlos aunque con cierto recelo, porque nos parece interesante presentar estudios de esta índole, en una de sus etapas de investigación.

Sin embargo, hay que hacer una importante aclaración: es que el texto original de este volumen ha sido escrito entre enero y septiembre de 1981, para la Colección Pendoneros.

Desgraciadamente, por razones ajenas a la voluntad de los autores (y, en gran parte, a la del Instituto Otavaleño de Antropología, al cual se ha entregado la versión original) no ha sido posible publicarlos hasta la fecha.

Durante estos años se ha notado un importante progreso en el área de investigaciones arqueológicas y etnoastronómicas en la región andina, pues aparecieron varias publicaciones sobre el tema. Por lo tanto, al tener por muy corto tiempo en manos la versión original del volumen (antes de su entrega a la imprenta) resolví hacer algunas correcciones que parecían indispensables, tomando en cuenta el avance de las investigaciones. En otros casos, esta misma escasez de tiempo ha impedido introducir los cambios deseados y nos hemos limitado a señalar algunas publicaciones posteriormente editadas.

Los principales cambios en relación a la versión original, conciernen a las siguientes partes del texto:

- En el capítulo II hemos introducido los resultados de las investigaciones arqueoastronómicas en el sitio de Ingapirca, provincia de Cañar, Ecuador. Estas investigaciones empezaron en 1981 y prosiguieron en 1985, 1987, 1988 y 1989. Los resultados preliminares se publicaron en 1984 (Informe I) y en 1985 (Informe II); actualmente está por salir el Informe III. Desgraciadamente no hemos podido incluir en el presente volumen (por razones de orden técnico) el material ilustrativo (dibujos y fotografías) que constituyen un importante complemento del texto. Pedimos disculpas a los lectores y sugerimos consultar especialmente el Informe III.
- Otro importante cambio ha sido introducido en el Cap. III, consagrado a la reconstrucción de los calendarios andinos. La versión elaborada en 1981 fue presentada como ponencia en el 44 Congreso Internacional de Americanistas en Manchester (Inglaterra), en julio de 1982 y recibió el premio otorgado por el jurado en este Congreso; después fue publicada en Polonia (Ziółkowski, Sadowski; 1984). Sin embargo, desde 1981 nuestras investigaciones sobre este problema avanzaron, por lo resolvimos añadir

algunos fragmentos consagrados principalmente a la hipótesis de los «4 comienzos del año»; por falta de tiempo solo mencionamos la muy interesante (pero también discutible) hipótesis de R. T. Zuidema acerca del «CPU-calendario» (Zuidema, VI).

- En el capítulo IV hemos añadido los últimos resultados del análisis sobre el «cometa de Wayna Qhapaq»; por la misma circunstancia, solo se menciona el problema del «segundo cometa de Atawallpa», un asunto que hemos presentado en julio de 1985 en el 45 Congreso Internacional de Americanistas en Bogotá (Colombia).

No obstante el desfase en su publicación, consideramos que el presente volumen podrá todavía contribuir al progreso de las investigaciones sobre las culturas andinas en general y los estudios arqueoastronómicos en particular.

Índice:

Introducción

Capítulo I

Algunas observaciones generales acerca del papel de los fenómenos astronómicos en los sistemas Mágico-Religiosos antiguos

Capítulo II

La investigación arqueoastronómica de la orientación de las estructuras ceremoniales prehispánicas: tres ejemplos

Capítulo III

Los problemas de la reconstrucción de los calendarios prehispánicos

Capítulo IV

La datación de los acontecimientos históricos, en base a los relatos sobre eventos astronómicos notables, ocurridos en tiempos prehispánicos y/o el primer período colonial

Capítulo V

Algunas observaciones acerca del papel de los canales en las regiones prehispánicas andinas

Capítulo VI

Los términos referentes a los eventos astrales y al cómputo del tiempo, anotados en

los diccionarios quichua, aymará y yunga (muchik) antiguos
Glosario

Capítulo VII

Las fechas de algunos eventos y ciclos astronómicos importantes, para el periodo entre 1530 y 1630

Apéndice

Reconstrucción tentativa del calendario Luni solar cuzqueño y su correlación con el calendario cristiano (juliano), para el periodo entre 1500 y 1572

Bibliografía general.

Nº. 10, LOS SEÑORES ÉTNICOS DE QUITO EN LA ÉPOCA DE LOS INCAS

Autor: Frank Salomon

Serie: Etnohistoria

Editor: Instituto Otavaleño de Antropología

Impresión: Editorial Gallo capitán

322 páginas

Otavalo, 1980.

Introducción

Los restos que el pasado de Quito nos ha dejado: -documentos, artefactos, memorias folklóricas- pueden ser comparados a un palimpsesto, en el cual distintas personas y edades han dejado sus mensajes sobre/impuestos. Cualquier estudioso, sea antropólogo, arqueólogo o historiador, debe empezar su trabajo con el descubrimiento de sus estratigrafías, separando las diferentes voces que a través de ellos hablan. Solamente tras este proceder, existirá confianza en la reconstrucción de las civilizaciones pasadas y las fuerzas que plasmaron sus sucesiones. Pero si el registro de un palimpsesto, no es uno de aquellos en el cual una miscelánea de textos no relacionados han sido escritos, más bien, cada texto sucesivo es en cierto sentido, un comentario de los que lo precedieron y todos comparten un tema común: la relación entre la cultura del autor y su ambiente natural y humano. Cada autor ha sido influenciado por el mismo texto cuya letra va obliterando.

El presente trabajo trata sustancialmente con dos de estos autores, las sociedades aborígenes pre-incásicas y el imperio inca, y heurísticamente, con un tercero: el

régimen español, en cuyos registros tenemos alguna evidencia verbal acerca de los dos primeros. El estudio de ellos puede darnos alguna luz en esta materia **controvertida** y oscura: los **antecedentes prehistóricos** del Quito urbano. Pero el **interés es algo** más que local; primero, Quito y su provincia pueden ser tomados como una **región representativa** de los «Andes de páramo» en general, por lo tanto, el estudio de sus pobladores **pre-incásicos** puede contribuir a la definición de la **adaptación humana** a aquella mitad de la zona andina que no participa del régimen ecológico de **puna**; segundo, Quito es un punto clave para el estudio de las periferias del **Tawantinsuyu**, pues ofrece una **oportunidad para** averiguar qué tipo de estrategias emplearon los cuzqueños al tratar con sociedades muy disímiles a la de ellos, y cuál fue el **carácter** de una incipiente provincia inca.

1. Sobre la práctica de la etnohistoria

Cualquier vuelta al pasado es, entre otras cosas, una exploración de los potenciales de la **propia herencia cultural** del autor, específicamente de su habilidad para dar a sus **portadores** un lugar inteligible en el flujo de los eventos y, una relación inteligible con otros tiempos y personas cuyo extranjerismo podría, si no fuera interpretado, llenar el mundo del pensamiento con caos y anomalías. Las culturas difieren profundamente en sus maneras de lograr esto; algunas han interpretado el cambio y la diferencia, de una manera irreductible a lo que llamamos «historia», al concebirlas **sub specie aeternitatis**, como manifestaciones de las permanentes relaciones estructurales que existen, no en un tiempo precedente como opuesto al presente, sino mucho más allá del mismo tiempo y detrás de todas las realidades experimentadas; otras culturas han visto los eventos del pasado como signos exteriores de una direccionalidad inherente a la misma naturaleza del tiempo, sea esta **direccionalidad**: cíclica, escatológica o teológica en un sentido indefinidamente progresivo; para ellas la conciencia de esta direccionalidad es en sí la clave para descifrar testimonios sobre sucesos históricos. Con estos ejemplos no se pretende agotar la multiplicidad de suposiciones con las cuales distintas culturas han enfrentado el problema del cambio, existen variaciones aún dentro de la reciente historiografía occidental; algunos investigadores se han adherido a una visión positivista, imaginando el tiempo como elemento diáfano, de tal forma que los vestigios de otros tiempos y personas resultan competentes para decir su propia historia de una manera que rompe y supera las limitaciones de la propia experiencia de los historiadores; otros, incluido el autor, pierden toda esperanza de conocer el pasado «como sucedió realmente», en un sentido final, pero atribuyen al estudio del pasado un valor en parte reflexivo. Aunque uno solo puede ver el pasado y lo remoto en el espejo de su propia cultura. virando el espejo en una nueva dirección, podrá ver más que su propio reflejo. verá a otra gente usando otros espejos. Al observar sus acciones el estudioso será capaz de crear, dentro de las limitaciones de

su propia cultura, una conciencia de cómo la gente «hace historia» a través de otros sistemas de pensamiento, y de la posibilidad que el contenido interior de la acción de ellos, esté en su esencia más allá de nuestro alcance. Cuánto grado de validez uno asigna a estas visiones, depende de la confianza de saber la forma y las propiedades de los instrumentos con que uno observa. El valor de tal estudio es reflexivo, en el sentido de que nos alienta a crear nuevos instrumentos especiales y a examinar los antiguos.

Los etnohistoriadores moran en uno de los puntos incómodos pero estimulantes, donde todos estos problemas deben ser guardados en constante vigilia. Sus instrumentos especiales para percibir el pasado remoto son discernimientos y categorías derivadas del trabajo de campo de los etnólogos, y, cualquier confianza que reposa en ellos proviene del hecho que fueron creadas en un diálogo con la vida. Mientras los problemas conceptuales de trabajar con informantes vivos son similares a aquellos que son implícitos en el escrutinio de textos históricos, el elemento de pérdida y olvido es menos irremediable, la variedad de voces que pueden ser oídas es mucho mayor, y por tanto la pretensión a un cuadro holístico de una sociedad resulta menos irrealista. Los etnólogos en sus trabajos de campo tienen más oportunidades que los historiadores, de buscar situaciones que revelen dónde sus percepciones han sido influenciadas por la forma de su propia metodología. Por estas razones, tales categorías etnológicas como: «**chiefdom**», «**redistribución**» o «**llajta**», que informan continuamente esta investigación, son preferidas a la terminología de la historiografía tradicional y etnológicamente improbadada. No obstante es necesario abordar concienzudamente la interrogante de cómo nosotros proponemos reconstruir la apariencia de las instituciones del pasado de acuerdo a tales categorías, mientras trabajamos con testimonios cuya propia terminología y sus suposiciones tácitas no podemos compartir o incluso entender completamente.

Una diferencia en las suposiciones básicas distingue la manera en que el registro escrito del «palimpsesto» es usado aquí, de la manera en que ha sido usado por los recopiladores de crónicas, que crearon unas historias narrativas sintéticas. Una crónica es un documento de por lo menos tres estratos: el autor español ha reconstruido, en base a su propia cultura, la información ofrecida por los informantes incás, o por aquellos que los conocieron, concerniente no sólo a la población inca sino también a la cultura aborígen. Los recopiladores modernos, tal vez inconscientemente, han aceptado tácitamente que la mejor esperanza para entender las culturas andinas, está en tomar posesión del parentesco histórico que nosotros y los cronistas compartimos como miembros de una tradición europea-occidental. Nuestros informantes no serán gentes de los Andes, pero al menos son personas a las que podemos esperar comprender cuando hablan de cuestiones andinas. Para este propósito existe una excelente literatura crítica y no hay duda que tal estudio ha sido fructífero en cuanto

a la comprensión de los orígenes coloniales. Pero, sin embargo, aun cuando se dispone diestramente de un puente cultural entre nosotros y el siglo 16 de los castellanos, la pregunta **permanece**, ¿qué tan fuerte es la ligazón entre la imagen mental de ellos y el mundo andino que se trata de comprender?

Cada crónica debe ser estudiada individualmente en este aspecto. Sin embargo algunas categorías del pensamiento de aquel período fueron tan universales y hondamente afincadas como para formar axiomas latentes que inevitablemente, han influenciado en las traducciones de la realidad andina. Desde entonces nuestra agenda cultural ha cambiado una enormidad y el total de nuevas sub-culturas, entre ellas antropológicas, han hecho nuevas demandas sobre el pasado. Ha sido necesario tener en cuenta la probabilidad de que estos axiomas latentes influyeran en la información en una manera que, desde nuestro punto de vista, oscureciera precisamente lo que queremos urgentemente explorar. Aparte de la cabal carencia de crónicas sobre Quito, ciertas consideraciones de este orden han desviado el interés de los etnohistoriadores hacia fuentes que, si no precisamente reemplazan a las crónicas, por lo menos las complementan.

Primero, el registro de crónicas está fuertemente marcado por la suposición de que el cambio es mejor entendido como el producto de choques entre grupos de la elite, usando métodos militares. La noción de que los cambios, en las bases materiales de la vida o en las aplicaciones culturales de los mismos, pueden ser fuerzas causativas, está generalmente ausente. Segundo, la visión de la sociedad implícita en la mayoría de las crónicas, es la de un conjunto de estratos separados cuya relación mutua no varía, manteniendo el principio activo de movilización y cambio involucrado en una minoría privilegiada, y el principio de repetición y acción cíclica en la mayoría conformada por vasallos. Hay muy poca sugerencia de alguna dinámica interior o una tensión encaminada al cambio. Cualquier divergencia del modelo derivado de los conceptos europeos de estado y reino, es visto más como patología social, que como historia. Tercero, la idea de la historia como una conducción teológica hacia la salvación del mundo por medio del cristianismo universal, en el cual España iba a jugar un papel militante, no sólo interfiere con los esfuerzos por entender las religiones andinas y el pensamiento social como una aproximación al medio ambiente, sino que, **fundamentalmente**, inhibe la percepción de que el pasado andino fue algo completamente desconocido. Muchos escritores fueron guiados por la necesidad de incluirlo en un esquema familiar, la historia unificada de salvación, para que la existencia de una forma inexplicable de humanidad no ponga en tela de juicio su visión de mundo. Cuarto, existe una disposición a admirar o hasta aprobar moralmente los modos de gobierno vistos como similares a los ideales europeos de monarquía e imperio, , **especialmente** cuando éstos podrían ser ligados a programas de asimilación obligatoria que se asemejaron a los dogmas de la reconquista y del

patronato. Como resultados, la mayoría de los cronistas tienen poco interés en los señores étnicos; el desprecio por estos nobles, vistos aparentemente como congéneres de los caballeros españoles cuyas «luchas de bandas y linajes» amenazaron al naciente estado nacional, es a menudo particularmente evidente en aquellos autores que habían servido como funcionarios de la corona.

Si no existieran más fuentes que las crónicas, habría poca esperanza de superar estas suposiciones y sus consecuencias; afortunadamente hay otras fuentes, a saber, el vasto cuerpo de documentación administrativa y judicial de las comunidades indígenas, documentación que aumentó en el curso del rutinario trabajo gubernamental, desde los primeros días del mando europeo. Estos documentos fueron investigados y recopilados con propósitos prácticos de administración, y requerían cierto tipo de conocimientos mucho más análogos a la agenda antropológica. Cualquiera sea la ideología tenida por los escritores, ellos estaban obligados por la necesidad funcional de tratar a las comunidades indígenas como sistemas completos, en cuya supervivencia la corona tenía un interés creado. Por tanto, no tuvieron otra alternativa que comprender a los mandatarios étnicos, como partes de un orden social y económico más general. A diferencia de los cronistas de instituciones cimeras, compilaron detalladas descripciones de comunidades enteras, hasta el último niño huérfano o residente forastero; ellos consideraban la capacidad productiva y los mecanismos de intercambio, como partes integrales del orden político; ellos fueron capaces de tomar en cuenta las discrepancias entre el ideal cultural y la conducta política de facto sin ninguna indignación; ellos consideraron las diferencias entre los niveles locales e imperiales de gobierno sin presuponerse un principio moral, o considerar los niveles locales menos dignos de estudio. Tal vez, la ventaja más decisiva de tales fuentes es la práctica de presentar el material bruto según las categorías organizadoras evidenciadas por los mismos testigos indígenas. Mientras que estos investigadores trabajaban con motivos muy diferentes a los etnográficos, la recopilación de testimonios opuestos en procesos civiles o criminales y la evaluación de resultados de acuerdo a sus usos en el laboratorio de la práctica política, sometieron a estas investigaciones a pruebas de validez por lo menos tan rigurosas como aquellas usadas por los cronistas narradores.

Es por tanto posible, como John V. Murra lo demostró primero, redactar verdaderas etnografías del pasado andino. La primera parte de este estudio es un intento de etnografía especializada, enfocado en la economía política -de los cacicazgos norteños- esto es, las relaciones entre los mecanismos de intercambio y la estructura de poder de las comunidades y las regiones.

Los «cacicazgos» como un campo de estudio político nos son poco familiares, porque al ser nuestros sistemas productos de sociedades altamente centralizadas por el estado,

tenemos problemas en concebir como de la interacción de pequeñas unidades de las que, ninguna tuvo un dominio decisivo sobre el resto, puede resultar un sistema integrado, de economía política a escala más local. En el siglo XVI la palabra «behetría», a menudo aplicada a los «cacicazgos», y denotando una comunidad autorizada a escoger su propio mandatario por no tener un legítimo señor, llevaba connotaciones de caos y mal gobierno. Esta misma asociación no está ausente en el pensamiento moderno, pero la suposición de que el gobierno de los «caciques» trae consigo el caos político, concuerda mal con la situación que en efecto encontramos registrada, y fue totalmente ajena a la mentalidad de los que testificaron acerca de los «cacicazgos» a base de conocimientos de primera mano. Tampoco hay ninguna justificación para suponer que la vida política de los cacicazgos es algo más «simple» que la de los estados. El proceso de maniobrar y ajustar en un ambiente humano sobre el cual ningún jefe tenga dominio, habrá sido muy complicado; a menos que asumamos el hecho de que la totalidad de los «caciques» estaba dispuesta a correr el riesgo de la guerra y de la ruptura económica hasta un grado indefinido, debemos reconocer la probabilidad de algún orden resultante más o menos estable. Esto no niega que el sistema estuviera encaminado a que los «caciques» pelearan en guerras; pero sí niega, que nosotros estemos autorizados para confundir a los cacicazgos históricos con aquella hipótesis, meramente especulativa, de la guerra de cada uno contra todos.

Tal etnografía del pasado, sin embargo, no se dirige a la vocación más estrictamente histórica de la etnohistoria: se basa en la idea de función y no de cambio, y podría estar abierta a todas las críticas que correctamente se dirigen a los tratamientos del «presente etnográfico», por si fracasara en dar alguna información sobre el hecho que los «cacicazgos» a la hora de la llegada de los españoles no estaban solamente en un estado de cambio, sino en la crisis de una gran confrontación histórica: la irrupción de la civilización centro-andina dentro de los Andes del norte. La historia presenta cualquier número de instancias de «cacicazgos» que cayeron en el crisol de un mayor poder centralizante, pero muy pocas hay más intrigantes que ésta. Los dos últimos capítulos del presente estudio, tratan el problema de cómo los cacicazgos fueron hechos elementos de un estado que, al igual que todos, menospreció el gobierno de tipo «behetría», pero que difiere de los estados más cercanos a nuestra propia experiencia por lo menos en dos aspectos importantes: primero, sus gobernantes estaban íntimamente familiarizados con los «cacicazgos» andinos; segundo, la visión de su propio papel directivo, y de la transformación que ellos se proponía efectuar, pertenece a un orden intelectual muy diferente a cualquiera de los imperios europeos. Las fuentes sobre el gobierno inca son más ricas que aquellas sobre los «caciques» locales. Por consecuencia, resulta factible no sólo reconstruir algunas etapas en la transformación de los señoríos étnicos bajo el incario, sino también, indagar el significado de esta transformación bajo los axiomas del

pensamiento inca.

Estudiosos estructuralistas del Tawantinsuyu, tales como Wachtel y Zuidema, han hecho grandes logros en elucidar el marco lógico e ideacional en que los cuzqueños organizaron su experiencia. Estos autores al rastrear los principios latentes en los testimonios y artefactos incas, han mostrado que la percepción incásica de diacronía estaba mucho más ajena a nuestra mentalidad de lo que estaba, por ejemplo, la visión teleológica del mundo implícita en el catolicismo español. En verdad tiene poco en común con lo que nosotros llamamos historia; la acción sobre el tiempo no estaba concebida como transformadora del mundo, sino como una representación en el cuadro del tiempo de las mismas estructuras supra-temporales, que estaban también representadas en el espacio por medio de la sagrada geografía de los lugares santos, en la plástica por el uso de la iconografía, y en la interacción social a través del ritual.

Por estas razones no es posible leer los testimonios incas del pasado como si fueran crónicas o historias, ellos son parte de una empresa completamente diferente; sin embargo no es necesario el concluir que los paradigmas occidentales son inútiles al estudiar el pasado inca, tampoco es justificable el postergar el problema fascinante del contenido interno de la historia inca, al asumirlo meramente como un revestimiento ideológico que oculta consideraciones más fundamentales. Nosotros aprendemos de los estudios de Tristan Platt (por ejemplo), que los modos de pensamiento andinos, aunque un mundo aparte de nuestras ciencias, proporcionaron aparatos totalmente prácticos y altamente refinados para resolver los problemas ecológicos y de adaptación; igualmente debemos concluir, pues el registro de la dominación inca es concluyente, que también proporcionaron en maneras que aún no comprendemos, una guía práctica por igual a las duras realidades de la lucha política. Tal vez, el aspecto más sorprendente de la secuencia de eventos que constituyeron la construcción del Tawantinsuyu norte, es que, cuando se juntan los numerosos testimonios nativos de los testigos, diversos en su etnicidad y en sus actitudes frente al estado inca, lo que surge no es un registro de irrupciones oportunistas ásperas y revueltas, sino un modelo de secuencias regulares tan definidas que uno no puede menos que sospechar una voluntad de la parte inca de definir la historia misma en la imagen de un ideal estructural. Tal vez, algún día seamos capaces de ver como los conflictos humanos, los duros rostros de la guerra y la escasez, fueron concebidos no como roturas de un modelo espacio-temporal, sino como otro medio, comparable al arte, la arquitectura y los rituales, mediante el cual el modelo fundamental del universo inca podría ser manifestado a través de la acción humana.

En el contexto de los modestos hallazgos reportados aquí, tal esperanza es una utopía. Pero habría poco provecho en seguir un oficio tan arduo como la etnohistoria, si uno

no fuese optimista en cuanto a sus potenciales para el futuro. Cuando se especula en las ambiciones máximas de la etnohistoria andina, bien podemos preguntarnos si, no está dentro de nuestro alcance emprender desde nuestro lado, el proyecto que Felipe Guamán Poma de Ayala propuso desde el lado andino. Es muy justo que nos hagamos estudiantes de un maestro de los derrotados, porque las víctimas de la conquista, a diferencia de los victoriosos, no tienen la opción de negar la realidad de las profundas divergencias culturales que separan los dos lados. Como victoriosos, algunos escritores han evadido el problema del extranjerismo al asumir gente extranjera bajo categorías familiares (campesino, primitivo, etc.) y tratar vulgarmente de derivar las cualidades subjetivas de sus acciones históricas, haciendo deducciones a base de estas terminologías impuestas. Tal evasión no es posible para los derrotados en los cuales la cultura de los victoriosos ha sido impuesta porque ellos la experimentan como una realidad eficaz; no pueden negar su diferencia porque sufren las consecuencias de la misma.

Un elemento de la etnohistoria ideal sería entonces, literalmente, la «ctno-historia» en un sentido análogo a la etnobotánica o a la etnociencia; esto es, un intento de comprender el significado que tiene el cambio histórico dentro de un sistema cultural ajeno, al estudiar los principios latentes o evidentes del pensamiento que ordena la acción histórica del grupo ajeno. Pero es igualmente importante recordar que Guamán Poma no presume en ninguna manera de salirse de su propia cultura y retratar los dos mundos culturales desde el punto de vista europeo. Su insistencia en su identidad como un hombre de los Andes, fundamentado en la legitimidad de un «cacicazgo» local, tiene su contraparte intelectual en el hecho que él trata de comprender y apropiarse de la realidad exterior aplicando modos de análisis característicamente andinos. Su historiografía es una operación dentro de su propia cultura, un intento de expandir sus capacidades de aprehensión de lo que hay afuera.

Similarmente el ideal etnohistórico sería una historiografía con aspectos interior y exterior, poseería una traslación de conducta en términos de conceptos explicativos, indispensables para nuestro propio sistema de pensamiento (tales como carestía y modos de decisión, integración social y conflicto, simplicidad y complejidad, cultura y naturaleza, etc.), que harían inteligibles los actos históricos de la gente extranjera, en una manera que satisface nuestras normas para explicar cualquier acción en general. En verdad no podemos escoger, sino hacer esto consciente o inconscientemente. Pero esta explicación no debe descansar en atribuciones arbitrarias de motivos para la gente estudiada, por el contrario, su valor descansa en estar ligada a una «historia interior» que muestra como esta acción inteligible fue planificada y realizada por medio de sistemas extranjeros de pensamiento. La misión esencial del etnohistoriador es, no solo dirigir la antropología para aventajar en ampliación a la práctica de la historiografía occidental, es además desarrollar una actitud más auténticamente

antropológica hacia la propia historia, mostrando cómo las culturas poseen interiormente diferentes sentidos diacrónicos –diferentes historicidades– y que cada una «hace historia» en sus propios términos.

Dimensiones del estudio

Nuestro punto de partida ha sido el trabajo de John V. Murra, y especialmente aquella fase que está sintetizada en su ensayo «El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas» ([1972] 1975). Ya que algunos de los elementos teóricos y terminológicos se repiten en todo el trabajo presente, sería conveniente esbozarlos antes de entrar en el argumento sustancial.

Murra ha llamado la atención a un ineludible imperativo funcional de las sociedades andinas, a saber, la necesidad del acceso a los recursos naturales de múltiples zonas ecológicas. Algunas sociedades se han movilizadado en todos los niveles, desde las playas del Pacífico hasta los áridos pináculos de la cadena de montañas más alta del nuevo mundo, y también hacia la amazonía; otras han explotado segmentos más pequeños de esta formación «vertical». El múltiple paisaje y los muchos grupos humanos habitando sus diferentes «pisos», ofrecían extraordinarias riquezas naturales y culturales, pero también desafiaban la ingenuidad y poderío de cada grupo que esperaba garantizar su autonomía material. La combinación de elementos culturales que sirvieron para enfrentar estas circunstancias, es denominado «aparato de control vertical». Aunque este aparato varía en su escala y en su organización política, el estudio de las fuentes etnohistóricas y los resultados de los estudios de campo durante los años 60, ofrecieron fuertes evidencias de una constelación característica de controles verticales observados en muchas sociedades del centro y sur de los Andes, desde las pequeñas aldeas, hasta el mismo imperio inca. Esta constelación, conocida como el «archipiélago vertical», descansa en el manejo de varios enclaves más o menos pequeños, localizados para controlar los recursos cruciales en los múltiples pisos verticales y ecológicos, sacrificando la continuidad territorial por la independencia económica. En particular, el clásico «archipiélago vertical» tiene por centro un asentamiento densamente poblado, más o menos homogéneo en la cultura y auto-identificado como una sola unidad étnica, donde estaban centradas la autoridad política y la producción de los principales comestibles. A tal núcleo se asocian múltiples enclaves remotos en diversos y cruciales «pisos», como: las salinas de la extrema altura, los bosques maderables en el cinturón montañoso, campos de coca a lo largo de los valles semi-áridos, y pesca en las aguas de la corriente de Humboldt. Las personas establecidas en dichos puestos mantenían todos los derechos en sus comunidades, pero sus vecinos eran ordinariamente originarios de grupos extranjeros, incluidos contingentes de grupos étnicos ajenos. Este patrón, aunque existió en una variante característicamente inca, se piensa que se originó en tiempos remotos

preincásicos. Los límites espaciales de su distribución no están del todo claros; la aclaración de su alcance geográfico, y de las soluciones alternativas a este problema «vertical», prometen ayudar a definir las diferencias culturales intra-andinas e indicar el nivel de organización en el cual podemos esperar encontrar rasgos pan-andinos; también puede contribuir a una explicación eventual de la trayectoria peculiar de las culturas «horizontales» de los Andes, con su explosiva expansión y su rápida fragmentación.

En cuanto a la región de Quito, que difiere de los casos recientemente estudiados por Murra tanto en su ecología como en su relativamente tenue conexión a las culturas «horizontes» preincásicas, los siguientes puntos serán defendidos: primero, que es posible detectar, a través de la doble cortina de imposiciones incas y españolas, el perfil de ciertas instituciones extrañas a ambas y arraigadas en lo aborígen; segundo, que los «cacicazgos» a los cuales éstas pertenecían fueron pequeños en escala, pero a la vez altamente centralizados y estratificados; tercero, que su economía resolvía el problema vertical de una manera cualitativamente diferente de aquella vista en las formaciones «archipiélago», al desarrollar un nutrido intercambio como vínculo sobre las distancias medias y largas; cuarto, que el poderío de los «curacas» o «caciques» descansaba en gran medida en la habilidad para garantizar tales vínculos y fomentarlos a través del uso de especialistas políticamente autorizados para el intercambio; y quinto, que la conquista inca trajo consigo la gradual dismantelación de dichos sistemas y su reemplazo por «archipiélagos» ecológicamente equivalentes.

El ámbito de este estudio puede ser definido históricamente como el «corregimiento de las cinco leguas de Quito», esto es, la jurisdicción colonial inscrita en un radio de aproximadamente cinco leguas alrededor de la ciudad; o geográficamente como la hoya de Quito o la cuenca del Guayllabamba, a más de las laderas de la cordillera occidental entre la orilla meridional del Guayllabamba y el río Toachi; o políticamente como la actual provincia de Pichincha con la excepción de los extremos más occidentales que sobrepasan aproximadamente a los 79° de longitud oeste. La vaguedad del límite occidental es inherente a las vagas definiciones usadas en las fuentes coloniales, que a su vez reflejan la conquista incompleta y la exploración inadecuada de las faldas occidentales de los andes. Para el viajero moderno esta área presenta un contraste espectacular entre la selva húmeda, los vertiginosos muros de la montaña en su parte occidental, y el campo fresco, claro y deforestado del alto valle interandino. Ya que existen diferencias culturales tan marcadas como las diferencias geográficas, la mayoría de los visitantes se sorprenden al saber que esta área ha sido considerada como una sola unidad política a través de toda la colonia y la república. Después de un largo estudio el presente autor está convencido de que no hay nada arbitrario en su asociación y de que su unidad está afincada profundamente en la prehistoria.

Las fuentes

Intentos de definir la política del Quito antiguo no han faltado, pero en general aquellos que descansan en el uso de las fuentes escritas durante la colonia tardía, han dado origen a interminables debates, en los cuales, el juicio crítico sobre la validez de las fuentes ha desplazado enteramente la investigación sustancial del tema. El estudioso de la toponimia y la antroponimia, aunque evita esta dificultad, sufre aún el problema de trabajar sin textos de los extintos idiomas aborígenes, mientras la arqueología tan sólo ofrece una información escasa y preliminar sobre la región. Con la esperanza de escapar de estas dificultades, el presente estudio está basado en el uso exclusivo de fuentes escritas en el período colonial temprano o pre-toledano (1534-1569), ya que éstas describen la sociedad indígena antes de ser deformada por una extensiva «reducción» (a reasentamientos forzados en artificiales aldeas nucleadas). Sin embargo, donde nos ha faltado suficiente información de este período, hemos admitido algunas fuentes hasta el año 1600, y unas pocas posteriores a esta fecha en asuntos restringidos (notablemente listas de cosechas, donde el hispanismo está fácilmente detectado).

Se espera que los resultados, eventualmente puedan ser usados en conjunción con las investigaciones arqueológicas, pues los dos métodos son complementarios; la distribución de restos materiales puede remediar la vaguedad geográfica de muchas descripciones escritas; la selección de la información arqueológica, por su duración, está compensada por la atención del escritor a los materiales de importancia económica y social, por efímeras que sean; la dificultad de obtener una cronología bien enfocada desde los artefactos es parcialmente balanceada por una precisa información escrita; la deshonestidad de los burócratas y testigos interesados puede hallar su remedio en el testimonio inconsciente de los escombros humanos; y, mientras el arqueólogo descubre la cultura material en el lugar de su abandono, el etnohistoriador lo descubre en el contexto de su uso. Con estas ventajas en mente, la información ha sido analizada con la finalidad de enmarcar hipótesis susceptibles a la investigación arqueológica.

Las fuentes inéditas las leemos en varios archivos y bibliotecas de Ecuador, España y los Estados Unidos. Ellas derivan virtualmente de toda la gama de papeles oficiales en que aparecen los indígenas y sus comunidades: juicios, probanzas de méritos (testimonios autobiográficos dados en corte con testigos en apoyo de una petición), la correspondencia entre oficiales reales y sus superiores en España, papeles eclesiásticos, actas de Cabildos, libros de notarías (en los cuales se hallan testamentos, donaciones, escrituras de venta, poderes, contratos y otros cotidianos documentos legales), sentencias de las cortes de justicia, residencias de oficiales (procesos en

fechorías alegadas de salidas de mando), cédulas y reales provisiones (decretos de política real), títulos de encomiendas, peticiones a las autoridades reales, libros de tasación (registro de la cuota de tributos), cuentas y deliberaciones de tesoreros reales, visitas (inspecciones pormenorizadas de comunidades indígenas con el fin de fijar la tasa del tributo), y muchas otras clases de documentos. En general las citaciones textuales han sido preferidas a los sumarios o paráfrasis, a pesar del lenguaje engorroso de los originales, para permitir a los lectores un juicio independiente en el significado de los textos. Cuando se citan fuentes secundarias, es porque, o bien contienen información primaria que no ha sido aprovechada directamente, o porque sirven para relacionar una información primaria con las ciencias auxiliares.

En la selección de crónicas y otras fuentes primarias, el mayor criterio, invariablemente ha sido el grado de familiaridad que el autor demostrablemente posee con la región de Quito. Por esta razón poco uso se ha hecho de algunas crónicas de prestigio, mientras otras que no son tan apreciadas por autores cuya atención se centra en el Cuzco, son aquí altamente consideradas. Este es el caso con López de Atienza, cuyo «Compendio historial del estado de los indios del Perú», contiene poco o nada de original en relación a la civilización inca, y cuyo estilo moralizador es desagradable para los lectores modernos. Pero estos defectos no disminuyen el valor de las descripciones de la vida diaria y las creencias de los nativos en el área de Quito, con los cuales estuvo en continuo contacto durante su larga carrera de funcionario eclesiástico. Igualmente Miguel Cabello de Balboa, considerado generalmente un cronista de secundaria importancia en lo que respecta a la corte inca, tiene pocos rivales como una autoridad sobre Quito, gracias a su larga residencia y a sus exploraciones por los Andes septentrionales. Entre los autores de las «Relaciones geográficas» recopiladas por Jiménez de la Espada, el Anónimo de 1573 sobrepasa los rangos de los administradores de escritorio y de los curas de parroquia en virtud de su rico conocimiento de la agricultura indígena; Sancho de Paz Ponce de León, corregidor de Otavalo, muestra también una afición etnológica que justifica una mayor búsqueda de sus escritos. La crónica de Anello Oliva ([1628] 1953) ha sido omitida, no por un desinterés en su inusitado contenido mitológico, pero más bien por no ser susceptible a los métodos utilizados aquí.

Crítica y evaluación de las visitas

No obstante la diversidad de las fuentes, hay una que forma la columna vertebral del estudio y cuyo descubrimiento reforzó la ambición de llevarlo a cabo; esta es la visita a seis comunidades indígenas en los alrededores de Quito hecha por Gaspar de San Martín y Juan Mosquera en 1559. Desde este hallazgo, la carta oficial de instrucción que guió su compilación se ha hecho conocida, y también extractos de otra visita realizada de acuerdo a iguales instrucciones (ver Cap. VII). El valor

etnológico de las visitas ha sido ampliamente comprobado por Murra y otros autores; no hay otra clase de fuentes que rivalice con ésta en su rigor metodológico ni en su riqueza de detalle al describir la organización socio-económica a nivel de comunidad. Pero aún las mejores fuentes deben ser usadas críticamente. Las siguientes son algunas consideraciones que han guiado su uso.

A. Crítica de la visita.- Tanto los factores técnicos, y las limitaciones inherentes a cualquier descripción transcultural, como los intereses creados de las partes, introducen algunos riesgos en la interpretación de la visita.

Entre las consideraciones técnicas se debe tomar en cuenta que el texto usado no es el original hecho por el escribano de la visita, sino una copia autorizada (traslado) preparada por Antón de Sevilla y presentada como evidencia en la residencia del Licenciado Juan de Salazar Villasante, a pedido de un mercader griego ultrajado por la complicidad de Salazar en abusos tributarios (AGI/S Justicia 683). La copia de Sevilla parece bien hecha y no presenta excepcionales problemas paleográficos, excepto la semejanza de ai/cu; pero hay una posibilidad de error, especialmente en las antroponimias nativas.

En efecto, nuestra ignorancia del lenguaje al que pertenecen esos antropónimos, es tal vez el obstáculo más difícil de superar para comprender los datos culturales del área de Quito. Al contrario de lo que afirma Stark (s. F.), es altamente probable que un idioma no-incásico, sin obvia relación al quichua, sobrevivió en la región de Quito hasta los tiempos coloniales. La evidencia de una visita posterior (AJ/Q:f. 11 r) en la cual fue hecho el «pregón» a los habitantes de Cotocollao, primero «en la lengua del inga» y luego «en la lengua materna», parece ser concluyente. Ya que intérprete empleado en la visita de 1559 fue un natural de Cotocollao, el idioma vernáculo de las áreas visitadas era presumiblemente la misma «lengua materna». El hecho de que un «yndio del Cusco» sirva de intérprete en un juicio de 1565, sin embargo, sugiere que esta lengua estaba al menos suplementada en las cuestiones de gobierno por el quechua (ANH/Q 3ª notaría juicios 1964 f. 14v).

Otro obstáculo cultural es la preferencia pro-Cuzco. Las instrucciones reflejan la experiencia cuzqueña del autor, Gil Ramírez Dávalos, quien había servido recientemente como corregidor en la capital inca (González Suárez [1890] 1969 t. 1:1247), donde había desarrollado una afición por la terminología incásica que ensombrece a la local. Él fomentaba a sus visitantes el uso de los términos «guarangas y pachachas y ayillos», «curaca», «mitima», «guaca» y «mita» (Ramírez 1557: f. 233v); lo inapropiado de estos términos es evidente en las réplicas de los testigos aborígenes, quienes se abstienen de usarlos. El uso de los términos incas en escrutar las sociedades aborígenes, indica una acción concomitante de los españoles con la

élite inca por su perspicacia y conocimiento administrativo de los recién conquistados pueblos. Esta tendencia es notable aún en Cieza y Cabello, los escritores más atentos al detalle local.

Igualmente ilusoria es la presencia de muchos conceptos clasificantes o bien importados desde España (pueblo, parcialidad, principal, etc.), o españolizados de los lenguajes americanos (yanacona, mita, etc. del quechua; tianguéz, cacique, etc. de otras lenguas), generalmente con una gran pérdida de precisión. La multiplicación de tales términos respondió a la necesidad de simplificar la infinita variedad de las sociedades americanas, en categorías que podrían ser comparadas y manipuladas por burócratas carentes de experiencia de campo como de sensibilidad etnológica. Del estudio de pormenores funcionales, es a veces posible reconstruir parte de los detalles que se han perdido en este proceso de simplificación.

Entre los intereses que introducen un elemento de mendacidad en todos los documentos coloniales, era el utilizado por la élite aborígen, aduciendo como mayor defensa como los aumentos en la tasación una fingida pobreza. Esto es evidente en sus testimonios sobre la producción agrícola, en los que tratan claramente de disminuir su riqueza. Algo parecido sucedía con los recursos humanos; los visitantes sospechaban pero no podían probar, que parte de la población sojuzgada estaba siendo ocultada. El encomendero Francisco Ruiz «el Contador», por su parte, puede también ser sospechoso de causar distorsiones, en defensa de sus inversiones elaboradas para convertir los derechos tributarios en riqueza mercantil, por medio de la contratación (la conmutación de los tradicionales derechos del «cacique» en la fabricación de textiles para la venta por parte de Ruiz). Él es conocido por haber intimidado a los nobles locales (Pérez 1947; CVG sueltos 49-6-9/18 t. 2:524). Sin embargo testigos indígenas que no fueron nobles, usualmente, se expresaron ansiosos por identificar tales imposiciones, ya que algunos de los que contravenían la ley podrían ser objetos de pleitos exitosos.

B. Defensa de la visita.— Otros factores que acrecientan el valor etnológico de la visita, prevalecen sobre estas limitaciones.

Uno de ellos, en sí muy interesante, la conservación cultural que encontraron los visitantes. A pesar de su cercanía a Quito, las seis comunidades no habían sentido el pleno impacto cultural de la invasión europea. Aunque los mandatarios étnicos parecen haber sido bautizados entre 1551 y 1559, si se juzga por la adquisición de nombres de pila, la mayoría abrumadora de adultos y menores usaron solamente nombres aborígenes. La transformación de los caciques en ladinos bi-culturales no había empezado todavía: ninguno conocía el español lo suficientemente bien como para prescindir del intérprete. Cuando la gente de Uyumbicho fue consultada en

1561 «dixeron ser cristianos», pero en realidad era muy escaso s conocimiento de la doctrina (una prédica elemental para convertir a la población nuevamente conquistada):

Preguntados que dotrina an tenydo y tienen de presente dixeron que los an dotrinado el padre Ramyrez y el padre Moscoso y el padre Dorado y de presente aora a venydo aqui el padre Juan Yanez a los dotrinar e que algunas vezes los dichos sacerdotes los an ydo a vesitar a sus pueblos pero pocas vezes y quel padre Alonso Hernandez bautizo y caso a algunos dellos y que los demas clerigos hizieron poco e que un hermano del caçique es el que los dotrina y enseña a todos... preguntados que dan de camarico a los clerigos que los van a vesitar dixeron que cuando van a su pueblo estan alla uno o dos o tres días que le dan media hanega de mayz y quatro aves y alguna vez de que se lo pide le dan un puerco (AGI Justicia 863 f. 796v-797r).

Mucho menos la adoctrinación europea había penetrado en las periferias de la región quiteña. En el mismo año los nobles Yumbos de las tierras tropicales, asentados en Cansacoto, declararon «que nunca an-tenydo dotrina ny al presente la tienen» (AGI/ S Justicia 683: f. 795r).

Otro elemento cultural de conservatismo es la supervivencia de categorías auténticas del pensamiento social nativo, latentes en los principios de organización de la visita. Afortunadamente los visitantes no se tomaron el trabajo de organizar la información demográfica, sino que lo dejaron a la iniciativa de los caciques, quienes a su vez consultaron los registros de los **k'ipu**. Una mirada a la metodología de la visita, muestra como encajaba un registro indígena en un molde extranjero. Para cada comunidad, los siguientes materiales eran recolectados:

- (1) Los juramentos de los testigos evidenciales, generalmente el «cacique» y los «principales».
- (2) La «visita personal», en la cual cada miembro de la comunidad era llevado físicamente ante los oficiales naturales y españoles, sin exención de ninguna categoría de edad o de las distinciones de rango. El propósito era corregir y actualizar la «visita de quipos» que habían hecho «(Diego de) Sandoval y Pedro Muñoz», en conexión con la visita general ordenada por Pedro de la Gasca en 1549 (Helmer 1955: 1-21; M y SM 1559: f. 867v).

Por mandato de su merced del señor gobernador e a pedimento de su encomendero Francisco Ruiz se tornaban a revisitar personalmente por quanto por la visita que por quipos habian hecho parecia haber deiado de

visitar numero de indios casados y solteros y solteras y viudas y menores y para que conste la verdad y viese si era asi que convenia trajesen todos sus indios chicos e grandes viejos y viejas el cual dicho cacique dijo estava presto de los traer por quanto los que habia visitado son los que tiene no uno mas ni menos y que despues de visitados constata ser ansi y los que trujo son los siguientes (f. 805v; ver también f. 798v, 815r, 822v, 844v, 862v).

En la visita personal cada párrafo parece corresponder a una unidad doméstica de alguna especie, tal vez la «casa» que forma la unidad básica de la visita de Huanuco (Ortiz de Zúñiga [1562] 1967, 1972) o la mínima unidad dotada de derechos a la tierra. Ordinariamente ésta consiste de un núcleo familiar con dependientes agregados, especialmente padres viudos y otros adultos sin matrimonio. Aunque la extensión lateral es poco frecuente, la presencia de un hijo casado a veces da la apariencia de una stirpe familiar dentro de la casa. La rareza de hijas casadas sugiere una tendencia virilocal en la formación de los hogares. Existen numerosos párrafos anómalos, consistentes aparentemente en individuos desconectados o en parejas que serían escasamente independientes económicamente, tales como: niños huérfanos sin compañía, mayores viudos, enfermos. Por esta razón creemos que el párrafo implica una noción teórica y no de facto, de la unidad social básica. Por tanto es preferido el término neutral «unidad de censo» a cualquier otro concreto, como: «familia».

Cada individuo es descrito por su nombre, condición civil (soltero, casado, viudo, enfermo), una clasificación cruda de edad si es adulto o la edad en años si es menor, y el status del parentesco en relación a la cabeza de la unidad. Si no es relacionado consanguíneamente, se especifica el lazo de matrimonio, adopción, o de servidumbre que lo vincula a la cabeza.

En cada comunidad la enumeración empieza con la familia del «cacique», siempre polígamo, seguida de sus dependientes y varias unidades de yanakuna (servidores). El listado de unidades que le son directamente sujetas sigue, y en su torno similares listados cada uno encabezado por un «principal». Cada uno de estos segmentos es denominado una «parcialidad». Después de las vistas a las «parcialidades», grupos anómalos o extranjeros son descritos dentro de apéndices.

(3) Habiendo terminado la visita temporal, los visitantes entrevistan a los «caciques» y «principales» sobre los puntos especificados en el instructivo. Estos incluyen: la jurisdicción y los derechos de los «caciques», el papel de ellos bajo la dominación inca y los sistemas de tributación incásicos, la geografía y los recursos naturales, la economía doméstica de la gente común, las cuotas del tributo español y los abusos sufridos a manos del encomendero o de otros españoles o africanos.

(4) Los visitantes asignan una nueva cuota, la retasación, expresada como la cantidad debida por cada hombre adulto sano, cada año o medio año; el encomendero y los nobles locales son notificados.

(5) La previa autorización autorizada en Lima en 1551 por el arzobispo Loayza, Fr. Domingo de Santo Tomás O. P. y el Oidor Andrés de Cianca, está copiada en el registro. Ya que está dada en cifras agregadas a nivel de comunidad, es difícil compararla con la del punto 4.

Así termina cada sección de la visita de 1559. El orden en el cual las comunidades fueron inspeccionadas, refleja simplemente el derrotero geográfico de los oficiales, pero dentro de cada comunidad el orden del registro es la misma de los «quipos». Aun cuando la terminología explícita es inauténtica, las categorías latentes representadas dan signos claros de autenticidad. Por ejemplo, la segregación de grupos extranjeros en los apéndices, donde está especificado su origen incásico o post-incásico, sugiere que las «parcialidades» son las etnocategorías que correctamente delimitan la **llanta**. Las categorías que definen a los individuos son probablemente las mismas del registro «quipo»: «niño de teta», «niño de *n* años», «soltero», «casado», «viejo», «enfermo», «viudo», «huérfano de *n* años». La combinación de las tres variables de edad, estado civil y salud para determinar deberes, recuerda el famoso «becita general de los yndios deste rreyno por los yngas», ordenada en similares «calles» por Felipe Guamán Poma de Ayala ([1613] 1936:193-233).

Aunque en el registro faltan las categorías andinas que ordenaron a las comunidades a escala regional, parte del defecto puede ser suplida con el «Quipo y memoria», que los propios «caciques» de la visita dieron a Francisco Ruiz en apoyo a sus reclamos por salarios atrasados:

Ilustre señor estos principales de mi encomienda traen el equipo y memoria de todos los yndios que an dado para llevar cargas asi por mandato de vuestra merced como de sus tenientes licenciado Falcon y Gaspar de San Martin que son los siguientes:

Don Juan Sangolquí cacique de Urinchillo noventa y tres indios	XCIII
Don Amador noventa e dos	XCII
El dicho Don Juan dio otro principal suyo IX indios	IX
Don Juan Oyunbicho XVII yndios	XVII
Don Sebastian Guara cacique de Pipo dio cincuenta e siete yndios	LVII
Don Diego de Pingolqui LXXVII yndios	LXXVII
El Ynga dio veynte e ocho yndios	XXVIII
	CCCLXXIII

Que son por todos estos yndios trescientos y setenta y tres yndios vuestra merced mandara como cristianos pagarle lo que fuere servido y a mi mandarme que lo are como siempre se a conocido de mi desta casa de vuestra merced oy lunes y de octubre 30 ylustre señor beso pies y manos de vuestra merced su servidor Francisco Ruiz (CVG sueltos 49-6-9/18 t. 2: 537-538).

El principio de ordenamiento no es así mismo evidente; parece reflejar una jerarquía de importancia demográfica. Este «quipo» confirma que las unidades, llamadas «pueblos» por los españoles, fueron consideradas por los pobladores andinos como separadas y comparables; no fueron artefactos de una simplificación administrativa española.

Finalmente, es un mérito singular de la visita que, a pesar de haberse llevado a cabo para resolver los problemas existentes en enero de 1559, no es meramente una visión sincrónica de las condiciones contemporáneas, sino un estudio etnohistórico en su propio derecho. Ya que la legislación española impidió cualquier tributo que excediese al valor de la tasa incásica, los visitadores fueron obligados a estudiar la economía política pre-hispánica bien en detalle. Algunas de las personas entrevistadas en estos tópicos ya eran adultos cuando los españoles invadieron Quito, y todos ellos supieron del estatus de sus comunidades en el Tawantinsuyu por haber oído las palabras de testigos presenciales. Sus respuestas forman la fuente más detallada y fehaciente de las hasta ahora encontradas sobre el funcionamiento del Tawantinsuyu y de sus «cacicazgos» vasallos en lo que ahora es Ecuador.

Gil Ramírez Dávalos ordenó a sus visitadores a que investigaran los siguientes tópicos:

que orden es la que a tenido los que tienen chacaras e sementeras de coca en el sacar en beneficiar della y en que (tarjado: tiempos) partes la ponian e ponen al presente e de la distancia y leguas que aya desde sus pueblos a la coca e desde la coca a donde la ponian e que pueblos e yndios son los que la beneficiar e sacan

yten quanto aquello an acostumbrado a beneficiar e que por mandato e de que temple es la tierra donde se da e quantas vezes o mitas se coge cada año e procurareis de lo ber y entender

yten que peso solian tener los çestos y si los an creçido o desmenuido e de que tiempo a esta parte

yten que manera tenian antiguamente los caciques e prenzipales e labradores

e pescadores e otros oficiales de qualquier arte trato ofiçio o grangeria que fuese en el contribuir e acudir con los tributos e seruicijs que daban al ynga e al caçique prenzipal e a los demas prenzipales e a otros señores que a tenido y en que tiempos lo ponian e con que yndios solian servir e acudir para el seruicio e para la guerra

yten de que manera se pagaban los dichos tributos e quantas personas se entendia una caueça o heran obligados a dar el tributo que les cauia y si lo pagaua cada yndio o cada yndia o muchacho o marido o muger o hijos juntos y si hera por sus personas o por los asientos de sus casas o tierra o chacaras que tenian e sy pagaban los dichos tributos todos los dichos yndios igualmente tanto el uno como el otro y si auia diferencias en esto y en que manera

yten... que seruicio de yndios y yndias e que tributo daban los yndios en tiempo del ynga al huno ques el caçique prinzipal y a los demas curacas que son los prenzipales que los mandaban e que sementeras e casas e otras cosas le hazian y si el seuicio de yndios que davan lo daban de una bez por toda su vida y si lo remudaban cada año e quantos pueblos o yndios o probinçias heran los que contribuyan con las dichas cossas e como se llamaban

yten si antiguamente pagavan el tal huno caçique prenzipal y los demas prenzipales algun tributo o hazian algun seruicio al ynga por su ffamilia e seruicio e por las cosas que criaban e cogian e por sus grangerias y en que cantidad y si heran esentos e no las pagaban

yten... que horden solian tener en el subçeder de los cargos y si el ynga ponía los hunos e curacas o si heran naturales o mitimaes o si se hacian por eleçion de los demas curacas y la orden que a (auido?) en ello y si hera por tiempo limytado o perpetuo hasta que morian o si subçedian los hijos o hermanos o quyenés

yten que señorio e mando tenian los tales hunos e curacas sobre los yndios e sy podian matar yndios o castigarlos por delitos que cometiesen o quien repartiese los tributos entre los yndios e de que manera se pagaban

yten que chacaras e tierras e ganados tenian en sus tierras el ynga suyo propio e para el sol y en guacas y si abian sido primero de los yndios del dicho repartimiento y si las labro ronpio e beneficio de nuevo el ynga y si traxo ganado de otra parte

Esencialmente el texto de la visita consiste en dos estratos cronológicos, las descripciones de las instituciones activas en 1539 y las descripciones de las instituciones vigentes en los últimos años de la era prehispánica. El gobierno inca debe ser reconstruido solamente a base del segundo tipo de información, pues, en lo que toca al nivel imperial, aquello que no fue destruido por los españoles fue tan transformado que no sirve para modelo de lo precolombino. Pero, ya que la primera etapa de la conquista española consistió en la decapitación del estado inca, no en su desmantelación, la gran parte del nivel medio y bajo del aparato administrativo fue dejado en su lugar. Los funcionarios incas de medio rango a menudo llegaron a ser agentes de «mando indirecto», mientras que los «cacicazgos» aborígenes no sólo sobrevivieron, sino que prosperaron de nuevo bajo las alteradas condiciones de la guerra civil, que les permitió engrosar un margen de autonomía. Por estas razones la tradicional economía política local, aún tomando en cuenta momentos específicos de colaboración, entre «caciques» y encomenderos, mostraba una mayor continuidad prehispánica que aquella de tradición incásica. Por lo tanto en el análisis de las instituciones locales, es permisible utilizar los datos etnohistóricos y también los contemporáneos (1559) para reconstruir el sistema aborigen de gobierno.

El siguiente criterio ha sido utilizado para distinguir a las instituciones aborígenes de las imposiciones incásicas: (1) Las prácticas nombradas con terminología cuzqueña, o mencionadas explícitamente como imposiciones incásicas, han sido generalmente atribuidas al Tawantinsuyu. (2) Las prácticas nombradas con palabras que nos son demostrablemente quechuas ni españolas, son generalmente clasificadas como aborígenes. (3) En caso de duda, se han buscado comparaciones con las partes más centrales del Tawantinsuyu; y, donde faltan paralelos, el caso ha sido clasificado como aborigen. (4) Por vía de control, una extensa comparación entre los gobiernos cacicales bajo diversos grados de dominación inca, ha sido incluido en el capítulo VII.

Normas técnicas

Las siguientes reglas han determinado el tratamiento de las fuentes primarias:

(A) **Paleografía.**- Cuando las transcripciones paleográficas de otros autores son usadas, sus sistemas respectivos han sido dejados intactos. Los errores que se han sospechado no han sido corregidos sin que los originales u otras ediciones hayan sido revisados. En particular, los lectores tomarán en cuenta que los textos citados de la Colección Vacas Galindo (CVG) son a menudo defectuosos en paleografía y que deberían ser idealmente comparados con sus originales. Para este propósito las siglas del Archivo General de Indias, dadas por el P. Vacas Galindo (en la vieja clasificación AGI) están incluidas en la bibliografía.

Donde las transcripciones paleográficas fueron hechas de nuevo, el criterio ha sido conservar el texto lo mayormente posible, modernizándolo solamente en estos aspectos: (1) las abreviaturas fueron desarrolladas, p. e. «magd» vino a ser «majestad»; (2) las letras iniciales de nombres de personas y de lugares fueron puestas en mayúsculas; (3) la **rr** inicial de palabra ha sido reemplazada por la **r**. Los siguientes rasgos del estilo siglo XVI han sido conservados: paginación por fojas, a las cuales se han adherido los signos **r** y **v** para indicar los lados: anverso y reverso (versus), respectivamente; la ausencia de puntuación y del acento grave; la cedilla (ç); y la ortografía arbitraria de numerosas palabras, incluso de algunos nombres de personas y lugares.

(B) Los usos del quichua y del hispano-quichua.- En base a la pronunciación local, el dialecto del área de Quito ha sido llamado quichua y el del Cuzco quechua. En palabras pertenecientes al vocabulario técnico del gobierno inca, el contraste de sonidos simples, globalizados, y aspirados ha sido señalado con cero, una coma, y comillas respectivamente: *k/k'/k*», etc. Ni esta serie ni el contraste *k/q* pueden establecerse como existentes en el quichua temprano del Quito colonial, por la evidencia que tenemos a mano, y ningún intento se ha hecho para interpretarlos en la antroponimia y toponimia locales.

Para evitar confusiones entre la terminología indígena y los términos españoles derivados de las palabras indígenas, que nunca denotan el exacto significado original, las comillas han sido usadas para señalar los hispano-quichuismo y otras palabras pseudo-etnológicas, mientras que el verdadero vocabulario indígena está en bastardilla. Por ejemplo, «mita» se refiere a un trabajo obligatorio bajo el régimen español, mientras *mit'a* a un trabajo cíclico bajo el sistema inca.

(C) Bibliografía.- Las fuentes publicadas son citadas usando corchetes interiores para indicar la fecha de publicación original o la terminación de un manuscrito si su fecha de publicación es diferente. Los manuscritos inéditos, se citan de la siguiente manera: en, por ejemplo, (AGI/S Justicia 671: f. 61v-68r), AGI/S significa Archivo General de Indias, Sevilla; Justicia 671, el legajo del cual el material es extraído; y f. 61v-68r la localización por fojas. Las fechas y los contenidos están indicados en el correspondiente párrafo de la bibliografía. Existen tres excepciones a este sistema: la visita de 1559 es citada: (M y SM 1559), la visita de 1557 es citada: (M y R 1557) y la instrucción de estas visitas como (Ramírez 1557). La lista de abreviaturas del archivo aparece en el principio de la bibliografía, en la cual son citadas igualmente las fuentes publicadas y las inéditas.

Índice:**Introducción**

- Sobre la práctica de la etnohistoria
- Dimensiones del estudio
- Las fuentes
- Crítica y evaluación de las visitas
- Normas técnicas

El problema de los «Andes de páramo»

- Civilizaciones del centro y norte de los Andes
- La región de Quito como un habitat nor-andino
- Pisos verticales de la hoya interandina del Guayllabamba
- Pisos verticales de las laderas exteriores (cordillera occidental)
- La «complejidad» y el caso nor-andino

Las llajtacuna

- Localización ecológica y-cronológica de las llajtacuna
- Los valles húmedos interandinos
- Los valles secos interandinos
- Bocas de montaña
- La región Yumbo
- La constelación regional económica

Componentes locales y exóticos de la economía a nivel de llajta

- El complejo del maíz: productos locales y populares
- El complejo de la caza: bienes suntuarios locales
- El complejo Yumbo: bienes exóticos populares –sal y ají-
- La coca y objetos de ostentación: bienes exóticos suntuarios
- La jerarquía de bienes y la jerarquía política

La articulación interzonal

- Los «tiangueces»: intercambio centralizado
- Los mindaláes: «yndios mercaderes»
- Los Yumbos: intercambio a nivel de unidades domésticas
- Contactos amazónicos
- Kamayujcuna:** elementos de archipiélago
- Modalidades especializadas y no-especializadas de articulación interzonal

Las dimensiones y la dinámica de la política cacical

- Escala demográfica de los «cacicazgos»

Organización política
La autoridad cacical, matrimonio y herencia
Organización supralocal

El impacto incásico

Quito incásico
Los aparatos de coerción y defensa: las fortificaciones
Los aparatos de transporte y comunicación: caminos y tambos
Los aparatos de control social: **mitmajcuna**
La anexión de elementos aborígenes en el centro inca
El aparato tributario
La imposición y difusión de la cultura inca
Reacciones a la presencia inca

Quito en una perspectiva comparada

Grados de impacto incásico
El caso Puruhá
El caso Otavalo
El caso Pasto
Hacia una síntesis comparativa

Bibliografía.

Nº. 11 y 12, DEMOGRAFÍA Y ASENTAMIENTOS INDÍGENAS EN LA SIERRA NORTE DEL ECUADOR EN EL SIGLO XVI. ESTUDIO ETNOHISTÓRICO DE LAS FUENTES TEMPRANAS (1525-1600).

Autor: Horacio Larrain Barros

Serie: Etnohistoria

Editor: Instituto Otavaleño de Antropología

Impresión: Editorial Gallo capitán

230 + 223 páginas

Otavalo, 1980.

Introducción

En el presente volumen se analiza, en forma directa, todos los aspectos que dicen relación con las formas de asentamiento y la población de las comunidades indígenas encontradas por el español en la Sierra Norte del Ecuador. Por tanto, no interesaba al autor tan solo reseñar la evolución estrictamente numérica de la población indígena

serrana, sino, mucho más, formarse una idea clara de los tipos de asentamiento, su densidad relativa, las formas de ocupación del territorio, y las maneras cómo el conquistador captaba la ocupación del espacio indígena, con sus categorías hispanas, de origen medieval.

En todo momento, lo que el autor ha tenido *in mente* es aprovechar todos los datos que arrojen luz sobre la población humana y sus sistemas de doblamiento en el área serrana. Más que la evolución de la población misma, desde el ángulo estrictamente demográfico censal, interesó al autor presentar las formas de asentamiento, sus patrones característicos en la medida en que, lo permitieran las fuentes utilizadas.

El autor, redujo su atención al estudio y análisis de todas las fuentes publicadas que tuvo a mano, tanto en el Ecuador como en Chile. Fuimos conscientes, desde un principio, de que con ello dejábamos de lado un riquísimo material documental presente en Archivos, tanto del Ecuador, como de la Madre Patria. Pero la disyuntiva era clara: o nos dedicábamos durante dos o tres años a recopilar material archival (como lo ha hecho tan prolijamente Salomon, 1978), o nos decidíamos a aprovechar en forma lo más exhaustiva posible, el material ya impreso, en particular, los Cronistas, las Relaciones Geográficas de Indias, la Cartografía Colonial temprana, y los análisis ya practicados, antes que nosotros, por numerosos especialistas. Esta limitación documental que nos hemos impuesto, por cierto, necesitará en un futuro próximo de un examen paciente de la rica documentación archival para complementar, enriquecer o modificar las conclusiones a que aquí se ha llegado.

Uno de los aportes de este trabajo, ha sido el enfoque multidisciplinario del problema. Por ello, nos hemos impuesto como tarea la revisión de obras de carácter arqueológico, histórico, geográfico, antropológico-cultural y aún biogeográfico, pues estamos convencidos de que el fenómeno del doblamiento humano a través del tiempo, sólo puede ser vislumbrado mediante una simbiosis metodológica en la que las ciencias humanas y las ciencias biológicas o del ecosistema, se aúnen en torno a un mismo problema. Como lo señalamos en el capítulo 1º, es la comunidad humana con sus exigencias de toda índole la que se plantea su propio «espacio vital» o «territorio», como prefieren decir los antropólogos. Este es ocupado, o ampliado, según las demandas de un sistema cultural o su grado de desarrollo socio-político.

El otro eje conceptual de este análisis, es la insistencia en el cotejo constante de la información que nos entregan las fuentes, tanto entre sí, como con otras informaciones de carácter geográfico, ecológico o biológico. Numerosos investigadores recurren —en forma por demás indiscriminada— a la etnohistoria como material probativo de sus propias tesis. Pero la etnohistoria, en nuestro concepto,

no es fundamentalmente historia, sino antropología, y, por ende, debe contribuir al estudio de las grandes líneas de la evolución cultural de los grupos humanos y de los procesos de toda índole que la condicionan en su adaptación a un ecosistema dado (Larrain, 1980). En consecuencia, hemos tratado de hacer trabajo etnohistórico en el pleno sentido de la palabra: con conceptualización antropológica que trata de situar a las comunidades en la época del contacto español y poco después, en una perspectiva general del desarrollo socio-político de los grupos humanos.

En el sentido indicado, el esquema y las conclusiones obtenidas en este trabajo no constituyen historia tradicional, sino, más bien, Antropología Cultural. Para nosotros, tanto la Etnografía, como la Etnohistoria, -o mejor ambas juntas- entregan los materiales para un perfecto análisis antropológico-cultural de los grupos humanos, tanto en una dimensión sincrónica, como en una diacrónica.

Índice, tomo I:

CAPÍTULO I: Delimitación del área de estudio, metodología y fuentes

1. Delimitación del área de estudio
 - 1.1. Área geográfica que cubre
 - 1.2. La zona de estudio: Fig. 1
 - 1.3. El límite N. del área de estudio
 - 1.4. El límite S. del área de estudio
 - 1.5. El límite oriental
 - 1.6. El límite occidental
 - 1.7. Las comunidades occidentales de clima húmedo
2. Los conceptos de nivel de organización socio-político: Tribus y Señoríos
 - 2.1. Criterios diferenciadores de Service y Fried
 - 2.2. Las definiciones de «señoríos» y «tribus»
 - 2.3. Características del «señorío»
 - 2.4. Características demográficas de «señoríos» y «tribus»
 - 2.5. Presencia de «señoríos» en la etnohistoria americana
 - 2.6. Discusión de la afirmación de M. Fried respecto a la no existencia de «señoríos» en el registro etnográfico
3. El área de estudio y las áreas culturales en Sudamérica
 - 3.1. Utilidad intrínseca del concepto del área cultural
 - 3.2. Área de estudio como parte de un área cultural
 - 3.3. Homogeneidad de la franja serrana
4. El Corregimiento de Otavalo: nuestra área de estudio
 - 4.1. Forma de dividir culturalmente el área: la influencia incaica
 - 4.2. Fijación de los lindes de los Corregimientos

- 4.3. **Homogeneidad socio-cultural** de etnias del Corregimiento de Otavalo
 - 4.4. **La semejanza** de los paisajes geográficos
 - 4.5. **Presencia** de cacicazgos más importantes
 - 4.6. **Fortalezas** y choques entre cacicazgos
 - 4.7. **Implantación** inca en Caranqui: razones
 - 4.8. **Diversidad** de tipos de cacicazgos en la sierra norte
 5. **Finalidad** de esta investigación
 - 5.1. **Objetivo principal** de este estudio
 - 5.2. **Presentación** de la evidencia disponible
 - 5.3. **Nuestra posición** metodológica
 - 5.4. **Modos** de discutir los datos demográficos por zonas
 - 5.5. **Impacto** diferencial del despoblamiento, según áreas
 - 5.6. **Importancia** de calcular la potencialidad poblacional del área
 - 5.7. **Teorías** del «techo poblacional» y variaciones demográficas
 - 5.8. **El problema** de los trasplantes masivos de población: los **mitmaquna**
 - 5.9. **La búsqueda** de las causales de despoblamiento
 - 5.10. **Necesidad** de penetrar en la terminología poblacional y demográfica hispana
 - 5.11. **Elementos nuevos** en la dinámica poblacional del área
 6. **El método** de análisis
 - 6.1. **Definición** del método
 - 6.2. **El enfoque** histórico
 - 6.3. **El enfoque** demográfico
 - 6.4. **El enfoque** metodológico de la Antropología
 7. **Las crónicas** de raigambre indígena
 - 7.1. **Importancia** de estas crónicas
 - 7.2. **Modo** de clasificar las crónicas españolas e indígenas
- Notas al Capítulo I**

CAPÍTULO II: Conceptos básicos de la demografía histórica del Norte del Ecuador

1. **Los grupos étnicos** y comunidades en el momento del contacto español
- 1.1. **Los antecedentes** arqueológicos
- 1.2. **Terminología hispana** de patrones de asentamiento en el siglo XVI
- 1.2.1. **Complejidad** de esta terminología
- 1.2.2. **La voz** «términos»
- 1.2.3. **La voz** «provincia»
- 1.2.4. **El término** «naciones»
- 1.2.5. **La voz** «población» o «poblaciones»
- 1.2.6. **La voz** «pueblos»
- 1.2.7. **El término** «asiento»
- 1.2.8. **La voz** «estancia»

- 1.2.9. El vocablo «caserío»
 - 1.2.10. **Pukara** o fortaleza
 - 1.2.11. El término «aposentos»
 - 1.3. Los grupos étnicos de la sierra norte en el siglo XVI: modo de reconocerlos
 - 1.3.1. El concepto de behetrías
 - 1.3.2. Metodología empleada para distinguir grupos étnicos
 - 1.3.3. Consideración estática del problema
 - 1.3.4. Nuestra tarea: aislar y distinguir a los grupos étnicos
 - 1.3.5. Documentos de apoyo en esta tarea
 - 1.3.6. Primera fuente informativa: 10 cronistas del siglo XVI
 - 1.4. Categorías de grupos étnico-culturales según las fuentes del siglo XVI en la sierra norte del Ecuador
 - 1.4.1. La voz «Reino» (Reino de Quito)
 - 1.4.2. La voz «nación» como grupo étnico. Naciones en la sierra norte
 - **Tuzas y Miras**
 - **Quilacos**: identificación étnica de este grupo
 - **Caranquis y Cayambis**
 - Grupos étnicos reconocidos por los cronistas
 - 1.4.3. Connotación étnica del concepto de «pueblos»
 - 1.4.4. Formas de agrupamiento de las «naciones», según nuestras fuentes
 - 1.4.4.1 Perspectiva general acerca de los cacicazgos norteños
 - 1.4.4.2 Confederaciones de cacicazgos al tiempo de la invasión inca
 - 1.4.4.3 La existencia de dos realidades socio-políticas en la sierra norte del Ecuador
 - 1.4.4.4 ¿Cuál era el cacicazgo dominante en la sierra norte?
 - 1.5. Tipología de cacicazgos serranos
 - 1.5.1. Área de los **Pastos y Quillacinga**
 - 1.5.2. El área situada al S. del río Chota: el cacicazgo de Caranqui
 - 1.5.3. El área al N. del río Guayllabamba: el cacicazgo de Cayambe
 - 1.5.4. Cacicazgos prehispánicos y posthispánicos
- Notas al Capítulo II

CAPÍTULO III: La población indígena serrana en el momento del contacto español: características de sus asentamientos

- 1. Conceptualizaciones varias sobre los grupos socio-culturales y sus formas de asentamiento en la Sierra
- 1.1. La concepción genérica propuesta por José de Acosta
- 1.2. Imagen de Steward y Faron de los grupos de la Sierra Septentrional (1959)
- 1.3. El enfoque de John V. Murra (1946)
- 1.4. La concepción socio-política de Willey & Phillips
- 1.5. Los grupos étnicos serranos según Robert : Agro

- 1.6. Concepción de John L. Phelan
- 1.7. Un enfoque arqueológico reciente: Fernando Plaza
- 1.8. El planteamiento socio-político de Frank Salomon
2. Tipos de asentamiento en la Costa y en el **hinterland** costero
- 2.1. Tipos de organización y asentamiento en la Costa
- 2.1.1. Al N. de Tacamez
- 2.1.2. Bahía de San Mateo y proximidades
- 2.1.3. Poblamiento desde la isla La Puná hacia el Sur
- 2.1.4. Doblamiento del **hinterland** costero
3. Tipos de asentamientos serranos y su caracterización
- 3.1. Los primeros caciques conquistados
- 3.2. Diferencias de tamaño entre los pueblos indígenas
- 3.3. Los pueblos reseñados por Cieza de León
- 3.4. Los pueblos de las «doctrinas de indios»
- 3.5. El poblamiento del área norte, según varias fuentes del siglo XVI
- 3.6. Magnitud de la población rural y sus características
- 3.7. Incanización de los pueblos del Norte
- 3.8. Esquemmatización de los pueblos y sus componentes: autoridad del cacique y la llanta
- 3.9. Análisis comparativo de pueblos: localización e importancia relativa
- 3.10. El concepto de territorialidad entre los cacicazgos prehispánicos
- 3.10.1. La forma de gobierno de los caciques
- 3.10.2. Disputas entre cacicazgos y sus causas
- 3.10.3. Luchas de conquista y sus consecuencias
- 3.10.4. Existencia de linderos entre cacicazgos
- 3.11. La vivienda indígena serrana
- 3.12. Los efectos de la «reducción a pueblos», ordenada por el Virrey Toledo
- 3.12.1. Instrucciones dadas por el Virrey Toledo
- 3.12.2. Causas de la «reducción a pueblos»
- 3.12.3. Lugares concretos donde se efectuó la «reducción»
- 3.13. Condiciones de habitabilidad del área
- 3.13.1. La diversidad de áreas y su habitabilidad
- 3.13.2. La presencia de las «doctrinas de indios»: lugares señalados y número de tributarios
- 3.13.3. La presencia de iglesias en los pueblos
- 3.13.4. Análisis comparativo: pueblos – doctrinas – iglesias: cosecuencias
4. La densidad de población de la Sierra
- 4.1. La densidad por pueblos
- 4.2. La densidad por encomiendas
- 4.2.1. La importancia de la encomienda de Otavalo

- 4.2.2. Las encomiendas del Carchi
- 4.2.3. Penuria demográfica del área al N. de Pichincha
- 4.2.4. Cotejo entre población de encomiendas (y pueblos) del área **Pasto y área Caranqui-Cayambi**
Notas al capítulo III

Índice, tomo II:

CAPÍTULO IV: Causas de la declinación demográfica de las Comunidades Indígenas de la Sierra Norte

- 1. **Causas generales de declinación demográfica**
 - 1.1. Antecedentes
 - 1.2. El ideal de la Corona
 - 1.3. El parecer del obispo del Cuzco, Fray Vicente Valverde
 - 1.4. La opinión del Provincial de San Francisco, Fray Luis de Morales
 - 1.5. El planteamiento del Gobernador Vaca de Castro
 - 1.6. El parecer del cronista Cieza de León
 - 1.7. La opinión de Fray Domingo de Santo Tomás
 - 1.8. Opinión de un Provincial de San Francisco, a una consulta del Consejo de Indias (1561)
 - 1.9. Parecer del jurista Polo de Ondegardo (1571)
 - 1.10. Opinión del obispo de Quito, Fray Pedro de la Peña (1581)
 - 1.11. Jerarquización de causales del despoblamiento indígena, según autores del siglo XVI (Cuadro 11)
 - 1.12. Opiniones recientes sobre causales importantes de declinación demográfica
 - 1.12.1. La opinión del historiador Rolando Mellafe (1965)
 - 1.12.2. La opinión de Kathleen Klumpp (1974)
- 2. **Causas particulares de declinación demográfica**
 - 2.1. Destrucción de pueblos, robo y expoliación de tierras, chacaras y productos alimenticios y bienes de las comunidades indígenas
 - 2.2. Las «entradas de conquista y/o población»
 - 2.2.1. Características de las entradas como enganche forzado de población indígena
 - 2.2.2. «Entradas de conquista y población» hacia el Norte
 - 2.2.3. «Entradas de conquista y población» hacia el Oriente
 - 2.2.4. «Entradas de conquista» y expediciones hacia la Costa
 - 2.2.5. Número de indígenas enrolados en expediciones de conquista y población hasta el año 1580
 - 2.3. La imposición y cargas excesivas a los indígenas
 - 2.4. Los efectos de la m'ita minera y de los ingenios azucareros
 - 2.4.1. Diversos tipos de m'ita

- 2.4.2. Los efectos destructores de la m'ita
 - 2.5. El servicio personal y la tributación excesiva
 - 2.6. El impacto de las epidemias y pestes
 - 2.6.1. Discusión acerca de la existencia de epidemias en época prehispánica
 - 2.6.2. Debate sobre el impacto de las epidemias en el Ecuador
 - 2.6.3. Presentación sobre la evidencia sobre epidemias de la zona (Cuadro 17)
 - 2.7. Causales menores de declinación demográfica
 3. Ordenamiento lógico de las causales de despoblamiento (Cuadro 18)
 - 3.1. Distinción entre causas y efectos del despoblamiento
 - 3.2. Variables (causas) independientes: generalidades
 - 3.3. Duración del impacto demográfico en las variables independientes
 - 3.4. Los efectos de la disminución demográfica en la Sierra
 4. Jerarquización de las causas de despoblamiento indígena
 - 4.1. Causales de menor importancia según testigos del siglo XVI
 - 4.2. Causales más importantes: criterios de selección
 - 4.2.1. El criterio de la duración del impacto causal
 - 4.2.2. El criterio de la elevada mortalidad
 - 4.2.3. Distinción en periodos en la historia del despoblamiento indígena en el siglo XVI (Sierra Norte)
 - 4.2.4. Causales de despoblamiento en el periodo 1535-1550
 - 4.2.5. Causales de despoblamiento en el periodo 1550-1600
 - 4.2.6. Combinación de causales básicas de despoblamiento
 - 4.2.7. Impacto diferencial de las causales
 5. Jerarquización causal en las fuentes del siglo XVI comparada con la nuestra: cotejo y análisis
 - 5.1. Las causales más significativas
 - 5.2. Combinación causal para el periodo 1535-1550 y el periodo 1550-1600
 - 5.3. Examen de otras causales
 - 5.4. La causalidad de las epidemias y su cronología
 - 5.5. El cambio de **habitat** y clima: su significación causal
 - 5.6. El sistema de encomienda como causal de despoblamiento
 - 5.7. El abuso de los caciques como causal de despoblamiento
 - 5.8. Puntos de convergencia entre nuestro análisis y el de los testigos del siglo XVI
- Notas al Capítulo IV

CAPÍTULO V: Análisis poblacional del extremo norte ecuatoriano en el siglo XVI

1. **I**nformaciones tempranas
 - 1.1. La distribución temprana de las encomiendas en la Provincia de Quito
 - 1.2. La población temprana en la encomienda de Otavalo

- 1.3. Supuestos en que se basa el cálculo hipotético de la población del Corregimiento de Otavalo, en 1533: tres hipótesis de trabajo (Cuadro 21)
2. La situación administrativa temprana en el norte ecuatoriano
 - 2.1. Los límites de la Villa de San Francisco del Quito
 - 2.2. Conquistas de Benalcázar y pacificación inicial
 - 2.3. Nombramiento de doctrineros y protectores de indios
 - 2.4. Erección del Corregimiento de Otavalo
3. Las encomiendas en el Corregimiento de Otavalo, hacia 1573
 - 3.1. Las informaciones del Anónimo de Quito (1573)
4. Las encomiendas en el Corregimiento de Otavalo entre 1582 y 1598
 - 4.1. Informaciones de la «Relación del Partido de Otavalo» (1582); (Cuadro 23)
 - 4.2. Distribución geográfica de las encomiendas en 1582
 - 4.3. Las informaciones del Anónimo de Zaruma (1592)
 - 4.4. La «Relación del Obispado de Quito», de 1598, de don Esteban de Marañón
5. La localización geográfica de los pueblos de esta encomienda
 - 5.1. Pueblos de la actual provincia del Carchi
 - 5.2. Pueblos de la actual provincia de Imbabura
 - 5.3. Pueblos de la actual provincia de Pichincha (Sector N.)
6. Análisis poblacional del área del Corregimiento de Otavalo
 - 6.1. Datos poblacionales para 1549
 - 6.2. Datos poblacionales para 1570
 - 6.3. Datos poblacionales para 1575
 - 6.4. Datos poblacionales para 1582
 - 6.4.1. La descripción de Sancho de Paz Ponce de León
 - 6.4.2. Cálculos de población para las encomiendas del Carchi
 - 6.4.3. Cálculo de la **ratio** para las distintas encomiendas
 - 6.4.4. El concepto de tributarios en la Colonia
 - 6.4.5. Categorías de población en los documentos del siglo XVI
 - 6.4.6. Datos de población según la Relación de 1582: Cuadro 27
 - 6.4.7. Análisis del Cuadro 27: población por provincias actuales
 - 6.5. Datos de población para los años 1592 y 1598
 - 6.5.1. Documentos para el período 1592-1598
 - 6.5.2. Algunos datos de Anónimo de Zaruma (Cuadro 25)
 - 6.5.3. El documento de don Esteban de Marañón (1598)
 - 6.5.4. La estadística de Monseñor López de Solís (1598)
 - 6.5.5. Observaciones al Cuadro comparativo de Marañón y López de Solís (Cuadro 29)
 - 6.5.6. La población del antiguo Corregimiento de Otavalo en 1598
 - 6.5.7. Intento de comparación entre población del Corregimiento de Otavalo en 1582 y en 1598
7. Evolución de la población indígena entre 1549-1598

- 7.1. Escasez de los recuentos poblacionales antes de 1582
- 7.2. El despoblamiento pavoroso de las encomiendas de la provincia del Carchi
- 7.3. La declinación demográfica del área de Pimampiro
- 7.4. El caso de los pueblos de Lita-Quilca-Cahuasquí
- 7.5. Población estacionaria de las encomiendas de Caranqui-San Antonio, durante casi 50 años
- 7.6. El crecimiento continuado de la población de la encomienda de Otavalo (1549-1598)
- 7.7. Las encomiendas del extremo sur: caso de Perucho-Malchinguí en el N. de Pichincha

Notas al Capítulo V

Conclusiones generales

Bibliografía

Lista de Figuras

Lista de Cuadros y Esquemas

Nº. 13, LOS CURACAZGOS PASTOS PREHISPÁNICOS: AGRICULTURA Y COMERCIO, SIGLO XVI

Autor: Cristóbal Landázuri N.

Serie:

Editores: Banco Central del Ecuador, Instituto Otavaleño de Antropología, Abya-Yala

Impresión: Centro Cultural Abya-Yala

229 páginas

Quito, 1995.

Introducción

Las investigaciones de las etnias prehispánicas en los Andes Septentrionales, sugieren la presencia de un modelo económico que reúne por una parte el acceso o control de los pisos ecológicos según lo propuesto por Murra (1975) para los Andes Centrales y, por otra parte, actividades de comercio orientadas a conseguir bienes y productos necesarios para la subsistencia y reproducción de tales grupos.

Tal modelo ha sido desarrollado por Hartman (1971), Oberem (1976) y Salomon (1978,1980), para diversos grupos étnicos asentados a lo largo de la meseta Andina de la Sierra Ecuatoriana.

Indicadores arqueológicos están demostrando que los primeros asentamientos Pastos corresponden al período de integración regional y que para la época de la conquista europea dos etnias ocupaban el altiplano de Ipiales y Carchi: la primera, representada por el complejo Tuza (1250-1500), que evolucionó del complejo Piartal (750-1250) y que corresponde a los grupos Pastos contemporáneos a la presencia española. La segunda, representada por el complejo Capulí (800-1500), del cual solo se conocen unas cuantas tumbas.

La zona de asentamiento Pasto abarcó parte de la cuenca del río Guáytara en Colombia y parte de la cuenca hidrográfica del río Mira en Ecuador. Ecológicamente esta zona puede ser clasificada por lo que se ha denominado «Andes del Páramo» (Troll, 1980); caracterizándose por su gran humedad en las lomas altas, poca insolación y escasa frecuencia de heladas. Tales condiciones configuran un paisaje andino diverso al de los «Andes de Puna» de la región Andina Central y Meridional.

En tal sentido, es válido preguntarse sobre el modelo de acceso a los recursos naturales y la validez o variaciones del modelo de control simultáneo de pisos ecológicos propuesto para los andes Centrales. Toda vez que el medio ambiente norandino presenta algunas condiciones geográficas y ecológicas diversas a las que dieron origen al modelo propuesto por Murra.

A su vez, la existencia de indicadores sobre la práctica de comercio, como son: mercaderes, centros de intercambio (mercados) y bienes con funciones cuasimonedas, sugieren una alternativa de interpretación de la economía andina, incluyendo el comercio como un mecanismo de acceder a recursos y bienes para cubrir las necesidades de subsistencia del grupo.

Por otra parte, tal modelo pone en interrogante el tipo de articulación entre las etnias norandinas y el estado Inca.

La conquista de dichas etnias y en este caso, de los Pastos, es un tema poco trabajado; sin embargo, indicadores provisionales (históricos y arqueológicos) sugieren una presencia incaica bastante tardía no mayor de 30 años (Romoli 1977, Salomon 1978, Athens 1980). A lo cual hay que añadir el hecho de que el área de asentamiento fue zona de frontera, es decir la más septentrional del Tahuantinsuyo. Estos factores debieron haber influido en el grado y modo de dominación estatal, lo cual en principio hace suponer una escasa influencia de las etnias norandinas y, en consecuencia, tiene mayor posibilidad el preguntarse sobre su estructura económica-política anterior a la expansión Inca.

En resumen, creemos que tiene relevancia el estudio de la etnia Pasto por su ubicación

geográfica, zona de transición entre Puna y Páramo; por su tardía incorporación al **Tahuantinsuyo**, lo cual permite una mejor aproximación a las sociedades preincaicas; y **por** la temprana desintegración de sus principales características étnicas bajo el régimen colonial.

En términos generales podemos formular como temática central del presente trabajo, el estudio de la estructura económica de los curacazgos Pastos en el siglo XVI, vísperas de la conquista europea. Ubicados en el callejón interandino entre los ríos Chota y Guáyta, lo que hoy constituye la región altoandina de la provincia del Carchi de Ecuador y del Departamento de Nariño de Colombia.

Su contenido está dividido en seis capítulos. En el primero se revisan algunas categorías de la etnología y la historia que se viene utilizando en la investigación de las sociedades «primitivas» y se formula los diversos problemas metodológicos afrontados a lo largo del trabajo. El segundo capítulo se centra en la descripción geográfica y ecológica del hábitat de los Pastos, a partir de la caracterización de los «Andes de Páramo». Esta visión física se complementa con la ubicación y alcance demográfico de los asentamientos Pastos, tratado en el capítulo tercero.

En los capítulos cuarto y quinto se describe y analiza los procesos de producción y circulación de la economía Pasto, partiendo del estudio de su actividad productiva dominante: la agricultura. Además, se perfilan un conjunto de relaciones de trabajo que caracterizó a la sociedad Pasto. En el capítulo sexto se evalúa las evidencias históricas y arqueológicas de la presencia incaica en la región, en cuanto a duración, modalidad y posibles transformaciones en los curacazgos en estudio. Finalmente, se adjunta varios documentos tempranos sobre los grupos estudiados.

Índice

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO I

ASPECTOS CONCEPTUALES Y METODOLÓGICOS

1. Delimitaciones teóricas y conceptuales
2. Metodología y fuentes

CAPÍTULO II

MEDIO AMBIENTE

1. Ubicación y descripción geográfica del área Pasto
2. Los Andes de páramo
3. El hábitat de los Pastos

CAPÍTULO III

ASENTAMIENTO Y DEMOGRAFÍA

1. Los asentamientos Pastos
2. Los grupos de la región del Carchi
3. Estimación de la población

CAPÍTULO IV

LA AGRICULTURA PASTO

1. Espacio geográfico y pisos ecológicos
2. Agricultura de tubérculos y maíz
3. La tierra como medio de trabajo
4. La energía humana
5. Relaciones de trabajo

CAPÍTULO V

CIRCULACIÓN D BIENES E INTERCAMBIO

1. Comercio dirigido y comercio libre
2. Comercio norandino
3. Zonas de producción e intercambio de coca, algodón y sal
4. Comercio y mercaderes Pasto

CAPÍTULO VI

LA CONQUISTA INCA EN LA ZONA PASTO

1. La conquista según los cronistas
2. Cronología preliminar
3. Modalidades e indicadores de la expansión Inca
4. Algunas hipótesis sobre los efectos de la presencia incaica

ANEXOS DOCUMENTALES

Tasaciones que el señor licenciado Tomás López hizo en la Gobernación y Provincia de Popayán. 1558

Litigio sobre tierras entre Diego Guambo, principal del pueblo de Guambo y Juan Báez. En el pueblo de Mira. 1576

Los caciques principales e indios de los pueblos y provincias de Tuza, Guaca y Tulcán, términos de San Francisco de Quito sobre que les compelen si no fuere de su voluntad a dar mitayos. 1579

Testamento de Cristóbal Cuatin, principal del pueblo de Tuza. 1592

Testamento y trámite de inventario de los bienes de Luisa Tota, principal del valle de Amboquí. 1596

Testamento de Catalina Tuza, principal del pueblo de Tuza. 1606

BIBLIOGRAFÍA ABREVIATURAS UTILIZADAS

Nº. 14 y 15, CRONISTAS DE RAIGAMBRE INDÍGENA

Autor: Horacio Larrain Barros
Serie: Etnohistoria
Editor: Instituto Otavaleño de Antropología
Impresión: Editorial Gallo capitán
376 + 351 páginas
Otavalo, 1980.

INTRODUCCIÓN GENERAL

1. Objetivo básico del estudio

El objetivo básico y fundamental de este estudio, ha sido **presentar al público culto ecuatoriano** y de modo muy particular a los investigadores de la historia y antropología, los documentos básicos para llevar a cabo un reestudio y una redefinición de aspectos varios de la prehistoria e historia colonial. Estos, con el correr del tiempo y la falta de profundización sobre las fuentes tempranas, se han visto paulatinamente invadidos por una frondosa maraña de mitos, leyendas o afirmaciones poco fundamentadas, que no resisten el análisis severo de la **crítica histórica**. Contribuir a una purificación, a una «desmitificación» de la temprana historia patria, es uno de los objetivos centrales que nos hemos trazado. Tarea ineludible que debe ser emprendida a corto plazo.

2. Limitaciones del trabajo

Siendo inmenso el caudal documental, por una parte, e igualmente extensa el **área** que habría que cubrir, nos hemos impuesto dos limitaciones básicas, las que sirven para enmarcar de inmediato, los alcances de esta obra. Entre el acervo de documentos a nuestro alcance, hemos seleccionado aquellos que **per se** y de un modo directo se propusieron describir el área, sus habitantes y sus costumbres. Entre éstos, destacan en primera línea las «crónicas» escritas en los siglos XVI y XVII. Surgieron éstas del interés privado o de la Corona, por dar a conocer en la metrópoli las características del Nuevo Mundo y sus pobladores autóctonos, así como las proezas de los conquistadores que con tanta celeridad habían logrado dominar el **Tawantinsuyo**. En un segundo lugar, vienen las llamadas «Relaciones Geográficas», redactadas, en

su mayoría, entre 1570 y 1582. Eran éstas, respuestas más o menos elaboradas, más o menos extensas, a cuestionarios reales encaminados a obtener un más profundo conocimiento de sus dominios, con miras a mejorar la administración de los mismos. Es ésta, una limitación de carácter documental. La segunda limitación es de índole propiamente geográfica. Abarcar todo el territorio de la República del Ecuador, significaba duplicar, por lo menos, las fuentes de estudio particularmente, por la gran cantidad de información disponible para la costa. Siendo, por otra parte, la meta actual del Instituto Otavaleño de Antropología realizar un inventario, de carácter regional, de los conocimientos básicos para el estudio de las comarcas septentrionales del Ecuador (particularmente serranas), la delimitación geográfica quedaba así señalada ya desde la partida. ¿Cuál es ésta? A título estrictamente provisorio creemos que los límites geográficos trazados para el antiguo corregimiento de Otavalo desde su establecimiento en 1563, pueden constituir una pauta valiosa de carácter geográfico. Sin entrar en detalles que por ahora no nos competen, el Corregimiento se extendió, por el S., hasta el río Guayllabamba, en las proximidades del ayllu de Puratico (al N. de Yaruquí), aproximadamente a los 00° 07' L. S.; por el N. hasta más allá de Pasto, en la actual Colombia; por el E. de Pimampiro y de Mariano Acosta; y por el W. hasta la zona de Íntag.

Las noticias que hemos recogido, en la práctica abarcan desde el Departamento de Nariño, en el S. de Colombia (por el N.) hasta prácticamente la actual ciudad de Quito, y dan una idea general de toda la Sierra Norte del Ecuador. En los relatos que se analizan, era preferible abarcar una zona algo más amplia, sin restringirse a un área demasiado limitada, para dar la posibilidad de recoger valiosas informaciones, para el análisis de nuestra propia área.

3. Partes del trabajo

3.1. El presente estudio, en consecuencia, ha sido planeado en tres volúmenes. El primer volumen encierra un análisis de los «Cronistas de raigambre indígena», que nos han descrito la Sierra Norte del Ecuador, particularmente en la época prehispánica, o en los primeros decenios de la Colonia. El segundo volumen estudiará otro grupo de cronistas, aquellos que, según creemos, contienen menos información directa atribuible a los **quipucamayos** o a fuentes indígenas inmediatas, y/o han escrito de alguna manera por encargo de las autoridades españolas; son los que hemos llamado «Cronistas de raigambre hispánica». Entre éstos, se encuentran varios escritos más tardíos como los de Vásquez de Espinoza (1630), Anello Oliva (1634?), Montesinos (1644) y el padre Bernabé Cobo (1653). El tercer volumen abrazará un grupo de «Relaciones Geográficas», la mayoría de ellas del siglo XVI, que tienen en común el haber sido escritas por expreso encargo de la autoridad para obtener un más perfecto conocimiento de la región, su productividad, sus habitantes y las posibilidades de

una explotación más racional de las mismas.

4. Quienes son los Cronistas

4.1. En nuestra opinión, el ciclo de los cronistas debe considerarse cerrado hacia mediados del siglo XVII. Cobo, en efecto, suele ser considerado como el último de los «cronistas», pues escribe entre los años 1641 y 1653, fecha aproximada de terminación de su obra.

Aceptamos como criterio para designar a los «cronistas» el que nos ofrece Porras Barrenechea en 1962: «... caben dentro de esta denominación, todos los que recogieron un testimonio directo de la tierra o de los hechos de la Conquista. Es una sucesión de escritores que va desde 1528, fecha de la primera Crónica [la de Juan de Sámano] a través de las peripecias trágicas de la Conquista y de las Guerras Civiles, hasta llegar a una nueva generación, como la de Gracilazo, Blas Valera o Guamán Poma, que no presenciaron los hechos de la Conquista, pero que escucharon los relatos familiares de sus padres o parientes y los transmitieron con el calor humano de la confidencia. El último de los Cronistas, ya avanzado el siglo XVII, es el Padre Bernabé Cobo, que hacia 1650 termina de escribir su «Historia del Nuevo Mundo», visión directa de la naturaleza americana que él vio por sus ojos durante cuarenta años de investigación y de estudio y eco de las últimas confidencias de los Incas y de los Conquistadores.»

4.2. En consecuencia, la Crónica se distingue de la Historia en ser expresión de «una cercanía en el lugar y en el tiempo: los cronistas viven en el espíritu de los acontecimientos que describen y pertenecen a él. El historiador vive fuera de ese ámbito inmediato y trata de penetrar en él o de reconstruirlo pero con un espíritu distinto de los hechos que narra.» El cronista «hace una descarnada relación de los sucesos, sin pretender encontrar una idea general ni una explicación reflexiva sobre las causas. No pretende juzgar ni hallar enseñanzas. La crónica primitiva es, por eso, puro relato.»

4.3. El único autor de los que pretendemos estudiar, que en buena medida escapa a este concepto de «Cronista», es don Antonio de Herrera y Tordesillas. En él encontramos ya el enfoque propio del historiador que, desde lejos y fríamente, examina los acontecimientos y los dispone en un orden lógico perfecto. Todos los demás: viajeros, soldados, misioneros, funcionarios reales, educadores, han hecho vibrar en sus páginas el sabor de lo vivido intensamente y por ello, tal vez, pecan no pocas veces de falta de objetividad. El inmediatismo del hecho y su enjuiciamiento, trae consigo fácilmente la pérdida de la perspectiva. Sin embargo, sabemos que Herrera manejó gran cantidad de documentación (relaciones Geográficas, Probanzas

de Méritos, Visitas, Protocolos, etc.) y es más que probable que la hubiera utilizado copiándola a menudo *ad litteram*, sin el ánimo, por cierto, de plagio en el sentido moderno del término. Hay pruebas evidentes de tal proceder. Creemos que Herrera nos puede aportar algunos valiosos elementos de juicio, para un mejor conocimiento de los sucesos ocurridos en la Sierra Norte, como lo analizaremos en su propio lugar. Por otra parte, como historiador, es Herrera de los más tempranos y por tanto, utiliza una copiosa documentación de primera mano, llegada a la península por orden del Consejo de Indias.

4.4. Nos sorprenderá, después de todo lo dicho, que esta recopilación de fuentes tempranas para la historia, antropología y geografía humana de la sierra norte ecuatoriana, no incluya la bien conocida Historia del Reino de Quito del jesuita Padre Juan de Velasco, escrita en el destierro de Italia tan tardíamente como 1789, esta obra, por más que sea de cotidiana utilización en la enseñanza de la pre-historia, proto-historia y aun historia colonial temprana en las escuelas y universidades ecuatorianas, no representa, en modo alguno, una fuente de valor comparable a los materiales que presentamos en estos tres volúmenes. La lejana cronología de los hechos que describe, la ambigüedad respecto a las fuentes documentales que dice haber obtenido, la frecuente falta de coincidencia entre sus afirmaciones y la de todos, o casi todos los cronistas que le preceden, por lo menos en 130 ó 150 años, hace que su testimonio deba ser tomado con suma reserva en lo que a los acontecimientos prehispánicos e hispánicos tempranos se refiere. Son varias las voces que ya se han alzado sugiriendo extrema cautela en la utilización de esta fuente.

Hemos examinado aquí y allá, numerosas referencias de los cronistas más tempranos, que se hallan en abierta contradicción con las afirmaciones del Padre Velasco. Cuando exista una probada discordancia entre sus afirmaciones y los de los cronistas antiguos más confiables, la sana crítica histórica aconseja dejar de lado al Padre Velasco, por más cara que su obra y memoria sean para todos los ecuatorianos. No queremos por ello, decir que no existan materiales muy valiosos en la obra del Padre Velasco, muy particular en aspectos que se refieren a las costumbres indígenas, o al uso indígena de plantas y animales, materia sobre la que tiene observaciones notables y sobre la que muy poco se ha investigado hasta el presente.

5. Clasificación de los Cronistas:

No pretendemos en estos breves párrafos analizar a fondo las diversas tipologías empleadas para clasificar a los cronistas de Indias. Sería tarea para un volumen. Solo daremos unos cuantos hitos fundamentales para captar cuál ha sido la tónica que han enfatizado los diversos investigadores. Al final, trataremos de justificar nuestra propia tipología.

5.1. En 1910 Clements Markham en su obra **The Incas of Peru** (1910) hizo la siguiente división de los Cronistas:

1. **Cronistas españoles:**

- 1.1. **Cronistas-soldados** (Xerez, Sancho, Estete, Pedro Pizarro, Cieza de León, Pedro sarmiento de Gamboa, Betanzos).
- 1.2. **Cronistas geógrafos** (autores de las Relaciones Geográficas: funcionarios o Visitadores encargados de «describir» la tierra para el Rey).
- 1.3. **Cronistas-legistas** (Polo de Ondegardo, Hernando de Santillán, Matienzo: estudian las instituciones judiciales y políticas del Incario).
- 1.4. **Cronistas religiosos** (Cristóbal de Molina, el Cuzqueño, José de Acosta, Blas Valera, Cabello Balboa, Martín de Murúa).

2. **Cronistas indios:** (Santacruz Pachacuti, Guamán Poma de Ayala, Titu Cusi Yupanqui).

Como se puede observar, este criterio es, inicialmente, de separación cultural entre los cronistas indígenas y españoles. ¿En qué se basa? ¿En la distinta **Weltanschauung** de unos y otros? ¿En la distinta capacidad de acceso a las fuentes **primarias indígenas**? Por otra parte, los grupos señalados por Markham dentro de los cronistas españoles, no son mutuamente excluyentes así v. gr. Cieza, catalogado como soldado, da tanta información geográfico-ecológica como muchas de las «Relaciones Geográficas», y Polo de Ondegardo es muy importante en aspectos religiosos del Incario. Y así de otros.

5.2. En 1928, Philip A. Means planteó en su **Biblioteca Andina** una clasificación ya sugerida por Marcos Jiménez de la Espada:

- 1. **Cronistas Garcilasistas:** los que sostenían la bondad, mansedumbre y régimen patriarcal del Imperio Inca, y su formación gradual, a través del reinado de muchos gobernantes (expansión lenta). (Garcilazo de la Vega, Pedro Cieza de León, Miguel Cabello Balboa).

2. **Cronistas toledanos:** los que, inspirados por el Virrey Toledo sostenían la básica tiranía y dureza del régimen Inca y la expansión rápida del Imperio, en tiempos tardíos. (José de Acosta, Pedro Sarmiento, Juan de Betanzos).
3. **Cronistas neutrales.**

Esta clasificación que estuvo bastante tiempo en boga, ha sido duramente atacada por John Rowe.

Porras Barrenechea la considera «vaga y sujeta a dudas de interpretación, ...y ofrece el peligro de su multiplicidad», pues con la misma razón se les podría agrupar a los Cronistas de acuerdo a sus apreciaciones sobre la destrucción de las Indias o la Caída del Imperio.

5.3. Louis Baudin en su obra **L'Empire Socialiste des Incas**(1928) los dividió según un criterio esencialmente cronológico:

1. **Cronistas que vieron el Imperio Incaico** (Xerez, Estete, Sancho, Pedro Pizarro).
2. **Cronistas que llegaron una vez destruido el Imperio Incaico** (Agustín de Zárate, Pedro Cieza de León, Diego Fernández de Palencia, Gutiérrez de Santa Clara, Girolamo Benzoni).
3. **Cronistas que no fueron al Perú y recogieron sus datos de los primeros conquistadores** (Bartolomé de las Casas, Antonio de Herrera, Jerónimo Román y Zamora).
4. **Cronistas que recogieron sus relatos de los descendientes de los Incas en la época de la Colonización** o Período de la documentación y la síntesis (Garcilaso de la Vega, Pedro Sarmiento de Gamboa, Miguel Cabello Balboa, Cristóbal de Molina el Cuzqueño, Hernando de Santillán, Polo de Ondegardo, Juan de Matienzo, Damián de la Bandera).
5. **Historiadores españoles del siglo XVII**, principalmente eclesiásticos que recogen las últimas informaciones, distantes ya del clima heroico de la Conquista (Martín de Murúa, Reginaldo de Lizárraga, Antonio de la Calancha, José de Arriaga, Juan Anello Oliva, el

jesuita Anónimo, Fernando de Montesinos, Bernabé Cobo).

Esta clasificación **era sin duda**, la más clara de todas las expuestas hasta entonces y especialmente **importante** pues catalogaba a los autores en relación directa con su **acceso (temporal) a las fuentes** de información. Pero desconoce algunos hechos, como, v. gr. **no incluir a los cronistas indígenas** y suponer que cronistas tardíos no pudieron tener **acceso a fuentes tempranas** no utilizadas por otros, o aún a **informaciones verbales de testigos fidedignos**. Para Porras Barrenechea, «esta división es adecuada como base para un estudio histórico y sociológico del Imperio pero **ineficaz para una valoración histórica integral de la Conquista...**»

5.4. **Jacinto Jijón y Caamaño** distinguió, en 1941, las siguientes categorías, siguiendo, igualmente, un esquema cronológico:

1. **Fuentes escritas al tiempo de la Conquista (antes de 1535), o redactadas** por individuos que estuvieron en América del sur antes de dicho año.
2. Fuentes compuestas en la época en que se organizaba la sociedad **castellana** en América, cuando aún subsistía gran parte de la **organización aborígen** (obras del siglo XVI).
3. **Obras escritas** por investigadores cuando ya los imperios y señoríos **indios** eran solo un recuerdo, del cual apenas si podían dar **testimonio** algunos ancianos (obras compuestas en la primera mitad del siglo XVII).
4. **Obras redactadas** por viajeros e investigadores del pasado americano desde **fin**es del siglo XVII hasta introducción de los métodos **críticos** para el estudio de la Historia.

Como se ve, el criterio es de aproximación o lejanía a las fuentes de información (visual u oral) **indígenas**. Parecería haber sido influenciado por la clasificación de Baudin.

5.5 En 1947 Hans Horkheimer esboza la siguiente clasificación:

1. **Autores que describieron el Perú Prehispánico**
 1. **Autores españoles:**

1.1. que trataron del Perú en un conjunto más amplio

(José de Acosta, Miguel Cabello Balboa, Bartolomé de las Casas, Jerónimo Román y Zamora).

- 1.2. que trataron solamente del Perú (José de Arriaga, Juan de Betanzos, Pedro Cieza de León, Cristóbal de Molina el Cuzqueño, Cristóbal de Molina el Chileno, Fernando Montesinos, Martín de Murúa, Polo de Ondegardo, Hernando de Santillán, Pedro Sarmiento de Gamboa).

2. **Autores mestizos:** (Garcilaso de la Vega, Blas Valera).

3. **Autores indios:** (Felipe Guamán Poma Ayala, Juan de Santa Cruz Pachacuti).

II. Autores que describieron el descubrimiento y la conquista del Perú, pero que también tienen importancia para el estudio del Perú Prehispánico. (Miguel de Estete, Gonzalo Fernández de Oviedo, Antonio de Herrera, Francisco López de Gómara, Cristóbal de Mena, Pedro Sancho de la Hoz).

III. Autores que describieron principalmente el Perú Colonial, pero que también informaron sobre el Perú Prehispánico (Antonio de la Calancha, Bernabé Cobo, Pedro Gutiérrez de Santa Clara, Reginaldo de Lizárraga, Juan Anello Oliva, Pedro Pizarro, Antonio Vásquez de Espinoza, Francisco de Toledo, Agustín de Zárate y las Relaciones Geográficas de Indias).

La clasificación de Horkheimer es, a la vez, temática y geográfica. Entre los autores que describen el Perú, separa a los españoles, de los indios y mestizos. Aquí interviene, por lo visto, un criterio racial, tal vez por el tinte más pro-indígena que esta identidad daría a sus obras.

5.6. En 1962, Raúl Porras Barrenechea presentó la siguiente clasificación que venía ofreciendo, desde años antes, a sus alumnos en su cátedra en la Universidad de San Marcos.

- I. **Cronistas del descubrimiento.** Refieren viajes y exploraciones desde 1524 a 1532, hasta el hallazgo definitivo del Perú (Relación Sámana-Xerez; Diego de Silva y Guzmán, Pascual de Andagoya).

2. **Cronistas de la Conquista.** Etapa de penetración y ocupación del territorio: 1532-1537. Son los cronistas-soldados. (Hernando Pizarro, Cristóbal de MENA, Francisco de Xerez, Pedro Sancho de la Hoz, Miguel de Estete, Juan Ruiz de Arce, Diego de Trujillo, Enríquez de Guzmán, Gaspar de Carvajal).
3. **Cronistas de las Guerras Civiles.** (Desde 1538-1550). (Agustín de Zárate, Pedro Gutiérrez de Santa Clara, Juan Cristóbal Calvete de la Estrella, Girolamo Benzoni, Alonso Borregán y tres cronistas que escriben en España: Gonzalo Fernández de Oviedo, Francisco López de Gómara y Bartolomé de las Casas).
4. **Cronistas del Incario** (1550-1650).
 - 4.1. Cronistas pre-toledanos (1550-1559). (Pedro Cieza de León, Juan de Betanzos, Polo de Ondegardo (primeros ensayos), Cristóbal de Molina el Chileno, Hernando de Santillán).
 - 4.2. Cronistas toledanos (1569-1581). (Pedro Sarmiento de Gamboa, José de Acosta, Polo de Ondegardo (últimos ensayos)).
 - 4.3. Cronistas post-toledanos (fines siglo XVI y principio siglo XVII). (Garcilaso de la Vega, Blas Valera, Juan de Santacruz Pachacuti, Guamán Poma de Ayala, Miguel Cabello de Murúa, Juan Anello Oliva, Jesuita Anónimo y Bernabé Cobo).

Después de estampar esta clasificación, agrega Porras Barrenechea dos criterios tipológicos que le parecen muy importantes y que, en cierto modo, no corresponden a la clasificación ofrecida arriba:

- a) La dualidad «cronistas indios» y «cronistas españoles», de la que no puede prescindir, por razones psicológicas;
- b) La dualidad «cronistas particulares» (que solo relatan ciertos hechos) y «cronistas generales».

En otro lugar, Porras Barrenechea estampa otro criterio, uno de los más valederos, a mi juicio, cuando dice: «Una división mucho más real y certera, desde el punto de

vista subjetivo y psicológico, sería la que separe a los cronistas **oficiales**, órganos de la verdad **convencional** y dirigida a los intereses de la Corona o los Gobernadores, y la Crónica **particular**, libre e independiente, no atada a conveniencias ni a silencios obligados.

Porras Barrenechea es perfectamente consciente de que puede haber varios criterios para catalogar a los cronistas. Su clasificación es fundamentalmente de una periodización **histórica**, señalando, para los Cronistas del Incario, a don Francisco de Toledo como el eje o pivote central que sirve de marcador de una época. De acuerdo a otros criterios que él mismo expone, la división debería ser totalmente diferente. Oscila, al parecer, aunque no se atreve a confesarlo.

6. **Una o varias clasificaciones:**

6.1 Al recorrer las tipologías ofrecidas por los distintos autores que se han ocupado del tema, se podrá ver que hay casi tantas cuantos son los investigadores clasificadores. De hecho, según el criterio usado, se pueden dividir los cronistas de una u otra manera. Somos de la opinión de que todos los criterios son igualmente válidos:

- a) el criterio cronológico;
- b) el criterio temático;
- c) el criterio geográfico;
- d) el criterio racial;
- e) el criterio ideológico (o de escuelas);
- f) el criterio lingüístico.

¿Cuál de ellos elegir? En el fondo creemos que todo depende del enfoque o tema que se traiga entre manos.

La clasificación o tipología que se emplee en cada caso, dependerá del tipo de trabajo que se esté realizando.

6.2. La clasificación es solo un instrumento apto para aislar y separar elementos, según criterios tipológicos dados. No existen, en consecuencia, clasificaciones mejores o peores. Todas son útiles, siempre que hayan sido hechas con suficiente conocimiento previo de los límites y alcances propios de cada criterio tipológico. Se puede, p. ej., clasificar frejoles según su color, sabor, tamaño, peso, variedad botánica, procedencia geográfica, rinde por Há, etc. Todos estos son criterios válidos. Lo que importa es utilizar la catalogación adecuada para el tipo de estudio que se pretende hacer. En este sentido, clasificar es separar arbitrariamente los componentes de un todo. Y el arbitrio será, precisamente, el criterio clasificatorio que se utilice.

6.3. En este sentido, nosotros ofrecemos en este trabajo una clasificación apta solo para este estudio, y, en consecuencia, no sería aconsejable utilizarla para otro diferente; no se nos atribuya, sin más ni más, la «invención» de una nueva tipología de cronistas. Nada más ajeno a nuestro pensamiento.

El enfoque que hemos querido dar a nuestra tipología, tal como se esboza esquemáticamente en el párrafo 3.2. de esta Introducción General, está basado en un criterio esencialmente antropológico y etnográfico, y se refiere a la pureza y a los canales de procedencia de la información en cada caso. Partimos de un sencillo axioma: «a mayor empleo de fuentes indígenas de primera mano, mayor verosimilitud de la descripción de la vida e historia del Imperio incaico»; y viceversa, a «menor utilización de dichas fuentes, mayor riesgo de incurrir en fantasías o falsas interpretaciones».

Uno de los métodos indispensables para el antropólogo cultural o etnógrafo es servirse de informantes calificados para el análisis de una cultura. En la medida en que se dispone de informantes aptos (conocedores de la realidad que describen), sinceros (que no deforman la realidad) y suficientemente numerosos (i. e. que constituyan una muestra estadística proporcional al «universo» que se quiere investigar), el trabajo etnográfico o antropológico cultural será más perfecto. A **párrafo**, podríamos argumentar que en la medida en que el cronista recurre y utiliza un mayor número de informantes indígenas, a más de sus propias informaciones, mayor será el grado de aproximación a la realidad (objetividad) que logre; en la medida en que se perciba una nula o escasa utilización de informantes indígenas, se deduciría un desinterés por informarse, o un desprecio por dicho tipo de información o una supervaloración de la propia visión de la historia o de la realidad social y cultural del grupo humano con que se entra en contacto.

6.4. Por lo dicho, quedará claro porqué hemos englobado, en un solo volumen (el primero) a aquellos autores que tienen en común, a lo que nos parece, la posesión y empleo de numerosas fuentes de información indígena. O ellos mismos lo son (como los **quipucamayos** de Vaca de Castro, Santacruz Pachacuti o Guamán Poma de Ayala), o son mestizos, habiendo bebido desde niños, la tradición oral y la vida cultural indígena (Garcilaso de la Vega), o, si son españoles, tuvieron especialísimo empeño en recabar, recopilar, examinar y enjuiciar las informaciones recibidas de indígenas, tanto caciques, **quipucamayos** o indios de importancia varia en sus propias comunidades. Es este el caso —único— de Cieza de León, cronista equilibrado que quiso «entender» la cultura indígena y a quien debemos la primera «Historia de los Incas», en las magníficas páginas de su **Señorío de los Incas**. Por eso titulamos a este grupo «Cronistas de raigambre indígena».

Junto a este enraizamiento en lo indígena, observamos en estos autores otro rasgo muy importante. Entonos ellos, sin excepción, se observa una «espontaneidad» en el escribir. Son todo lo contrario de un cronista oficial o «de encargo»: Es cierto que Cieza obtiene cédulas del Virrey para facilitar su búsqueda, e incluso, logra tener acceso a la documentación virreinal, pero, por ningún lado, se descubre que haya recibido normas específicas para redactar su escrito, el que respira por el contrario, un hondo aprecio del *ethos* y cultura indígenas. Si Cieza fue nombrado, a lo que parece, «Cronista de la Corona», fue por su empeño particular, demostrado desde años antes, por recopilar informaciones de los sucesos que veía. No fue Cieza un cronista pagado para realizar tal misión.

6.5. Guiados por el mismo criterio, aislamos asimismo, en el segundo volumen, a los cronistas, todos ellos españoles, que hacen una obra de descripción e interpretación, mucho más subjetiva de la realidad que ven, sea en calidad de soldados, sacerdotes o funcionarios reales. En su mayoría, son sacerdotes. Aunque algunos de ellos sostengan con insistencia que reciben informaciones de los *quipucamayos* (v. gr. Sarmiento de Gamboa, Cabello de Balboa o Murúa), debemos sopesar, como lo probaremos, que algunos son «cronistas de encargo», y que por tanto, han recibido misión de escribir, , bajo patrones bien controlados. Es el caso de Sarmiento de Gamboa, que escribe por expresa comisión del Virrey Toledo, y se basa, en buena medida, en las «Informaciones» que éste manda obtener en 1571 y 1572 entre más de un centenar de informantes indígenas (Cfr. Introducción al estudio del «Discurso sobre la Descendencia y Gobierno de los Incas», párrafo 2).

6.6. El tercer volumen engloba varios documentos de índole muy parecida, que tienen en común ser respuestas a cuestionarios muy elaborados, en los que se pide una descripción muy minuciosa de la geografía y producciones locales, y, a la vez, de la población autóctona y española, sus tradiciones folklóricas y religiosas, así como de las tendencias demográficas en ellas observables. Su intención fue múltiple:

- a) para fines tributarios;
- b) para fines demográficos (censos de población);
- c) para fines económicos (planificación futura);
- d) para fines religiosos (conocimiento de las creencias indígenas y su grado de supervivencia);
- e) para fines etnográficos (interés de las costumbres indígenas *per se*).

Por tal motivo, algunos de estos cuestionarios incluyeron 200 preguntas (1581-1582), y otros posteriores (1605) llegaron a englobar la casi increíble suma de 355 preguntas. Por la amplitud de los temas tocados, y por el hecho de haber sido solicitados por la

Corona a las autoridades (civiles o religiosas) que se suponía más capaces de llevar a efecto tal cometido, tales «Relaciones Geográficas» son un venero inagotable de información por más que ésta sea, como es evidente, de calidad heterogénea, según los antecedentes de sus respectivos autores.

7. Procedimiento empleado

7.1. Cada volumen incluye diversos estudios. Se han seleccionado textos extensos, que traigan noticias significativas sobre la sierra Norte del Ecuador, entendiendo por este concepto el ya solicitado en el párrafo 2 de esta Introducción. Los estudios siguen el orden cronológico de elaboración (no de edición). Cada texto, además, va precedido de su propia Introducción, la que da noticias generales sobre el autor, la obra, la valoración de la misma, el significado de ella para el estudio de la sierra septentrional del Ecuador, así como de la forma de transcripción del texto y las notas.

Leyendo las introducciones —y ese ha sido nuestro objetivo— se adquiere una mayor penetración en el universo social, educacional o religioso del autor en referencia, a fin de tener un marco referencial útil para juzgar, por nosotros mismos, el valor y la objetividad de su testimonio. Mientras más lejos se logre conocer y escrutar la vida y obra de un cronista, más cerca estaremos de hacer una valoración objetiva y realista de su obra y de su significado para la historia y antropología patrias.

7.2. Se ha recurrido a la presentación paralela del texto y notas. Las notas al pie de página suelen distraer al lector, quien frecuentemente las omite; las notas al fin del texto, son en la práctica, solo para bibliófilos. Como se ha pretendido que las notas expriman todo el riquísimo contenido de los textos, nos pareció conveniente ponerlas frente a frente, para una fácil y rápida consulta.

7.3. En cada estudio, se analiza en detalle el procedimiento empleado, así como el texto que fue utilizado. Hubo que hacerlo así, pues hay algunas variantes. Autores hubo, como **Guamán Poma** de Ayala, que nos obligaron a recurrir a diversos expedientes tipográficos a fin de presentar un texto a la vez fiel y suficientemente claro para el lector moderno.

7.4. Cada estudio incluye su propia bibliografía. Aún a riesgo de repetir muchos títulos, nos ha parecido útil este proceder para que se sepa, a primera vista, con qué materiales fue trabajado cada texto. No se pone, en consecuencia, una sola bibliografía general del volumen, sino varias. Al fin del volumen III, si Dios nos da fuerzas para llevarlo a cabo, se incluirá una bibliografía general, así como un índice general de toda la obra.

7.5. El glosario de términos al fin del volumen, desempeña la función de ofrecer el significado de aquellas voces especializadas, usadas con frecuencia en el texto y cuya explicación era ocioso repetir.

7.6. Finalmente, la obra porta un índice múltiple para facilitar cualquier consulta. Este es: a) toponímico (o de lugares); b) onomástico (o nombres indígenas o españoles); c) analítico general. Estos índices tienen por objeto facilitar al máximo el manejo de los volúmenes.

8. Importancia de la obra:

Petulancia nuestra sería querer señalar la posible utilidad de este trabajo. Permitásenos, sin embargo, indicar algunos aspectos que servirán para comprender más el porqué de esta obra.

8.1. El conocimiento de las fuentes históricas es vital para poder entender y discutir la actuación de indígenas y españoles, en el contexto de la conquista y de la temprana colonización. Tales fuentes eran en general, conocidas, pero resultaba sumamente difícil consultarlas, sea por la escasez de ciertas ediciones, sea por la dispersión de las Crónicas en múltiples libros y artículos, sea por la inaccesibilidad de algunas fuentes en sí mismas. En efecto, en lo que al tercer caso se refiere, la obra de **Guamán Poma** de Ayala, escrito en un abigarrado lenguaje, mitad español mitad **quichua**, resulta muy difícil de seguir para el lector no acostumbrado a manejar tales materiales. Semejante –aunque más fácil– es el caso de Juan de Santacruz **Pachacuti**: la mentalidad indígena se superpone a menudo e invade el dominio del léxico hispano, produciendo lo que Jiménez de la Espada denomina con razón «una jerigonza bárbara, una indiana algarabía» (cit. in: Porras Barrenechea). Transcribir tales textos sin traicionar para nada la fidelidad al original, fue tarea que nos demandó, en ocasiones, un esfuerzo supremo. El lector podrá juzgar por sí mismo si tal objetivo pudo ser cumplido.

8.2. La presentación de textos completos tiene también por finalidad el contribuir a la lucha contra las citas «fuera de contexto». Se puede hacer decir a los textos lo que se desea, extrayéndolos de su sitio vital (su contexto), para corroborar tesis previamente concebidas. Debe comprenderse a cada autor **en su obra** i. e. en la totalidad de ella, o al menos, en partes considerables de la misma, si no se quiere traicionar su más íntimo mensaje.

8.3. Los textos se ofrecen aquí por estricto orden cronológico de terminación de la obra. A veces, tales datos son solo aproximativos. Tal posición cronológica es

fundamental para la valoración de la información. No vale lo mismo una descripción de un testigo presencial sobre los palacios incas de Caranqui (v. gr. de un Cieza de León), que una descripción de los mismos hecha por el padre Juan de Velasco, 244 años más tarde. Y en este sentido, los etnohistoriadores y antropólogos tenemos frecuentemente que lamentar un manejo totalmente indiscriminado de las fuentes, haciéndose caso omiso de esta «coordenada cronológica» de la fuente citada. No todos los «cronistas» son buenos «cronistas»: unos lo son más, otros lo son menos; unos están más próximos a los hechos, otros más distantes.

8.4. La presentación y examen de estos textos, por otra parte, creemos debe contribuir—como lo dijéramos ya— a una progresiva «desmitificación» de numerosos pasajes de la prehistoria, proto-historia e historia colonial temprana del Ecuador, los que deben ser colocados no solo en una recta perspectiva histórica, sino también reducidos a sus verdaderas dimensiones o definitivamente descartados del acervo de las verdades objetivas, según sea el caso.

Se repiten de labio en labio frases y conceptos, que provienen de tal o cual autor, que vivió en el siglo XVII o en el siglo XIX y como único argumento se esgrime un demasiado fácil: «**magister dixit**».

El conocimiento de la forma cómo se realizó la conquista del Perú, ha recibido recientemente una substancial revaluación con la publicación de numerosas fuentes tempranas hasta ahora inéditas (Cfr. v. gr. Espinoza Soriano, 1973 y otros trabajos suyos anteriores). Del mismo modo ocurrirá, así lo esperamos, con los materiales documentales todavía olvidados en Archivos ecuatorianos. Pero convenía que esta tarea fuera iniciada con una recopilación sistemática de las fuentes ya editas. Luego seguirán para la Sierra Norte, algún día, las inéditas.

8.5. Nada más anti-histórico y anti-científico que acercarse a los documentos con ideas preconcebidas, o parar probar tal o cual tesis ideológica apetecida. Hispanófilos o hispanófobos deben desprenderse de sus respectivas «filias» o «fobias», para serenamente, dedicarse al examen de la totalidad del acervo documental.

Nadie puede escapar, en alguna medida, al subjetivismo. Pero tratándose de investigación de las fuentes, cualquier manejo de las mismas para fines egoístas, sería hacerles alta traición. El respeto a la fuente es básico; pero debe acompañarse de un análisis exhaustivo de las mismas para descubrir, detrás y dentro de ellas, hasta donde sea posible, la verdad objetiva.

Índices

Índice tomo I

Introducción General:

1. Objetivo básico del estudio
2. Limitaciones del trabajo
3. Partes del trabajo
- Material documental (cuadro 1)
4. Quienes son los cronistas
5. Clasificación de los cronistas
6. Una o varias clasificaciones
7. Procedimiento empleado
8. Importancia de la obra
9. Agradecimiento y dedicatoria de la obra

Bibliografía

Introducción al Primer Volumen:

Una relación de cuatro Quipucamayos al Virrey Vaca de Castro

Introducción:

1. Generalidades sobre la obra: Ediciones
2. Objeto de la «Relación»
3. Los autores
4. Las partes del documento
5. Valoración de esta fuente
6. Utilidad del documento para el estudio de la Sierra Norte del Ecuador
7. Conclusiones

Relación de los Quipucamayos a Vaca de Castro

Texto

Notas

Bibliografía

Pedro Cieza de León: Visión geográfica e histórica del norte ecuatoriano

Introducción:

1. El autor
2. Cieza y sus fuentes de información
3. Partes de su obra
4. Valoración de sus obras

5. Interés de Cieza para la prehistoria de la sierra ecuatoriana
6. Primeras ediciones. Ediciones usadas en este estudio
7. Forma de transcripción y notas

La Crónica del Perú

Texto

Notas

El señorío de los Incas

Texto

Notas

Bibliografía

Índice tomo II

Garcilaso de la Vega

Un cronista mestizo de estirpe incaica

Introducción:

1. El autor
2. Educación del Inca
- 3 Vida del Inca Garcilaso de la Vega en España
4. Obras del Inca Garcilaso
5. Objeto de su obra
6. Sus fuentes
 - 6.1. Obras consultadas
 - 6.2. El manuscrito el padre Blas Valera S.J.
7. Valoración de su obra
8. Significado de Garcilaso para el estudio de la Sierra Norte del Ecuador
9. Primeras ediciones. Ediciones utilizadas en este estudio
10. Forma de transcripción y notas.

Notas

Texto

Bibliografía

Felipe Guamán Poma de Ayala

Un cronista indio de principios del siglo diecisiete

Introducción:

1. El autor y su vida
 - Datos cronológicos sobre el cronista (cuadro 1)
2. La fecha de composición de la obra

3. Objetivos de su escrito
4. Sus informantes
5. Otras fuentes del cronista
6. Juicios críticos
7. El manuscrito y ediciones posteriores
8. Valor del testimonio de Guamán Poma de Ayala para el estudio de la sierra Norte ecuatoriana
9. La ilustración del cronista
10. Forma de presentación y notas

Bibliografía

Los Incas en la Sierra Norte del Ecuador

La relación del cronista Juan de Santacruz Pachacuti

Análisis de un texto

Introducción:

1. Antecedentes
2. Objetivo de este trabajo
3. Importancia del texto
4. El autor de la crónica
5. Juicio sobre su obra
6. Manuscrito y ediciones posteriores
7. Forma de transcripción y notas

Escenario de las batallas entre Incas y Cayambis en las hoyas de Guayllabamba, Cayambe, Otavalo e Ibarra (según Juan de Santacruz Pachacuti)

Leyenda

Lámina I

Notas

Bibliografía

Glosario de términos

Sierra Sur Colombiana-Norte Ecuatoriana y áreas adyacentes

Ilustraciones:

Camina el autor

Mapamundi del Reino de las Ins...

Pregunta V. M. responde el autor don Phelipe El ter...

Guainacpac

Pachacuti Inga

Topainga IV

Ravaoclo

Challcochima
Topacucigualpa Guascar Inga
Rominai
Entierro Dechinchai-suios
Tambos
Tambos
La ciudad y Audiencia de Quito.

**Nº. 16 LOS QUIJOS. *HISTORIA DE LA TRANSCULTURACIÓN DE UN
GRUPO INDÍGENA DEL ORIENTE ECUATORIANO.***

Autor: Udo Oberem
Serie: Etnohistoria
Editor: Instituto Otavaleño de Antropología
Impresión: Editorial Gallo capitán
394 páginas
Otavalo, 1980.

Introducción

Acerca de la historia de Latinoamérica disponemos de una riqueza extraordinaria de fuentes escritas que abarcan un período de más de 450 años y contienen valioso material etnográfico. Hace mucho tiempo, los americanistas de entre los etnólogos se sirven de este material, porque «quien estudia la historia de la cultura india y **no** utiliza sino la literatura moderna desde los tiempos de Humboldt hasta nuestros días, así como el material museológico, nunca puede decir con certeza cuales elementos de la cultura india son precolombinos y cuales postcolombinos. A este respecto, solo los informes de los primeros testigos de vista tienen verdadero valor.»

Ahora, de ninguna manera debe la etnología contentarse con averiguar, en base a las fuentes antiguas, la situación cultural de un pueblo al comienzo del contacto con los europeos, para de ahí intentar penetrar más hondamente en la historia; no puede pasar por alto «la transformación del estado social y cultural de grupos humanos contemporáneos para limitarse a un complejo lejano.»

A fin de poder comprender el proceso de la transformación cultural del grupo indígena, hay que analizarlo desde el primer encuentro con la civilización occidental. Desgraciadamente, en este aspecto sigue válida la crítica hecha por Julian H. Steward en 1943, es decir que «se han realizado tantos estudios sobre pueblos aculturados,

pero tan pocos acerca del proceso de aculturación», aunque «los 400 años de contacto europeo con los indios latinoamericanos constituyen un enorme laboratorio y las fuentes históricas contienen mucho material al respecto». En parte, esto puede deberse a que muchos fenómenos de la transformación social y cultural fueron causados por acontecimientos de la historia general y solo se explican por ella; pero que frecuentemente, los etnólogos no están suficientemente familiarizados con los métodos e instituciones de la administración colonial española o de las repúblicas latinoamericanas. Consecuentemente, para solucionar muchos problemas hace falta que haya una colaboración entre ambas disciplinas. Solo de esta manera se hacen comprensibles para las dos muchos acontecimientos de la historia latinoamericana y existe la posibilidad de «aproximarse a la realidad de la vida y corregir la parcialidad de la historiografía tradicional que, hasta hoy día, trata casi exclusivamente de la historia de los europeos y sus descendientes».

En el presente estudio etno-histórico se intentará satisfacer el indicado postulado programático con un ejemplo que es la historia del contacto de los indios Quijos entre los ríos Napo y Coca (en el Oriente ecuatoriano) con la civilización occidental así como la transformación cultural que de ello resulta.

En la primera parte del estudio se describirán resumiendo «la región de los Quijos y sus habitantes indios». Después de dar una visión general del paisaje en que viven los Quijos, se expondrán las denominaciones que los Quijos reciben en la literatura y las que ellos mismos dan a sus vecinos. Algunos datos antropológicos y demográficos aclararán el fenotipo y el movimiento poblacional y finalmente, se hablará de la impresión que estos indios han dejado en los forasteros que les visitaron. Algunas observaciones relativas a las relaciones precoloniales con la Sierra, conocidas por las fuentes, conducen a la segunda parte, «la historia del contacto con los Quijos con la cultura occidental».

Esta exposición histórica parecerá algo insuficiente al historiador que está acostumbrado a trabajar con la riqueza de fuentes de que se dispone, por ej., sobre los pueblos europeos. Pero no debe olvidarse que el material español y posteriormente el ecuatoriano se refiere principalmente a los habitantes blancos de la región y a la administración general, pero que solo en segundo lugar se informa acerca de los indios.

Ello que se refiere específicamente a los Quijos, la falta de fuentes se debe también a que viven en una región selvática, mientras que existen muchos más datos referentes a los indios de las regiones del altiplano de los Andes, más densamente pobladas por los blancos.

Pero, a juicio del autor, los datos disponibles son suficientes para exponer cómo se realizó el contacto entre blancos y Quijos desde la Conquista española y cuáles son los factores que influenciaron más intensamente la cultura de estos últimos.

En la tercera parte se describirán «la cultura de los Quijos y su transformación desde el siglo XVI». Para mayor claridad, la cultura de los Quijos se subdividirá e sus diferentes aspectos, que, desde luego, en la realidad no se presentan aisladamente, sino forman un conjunto y están funcionando interrelacionados.

La cuarta y última parte resume los cambios culturales más importantes y expone los motivos de ellos. Se indicará cuáles de los aspectos parciales de la cultura han cambiado en mayor grado y cuáles se han transformado menos y se explicará si, y hasta qué punto se integraron determinados elementos de la cultura occidental.

Respecto de la historia y cultura de los Quijos disponemos de fuentes de índole más diversa. Si prescindimos de los pocos hallazgos arqueológicos y los objetos etnográficos que han llegado a museos, entonces resulta que la investigación de la suerte histórica de estos indios tiene que basarse primordialmente en la «explotación» de las fuentes escritas. Las tradiciones históricas de los Quijos mismos no son suficientes para poder reconstruir el curso de su historia. A lo sumo, pueden servir en algunos casos para confirmar hechos averiguados por otro método.

Ya que los Quijos no conocen la escritura, dependemos de «textos» que nos han sido transmitidos de otra parte. Para los siglos XVI, XVII y XVIII se trata en primer lugar de actas e informes de la administración colonial española y de la Misión, y para los siglos XIX y XX del material correspondiente del Gobierno ecuatoriano, conjuntamente con los informes científicos viajeros y de misioneros.

Resulta imposible, referirnos en este lugar a todas las fuentes sobre los Quijos y por ello nos limitaremos a dar una característica general y mencionar el material más importante a título de ejemplo.

Un elemento típico de la administración colonial española, más que la de cualquier otro país, fue la burocracia organizada hasta el último detalle y de ella nos han llegado cantidades de «papeles». Ciertamente es que no fueron redactados a fin de servir de base para investigaciones etnológicas, sino que solamente eran informes dirigidos a la central de Madrid y disposiciones provenientes de allá; sin embargo, contienen muchos datos relativos a los indios que componían la mayor parte de la población de «Las Indias». Para los etnólogos, revisten especial interés las «Relaciones Geográficas» que, en parte, fueron redactadas a base de cuestionarios para informar a las autoridades en España, y en parte informan libremente sobre nuevos

descubrimientos y conquistas. Así mismo se encuentran datos etnográficos contenidos, por ej., en las «Listas de Tributos», los informes sobre «Residencias» y «visitas», las «Informaciones sobre Servicios y Méritos», los «Libros de Cabildos», los apuntes de los misioneros y, no por último, las obras de los cronistas, especialmente de los «Cronistas Mayores» del «Consejo Real y Supremo de las Indias».

Cierto es que ya se han publicado muchos documentos de la época colonial pero hasta ahora, la mayor parte de ellos solo se encuentran en los archivos. Datos referentes a los Quijos se hallan principalmente en el «Archivo General de Indias» en Sevilla, y en menor grado también en la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid y en otros archivos de esa capital, así como en los archivos locales y nacionales del Ecuador y seguramente también en Lima y Bogotá, porque la «Audiencia de Quito» perteneció primero al Virreinato del Perú y luego al Virreinato de Nueva Granada. Los fondos del Archivo General de Indias son tan cuantiosos que desgraciadamente, hasta ahora, no ha sido posible confeccionar una lista detallada de la totalidad de unos 14 millones contenidos en 38.903 legajos. Existen algunos catálogos de documentos que fueron agrupados bajo determinados puntos de vista y ellos nos sirvieron de mucho, por ej., el tomo II de Manuscritos Peruanos en las Bibliotecas del Extranjero» por R. Vargas Ugarte, y «A Listo f Spanish Residencias in the Archives of the Indies, 1516-1775» por Peña y Cámara; pero generalmente, la persona que utiliza el Archivo de Indias está abandonada a la suerte y su propia experiencia. La mayor parte de los documentos no publicados que fueron utilizados para el presente estudio, pertenecen al grupo «Audiencia de Quito» de la «Sección V – Gobierno» y a la «Sección VI – Escribanía de Cámara». Pero, si se toma en cuenta que el primer grupo se compone de 608 y la «Sección VI – Escribanía de Cámara» de 1.194 legajos, entonces se hace evidente que la selección no puede ser sino más o menos casual. Sin embargo, creemos incluso que un mayor número de documentos no cambiaría fundamentalmente la visión de la historia y cultura de los Quijos, porque los datos tomados de fuentes ya publicadas conducen a las mismas conclusiones. Además, no es la finalidad de este estudio describir con todo detalle la historia de la región situada entre los ríos Napo y Coca, en el Oriente ecuatoriano; más bien ha de exponerse, en base a algunos ejemplos, la forma del contacto entre la cultura occidental y los indios de esa parte, así como la transformación cultural que debido a ello se realizó entre los últimos.

La «Bibliografía Científica del Ecuador» publicada en cinco tomos (1948 a 1953) por Carlos Manuel Larrea, es la más importante en cuanto a indicaciones bibliográficas sobre los Quijos. Tampoco es completa, pero tiene la gran ventaja de que menciona también muchos de los artículos aparecidos en revistas de circulación local. Y, debido a que la Audiencia de Quito perteneció durante mucho tiempo al Virreinato del Perú, habría que señalar también «Historia del Perú: Fuentes» (2ª edición 1945), por R.

Vargas Ugarte, las «Fuentes Históricas Peruanas», por R. Porras Barrenechea (1955), «Los Cronistas del Perú», por J. Santisteban Ochoa (1946), y la «Bibliografía Etnológica de la Amazonia Peruana» (1942) por F. Schwab. Emiliano Jos hizo un análisis crítico de las fuentes más importantes del siglo XVI en su estudio «Centenario del Amazonas: La Expedición de Orellana y sus Problemas Históricos» (1942-43).

De entre las recopilaciones, en las cuales se publicaron documentos o informes que contienen datos sobre los Quijos y su región, son de mencionar, a título de ejemplo, las «Relaciones Geográficas», publicadas de 1881 a 1887, en cuatro tomos, y ampliamente provistas de notas aclaratorias, por M. Jiménez de la Espada. Igualmente son de importancia «Varones Ilustres de la Orden Seráfica en el Ecuador» (2ª edición, dos tomos, 1885-86) de F. M. Compte, y las publicaciones de los jesuitas sobre su actividad en la parte superior del Amazonas, entre ellas las de Rodríguez (1684), Chantre y Herrera (1901) y Jouanen (1941-43), los que pudieron utilizar los archivos de la Orden casi inaccesibles a otras personas.

La publicación de muchos documentos de la época colonial se debe a los conflictos ecuatoriano-peruanos sobre los límites en la cuenca Amazónica. Vacas Galindo recopiló tres tomos (1902-03) por parte ecuatoriana, y Cornejo, Osma y Pardo y Barrera publicaron de 1905 a 1907 conjuntamente 17 tomos para apoyar el punto de vista peruano. De 1941 a 1942 apareció la «Biblioteca Amazonas» editada por K. Reyes y Reyes, con motivo de celebrarse el cuarto centenario de la primera travesía de Sudamérica, realizada por Orellana en dirección oeste-este. Con excepción del tomo IX, la primera parte de la «Historia Moderna del Reino de Quito y Crónica de la Provincia de la Compañía de Jesús» por J. de Velasco, se trata de la reimpresión de informes publicados ya en tiempos anteriores; pero el valor de esta recolección es muy considerable, porque algunas de las ediciones más antiguas han llegado a ser sumamente raras.

De entre el gran número de libros y artículos que igualmente sirvieron de fuente de información, solo se mencionarán algunos de los más importantes. Relativo a los acontecimientos históricos del siglo XVI disponemos, entre otros, del estudio muy bien documentado de Rumazo González «La Región Amazónica del Ecuador en el Siglo XVI» y, también referente a esta época y a los siglos posteriores, la obra de González Suárez «Historia General de la República del Ecuador», nueve tomos, 1890-1903. Sin quitarles importancia a las fuentes no mencionadas en este lugar, son de mencionar por su alto interés respecto de la cultura de los Quijos y su transformación en la época antigua, Carvajal (1942), Ortigón (1958), Ortiguera (1909) y Ordóñez de Ceballos (1905); aunque conviene proceder con cierta reserva en cuanto a este último. Datos etnográficos de los siglos posteriores se encuentran principalmente en las obras de Lemus (1801), Basabe y Urquiza (1905), Hernández

Bello (1919), Osculati (1929), Jiménez de la Espada (1927-28), Villavicencio (1958), Dávila (1920), Wavrin (1927 y 1948) Santiana (1942, 1943, 1947 y 1952, y otros), Andrade Chacón (1955), y en los apuntes tomados por el autor entre los Quijos de 1954 a 1956.

Aparte de las fuentes escritas, de las cuales se enunció una selección, también sirven de material informativo sobre el cambio cultural los objetos de la cultura material de los Quijos que se conservan en los museos, porque fueron llevados allá en diferentes épocas. En Roma, Stuttgart, Berlín y Bonn se encuentran importantes colecciones de esta índole. En 1803, Colini publicó una descripción detallada de la colección del Padre Pozzi en el «Museo Prehistórico-Etnográfico» de Roma, junto con el informe del mencionado Padre. En 1855, visitó a los Quijos Carl Graf von Württemberg, Príncipe de Urach, quien viajó bajo el apellido de Barón Neuffen. Hasta ahora no se ha hecho una publicación que abarque el conjunto de su colección de los Quijos que se encuentra en el Museo Linden de Stuttgart. Algunos de los objetos más importantes se describirán en este estudio. En el segundo tomo de su obra «Kultur und Industrie südamerikanischer Völker» (1889-90), Max Uhle publicó algunos objetos de los Quijos que fueron conseguidos en Ecuador por D. Koppel, A. Stübel y W. Reiss. Gran parte de los objetos que trajeron los últimos dos de ellos, se guardan en el «Museum für Völkerkunde» de Leipzig. En la colección etnográfica de la Universidad de Bonn se encuentran unos 50 objetos de los Quijos adquiridos en el Ecuador por el autor en el período de 1954 a 1956.

Los antiguos mapas de la región de los Quijos no dan sino pocas indicaciones relativas a la realidad etnográfica. Pero indican las poblaciones y caminos existentes a la época en que se confeccionó cada uno de estos mapas, así por ej., el de Veigl y los de Humboldt de los años 1775 y 1802, respectivamente.

En el curso del estudio se procederá de tal manera que las fuentes bajo una palabra de referencia (generalmente el apellido del autor) y la fecha que corresponde al año en que se publicó la fuente respectiva o en que se redactó el documento. Normalmente, los números de tomo se indicarán en cifras romanas, los números de páginas en cifras arábigas. Desgraciadamente, no fue posible seguir este sistema sin excepciones, porque frecuentemente, las introducciones y anexos están numerados con cifras romanas. Pero del contexto se ve fácilmente si se trata del número de tomo o página. Documentos cortos que no están publicados, se citan solamente con indicación de la palabra de referencia y la fecha, tratándose de la palabra de referencia la fecha, tratándose de otros más largos, se indica también la página. En aquellos lugares, donde no hay indicación de la fuente, se trata de observaciones propias que el autor hizo entre los Quijos durante sus investigaciones.

De manera semejante, se ha procedido con las reproducciones. Las fotografías propias o los objetos recolectados por el autor, no llevan indicación, y reflejan el estado de cosas del periodo 1954 a 1956. En cuanto a las demás fotografías se indica la fuente de que fueron tomadas y, al lado, la época a que se refiere lo reproducido.

Índice

INTRODUCCIÓN

Notas

PARTE I

Capítulo I: La región de los Quijos y sus habitantes indios

Datos geográficos generales

Denominación de los Quijos y nombres de sus vecinos

Datos antropológicos

Los Quijos a juicio de los blancos

Datos demográficos

Relaciones entre los Quijos y la Sierra en la época precolombina

Notas

PARTE II

Capítulo II: La historia del contacto de los Quijos con la cultura Occidental

Los primeros contactos con los españoles

La pérdida de la independencia

El levantamiento de 1578-79 y el periodo hasta el fin del siglo XVI

Los Quijos en los siglos XVII y XVIII

Los Quijos en tiempos de la República (siglos XIX y XX)

Notas

PARTE III

LA CULTURA DE LOS QUIJOS Y SU TRANSFORMACIÓN DESDE EL SIGLO XVI

Capítulo III: Cultura material

Indumentaria («churana»)

Peinado, adorno y aseo personal

Casa y vivienda

Productos alimenticios y estimulante Habilidades industriales Notas Capítulo

IV: Economía

Cultivo de plantas

Cacería

Animales domésticos y domesticados

Pesca

Recolección

Comercio y transporte

Notas

Capítulo V: La Sociedad

Sistema de parentesco

Estructura política y vertical

El ciclo vital del individuo

Vida diaria y fiestas

Derecho patrimonial y penal

Relaciones pacíficas y belicosas de los Quijos entre ellos y con sus vecinos

Notas

Capítulo VI: Cultura religiosa y espiritual

Creencias religiosas y brujería

Tradiciones míticas e históricas

Medicina

Música y danzas

Idioma

Notas

RESUMEN Y OBSERVACIONES FINALES

La cultura de los Quijos en la época de la Conquista española

El cambio cultural entre los Quijos

1.- Pérdida de elementos culturales

2.- Adopción de elementos culturales

3.- Cambios de acento

4.- Razones del cambio cultural

5.- El proceso del cambio cultural

6.- El resultado del contacto cultural

Notas

APÉNDICE

Cuentos recopilados entre los Quijos en el período de 1954 a 1956

Notas

BIBLIOGRAFÍA

Nº. 17 y 18 NUMERACIONES DEL REPARTIMIENTO DE OTAVALO

Compilador: Juan Freile Granizo

Serie: Etnohistoria

Editor: Instituto Otavaleño de Antropología

Impresión: Editorial Gallo capitán

323 + 279 páginas

Otavaló, 1981

Tomo I

DE LA NUMERACIÓN DE ANDRÉS SEVILLA, Escribano Mayor de Visitas,
Juez de Comisión. 1645

REPARTIMIENTO DE OTAVALO (Ynta, Otavaló, Tontaquí, Cotacache, Urcuquí, Tumbabiro...)

Pueblo de Ynta

Ayllu de Pinchaquí

Ayllu de Tulla

Ayllu de Sarance

Ayllu de Pirance

Ayllu de Sicañaro

Ayllu de Camuinto (Otavaló, Tontaquí y Puembo)

Sumario de los 19 ayllus de Otavaló

Pueblo de Tontaquí

Ayllu de Tontaquí

Ayllus de Tupian, Apulro y Mindalaes

Pueblo de Cotacache

Ayllu de Cotacache

Ayllu de Cotacache [2-]

Ayllu de Gualquichico

Ayllu de Cuchisquí

Tomo II

Ayllu de Cuchagro y Salinero

Ayllu de Pangobuela y Aguaborin

Sumario de los 6 ayllus de Cotacache

Pueblo de Urcuquí

Ayllu de Urcuquí

Ayllu de Yacelga (Urcuquí, Tontaquí, Azangues, Yaruquí y otras partes)

Pueblo de Tumbabiro

Pueblo de Cayambe

Ayllu de Cayambe: Cayambes, Quinchoango, Pulamarin, Guachalá mitimas,
 Mindalaes Cayambe y Quiambiainla
 Autos de la Numeración
 Pueblo de Cayambe
 Ayllu de Yanaconas
 Ayllu de Cayambes
 Ayllu de Quinchoango
 Ayllu de Pulamarin
 Ayllu de Guachalá mitimas

Nº. 20 y 21 CONTRIBUCIÓN A LA ETNOHISTORIA ECUATORIANA

Autores: Segundo Moreno Yáñez y Udo Oberem

Serie: Etnohistoria

Editores: Instituto Otavaleño de Antropología; Banco Central del Ecuador, Instituto Otavaleño de Antropología, Abya-Yala

Impresión: Editorial Gallo capitán; Centro Cultural Abya-Yala

406 + 250 páginas

Otavaló, 1981; Quito, 1995

NOTAS INTRODUCTORIAS

Consecuente con la intrínseca cualidad de ciencia histórica, la Antropología tiene como objeto, además del análisis de la estructura, organización y funcionamiento de la realidad social, el estudio del surgimiento, constitución y desarrollo de las formaciones socioeconómicas, concebidas, éstas, a nivel epistemológico, como modos de producción y formas de transición que posibilitan el paso de un modo de producción a otro. En el presente contexto es prioritario insistir que la distinción entre los planos diacrónico y sincrónico es reductible tan solo al nivel metodológico, como una doble manera de concebir una misma e indivisible realidad social. La dimensión temporal, sin embargo, a la par de analizar e interpretar los datos históricos, intenta descubrir el mecanismo sociocultural, concebido como el enmarcamiento de los datos objetivos, dentro de un sistema de valoración teórica que explique el mecanismo de continuidad, las regularidades y variables, y que además formule leyes socioculturales de aplicación general y especial.

En íntima relación con la definición de la Antropología como ciencia histórica, aunque de ningún modo en forma excluyente, es la Etnohistoria la disciplina, que por su naturaleza toma en cuenta prioritariamente la dimensión temporal del material

investigado y la valoración teórica del proceso diacrónico. Desgraciadamente en un medio social y científico como el nuestro, donde con frecuencia se usa el neologismo despojado de su significación conceptual, o se lo interpreta errónea y parcialmente, se ha convertido el vocablo «Etnohistoria» en la permuta fácil de la poco desarrollada Historia, ciencia todavía casi en su totalidad profesional aprofesional, o a lo más se lo ha reducido a una «post-arqueología», o se lo ha interpretado como la ciencia correctora de la Historia. Tampoco el ofrecer una dimensión diacrónica a la investigación antropológica y social es el requisito exclusivo para hacer Etnohistoria, al igual que la simple combinación de los métodos de investigación social e histórica no satisface adecuadamente a la definición compleja de su naturaleza. Aparece, por lo tanto, como de interés impostergable, poner en conocimiento de un amplio público un conjunto más o menos homogéneo de trabajos etnohistóricos, que intentan esclarecer diversos estadios del desarrollo protagonizado por los grupos sociales, que actualmente conforman el Estado ecuatoriano.

El presente volumen de la «Colección Pendoneros», editado por el Instituto Otavaleño de Antropología (IOA), además de las **«Notas introductorias»**, comprende cuatro partes, que se refieren a las temáticas que han orientado las investigaciones científicas. Como se ha puesto de relieve en líneas anteriores, es necesario formular, en primer lugar, **«Una aproximación conceptual»** de la Etnohistoria, a fin de ofrecer elementos de juicio que posibiliten su esclarecimiento, integrado dentro de la Antropología Sociocultural, integración que confronte, dependiente de coordenadas teóricas, las evidencias arqueológicas, el análisis crítico de los testimonios documentales y de la tradición oral, a fin de reinterpretar toda esa información y acceder a la auto-imagen de los grupos sociales investigados. Estos son los objetivos de los dos primeros estudios intitulados: **«La Etnohistoria: anotaciones sobre su concepto y un examen de los aportes en el Ecuador»**.

Hasta el momento han sido casi únicamente las investigaciones arqueológicas las que se han referido al esclarecimiento de la Época Aborígen, con frecuencia de modo empírico, reducidas a los estrechos límites de descripciones estilísticas, o de subjetivas interpretaciones artísticas. Es por lo mismo de interés presentar un conjunto de trabajos etnohistóricos «Sobre la formación social y económica aborígen», la que se inicia con el estadio primigenio de las fuerzas productivas, para alcanzar después de una evolución progresiva altos niveles de organización social y regulaciones económicas, que al articularse al Estado inca se reducirán a la combinación de la actividad productiva de las comunidades aldeanas y la intervención económica de una autoridad estatal, que al mismo tiempo que las dirige las explota. Dentro de este contexto son, por lo tanto, significantes los trabajos sobre «El acceso a recursos naturales de diferentes ecologías en la Sierra ecuatoriana

(siglo XVI)», en que se propone la «microverticalidad» como un modelo económico practicado en la América Andina septentrional; «Los Caranquis de la Sierra norte del Ecuador y su incorporación al Tahuantinsuyu», notas preliminares que aunque no fueron redactadas con el expreso fin de publicarlas, constituyen un verdadero aporte al esclarecimiento de uno de los grupos étnicos más importantes del actual Ecuador; y «Colonias mitmas en el Quito incaico: su significación económica y política», trabajo que intenta ofrecer un primer esbozo sobre este modelo de colonización y control político en los Andes septentrionales, que posibilitó al Estado a acceder a un recurso básico, en forma de mano de obra, y movilizar grandes contingentes poblacionales, para ponerlos al servicio del poder imperial incaico y de su política de expansión y conquista.

Tras los episodios guerreros y las acciones defensivas indígenas, la Conquista española significó para el Mundo Andino un nuevo tipo de relaciones entre dos formaciones económico sociales diferentes, una de las cuales, la hegemónica, había comenzado ya a dominar a nivel mundial: nuevo tipo de relación que impregnó a las sociedades aborígenes de las características de retraso económico, dependencia y subdesarrollo, peculiaridades que cualitativamente diferencia la invasión inca de la conquista ibérica. Bajo el título de: «**Hacia el establecimiento del dominio español**» se presentan tres estudios, a saber: «Don Sancho Hacho, un cacique mayor del siglo XVI»; «Los Cañaris y la conquista española de la Sierra ecuatoriana, otro capítulo de las relaciones interétnicas en el siglo XVI»; y «La familia del Inca Atahualpa bajo el dominio español», todos ellos ensayos etnohistóricos que bien pueden definirse como la búsqueda de la «visión de los vencidos» en lo relativo a la Conquista española.

La sección referente al «**Sistema colonial y Sociedad Indígena en la Audiencia de Quito**» es la que se ha desarrollado con mayor amplitud, dado el importante carácter de que la colonización constituyó el sistema productivo destinado a suministrar al mercado europeo metales preciosos y materias primas, con cuyo fin se crearon varios centros exportadores, alrededor de los cuales se articularon otras zonas productivas, subsidiarias o marginales, entre ellas la Audiencia de Quito. Como proceso de expansión política y económica de la Europa post-feudal, la Conquista española además enfrentó a dos sociedades y se constituyó en el elemento formador de una nueva relación, por la que a la población indígena le fueron adscritas funciones subordinadas. Esta connotación explica la transformación de la conquista militar en un sistema colonial, entendido éste como una relación estructural de dependencia: relación asimétrica entre la sociedad española y la sociedad indígena, cuyas consecuencias perduran hasta la actualidad. El primer aporte a este examen, a modo de una orientación general, es el artículo: «Elementos para una análisis de la Sociedad indígena en la Audiencia de Quito», estudio que pone de relieve la necesidad de considerar a la Colonia como un sistema socio-económico coherente, por el que

fueron determinados, en beneficio de los europeos, el régimen de tierras de la población aborigen, sus modelos de gobierno, su tecnología, su producción económica y aun sus patrones culturales. En relación con las pautas anteriormente señaladas, es de interés conocer uno de los modelos empleados, por parte de los colonizadores, en el acceso a la tierra como el medio de producción más importante, asunto que se trata en base a un estudio de caso en: «Traspaso de la propiedad agrícola indígena a la hacienda colonial: el caso de Saquisilí»; de modo semejante aborda el problema laboral indígena, desde el punto de vista de la reglamentación jurídica, la presentación de «El Formulario de las ordenanzas de indios: una regulación de las relaciones laborales en las haciendas y obrajes del Quito colonial y republicano».

Hasta el momento uno de los estudios más serios sobre la Historia laboral latinoamericana, y específicamente ecuatoriana es la «Contribución a la historia del trabajador rural en América Latina: Conciertos y Huasipungueros en el Ecuador», análisis etnohistórico referente a los modelos de explotación laboral que más tiempo ha estado en vigencia, aun legalmente, en el Ecuador. Un complemento lógico del ensayo anteriormente citado es: «Indios libres e indios sujetos a haciendas en la Sierra ecuatoriana», investigación que demuestra que a finales de la Colonia un alto porcentaje de la población indígena estaba sujeta, como fuerza laboral, a las haciendas.

Con el propósito de reconstruir y dar a conocer la Etnohistoria de los Omaguas del río Napo, el estudio «Un grupo indígena desaparecido del Oriente ecuatoriano», corrige la orientación unilateral de la historiografía tradicional, que hasta hoy trata casi exclusivamente de la historia de los colonizadores europeos, al rescatar, a la par de datos etnográficos, el desarrollo histórico de una etnia amazónica, hasta su extinción.

Completan la presente sección tres estudios, cuyo objetivo común es demostrar, que los grupos sociales indígenas fueron capaces de organizar sistemas de defensa contra la hegemonía europea, resistencia que se ha transformado hasta nuestros días en una permanente tradición de rebeldía. «Rebeliones, asonadas y levantamientos indígenas anticoloniales en la Audiencia de Quito» ofrece un resumen de los principales movimientos subversivos durante los tres siglos de Coloniaje, al que completa: «Una rebelión indígena anticolonial: Chambo 1797». Finalmente en «Los Caciques mayores: renacimiento de su concepto en Quito a finales de la Colonia» se hacen algunas reflexiones sobre los modelos políticos propuestos por los dirigentes indígenas sublevados, alternativas que demuestran una vez más el fondo cultural andino.

Índice

NOTAS INTRODUCTORIAS Segundo Moreno Y.

UNA APROXIMACIÓN CONCEPTUAL

La Etnohistoria: anotaciones sobre su concepto y un examen de los aportes en el Ecuador. Segundo E. Moreno Yáñez

SOBRE LA FORMACIÓN SOCIAL Y ECONÓMICA ABORIGEN

El acceso a recursos naturales de diferentes ecologías en la Sierra ecuatoriana (siglo XVI). Udo Oberem

Los Caranquis de la Sierra norte del Ecuador y su incorporación al Tahuantinsuyu. Udo Oberem

Colonias mitmas en el Quito incaico: su significación económica y política. Segundo E. Moreno Yáñez

HACIA EL ESTABLECIMIENTO DEL DOMINIO ESPAÑOL

Los Cañaris y la Conquista española en la Sierra ecuatoriana. Otro capítulo de las relaciones interétnicas en el siglo XVI. Udo Oberem

La familia del Inca Atahualpa bajo el dominio español Udo Oberem

SISTEMA COLONIAL Y SOCIEDAD INDÍGENA EN LA AUDIENCIA DE QUITO

Elementos para un análisis de la Sociedad indígena en la Audiencia de Quito. Segundo E. Moreno Yáñez

Traspaso de la propiedad agrícola indígena a la hacienda colonial: el caso de Saquisilí. Segundo E. Moreno Yáñez

El «Formulario de las ordenanzas de indios»: una regulación de las relaciones laborales en las haciendas y obrajes del Quito colonial y republicano. Segundo E. Moreno Yáñez

Contribución a la historia del trabajador rural en América Latina: «Conciertos y Huasipungueros» en Ecuador. Udo Oberem

«Indios libres» e «Indios sujetos a haciendas» en la Sierra ecuatoriana a fines de la Colonia. Udo Oberem

Un grupo indígena desaparecido del Oriente ecuatoriano. Udo Oberem

Una rebelión indígena anticolonial: Chambo, 1797. Segundo E. Moreno Yáñez

Índice Nº. 21

«Ethnohistoria e Historiafolk». Un ejemplo de Sudamérica. Udo Oberem

Historiografía indígena y tradicional de lucha. Segundo E. Moreno Yáñez

La fortaleza de montaña de Quitoloma en la Sierra septentrional de la actual República del Ecuador. Udo Oberem

La «Reconquista» de Manco Inca: su eco en el territorio de la actual República del Ecuador. Udo Oberem

Don Sancho Hacho, un cacique mayor del siglo XVI. Udo Oberem

APÉNDICE

Contrato sobre la fundación de un «Obraje de paños» en Latacunga 1564 (AGI, Quito 20/2).

De las formas tribales al señorío étnico: don García Tulcanaza y la inserción de una jefatura en la formación socio-económica colonial. Segundo E. Moreno Yáñez

Un ejemplo de autovaloración social entre la alta nobleza indígena del Quito colonial. Udo Oberem

Las «composiciones de tierras» y el despojo de la propiedad indígena en la región de Latacunga-Ambato (siglo XVII). Segundo E. Moreno Yáñez

Rebeliones, asonadas y levantamientos indígenas anticoloniales en la Audiencia de Quito. Segundo E. Moreno Yáñez

«Constitutivos étnicos comunales en la movilización subversiva: las rebeliones indígenas en la comarca de Alausí (Ecuador) en el siglo XVIII». Segundo E. Moreno Yáñez

Los «caciques mayores»: renacimiento de su concepto en Quito a finales de la Colonia. Segundo E. Moreno Yáñez

Don Leandro Sepla y Oro, un cacique andino de finales de la Colonia: estudio biográfico. Segundo E. Moreno Yáñez

Nº. 22 LA VIDA EN OTAVALO EN EL SIGLO XVIII

Autor: Iveline Lebet

Serie: Historia

Editor: Instituto Otavaleño de Antropología

Impresión: Editorial Gallo capitán

368 páginas

Otavaló, 1981.

Introducción

Otavaló, actualmente una pequeña ciudad de 13.868 habitantes, a casi 100 Km. por carretera de Quito, está ubicada en la Sierra Septentrional, en una de las tantas hoyas. la del río Chota o Coangue, que forma el doble alineamiento de la cordillera de los Andes, cuyas cimas más altas en la zona son el Cayambe (5.590 m.), el Cotacachi (4.939 m.) y el Imbabura (4.630 m.), volcán extinguido que da nombre a la provincia, en donde se encuentra políticamente situada la población, ubicada a 14' de latitud norte y a una altitud de 2.556 m. sobre el nivel del mar, su clima es suave y benigno y sin mayores variaciones, con una temperatura media de 14° centígrados y una precipitación pluviosa anual de 820 mm. La hidrografía de la región es densa y la conforma una red de numerosos ríos y quebradas, además de las numerosas y hermosas lagunas. Los vientos, preponderantemente del noreste, soplan más fuertemente llegando a la cota de los 3.000 – 3500 metros de altura, donde comienza un páramo de gramíneas. Es una región donde predomina una agricultura de nivel medio de cereales y legumbres, a lo que se suma la crianza de ganado, además de poseer una larga tradición artesanal textil, que aún hoy en día atrae al visitante, motivado por el ejemplo que ofrecen los nativos de Otavaló con respecto al estereotipo común de la sociedad indígena, estática y pasiva frente al impacto de las influencias exteriores.

En la actualidad ha crecido el interés por realizar estudios sociológicos de estos indígenas, los que denotan su gran dinamismo al tratar de asimilarse al resto de la nación, sin despreciar a los turistas, principales clientes de su obra artesanaza, adoptando tan solo algunos elementos de la civilización occidental, para así seguir conservando su propio tipo de vida. Los signos de este apego a sus costumbres, se

manifiestan en el uso continuo de sus vestidos tradicionales y la larga cabellera trenzada del indígena. Pese a todo, la historia de esta región; como la del Ecuador en general, está en sus comienzos. Con la intención de estudiar las grandes etapas de la vida en la época española, nos concentramos en los archivos del S. XVIII, siendo de todas formas excepcionales los documentos anteriores, y consultamos todos los «protocolos» existentes de ese siglo en Otavalo.

Estos protocolos, registros en los cuales un escribano público (los notarios de hoy) consignaba y daba fe de los diversos actos jurídicos ejecutados ante él, conciernen al conjunto del corregimiento constituido en 1563, teniendo a Otavalo como su sede urbana. Algunos habitantes del corregimiento podían, por diversas razones y en particular si la persona involucrada por este acto era originaria de otro sitio, solicitar el efectuar sus actos jurídicos en otros lugares: Quito, Ibarra, u otra ciudad. La heterogeneidad caracterizaba esencialmente a la población, ya que estaba compuesta por tres razas fundamentales y las diversas resultantes de su mezcla. Los documentos estudiados hablan casi únicamente de una de sus razas, la de los blancos, y en particular dentro de los límites de nuestro tema. No hay necesidad de demostrar la importancia que jugaban los blancos en la América de esa época como descendientes de los conquistadores o de encomenderos privilegiados o como dueños sin oposición; sin embargo, la importancia cualitativa de su situación no estaba en relación con el pequeño número de población que representaban; su examen en Otavalo y su corregimiento nos revelaría la extrema debilidad de su número.

Abordaremos el tema de Otavalo desde los puntos de vista histórico y demográfico en lo que dice en referencia al conjunto de su población, para estudiar las etapas constituidas por el nacimiento, el casamiento y la mortalidad, pero esta vez teniendo en cuenta solamente a los blancos, y eventualmente algunos mestizos, ya que los documentos especifican rara vez los grupos raciales a que se asignan los que intervienen, a excepción de indígenas y negros.

En lo que concierne a la primera etapa, la del nacimiento, examinaremos al niño desde su ubicación en relación a la categoría a la cual pertenece, la que estuvo determinada ya sea por la naturaleza misma del nacimiento, legítimo o no; o por el posterior comportamiento de sus padres que lo aceptaban o rehusaban educarlos o los conservaban bajo su tutela hasta su mayoría de edad; este último caso nos llevaría a examinar el problema de los huérfanos menores de edad y el de los emancipados.

El matrimonio se considera por lo general en este trabajo en tanto la pareja, luego en cuanto a la dote aportada por la joven, y por fin en su implicación directa, como es el establecimiento de relaciones específicas entre mujeres y hombres.

El análisis de las diversas cláusulas que informan un testamento nos conduce al estudio de la muerte; estos instrumentos públicos revelan los tres principales aspectos interrogantes de un fallecimiento: significa un entierro, plantea ciertos problemas religiosos, entre los cuales los legados piadosos constituyen una de las respuestas aportadas y representa, por fin la condición de la herencia. La mayor parte de los datos se han extraído de algunos testamentos de entre los conservados en los mencionados «protocolos»; pero hay que tenerse en cuenta las imperfecciones que estas fuentes representan para las consecuentes evaluaciones estadísticas, cual es el número de hijos por mujer, la mortalidad infantil, la frecuencia de nacimientos no legítimos, etc. Por añadidura, estos datos son muy limitados. Sin embargo, permiten al menos una aproximación en la medida en que la población en referencia no es muy numerosa. Los casos de niños abandonados, «naturales» y emancipados se verán a partir de los juicios seguidos en la Real Audiencia de Quito, siendo tres casos solamente los relativos a los habitantes del corregimiento. Aún así, se ha examinado todo el conjunto de documentos; con lo cual el desarrollo de estos casos sobrepasará el marco geográfico del corregimiento para aplicarse a la generalidad de la Presidencia de Quito.

Índice

CAPÍTULO I

Presentación de Otavalo

CAPÍTULO II

El niño

CAPÍTULO III

El matrimonio

CAPÍTULO IV

La muerte

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES DOCUMENTALES

APÉNDICE

Nº. 23 LA AUDIENCIA DE QUITO. ASPECTOS ECONÓMICOS Y SOCIALES *(SIGLOS XVI – XVIII)*

Autor: Christiana Borchart de Moreno

Serie:

Editores: Banco Central del Ecuador, Instituto Otavaleño de Antropología, Abya-Yala

Impresión: Centro Cultural Abya-Yala

405 páginas

Quito, 1998.

Prefacio

El presente volumen reúne buena parte de los estudios que a lo largo de casi veinte años he realizado en el campo de la Historia Socio-económica Ecuatoriana y que han sido publicados en diferentes revistas de varios países, tanto de América como de Europa. Para esta publicación se ha optado por reunir los estudios en cuatro grandes grupos temáticos que cubren, aunque no en forma exhaustiva, los trescientos años de la Audiencia de Quito.

Los inicios de la colonización son de especial interés ya que significan el surgimiento de un nuevo modelo de sociedad con la constitución de la «república de los españoles» y la «república de los indios». El artículo acerca de las llamas y las ovejas analiza uno de los efectos de la conquista y colonización, a saber la destrucción de un recurso natural americano y su sustitución por una especie europea. Las fuentes analizadas, la mayoría de ellas publicadas, permiten demostrar la capacidad de la población indígena de manejar este nuevo recurso, pero también ilustran los afanes de los colonizadores por controlar directamente un sector rentable de la economía. Cabe señalar que uno de los resultados de la investigación fue un mejor conocimiento de los inicios de la producción textil en la Audiencia, inicios que parecen ser mucho más modestos de lo que anteriores estudios de los obrajes han insinuado.

Los artículos siguientes, relacionados con la tenencia de la tierra, estudian las dos caras de un mismo proceso. El primero establece, en forma más general, las diferentes fases de expansión de la propiedad territorial en manos de los españoles, desde la fundación de la villa de San Francisco de Quito hasta la Revolución de las Alcabalas a fines del siglo XVI, momento político que coincide con un cambio en la política de la metrópoli respecto al repartimiento de tierras. Aunque las fuentes para este período son bastante incompletas, se pueden detectar algunas características importantes en el proceso de expansión, tales como el control casi absoluto por parte de los miembros del Cabildo en las primeras décadas, con la concentración tanto de los bienes raíces

como de la mano de obra en el reducido grupo de los cabildantes-encomenderos y su interés en obtener propiedades en diferentes pisos ecológicos. En la segunda fase, cuando la gran propiedad ya se halla consolidada, se observa el repartimiento de terrenos más reducidos y frecuentemente en zonas más alejadas de la capital de la Audiencia.

En lo referente a las tierras de comunidad se trata de un estudio de caso de las comunidades de Licto, Punín y Macaxí, ubicadas en el corregimiento de Riobamba, una de las zonas más deprimidas económicamente tanto en la época colonial como en la actualidad. Los documentos inéditos de la región tienen especial interés porque permiten entender el acelerado proceso de privatización de las tierras que parece haber tenido su origen en el asentamiento de mitimaes incaicos y que probablemente se refuerza con la concentración de la población indígena en la producción textil. A diferencia de los dos primeros artículos, en el caso de las tierras de comunidad se hace un seguimiento de la situación hasta el siglo XVIII cuando se puede observar los intentos cacicales de constituir nuevas tierras comunales.

La segunda parte contiene un conjunto de artículos que representan mis primeros trabajos sobre la Historia de la Audiencia de Quito. La temática de las «visitas y composiciones de tierras» es, en cierta forma, la prolongación del estudio sobre el origen y la conformación de la hacienda colonial, ya que en la última década del siglo XVI se promulga la Real Cédula cuyo objetivo es el control de la expansión ilegal de la propiedad. En vista de que los artículos se basan en la misma fuente, proveniente del Archivo General de Indias, se optó por reestructurarlos ligeramente. La introducción común a todo el conjunto se presenta, en forma ampliada, como un artículo que ilustra el proceso de las «visitas» y las permanentes trabas burocráticas en la Audiencia de Quito durante el siglo XVII, cuyo resultado final fue la transformación de un instrumento de control en uno de legalización de propiedades obtenidas en forma ilegal. En esta introducción se han incluido el mapa y las estadísticas básicas que sirven de ilustración para todo el conjunto, mientras que las tablas más específicas siguen en los anexos de cada artículo. Los valles analizados en detalle se encuentran en las cercanías de la ciudad de Quito y presentan características específicas como la concentración de las propiedades de las órdenes religiosas en el valle de los Chillos y la presencia de la elite colonial en los valles de Machachi y Tumbaco. El último artículo de este grupo retoma nuevamente la temática de la propiedad indígena al analizar las diferentes formas de traspaso a manos de los españoles en el corregimiento de Quito.

El tercer acápite trata de la producción manufacturera y su circulación en la segunda mitad del siglo XVIII, tema de mucha relevancia para la Audiencia de Quito cuyos productos se comercializaban en un territorio muy amplio desde Cartagena hasta

Arequipa. El primer artículo analiza el funcionamiento de uno de los principales obrajes de la época y los cambios que experimentó la producción en un periodo considerado generalmente como crítico para la producción obrajera. Le sigue un estudio que precisamente va «más allá del obraje» y que pretende demostrar que la industria doméstica dedicada a la elaboración de textiles de algodón, no es un fenómeno exclusivo de la Sierra Sur ni de las últimas décadas del siglo XVIII. Tanto en la ciudad de Quito como en diversas regiones de la Sierra Centro-Norte coexistieron con los obrajes diferentes formas de producción doméstica y artesanal, en algunos casos caracterizados por una marcada diferencia de género. Generalmente se trata de actividades menos «visibles» en la documentación colonial pero no por ello sin importancia para la economía de la Audiencia y para la sobrevivencia y reproducción de su población. La distribución diferenciada de sus productos hacia los mercados ubicados al norte y al sur de la Audiencia es precisamente el tema del último artículo de este acápite.

El cuarto grupo de artículos analiza algunos aspectos de la Historia política y social de las últimas décadas de vida colonial. Uno de los elementos políticos más importantes del periodo fue la realización de las reformas borbónicas, ideadas desde inicios del siglo XVIII y que fueron introducidas paulatinamente en los diferentes territorios americanos. El artículo dedicado a la temática, elaborado conjuntamente con Segundo E. Moreno Yáñez, da una visión general de las medidas aplicadas en la Audiencia de Quito e el campo militar, administrativo y económico. Estas medidas forman parte de los agravios sentidos por los criollos y que se convierten en argumentos para las futuras aspiraciones de mayor autonomía, en un primer momento, y de independencia después.

Al análisis político de las reformas borbónicas le sigue un estudio que retoma dos de los principales aspectos de los acápites anteriores, a saber el comercio y la tenencia de la tierra. En vista de que fueron preparados para una reunión de CLACSO dedicada a la comparación entre Mesoamérica y los Andes se integraron en este artículo algunos datos acerca de la relación entre el capital comercial y la producción «agroindustrial» de dos importantes miembros de la elite mercantil mexicana. El caso de estudio ecuatoriano presenta elementos interesantes por contener, por primera vez, algunos datos biográficos de un miembro de la comunidad mercantil de la ciudad de Quito y de las etapas características de su carrera. Estas van desde sus inicios modestos como mercader ambulante entre Quito y Lima, pasando por una fase de mayor prosperidad que le permite manejar sus negocios en forma de compañía hasta su establecimiento, por pocos años, como uno de los terratenientes más importantes de la Sierra Norte, sin que su afluencia le permita conectarse con la clase criolla dominante.

Por último se ha integrado en el presente volumen un primer trabajo acerca de una temática aún bastante nueva en la Historia ecuatoriana y que representa el inicio de un proyecto de investigación todavía en curso. La recuperación de la presencia de la mujer en los procesos históricos añade un elemento nuevo e importante a los estudios del pasado y abre la posibilidad para una comparación más profunda de la evolución de una determinada sociedad. El artículo ofrece una primera visión de las actividades femeninas en el campo económico, tanto en el financiero como en el productivo y el comercial.

Cabe señalar, por último, que se han realizado ligeros cambios en algunos casos. Esto se refiere especialmente a la bibliografía. A lo largo de los años algunas obras básicas, tales como las relaciones geográficas referentes a la Audiencia de Quito, han sido reeditadas, otras, como la de Robson B. Tyrer sobre los obrajes han sido finalmente traducidas al castellano. En estos casos la Bibliografía, que se ha unificado para todos los artículos, contiene las diferentes versiones, aunque en los artículos siguen vigentes la citas que se han utilizado en el momento de su elaboración. En el caso de las citas de trabajos, inéditos entonces y que han sido publicados con posterioridad, se ha procurado integrar la versión publicada para ofrecer mayores facilidades al lector.

Índice

Prefacio

I. Los inicios de la colonización española y sus impactos

Llamas y ovejas: el desarrollo del ganado lanar en la Audiencia de Quito

Origen y conformación de la hacienda colonial

Las tierra de comunidad de Licto, Punín y Macaxí: factores para su disminución e intentos de restauración

II. Las composiciones de tierra a finales del siglo XVII

La visita y composición de tierras de don Antonio de Ron (1692/96)

La tenencia de la tierra en el valle de Machachi a finales del siglo XVII

Composiciones de tierra en el valle de los Chillos a finales del siglo XVII: una contribución a la historia agraria de la Audiencia de Quito

Composiciones de tierras en la Audiencia de Quito: el valle de Tumbaco a finales del siglo XVII

La transferencia de la propiedad agraria indígena en el Corregimiento de Quito hasta finales del siglo XVII

III. La producción y circulación de textiles y artesanías a finales del siglo XVIII

La crisis del obraje de San Ildefonso a finales del siglo XVIII

Más allá del obraje: **la producción artesanal en Quito** a fines de la Colonia
Circulación y producción en Quito. De la Colonia a la República.

IV. Política y sociedad a finales de la Colonia

Las reformas borbónicas en la Audiencia de Quito

Capital comercial y producción agrícola: Nueva España y la Audiencia de Quito en el siglo XVIII

Mujeres quiteñas y crisis colonial. Las actividades económicas femeninas entre 1780 y 1830

Abreviaturas

Bibliografía

Referencias

Nº. 24 y 25 RESÚMENES DE ACTAS REPUBLICANAS. CABILDO DE OTAVALO, SIGLO XIX.

Autor: Juan Freile Granizo

Serie: Historia

Editor: Instituto Otavaleño de Antropología

Impresión: Editorial Gallo capitán

311 + 225 páginas

Otavaló, 1980.

Presentación

La documentación histórica **tiene la noble característica** de hablar por sí misma y sin otra compañía que la de su **propia presencia**. Y así es que es más fácilmente comprendida, **decantada y aprehendida en el mensaje** de su historia viva. Empero se me exige una carta de **introducción y no puedo por menos** que acallar la voz larga de los siglos de estos **papeles viejos y violar su certidumbre** sempiterna de diario bondadoso de un **pueblo y una ciudad hecha para** aguas lustrales de su propia grandeza.

Repetidamente y sin **mayor ahondamiento** se ha dado en decir, como ecos vacíos de vacías intenciones, que **papeles y libros provincianos** han desaparecido en el *mare magnum* de la inopia estulta de **pergeñadores** de escrituras públicas, tenientes políticos desaprensivos y terremotos **insólitos e inopinados**, todo ello por solamente tener el placer iconoclasta, en **tanto desquiciador del pasado**, de tallar en páginas imberbes historias sin sentido o, más **grave y doloroso** aún por absolutamente ignaro. el de

crear cuentos con gusto a leyendas sin sentido, falsas y lamentables, murmurando al acaso de una ausencia de fuentes y datos que coadyuven a la construcción de pretéritas verdades ciudadanas. Y para obnubilar visiones he aquí que todo pueblo es noble con su pasado, por humilde o sencillo que este fuese, y guarda en el arcón de su desván más íntimo los recuerdos gratos y las memorias tristes esperando una mano amiga y bondadosa que los retrate para el futuro perentorio. Y si verdad es que los papeles de Otavalo, de San Luis de Otavalo, habían permanecido como escondidos y vergonzosos en el seno de su casa de Cabildo o en recoveco oloroso a memorándums de una escribanía siempre habían dicho de su presencia insatisfecha de silencios en monografías y ensayos, pero no habían hablado con su propia y sonora voz hasta hoy, y no por falta de mérito o timidez sino más bien de compañía y patrocinio, y esa compañía ahora se da con nombre también otavaleño: **Pendoneros...** pero ya antes su camino empezó a realizarse bajo otras banderas... Fue en el año de 1975, diciembre...

Buena parte de los papeles históricos de Otavalo habían permanecido casi vírgenes en sus repositorios originales, y si no siempre en su ubicación primitiva no habían cambiado mayormente de sus primeros sitios aunque ya, los años al fin no pasan en vano, su primigenia importancia no era otra cosa que una cita fugaz o un traslado, obligado por el rápido crecimiento y desarrollo de la oficina en donde vieran la luz por primera vez un día perdido en la noche de no tan lejanos tiempos, pero en buena parte de las oportunidades, y gracias a las buenas intenciones, permanecieron inalterados –como si algún tótem tutelara los protegiese– e íntegros; solo el transcurso del tiempo se llevaría en su trajín algunos. No habían caído en alguna clase de olvido ni su importancia había sido despreciada. Se les echaba de menos. La institución otavaleña, epónima por justos títulos, que ahora cobija esta publicación, tomó como tarea singularmente grata la de rescatar de cualquier peligroso descuido estos papeles que corrían el riesgo involuntario de convertirse en viejos y por ende el de acabar sus días seculares en la pila funeraria de una fiesta visperalmente sampedrino o como atado hereje de una verdura generosa o como huella culta de un desconocido vándalo, y así se funda y crea, bajo el cobijo de ese techo magníficamente familiar, como hogar definitivo de sus torcidas letras y amarillentos papeles el Archivo Histórico Regional de Otavalo. Y allí en fraternidad histórica con aquellos en donde se asentaron contratos y compraventas, testamentos y recibos, dieron los primeros pasos en una segunda y definitiva joven madurez: ser vehículos de historia y mensajeros intelectuales de propicias interpretaciones protagonicas... Se ensimismaron de crónica y olvidaron la conseja legendaria... Manos niñas y manos juveniles, manos nativas y manos extrañas extrajeron sus secretos en búsqueda opima que florecerá, está fructificando en redacciones escolares y en estudios académicos y hasta en la sencilla conversación de los amigos en las noches de luna que se dan para narraciones de aparecidos o remembranzas coloniales... Los levantamientos aborígenes...

Agualongo... Bolívar... El Terremoto del sesenta y ocho... El Arribo del Tren... El Centenario... Nacimientos y muertes... Penas y alegrías... La vida del pueblito y el amanecer de la ciudad... Aún así su vida seguía siendo ajena, no caminaban por sí mismos estos papeles historiables por los recovecos de sus días perdidos omnipresentes... Sería con ocasión del cumpleaños ciudadano, el sesquicentésimo, que, asimismo como cuando hallaron casa propia, y bajo el mismo tutelar patrocinio que tuvieran oportunidad si no de presentarse con su propio traje que esté más acorde con estos actuales años que nuevamente salen a recorrer las calles empedradas —ellos las conocieron polvosas y discretas— contemplando nuevamente sus rincones de siempre ya crecidos y madurando dispuestos hacia el progreso...

Estos son, pues, los papeles capitulares del Municipio otavaleño, y dada su gran extensión se han sacrificado en resumen hacia la concreción de una historia de cada día y de cada instante. En estos sintéticos testimonios regresa Otavalo a mirarse como fue de niño y como fue en su pubertad, y más allá desde los primeros pasos cuando la patria de agosto hasta los más firmes de la ya casi definitiva fe republicana. No necesitan de otra voz que la suya, hablen, entonces. estos papeles históricos de lo que ellos son por sí mismos y con su propia y remozada voz.

Juan R. Freile-Granizo

Nº. 28 GUAMOTE: CAMPESINOS Y COMUNAS.

Autor: Diego A. Iturralde
Serie: Antropología social
Editor: Instituto Otavaleño de Antropología
Impresión: Editorial Gallo capitán
221 páginas
Otavalo, 1980.

I: INTRODUCCIÓN

1. El problema.

A lo largo de su vida como república independiente, Ecuador ha experimentado un proceso lento y complejo de incorporación al capitalismo internacional. Dos sectores hegemónicos en su interior. uno tradicional, terrateniente, y otro emergente, agroexportador y financiero. han protagonizado —en sucesivas pugnas y alianzas— esta historia. acarreado la suerte de los sectores medios y bajos de población, desposeídos de toda posibilidad de control.

El crecimiento y virtual triunfo del segundo sector en el transcurso del siglo veinte incide de modo determinante en la estructura agraria del país, que en la década 1960-1970 es objeto de un intento de reforma; reforma que en años posteriores se pretende completar bajo la urgencia de industrializar al país e integrar el mercado interno, disparada por el desarrollo de nuevos potenciales energéticos y el reordenamiento de algunas condiciones a nivel interno e internacional.

La política de Reforma Agraria, replanteada después de diez años de aplicación deficiente, establece que podrán ser adjudicatarias del proceso –es decir podrán recibir tierras, crédito y asistencia técnica- únicamente organizaciones campesinas con capacidad y existencia jurídicas, para que, sobre esa base, se funden empresas agropecuarias capaces de integrarse al desarrollo nacional.

Mas no solamente la política agraria es condicionada así. Programas asistenciales y de desarrollo implementados por el Estado a través de sus agencias oficiales que comprenden sectores campesinos --como por ejemplo la extensión del régimen de seguridad social, las campañas fitosanitarias, la escolarización rural...- tienen como precondition, establecida en la ley y cuyo cumplimiento es exigido, la existencia de alguna forma de organización campesina con capacidad para obligarse y dotada de un aparato de representación.

El acceso a recursos que en alguna medida son controlados por el Estado, como el agua, los páramos, las tierras baldías y los créditos oficiales, es igualmente condicionado, así como la posibilidad de beneficiarse de algunos servicios públicos establecidos con carácter general y gratuito.

Agencias privadas de promoción y desarrollo que ofrecen a los campesinos servicios asistenciales y técnicos, asesoramiento, mediación de influencias y crédito, se muestran igualmente interesadas en la creación y fortalecimiento de formas comunales entre los campesinos y, al igual que las agencias oficiales, condicionan el goce de los 'beneficios' a la existencia de organizaciones con capacidad y personería reconocidas.

En el caso del Municipio de Guamote, tales organizaciones, en su mayoría, son las Comunas, existentes con esa denominación genérica y bajo el mismo estatuto legal desde el año 1937 en que fuera promulgada la ley de su creación. En las provincias de la sierra ecuatoriana y especialmente en las de mayor concentración indígena la Comuna es la forma de asociación más frecuente y cumple igual función que en el caso estudiado.

En Guamote existen actualmente 47 Comunas legalmente organizadas que

comprenden a casi todas las familias campesinas indígenas del municipio; Comunas que participan como tales en procesos judiciales en que se ventilan litigios sobre el dominio de recursos y reivindicaciones laborales de sus asociados y en tramitaciones administrativas dentro del proceso de aplicación de la política agraria, gestionan la consecución de servicios de las agencias oficiales y privadas que, responden ante ellas por las obligaciones contraídas como usuarias de aguas o beneficiarias de créditos y mantienen relaciones de clientelaje con agencias privadas.

Otras formas de asociación fungen en el proceso de reforma agraria como organizaciones campesinas para los afectos que la ley señala y existen también en el municipio. Estas y las Comunas mantienen relaciones directas más o menos estables y en ocasiones exclusivas con agencias oficiales y privadas que, por diversos mecanismos, inducen a la formación y mantenimiento de determinadas formas de asociación de familias campesinas entre las cuales la Comuna es la más generalizada, tanto como estatuto legal, cuánto como estructura organizacional.

Los campesinos por su parte se muestran también interesados en el mantenimiento de sus organizaciones. La Comuna es para ellos su esfera cívica más cercana y la filiación a ella es parte de su identidad. Ante los intentos de sustituir a la Comuna por otras formas de asociación (sindicatos agrarios, cooperativas) los campesinos de Guamate ofrecen resistencia y pese a las contradicciones que engendra el sistema comunal y los múltiples conflictos que se dan a su interior, las Comunas persisten.

Ante esta persistencia, del Estado y de los campesinos, surge obvia la interrogante: Para qué el Estado, las agencias de desarrollo y los mismos campesinos procuran el mantenimiento de las comunas?; y lo que es más aún: Por qué permanecen como la forma más importante de asociación de los campesinos de Guamate?

La contestación a estas interrogantes desde la perspectiva de la antropología social supone hacer un doble camino: el de la historia de las formas de organización de los campesinos, que permita reconstruir su evolución; y el de su significación en el presente histórico del agro ecuatoriano.

Sin desestimar el primer camino, sino postergándolo para un momento que el desarrollo de la antropología ecuatoriana permita hacerlo con objetividad y eficiencia —y no sobre la base de unas pocas interpretaciones especulativas— este estudio quiere ofrecer una respuesta en el segundo: Qué es la Comuna y cuál su función en la estructura agraria de Guamate.

Las Comunas son más que una personería jurídica a través de la cual individuos agricultores actúan en la esfera jurídico-política nacional; suponen, en la producción

de la vida social del campesinado de Guamote, una forma de asociación cuya naturaleza rebasa los estrechos límites de la existencia legal. Definir a la Comuna y analizar su articulación en la estructura agraria como parte de las relaciones de producción en el medio rural, es el objetivo de este estudio.

Las respuestas que se proponen aquí son válidas para el sector campesino del municipio Guamote; podrían extenderse a otros sectores de la provincia de Chimborazo y a algunas del callejón interandino, pero ello supondría controlar algunas variables fundamentales sobre el terreno y hacer nuevas comprobaciones. Este estudio no pretende tal extensión.

2. Qué es la Comuna: una hipótesis explicativa.

En este estudio se propone fundamentar las siguientes respuestas a las interrogantes enunciadas:

1. La Comuna es una forma legal de asociación política de familias campesinas, que facilita la sujeción multidireccional de éstas, y del campesinado en su conjunto, al sector dominante de la sociedad nacional; por medio de ella se perfeccionan mecanismos de extracción de excedentes de la producción de los agricultores rurales; y, en torno a ella se han desarrollado justificaciones ideológicas que facilitan el mantenimiento de las condiciones de sujeción y extracción.

2. Como forma legal reviste una estructura social y económica (el anejo) que es un nivel de articulación de familias campesinas y que como tal comprende algunos arreglos sociales y tecno-económicos para la gestión de la producción en las granjas familiares. Influye y modifica esa estructura al proveer de un contenido normativo político a los vínculos sociales y económicos entre los hombres y entre las familias; alcanzando en la representación que de su existencia hacen los campesinos, el carácter de entidad necesaria y beneficiosa; este carácter asignado favorece su aceptación y permanencia.

3. El mantenimiento del sistema comunal en las condiciones actuales favorece los intereses de la clase dominante en tanto contribuye al mantenimiento y reproducción del campesinado como fuerza social; el Estado promueve el sistema y lo protege para favorecer tales intereses, de los que es su expresión; las agencias privadas de desarrollo –como en el municipio el Proyecto Guamote– que pretenden colaborar con los campesinos en sus reivindicaciones, refuerzan el sistema comunal para asegurarse su control más eficiente; finalmente, los campesinos procuran su mantenimiento para asegurarse el goce de algunos beneficios que han sido condicionados a él.

La Comuna es una forma de asociación. De una parte coexiste con otras formas de **medioambiente rural**; no es la única forma de asociación del campesinado, aunque **si la más evidente**. De otra parte, la filiación a la comuna –aunque hay causas económicas y políticas que constriñen a las familias campesinas a permanecer **asociadas**- es libre; si bien la incorporación es asumida tácitamente, la **desafiliación es posible** por una expresión de voluntad. No es una entidad del orden administrativo **nacional** a la que todos los habitantes rurales forzosamente deban pertenecer (como **la parroquia**), ni existe un territorio ‘comunal’ por el cual se dé esta filiación **forzosamente**.

Es asociación política, que encuentra su existencia en la esfera legal como una **persona jurídica** de derecho público, de capacidad disminuida, que está subordinada **a la administración** en articulación vertical múltiple y dotada de una estructura **interna de gobierno** (El Cabildo Comunal).

Se trata de una asociación de familia, y de familias campesinas. El grupo doméstico es, de facto, la unidad asociada en Comuna y no el individuo, el cual **forma parte de ella en tanto** en cuanto está integrando una familia asociada. Todos los grupos **domésticos** asociados en las Comunas del municipio Guamote son grupos que pueden **calificarse** como familias campesinas, según los criterios que se discutirán más adelante.

La existencia de la Comuna facilita la sujeción de las familias campesinas al control y dominio de la sociedad por la subordinación múltiple y necesaria de ésta a las **agencias oficiales** y a los intereses de los particulares. Control y dominio políticos **que aseguran la transferencia de excedentes** de producción de las granjas familiares del sector campesino al no campesino. Como entidad política y para que sea posible **la sujeción y transferencia**, la Comuna está dotada de una personalidad jurídica **propia**, distinta de las de las familias que la componen, cuyos intereses representa **ante el Estado** y sus agencias y otros sectores de su medioambiente rural. El ejercicio **de esta representación** por medio del Cabildo, y el control del Cabildo como **órgano de gobierno interno**, provoca entre las familias asociadas acciones de competencia y conflictos por el acceso al poder y la detentación de los más altos grados de **prestigio**; conflictos cuya ventilación implica en algunos casos la expulsión de una **parte de asociados** o la fragmentación de la Comuna.

La presencia histórica de este tipo de asociación –aún cuando solo desde 1937 bajo la forma legal de Comuna- ha creado una suerte de **conciencia comunal** que está **fuertemente arraigada** en el sector campesino y que, alimentada según sus intereses **por los sectores dominantes** de la sociedad y formando parte de su ideología, es

impuesta como mecanismo de **justificación** de unas condiciones de explotación que le favorecen; el derecho, la **moral**, la **religión** e inclusive las ciencias de la sociedad, como formas de la ideología **dominante**, contribuyen a difundir tal justificación que, confundida en su ‘visión del mundo’, es **compartida** por los campesinos, impidiéndoles tomar conciencia de la medida en que la Comuna es mecanismo para mantener su sujeción y explotación, y, legitimarla.

El mantenimiento y reproducción del sistema comunal coadyuvan a los del campesinado como fuerza social en tanto preserva la fuerza del trabajo agrícola, facilita la sujeción de ésta al dominio de sectores externos y es mecanismo por el cual opera la extracción de excedentes que impide acumular.

La Comuna es parte de las relaciones de producción en el medio rural en tanto mecanismo de sujeción política para el aprovechamiento de la fuerza de trabajo agrícola y como instrumento de aplicación de la política agraria; el tiempo, supone algunos elementos del sistema de arreglos que desarrollan las familias campesinas para la producción, el cual está referido a una unidad de tenencia gestión y asociación a la que se denomina granja familiar.

En esta segunda perspectiva (interior) **cabe** destacar que la Comuna mantiene control sobre el uso y disposición de determinados bienes materiales (incluido sueldo), que los aprovechan las familias de un mismo anejo en conjunto (pro-indiviso), por derechos individuales de uso y usufructo o de propiedad; el acceso de estas familias a ciertos recursos sociales (créditos, fuentes de trabajo), que supone el mantenimiento de una red de relaciones permanente es condicionado, frecuentemente, por su pertenencia a una determinada Comuna del municipio.

Las economías de las familias de un anejo se articulan entre sí en relaciones predominantemente horizontales que facilitan formas de mutualidad para el intercambio —sin mediación monetaria— de trabajo, bienes y servicios en general, que facilitan el desarrollo de importantes estrategias técnicas y económicas para la producción; la vinculación entre familias en razón de su vinculación a la Comuna refuerza —y en ocasiones sustituye— vínculos sociales de otra naturaleza que suponen también un tipo de arreglos para la producción.

Por último, solo la filiación a una Comuna permite, a la familia campesina, esperar con un cierto grado de **certeza** la eventual adjudicación de los recursos liberados por la reforma agraria.

La conveniencia de mantener este tipo de arreglos, que se dan en parte por la vinculación a una Comuna, a la que se añade la calificación ya tradicional sobre la

bondad del sistema generalmente asumida, y además la imposición por parte de las autoridades civiles y religiosas y de algunos particulares para que así se haga, contribuyen a que el sistema comunal sea aceptado por las familias campesinas y cubiertos los costos que ello demanda, reforzándose con ello la conciencia de su bondad y necesidad.

Su presencia histórica a lo largo de los últimos años, la idea que de ella tienen los hombres del medio rural, el condicionamiento impuesto por la política agraria y el hecho mismo de asociar a un alto porcentaje de población del municipio hace de las Comunas indígenas de Guamote y, de la Comuna como sistema, la forma de asociación más destacada e importante. Junto a ella, otras formas de asociación de campesinos (como por ejemplo los comités de padres de familia de las escuelas rurales, las células de la FEI y de la FENOC o como los ensayos recientes de fundar cooperativas agropecuarias, etc...), son menos significativas en la estructura agraria municipal, aunque puede ser sintomática su aparición de una realidad que cambia hacia nuevas formas de vinculación del campesinado.

El que algunos aspectos de la economía de las grandes familias estén estrechamente vinculados a esta forma de asociación política y el que ésta brille como la más importante entidad que reúne al campesinado indígena, puede conducir al error de calificar como 'comunitario' al sistema económico campesino; el análisis de la estructura agraria que se hace en el capítulo III de este estudio pretende dejar en claro que la hacienda, la finca y la granja familiar son las unidades económicas básicas en que se organiza la producción, y que, si bien en todas ellas la Comuna tiene significación como parte del sistema de arreglos para la producción.

Lo dicho en esta introducción y lo que más detalladamente se pone en evidencia en el capítulo 4 sobre la Comuna como entidad política para la sujeción del campesinado, explica el interés del Estado en proteger e imponer el sistema comunal en un tiempo en que el proceso de reforma agraria libera al campesinado del control ejercido tradicionalmente por medio de la hacienda que se desarticula como unidad productiva agropecuaria y hace necesario el reforzamiento de tal control por medio de las agencias oficiales de administración. En esto el Estado tiene un doble interés: controlar la emergencia del campesinado como fuerza política; y orientar su actividad productiva y su participación en la economía nacional para el perfeccionamiento de sus proyectos de desarrollo. La acción del gobierno, que representa tales intereses, se dirige a reforzar y promover la Comuna como vía para conseguirlo; más aún la fundación de Asociaciones Provisionales de Reforma Agraria y, en casos de Cooperativas Agropecuarias entre el campesinado indígena, repite en la práctica, bajo otra denominación formal, la misma forma comunal.

Esta acción gubernamental es auxiliada por la de grupos de particulares que con distintos objetivos y formas y organización desarrollan actividades de promoción y prestación de servicios entre los sectores campesinos.

El Proyecto de Acción Integral Guamote, agencia privada de desarrollo que ha tomado como su área de acción el municipio estudiado y labora en él desde 1971, funda sus acciones en la constitución y legalización de las Comunas como condición inicial para que se entable una relación permanente entre el «Aillucuna huasi» (central de servicios del proyecto) y el Cabildo de cada Comuna, para con ello asegurar una clientela más numerosa y controlarla. Su interés no es extraer excedentes del campesinado, ni siquiera facilitar tal hecho; sin embargo, al condicionar su acción a la existencia de la Comuna y su mantenimiento y combinar la promoción humana con la acción pastoral religiosa se convierte en agente para la creación y reforzamiento de ideología, y precisamente de aquella ideología que justifica y legitima de modo general el sistema comunal. En esta actividad entra en competencia con otras entidades igualmente interesadas en difundir ideología en la misma zona; para asegurar su influencia le es muy útil el clientelaje directo de la Comuna, ya que le permite aprovechar sus medios internos de cohesión y coerción para controlar un campesinado numeroso que puede ofrecerle soporte político y social. En este sentido, tanto el Proyecto Guamote como otras agencias de desarrollo y de promoción política que trabajan en el municipio y en la provincia de Chimborazo entre campesinos indígenas, son colaboradores gratuitos del Estado burgués.

3. Sumario.

Para proveer de fundamento a las respuestas propuestas, este texto centra la atención en el estudio de la estructura agraria del municipio Guamote y el análisis de la presencia de la Comuna en dicha estructura.

Se entenderá por estructura agraria la forma que tiene en ese medio y en un periodo determinado, el sistema de relaciones de producción existente; tal estructura no es todo aquel sistema sino parte de él, referido a una realidad social más amplia y compleja; sistema de relaciones que no es estático, sino que representa el momento actual de desarrollo de las fuerzas productivas, en constante evolución.

Se presenta al lector el municipio Guamote descomponiendo su paisaje en aquellos elementos que son más significativos para el estudio de la estructura agraria: el medio natural; lo que a lo largo del tiempo los hombres le han añadido y permanece; la composición y desarrollo de su población; y, algunos rasgos de su historia.

El estudio de la estructura agraria se hace por la reconstrucción del paisaje en base

de los elementos antes aislados tomando como eje para hacerlo la organización del proceso productivo agropecuario; al reordenar estos elementos en el análisis se hacen evidentes las formas prácticas de las relaciones de producción; pueden distinguirse, contrastarse y relacionarse con la Comuna, las unidades económicas básicas de producción y destacar la función de las Comunas en el proceso.

Este reordenamiento se hace en el texto atendiendo de una parte, a lo que la tierra produce y a la distribución de los recursos materiales, como dos elementos relativamente constantes en el mismo período de tiempo, y, de otra a cómo los hombres se arreglan para llevar adelante la producción dadas las condiciones constantes señaladas.

En el estudio de los arreglos para la producción se atiende sobremanera a las adaptaciones tecnológicas que supone el enfrentamiento con la naturaleza; las empresas que se fundan para llevar adelante la gestión productiva; y, los vínculos de relación que se establecen en el proceso.

En el estudio más detallado de las Comunas indígenas, en que se ensaya su descripción como un tipo general para el municipio, se atiende especialmente a los aspectos políticos, sociales y económicos para relacionarla con los otros elementos de medioambiente rural.

Algunas consideraciones finales, relativas al desarrollo previsible de las acciones que en la actualidad promueven el Estado y el Proyecto Guamote y que se centran en el sistema comunal estudiado, cierran el presente estudio y lo proyectan como instrumento de reflexión para quienes están empeñados en tales actividades; al redactarlas se analiza la función de la Comuna en las instancias económica, política e ideológica en que se ha definido su naturaleza.

Al final, y como 'nota bibliográfica' se hacen referencias a las corrientes y autores de la tradición antropológica que han servido de base teórica para la elaboración de este texto.

Los protagonistas principales de este estudio, los campesinos, son caracterizados a continuación en este capítulo; al hacerlo se caracteriza también al Estado y a sus agencias, con quienes los primeros mantienen su más profunda contradicción

4. Los campesinos y el Estado.

El sector social al que se refiere este trabajo, la población agricultora de las tierras altas del municipio Guamote en la sierra del Ecuador, se define por un sistema de

relaciones en que concurren una variedad de datos concretos que irían desde una peculiar historia como sector sojuzgado al interior del Estado, hasta su identificación generalizada con la categoría étnica de indígena.

Sistema de relaciones que se caracteriza por la presencia de rasgos típicos y persistentes, fundamentalmente referidos a cómo los hombres se arreglan para subsistir y reproducirse en base a la explotación agropecuaria del suelo al interior de una sociedad con Estado, y de cómo ésta enajena su actividad en beneficio de otros que la controlan como clase, y es común a un considerable número de sociedades contemporáneas que los antropólogos han hecho lugar común denominar campesinas y sobre cuya definición se ha producido abundante literatura.

El sistema de relaciones que tipifica al campesinado de Guamote y en general al de la sierra ecuatoriana, y que lo distingue de otros sectores de la sociedad en la que se desarrolla, se caracteriza por los siguientes rasgos, referidos a la familia como la unidad básica.

La agricultura es la actividad productiva fundamental de la familia campesina. La familia es una unidad tenedora de recursos sobre los cuales ejerce control; recursos limitados entre los cuales una porción de tierra –para cultivarla– es el principal. A la explotación agrícola de tales recursos y eventualmente a la crianza de animales se aplica la mayor parte del potencial de trabajo de los miembros de la familia y de esta explotación se consigue la mayor proporción de productos que constituyen la base de la subsistencia de la unidad.

La explotación agroganadera campesina presenta grados comparativamente bajos de emancipación de la naturaleza; el trabajo humano es la principal aportación energética del proceso, se emplean animales como fuerza motriz y abono orgánico como insumo, y las técnicas de consumo son simples, con útiles de poca capacidad de multiplicación de energía.

Para la gestión de la producción se constituye una suerte de empresa –que en este texto se denomina granja familiar– en la cual la unidad de producción coincide en lo principal con la unidad de consumo; el proceso productivo está orientado a autoabastecimiento de la unidad (incluyendo las demandas de renta y reemplazo) y la gestión económica a maximizar el consumo; el empleo de la fuerza de trabajo en otras labores que los cultivos para el consumo (es decir la venta de la fuerza de trabajo por un salario o el trabajo en otras granjas campesinas) y la participación en la plaza de mercado –cuando las hay– son parte de la economía de la unidad.

La economía de la granja familiar se articula a la de otras unidades semejantes y está

sujeta al control y dominación de sectores fuera de ella que se apropian de los excedentes que produce, impidiéndole la posibilidad de acumular.

La estricta subsistencia de las unidades campesinas solo es posible en un marco de relaciones específico, al que podría llamarse la comunidad rural. La economía de la granja se articula horizontalmente con la economía de otras granjas en un tipo de relaciones que constituyen importantes arreglos para la organización de la producción, forma parte frecuentemente –como en la hacienda o en la plantación– de una unidad socioeconómica compleja, y, está vinculada estrechamente con otras entidades de su medioambiente rural que mediatizan su articulación vertical al sistema social y económico nacional.

Esta articulación vertical implica la sujeción – y la sujeción multidireccional al decir de Shanin– de la unidad campesina al control y dominación de poderes exógenos que controlan su existencia, imponen las condiciones en que se ha de llevar adelante el proceso productivo, establecen normas de relación y se apropian de los excedentes que –en fuerza de trabajo, productos o dinero– pueden eventualmente generarse en la gestión de la granja.

Esta extracción de excedentes –operada por diversos medios entre los que se destacan la participación en formas precarias de prestación de servicios, en el intercambio mercantil asimétrico y en el culto ceremonial– cuyos resultados son transferidos a la sociedad nacional por una elite rural del ámbito inmediato, impide que la familia campesina pueda acumular. Imposibilidad que determina que el campesinado, como forma de existencia de las fuerzas productivas, permanezca y se reproduzca, toda vez que dificulta la evolución de la economía de la granja familiar hacia otras formas de organización que requiere de un proceso inicial de acumulación.

Como parte del campesinado, las familias campesinas comparten una representación de las condiciones de su existencia material, comparten una ideología, que es reforzada por los sectores bajo cuyo dominio se encuentran y que sirve a estos para legitimar las condiciones de dominación, coadyuvando a su mantenimiento.

Parte de esta ideología compartida en su conciencia de asignación y autoasignación a la categoría étnica de indígena; su conciencia de ser parte de una estructura socioeconómica necesaria (el anejo, la comunidad rural); y su conciencia de pertenecer a una Comuna y de la bondad y necesidad de esta pertenencia.

Finalmente, el sistema de relaciones cuyos caracteres se han delineado, no es estático ni aislado: su presencia es fundamentalmente histórica y al interior de una determinada sociedad.

De una parte, los campesinos, en tanto **agrocultivadores** que orientan su economía a asegurar su subsistencia y las **necesidades de reproducción** del proceso productivo, representan un momento de **desarrollo** de las fuerzas productivas. El grado de desarrollo tecnológico de sus **explotaciones** responde a un nivel de adaptación cultural anterior al nivel del modo de **producción dominante**; las relaciones predominantes entre los campesinos están **fundamentalmente** construidas sobre lazos de naturaleza social como el parentesco y el **compadrazgo** y, las relaciones de naturaleza estrictamente económica (como las establecidas por el salario p. e.), son menos frecuentes entre ellos; su participación en la vida económica nacional tiene lugar a través de las plazas de mercado en tanto **lugares de intercambio** y no tanto al interior del mercado como sistema eje del **capitalismo**. El campesinado representa un momento evolutivo de nivel general.

De otra parte, el campesinado se define, como entidad social, sólo en relación al Estado; su formación es paralela al surgimiento de éste y su desarrollo está íntimamente ligado a la historia del país y a aquello que ocurre más allá de sus fronteras, en el concierto del **capitalismo internacional** que inunda el hemisferio.

Las relaciones de los campesinos con el Estado se dan en múltiples niveles y formas; unas, indirectas, se canalizan a través del acontecer cotidiano del medio rural, donde la plaza de mercado, la relación laboral en haciendas y plantaciones, el festejo familiar del culto, etc..., son primer eslabón de una larga cadena de articulación con la sociedad mayor; otras, formales, se establecen entre la representación legítima de los campesinos, social y legalmente **aceptada**: sus organizaciones comunales y la representación del Estado en el gobierno y en sus instituciones oficiales y civiles.

El Estado mantiene una serie de instituciones encargadas de llevar adelante estas relaciones formales con los campesinos, implementando la formación y mantenimiento de agencias dotadas de los medios legales y materiales idóneos para ello. Todas éstas, unas de carácter oficial, otras relativamente autónomas pero de derecho público, y algunas enteramente privadas, pueden ser calificadas en las circunstancias actuales como agencias de desarrollo. Son todas además y sobre todo agencias de control.

Tales instituciones y agencias representan y ejecutan los intereses de diferentes sectores de la clase dominante y pueden ser descritas en las categorías siguientes:

Agencias del Gobierno Central: incluyen delegaciones provinciales, cantorales y parroquiales del poder ejecutivo y de la función judicial. Destacan entre otras a nivel cantonal las delegaciones de los ministerios de Gobierno y Policía, de Educación

Pública, de Defensa Nacional y de Agricultura y Ganadería; las oficinas regionales de los Institutos de Reforma Agraria (IERAC), Recursos Hidráulicos (INERHI), y de Obras Sanitarias (IEOS); las de las Empresas Estatales de Correos, de Productos Vitales (EMPROVIT), de Almacenamiento y Comercialización (ENAC) y de Ferrocarriles; los juzgados, notarías y registros Judiciales, y otras entidades descentralizadas. Agencias que son ejecutoras y celadoras de los intereses de la burguesía industrial, emergente como clase, que controla el Estado a través del aparato gubernamental.

Agencias de los gobiernos seccionales: Consejo Provincial, Concejos Cantorales y Juntas Parroquiales. Últimas trincheras del sector tradicional terrateniente en descomposición, representado en las cabeceras parroquiales y cantorales por una elite de medianos propietarios, ex administradores de haciendas y comerciantes prósperos. Actúan en los recursos locales como las oficinas de obras públicas municipales, las pequeñas empresas de servicios públicos (fuerza eléctrica, agua potable, alcantarillado), las oficinas de tributación catastral y las comisarias de mercados, rastro, higiene y sanidad. Mantienen aún control sobre recursos oficiales y pueden influir directamente sobre las plazas de mercados a las que concurren los campesinos. En muchos casos puede añadirse a esta categoría a la iglesia parroquial.

Si bien esta segunda categoría representa aún los intereses de la clase terrateniente en la sierra ecuatoriana es evidente que tales agencias han perdido su efectividad ante el avance de las agencias del gobierno central y de las iniciativas privadas. Más todavía cuando no habiéndose efectuado elecciones populares y libres para renovar los gobiernos seccionales en la última década, éstos han sido ampliamente intervenidos por el gobierno central.

Agencias privadas de promoción y Desarrollo: Mantienen proyectos de trabajo en zonas con alta concentración de población campesina ofreciendo servicios asistenciales, crédito y asesoramiento técnico y jurídico y difundiendo ideología. Cabe destacar algunos proyectos aislados de sectores progresistas de la iglesia católica, avanzadas rurales de iglesias protestantes, oficinas técnicas de asesoramiento y promoción, instituciones mediatizadas de crédito para el desarrollo rural en base a capitales de fundaciones nacionales y extranjeras, etc...; cuya labor se inscribe dentro del proyecto histórico de la burguesía ecuatoriana, muy a pesar de sus intenciones reivindicativas del campesinado. En este último grupo cabe añadir a las fracciones para-sindicales y los movimientos políticos en tanto agencias de promoción, asesoramiento y servicios, si bien su labor está centrada especialmente en la organización política y la difusión de ideología.

El IERAC entre las agencias oficiales y el Proyecto de Acción Pastoral Guamote

entre las privadas, son las agencias que mayor influencia tienen en el municipio, siendo la segunda intermediaria informal de la primera y la que mantiene el control de un 8= % de las asociaciones campesinas de Guamote.

Los campesinos no son pues un sector aislado del país; lejos de ser 'los olvidados' del Estado moderno, constituyen centro de su atención e interés. Abundantes recursos públicos y privados se canalizan en acciones que pretenden favorecerlos, su problemática está presente en la mayor parte de declaraciones oficiales y en todos los discursos políticos. El pequeño pueblo y las ciudades de importancia organizan su vida en torno a los campesinos.

Ellos por su parte no ignoran al Estado, saben y sienten su omnipresencia con sobresalto. Es evidente, con mayor claridad y potencia cada día, tras los múltiples mecanismos de control y explotación a que están sujetos. El Estado es su contradicción.

CONTENIDO

Prefacio

I: Introducción

II: Guamote, el paisaje

III: La producción y la estructura agraria

IV: Las comunas indígenas y los anejos

V: Consideraciones finales

Nota bibliográfica.

Nº. 30 CAMPESINOS Y HACIENDAS DE LA SIERRA NORTE

Autores: M. Cristina Farga Hernández y José Almeida Vinuesa

Serie: Antropología Social

Editor: Instituto Otavaleño de Antropología

Impresión: Editorial Gallo capitán

362 páginas

Otavaló, 1981.

Introducción

Este trabajo se propone discutir el carácter que la proletarianización campesina asume como consecuencia de un desarrollo determinado del capitalismo en el Ecuador, atendiendo especialmente a las estrategias de resistencia desplegadas por los campesinos de la sierra para mantener su economía parcelaria. Para ello, se estudian las formas de reproducción de la economía campesina de un grupo concreto en dos momentos diferentes de desarrollo agrario: la década del 50 y el período actual. Partiendo de la base de que el sistema hacendario ha sido determinante en la conformación y estructuración del campo serrano y, por ello, en el desenvolvimiento del sector campesino, este estudio circunscribe el problema planteado el caso de una comunidad de ex-huasipungueros de la provincia de Imbabura, la cual, afectada por la transformación de una hacienda de tipo tradicional hacia la modernización ha debido recurrir a relaciones salariales para sostener su reproducción en el campo.

El interés en tal tema es el de revelar, fundamentalmente, las formas y procesos que se han gestado en el sector campesino como consecuencia de su inscripción en una dinámica de cambios sustanciales. Desde esta perspectiva, se pretende contribuir a la dilucidación de los problemas que ofrece la situación agraria de la sierra. Concretamente, este trabajo persigue demostrar que, por sobre la proletarianización absoluta, generalmente propuesta como consecuencia directa de la transformación capitalista de la hacienda, se dan más bien procesos intermedios de semiproletarianización campesina. Esto, si bien se vincula en parte a la dinámica propia del capital, responde también a mecanismos de resistencia y recomposición anclados en la propia forma productiva del campesinado. De esta manera, aunque el modo de producción capitalista tienda a descomponer dichas situaciones de base, su combinación con otras formas productivas otorgan al fenómeno de la proletarianización un carácter en ningún caso completo y absoluto.

La elección del caso concreto, eje en torno al cual se articulan las reflexiones y análisis más generales, responde a tres razones fundamentales: Para empezar, la hacienda considerada tipifica la evolución de los cambios sufridos por el sistema hacendario en los últimos años, desde una situación «tradicional» más o menos homogénea para toda la sierra hasta su transformación diferencial en unidad capitalizada; ella se sitúa además en una de las provincias más representativas de tal proceso. Este hecho le confiere al caso una representatividad importante, y por ello, sus resultantes tienen un margen de generalización más amplio. En segundo lugar, se ha querido discutir el fenómeno de la resistencia a la proletarianización precisamente en aquellas situaciones en las cuales las transformaciones, por ser de indole capitalista, tienen una expresión más proletaria que en otros contextos. Ello refuerza la idea de importancia que tienen los mecanismos de reproducción campesina aún en los casos

en que más atentada está su economía, permitiendo sostener que en otras situaciones ellos serían aún más efectivos. Finalmente, en el caso escogido hacienda y comunidad de trabajadores han constituido una unidad vinculada por estrechos nexos laborales, que han contribuido a demarcarla considerablemente. La Hacienda ha basado su producción en la fuerza de trabajo huasipunguera y aunque las transformaciones producidas por la Reforma Agraria han cambiado los términos de la relación, no se ha producido un gran distanciamiento entre ambas entidades. Metodológicamente, entonces, tal situación permite localizar la atención únicamente en este grupo de exprocaristas y controlar mejor la información concerniente al proceso.

El tema de este estudio, aunque situado dentro de la problemática general de la ciencia social, se ha desarrollado especialmente recogiendo los aportes entregados por la Antropología Social. En efecto, se ha querido contribuir a un tema de interés común rescatando contribuciones como el análisis del parentesco y de la familia, las normas de herencia y de residencia, los problemas concernientes a la reciprocidad en las relaciones sociales y al intercambio en los grupos campesinos indígenas, así como la importancia que para los mismos tienen los fenómenos de identidad y pertenencia local. Es así como este estudio recoge como unidad metodológica de análisis a la familia y a ella refiere tanto la redefinición de ciertos conceptos teóricos claves, como también las pautas socio-culturales antes señaladas. Los fenómenos de la cultura y de la etnicidad se recogen fundamentalmente en tales términos, aunque no ha sido posible realizar una reflexión más profunda sobre los mismos.

En este estudio tampoco se han considerado las variables político-ideológicas que intervienen en forma importante en el problema de la semiproletarización del campesinado. Así mismo, se ha creído conveniente cambiar los nombres de las personas y de las unidades involucradas en este caso.

El proceso de investigación comenzó en el mes de octubre de 1978, iniciándose los primeros contactos con la zona de estudio: En esta etapa se logró alguna aceptación de los campesinos de ciertas comunidades de las parroquias Angochagua y La Esperanza, recabar información general del área y sobretodo definir los términos de la investigación. A partir de tal fecha, se realizaron salidas intensivas al campo durante los siguientes tres meses, para luego, en el orden a investigarse, mantener contactos focalizados sobre núcleos de información específica. La relación con campesinos que contribuyeron en este estudio, permaneció así hasta mediados del mes de diciembre del mismo año, fecha en la cual se dio por concluida la etapa formal de investigación de campo. En consecuencia, este trabajo se refiere sobretodo a informaciones obtenidas durante el año de 1979.

Las técnicas de investigación más utilizadas han sido las siguientes: en la primera

etapa, observación participante y entrevistas informales; para la siguiente, elaboración y aplicación de guías de campo para la hacienda y la comunidad a través de entrevistas dirigidas, aspectos reforzados mediante la confección de historias de vida; finalmente, discusión y confrontación de los datos recogidos, para luego pasar a entrevistas directas con preguntas específicas respecto a la información faltante. Paralelamente, se obtuvo información documental del Registro de la Propiedad de Ibarra, del Archivo sobre Haciendas del IERAC de Quito, de las Fichas de Avalúo Catastral de la DINAC, del II Censo Agropecuario de 1974, y de otra documentación proporcionada por una organización campesina del sector. A partir de enero de 1980, la información fue sistematizada y se emprendieron lecturas teóricas encaminadas a analizar y polemizar el tema y los datos del trabajo.

El estudio que a continuación se presenta está ordenado en tres capítulos y una sección de consideraciones finales. A fin de definir el campo analítico y conceptual, en el primero, «Los campesinos y el proceso de proletarianización: marco de análisis», se realiza una discusión y evaluación respecto a las concepciones más manejadas sobre estos temas. En el siguiente, «Sistemas de hacienda y asentamientos campesinos: el contexto general», se pretende situar el caso tanto en el proceso de las transformaciones agrarias serranas, como en la zona de estudio. La primera parte del mismo, recoge, especialmente, los aportes de Guerrero, Velasco y Barsky, a partir de los cuales se realiza una síntesis y algunas reflexiones aproximativas respecto al problema de la proletarianización campesina. Dado que su inclusión responde solamente a tal interés, no se reinterpreta dicho proceso ni se recogen en él información estadística ya suficientemente expresada en otros estudios. El tercer capítulo, «Estrategias de reproducción campesina en dos momentos del desarrollo agrario: el caso de una comunidad de ex-huasipungueros», constituye el análisis del caso propiamente tal. Este se subdivide en cuatro apartados. El primero contiene algunos antecedentes sobre la hacienda, sus propietarios y la gestión terrateniente hasta la década del sesenta. El segundo, analiza brevemente a la empresa hacendaria y su determinación en las formas de reproducción en la economía campesina para el período del cincuenta. La tercera, resume el proceso de aplicación y consecuencias de la Reforma Agraria, tanto en el plano de las transformaciones del predio y gestión terrateniente como en su vinculación con el surgimiento de expresiones políticas campesinas. Por último, la cuarta, describe los cambios sufridos por la hacienda en lo pertinente a su incidencia en las economías campesinas, para luego analizar en profundidad las estrategias actuales de reproducción campesina y el fenómeno de la semiproletarianización del grupo de ex-huasipungueros.

Dado que la comparación entre ambas situaciones (década del cincuenta y la actualidad) y las conclusiones han sido incluidas en el tercer capítulo, las «Consideraciones finales», contiene una reflexión de tipo general sobre lo estudiado.

Ellas pretenden dejar abiertas nuevas inquietudes teóricas y caminos metodológicos alternativos.

Índice María Cristina Hernández

SEMIPROLETARIZACIÓN Y ESTRATEGIAS DE REPRODUCCIÓN CAMPESINA: El caso de una comunidad de ex-huasipungueros de la Provincia de Imbabura.

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO I: LOS CAMPESINOS Y EL PROCESO DE PROLETARIZACIÓN: MARCO DE ANÁLISIS

1. ¿Qué son los campesinos?
2. Descampesinización y proletarianización campesina

CAPÍTULO II: SISTEMA DE HACIENDA Y ASENTAMIENTOS CAMPESINOS: EL CONTEXTO GENERAL

1. Transformaciones del agro serrano y proletarianización campesina
2. La zona de estudio

CAPÍTULO III: ESTRATEGIAS DE REPRODUCCIÓN CAMPESINA EN DOS MOMENTOS DEL DESARROLLO AGRARIO: EL CASO DE UNA COMUNIDAD DE EX-HUASIPUNGUEROS

1. Antecedentes
2. La hacienda y el grupo de huasipungueros de «La Estancia» alrededor de 1950
 - 2.1. La empresa patronal
 - 2.2. La reproducción de la familia huasipungo ampliada
3. La aplicación de la Reforma Agraria en «La Estancia»: 1964-1975
4. La hacienda y la comunidad de «La Estancia» en la actualidad
 - 4.1. La hacienda «La Estancia»
 - 4.2. La comunidad de «La Estancia»
 - 4.2.1. Estrategia de reproducción de las familias
 - 4.2.2. Semiproletarianización del grupo de ex-huasipungueros

CONSIDERACIONES FINALES José Almeida Vinueza

COOPERATIVAS Y COMUNIDADES ¿INTEGRACIÓN U OPOSICIÓN DE DOS FORMAS DE ORGANIZACIÓN CAMPESINA?

Reflexión en torno a un caso

INTRODUCCIÓN

PRIMERA PARTE

COOPERATIVAS Y COMUNIDADES EN LA SIERRA ECUATORIANA

1. EL PROBLEMA

2. LA COMUNIDAD ANDINA

2.1. Antecedentes

2.2. Trayectoria histórica de la problemática norandina

2.2.1. Señoríos étnicos locales y el Incario

2.2.2. Reducciones y comunidades en la Colonia

2.2.3. Comunidades y haciendas

2.2.4. Comunidades y agroexportación

2.3. La comunidad en la coyuntura contemporánea

3. LAS COOPERATIVAS AGROPECUARIAS

3.1. La naturaleza de un modelo

3.2. Matriz del desenvolvimiento cooperativo

SEGUNDA PARTE

COOPERATIVAS Y COMUNIDADES AL SUR DE LA PROVINCIA DE IMBABURA

4. LA REGIÓN

4.1. Generalidades

4.2. La Provincia

4.3. El escenario parroquial: La Esperanza y Angochagua

5. LA UNIDAD LOCAL DE ESTUDIO: EL ABRA

5.1. Descripción General

5.2. Hacienda y Comunidad en 1950

5.2.1. La empresa patronal

5.2.2. El conjunto huasipunguero

5.2.3. Articulación y contradicciones entre el conjunto huasipunguero y la empresa hacendaria

5.3. Hacienda y Comunidad en el período de cambios (1969-1970)

5.3.1. La adjudicación de huasipungos

5.3.2. La presión por la tierra

5.3.3. La formación de una cooperativa

5.4. Cooperativa y Comunidad de «El Abra»

5.4.1. La Cooperativa

5.4.1.1. La organización interna

- 5.4.1.2. Proceso productivo
- 5.4.2. La Comunidad
- 5.4.2.1. Expansión de la matriz huasipunguera
- 5.4.2.2. Proceso de diferenciación externa
- 5.4.2.3. Articulación intracomunal

TERCERA PARTE

CONSIDERACIONES FINALES

BIBLIOGRAFÍA

Nº. 32 TRANSFORMACIONES CULTURALES Y ETNICIDAD EN EL ECUADOR CONTEMPORÁNEO

Editor: Norman E. Whitten, Jr.
 Serie: Antropología Social
 Editor: Instituto Otavaleño de Antropología
 Impresión: Editorial Gallo capitán
 296 páginas
 Otavalo, 1981.

Introducción

Los cuatro extensos ensayos publicados aquí incluyen la Sección I del vasto libro «TRANSFORMACIONES CULTURALES Y ETNICIDAD EN EL ECUADOR CONTEMPORÁNEO». Aunque estos ensayos tienen que ver con diferentes zonas del Ecuador —sierra (Stutzman y Salomón) litoral (Naranjo) y oriente (Whitten)— y presentan material sobre áreas culturales diferentes, todos ellos comparten características fundamentales. Primero, ilustran lo que denominé **antropología crítica** contemporánea (v. g. Bonfil Batalla 1970, Bodley 1975, Clastres 1977) en su dimensión internacional. La antropología crítica comenta significativamente las consecuencias de la expansión de la nación-estado y su consolidación por medio de las personas incluidas dentro de su esfera de control e influencia. Esta interpretación puede proporcionar resultados de relevancia contemporánea para la nación-estado o para cualquiera de sus integrantes. Además también puede utilizar resultados en apariencia sin relación alguna con ella para obtener un agudo realce de contrastes, contradicciones, complementaciones, u otras clases de relaciones que emergen de un análisis antropológico técnico que no son normalmente parte del proceso de programación y desarrollo.

Segundo, estos ensayos expresan una creciente tendencia antropológica hacia paradigmas y perspectivas (v. g. Stavenhagen 1975, Hsu 1977, Owusu 1978) que evade los prejuicios coloniales y neocoloniales encajados en puntos de vista especulativos como el difusionismo, configuracionalismo, funcionalismo, aculturación-asimilacionismo, o evolucionismo. Tercero, enfáticamente reafirman la etnografía como fuerza creativa en la construcción de la teoría (ver también Reichel-Dolmatoff 1976). No se puede decir que los ensayos no estén firmemente confinados a un cuerpo de literatura coherente y teórica, porque ciertamente lo están. Si se puede decir, sin embargo, que están restringidos por una disciplina científica al campo de los datos empleados para ilustrar un punto, y no están confinados por una delineación artificial de campo o alcance de análisis.

Cuarto, estas investigaciones son holísticas (Honigmann 1976, Adams 1978, Sanjek 1978) en cuanto al manejo de datos. Quinto, son comparativas en su tratamiento teórico. Sexto, todos tratan sobre la nación tanto como un sistema cultural como una economía política. Séptimo, consideran al desarrollo como una ideología y también una estrategia para un proyectado cambio socio-económico. La combinación de los últimos seis puntos se relaciona con el primero pues la antropología crítica sugiere fuertemente que la ideología gubernamental, la política y la praxis son poderosos factores causales en el destino de las culturas y en el estado de las condiciones humanas. El hecho de que los antropólogos prominentes como Bodley y Clastres escogieran los títulos «Víctimas del Progreso» y «La Sociedad contra el Estado» para sus tratados académicos sobre las sociedades «tribales», sugiere una corriente de protesta. Nosotros debemos explorar esta dimensión de la antropología crítica, antes de presentar los aspectos integrados que conducen a la selección de los artículos para la publicación de la serie «Pendonerios» del Instituto Otavaleño de Antropología.

La etnografía es fundamental para la antropología cultural. Aunque algunas veces estigmatizada como a-teórica en sus alcances y premisas, se conceptualiza mucho mejor como parte y porción de la etnología comparativa, la cual no puede existir en sus dimensiones generalizadas sin un continuo vigor etnográfico. La empresa etnográfica en sí misma, por supuesto, está basada en la confrontación continua de construcciones teóricas con datos frescos. A su vez, los datos etnográficos solamente «existen» hasta ahora como una sofisticación metodológica, manifiestos en sí como un resultado de la creciente habilidad del investigador. Irving Goldman (1978), en una reseña del libro del autor (Whitten 1976) sobre los pobladores nativos del oriente de hoy día, declara una posición compatible con la presentada en los ensayos siguientes: «Toda etnografía respetable tiene el propósito ético implícito de revelar los mundos desconocidos de las culturas nativas de su propia civilización» (Goldman 1978). En tanto que las naciones-estados posteriores a la segunda guerra mundial

son sistemas culturales manejados por fuerzas nacionalistas que implican un conjunto generativo de postulados ideológicos relacionados a la profunda incorporación penetrante de los individuos, el propósito ético implícito de una etnografía competente invariablemente produce antecedentes explícitos conducentes a una perspectiva crítica del estado expansionista.

La antropología crítica acepta los cánones de la etnografía holística y la confrontación de teorías establecidas con datos frescos de la etnografía contemporánea. Además se propone comentar las consecuencias del control económico-político en los estilos, modos y oportunidades de vida de las personas. Pero, considera el control centralizado sobre la variedad cultural o sobre la homogenización cultural como una infracción a la libertad humana. La antropología crítica acepta, admira y busca iluminar la integridad interna de un sistema cultural —la estructura— sin suponer que está «funcionando en su pertenencia», ni la «retención» de mayores sistemas envolventes y la «marginalidad» a un sistema más grande. Acepta la adaptación cultural sin suponer tendencias acomodaticias o asimilacionistas y el pluralismo cultural sin suponer ninguna necesidad para la imposición centralizada de un orden segmentario (del cual el apartheid racial en Sud-Africano sería un ejemplo excelente). Por otra parte, supone que la transformación cultural, ya sea lenta o rápida, puede tener lugar a cualquier nivel en cualquier sistema y tiempo, y que la necesidad de claridad, aun en ese cambio y continuidad, es tan problemática hoy en día como lo ha sido siempre. Finalmente, supone que la transformación cultural y la reproducción social (Godelier 1975, Sahlins 1976) deben ser consideradas dentro de un marco de referencia unificado.

El Ecuador contemporáneo —es decir, la República de 1979— se puede describir en términos absolutos como una nación sujeta a una formación social y política a través de una sistematización dialéctica de contrastes regionales resistentes y perentorios entre la costa y la sierra. Estos contrastes parecen emanar del «cuento de las dos ciudades» Quito-Guayaquil. El oriente presenta una promesa de síntesis política-económica para la dialéctica sierra-costa, como se proclama en el slogan de la soberanía amazónica: «¡el Ecuador ha sido, es y será país amazónico!». Hasta hace poco tiempo, el poder administrativo de Quito dependía económicamente de los poderes comercial, bancario, industrial y agrícola-comercial de Guayaquil, los que a su vez dependían parcialmente de la demanda mundial de unos pocos productos tropicales. Ahora el poder económico de Quito, derivado de los ingresos del petróleo amazónico, iguala o excede al de Guayaquil. Pero este nuevo poder depende enormemente del alto consumo de energía y de la demanda industrial de las naciones más desarrolladas del mundo.

El ideal de la nación, proclamado en declaraciones oficiales, en editoriales y escuchado

en todas partes, es el de un país democrático, capitalista progresista (en términos de Stavenhagen 1968); pero aparentemente este ideal ya se ve sofocado por las relaciones de dependencia (v. gr. Galarza 1978, Naranjo, este libro). En general, la política ecuatoriana oscila entre las elecciones que muestran las grandes discordias internas de algunos partidos políticos, y la toma del poder por los militares. El tiempo de interinazgo entre el gobierno civil y el gobierno militar se ha incrementado a nueve años recientemente, dando lugar a «un acercamiento, centralizado, tecnócrata-burocrático del quehacer político» (Collier 1978). Dentro de este sistema de control oscilante de la burocracia central, los presidentes civiles tienden a ser desalojados antes de que completen el período para el que fueron elegidos. La forma del gobierno militar, o la administración, probablemente se somete a cambios adicionales –un dictador desalojado por una junta, o una junta posesionada por un dictador- antes de que sean reinstauradas las elecciones libres. Esta periodicidad de sucesión lleva a la mayoría de los analistas desde Blanksten (1951) hasta Hurtado (1977) y Sanders (1977) a insistir que la República es de las menos estables en América Latina. Sin embargo, si uno considera el vaivén del péndulo de civiles a militares, de la elección al golpe de estado, de alianzas a realianzas, y la continua reaparición de personalidades familiares, los énfasis y los lamentos, bien podemos considerar que es, completamente, un sistema político estable. La discordia promueve el desequilibrio que es un mecanismo central motivador para la estabilidad (ver. V. gr. Adams 1978).

La antropología crítica está tan sujeta a la conceptualización de la **economía política** como están las disciplinas hermanas de la ciencia política, la sociología y la historia. Respecto a la economía política del Ecuador, NACLA Latin American and Empire Report, **Ecuador: Petróleo para la venta** (1975) dice lo siguiente:

...la industrialización... ha dado grandes pasos en los últimos cinco años. Pero la naturaleza de este proceso no ha significado un adelanto en las condiciones sociales y mucho menos un descenso en la dependencia. El nacionalismo manifiesto en la política del gobierno para el petróleo, las aguas territoriales y la pesca de atún, solamente ha sido extendido a la industria en la manera más débil imaginable... Los resultados de la industrialización han sido hasta ahora, la hegemonía consolidada del capital **extranjero**, una dependencia incrementada en las importaciones **extranjeras** para la industria y el establecimiento de una hegemonía fortificada de industrias de capital intensivo que satisfacen las necesidades de las economías **extranjeras**.

Con un porcentaje de crecimiento del 3.2%, la población del Ecuador se duplicará en 22 años, siendo una de las poblaciones de más rápido crecimiento en el mundo.

Como esta expansión de mayoría de gente presiona los recursos existentes, la dependencia nacional en los ingresos del petróleo se aumentará enormemente. Empero la producción total de la nación es relativamente pequeña. De acuerdo a Sanders (1977) y a varios editoriales en los periódicos nacionales, el país podría, en efecto, estar forzado a importar petróleo tan pronto como a principios de 1982. Además, la dependencia del Ecuador en las demandas industriales de otras naciones es alterada en la política de la República a través de una oligarquía entrelazada (Hurtado 1977).

Hoy en día las transformaciones económicas debidas a la explotación y exportación de petróleo están produciendo un tremendo vacío de clase, status y modo de vida entre ricos y pobres (v. gr. Instituto de Investigaciones Sociales 1977, Moncayo 1977). El rol actual de la «clase media» o «sector medio» permanece problemático, lo mismo que la naturaleza de realización y atribución de roles y status dentro de la burocracia germinante, que permanece oscura.

Los lujos importados y los bienes de consumo han saturado la nación, y la agricultura de subsistencia, para el pobre, es tan importante ahora como en el pasado reciente. A despecho de ser arrojados en un vórtice de dependencia de dinero en efectivo para un mínimo bienestar, la gente pobre a menudo ha comprado con dificultad sus comestibles básicos. A su vez, los esfuerzos burocráticos-tecnocráticos de consolidación nacionalista son por sí mismos aumentativamente dependientes las acaudaladas naciones industriales, las cuales ofrecen un control alternativo de economía política competente, e imponen ideologías que eclipsan el carácter de oscilación militar-civil que produce la estabilidad.

En resumen, la economía política que sostenía opresivamente la sociedad dual, estable a través de los siglos pasados (ver, v. gr. Hurtado 1977) está creando una mayor escisión social y económica en la revisada, y moderna sociedad dual bajo la impresión del desarrollo (Galarza 1978). Es carácter inevitable de la antropología crítica el prestar atención a estos asuntos, los cuales son, en efecto, un fenómeno ineludible deducido de una etnografía formal en muchos niveles de la sociedad y la cultura de la República. El dejar de explicarlos no solo que negaría el propósito ético implícito de la etnografía, sino también amenazaría la validez científica y la veracidad e intención de su campo explícito.

El Ecuador contemporáneo parece, para todos quienes han estado comprometidos in extenso con la etnografía aquí, estar nacionalizándose y llegado a ser más diverso al mismo tiempo. Como las culturas llamadas «primitivas» o «tribales» del oriente y costa noroccidental desaparecen rápidamente, o parecen desaparecer a aquellos poco familiarizados con el carácter de la transformación cultural y emergen sistemas étnicos que desafían los encasillamientos estereotípicos. Se puede ver una continuidad de

forma o igualmente una notable transformación de forma, siendo la paradoja aparente no más que un artificio de insuficiencia conceptual o analítica. Tantos más ecosistemas, sistemas sociales y sistemas ideológicos públicos son alterados por las estrategias de desarrollo nacionalista, y tantos más sistemas de ubicación social y estratificación social reflejan ostensiblemente la apariencia nacionalista, las reacciones contra-culturales vienen a ser tanto más intensas como alusivas.

Cada sistema en Ecuador está en las agonías de la transformación cultural; cada sistema parece paradójico en algún nivel. Aquí es donde los cánones antropológicos del holismo en la etnografía descriptiva (Adams 1978), y el análisis etnológico comparativo, pueden conducir a una comprensión en el proceso cultural y la estructura. La nación ecuatoriana tiene relativamente un territorio pequeño (pero «normal» en los modelos europeos occidentales). Sus varios programas convergentes y divergentes para el «desarrollo» y el «progreso» están enmarcados por una ideología de un centralizado cambio dirigido. En este contexto nacionalizante, uno no puede remediar el ver lo nacionalista en lo local, la escala mayor en la escala pequeña, el macrocosmos en el microcosmos. Además, en el proceso de transformación cultural dentro del Ecuador existen continuidades importantes. La designación «blanco», en términos de las normas nacionales, está inextricablemente vinculada con un status alto, riqueza, poder, cultura nacional, cristiandad, urbanismo; sus opuestos son «el indio» y «el negro». La falsa resolución de los opuestos es hallada en la doctrina del «mestizaje», la ideología de mezcla racial que implica el «blanqueamiento». El empeño de nacionalización del Ecuador, con su centralización Quito-Guayaquil, igual que de las naciones hermanas colocando en el puño de la dependencia euro-norteamericana, tiene un claro punto de vista ideológico sobre la homogenización étnica. El producto putativo de la homogenización algunas veces es denominado: «el hombre ecuatoriano»; pero esta promesa de «inclusión» como «hombre ecuatoriano» es desmentida por el enfoque en la supremacía blanca. El proceso práctico de excluir a aquellos considerados no ser mezclados es llevado a cabo por muchas personas que defienden una ideología de inclusión basada en el mestizaje. La contradicción resultante es obvia para los identificados étnicamente como morenos ecuatorianos de la costa, así como ecuatorianos indígenas de la sierra, costa y oriente. Adicionalmente, las superficialmente inclusivas demandas de la ideología del mestizaje están socavadas además por una tácita cláusula calificativa que sube el precio de la admisión de la mera «mezcla fenotípica» al **blanqueamiento cultural** (en términos de llegar a ser más urbano, más cristiano, más culto; menor rural, menos negro, menos indio). Esto arregla la contradicción al proporcionar una desavenencia interna y una disensión dentro de las «categorías mezcladas». Todos nosotros hemos observado este fenómeno en nuestra etnografía, y por lo tanto nuestra etnología comparativa sería inadecuada en el extremo si no fuéramos a comentar sobre ellas. El comentario, a su vez, da una cualidad crítica particular a nuestros

ensayos.

Este no es un libro sobre la «gente blanca», el «campesino negro, indio, cholo o montubio» y, «tribus salvajes» del Ecuador. La economía política está organizada de tal modo con el mestizaje como síntesis falsa, sin embargo los propios habitantes de esta dinámica nación ordenan las cosas en muchas y variadas maneras. No solamente lo hacen dentro del marco bosquejado arriba, sino también a través de una resíntesis creativa de ecología, estructura social e ideología. Este libro presenta una exploración antropológica de las facetas, las dimensiones y las dinámicas de la etnicidad, la continuidad y el cambio cultural a medida que convergen y divergen dentro de los límites de los procesos de transformación radical de una nación del tercer mundo. Reconocemos los estereotipos nacionalistas y extranjeros que abundan en tal situación, pero buscamos comprender las fuerzas fundamentales que los generan y evitamos usar tales estereotipos como conveniencias analíticas y tautológicas.

Los ensayos de Stutzman, Naranjo, Whitten y Salomon están designados para realzar las sensibilidades del lector a los temas de discusión que son penetrantes, aunque generalmente tácitos, latentes e implícitos cuando se diserta sobre el Ecuador contemporáneo. Stutzman empieza con proposiciones principales sobre la etnicidad en general, basado en una reseña extensiva de la literatura → «la etnicidad es un idioma de soltura a causa de la pugna sobre el control del aparato de estado»... «la etnicidad como un sistema cultural se mantiene en un juicio implícito sobre los defectos del estado expansionista»- actuando en el tratamiento de la misma nación ecuatoriana en términos de su constitución oficial, mítica, como se manifiesta en su sistema educativo formal. Aunque cuidadosamente enfocado en Ibarra, Imbabura, y en la región interior de la sierra, su ensayo también contiene una perspectiva holística y crítica, sobre las dinámicas del nacionalismo como un sistema cultural. Naranjo, en el capítulo siguiente, continúa el asunto de ver el macrocosmos del nacionalismo ecuatoriano dentro de un microcosmos dinámico. Él directamente enfoca en la teoría de la dependencia con especial atención a sus raíces en el pensamiento contemporáneo Latino Americano, para suministrar una perspectiva general sobre la modernización ecuatoriana y el desarrollismo mediante una investigación en la ciudad portuaria de Manta, Manabí.

En el capítulo tercero Whitten vira hacia el oriente para escribir lo que él denomina una «confluencia étnica» en términos ecológico, social e ideológico. Aquí la gente nativa contemporánea está descrita brevemente, los problemas relativos a sus lenguajes y culturas están esbozados y algunas interpretaciones novedosas son ofrecidas. Él concluye con una exposición del ritual y del simbolismo inherente en las dinámicas adaptativas de los pobladores del oriente, afirmando que «el conocimiento y la visión de 10.000 años o más de adaptación cultural al habitat de bosque-riberaño, y eventualmente de sistema de cultivo de roza es requerido por aquellos que actualmente

contribuyen a l «desarrollo» amazónico, n o obstante que ahora e l llamado desarrollo progresista está destruyendo la naturaleza tanto como la cultura.

Con el capítulo final retornamos a la sierra, a Quito –el pináculo del control oficial de la República moderna- para considerar el tratamiento extensivo de Salomon de un ritual poderoso, **yumbada**, en donde es representada una visita de un grupo de gente indígena del oriente, donde uno de los visitantes es asesinado simbólicamente y luego reintegrado a la vida. No se puede dejar de pensar en la constante expresión ritual de sólidas contradicciones cuando se lee este capítulo. Por un lado, el oriente es «marginal» a todo lo «nacional» -está lleno de salvajes encubiertos por la selva en contraste intenso con Quito, que está habitado por ciudadanos redimidos por la cristiandad urbana-. Por otro lado el oriente representa una síntesis potencial de los problemas nacionalistas, solo si su oposición al pensamiento nacionalista puede ser vencida (el yumbo asesinado) y su potencial traída a la vida (el yumbo resucitado). Más aún, aquellos quienes representan el ritual son Quito Runa y hablan quichua durante el extenso ritual (aunque el urbanismo de Quito, el cual ellos simbolizan, demanda el habla del español). Salomon gira, como eventualmente debemos hacer todos nosotros, a la historia cultural con sus etapas políticas, para resolver la aparente contradicción: «Las pocas comunidades aborígenes que rodean a Quito, han sido, por lo menos durante cinco siglos, tanto en prácticas económicas como de orientación cultural, más enteramente trasandinas que cualquiera de las civilizaciones imperiales que trataron de unificar la selva y la sierra en un esquema de integración centralizada. Los cosmopolitas pan-tropicales de un paisaje multi-étnico, multi-ordenado, Quito Runa han sido, y todavía son, el cuadro de distribución cultural y el depósito económico de una integración trasandina desconocida para los proyectistas estatales.»

Para entender la etnicidad ecuatoriana en una postura de transformaciones culturales, los conceptos de poder y de ritual son tan vitales al holismo antropológico como son los conceptos de estructura social, clase, economía política y adaptación cultural. Aunque los colaboradores a este volumen siguen sus propias preferencias teóricas, es conveniente ofrecer alguna orientación. El poder, de acuerdo a Dimen-Schein (1977) «está codificado en símbolos, estatuido en las relaciones y fundamentado en objetos». La estructura del poder, por consiguiente, en paráfrasis a Richard N. Adams (1970, 1974, 1975, ver también Whitten 1977) es definida como el grado y naturaleza de control, o influencia, en el cual un sector o un agente ejerce sobre el medio ambiente pertinente de otro sector o agente.

El ritual está basado en las «correspondencias de la estructura». De acuerdo al estructuralista Claude Lévi-Strauss, y especialmente interpretado por James Boon (1972), estas son percepciones repetidas de sensaciones de diferentes dominios de

la experiencia. Cuando la gente percibe, por ejemplo, un sistema comparable de explotación en sus vidas de trabajo diario, dentro de su actividad ceremonial, a través de su sistema de protesta social y dentro de la estructura de familia y comunidad, podemos hablar de una «correspondencia de la estructura». La metáfora es la «forma elemental» del ritual puesto que predica una identidad sobre un sujeto iniciado (v. g. Fernández 1974), y traslada a la gente a ocupar estructuras de experiencias conectando así el futuro desconocido con un pasado recordado, legendario o mítico en un presente «liminal» (v. g. Turner 1974): El ritual arroja a los participantes dentro de un dominio de estatuto creativo donde engendran sus propias coacciones, donde controlan lo incontrolable, donde habilitan sus destinos. La representación toma lugar dentro de una «arena» caracterizada por la oscilación entre las coacciones sociales conocidas y la inmensidad del hecho de estar en una posición «a medias» en un orden social. No es extraño que los políticos ecuatorianos, caudillos y oficiales militares por igual, generalmente se muestren en las fiestas folclóricas. Ellos deben ser percibidos como los guardianes de la estructura social y como la personificación de su disolución.

En los sistemas de cambio rápido la estructura del poder se revela por manera como se transforma, y la actividad ritual promueve un conocimiento de nuevos niveles, nuevos significados, nuevas síntesis y nuevos mecanismos de control. El ritual, motivado por una afirmación metafórica, relata estas novedades a través de correspondencias de la estructura para sistemas adaptables permanentes los cuales están fundamentados en el conocimiento transmitido hasta el presente por medio de las generaciones pasadas.

En su exhaustivo tratado sobre la estructura del poder, Adams (1975, 1978) elabora un firme argumento para los niveles altos de coordinación entre grupos desiguales, emergiendo en un nivel, a medida que la descentralización acontece en otro nivel. Lo fundamental para este proceso es lo que él denomina «sistemas ondulados» – aquellos que están en un proceso de reestructurarse ellos mismos para hacer frente a una situación insatisfactoria de dependencia prevenida. Los materiales presentados en este libro sugieren que las expresiones de ritual de varios pobladores étnicamente «no-nacionales» están en el proceso de reaparición y reorganización. Nuevas formas de coordinación tales como la integración indígena oriente-sierra-costa están siendo expresadas a través del estatuto ritual, formas de expresión simbólica y de afirmación metafórica. Además, estas formas de coordinación generalmente son reelaboradas de las mismas que existían antes de la centralización colonial y nacional, las cuales las dividen y, de nuevo paradójicamente, originan la base real para su resurgimiento. Hoy día en Ecuador nosotros debemos considerar el poder y el ritual según se relacionan con la etnicidad, clase, status y transformación cultural. De esta manera las transformaciones entre conocimientos del mundo y expresión simbólica, entre actividad diaria y ritual estilizado, entre lo material y lo mental, son entendidas

holísticamente. También, de esta manera, la antropología realza su propia contribución al estudio de las dinámicas culturales intra-nacionales e internacionales y, tal vez, se libera a sí misma de las perspectivas producidas por el colonialismo y el neo-colonialismo.

Norman E. Whitten, Jr.

Índice

Reconocimientos

Introducción.

El Mestizaje como una ideología de exclusión, por Ronald Stutzman

Dependencia política, etnicidad y transformaciones culturales en Manta, por Marcelo F. Naranjo

La amazonía actual en la base de los Andes: una confluencia étnica en la perspectiva ecológica, social e ideológica, por Norman E. Whitten, Jr.

Matando al yumbo: un drama ritual en el norte de Quito, por Frank Salomon.

Nº. 33 LA MEDICINA TRADICIONAL ECUATORIANA

Autores: Silvia Argüello M. y Ricardo Sanhueza A.

Editores: Banco Central del Ecuador, Instituto Otavaleño de Antropología, Abya-Yala

Impresión: Centro Cultural Abya-Yala

355 páginas

Quito, 1996.

Presentación

Los estudios de Silvia Argüello Mejía y Ricardo Sanhueza Alvarado, sobre las «enfermedades del campo y enfermedades de Dios en Tumbabiro (provincia de Imbabura)» y «Etnomedicina en la provincia de Manabí», han sido recopilados en la presente colección bajo el título «La Medicina Tradicional Ecuatoriana».

El primer estudio de caso, después de describir el pueblo de Tumbabiro y su entorno,

se analizan los afanes de la gente, especialmente en referencia a los problemas de la salud. La autora recopila en el capítulo sobre enfermedades de campo y enfermedades de Dios, etiologías interpretadas como mal viento, espanto y mal de ojo. En los pueblos rurales «se hace lo que se puede» para curar los males provenientes de la «leche mala», la relación entre lo fresco y lo caliente, el sol y el viento y los males aires.

En el Ecuador, aunque la medicina tradicional ha sido ampliamente usada, son todavía insuficientes los estudios para comprender su verdadero alcance, a lo que se puede añadir la estigmatización que ha sufrido la medicina tradicional en nuestro país. El trabajo de Silvia Argüello aporta, además, con datos de primera mano sobre las etiologías de la medicina tradicional en referencia a la población infantil del área de estudio. Para el efecto se acudió frecuentemente al relato de la madre, como conocedora de los parámetros más importantes en la confección y prácticas tradicionales. Un análisis científico como el presente, además del valioso material empírico seleccionado, nos ofrece la explicación de una cosmovisión en orden conceptual y técnico, la que servirá, posteriormente, como una base de ulteriores estudios comparativos.

En la segunda parte del presente volumen, Ricardo Sanhueza ofrece una interesante metodología de estudio, la que se inicia con la presentación de hipótesis y el esclarecimiento del universo de estudio y de las unidades de análisis. Su larga experiencia de campo, en algunas ocasiones adscrito a proyectos del Ministerio de Salud y en otras a nivel individual, le han permitido recopilar datos de enorme interés sobre la etnomedicina practicada en la provincia de Manabí. Para los antropólogos determinados por la multiplicidad de estudios sobre las regiones indígenas y mestizas interandinas, el estudio de Sanhueza ofrece una visión alternativa. El influjo de la medicina indígena tradicional parece, según el autor, inexistente en la provincia de Manabí, región que sin embargo todavía a finales del siglo XVIII presentaba una importante población indígena, organizada en comunidades y bajo el control de autoridades étnicas. Las evidencias presentadas por Sanhueza, fruto todas ellas de su larga investigación, son suficiente fundamento para apoyar la hipótesis de que las costumbres relacionadas con la medicina tradicional en la provincia de Manabí guardan estrecha relación con las costumbres de la Península Ibérica y de las regiones mediterráneas europeas.

Los dos trabajos conjuntamente editados en el presente volumen, fueron presentados como disertaciones previas a la obtención de la Licenciatura en Antropología, en el Departamento homónimo de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, en la ciudad de Quito. Para quienes hemos sido profesores, es grande la satisfacción de presentar a un amplio público trabajos inéditos de investigación que, a no dudar, se

han convertido en verdaderos aportes a la Antropología ecuatoriana.

Segundo E. Moreno Yáñez

Índice

Presentación

Libro Primero

Enfermedades del campo y de Dios en Tumbabiro

Parte Primera

Capítulo I

Naturaleza de las nociones sobre el daño

Capítulo II

Tumbabiro, su entorno, su gente, sus afanes

Capítulo III

Hay que ir donde el que sabe

Parte Segunda

Capítulo I

Enfermedades del campo y enfermedades de Dios

Capítulo II

Se hace lo que se puede

Parte Tercera

Capítulo I

El costo de la vida

Capítulo II

Vientos contrarios

Capítulo III

Pensando en voz alta

Anexo I

Glosario de informantes

Anexo II

Glosario de términos

Anexo III

Persona que realiza la entrevista

Bibliografía citada.

Libro Segundo
Etnomedicina en la Provincia de Manabí

Reconocimiento

Introducción

Capítulo I

El proyecto

Capítulo II

Aspectos teóricos de la etnomedicina

Capítulo III

El ambiente

Capítulo IV

Los curanderos en Manabí

Capítulo V

Enfermedades tradicionales

Capítulo VI

Etnobotánica

Conclusiones

Apéndice

Bibliografía.

**Nº. 36 ETNICIDAD, ESTRUCTURA SOCIAL Y PODER EN MANTA:
OCCIDENTE ECUATORIANO**

Autor: Marcelo Fernando Naranjo

Serie: Antropología social

Editor: Instituto Otavaleño de Antropología

Impresión: Editorial Gallo capitán

329 páginas

Otavaló, 1980

Prefacio

Para el antropólogo la consideración respecto de un lugar donde realizar sus investigaciones no siempre corresponde a una decisión violenta, sino que ésta es el producto de varios factores: interés de estudio, áreas geográficas determinadas, orientación académica previa, preocupación por ciertos rasgos culturales determinados por nombrar algunos de ellos. En mi elección para el lugar de estudio

se juntaron varios elementos: el hecho de mi interés por la Antropología Urbana, mi experiencia de investigaciones pasadas en dos asentamientos distintos dentro del mismo país que me llevaron a considerar el tercero para tener una idea global del país, y también mi orientación política que hacía más atrayente el hecho de estudiar una sociedad dinámica contemporánea dentro del contexto de un país del tercer mundo que precisamente es mi país.

Manta, la ciudad de mi estudio es un puerto pesquero fundamentalmente en el cual, debido al desarrollo de esta industria e industrias relacionadas, así como debido a la importancia del puerto marítimo, hacían de ella un lugar interesante dentro de la perspectiva del estudio de una sociedad en la cual la dinámica se la encuentra en varias facetas. Con estas características, mis anhelos de estudio y el contexto interdisciplinario dentro del cual iba a desenvolver mi investigación se hacían más lógicos y más excitantes.

Una vez llegado a Manta, después de los tradicionales problemas de encontrar un lugar donde vivir, acoplarse a los lineamientos culturales de dicha sociedad, acostumbrarse a su clima, curiosamente en mí se produjo el también tradicional shock cultural de los antropólogos en el campo. Pese a ser ecuatoriano, mis largos años de trabajo de estudiante graduado en un lugar tan diferente en cuanto al medio ambiente y modos de vida, me habían inconscientemente configurado algo así como una nueva personalidad que estaba muy lejos de ser la ideal con la vida de la ciudad de Manta. Este problema se produjo pero afortunadamente mi recuperación no tardó mucho tiempo.

Ya en el *modus operandi* en cuanto a mi trabajo comencé por familiarizarme con el área de estudio tratando de ser selectivo –dentro de lo posible– con los lugares donde aparecía sería más importante el poner mayor atención. Mi interés desde un comienzo no fue el circunscribirme a un barrio o a una comunidad, sino a la ciudad *per se*.

Una vez realizado este proceso comencé a recolectar mis datos teniendo como método la observación participante. Traté en lo posible de introducirme en las actividades no solo como observador sino como miembro activo de las actividades. Este esfuerzo me llevó a salir de pesca en todo tipo de embarcación, a trabajar con estibadores o funcionarios de oficinas burocráticas de interés para los fines de mi estudio. Todas estas tareas no fueron fáciles, especialmente por cuanto el etnógrafo mismo es serrano (en el desarrollo del trabajo se verá cuán difícil es llevar esta característica), y pese a mi habilidad para cambiar de modo de hablar, es decir con el acento costeño –mantenese en este caso– cuando las preguntas venían y tenía que «descubrir» mi procedencia las cosas se tornaban algo difíciles, aunque el hecho de portar casi siempre mi cámara de fotos, grabadora y la infaltable libreta de notas creaba en mí

una barrera de protección que me sirvió para ser juzgado y aceptado en otros términos, lo cual me favoreció.

Todos estos acercamientos a las acciones de la vida en Manta los traté de hacer en lo posible por mí mismo, pero en varias oportunidades acudí al auxilio de informantes cuando a los lugares a donde iba no hubiera tenido acceso sin ellos, o cuando necesitaba de la ayuda de alguna persona con conocimiento sobre la materia que estaba estudiando. Esta relación con informantes la vi extremadamente útil especialmente por la aceptación de mi persona que seguía a la intervención realizada por ellos, un caso en punto se realizaba cuando me desplazaba a las zonas rurales.

Otro método que utilicé en gran escala para la mejor comprensión de la sociedad sujeto de mi estudio fue la de grabar historias familiares. En esta tarea invertí mucho tiempo pero la encontré sumamente provechosa puesto que, pese a muchas veces su contenido ser demasiado elíptico, él permitía a una persona hablar por largos espacios de tiempo habiendo la oportunidad de entre líneas y en contexto entender varios de los procesos que no eran obvios. Para la obtención de estas historias familiares escogí a personas adultas que precisamente por esa condición tenían amplios conocimientos de la ciudad y de sus habitantes.

Para el mejor desenvolvimiento de mis actividades hacía una programación anticipada de las mismas. Esto fue útil, aunque también muchas veces tenía que recordar algo que ya lo había olvidado. En mi país no se tiene costumbre de ser puntual a las citas, y eso creaba en mí algún desconcierto. O en otros casos sucedían hechos imprevistos que no permitían seguir la programación realizada con antelación.

La continuidad el trabajo la encontré sumamente útil. Traté de mantenerme en la ciudad el mayor tiempo posible y cuando me desplazé a otra ciudad fue motivos estrictamente necesarios. Insisto en este punto de la continuidad ya que muchos fenómenos son detectables no en uno o dos días, sino en semanas, en un contexto amplio de tiempo, de allí su utilidad. Después del séptimo mes de mi investigación tomé una semana de vacaciones en Quito, la cual a más de ayudarme a descansar físicamente, me sirvió para leer mis notas, enmendar los obvios errores de los primeros días de trabajo y más que nada ver los puntos que necesitaban más investigación o más detalle en mis observaciones. Desde todo punto de vista esta semana fue muy valiosa para mí.

Las cosas no siempre salían como me esperaba y eso creaba malestar en mí, una especie de frustración. Afortunadamente cerca de viajar a Manta leí el libro **Anthropologists in Cities** (Foster and Kemper 1974) en el cual precisamente se daban cuenta de procesos similares a los que yo pasaba, y eso me ayudaba a salir

con mis malos momentos. También encontré difícil el no tener con quien compartir mis intereses en Antropología, lo cual en cierto modo suplía leyendo con especial cuidado los libros que había llevado conmigo.

Si considero estos lados negativos del trabajo de campo con las inmensas satisfacciones que él me produjo, podría decir que mi estadía en Manta fue placentera, fundamentalmente porque Manta me dio la oportunidad de conocer a su gente, su cultura y más que nada ser aceptado dentro de ella, y eso para mí es la mejor recompensa.

TABLA DE CONTENIDO

CAPÍTULO

- I LINEAMIENTOS GENERALES**
 - Introducción
 - Asentamiento
 - Características ecológicas de la zona
 - Algunas notas de etnohistoria de Manta
 - Notas

- II EL PUERTO DE MANTA**
 - El Puerto como ente económico fundamental para Manta
 - Ideología del desarrollo
 - Estudio de diferentes muelles con focus en sus actividades específicas
 - El muelle de aguas profundas
 - El muelle de pescadores
 - El muelle de comerciantes
 - Autovisión de su trabajo del obrero portuario
 - Problemas políticos y sindicales entre los trabajadores en los muelles
 - Otros tipos de problemas políticos sindicales
 - Notas

- III ESTRUCTURA ECONÓMICA-POLÍTICA DE MANTA**
 - Quiénes y porqué tienen el poder económico
 - Un nuevo elemento para la integración de la elite de poder
 - Actividad económica en sí
 - Somero estudio de la pesca
 - Notas

- IV EL MERCADEO: CENTRO DE ACTIVIDAD ECONÓMICA**
Somero estudio de los mercados públicos
El mercado de Tarqui
El mercado del barrio Córdova
Interacción entre compradores y vendedores
El intermediario: elemento indispensable en la economía mantense
Acción del intermediario en el área rural
Movilidad económica y flujo económico
Notas
- V ETNICIDAD**
Ideas generales
Conceptos étnicos básicos en Manta
El blanco
El montubio
El cholo
El longo
El serrano
El negro
El indio
Clase media
Usos de los conceptos en situaciones sociales simbólicas
Adscripción a los grupos y movilidad social
Notas
- VI ESTRUCTURA SOCIAL EN MANTA**
Introducción
Clase alta
Clase media
Clase baja
Una categoría especial: joven tecnocracia
Notas
- VII DINÁMICA SOCIAL EN MANTA**
Introducción
División geográfica territorial de los grupos sociales
Ordenamiento ad hoc en el uso de las playas
Disputa sobre derechos de uso de la playa y una empresa hotelera
Conservación de áreas exclusivas en diversos contextos públicos
Actividades de los grupos sociales durante las horas de ocio
Análisis de las fiestas de Manta

Fiestas de la cantonización

Notas

VIII PERSONALIDAD Y CARÁCTER DEL MANTENSE

Agresividad simbólica en su comportamiento

Manifestación de la política de prestigio en la ostentación de bienes materiales

Política de prestigio dentro del hogar

Manta el primer puerto marítimo, pesquero y turístico del Ecuador

La condición peculiar del habitante de Manta

IX MANTA COMO PROBLEMA DE ANTROPOLOGÍA URBANA

Introducción

Manta: microcosmos político-económico frente al Ecuador como macrocosmos

Falta de armonía en el crecimiento material y humano

La planificación infraestructural no satisface las necesidades de la ciudad

Enclave rural en un Manta urbano

Sumario

Notas

X REALIDAD DEL CAMBIO MANTENSE Y DESARROLLO IDEOLÓGICO

REFERENCIAS CITADAS

Nº. 37, 38 y 39 DIAGNÓSTICO SOCIO-ECONÓMICO DE LA PROVINCIA DE ESMERALDAS

Coordinador: Marco Jaramillo

Serie: Antropología social

Editor: Instituto Otavaleño de Antropología

Impresión: Editorial Gallo capitán

300 + 295 + 416 páginas

Otavaló, 1980

Presentación

En este trabajo se presentan las propuestas elaboradas por la Oficina Integrada de Planificación de Esmeraldas para el desarrollo socio-económico de la provincia de Esmeraldas.

Las mismas se refieren a una estrategia de acción y a posibilidades de actuación elaboradas hasta el nivel de perfiles de proyectos.

Este conjunto de propuestas se complementan con una Propuesta de Ordenamiento Urbano y Cantonal de Esmeraldas, ya elaborado por OIPE.

Ambos resultados son frutos del esfuerzo desplegado por el Consejo Provincial y el Municipio de Esmeraldas para promover un vigoroso proceso de transformación y desarrollo local. Por constituir Esmeraldas la primera experiencia de planificación local en Ecuador, fue permanentemente supervisada y encuadrada por la Junta Nacional de Planificación.

OIPE propuso desarrollar un tipo de planificación que abarcara todas las áreas-problema de la realidad esmeraldeña, que estuviera ligada a esfuerzos más generales del nivel nacional y regional, y que fuera abierta a la participación colectiva de toda la población provincial (PLANIFICACIÓN INTEGRAL, INTEGRADA Y PARTICIPACIONISTA).

En esa línea se diseñó un plan de trabajo esencialmente operativo que permitió obtener resultados sobre el desarrollo mismo de los estudios e investigaciones. De esta forma se logró una estrecha relación con las autoridades locales y con la propia población, asumiendo el equipo planificador un fuerte compromiso de trabajo con Esmeraldas.

Los resultados que aquí se plantean constituyen un primer nivel de soluciones a los problemas de Esmeraldas. Señalan un rumbo para el desarrollo provincial (estrategia) y una identificación inicial de posibilidades de actuación (perfiles de proyectos).

Corresponde ahora proseguir la negociación y organización de su realización, asegurando los recursos reales y financieros requeridos, sobre la base de una rigurosa priorización de ese conjunto de propuestas.

Algunos de estos esfuerzos ya fueron iniciados, encontrándose en implementación varios de los proyectos propuestos.

En todo este proceso el elemento central es, sin duda, el desarrollo de las

organizaciones esmeraldeñas, esto es, el fortalecimiento de la capacidad local de decisión y gestión. Sin ese componente, **la población organizándose para la acción**, cualquier esfuerzo de transformación quedará en el plano de puras intenciones.

El proceso que se inicia en Esmeraldas es un intento de modificar la aguda situación de marginalidad que la caracteriza. Se **está** consciente que las soluciones de fondo surgen del nivel nacional, del pueblo ecuatoriano en su conjunto. Pero se piensa también que el esfuerzo propio de la provincia de Esmeraldas es una condición necesaria para impulsar desde nuestra perspectiva las soluciones a los problemas nacionales.

En ese desafío Esmeraldas suma su esfuerzo al esfuerzo del país, se enrola del lado de los intereses nacionales y **entrega** con estas primeras propuestas de acción, su modesto aporte y compromiso.

Índice

PROPUESTA PARA EL DESARROLLO SOCIO-ECONÓMICO DE LA PROVINCIA DE ESMERALDAS

Volumen 37

Sumario

PRESENTACIÓN

I. El proceso iniciado en Esmeraldas

I.1. Ubicación de la experiencia

I.1. Las condiciones objetivas de la provincia de Esmeraldas en

1974

I.2. La viabilidad de un esfuerzo de planificación regional-local

I.2. La organización de OIPE

I.3. El plan de trabajo adoptado y sus resultados

I.4. La continuidad del proceso

II. Estrategia de acción

II.1. Lineamientos generales

II.2. Los desarrollos básicos

II.3. El esfuerzo agroindustrial

II.4. La comercialización y los servicios de apoyo a la producción

- II.5. Los desarrollos productivos complementarios
- II.6. La integración del espacio provincial
- II.7. La revalorización del recurso humano
- II.8. La organización para la acción

Anexo: Antecedentes generales

- A.1. Los comienzos de la planificación provincial
- A.2. Objetivos del Proyecto de Asistencia Técnica
- A.3. Equipo de trabajo
- A.4. Documentos elaborados

III. Propuestas de actuación: perfiles de proyectos

III.1. Proyectos industriales

- 1.1. Industria maderera
- 1.2. Agroindustria

III.2. Proyectos agropecuarios

- 2.1. Agrícolas

Volumen 38

III.3. Proyectos de explotación forestal

III.4. Proyectos pesqueros

III.5. Proyectos de turismo

III.6. Proyectos de educación

III.7. Proyectos de salud

III.8. Proyectos viales

III.9. Proyectos de desarrollo rural integral.

Volumen 39

Presentación

I EL PROCESO HISTÓRICO

Conclusiones

II EL PROCESO SOCIOECONÓMICO

- 1. Los antecedentes
- 2. La estructura económica reciente
- 3. Conclusiones

III ANÁLISIS DEMOGRÁFICO

1. Introducción
2. Superficie y densidad poblacional
3. Población total
4. Distribución de la población por cantones
5. Población urbana y rural
6. Composición por sexo y edad
7. Población económicamente activa
8. Conclusiones

IV SECTORES PRODUCTIVOS

1. El sector agrícola
 - 1.1 Antecedentes
 - 1.2 La estructura de la tenencia de la tierra
 - 1.3 Zonas de actividad agropecuaria
 - 1.4 Estructuras de la producción
 - 1.5 Conclusiones
2. Sector pecuario
 1. Antecedentes
 2. Los recursos de la tierra
 3. Las razas bovinas en la costa esmeraldeña
 4. El sistema de alimentación
 5. Los pastos
 6. Enfermedades
 7. Producción y productividad
 8. Comercialización
 9. El crédito
 10. Costos de producción
 11. Rentabilidad
 12. Zonificación ganadera
 13. Recomendaciones
3. Sector pesca
 1. Generalidades
 2. Pesca artesanal
 3. Equipamiento
 4. Especies y producción
 5. Comercialización
 6. Pesca industrial
 7. Conclusiones

4. El sector industrial
 1. La evolución del sector en 1962 / 71
 2. La estructura del sector en 1974
 - 2.1 Capacidad instalada y utilizada
 - 2.2 Situación general de la población y la disponibilidad de mano de obra
 - 2.3 La situación crediticia en general
 - 2.4 Principales problemas que afronta el sector
 - 2.5 Recursos naturales factibles de ser industrializados
3. Posibilidades generales de la industrialización en Esmeraldas
4. Conclusiones y recomendaciones
5. Posibilidades de la industria petroquímica en Esmeraldas
 - 5.1 Introducción
 - 5.2 Los criterios de orden general
 - 5.3 Los criterios de orden específico para el caso esmeraldeño
 - 5.3.1 Aprovechamiento de materia prima
 - 5.3.2 Distribución de los productos fabricados
 - 5.3.3 requerimiento de agua industrial
 - 5.3.4 Mano de obra
 - 5.3.5 Energía eléctrica
 - 5.3.6 Medios de transporte y caminos de acceso
 - 5.3.7 Clima
 - 5.3.8 Suelo
 - 5.3.9 Posibilidades de expansión de la zona escogida
 - 5.3.10 Factor de seguridad social
 - 5.4 Evaluación de alternativas
6. El recurso forestal
 - 6.1 Existencia y disponibilidades
 - 6.2 Existencia y productividad
 - 6.3 Propiedad y uso de la tierra
 - 6.4 Aprovechamiento del recurso forestal
 - 6.5 Análisis de los contratos de concesión
 - 6.6 Industrias forestales
 - 6.7 Análisis crítico de la situación actual y perspectivas de desarrollo forestal
 - 6.7.1 Consideraciones sobre el manejo de los terrenos

forestales**6.7.2 Aspectos de la política institucional****6.8 Conclusiones****7. Sector turismo****7.1 Introducción**

7.2 Las zonas turísticas y sus recursos naturales, culturales y folklóricos aprovechables

7.3 La planta turística existente

7.4 El volumen y la composición del turismo hacia la provincia de Esmeraldas

7.5 Capacidad turística de las playas

7.6 Demanda potencial

7.7 Conclusiones

V. SECTORES DE SERVICIOS**1. Sector salud****1.1 Introducción****1.2 Población y estadísticas vitales****1.2.1 Natalidad****1.2.2 Mortalidad general****1.2.3 Mortalidad infantil****1.2.4 Morbilidad general****1.2.5 Morbilidad infantil****1.2.6 Saneamiento ambiental****1.2.7 Epidemiología****1.2.8 Recursos físicos****1.2.9 Recursos humanos****1.2.10 Conclusiones y recomendaciones****2. Sector educación****2.1 Instrucción primaria****2.2 La educación media****2.3 Instrucción superior****2.4 Conclusiones****VI. SECTORES DE LA INFRAESTRUCTURA****1. Sector vialidad****Conclusiones****2. Sector transporte**

- 2.1 Transporte por carretera
 - 2.2 Transporte por ferrocarril
 - 2.3 Transporte marítimo por cabotaje
 - 2.4 Transporte de travesía
 - 2.5 Transporte fluvial
 - 2.6 Transporte aéreo
 - 2.7 Conclusiones
3. Energía eléctrica
- 3.1 Área de influencia
 - 3.2 Situación del sector
 - 3.2.1 A nivel provincial
 - 3.2.2 A nivel de la ciudad de Esmeraldas
 - 3.3 Evaluación de la situación actual
 - 3.4 Previsiones para mejorar la prestación del servicio
 - 3.4.1 El encuadre de la política nacional
 - 3.4.2 Los programas de expansión en Esmeraldas
 - 3.5 Conclusiones

VII. EL SECTOR INSTITUCIONAL

- 1. Relacionadas con el Consejo Provincial de Esmeraldas
 - Respecto a la estructura orgánica y de funcionamiento
 - Respecto al manejo de recursos y control interno
- 2. Relacionadas con el Concejo Municipal de Esmeraldas
 - Respecto a la política general del Municipio
 - Respecto a la organización de la administración municipal
 - Respecto a los recursos financieros municipales
 - Respecto al comportamiento financiero municipal y su programación
 - Respecto a la composición y crecimiento del gasto municipal
 - Respecto a los programas municipales.

Nº. 40 SIMBOLISMO Y RITUAL EN EL ECUADOR ANDINO. EL QUICHUA EN EL ESPAÑOL DE QUITO.

Autora: Ruth Moya

Serie: Antropología de la Comunicación

Editor: Instituto Otavaleño de Antropología

Impresión: Editorial Gallocajón

334 páginas

Otavalo, 1981.

Simbolismo y ritual en el Ecuador andino

Introducción

El objetivo del presente trabajo es indicar la función ideológica que tienen algunos símbolos y formas **rituales en la cultura** de los Andes del Ecuador. Entre estos la biparticipación, o si se quiere la **binariedad**, constituye un rasgo que, con sus variantes, se encuentra en comunidades andinas del Ecuador, Perú, Bolivia y Chile.

Parece tratarse de un fenómeno de los Andes centrales de América del Sur que, históricamente, se remite a una etapa anterior a la del incario y que está asociado al «control vertical» de los pisos ecológicos.

El simbolismo aludido tiene vigencia en comunidades quichuas y aimaras de la región y sin duda se trata de un proceso de constantes transformaciones y adaptaciones a la **realidad económica** social que en un momento dado era dominante.

Para el caso ecuatoriano -dado el estado actual de las investigaciones- resulta difícil esclarecer la antigüedad o los mecanismos con que estos modelos culturales penetraron en las comunidades serranas, aunque es probable que algunos de estos rasgos se hubieran adoptado antes de la conquista formal de los incas, a través de contactos económicos fundamentalmente.

Esta hipótesis está vinculada a aquella otra de la penetración pre-inca en la lengua quichua al actual territorio del Ecuador, exceptuando la costa.

El análisis se concentra en las manifestaciones contemporáneas de la bipartición y otros simbolismos en la Sierra del Ecuador.

Para la mejor comprensión del fenómeno actual se recurre a datos de carácter histórico.

La interpretación misma de la bipartición se fundamente en la aceptación de que toda cosmogonía es un desarrollo superestructural intimamente vinculado al conjunto de relaciones económico sociales que tienen vigencia para un cuerpo social específico o, si se prefiere, vinculado a los cambios de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción. Las relaciones de interdependencia entre la estructura y la superestructura, no presupone –como es sabido– un paralelismo mecánico entre las dos. Antes bien, la independencia relativa de los desarrollos superestructurales explica por ejemplo la continuidad de los mismos pese a que las condiciones objetivas –estructurales– en las cuales se desenvuelve la sociedad en cuestión, hayan cambiado.

Los comportamientos sociales asociados a la biparticipación son considerados aquí como «programados» de acuerdo a la concepción de Rossi-Landi.

Siguiendo entonces a Rossi-Landi se asume que los comportamientos sociales son programaciones sociales que parten de los modos de producción, los desarrollos ideológicos y los desarrollos comunicativos, aunque, claro está, la mayoría de estos compartimientos son asumidos y no deliberados o conscientes y más precisamente, alienados.

No existe por tanto una relación directa entre el grado de conciencia de la comunidad cultural acerca de la operabilidad de sus simbologías y de sus desarrollos ideológicos y la operabilidad misma. Su valor está más bien «oculto» a sus usuarios y ese ocultamiento garantiza, hasta cierto punto, su funcionamiento. Es obvio que las condiciones históricas concretas del desarrollo económico, social y cultural del país han modificado las viejas simbologías, rezagos pre-capitalistas, pero en general funcionales al modo de producción dominante.

Precisamente la noción de la articulación de diferentes modos de producción en el Ecuador, presupone igualmente la de la articulación de los desarrollos superestructurales e ideológicos diferenciados.

Planteada así la cuestión teórica importa determinar de qué manera y hasta qué punto estas simbologías (ideologizadas a su vez), de secular arraigo histórico, prevalecen y significan y de qué modo se adaptan o constituyen un freno a la penetración ideológica de los sectores dominantes del país y de fuera de él.

El examen del modo en que las ideologías diferenciadas operan y concretamente del modo en que la biparticipación se resuelve ideológica y estructuralmente tiene que ver con la aprehensión de los diferentes grados de funcionalidad de las manifestaciones «andinas» al sistema.

Tal concepción globalizada resulta difícil de ser verificada empíricamente.

Las limitaciones de este trabajo están dadas en parte por la selección misma de las «regiones» en que se examina la biparticipación y que son a saber:

1. El espacio destinado a la producción y su relación con la jerarquía social;
2. La organización familiar, las unidades domésticas y los sistemas de alianzas; el trueque, la comercialización;
3. La «verticalidad» en el control de la tierra, de los bienes y de los servicios y de los sistemas de alianzas;
4. Participación y liderazgo de la comunidad en el contexto jurídico-político estatal (comunidad jurídica);
5. Reciprocidad y comportamientos rituales en: el matrimonio, la muerte, la cosecha. Iniciación a las artes y a las técnicas. Iniciación shamánica y liderazgo ritual.

El análisis que sigue no agota la realidad, antes bien invita a una investigación sistematizada y profunda.

El quichua en el español de Quito

Introducción

El objetivo del presente trabajo ha sido mostrar la importancia de los aspectos históricos lingüísticos en la difusión del quichua en el Ecuador. Se plantea la noción de que en la actual República conviven grupos histórico sociales que tienen su propia cultura y su propia lengua, cuyas raíces se remontan a una etapa anterior de su pertenencia al Tawantinsuyu. Entre los pueblos de más compleja trayectoria histórica está el pueblo quichua y el estudio de su lengua pretende, antes que nada, ser un homenaje a la vocación de su permanencia, a pesar del duro y difícil camino que le ha tocado trajar. (Ver Capítulo I).

Por otro lado, se trata de mostrar que la interacción entre el quichua y el español ha sido gradual pero muy intensa en Quito. Existen incluso en el día de hoy individuos monolingües de lengua quichua así como bilingües, que manejan en grado diverso la lengua dominante, el español. Se podría afirmar que una gran mayoría de hispanohablantes de Quito descienden de generaciones que, en un momento u otro, pasaron del quichua al español. Este es un fenómeno de asimilación gradual que

constituye un componente esencial de todo sustrato y que de manera indudable ha contribuido a la dialectalización del español hablado a lo largo del callejón interandino.

El sustrato quichua es extremadamente importante en el español de Quito, y, como lo planteamos a lo largo de estas páginas, los rasgos que diferencian el español de Quito de otros dialectos hispanoamericanos, se pueden explicar por una comparación estructural del quichua y del español de los dos primeros siglos siguientes a la conquista.

Hemos reconstruido en primer término el sistema fonológico del quichua y del español de esta primera etapa del contacto de lenguas (Q1, E1).

Igualmente, los sistemas fonológicos actuales del quichua y del español hablados en Quito (Q2, E2).

Las influencias del sustrato quichua son demasiado numerosas para que puedan ser resumidas, y se tratan en detalle en el capítulo IV.

Se puede en todo caso señalar que tales influencias incluyen:

- hechos de inventario, por ejemplo la presencia de /ts/ y /ʃ/ en el sistema consonántico del español quiteño;
- hechos de distribución de fonemas, tales como los nuevos grupos consonánticos como -mè-, -kž-, šk- etc.
- Algunos aspectos relativos a la fonética sintáctica e incluso a los valores estilísticos en el habla.

Desde un punto de vista histórico de las lenguas, se señala que el español de Quito es un andaluz pre-clásico, modificado por el quichua y, por su parte, el quichua de la variedad Chinchay a su vez se modificó por las lenguas pre-incásicas y más tarde, por el español.

El trabajo en términos fundamentales se basa en otro elaborado en 1972 bajo el título de **Influencia del Quichua en el español de Quito**. Una serie de modificaciones corresponden sobre todo al capítulo I. En el Capítulo II, al plantear el sistema fonológico del quichua, se incluyó entre las fricativas la sonora /z/, lo cual se basa en el mejor conocimiento que tengo de la lengua así como en la existencia de nueva bibliografía que confirma tal tesis.

Las orientaciones sobre la teoría lingüística que subyace a lo largo de toda la exposición se deben al malogrado maestro José Pedro Rona.

Índice

Primera Parte

SIMBOLISMO Y RITUAL EN EL ECUADOR

Introducción

Los modelos simbólicos y su penetración: recuento histórico Imperio Incaico

El período colonial

Organización actual del espacio productivo y su relación con la diferenciación y la jerarquía social

Pisos de cultivo, hacienda precapitalista, hacienda capitalista

Concepción del espacio productivo

La «verticalidad» andina: rezagos, transformaciones y reversiones

Participación y liderazgo político

Religión y religiosidad: Los sistemas de cargos

El priostazgo

El culto a la tierra, a los cerros, cuevas y quebradas

El culto al agua, ceremonias rituales de iniciación, la muerte

Cuevas, quebradas, acequias, vertientes y cascadas

Simbolismos de la muerte

El matrimonio: prácticas simbólicas

La vegetación: animación y simbolismo

El kishiwar y el lechero

Las plantas

APÉNDICES

NOTAS

BIBLIOGRAFÍA

Segunda Parte

I. LA DIFUSIÓN DEL QUICHUA EN EL ECUADOR: ASPECTOS HISTÓRICO LINGÜÍSTICOS

El Tawantinsuyu

La Colonia

La República

Notas al Capítulo I

II. EL QUICHUA DE QUITO

El protoquichua del Ecuador

Sistema fonológico del quichua que debió hablarse en Quito (Q1)
 Sistema fonológico del quichua hablado actualmente en Quito (Q2)

Oclusivas

Fricativas

Africadas

Nasales

Laterales

Vibrantes

La /r/ asibilada en juntura externa

Casos especiales de asibilación de /r/ en interior de palabra

Semiconsonantes

Diptongos, triptongos y grupos vocálicos

Vocales

Notas al Capítulo II

III. EL ESPAÑOL QUE LLEGÓ A QUITO

Sistema fonológico del español que debió hablarse en Quito

(A) circunstancias históricas

(B) circunstancias lingüísticas

La ortografía

B y V

La D

La G

P, T, K

F y H

Sibilantes

LL y Y

R, RR

Las nasales M, N, Ñ

Las vocales

Notas al Capítulo III

IV. LA INFLUENCIA DEL QUICHUA SOBRE EL ESPAÑOL

A. Caracteres generales

B. Las vocales

a) Inventario de fonemas vocálicos en español vs. inventario de fonemas vocálicos en quichua

b) Combinación de fonemas vocálicos en español vs. combinación de fonemas vocálicos en quichua

Diptongos crecientes

Diptongos decrecientes

Diptongo que proviene de hiatos

Hiatos que provienen de otros hiatos

Hiatos de vocales iguales.

Triptongos

c) El acento en español vs. el acento en quichua

d) Variantes combinatorias de los fonemas vocálicos

e) Hechos de juntura

C. Las consonantes

Observaciones generales

La serie de las oclusivas

Comportamiento de /b/

Comportamiento de /p/

Nuevas secuencias con /p/

Comportamiento de /d/

Comportamiento de /t/

Nuevas secuencias con /t/

Comportamiento de /y/

Comportamiento de /è/

Nuevas secuencias con /ã/

Comportamiento de /g/

Comportamiento de /k/

Nuevas secuencias con /k/

La serie de fricativas

Comportamiento de /f/

Comportamiento de /s/

Comportamiento de /ž/

Comportamiento de /š/

Comportamiento de /h/

Comportamiento de /ts/

Comportamiento de /m, n, ñ/

Comportamiento de /l/

Comportamiento de /r, ø/

Notas al Capítulo IV

APÉNDICE. LAS SONORAS EN QUICHUA

BIBLIOGRAFÍA

Nº. 41 TEMAS Y CULTURA QUICHUA EN EL ECUADOR

Compilación: Ileana Almeida

Serie:

Editores: Banco Central del Ecuador, Instituto Otavaleño de Antropología, Abya-Yala

Impresión: Centro Cultural Abya-Yala

245 páginas

Quito, 1996.

Introducción

A lo largo de muchos siglos en el territorio del Ecuador tuvieron lugar profundos cambios étnicos, sin embargo fueron los procesos de dominación y colonización de los incas y del poder español respectivamente, los que contribuyeron en mayor grado a la extinción de numerosas culturas y lenguas vernáculas, algunas de las cuales subsistieron hasta el siglo XVIII.

A pesar de lo mencionado, el Ecuador sigue siendo un país pluricultural y plurilingüe, pues a más de la lengua oficial y de la llamada cultura nacional, coexisten en el territorio ecuatoriano varias otras culturas y lenguas nativas conservadas por grupos étnicos diversos que habitan en las distintas regiones del país: los colorados en la zona interandina-occidental, los cayapas en Esmeraldas; los quichuas en la Sierra y en la región Oriental y en esta última también los shuar, achuar, los cofán, los tetete, los záparos, los waorani, los secoya y los siona.

Se observa no obstante, que las culturas y lenguas aborígenes están lejos de ser consideradas oficialmente y en consenso general lenguas ecuatorianas. Este relegamiento, claro está, refleja la estructura socio-económica del país, la diferencia entre aquellos que han detentado el poder y los sectores subordinados a los grupos privilegiados.

Aproximadamente la población indígena representa más del treinta por ciento del total de habitantes del país. De este porcentaje la mayoría está representada por los quichua y los shuar.

Un sector tan significativo de la sociedad ecuatoriana reclama del Estado un conjunto de políticas coherentes tendientes a solucionar los múltiples problemas: salud, nutrición, educación, vivienda respeto a su cultura, etc. Estas necesidades básicas resultan aun de segunda prioridad si no se readecuan las actuales relaciones de

tenencia de la tierra y si no se reconoce el derecho de los grupos étnicos a la vida política del Estado.

El presente volumen reúne los trabajos de algunos especialistas que vienen trabajando en la problemática de la cultura y la lengua en el Ecuador. El afán común ha sido superar la conceptualización teórica específica y aislada del fenómeno lingüístico y cultura para relacionarlo con las características de la sociedad ecuatoriana.

La situación lingüística y cultural de nuestro país, como se ha visto, trasluce conflictos ideológicos profundos que se muestran en esta serie de artículos: la opresión nacional, la dependencia cultural, la discriminación lingüística, el relegamiento económico, social y cultural de los grupos indígenas.

Se ha perseguido esclarecer muchos hechos desconocidos o mal conocidos de nuestra realidad; suscitar polémicas; despertar el interés por la investigación de la historia y la situación socio-cultural; ir creando una conciencia crítica sobre esta problemática; difundir el conocimiento de la teoría lingüística y de los presupuestos con los cuales se trata contemporáneamente la cultura.

Índice

Consideraciones sobre la nacionalidad kechua, Ileana Almeida

Algunos factores sociales del bilingüismo quichua-castellano, José Pereira V.

Estructura del poder y prestigio lingüísticos en Toacazo, Ruth Moya

El profesor rural y el padre de familia frente a la educación bilingüe, Fausto H. Jara J.

Problemática en torno a la forma estándar del quichua ecuatoriano, Julieta Haidar

Hacia un estudio semántico del quichua ecuatoriano, Julieta Haidar.

**Nº. 42 LÉXICO Y SÍMBOLO EN JUAN MONTALVO. (ENSAYO DE
INTERPRETACIÓN LEXICOLÓGICA Y SEMIOLÓGICA DE LAS
CATILINARIAS).**

Autor: Juan Valdano

Serie: Antropología de la Comunicación

Editor: Instituto Otavaleño de Antropología

Impresión: Editorial Gallo capitán

236 páginas

Otavaló, 1981.

Presentación

Juan Valdano Morejón nos ofrece hoy estos estudios sobre el léxico y el símbolo en **Las Catilnarias** de Juan Montalvo. Al hacerlo, está incursionando, quizá por vez primera en el Ecuador, en una parcela lingüística nada exenta de dificultades, y por lo mismo extremadamente excitante para quien persigue con rigor el sentido en la literatura y en la sociedad ecuatoriana.

El joven profesor cuencano llega a esta empresa después de un ejercicio en el que ha probado no sólo su sólida formación lingüística y su rigor metodológico, sino también su duende creador.

Mi afirmación de que el libro de Valdano es quizá inaugural en el Ecuador puede plantear dudas. Por ello me apresuro a proponer algunos esclarecimientos necesarios. La preocupación por la «palabra», por el léxico, es tal vez la más antigua en los estudios del lenguaje. Es, nada menos, el problema central en el **Cratilo** de Platón. Y en nuestro rincón provinciano son abundantes los estudios que se han hecho sobre el léxico. Recordemos, sólo de paso y ejemplarmente, los nombres de Carlos R. Tobar, Gustavo Lemos, Justino Cornejo, Julio Tobar. Sin embargo, los planteamientos y análisis que sobre el texto montalvino hace nuestro autor son originales y necesarios.

Todo el que de alguna manera se ha acercado a las modernas ciencias del lenguaje sabe de los logros conseguidos en el terreno de la fonología y de la estructura lingüística. Los trabajos del Círculo de Praga, en los años veinte y treinta, señalaron definitivamente el camino que había de seguir quien quisiera rigurosamente analizar y establecer las reglas de funcionamiento del «significante». Los estructuralistas, primero, y los distribucionalistas y transformacionalistas después, han hecho un monumental aporte sobre la articulación de los componentes morfosintáxicos del sistema lingüístico y sobre el funcionamiento del sistema mismo. El problema del «significado», en cambio, con ser el más antiguo, ha resultado el más rebelde frente

a los acercamientos **que pretenden** ser rigurosa y exclusivamente lingüísticos. La Semántica, **al decir de un estudioso**, ha quedado en la condición de pariente pobre de la Lingüística.

Superado desde **luego un inmanentismo** para el que la lengua y su estudio nada tenían que ver (**al menos metodológicamente hablando**) con todo lo demás, quedaban sin embargo **muchas incógnitas** por despejar en el estudio del lenguaje desde el punto de **vista del significado**. Por ejemplo: dónde terminan las fronteras de una semántica **estrictamente lingüística**, y dónde el semiólogo –subrepticamente o no– comienza a **hacer filosofía o sociología del lenguaje...**

* * *

Estas son las **razones para ver** en el intento de Juan Valdano ejemplar originalidad. Pero ¿y los **anteriores estudios** sobre el léxico ecuatoriano? Una breve ojeada a ellos nos obliga a **una distinción de conceptos** (no meramente nominal ni escolástica): las tareas **lexicográficas son muy distintas** del menester lexicológico. Trata la lexicografía, según los expertos, **de recoger vocablos** y elaborar diccionarios. Hay pues en la faena lexicográfica **un primer paso** de acarreo y un segundo paso de organización e información **sobre los vocablos**: datos sobre el aspecto morfológico, sobre la significación, **sobre la etimología** y evolución a veces, ilustración con fragmentos de «autoridades», o **del uso popular**, etc.

La lexicología, **en cambio**, es la ciencia que estudia el léxico (de una lengua, de un autor...). Le **toca también a esta disciplina** lingüística formular e intentar resolver los problemas **teóricos planteados** por la misma lexicografía.

Pues bien, el **benemérito trabajo** sobre el léxico ecuatoriano hecho hasta ahora tiene mucho más que **ver con la lexicografía** y con el folklore literario que con la lexicología propiamente dicha. **Sobre estas recopilaciones**, sobre la información que acumularon cuidadosos **observadores**, es preciso proyectar ahora la reflexión teórica y apuntar a la búsqueda del **sentido, totalizador** en la medida de lo posible, hacia el que ese vocabulario nos **quiere encaminar**.

* * *

Valdano lo intenta **abordando un texto: Las Catilinarias** de Juan Montalvo. Subrayemos **brevemente** algunos de los fundamentos teóricos y prácticas metodológicas de **este análisis**.

Desde el punto de **vista teórico**, hay una premisa orientadora: «Las palabras no

expresan las cosas, sino la conciencia que de ellas tiene el hombre» (Matoré). Y ese expresar no lo hacen las palabras aisladamente: La palabra es solidaria. Hay en esta afirmación algo más que una variación del tema arto conocido desde Ferdinand de Saussure: Un elemento lingüístico no tiene consistencia por sí mismo, sino por sus reacciones. Hay algo más, puesto que la palabra no sólo es solidaria dentro de la estructura lingüística; es decir, no sólo porque se inserta en un contexto (dimensión sintagmática): la palabra está ligada también a la sociedad que la crea y la consume; y como la sociedad es una realidad histórica, la palabra también lo es (dimensión diacrónica): se abre camino, adquiere plenitud de significación y se desgasta y hasta se muere. Muchas de las palabras usadas por un autor (en nuestro caso por Juan Montalvo), pueden haber perdido la plenitud de significado que para él y para su sociedad tuvieron; pero el valor que hoy tienen es incalculable, pues son testimonios del cambio socio-cultural en esta comunidad llamada Ecuador. Consiguientemente, el léxico de un autor –de este autor- representativo puede darnos una imagen de la cosmovisión de los hombres de su época.

Desde el punto de vista metodológico, Valdano utiliza en los cuatro primeros estudios tres instrumentos operacionales importantes: El concepto de **campo nocional**: «Conjunto de palabras ligadas por un parentesco sociológico»; consecuencia de lo cual es que una palabra debe ser estudiada en función del conjunto nocional del que forma parte; el concepto de **palabra-testigo**, y el concepto de **palabra-clave**: «aquella unidad lexicológica que expresa a una sociedad».

Provisto de estas herramientas, aborda cuatro aspectos: el léxico sociopolítico, el de la agresividad, el ecuatoriano y americano, y los arcaísmos de **Las Catilnarias** montalvinas. Subrayo a continuación algunos de los aspectos sobresalientes de este estudio.

En el primer trabajo, sobre el léxico social y político de **Las Catilnarias**, nos abre el autor una puerta conceptual para conocer radicales elementos estructurales de la sociedad ecuatoriana de 1880. Consecuente con las premisas teóricas y metodológicas establecidas, se adentra con singular agudeza en el léxico de la obra montalvina y va dibujando el discurso que en ella se agazapaba: Un discurso silogístico, dice él – dialéctico preferiría yo llamarlo- en el que la consecuencia (la síntesis), es la revolución (revolución que, históricamente hablando, fue la liberal de Eloy Alfaro de 1895). La tesis (o premisa mayor) es el ideal que para este pueblo propone Juan Montalvo: igualdad, libertad, razón. La antítesis (o premisa menor), sus contrarios: desigualdad, tiranía y barbarie. La función del escritor (del intelectual) es profética y orientadora: es la que asume Montalvo.

Al mismo tiempo que nos da acceso a la sociedad, el vocabulario nos esboza la

imagen del propio Montalvo: un moralista más que un filósofo. Esta imagen volverá a surgir del segundo estudio: el léxico de la agresividad. El léxico agresivo irá articulado en torno a dos polos: la civilización y la barbarie, o la virtud y el vicio, o la razón y el instinto; en definitiva: el bien y el mal. De nuevo pues el Montalvo hombre de los concreto, no de la abstracción, el hombre moralista y poeta, y no el filósofo. Para establecer los campos nocionales de la agresividad y dar con las palabras-testigo y las palabras-clave, nuestro autor toma como punto de partida la idea general de tiranía, que es, en síntesis, animalidad, crimen y abuso. Por estos tres cauces se despenará el torrente léxico de la agresividad en *Las Catilinarias*.

En cuanto a los dos últimos estudios de esta primera parte, aparece en ellos el Montalvo paradójico: por un lado, si la lengua es por su naturaleza conservadora, los buenos hablistas, al menos los de la época, también lo son. Montalvo utiliza el arcaísmo, y lo hace en defensa de la lengua hispana y en propia defensa por una razón: hay que radicarse en los veneros genuinos del habla que es un modo de afirmarse a sí mismo. Pero simultáneamente es Montalvo conocedor y usuario del lenguaje americano.

Valdano se entretiene en un análisis sistemático de los americanismos y ecuatorianismos de *Las Catilinarias*; tanto los vocablos como las locuciones reciben cuidadosa atención desde cuatro puntos de vista: la significación sociopolítica, el léxico de la acción y de la efectividad, el lenguaje popular y el aspecto etimológico. Parece desprenderse de todo el análisis que Montalvo reaccionó a base de este léxico regional y local contra el puritanismo de la época. Y esta es la paradoja: por un lado, Quijote que resucita el verbo del pasado; y por otra, el mestizo que lamenta no saber lenguas vernáculas y utiliza los sustratos que de ellas han pasado a su lengua materna.

Un rasgo en el que quizá sea menester detenerse en algún momento con atención es el aspecto peyorativo que indica Valdano en este uso de americanismos y ecuatorianismos, pues en *Las Catilinarias* parece tener como fin el ridiculizar a los enemigos, el aludir a personajes típicos del vulgo y también para indicar desprecio.

Imposible detenerme aquí en analizar y apuntar las consecuencias significativas y hermenéuticas que un estudio más detenido puede producir. Pasemos a un breve comentario de la última parte del libro: el estudio del Símbolo en *Las Catilinarias*.

* * *

Aquí no se trata ya del vocablo solidario, sino del discurso como conjunto. Pasamos pues las fronteras del objeto de la lingüística estrictamente dicha, y entramos en el terreno del análisis literario. Lo cual no quiere decir que cambiemos de tal manera el

camino que abandonemos por completo los supuestos teóricos inspirados en el modelo lingüístico. Sabemos lo mucho que el moderno análisis literario debe a la Lingüística. Y nuestro autor también lo sabe y conoce seriamente las más importantes corrientes: formalismo ruso, Brémond, Hjelmslev, Greimas y Barthes van a ser sus guías en el proceso de búsqueda del sentido de un trozo de *Las Catilinarias* –sus últimos párrafos– que ofrece una peculiar fisonomía: Allí Montalvo, señor del idioma, abandona el lenguaje directo que hasta entonces había manejado, y nos conduce en el lenguaje simbólico. Elige como forma concreta de lenguaje la parábola.

«En toda parábola –nos dice Valdano– existe un doble registro de referencias, y así el proceso explícito de la acción narrada se refiere, íntegramente, a otro proceso implícito que debe ser descifrado por el oyente o lector. Del primer plano particular y concreto, se elucida el segundo, general y abstracto».

Puesto que nos hallamos frente a un segundo lenguaje –el literario, el de la connotación–, y puesto que ese lenguaje es narrativo, el autor procede a desentrañarlo en sus dos niveles: el de la historia y el del discurso. El objetivo es claro: dar con las isotopías (Greimas) que permitan formular el sentido final del enunciado.

El análisis lexemático (nivel historia) permite extraer una primera isotopía dominada por elementos descifrables a base de un código político. El análisis sémico (análisis de los semas implícitos en los lexemas de la primera isotopía) nos lleva a la comprensión por medio de un código vital, que viene a ser como el punto de encuentro y nudo central en el que confluyen y se oponen dialécticamente la tiranía (código político) y el pueblo (código moral).

La búsqueda de la isotopía última da como resultado que *Las Catilinarias* «no serán únicamente una sátira política contra un grotesco y sanguinario tirano... sino, en el fondo, una defensa de la vida, del hombre y de la cultura como genuina manifestación de lo humano». La parábola montalvina, vista desde la articulación de los sistemas semiológicos (denotación-connotación) se transforma en un mito en el sentido barthiano.

El trabajo de Juan Valdano resulta, por la somera y panorámica exposición que de él acabo de hacer, una pauta necesaria para el nuevo cauce que los estudios literarios están corriendo en nuestro país.

Manuel Corrales Pascual

Índice

PRESENTACIÓN

PRIMERA PARTE: EL LÉXICO

- I. Presupuestos teóricos y metodológicos
- II. El léxico social y político
- III. El léxico de la agresividad
- IV. El léxico ecuatoriano y americano
- V. El léxico arcaico
- VI. Neologismos

SEGUNDA PARTE: EL SÍMBOLO

- VII. Un ensayo de aproximación semiológica

NOTAS

BIBLIOGRAFÍA.

Nº. 43 LITERATURA POPULAR AFROECUATORIANA

Autor: Carlos Alberto Coba

Serie: Cultura popular

Editor: Instituto Otavaleño de Antropología

Impresión: Editorial Gallo capitán

283 páginas + 9 láminas

Otavaló, 1980.

Índice

PRIMERA PARTE

EL NEGRO COMO GRUPO AFROECUATORIANO

El origen del esclavismo

Coangue o valle del Chota

El tráfico y sus sistemas

Asentamientos negreros en el valle del Chota

Organización del trabajo

Protección al esclavo negro

Penas y castigos

Fugas y rebeliones

Los modos de producción y la cultura en el valle del Chota o Coangue

El negro y su estado precario

La cultura en los modos de producción

EL NEGRO DE ESMERALDAS

Origen del negro esmeraldeño

Hibridaciones culturales y subcultura

Sincretismo cultural y religioso

Datación histórico-cultural

Consideraciones lingüísticas

Anotaciones a la primera parte

Índice bibliográfico

SEGUNDA PARTE

VERSIFICACIÓN

Pie

Estrofa

Rima y metro

ESTRUCTURA DE LA DÉCIMA

LA DÉCIMA Y SU FÓRMULA

CLASIFICACIÓN:

Loas:

Con un real y medio en plata

Estaba mi Dios chiquito

Loa de san Luis

Loa N° 2 de san Luis

DÉCIMAS:

Décima a lo humano:

Yo he subido al salidero

El veinte y cuatro de agosto

Al pasar de una chorrera

El diablo a mí me engañó

Yo al infierno me bajé

Décima de la tagua

Décima de la escoba bruja

Décima del matapalo
Yo fui cantadore en panga
Todo Colombia ha sentido
Se descendió de aquel trono
Cuando voy a tomá' un trago
Aquí vengo vida mía
Cuando te vas a bañar
Adió esperanza mía
La pobreza es un lunar
Te la das de merecida
Ayer la vide señora
Hay noticias de la Europa
Adiós, adiós que me voy
Ya estamos juntos
La tunda
El veinte y cuatro de agosto
Viene llegando a Tumaco
Salió la diabla dejando
Una tarde estando ausente
Anteanoche no he dormido
Décima a la guerra de Concha
Muerte que todo lo acaba
Yo soy garcita azuleja
Dicen que el once de agosto
Estaban los animales
Al infierno me bajé
Hizo la zorra un convite
Décima del banano
Estamos en gran necesidá
Señore' yo les diré
Dicen que la Aurora Castro
Dicen que el once de agosto
República de Colombia

DÉCIMA A LO DIVINO:

Los mandamiento' de Cristo
A las cuatro muere el sol
Le pregunto buen amigo
Con san Antonio me fui
Tú eres la santa de Ipiales
Santísimo Sacramento

Estando tú, porquería
La muerte es para todos
En una fiesta de san Pedro
Estaban cuatro colores
El tresagio de Isalá
Aparición de la Virgen de la Ceiba

DÉCIMA Á LO HUMANO Y A LO DIVINO:

Romance a «El Condolido» (Décima según información)
Una vieja a mi me vio
Una vieja a mi me vio (variante)
La muerte para matar

DÉCIMAS DE ARGUMENTO:

Los que no lo conocían
Todavía 'tan con sus amigos
Ya, también es por demás
Con el moro tres arrobas más allá
A quién votaron abajo
Viene llegando a Tumaco
Con todas esas coquetas
Hoy te pregunto montubio
Ya te dije Salomón
Al infierno me bajé
De la memoria de este mural

DÉCIMAS ACOMPASADAS:

En una fiesta 'e san Pedro

VERSOS ARGUMENTADOS:

Del hueso del aguacata
Là tunda 'taba bailando
Por aquí te oí pasar
Calla muchacho grosero

LA BOMBA:

En Monopamba te conocí
La bomba «Manuela»
Yo me voy al Oriente
Si paloma fuera
Se va, se va

Bajo de la guayaba
Enamorada
El amor lo vence a **todo**
Mete caña al **trapiche**
Adiós Rosita **María**
La causa de tu **traición**
La dama seductora
El gavilán chinito
La chicha y el **trago**
El mes de julio
Mi pobre vecino
Ayayay, vestida de **militar**
La bomba del Chota
El Gobernador
Que te meniaras (**bajo el ombligo**)
Yo no me enamoro
Negra linda te tengo **enamorado**
Longa prisionera
Tú eres mentirosa
Por eso, no más **por eso**
La pretenciosa
Rumbo al Oriente
El destino me lleva
Río Chota
Yo ya me voy
Carpuela lindo y **alegre**
Vamos pa' **Manabí**
Bajo el ombligo (**variante**)
Toma, toma
Versos cantados (**coplas**)
Así, así será
La bomba guallupeña
Guapachosa no te **podrás olvidar**
Río del Chota (**variante**)
Lucila
Casita de pobres
Mariana
Mi última canción
Chica
Si paloma fuera
María Dolores

La cervecita
El tren de la capital
Zamba maltona
Encuartelado
Loco de amor
A mi tierra
Chica (variante)
El vapor
La zamba maltona (variante)

CHIGUALO:

Rito de entierro de un niño
Dotor
Tortolita, tortolá
Aquí voy con mi tambora

ARRULLO:

Yo canto porque yo sé
Ahora que nos iremos
Beatricita me invitó

ANDARELE:

La ola
Alabao
Qué triste que está la casa
Alabado sea el Santísimo

CADERONA:

Meniate, meniate caderota

CANCIONERO AFROECUATORIANO

Los aguinaldos

Salve

Agualarga

Caramba

Fabriciano

DATOS TÉCNICOS DE CAMPO**GLOSARIO****BIBLIOGRAFÍA A LA SEGUNDA PARTE****LÁMINAS**

Nº. 44 LITERATURA ORAL TRADICIONAL DEL NORTE DEL ECUADOR

Autor: Carlos Alberto Coba

Serie:

Editor: Banco Central del Ecuador

Impresión:

384 páginas

Quito, 1992

A MANERA DE INTRODUCCIÓN

Ecuador como pocos países del Continente Latinoamericano es creador y re creador de las más hermosas manifestaciones espirituales de carácter literario oral; en particular la provincia de Imbabura y otras del norte como Esmeraldas y Carchi.

Con un mosaico poblacional muy variado, el aporte del mestizaje biológico y cultural dio como resultado un peculiar espectro antropológico: por una parte pueblos indígenas de muy elevado nivel de desarrollo cultural y social (en particular en el aspecto comercial), y mestizos, por la otra, muy ligados a la tierra americana—en el sentido de Darcy Ribeiro—. En este contexto el pueblo ecuatoriano ha creado elementos artísticos que son únicos en este rutilante y creativo Continente Latinoamericano.

Lo expuesto anteriormente se patentiza en esta *Antología de la poesía tradicional de la provincia de Imbabura*, cuya mayor parte está dedicada al mundo del folklore literario en verso, la copla específicamente, de la cual tanto gusta el pueblo ecuatoriano.

A pesar de que se encuentran antecedentes enjundiosos en el estudio de la copla americana y ya existe un intento serio de clasificación de la copla ecuatoriana elaborado por Paulo de Carvalho-Neto, la presente Antología que publica el Instituto Otavaleño de Antropología (IOA) es la única en su género, porque presenta la más amplia gama de poesías tradicionales recogidas sistemáticamente de boca de los propios informantes, tanto en el agro como en distintos lugares urbanos del norte del país.

También hay que mencionar que ya otros especialistas de la cultura popular del Ecuador se han dedicado a estudiar de una u otra forma, la literatura popular ecuatoriana, tanto a nivel de prosa como de verso, en todas sus variantes. Baste citar, entre otros —y corremos el riesgo de dejar muchos en el tintero—, a Darío

Guevara, Abdón Ubidia, Fernando Tinajero, Plutarco Cisneros, Vicente Mena, Carlos Martínez.

Mención especial merece Paulo de Carvalho-Neto, quien no sólo realizó investigación de campo sistemática, sino además, con su genio creador ha elevado la literatura popular ecuatoriana a una de las manifestaciones más extraordinarias de la literatura académica del Nuevo Mundo, y que va desde la novela —mencionamos sólo el extraordinario *Mi Tío Atahualpa*— hasta las colecciones de cuentos populares producto de la investigación de campo en casi todas las regiones del Ecuador.

Esta *Antología* preparada en cuatro volúmenes (que contiene 839 piezas literarias populares), incluye también *versos sueltos* y *loas*, una forma muy peculiar de versificación del área andina.

No profundizamos en esto último porque el mismo Instituto Otavaleño de Antropología (IOA) ha editado recientemente un volumen sobre poesía afroecuatoriana de elevada calidad académica en base a las investigaciones y estudios de Carlos Coba Andrade, en cuyo trabajo se analiza de manera exhaustiva todo lo relacionado a las poesías africanas que en el Ecuador cobran características muy relevantes.

Por otro lado, los autores consideran que todo lo expuesto en esta *Antología* se enmarca dentro del contexto general de cultura popular tradicional. Por la misma entendemos «a todas aquellas manifestaciones que se desarrollan en el seno de un pueblo, que poseen características propias surgidas por los procesos históricos y sociales que las determinan. La cultura popular tradicional es, por tanto, el crisol donde se refugian los valores más auténticos que una nación ha creado a lo largo de su devenir histórico y nutridos diariamente por la realidad socioeconómica que rige su vida colectiva.

Comprendida dentro de su contexto histórico, la Cultura Popular tradicional es dinámica por excelencia; permite a los pueblos adaptarse a situaciones nuevas de vida y coadyuva a la transformación de su realidad circundante. Como elemento social que es, la Cultura Popular tradicional se transforma de acuerdo a los cambios sustantivos de la nación a la que pertenece, pero como receptáculo de manifestaciones socioculturales ancestrales permite conservar en su seno lo más valioso del patrimonio del pueblo, y por ello, adaptarse con éxito a las transformaciones sociales. Los cambios de la cultura popular tradicional no conllevan, pues, la destrucción o extinción de sus rasgos básicos, sino, al contrario permite conservar y enriquecer los aspectos propios, auténticos y genuinos que los mismos pueblos desean que permanezcan en el proceso de su autodesarrollo. En tal sentido, la Cultura Popular tradicional se

convierte en fuente inagotable de identidad cultural, como raíz de nacionalidad. Su aplicación a la educación exige, por tanto, que sea la base donde se asienta la identidad cultural de nuestros países».

Entendemos de esta manera la problemática de la literatura popular tradicional definiéndola como «todos aquellos fenómenos folklóricos artísticos por medio de los cuales las clases populares transforman su miserable condición socio-económica en realidad literaria y artística. Se la debe concebir como manifestaciones de la cultura oral por su alto valor filosófico, estético, lírico, dramático y espiritual y puede ser conceptuada como expresiones tradicionales de elevada calidad artística».

Asimismo, los orígenes de la poesía popular ecuatoriana están muy ligados con los de tradicionalización de la poesía latinoamericana. Los autores están convencidos, además, que está muy ligada a las características propias del desenvolvimiento cultural ecuatoriano.

De tal manera que, asumen, que en una sociedad escindida en clases sociales la cultura está determinada, en última instancia, por causales económicas, y que, debido a ello, cada clase genera determinado tipo de cultura, por lo que es lícito sustentar que toda cultura es de clases.

Por tanto, en toda sociedad dividida en clases están presentes dos culturas: la cultura de las clases dominantes y la cultura de las clases dominadas, potencialmente democrática y revolucionaria. Dentro del marco del modo de producción capitalista, las clases dominantes, detentadoras de los bienes materiales de producción, imponen al resto de la sociedad sus propios patrones culturales haciéndoles valer como cultura universal. En este contexto, el folklore se manifiesta como la expresión más auténtica de las clases populares, tanto así que encierra su propia concepción del mundo y de la vida, en cuyo seno se gestan formas culturales propias que se contraponen antagónicamente a esta cultura oficial pretendidamente universal.

El folklore debe entenderse, pues, como cultura impugnadora de los valores representados por la cultura de las clases dominantes ante los cuales la cultura subalterna opone otros valores.

Esta impugnación, que puede ser consciente y explícita o inconsciente e implícita, se objetiva en los fenómenos folklóricos a diversos niveles, entre los que cabe destacar los siguientes: impugnación inmediata con rebelión, frente al statu quo; impugnación inmediata con aceptación del statu quo, e impugnación implícita, por posición.

En los dos primeros casos el fenómeno folklórico asume una forma explícita de rebelión contra los valores de las clases dominantes. Es una impugnación directa e inmediata, como se ve, para citar algunos ejemplos, en los cantos tradicionales de protesta, cuentos y leyendas populares y algunas formas de teatro folklórico. La impugnación implícita o por posición comprende aquellos documentos folklóricos que se contraponen con su sola presencia a los documentos propios de la cultura hegemónica. Son elementos que contrastan con los productos de la cultura dominante que, en el mismo ámbito, son divulgados por esta como los únicos válidos. Estas especies tradicionales de cultura popular enfrentadas a la cultura universal de las clases dominantes descartan, con su sola presencia objetiva, la pretendida universalidad de la cultura hegemónica: de ahí que la medicina tradicional se oponga e impugne los valores de la medicina académica; la sola existencia de la brujería y la magia niegan la universalidad de la religión judeo-cristiana, impuesta como tal por las clases hegemónicas. En síntesis, pues, la impugnación en el folklore va, como lo subraya Lombardi Satriani, en una gradación in crescendo de lo implícito a lo explícito. Concebido así el Folklore, como creación colectiva, como cultura de las clases desposeídas, se comprende por qué dentro del mismo se refugian las mejores tradiciones de lucha resistentes a la penetración cultural extranjerizante y son un freno al imperialismo y a la imposición de las oligarquías nacionales. Por otra parte, el folklore no ha nacido de la noche a la mañana: es producto de un largo proceso histórico que ha ido ahondando la división de la sociedad en clases, hasta constituirse en patrimonio exclusivo y dialéctico de las clases explotadas, adaptado a su desarrollo social y fortalecido por la lucha democrática y revolucionaria que las impulsan.

Asimismo, el folklore es crisol de expresiones estéticas opuestas a los patrones vigentes al interior de las clases hegemónicas. La literatura popular ejemplifica lo apuntado. Cual río profundo, dicha literatura fluye paralela a la creación literaria académica e individual, producto del intelectualismo de la cultura dominante. En contraposición, la literatura folklórica, no académica y de aceptación colectiva, se presenta portando valores propios y diferentes a través de la poesía, los cuentos, las leyendas, los mitos y otras manifestaciones de hondo sentido estético. Es, en otros términos, la verdadera creación artística de las clases subalternas.

En la poesía y en el canto folklóricos se hallan mejor expresados los valores estéticos impugnadores de las clases desposeídas. Así lo cree Antonio Gramsci cuando afirma que el rasgo distintivo de la poesía popular en el cuadro de una nación y de su cultura, no es el hecho artístico ni el origen histórico de la misma, sino su modo de concebir el mundo y la vida, en contraste con la sociedad oficial. En ello –agrega Gramsci– estriba la colectividad del folklore.

Tanto el canto como la poesía folklóricos, inseparables en su vida cotidiana están

cargados de simbolismos motivados con profundos sentimientos sociales a través de los que se manifiesta la personalidad de la sociedad en que moran. Es, entonces, el propio pueblo el único que decide sobre su permanencia o extinción, adaptando la poesía y el canto al momento histórico en que vive. No deben olvidarse, por ende, los nexos dialécticos que la poesía tiene con el andamiaje socio-cultural de conjunto, que en última instancia confiere a tal o cual poesía o canto una precisa ubicación y una densa carga de significado, objetivadas en innumerables protestas, las cuales, como afirma Lombardi Satriani, pueden ser «silenciadas en el plano de las relaciones reales, y transferidas al espacio literario cuando no enrarecidas por el lenguaje simbólico». En otros términos: la literatura popular es portadora de sentimientos colectivos que no pueden expresarse en el plano de la realidad objetiva sin correr el riesgo de ser reprimidos a todo nivel –el caso actual de Ecuador, Guatemala y otros países latinoamericanos–, por lo que «la denuncia y la protesta – presentes en la poesía y el canto populares– se desarrollan en la esfera de lo imaginario, la rabia se descarga en la protesta de tipo fantástico».

La poesía folklórica, entonces, construye un espacio propio cargado de simbolismo y por tanto implícito, en el que se patentiza fehacientemente la impugnación a los valores de las clases hegemónicas. Es claro que al encontrar la literatura popular barreras para su natural expresión por parte de las clases dominantes, la poesía haya buscado y establecido otros canales para divulgar su mensaje.

La poesía popular es portadora de mensajes estéticos y simbólicos que se va cargado de significado en el decurso de los procesos históricos que los determinan. Es decir, la forma tradicional permanece (coplas, romances, décimas, corridos), pero su significación varía de acuerdo a la coyuntura histórica y al pueblo al cual pertenecen.

CARACTERÍSTICAS DE LA POESÍA FOLKLÓRICA

Se entiende por poesía folklórica todas aquellas manifestaciones literarias tradicionales que utilizan el verso como medio de expresión. En el seno de la clase dominada cumple una extensa e intensa vida social. No es una poesía individual. Como apunta Bruno Jacovella, «es una poesía, no leída a solas, sino cantada, en ciertas fechas y circunstancias, ante público o en coro». Es así que una de las características predominantes de la poesía popular sea que su difusión está determinada por el canto, sin embargo la recitación es valiosa como medio de pervivencia, tal el caso de la copla y de algunas décimas, romances y romancillos. De ahí que «la poesía folklórica abarca todas aquellas formas poéticas, sean los que fueren su origen, categoría, forma o valor, que hayan encontrado acogida en el pueblo en grado suficiente para ser recordadas, cantadas o recitadas sin ayuda de escritura o imprenta», y cubra con ejemplos concretos, puros o fragmentados. las

tres grandes categorías de la poesía occidental: épica, lírica y dramática.

En pocas palabras, como lo sostiene Palmer Hudson, la poesía es una herencia común de la humanidad.

Ahora bien, las formas y las estructuras poéticas folklóricas responden a la idiosincrasia de cada pueblo según sea «el genio de su lengua y el carácter de su tradición poética». O sea que se moldean siguiendo los hábitos y necesidades de los cantores y poetas populares.

La poesía folklórica, sin embargo, se atiene y rige por normas en cuanto a su métrica, rima y estrofas, que, «si bien empíricas y no escolásticas (están) bien delineadas, y las cuales permiten establecer criterios formales».

En base a estos criterios se han intentado múltiples clasificaciones. Pero, para efectos de este trabajo se utilizarán como base, pero modificados, los criterios expuestos por Bruno Jacovella para la poesía de adultos, sin dejar de subrayar que para un estudio de mayor profundidad es necesario fundamentarse en criterios más sólidos y amplios.

- A. Poesía Lírica: Coplas y Décimas
- B. Poesía narrativa o épica lírica: romances, romancillos y corridos.

ORIGEN DE LA POESÍA FOLKLÓRICA

La poesía y el canto populares se deben a la creación de un individuo, letrado o no. Son los diferentes procesos de folklorización, matizados por el devenir histórico, los que le han impreso su carácter colectivo y permitido asumir el valor de patrimonio común en el ámbito de las clases populares. Se obvian así las discusiones suscitadas de los pre-románticos del siglo XVIII en torno al problema del creador de la poesía tradicional. De esta manera, la poesía y el canto folklórico se han originado, por una parte, en los estratos dominantes, y por otra, en el seno mismo de las clase subalternas, como lo han demostrado Lombardi Satriani y Margit Frenk Alatorre. Por ello Gramsci, con meridiana claridad define la poesía y el canto folklórico como «aquellos no escritos ni por el pueblo ni para el pueblo, pero adaptados por este por estar de acuerdo a su manera de pensar y sentir».

La poesía folklórica del género que se presenta en este trabajo tuvo su origen durante el feudalismo Edad Media, especialmente siglos XI al XIV) y en los inicios del capitalismo (siglos XV y XVI) en la Europa Central.

Entre los siglos XI y XV, y como apunta Marx, si bien existían sustanciales diferencias económicas entre el campo y la ciudad, entre siervos y señores, culturalmente había un flujo y reflujo entre las clases en oposición.

De ahí que los trovadores, troveros y ministriles entonasen sus canciones de amor y gesta tanto en las plazas y mercados de los burgos y de las aldeas, como en los castillos de los señores.

La poesía folklórica aparece casi simultáneamente en varios países europeos. Sin embargo por la naturaleza de este ensayo, la atención recaerá sobre el florecimiento de la poesía popular en España.

Las raíces de la poesía tradicional en España se hunden en la herencia de los pueblos árabes y cristianos que habitaron la península antes y durante la Edad Media. Las jarchas mozárabes, por ejemplo, poesía de principios de la Edad Media, recién descubierta, brindan una idea de lo que pudo ser la lírica musical hispana en la época medieval. Según Margit Frenk Alatorre, hacia el siglo X ya existía en España una auténtica poesía popular que era recitada por la gente «de baja condición», por el vulgo iletrado fundamentalmente campesino. Agrega la autora que a partir de entonces es una poesía colectivizada que se impone al individuo en la creación y recreación de cada cantar.

Al mismo tiempo, las clases dominantes feudales incorporan estos «rústicos cantarxillos» a sus inquietudes estéticas y patrones culturales, es así, en la corte napolitana de Alfonso V de Aragón, siglo XIII, es donde aparece por primera vez – de acuerdo a la documentación existente- ese gusto por la poesía de las clases subalternas. Y en Castilla y León, Alfonso X, el Sabio, en el mismo siglo, «manda e ordena» recopilar y copilar los cantares de su época, formando el cancionero de las cantigas de Santa María. Esta etapa de reconocimiento –y por ende de documentación escrita- de la poesía popular española abarca hasta 1580. Pero el apogeo de la misma se inicia, de hecho, en el siglo XV en la corte de los reyes católicos y en el palacio de los duques de Alba.

Por otro lado, a nivel del estrato de las clases subalternas se han documentado directamente cientos de poesías y cantares, que existían dentro de la tradición folklórica del siglo XV, labor realizada, entre otros, por Juan de Mal Lara (1524-1571), discípulo de Erasmo. Y, de manera indirecta, con lo que surge de la comparación de los textos literarios del siglo de oro con el actual cancionero folklórico, especialmente los vigentes aún entre los sefardíes de Oriente y África, quienes han conservado el recuerdo, casi inalterado, de las canciones que sus antepasados cantaban antes de su expulsión de la península en 1492 por los reyes

católicos. Puede concluirse, entonces, que la actual poesía folklórica hispana e hispanoamericana tiene sus raíces en línea directa de la poesía erudita de los cancioneros de las cortes de las clases subalternas de los siglos XV y XVI.

A estas alturas existe ya un sistema social bien definido que escinde la sociedad en clases, lo que permite la existencia e interacción de dos tipos de poesía, la popular y la erudita, las cuales, después de 1492, con la expulsión de los judíos, la reunificación de España y el descubrimiento del Nuevo Mundo, se han de trasladar a América casi inalteradas en su esencia.

La poesía popular sienta sus reales desde el primer momento en que los colonizadores y conquistadores pusieron su huella en las Indias Occidentales. Bruno Jacovella sostiene que gran parte de los romances, romancillos y formas líricas de poesía hispana, como las coplas, «vinieron tal cuales de España»: basta para probarlo el hecho de que los mismos temas se encuentran en mil y una variantes a lo ancho y largo del continente.

Es ya un lugar común mencionar a Bernal Díaz del Castillo cuando refiere cómo, durante la conquista de México, los conquistadores repetían romances y otras formas de literatura popular. Durante el largo período del coloniaje hispano la poesía se difundió tanto a nivel oral como a través de los «pliegos y colecciones de poesía varia» y cancioneros que venían en las naos consignados a los palacios y catedrales virreinales. La población autóctona pre-colombiana no conoció las formas fijadas de versificación, pero sí manifestó una aguda sensibilidad por las expresiones estéticas literarias de carácter subjetivo, como lo prueban los cantares de Netzahualcōyotl en la región mesoamericana y las manifestaciones literarias provenientes del área andina.

Una vez implantado en América el régimen económico de explotación, el cual a la división de clases añadió la variante étnica, la poesía de origen hispano se adaptó, se transformó en contenido aunque no de forma y se llenó de nuevo significado. En pocas palabras, se americanizó a través de paulatinos procesos de folklorización y de adaptación por parte de las clases dominadas, llegando a formar la síntesis dialéctica cultural que constituye la poesía folklórica latinoamericana de hoy. Retomando a Gramsci: no interesa el origen de la poesía y del canto. Lo importante estriba en que se incorpore al patrimonio cultural de las clases desposeídas. Hoy, seis siglos después, esta poesía sigue vigente, paralela a la producción de las clases dominantes, y cuestiona sus valores.

Debemos advertir, asimismo, que nunca fue nuestra intención realizar una exégesis de estos materiales, pues desnaturalizaría el objetivo original que nos hemos trazado.

Nuestro deseo es ofrecer al pueblo de Otavalo y al resto de provincias ecuatorianas *una flor de coplas varias* —en el sentido de Menéndez Pidal—, para que posteriormente se realicen los estudios necesarios los cuales, creemos, deben llevarse a cabo cuando el material de otras provincias sea tan abundante como el de la presente *Antología* y así poder llegar a conclusiones valederas, por lo que debe incentivarse la investigación tanto por ecuatorianos como estudiosos que como nosotros amamos entrañablemente a Ecuador en todo sentido de lo latinoamericano, y por el conocimiento que hemos adquirido de su pueblo extraordinario, con quien hemos convivido momentos agradables, sus frustraciones, su miseria y su alegría, tanto en el trabajo de campo como en el de gabinete.

Celso A. Lara Figueroa

ÍNDICE

1. Índice
2. Dedicatoria
3. A manera de introducción (Celso A. Lara Figueroa)
4. Antecedentes históricos
5. La copla: fenómeno folklórico
6. Clasificación y tipología de la copla
7. Estudio literario de la copla
8. La copla y el lenguaje
9. Coplas románticas
10. Coplas picarescas
11. Coplas amoratorias
12. Coplas costumbristas
13. Coplas elegíacas
14. Coplas satíricas
15. Coplas picarescas religiosas
16. Coplas burlescas
17. Coplas políticas
18. Coplas trágicas
19. Coplas de matrimonio
20. Coplas de muerte
21. Coplas sentenciosas
22. Coplas religiosas
23. Coplas líricas
24. Coplas festivas
25. Coplas eróticas
26. Bibliografía
27. Referencias de campo.

Nº. 45 ARTESANOS CAMPESINOS: DESARROLLO SOCIO-ECONÓMICO Y PROCESO DE TRABAJO EN LA ARTESANÍA TEXTIL DE OTAVALO

Autor: Peter C. Meier

Serie:

Editores: Banco Central del Ecuador, Instituto Otavaleño de Antropología, Abya-Yala

Impresión: Centro Cultural Abya-Yala

355 páginas

Quito, 1996.

Introducción

El presente estudio trata sobre los campesinos-artesanos indígenas de la región de Otavalo, Ecuador. En el transcurso de él presentaremos la historia de estos productores, examinaremos su organización social, y analizaremos los cambios causados sobre todo por su creciente integración a los mercados nacionales e internacionales. Los Otavaleños han estado ligados a dichos mercados desde la llegada de los españoles; sin embargo, a través de la historia, su inserción ha tomado diversas formas, ninguna de las cuales condujo a la total disolución de su organización social. Así, todavía predomina en Otavalo la producción doméstica, lo mismo que la típica combinación entre agricultura e industria, producción destinada al autoconsumo y producción mercantil, que caracteriza al 'campesino clásico'. Todo ello es sorprendente –para decir lo menos– tanto para los teóricos marxistas como para los neoclásicos. No obstante, es posible encontrar otras regiones en que, a pesar de la expansión del capitalismo, aún predomina la producción campesina; pero lo que distingue a Otavalo de dichas regiones no es sólo la permanencia de la producción campesina per se sino el hecho de que los Otavaleños participan en el mercado a través de su producción no agrícola y que, además, han tenido éxito en mejorar su nivel de vida sin tener que abandonar completamente sus antiguas formas de producción. Aún cuando los Otavaleños no son una masa indiferenciada, se encuentran, en general, en mejor situación que la mayoría de los otros grupos indígenas que habitan en la Sierra ecuatoriana.

Aunque este estudio es bastante específico, está orientado a una de las problemáticas históricas y teóricas más generales con respecto al desarrollo del capitalismo en el Tercer Mundo, o sea a la pregunta sobre las condiciones que permiten la mantención o llevan a la transformación de la producción doméstica. La persistencia de un campesinado con fuerzas productivas poco desarrolladas es la manifestación más común de esta problemática y, ligado a ella, los procesos de diferenciación social y

formación de nuevas clases. En cuanto se refiere a estos problemas, nuestro estudio, más que describir una economía regional en particular, o una organización social específica, es un intento de aportar algo nuevo a la literatura relacionada con el desarrollo rural en general.

La existencia y persistencia de un gran número de campesinos, tanto en América Latina como en el Tercer Mundo en general, ha dado lugar a una larga discusión entre académicos, expertos del desarrollo, funcionarios de gobierno y líderes políticos. Los campesinos no sólo son numerosos sino que, en general, son pobres, sin educación, carentes de organizaciones que defiendan sus intereses y, además, se encuentran excluidos de la participación política y de los beneficios del desarrollo socio-económico. Su baja productividad no sólo causa su propia pobreza sino que, en numerosos países, pone en peligro el suministro de alimentos para la economía en su conjunto. En tales circunstancias no se puede ignorar más el potencial económico y político de los campesinos. La movilización sistemática de las masas campesinas debe reemplazar a su marginación general. Ya sea que se esté interesado en su movilización política o en la reorganización de su economía, el resultado de cualquier intento para mejorar las condiciones de vida del campesinado depende en gran medida de un análisis correcto de sus condiciones presentes, o sea de su existencia socio-económica y su conciencia política.

El estudio de los campesinos ha sido descuidado por los economistas y sociólogos, tanto marxistas como neoclásicos. Ambas escuelas los han visto simplemente como vestigios del pasado, condenados por la historia, en la medida en que la economía desarrolla sus fuerzas productivas. Como tales no han merecido más consideración que aquella orientada a analizar los mecanismos que obstaculizan su «modernización» y a proponer formas de superar dichas trabas. Se esperaba así, que la agricultura campesina se desarrollaría, transformándose en una producción mecanizada del tipo «farmer»: En cambio, los marxistas suponían que el campesinado se diferenciaría en trabajadores asalariados y burguesía agraria y que cualquiera fuera la vía seguida, este proceso conduciría a su completa disolución.

Sin embargo, los campesinos se encuentran muy lejos de desaparecer; por el contrario, en varios países su número es creciente. Los Censos muestran que, si como aproximación tomamos los «trabajadores por cuenta propia» y los trabajadores «familiares», entre comienzos de los 60 y los 70 en número absoluto de campesinos creció en ocho de trece países latinoamericanos. Además, en siete casos, sus tasas de crecimiento son superiores a las de otros tipos de productores agrícolas, indicando así un aumento no sólo en términos absolutos sino también en términos relativos. Por otra parte, en 10 de 15 países latinoamericanos se ha encontrado que los campesinos constituyen más de la mitad de la población económicamente activa

ocupada en la agricultura. Esto es, que ellos se mantienen como tales a pesar de que durante las dos últimas décadas la agricultura comercial, y particularmente la capitalista, se ha expandido en dichos países.

En el Ecuador ha habido también un aumento en el número absoluto de campesinos; no obstante lo cual su importancia numérica relativa ha disminuido tanto en relación a la población total como también con respecto al número de productores agrícolas. Además, este proceso ha sido muy desigual y diferente según la región del país de que se trate. En general, se puede decir que el proceso de proletarianización del campesinado se ha desarrollado mucho más rápido en las regiones de la Costa que en la Sierra, pero también hay una gran variación entre y dentro de cada una de las provincias de la Sierra. Así tenemos que la proporción de asalariados agrícolas en el total de la fuerza del trabajo del sector supera el 40% en tres de las diez provincias; esto es, en Pichincha, Imbabura y Carchi. Al menos en la Sierra Norte se observa una clara tendencia hacia la proletarianización campesina; en Imbabura por ejemplo, el número absoluto de «trabajadores por cuenta propia» en la agricultura decreció en un 28.5% entre 1962 y 1974. En el mismo período, la importancia relativa de estos productores en relación al total del sector disminuyó del 52.5% al 42.7%. Sin embargo, y como veremos en nuestro estudio, esta transformación no es simplemente el resultado de la expropiación directa de la tierra de los campesinos, lo cual los transformó en una clase de trabajadores asalariados; por el contrario, encontramos varias formas de «descampesinización». Algunas de ellas consistían en transformar a los campesinos en nuevos tipos de productores, sin necesidad de expropiarlos completamente la tierra que poseían. Así es como el número absoluto de explotaciones campesinas se incrementó no sólo en las provincias en que los campesinos forman la mayoría de los productores agrícolas sino también en aquellas en que el proceso de proletarianización pareciera estar más avanzado. En síntesis, puede decirse que el Ecuador, al igual que en muchos otros países latinoamericanos, el desarrollo capitalista no ha expropiado ni transformado completamente al campesinado tradicional.

En vista de esta situación generalizada, un conjunto de autores ha reabierto la discusión sobre la «cuestión agraria». La necesidad urgente de desarrollar estrategias eficientes para su supervivencia ya no permite que solamente se especule acerca del destino del campesinado. Ya sean remanentes del pasado o no, los campesinos se encuentran luchando ahora por su supervivencia y no pueden ser ignorados política ni económicamente por más tiempo. Las estrategias de desarrollo destinadas a mejorar sus condiciones de vida y a incrementar su producción son necesarias ahora mismo, pero su éxito sólo puede basarse en un adecuado análisis de la economía campesina. Esto requiere que reconsideremos las características básicas de la producción campesina y que reabramos el debate sobre la «cuestión agraria», esta vez en el contexto del Tercer Mundo. Nos dedicaremos a esto en el capítulo 1 donde también

presentaremos los conceptos que utilizaremos en nuestro estudio, delineando los principales problemas que aparecen en el contexto de Otavalo. Por ahora es necesario realizar una breve caracterización de la región de Otavalo y luego presentar brevemente la metodología que hemos utilizado para analizar esta particular economía y su organización social.

La Región de Otavalo

La ciudad de Otavalo, cabecera del cantón Otavalo en la provincia de Imbabura, se encuentra ubicada en la parte Norte de la Sierra ecuatoriana, a unos 110 kilómetros al noreste de la ciudad de Quito. Para 1974 la población total de la ciudad era de alrededor de 13.500 personas en tanto que el cantón alcanzaba a las 54.710 personas. Durante el periodo 1962-74 la población del cantón creció al 1.6% anual promedio. Otavalo se encuentra ubicada a 2.565 metros sobre el nivel del mar, en un valle encerrado por dos volcanes, el monte Imbabura de alrededor de 4.600 m. y el monte Cotacachi de 4.939 m., que se encuentra algo más distante. La extensión del cantón es de alrededor de 650 kilómetros cuadrados. En la región hay también algunos pequeños ríos y lagos; el suelo es fértil y la tierra puede ser cultivada hasta los 3.200 metros de altura. De esta manera la agricultura otavaleña tiene lugar en diversos pisos ecológicos, siendo sus principales productos: maíz, fréjol, cebada y papas, aunque algunas haciendas se encuentran dedicadas también a la producción de leche en gran escala. El clima es bastante variable dependiendo más de la altitud que de la época del año; la temperatura media varía entre 13.7 grados centígrados en Agosto a 14.6 en Mayo, en tanto que la máxima alcanza a los 26.1 grados y la mínima es de 2.5 grados centígrados. La precipitación media varía entre 10 milímetros en Agosto hasta más de 100 mm., en Marzo, Abril y Noviembre.

Los campos de Otavalo son cultivados en forma intensiva; pero la distribución de la tierra es muy desigual. Se tiene que 39 haciendas (el 0.6% de las explotaciones) con una superficie que varía entre 100 y 2.500 Has. cada una, controlan el 48.7% del área total. Por otro lado, más de 6.000 pequeños propietarios (el 89.2% del total de explotaciones) con menos de 5 Has. cada uno, controlan el 23.4% del área total. Además se observa que alrededor del 60% de dichas explotaciones son menores de una hectárea, siendo la mayoría de estos agricultores campesinos indígenas, en tanto que todos los grandes terratenientes son blancos o mestizos.

En síntesis, y en relación a sus aspectos físicos y a su estructura social y agraria encontramos que Otavalo no es muy diferente de otras regiones de la Sierra ecuatoriana. Lo mismo puede decirse para la ciudad de Otavalo la que funciona en primer lugar como centro administrativo y comercial, integrando de esta manera las zonas rurales aledañas y conectando a la región a la economía y formación social

nacional. En realidad, durante los días laborables, Otavalo es similar a cualquier otra región de la Sierra. Sólo cuando observamos con más detenimiento, vemos que la ciudad y las comunidades rurales comienzan a mostrar sus características distintivas; así es como podemos descubrir la inigualable industria de los otavaleños. En cada patio trasero encontramos familias enteras operando hábilmente numerosos telares, tornos de hilar y otros instrumentos artesanales. Días tras día éstas producen una interminable corriente de ponchos, chales, suéteres, bufandas, telas de algodón y de lana, esteras, tapices, camisas, blusas, vestidos y muchos otros artículos. Las tiendas locales que venden las materias primas para dichas artesanías son las que, durante la semana, están más ocupadas. Todas estas actividades se aceleran hasta culminar finalmente en la feria semanal que tiene lugar los sábados en la mañana.

Comenzando a las 4 a.m. se reúnen más de 15.000 personas en Otavalo; la mayoría llega por bus o por camión, muchos también caminan y otros llegan en bicicleta. Ellos traen animales, comidas, lo que es más importante, el producto de su artesanía. El comercio empieza inmediatamente después que han ocupado su puesto, o un lugar en el suelo. Previo a la llegada de los turistas, los comerciantes indígenas y mestizos van de puesto en puesto comprando textiles y ropas para su posterior venta, ya sea dentro del Ecuador o en el exterior, donde se incluye EE.UU, Canadá y Europa. Con el dinero obtenido por sus ventas, el campesino-artesano compra materiales para su producción de la semana siguiente, alimentos, bebidas y otros artículos ya sea para el consumo personal o productivo. Su artesanía les ha permitido no sólo conservar sus formas tradicionales de producción sino también mejorar su nivel de vida. La mayoría de las familias ahora poseen radios, relojes, máquinas de coser y otros bienes de consumo moderno. Algunos, incluso, han podido comprar aparatos de televisión, automóviles o camionetas.

Estos aspectos socio-económicos distinguen a Otavalo de otras regiones del Ecuador y contradicen las visiones estereotipadas acerca de las comunidades campesinas estáticas y aisladas así como también las predicciones simplistas con el mercado. Los otavaleños han participado en la economía global por largo tiempo y en ningún caso se puede decir que formen una sociedad estática. Por el contrario, la innovación ha pasado a formar parte integral de sus estrategias de vida. Ellos han reorganizado su producción doméstica así como su estructura social ampliada. Ciertamente hay tendencias hacia la proletarianización y a la separación de la agricultura de la industria, pero ellas no son universales. Las relaciones sociales capitalistas han sido introducidas desde hace ya largo tiempo en la región, incluso se han desarrollado entre los mismos campesinos; no obstante, ello no ha llevado a la conformación de un proletariado estable, siendo la producción doméstica la forma más común que se encuentra tanto en la agricultura como en la industria. Dado que la mayoría de los productores se dedican a ambas actividades simultáneamente, la economía regional de Otavalo

aparece como altamente industrializada. De acuerdo con el Censo de 1974, el 38.8% de la población económicamente activa está ocupada en la industria; esto es 3.3 veces el promedio nacional. La misma fuente de información indica también la persistencia de la producción doméstica puesto que menos de la cuarta parte de los productores que se dedican principalmente a la manufactura trabajan por sueldos y salarios, en tanto que a nivel nacional dicho índice de proletarización supera el 50%.

En síntesis, se puede decir que los Otavaleños han retenido muchos de los aspectos que caracterizan al «campesino clásico». Producen tanto para el consumo como para el mercado; se dedican tanto a la agricultura como a la industria, y no han abandonado la unidad doméstica como su unidad básica de producción, ni la combinación de diferentes tipos de relaciones sociales. Sin embargo, han introducido nuevos medios de producción, técnicas y formas de cooperación y participación en el mercado hasta lograr de esta manera que se mejore su nivel de vida. A la luz de estos cambios pareciera que dichos campesinos no se encuentran «históricamente condenados» sino que más bien han podido adaptarse a las nuevas condiciones socio-económicas, contribuyendo al desarrollo general de la formación social en su conjunto.

Una nota acerca de la metodología

Los capítulos históricos acerca de Otavalo se basan en fuentes tanto primarias como secundarias. Como es bien conocido entre los historiadores del período colonial en América Latina, el principal problema que se encuentra en la mayoría de las fuentes de información primaria es que ellas reflejan, fundamentalmente, la posición de los terratenientes y de la elite política antes que los puntos de vista de los campesinos y de la clase trabajadora urbana. Aunque éstos contribuyen tanto como sus patrones, los pobres generalmente no «escriben» la historia. Así los campesinos aparecen en los documentos coloniales, en el mejor de los casos, como números en las listas para la recolección de impuestos o, como activos en los inventarios de las haciendas. Su historia tiene que ser reconstruida quasi «por deducción» y a partir de la historia de la clase dominante durante la Colonia. Sin embargo, el caso de Otavalo es también excepcional en este aspecto. Siendo una encomienda de la Corona y estando bajo la Administración directa de la Real Audiencia de Quito existe mucha más documentación referente a ella que para las otras regiones de la Sierra ecuatoriana. Además, los visitantes al país, desde los embajadores reales Juan y Ulloa hasta diplomáticos extranjeros, han visitado e informado casi invariablemente sobre Otavalo. Estos documentos junto a otras fuentes con información secundaria, permiten elaborar un recuento histórico adecuado. Obviamente que cierto trabajo de Archivo podría mejorar nuestro resumen; no obstante, para el presente estudio en que la

dimensión histórica se la limita a proveer los antecedentes básicos para entender el actual Otavalo, nos parece que las fuentes publicada son suficientes.

Métodos más diversos han sido utilizados en los capítulos relativos al Otavalo de nuestros días. En primer lugar nos hemos basado en una serie de trabajos etnográficos, los cuales describen varias comunidades y, además utilizan diferentes perspectivas. En segundo lugar, hemos utilizado información tanto publicada como no publicada y proveniente de organizaciones de gobierno, oficinas locales e instituciones privadas.

Lo fundamental de la información primaria fue recolectada a través de la observación participante y de entrevistas con campesinos-artesanos, dueños de tiendas, comerciantes, aprendices, trabajadores y un conjunto de otras personas que viven y trabajan en Otavalo. Esta información fue complementada por una serie de detallados estudios de caso que incluyeron a setenta y cinco unidades domésticas y talleres ubicados en la región. Con este objetivo se utilizó un cuestionario comprensivo que en muchos casos requirió de visitas adicionales para poder obtener una visión más adecuada de la situación socio-económica de los productores.

El capítulo 1 ubica nuestro estudio en el marco de la discusión general acerca de la «cuestión agraria», presenta los principales conceptos que serán utilizados en nuestro análisis y delinea el tema central a estudiar. El capítulo 2 resume lo que ha sido la pre-historia del campesinado otavaleño en tanto que en el capítulo 3 vemos como era Otavalo alrededor de treinta o cuarenta años atrás. Los capítulos centrales de nuestro estudio enfocan el Otavalo de nuestros días; en el capítulo 4 estudiamos la agricultura campesina y las estrategias que han permitido su persistencia a pesar de la expansión capitalista. Los capítulos 5 y 6 presentan nuestro análisis de la artesanía campesina y de la industria, mostrando las condiciones bajo las cuales estas actividades refuerzan o debilitan la producción doméstica. Finalmente, el capítulo 7 considera a la economía campesina como conjunto, sintetiza los cambios que han tenido lugar en su organización social y replantea las preguntas relativas a la persistencia del campesinado, a su diferenciación social y a su transformación en nuevos tipos de productores.

Índice

Introducción

1. La persistencia y transformación del campesinado: conceptos analíticos y exposición del tema

1.1. La cuestión agraria

1.2. La producción campesina: unidad básica y relaciones de producción

- 1.3. **La reproducción y transformación del campesinado**
 - 1.3.1. **Diferencia social**
 - 1.3.2. **Vías alternativas de desarrollo**
- 1.4. **Persistencia y transformación de los campesinos-artesanos**

2. Antecedentes históricos

- 2.1. **El período colonial**
 - 2.1.1. **Los obrajes de otavalo**
 - 2.1.2. **El programa de reformas de Otavalo**
 - 2.1.3. **Las sublevaciones otavaleñas de 1777**
 - 2.1.4. **La estructura social de Otavalo en el siglo XVIII y la decadencia de los obrajes**
- 2.2. **Los comienzos de la era republicana**
- 2.3. **La producción textil durante el siglo XIX y comienzos del siglo XX en Otavalo**

3. La determinación de las condiciones para el cambio

- 3.1. **La unidad doméstica campesina de Otavalo**
- 3.2. **Relaciones sociales de producción**
 - 3.2.1. **Relaciones no mercantiles**
 - 3.2.1.1. **Relaciones comunales**
 - 3.2.1.2. **Relaciones intercampesinas**
 - 3.2.1.3. **Relaciones entre campesinos y terratenientes**
 - 3.2.2. **Relaciones mercantiles**
- 3.3. **Integración parcial al mercado y ocupación múltiple**
- 3.4. **Las raíces de la diferenciación social dentro del campesinado**
- 3.5. **«Penetración institucional»**
 - 3.5.1. **Organización política**
 - 3.5.2. **La Reforma Agraria**
 - 3.5.3. **Otras actividades del gobierno**
 - 3.5.4. **Actividades de las organizaciones no gubernamentales**
- 3.6. **La expansión del mercado y las relaciones capitalistas de producción**

4. La persistencia de la agricultura campesina

- 4.1. **La transformación de la hacienda**
- 4.2. **Las haciendas capitalistas y la agricultura campesina**
- 4.3. **La unidad doméstica campesina como unidad básica de producción**
- 4.4. **La persistencia de la agricultura campesina en Otavalo**

- 4.4.1. Número y tamaño de las explotaciones
- 4.4.2. Las formas de tenencia
- 4.4.3. El uso de la tierra
- 4.4.4. El grado de mercantilización
- 4.4.5. La mano de obra
- 4.5. La producción para el autoconsumo como estrategia de conservación

5. La persistencia y transformación de la artesanía campesina

- 5.1. Los tejedores de fajas
- 5.2. Los tejedores de bayetas
- 5.3. Los tejedores de cobijas
- 5.4. Los tejedores de lienzo
- 5.5. Los tejedores de esteras
- 5.6. Los hilanderos y los tejedores de suéteres de Carabuela
- 5.7. Los tejedores de ponchos tradicionales

6. Talleres capitalistas y fábricas

- 6.1. Los tejedores de ponchos livianos
- 6.2. Los tejedores de tapices y cortinas
- 6.3. Talleres mecanizados
- 6.4. Las fábricas
- 6.5. Resumen comparativo

7. Discusión y conclusiones

- 7.1. La conservación de la agricultura campesina
- 7.2. La persistencia y transformación del artesanado campesino
- 7.3. La emergencia de empresas capitalistas a partir de los campesinos-artesanos
- 7.4. La proletarianización
- 7.5. Conclusiones e implicaciones prácticas

Notas

Bibliografía.

Nº. 46 y 47 INSTRUMENTOS MUSICALES POPULARES REGISTRADOS EN EL ECUADOR

Autor: Carlos Alberto Coba

Serie: Cultura Popular

Editores: No. 46 Instituto Otavaleño de Antropología; No. 47 Banco Central del Ecuador

Impresión: No. 46 Editorial Gallocapitán; No. 47 Gráficas Ayerve C. A.

360 + 676 páginas

Otavaló, 1981; Quito, 1992.

Introducción

Este trabajo pretende demostrar la historia, persistencia, dispersión, uso y función, constantes y variantes de los «Instrumentos Populares Ecuatorianos» desde tiempos preteritos hasta el momento actual. El arte musical, sublime fluidez de la belleza del espíritu humano, se ha servido de los instrumentos populares para expresar y componer unidades de tremenda carga emocional y, a través de ellas, formar las especies, los géneros y, lo que es más, identificar nuestro cancionero nacional ecuatoriano.

Los instrumentos populares, constantes en su estructura, unos han permanecido estáticos y otros han ido perfeccionándose en el decurso de los tiempos hasta introducirse en la estructura sustancial de la orquesta sinfónica moderna cambiando la concepción estructural, rítmica, melódica, tonal, etc., de esta manera, han variado las antiguas concepciones estructurales.

Antropólogos, etnógrafos, etnomusicólogos, folclorólogos y otros científicos sociales se han volcado a redescubrir la génesis y los alcances de los instrumentos populares. El objetivo fundamental de estos estudios es dar la materia prima para compositores, profesores y estudiosos, a fin de que utilicen estos elementos y elaboren músicas nacionales, elaboren cartillas para la docencia y se establezcan las verdaderas estructuras musicales de nuestras culturas. Con estos elementos tendremos nuevas formas con sabor ecuatoriano y el pueblo, poseedor, transmisor y dinamizador, se identificará con su cultura. El educando, desde la pre-primaria hasta la educación superior, irá adaptándose a nuestras melodías sean de carácter popular o dentro de las grandes formas musicales y comenzará a valorar y amar lo nuestro, sin que esto signifique que se deba despreciar las obras de los grandes maestros. Para alcanzar esta meta se requiere de una verdadera programación.

Instrumentos populares –pueblo y resultado de éstos (acerbo musical)- e

identificación popular, sería la ecuación planteada para una identificación con nuestras raíces y podremos saber qué somos, qué fuimos y hacia dónde vamos. Despejada la ecuación tendremos como resultado conocer nuestras raíces para buscar la autogestión y lograr la autodeterminación de nuestro pueblo. La identificación detallada de las acciones conforman las diferentes interacciones, además de ser casi imposible, no es necesaria, puesto que formas muy disímiles pueden contener definiciones iguales o semejantes con respecto a las características que aquí nos interesan: determinar el origen étnico, cultural: instrumentos populares y unidades musicales para formar las especies, los géneros y nuestro cancionero. Tenemos, además, que por el carácter implícito de gran parte de ellas, resulta más práctico su inferencia a partir del análisis de los condicionantes histórico-sociales, juntamente con una praxis determinada. El reconocimiento, aceptación y un mayor conocimiento de la «cultura ecuatoriana» es sólo un paso en este proceso, un paso indispensable para la redefinición de una identidad cultural auténtica.

Para este trabajo hemos hurgado todas las fuentes a nuestro alcance, que sirvan de base para reconstruir la historia de los instrumentos populares, como: datos arqueológicos, cronistas, viajeros, etnógrafos, historiadores y estudiosos que de una u otra forma han tratado el tema de una manera circunstancial. Deben sumarse a estas búsquedas, las investigaciones del autor desde 1968 a 1974, investigaciones del Instituto Otavaleño de Antropología desde 1967 a 1980; y una investigación Etnomusicológica y Folklórica entre el Instituto Interamericano de Etnomusicología y Folklore (INIDEF), Centro Multinacional de Programa Regional de Desarrollo Cultural de la Organización de los Estados Americanos (OEA) y el Instituto Otavaleño de Antropología (IOA), en el año de 1975; además se han realizado algunos Convenios de Investigación, como: «Expresión musical vocal y el arpa de los indígenas de la Sierra del Ecuador» a cargo del Dr. John M. Schechter de la universidad de Austin-Texas; «Una etnografía comparativa de los sistemas musicales de los canelos, quichua, shuar y achuar del Ecuador Amazónico» por el Dr. William Belzner de la Universidad de Illinois-Urbana; y, otros investigadores de diferentes universidades que hoy se encuentran en campo. El camino es largo y duro. Queda mucho por andar lo desandado hasta que el trabajo quede terminado, completo y se obtenga una visión global del fenómeno etnomusicológico.

La obra está dividida en dos volúmenes: el primero abarca las variadas clasificaciones de los instrumentos musicales, los instrumentos populares ecuatorianos sucintamente tratados y los instrumentos musicales llamados Idiófonos; el segundo, comprende Membranófonos, Cordófonos y Aerófonos con algunos anexos. Hemos tratado de estudiar el universo de los instrumentos populares para que de él puedan servirse tanto compositores, como maestros y especialistas.

El **primer capítulo** aborda la problemática de la clasificación de los **Instrumentos Musicales Populares** que servirá de base para un ordenamiento, clasificación e **interpretación** de los mismos. Hemos seguido en este trabajo los lineamientos **planteados** por Hornbostel y Sachs, Mantle Hood, Kolinski, Alan Lomax, Danielou, **Charles Bollés**, etc. Y los más relevantes clasificadores. Razones de falta de **aparatos de laboratorio** no nos han permitido clasificar las gamas tonales en gamas reales y **posibles**; sin embargo, hemos empleado, como sustitutos de aparatos de laboratorio **la simbología técnica** indispensable para comprender el fenómeno tonal y estructural.

El **segundo capítulo** ha sido tratado cuidadosamente con fichas de campo, a fin de **demostrar** cuantitativa y cualitativamente el acervo instrumental musical popular en las **persistencias culturales**. Hemos realizado un prolijo registro de fichas y notas de **campo** con el propósito de hacer un registro de los instrumentos populares para **poder** clasificarlos siguiendo los lineamientos de Hornbostel y Sachs; además, para **poder demostrar** nuestra tesis de «Constantes y variantes en las supervivencias **etnoculturales**»; sin embargo, para este catálogo, se han tenido presente trabajos **especializados** y no especializados, los cuales traen datos circunstanciales **comprobados in situ**, a fin de obtener mayor confiabilidad del dato y poder comparar con las **muestras** obtenidas en nuestras investigaciones.

Los **demás capítulos** han sido estudiados bajo un tratamiento riguroso. En cada uno de ellos se ha tratado de comprobar la tesis propuesta para, a través del proceso de **dinamización** y folklorización, buscar las variantes acumulativas dentro del proceso de **aculturación**. Cada instrumento, dentro de su respectivo capítulo, ha sido estudiado dentro del siguiente ordenamiento: historia, mitología, leyenda, creencias, **localización**, descripción, construcción, dimensiones, circuito de sonido, **clasificación** según Hornbostel y Sachs, diagrama clasificatorio según Mantle Hood, **uso y función**, diagrama del instrumento, transcripción rítmica o melódica, aplicación **fenomenológica**, notas bibliográficas y fichas de campo; además, se plantean aquí, **algunas ideas** básicas sobre la metodología utilizada y que puede ser útil para otros **trabajos** posteriores, como el método comparativo, analítico y estructural dentro de un **proceso** histórico-socio-cultural.

En el **conjunto** de objetivos de reafirmación cultural, el Gobierno ecuatoriano y **diversas instituciones**, entre estas el IOA, tienen previsto con carácter prioritario, **impulsar acciones** concretas en relación al rescate de la cultura ecuatoriana y su **incorporación** determinante al Patrimonio Cultural Nacional. Es altamente plausible el **aporte** que viene dando en diferentes campos el Instituto Otavaleño de **Antropología**, ante la situación planteada por la pérdida de muchos elementos que **podrían caracterizarnos** como pueblo diferenciado.

En este trabajo existen algunos planteamientos:

- Si la Organología es una ciencia que trata los instrumentos populares como cultura material dentro de los condicionantes histórico-sociales y modos de producción.
- Si la Organología estudia los instrumentos populares y detecta constantes y variantes tonales y rítmicas en las diferentes culturas nacionales.
- Si la Organología, de carácter tradicional y oral, es transmitida a través de los fenómenos o hechos folklóricos y populares.
- Si la Organología, como resultante, contribuye al desarrollo cultural-educativo para alcanzar una autodeterminación ecuatoriana.

Estas son las tesis que se plantean en este trabajo y que de una u otra forma tratamos de comprobarlas a lo largo de este estudio.

ÍNDICE

Tomo I

Dedicatoria

Introducción

CAPÍTULO I

Sistemas de clasificación

Clasificación tradicional

Clasificación de Mahillon

Clasificación de Hornbostel y Sachs

Clasificación de Gevaert

Clasificación de Schaeffner

Clasificación de Jaime Pahissa

Conclusión

Acotaciones al capítulo I

Bibliografía

CAPÍTULO II

Síntesis de instrumentos populares ecuatorianos

Idiófonos

Membranófonos

Cordófonos

Aerófonos

Bibliografía

CAPÍTULO III**IDIÓFONOS:****Historia****Fiesta del Raymi****El ciclo ecológico y sus fiestas****Festividades e idiófonos****La guerra y los idiófonos****Fiestas familiares****Idiófonos arqueológicos****Instrumentos: Modos de Producción y Procesos Históricos****Los idiófonos vistos por los viajeros e historiadores****Idiófonos tratados por estudiosos contemporáneos****Idiófonos:****De percusión****De entrechoque****Palos-lanzas:****Historia****Origen de la palabra****Descripción****Construcción****Circuito de sonido****Circuito resonador y de amplificación****Clasificación según Hornbostel y Sachs****Uso****Clasificación según Mantle Hood****Transcripción rítmica****Transcripción musical****Bastones:****Historia****Creencias****Localización****Descripción****Construcción****Circuito de sonido****Dimensiones****Clasificación según Hornbostel y Sachs****Clasificación según Mantle Hood****Transcripción rítmica**

Ramas de árboles:

Historia
Leyenda
Localización
Descripción
Uso
Circuito de sonido
Clasificación según Hornboster y Sachs
Clasificación según Mantle Hood
Transcripción rítmica
Transcripción musical

Tuntui:

Historia
Ritual
Canto chamánico: transcripción
Localización
Construcción
Diagrama de construcción
Circuito de sonido y amplificación
Dimensiones
Clasificación según Hornboster y Sachs
Clasificación según Mantle Hood
Uso
Transcripción musical
Mensaje de la fiesta de la chicha
Mensaje para tomar natem
Mensaje para la muerte o para la guerra

Marimba:

Historia
Creencias
Localización
Descripción
Construcción
Circuito de sonido
Dimensiones
Clasificación según Hornboster y Sachs
Clasificación según Mantle Hood
Uso
Transcripción: chigualo

Triángulo:

Historia

Localización

Descripción

Construcción

Circuito de sonido

Dimensiones

Clasificación según Hornboster y Sachs

Clasificación según Mantle Hood

Uso y función

Transcripción: Dulce Jesús Mío (villancico)

Sonajeros:

Historia

Creencias

Localización

Descripción

Sonajero de uñas y de cápsulas:

El shakáp

El márích

Uwi Ijiambratei o Fiesta de la Chonta

Fiesta de la culebra «yanunga», «macanchi», «chichi»

Chilchil

Cascabeles

Cencerros o campanillas

Sonajeros de calabazas:

Sonajeros tubulares

Alfandoque o guazá

Idiófonos de raspadura:

Güiro o raspa

Construcción

Sonajeros de uñas y de cápsulas

Shakáp

Mákich

Chilchil

Cascabeles

Cencerros o campanillas

Dimensiones

Sonajeros de calabazas
Maracas
Alfandoque o guazá
Mandíbula o cumbamba
Güiro o raspa
Dimensiones
Circuito de sonido
Clasificación según Hornboster y Sachs
Shakáp, márích y chilchil
Clasificación según Mantle Hood
Clasificación según Hornboster y Sachs
Cascabeles y cencerros o campanillas
Clasificación según Mantle Hood
Clasificación según Hornboster y Sachs
Maracas
Clasificación según Mantle Hood
Clasificación según Hornboster y Sachs
Alfandoque o guazá
Clasificación según Mantle Hood
Clasificación según Hornboster y Sachs
Mandíbula o cumbamba
Clasificación según Mantle Hood
Clasificación según Hornboster y Sachs
Güiro o raspa
Clasificación según Mantle Hood
Anotaciones bibliográficas
Datos técnicos de campo
Láminas
Transcripciones rítmicas y musicales
Índice bibliográfico

Tomo II

CAPÍTULO IV

MEMBRANÓFONOS

Tambores indígenas
Tambores de un parche
Zambomba
Pandereta y pandero
Cununo

Tambores pequeños
Tambores medianos
Tambores grandes
Bombo
Tambor redoblante
Bomba

CAPÍTULO V

CORDÓFONOS

Cordófonos simples y compuestos
Tumank o tsayántur
Violín
Keer o kitiar
Violín indígena y mestizo
Guitarra
Requinto
Bandolín
Arpa

CAPÍTULO VI

AERÓFONOS

Historia
Aerófonos libres
Zumbambico y wemash
Piedra voladora
Látigo zumbador
Cerbatana y bodoquera
Aerófono de válvula
La bocina
Caracol
Cuerno o cacho
Tunda
Flautas traveseras
Pingullo
Pífano
Chirimía
Wajía
Yakuch
Piat

Piapia
Rondador

ANEXOS

Instrucciones para la mejor conservación de instrumentos

Anotaciones bibliográficas

Datos técnicos de campo

Láminas

Transcripciones rítmicas y musicales

Índice bibliográfico al capítulo

Bibliografía general

Nº. 48, 49 y 50 INVENTARIO DE DISEÑOS EN TEJIDOS INDÍGENAS DE IMBABURA

Autor: Hernán Jaramillo Cisneros

Serie: Cultura popular

Editores: Tomos I y II, Instituto Otavaleño de Antropología; Tomo III, Banco Central del Ecuador

Impresión: Tomos I y II, Editorial Gallocapitán; Tomo III, Graficart

399 + 355 + 523 páginas

Tomos I y II, Otavalo, 1981; Tomo III, Quito, 1992.

PRESENTACIÓN

Frente a la indolente actitud de un dejar hacer que más se asemejaba a un dejar arrasar el valor cultural de la artesanía por parte de los organismos públicos, consecuencia de una ausente política cultural que pudiera definirse como coherente y continua, surgió la necesidad institucional e individual de dar un nuevo enfoque al quehacer artesanal.

El proceso irreversible que constituye la transculturación, al interior de los grupos humanos, exige un tratamiento especial en cuanto se refiere a optar por una acción revitalizadora del quehacer cultural local que debe enfrentar por la dinámica de todo contacto social, la presencia externa motivada por infinidad de razones y criterios. Esta acción que la definimos como una revaloración cultural crítica debe darse en cada una de las manifestaciones del hecho cultural. Casi como que se pudiera decir que hay que enfrentar, en el proceso de evolución de la expresión artesanal, la dinámica de la creatividad y recreatividad colectiva locales frente a la adopción de patrones foráneos

El artesano creador o portador de un hecho cultural tiene la posibilidad y la virtud de transformarse en testimonio de su comunidad sin perder su obra la individualidad que la distingue y la hace única. Si damos por cierto que la cultura, en otra forma aceptable de definición, es el resultado del proceso de enfrentamiento y adaptación del hombre en y con el medio natural que lo rodea, nada más cierto que aceptar que, en el caso de los diseños textiles, cada uno de ellos, siendo el resultado de una creación anónima, de una técnica heredada y perfeccionada a través de innumerables generaciones es, también, el mensaje plástico que refleja una vivencia comunitaria. Se torna, bien se podría decir, en la interpretación simbólica de todo el conjunto de seres o cosas en medio de las cuales nace, crece y muere.

Somos contrarios a una concepción economicista de la artesanía porque pensamos que es un fenómeno de significación cultural que rebasa los límites de la comunidad productora. Por ello decimos que es un problema cultural puesto que para el individuo que la ejerce y practica, cada creación es el reflejo de una riqueza comunitaria asimilada y perfeccionada a través de los años. Porque, no obstante su carácter específicamente individualizado, es un hecho social resultante de la acción de los componentes de la sociedad y se trasmite, como tal, como un producto colectivo. La razón de su preeminencia cultural radica, además, en que es una identificación local dentro de un marco nacional, no olvidando que la personalidad está definida, en parte, por el conjunto de tradiciones y costumbres.

Los diseños artesanales, reflejando todo este contexto, se transforman entonces, en formas de exteriorizar una comunicación.

No se puede definir a la artesanía con criterios económicos que la encasillan y la ubican en función de montos de capitales en giro o volúmenes de venta, peor todavía, en función de la capacidad de maquinaria utilizada. Y porque además de esos enunciados, hasta se planteó como premisa la «deficiencia económica y cultural de la población ocupada en actividades artesanales», por parte del sector público, se inició la tarea de realizar los inventarios artesanales que posibiliten conocer la realidad de la misma, y luego, la dimensión de sus potencialidades pero, sobre todo, la alta calidad de su contenido humano y cultural que no puede ser entendida con la exclusiva óptica de quienes miran el fenómeno cultural nativo con el prejuicio de los formalismos occidentales.

El resultado de esa decisión es el Departamento de Artesanías del Instituto Otavaleño de Antropología y las conclusiones de sus tareas, el inventario de diseños que hoy se ofrece al lector, formando parte de la Colección Pendoneros. No es –y así lo dice el Director del departamento- en forma alguna un trabajo concluido. Es la primera etapa de un largo proceso que tiene que continuarse y ampliarse pero cuya publicación

no podía dilatarse, porque no puede seguir postergándose el conocimiento de esta riqueza cultural, raíz en la que nos asentamos y savia de la que nos nutrimos.

Plutarco Cisneros A.

Índice

Tomo I

PRESENTACIÓN

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO I

Antropomorfos

CAPÍTULO II

Zoomorfos

Tomo II

CAPÍTULO II

Zoomorfos (Continuación)

Capítulo III

Ornitomorfos

Tomo III

CAPÍTULO IV

Geométricos

CAPÍTULO V

Vegetales

CAPÍTULO VI

Sol, estrellas

CAPÍTULO VII

Vivienda

CAPÍTULO VIII

Inscripciones

CAPÍTULO IX

Creaciones actuales

CAPÍTULO X

Indefinidos.





COLECCIÓN CURIÑÁN



Nº 1 MAÍZ: REGALO DE LOS DIOSES

Autores: José Echeverría A. y Cristina Muñoz G.

Editor: Instituto Otavaleño de Antropología

Impresión: Editorial «Nuestra América»

198 páginas + 19 láminas

Quito, 1988

Presentación

Al Instituto Otavaleño de Antropología, Centro Regional de Investigaciones, a veces se ha pretendido, para su juzgamiento, confundirlo con un Centro de Extensión Cultural. Mas, los años de vivencia institucional, le han ido dando una forma de concepción externa, que ha permitido al grueso de la población, ir conociendo con mayor objetividad lo que hace el IOA. Un Centro de Investigaciones no saca su producto con la velocidad con la que se lanza la pirotecnia al aire. El fruto de una investigación seria, demora mucho, más ahora que se hace difícil lograr el financiamiento para la publicación de dichos trabajos.

Esta pequeña colección, que se la ha denominado Curiñán, sale a la luz, a enriquecer el área de las ciencias sociales del país, gracias a un crédito concedido por FONCULTURA, entidad a la que agradecemos su acogida y decisión final.

Esta colección consta de seis libros:

MAIZ: REGALO DE LOS DIOSES, de José Echeverría y Cristina Muñoz, comienza con una breve reseña sobre el inicio y desarrollo del maíz, desde hace aproximadamente 5000 años antes de Cristo, hasta la actualidad. Las pinceladas sobre el origen mítico de este cereal sumergen al lector en un mundo fantástico que casi convence de que el maíz, es un regalo de los dioses. Su cultivo va desde la orilla del océano hasta los 4000m.

En el capítulo II: *De dioses, ritos y costumbres*, se describe el mundo espiritual y mágico, los ritos y ceremonias que conjugan al hombre, la semilla y la tierra.

En el capítulo III: *Maíz ayer, hoy y mañana*: Hallábase maíz en todos los rincones de América, y la población entera lo consumía de mil maneras. Sin embargo, advierten los científicos, no hay que deslumbrarse con el maíz. Una dieta que enfatice demasiado con este cereal, puede producir desórdenes de origen proteínico.

De las tortillas, tamales y chicha de nuestros aborígenes, pasamos a una exhibición

de las comidas y bebidas populares ecuatorianas en base al maíz.

En el capítulo IV: *El maíz en la medicina popular*: especial atención ha merecido la aplicación de este grano en las hechicerías y curaciones. Estas costumbres se observan aún en nuestro continente, especialmente en el sector rural de Guatemala. «La chicha aprovecha contra el mal y detención de la orina, contra las arenas y piedras de los riñones...», igual «las virtudes diuréticas del pelo de choclo»...

En el capítulo V: *El maíz en la literatura*. A manera de ejemplo, los autores transcriben algunas poesías, coplas, acertijos, refranes.

«Chauipi ñampi sara muru shina, shitascami cani»
«Soy como un grano de maíz botado en la calle»

Se estima que existen alrededor de 800 productos que de una u otra manera se derivan del maíz, tanto para la diaria subsistencia como para la industria.

MOTIVOS DECORATIVOS TRADICIONALES EN LOS TEJIDOS DE IMBABURA, de Hernán Jaramillo Cisneros, refleja –de manera ordenada y sistematizada- la sensibilidad y el ingenio de los tejedores de fajas de la provincia. Esta obra es el testimonio de la habilidad de los artesanos indígenas para expresarse a través de imágenes que, sin duda, encierran algún simbolismo lamentablemente perdido. La presente recopilación es muestra de una tradición que puede ser recreada en el futuro pues, al momento, tiende a desaparecer por efecto de fenómenos aculturativos.

LOS CAYAMBES Y CARANGUES: SIGLOS XV – XVI, EL TESTIMONIO DE LA ETNOHISTORIA, de Waldemar Espinoza Soriano. Dos volúmenes (segunda edición) y un Anexo Documental, resultado del Proyecto «Investigaciones Arqueológicas y Etnohistóricas en los Andes Septentrionales del Ecuador», auspiciado por el Programa Regional de Desarrollo Cultural de la Organización de los Estados Americanos y el Instituto Otavaleño de Antropología, año de 1982.

En base a trabajos de investigación en los archivos de España, Perú y Ecuador, el autor analiza las principales costumbres y hechos acaecidos en la sierra norte del Ecuador durante los siglos XV y XVI, en especial.

La primera parte trata fundamentalmente sobre el país de los Cayambes y Carangues, los microclimas, los ayllus y parcialidades, provincia, señorío, parcialidad, reino y Estado, nivel cultural de estos pueblos, economía de subsistencia.

La segunda parte: la conquista y el predominio Inca, administración, urbanismo, templos, mitas, mitades, yanas, Carangue ¿cuna de Atahualpa? .

La tercera parte: bajo el colonialismo español. Siglo XVII: la agresión hispánica, encomiendas, tierra y mitayos, creación de la provincia de Otavalo, el Corregimiento de Otavalo, don Jerónimo Puento, los obrajes, riqueza agrícola y ganadera de los españoles. Década auroral del siglo XVII: desmembraciones y consumación de la destrucción étnica.

Amplia bibliografía: fuentes básicas y fuentes complementarias. ANEXO DOCUMENTAL.

EL LENGUAJE SIMBÓLICO EN LOS ANDES SEPTENTRIONALES, de José Echeverría Almeida. Es una recopilación de diseños precolombinos, con una interpretación de los mismos, en base a las evidencias arqueológicas, etnohistóricas y etnológicas.

El objetivo inmediato de esta obra es enriquecer y dar mayor autenticidad a nuestra artesanía.

El aprovechamiento del diseño precolombino no es un simple «volver atrás», buscando lo exótico para exhibirlo en vitrinas, para curiosidad de los turistas; es ahondar raíces, para en base a ello, proyectarnos con mayor vigor y firmeza.

Dentro de la política cultural del IOA, desde hace ya largo tiempo hemos manifestado que la investigación no se la debe efectuar con criterio meramente especulativo, buscando el saber por el saber, sino que ha de servir al proceso de cambio, en base a un aprendizaje profundo de las realidades sociales del Ecuador.

Con este nuevo esfuerzo editorial del IOA, aspiramos llegar a quienes ostentan liderazgos dentro del campo político, cultural, educacional, artesanal, para que se nutran de su conocimiento y sean, a la vez, portadores pedagógicos de su contenido, en las esferas de su radiación social.

Marcelo Valdospinos Rubio

Contenido

A manera de introducción

Origen y desarrollo del maíz

De dioses, ritos y costumbres

Maíz ayer, hoy y mañana

El maíz en la medicina popular

El maíz en la literatura

Bibliografía citada

Crédito de las ilustraciones

Láminas.

Nº 2 MOTIVOS DECORATIVOS TRADICIONALES EN LOS TEJIDOS DE IMBABURA

Autor: Hernán Jaramillo Cisneros

Editor: Instituto Otavaleño de Antropología

Impresión: Editorial «Nuestra América»

283 páginas

Quito, 1988

Introducción

De las fajas que usan las mujeres indígenas de Imbabura, tomamos los diseños que se publican en esta segunda edición de *Motivos decorativos tradicionales de los tejidos de Imbabura*. Parte de este material ya se publicó en los volúmenes 48 y 49 de la colección «Pendoneros», que editó el Instituto Otavaleño de Antropología, pero sigue inédito lo que debía aparecer en el Nº 50 de esa serie.

Con respecto a la primera edición, hemos realizado una selección diferente de los motivos, los clasificamos de otra manera y el formato del libro permite mayor facilidad en su manejo.

La recopilación del material se hizo entre 1976 y 1980. Con ese fin recorrimos toda la provincia de Imbabura, entrevistamos a cientos de tejedores, y, también, acudimos a personas que nos permitieron tomar los motivos de las fajas de su uso diario o de las que forman parte de sus colecciones. Nuestro trabajo, esencialmente, consistió en trasladar los motivos al papel, de conformidad a las normas del diseño textil: una columna de cuadrículas representa un hilo de la urdimbre y una línea horizontal a una pasada de la trama. Cada vez que un hilo de la urdimbre pasa sobre uno de, trama, el cuadro correspondiente va en color negro, mientras que los que quedan en blanco representan la trama.

Algunos tejedores conservan en su poder muestrarios antiguos, de donde se han tomado los diseños para las fajas actuales. A pesar de que no hay un término de referencia para determinar la época desde la cual se conservan estos motivos, es

evidente, en cambio, que en cada faja está presente el saber y la creatividad colectivos, que se han transmitido de padres a hijos, por muchas generaciones.

Aunque ha pasado poco tiempo desde que se hizo la investigación, es notorio que se han producido cambios notables en el uso de los motivos decorativos, que han sido reemplazados por frases o nombres tomados de cualquier publicación. Esta actitud, que se ha generalizado, la realizan inclusive tejedores analfabetos, que desconocen el significado de lo que «escriben» en las fajas que tejen. Por esta causa están por desaparecer los motivos decorativos de creación de la propia comunidad, en tanto que las fajas se adornan con nombres de ciudades, de políticos nacionales, con marcas de productos industriales o con frases incoherentes.

En las fajas antiguas, que se las hacía por encomienda, lo usual era poner el nombre de la dueña de la prenda. Dos ejemplos de esto encontraremos, en las páginas finales, en la parte correspondiente a motivos diversos.

En el mapa de la provincia de Imbabura señalamos los principales lugares donde se tejen las fajas. A este oficio se dedican, de manera preferente, los adultos, los ancianos y personas físicamente incapacitadas para otras labores. Los jóvenes, para quienes esta actividad no es rentable, emigran a buscar otras posibilidades de trabajo fuera de la comunidad, sea como peones agrícolas de temporada en las haciendas de la misma provincia o del litoral, o como peones de construcción en diferentes ciudades del país. En Imbabura, tejer es actividad exclusivamente masculina, aunque en el caso de las fajas sí es posible encontrar unos pocos casos de mujeres que tejen.

El proceso de trabajo comienza con la compra de la materia prima: hilos blancos de algodón para la urdimbre y para la trama de la base del tejido e hilos de orlón, de colores vivos, para los dibujos de la faja. Estos materiales se los compra a comerciantes especializados en la venta de sobrantes de las fábricas textiles o en el aprovechamiento y reciclado de retazos de la confección de suéteres, que deshilados sirven para el tejido de las fajas. Así se consigue mantener baja la inversión en materia prima, que si fuese adquirida de otra forma haría disminuir la bajísima utilidad que obtiene el tejedor en cada faja.

Entre todos los artesanos textiles de la provincia, los tejedores de fajas son los de menores recursos económicos, su posibilidad de comprar materias primas se reduce a contar con lo necesario para unas cuantas fajas, que debe venderlas al fin de la semana de trabajo, con el fin de compra hilos para otra semana más. Con algún excedente, adquiere alimentos y lo más necesario para su humilde existencia.

Hasta unos años atrás el tejido de las fajas se hacía con hilos de algodón y de lana.

En ese caso, el artesano teñía los hilos de lana de acuerdo al gusto de la persona que encomendaba el trabajo. Ahora que se teje con hilos de orlón, el uso de colores está más limitado a lo que es posible conseguir en los sitios de venta, aunque los preferidos por las mujeres indígenas son: azul, morado, verde, rojo, anaranjado, fucsia, etc.

La urdimbre se prepara sobre un rústico banco de madera, que tiene seis clavos convenientemente distribuidos; o en el suelo, donde se colocan pequeñas estacas de madera, con la misma disposición que en el banco de urdir. Mientras los clavos en los extremos del banco determinan la longitud de la faja, los demás sirven para separar en pares e impares los hilos blancos y en grupos los de color, con el propósito de facilitar ~~posteriormente~~ el tejido. El ancho de la faja, tiene relación con el número de vueltas que se haya dado con los hilos alrededor de los clavos del urdidor, esto es, por el número total de hilos que tenga la urdimbre.

Los hilos blancos y de color se urden simultáneamente. Los blancos forman el tejido de base de la faja, con ligamentos en tafetán, mientras los de color son suplementarios y sirven para hacer los dibujos. Estos hilos de color no forman parte de la estructura principal del tejido.

Con la urdimbre lista, se coloca en su respectivo lugar las partes del sencillo telar de cintura: los *cumiles*, a los extremos de la urdimbre; los *cruceros*, en los sitios por donde debe pasar la trama: uno o varios *inguiles*, sirven para agrupar los hilos de color que forman parte de un dibujo, cuyos ligamentos se repiten de manera continuada, o para separar los hilos del tejido de base en pares e impares. Son complementos del telar: la *callúa*, de madera dura en forma de espada, que sirve para apretar cada pasada de la trama, con el fin de dar mayor consistencia al tejido; el *escogedor de colores*, de hueso o de madera, que tiene como función ayudar a separar los hilos de color que forman parte de un dibujo; la *fúa*, varita cilíndrica de madera sobre la que se envuelve la trama, para pasarla de un lado al otro del tejido; la *huashacara*, cinturón de cuero que sujeta la urdimbre por uno de sus extremos, por medio del cumil; el *aro* o *trabilla*, pieza de madera o un cuerno de venado que, amarrado en un pilar de la casa, sostiene por medio del segundo cumil, el otro extremo de la urdimbre. El conjunto completo, o sea todo el telar de cintura, es conocido por los indígenas como *arma de tejer* o simplemente como *arma*.

Entre los tejedores de fajas la inversión en su equipo de trabajo es mínima. El telar, como acabamos de ver, se reduce a unas pocas piezas de madera que las confecciona el propio artesano. Solamente la callúa exige un poco más de trabajo para su elaboración y pulimento.

Únicamente en la parroquia Natabuela, del cantón Antonio Ante, los tejedores de

fajas emplean un telar vertical, basado en el de cintura pero con ciertas modificaciones. En este caso, no es el tejedor quien mantiene tensados los hilos de la urdimbre; y, tampoco el telar se encuentra sujeto a un punto fijo, sino que es fácil trasladarlo de un sitio a otro, según el deseo del tejedor de trabajar en el sol o a la sombra.

Para hacer el dibujo, el tejedor selecciona los hilos suplementarios que deben quedar sobre la trama, a cada pasada de la misma. Por eso los motivos aparecen en el lado derecho de la faja, con preponderancia de forma y color que en el envés.

En el caso de los diseños geométricos, que se repiten a lo largo de toda la faja, los tejedores colocan una serie de inguiles que los van levantando en cierto orden, conforme se repiten los ligamentos de cada figura. Los inguiles, así, hacen las veces de los lizos del telar de pedales.

Fuera del motivo central, en los dibujos aparecen una serie de puntos que corresponden a los hilos de la urdimbre que el tejedor va sujetando con la trama, con el fin de que no queden largos ligamentos sueltos, que deterioran rápidamente el tejido. Con estos hilos, a veces, se forma figuras secundarias en relación al motivo principal.

El aprendizaje del tejido de fajas comienza con la confección de «cintas», que usan las mujeres indígenas para envolver su cabello como si estuviera trenzado. Estas cintas no llevan motivos decorativos sino listas de color que van a lo largo de toda la urdimbre. Cuando se pasa al tejido de fajas, necesariamente hay que contar con una que sirva de muestra, pues de ahí se copian las figuras. Con algún tiempo de práctica, los motivos se graban en la mente del tejedor y puede repetirlos sin tener el muestrario a la mano. Es en esta etapa cuando se pueden hacer innovaciones o cambios, o se crean nuevos diseños, como los vehículos que se muestran en las páginas finales, como señal de que la creatividad subsiste en la época presente y que hay otros valores que inspiran a los actuales artesanos.

El tiempo para hacer una faja toma de tres a diez horas, esto depende de varios factores: la habilidad o práctica del tejedor, la mayor o menor complejidad de los diseños y el empeño que pone en hacer mejor su trabajo.

Se hace una diversidad de dibujos en cada comunidad de tejedores. Para esta edición los clasificamos en: geométricos, animales y aves, humanos, diversos. En este último rubro hemos agrupado una serie de motivos: estrellas, lo que parece ser representaciones de plantas, vivienda, el sol, símbolos religiosos, indefinidos, vehículos e inscripciones. Junto a cada figura se indica el lugar, con su respectivo cantón, donde fueron recopilados.

Respecto al significado de cada diseño, parece haberse perdido con el paso del tiempo,

pues los tejedores no conocen lo que representa cada motivo o dan variadas interpretaciones, conforme al lugar donde se hace la consulta.

Una vez terminadas las fajas, se las vende en la feria semanal de tejidos en Otavalo. La comercialización es hecha por las esposas o las hijas de los tejedores, en un lugar de la plaza donde se congregan para ofrecerlas a las mujeres indígenas que las adquieren para su uso o a comerciantes que las vuelven a vender en otras provincias de la serranía ecuatoriana.

La faja o *chumbi* (en quichua), es parte indispensable de la indumentaria indígena femenina. Se la lleva envuelta a la cintura sobre otra más ancha llamada *mama chumbi*, para sostener el *anaco*, tela rectangular que se lleva a manera de falda. Las fajas miden entre 2.70 y 3.30 m. de largo, el ancho varía entre 3.5 y 5.0 cm. Las más anchas llevan, a más de los motivos decorativos principales, ciertas figuras laterales, a modo de grecas. Todas las fajas tienen flecos en uno de los extremos, lo que deja ver que no se ha pasado la trama hasta el final de la urdimbre.

Los motivos, en esta publicación, se los representa en el sentido en que fueron tejidos, siguiendo la dirección de la urdimbre. Por razones de una mejor comprensión lo hacemos sin los hilos del tejido de base. En la parte central de la faja se alternan un hilo de base y un suplementario, como en la figura de la izquierda, en tanto que en la figura de la derecha tenemos solo el motivo decorativo.

Desde que se publicó la primera edición, los diseños se han visto reproducidos en pequeños tapices, hechos en telar de cintura por tejedores de la comunidad de Agato y puestos a la venta en el mercado de Otavalo. Dicen los artesanos, que estos motivos tienen buena cogida por quienes buscan originalidad y algo realmente representativo de los valores culturales indígenas de esta región.

Pero ante los violentos cambios señalados arriba, vale preguntarse: ¿Qué es lo que va a suceder con estos motivos en unos años más? ¿Se perderá para siempre este conocimiento que representa la creatividad y el ingenio de anónimos artesanos indígenas? Consideramos que estas manifestaciones, al igual que cualquier otro hecho cultural, pueden desaparecer si han perdido la función para las que fueron producidas. Si este es el caso del material que presentamos, es nuestro deseo que se conserve un testimonio de la capacidad imaginativa y técnica de artesanos que sin contar con conocimientos teóricos de diseño, lograron una enorme riqueza de expresiones, con solo unos cambios en la disposición de los hilos en el tejido. No hay duda de que para llegar a esto, los tejedores acumularon la experimentación de muchísimas generaciones de artesanos.

Nuestra admiración a los indígenas quichuas de Imbabura, creadores de la serie de motivos que aquí se muestran. Para ellos hemos recopilado este material, para que los vuelvan a utilizar cuando busquen más a profundidad sus raíces y afirmen mejor sus auténticos valores culturales.

Índice

Introducción

Motivos geométricos

Motivos de animales y aves

Motivos humanos

Motivos diversos

Nº. 3, 4 y 5 LOS CAYAMBES Y CARANGUES, SIGLOS XV – XVI. EL TESTIMONIO DE LA ETNOHISTORIA

Autor: Waldemar Espinoza Soriano

Editor: Instituto Otavaleño de Antropología

Impresión: Editorial «Nuestra América»

354 + 240 + 181

Quito, 1988

Prefacio

Hasta hace poco se defendía que en los Andes Septentrionales sólo hubo cuatro **naciones** principales: La Puná, Puruháe, Cañar y los «Caras de Quito». Pero ahora la arqueología y, sobre todo, la etnohistoria han despejado la bruma que cubría la protohistoria de los Andes del norte. Hoy se sabe que existieron alrededor de diez **estados**, tales como el Huancavilca, Chono, Palta, Chimbo, Puruháe, Cañar, Quito, Carangue, Cayambe, La Puná y otros.

Sin embargo, no se cuenta aún con la documentación completa para escribir la etnohistoria integral de cada uno de ellos en los siglos XV y XVI. Muchos aspectos sólo pueden ser resueltos por analogía con otras **nacionalidades** y/o grupos étnicos del mundo andino. Los cronistas, en términos generales, no brindan una información profunda para comprender lo que pudo ocurrir en los curacazgos o **reinos** de los

Andes Septentrionales. Los datos son escasos y no muy exactos en lo que toca a su historia, vida y costumbres. Pocos informes nos ofrecen ellos.

Las crónicas presentan distintas versiones, a veces confusas o en su totalidad contradictorias; lo que obliga a llevar a cabo una compulsiva meticulosa para reconstruir los hechos. Pero esto se hace más notorio cuando se examina la conquista de Cayambe y Carangue. Hay algún autor (Céspedes, 1573) que llega a sostener que los Pasto protagonizaron la titánica guerra de Yaguarcocha. Los cronistas que redactaron sus obras en el Cusco, muy lejos de los Andes Septentrionales, cuando se refieren a esta área emplean el nombre Cañar, o Tomebamba, o Quito, sin especificar con detalle las etnias y lugares de la mencionada región. Ello es visible en Garcilaso de la Vega, Murúa, Montesinos, etc. Lo cual, es lógico, ha ocasionado un abrumador trastorno en lo que respecta a la tipificación política de dichos grupos, de su cronología, del periplo de las conquistas incaicas por ese rumbo y también en lo que respecta a la progenitora y al lugar de nacimiento de Atahualpa.

Cieza de León, tan amplio y nimio cuando trata de los Andes centrales y meridionales, es, en cambio, bastante parco en lo referente a los septentrionales. De esto ya se dio cuenta Brinton (1981:192), y cualquier lector acucioso de ahora también puede percibirlo sin mayor esfuerzo. En lo referente a los Quito, a veces se llega al equívoco desconcertante, como por ejemplo cuando se asevera que tenían su idioma propio en el siglo XVI: una afirmación contraria a la verdad, como se comprueba leyendo los dispositivos del obispado de Quito en 1593, donde se cataloga como lenguas nativas sólo a la Pasto, Quillasinga Puruháe, Cañar y Tallán. En los lugares restantes se hablaba quechua.

En las monografías de las parroquias, cantones y otros pueblos, además, ahora se advierte un deseo inmenso por atribuirles origen español, por exhibirlos como fundados por los invasores hispanos para que en ellos vivieran españoles, pese a la rotunda y abundante documentación que constata sus modestos orígenes que arrancan con las célebres **reducciones de indios** llevadas a efecto en las Audiencias de Lima, Charcas y Quito por disposición del enérgico virrey don Francisco de Toledo; en la década de 1570 -1580.

Entre las fuentes éditas, las que continúan proporcionando un material considerable son las informaciones de Paz Ponce de León y Antonio de Borja (1582). Ambas acumulan una cantidad estimable de datos valiosos redactados de acuerdo a cuestionarios elaborados en España. A veces son hasta doscientas preguntas, a las que respondieron los caciques. Y aunque fueron recogidas cuarenta años después de la invasión española, son documentos saturados de cultura nativa, oportunos incluso para comprender cómo caminaba el proceso de la aculturación en el siglo

XVI. Las dos fueron publicadas por Marcos Jiménez de la Espada en 1881.

Sobre los Pasto y Carangue, no obstante, ha sido imposible ubicar la documentación atinente a las genealogías de sus jatuncuracas (o **angos**). Cosa lamentable, por cuanto, por lo que se ha podido descubrir en lo que atañe a otros puntos del espacio andino, son piezas excepcionales para conocer las estructuras del poder, del gobierno y reglas de sucesión curacal. Claro que, por lo que toca a esto, en algo ayuda la **información** de servicios de don Jerónimo Puento (1579 – 1583), la cual, a su vez, arroja datos meritorios para el estudio de la expansión Inca hacia el extremo norte del Tahuantinsuyo. Dicha fuente es conocida en la actualidad por los historiadores y etnohistoriadores especializados en el área andina, tal como lo patentizan las citas y bibliografías respectivas de Federico González Suárez (1915: 266), Aquiles Pérez (1960: 163), Udo Oberem (1976: 21 / 1977: 9), Plaza Schuller (1976: 21) y más recientemente las de Horacio Larraín, Frank Salomon y Segundo Moreno Yáñez. Ha merecido ya tres ediciones: dos en Quito y otra en Lima. No existe el texto original sino una copia a mano y es la única que se conoce. Se la guarda en el Archivo General de Indias, en Sevilla.

Otros documentos excepcionales del siglo XVI son las **visitas**, **revisitas** y otros títulos de tierras y composiciones. Pero éstas, en lo que atañe a los Cayambes, Carangues y Pastos, se han extraviado. De la región Pasto sólo conocemos dos: una de 1579 y otra de 1596.

A esta parva lista hay que añadir otras fuentes inéditas singulares: los juicios promovidos sobre la encomienda de Otavalo, otros documentos acerca de las de Carangue y Tusa y una revisita de 1606 -1607 que contiene información sobre muchos otavalos y carangues huidos al norte a partir de 1560. Ellos han servido ahora para escribir algunas cosas nuevas relacionadas a los Carangues y Pastos. Y aparte de todo eso, una gran cantidad de crónicas y libros coloniales, de los siglos XVI, XVII y XVIII, cuyos aportes permiten entender algo más de la etnohistoria de los Andes Septentrionales: Estete, La Gasca, Cieza de León, Quiroga, Sarmiento de Gamboa, Figueroa, Atienza, Albornoz, Venegas, Cabello Balboa, Barros, Morales Figueroa, Garcilaso de la Vega, Murúa, Santa Cruz Pachacutec, Ordóñez de Ceballos, Montesinos, Córdova y Salinas, Santa Gertrudis, Caldas, Humboldt, etc. También los Libros de Cabildos de Quito e Ibarra, las actas capitulares de la catedral quiteña y la correspondencia de los oidores de su Real Audiencia.

Precisamente los Libros del Cabildo de Quito, las informaciones geográficas del siglo XVI, Cabello Balboa, Blas de Atienza, las pocas probanzas tardías de tierras y cacicazgos en los Andes Septentrionales, y otros documentos dejados por personas que conversaron con curacas y conquistadores hispanos que conocieron a Huayna

Capac y a Atahualpa, jamás hablan de los Caras ni de los Shiris, lo que advierte que su **creador o inventor** fue el padre Juan de Velasco. El mismo González Suárez ya dijo en 1915: «La leyenda acerca de los Caras no descansa en fundamento alguno **aceptable por la crítica histórica**. Debe, por lo mismo esa leyenda, eliminarse de la historia **antigua de Quito** y de la prehistoria ecuatoriana». Son palabras estampadas en 1915 que siguen vigentes. Sir Clemente Markham tampoco confió en los escritos del padre Velasco.

Por otro lado, en los títulos y expedientes sobre juicios de cacicazgos y de tierras entre los **distintos ayllus o parcialidades** de Cayambe, Carangue y Pasto, es ostensible la **ausencia** bastante significativa de alusiones a la época de los Incas. Y en eso hay una **gran** diferencia frente a los litigios de cacicazgos y tierras que se llevaron a cabo en los siglos XVI y XVII en las áreas de las que fueron etnias de los Quito, Chimbo, **Purubáe**, Cañar y las demás de los Andes Centrales y Meridionales. Tal **carencia de alusiones** indica, no hay por qué dudarlo: 1) que los Incas gobernaron muy poco tiempo en el país Cayambe, Carangue y Pasto; y 2) que por tal razón los **angos o curacas** de dichas regiones no tuvieron el tiempo necesario para sentirse como **partes integrantes** del imperio del Tahuantinsuyo.

El presente trabajo recoge lo que se ha podido descubrir en documentos coloniales del siglo XVI y en algunos más del XVII y del XVIII. Desde luego que se ha revisado la **relativamente amplia** bibliografía de los siglos XIX y XX, que permiten penetrar y **ampliar** los puntos nebulosos de la documentación etnohistórica. Hay varios aspectos que no han sido tocados por carecer de bases documentales. Muchos tópicos, con todo, quedan enunciados como hipótesis, aunque se ha evitado el abuso de ellas.

En consecuencia, en estas páginas, sólo se hablará de temas que tienen fundamento arqueológico, lingüístico, documental y etnológico. No se confía demasiado e las elucubraciones toponímicas. Como por ejemplo eso de decir que los Incas llevaron **ejércitos Mochicas** para conquistar Quito, cuya prueba sería la existencia de un lugar llamado **Llamoca** que se sostiene deriva del mochica **llam = rallo, oca**. Pienso que tal tipo de «deducciones», o mejor dicho conjeturas, son absurdas **in integrum**.

En las presentes páginas, de igual modo, no se insiste en cuestiones ya tratadas por otros autores, salvo en aquellos sobre los cuales se tengan otras evidencias y/o hipótesis. En tal sentido, no se porfia en cifras demográficas, por cuanto, Horacio Larrain lo ha investigado, podríamos decir, con exhaustividad. Además, mi labor sólo se circunscribe a los siglos XVI y XVII.

El área geográfica materia de estos capítulos comprende la Sierra norte de los Andes septentrionales, es decir lo que hoy abraza el norte del Ecuador, desde las hoyas del Guayllabamba y Chota hasta el Carchi y algo de los Pastos Septentrionales. Abarca pues las modernas provincias ecuatorianas de Imbabura y Carchi y parte de la colombiana de Nariño. Hasta 1878, al norte de Quito existía una sola provincia: la de Imbabura. Pero en aquel año fue creada otra, segregándole los territorios ubicados al norte del Chota y del Mira y esta nueva fue llamada el Carchi.

En dichas demarcaciones, el terreno asciende irregularmente hasta los 4.460 metros sobre el nivel del mar, por lo que hay cumbres con nieves permanentes. El Carchi ocupa una meseta alta y fría, que trepa precipitadamente hasta los 4.780 metros.

El proceso pre y protohistórico en los Andes Septentrionales es similar a lo restante del mundo andino. Se ha detectado una época paleolítica o **paleoindia** (13000 – 3500 a. C.). Justo, en Alangasí, ubicado en la hoya del Guayllabamba se han exhumado cráneos humanos que corresponden al paleoindio. Inclusive aquí se halló un mastodonte que presentaba en su cráneo heridas producidas por puntas de lanza. Los documentos arqueológicos evidencian que en dicho período, el hombre se encontró asentado en núcleo de escasa densidad, acaso en proceso de sedentarización en lugares más propicios para la caza. Esto ha sido detectado en un lugar de la hoya del Chota.

De la **época Formativa** (3500 a. C. – 500 d. C.), que se caracteriza por la aparición de la agricultura y cerámica, se ha descubierto una influencia y corriente que penetró por la cuenca del Cauca, proveniente de las costas colombianas y de Panamá, que al llegar a la sierra de los Andes Septentrionales se expande desde Carchi al Chimborazo. Provocó el desarrollo de técnicas nuevas. Restos arqueológicos de la mencionada época se perciben en Cuasmal, localizado en el Carchi. La cerámica por lo general es tosca.

De la gran época perteneciente al **Primer Regionalismo Andino** (500 – 1000 d. C.), en la sierra norte de los Andes septentrionales se notan influencias que arriban del oeste (selva) y de los Andes centrales (Perú). El adelanto se observa primordialmente e la alfarería que alcanza formas clásicas de gran belleza. Las clases sociales surgen fuertemente estratificadas, con grupos de dominadores y dominados: jefes, guerreros, sacerdotes y chamanes, rente a un campesinado aglutinado en clanes o **ayllus**. La agricultura progresa y aparece el **cuy** domesticado. Las lenguas sufren una acentuación en su dialectización. Y desde entonces parece que ya entra en auge la lengua de los Pasto.

La época de la **Integración Cultural** de los pueblos de los Andes septentrionales

(1000 – 1500), que cronológica y culturalmente coincide con el apogeo de los reinos y Estados regionales de los Andes centrales y meridionales, se tipifica por el crecimiento y consolidación de las **castas** que dominan y dirigen. Tal sistema se ha cimentado en Carangue y Cayambe, al igual que en los demás grupos de los Andes septentrionales. La organización política tipo reino y Estado, y en otros lugares el simple señorío (como entre los Pasto, Manabí, Esmeraldas) ha alcanzado un alto grado de afianzamiento. En lo social han logrado bastante **unidad cultural**. Y no obstante una beligerancia incesante entre ellos por expandir sus territorios en beneficio del uno y en agravio del otro, hay un gran impulso comercial. En esta época, igualmente, las lenguas quedan bien definidas. Se sostiene que la que hablaban en la sierra norte de los Andes Septentrionales perteneció a la gran familia «Esmeraldeño – Cayapa – Colorado – Carangue – Pasto». Se dice que la fue la «Manta – Huancavilca – Puruhá – Cañar – Mochica». Se manifiesta, aunque sin apoyo científico, que el dialecto Panzaleo influyó en la Colorado – Carangue y hasta en la Puruháe. Sin embargo, de conformidad al estado actual de las investigaciones, lo positivo es que fue un idioma bastante emparentado con el Chibcha.

La llamada **Integración**, que ocurrió entre los años 1000 – 1500 de nuestra Era, no es estrictamente una unificación política tal como se presumió en cierta época, suposición o hipótesis que nunca pudo ser demostrada. Lo que se puede aceptar, de conformidad a las evidencias hasta hoy analizadas, es que hubo una homogeneidad cultural, pero no política. Los etnohistoriadores trabajamos con pruebas arqueológicas, lingüísticas, etnográficas y documentales. También elaboramos hipótesis pero sin excesos. Además, quien lanza una hipótesis tiene el deber de demostrarla. Si no lo hace, es porque su hipótesis no funciona.

Cierta escuela historiográfica habla muy empecinadamente del **Reino de Quito**, con una extensión compuesta por Estados confederados: Carangue, Quito – Panzaleo y Puruháe. Pero todo eso, por gravitar en torno a la Historia del padre Velasco, libro acabado de escribir en 1789, a base de fuentes que jamás han sido vistas por otros, no es nada verosímil. Los cronistas tempranos del siglo XVI, los visitantes de la misma época y las probanzas de curacazgos que se conservan más bien descalifican y contradicen a Velasco. Tales documentos, examinados, confirman la existencia de pequeños reinos o Estados libres, pero nunca ese tipo de organización macro estatal, gigantesco, casi a nivel imperial que inventó el padre Juan de Velasco. Él y sus discípulos del siglo XX afirman, sin ningún fundamento heurístico suficiente que los Caras o Carangues lograron llevar a efecto una confederación con los del «reino de Quito», unidad que a su vez le permitió expandirse por el norte donde se anexó el «reino de Pasto» y por el sur donde conquistó el reino Puruháe y el señorío de Panzaleo, e incluso toda la costa de los Andes septentrionales. Tales suposiciones, que emanan de las fantasías del padre Velasco no se han llegado a probar con

documentación etnohistórica ni con evidencias arqueológicas. También se señala la confederación Cañar y Manta, pero sobre ella las observaciones y cuestionamientos son los mismos que los referentes al quimérico «**reino de Quito**», al estilo de Velasco.

El citado sacerdote es el primer historiador que habla de los **Caras** y esto recién en 1789. De la relación completa de sus «monarcas», con noticias pormenorizadas de cada uno, hasta con años y fechas de sus reinados, la conquista de cada cual y cómo fue prosperando esa «monarquía». Cuenta el origen de dicho **Estado**, que según él fue una migración de procedencia costeña. Expone sus leyes, usos y costumbres, religión y funerales, expone su táctica guerrera y asevera que hablaban la lengua quechua. Es pues una historia circunstanciada y nimia, sustentada no en fuentes de garantía científica, sino con su pura imaginación. No merece crédito.

Sobre **Caras** y **Shiris** no profieren ni una sola palabra los cronistas más serios y minuciosos de los siglos XVI y XVII, ni siquiera Montesinos, quien, en lo que respecta a la historia quiteña, utilizó los informes que le suministró fray Luis López de Solís, cuarto obispo de Quito. Hay que ver que Montesinos hurgó archivos y bibliotecas con una verdadera pasión, y en ninguna descubrió documentos donde se hablase alguna vez de Caras y Shiris.

La prolija y minuciosa lista de **tribus** que señala Velasco para el territorio de los Andes septentrionales no tiene, en absoluto, el más mínimo valor científico en la etnohistoria andina. Ningún arqueólogo ni etnohistoriador mesurado le da crédito. La clasificación arbitraria de Velasco es la de lugares y parroquias que él vio y conoció en la segunda mitad del siglo XVIII, que nada tienen que ver con la distribución étnica de los siglos XV y XVI. Por ejemplo, eso de clasificar como «naciones» a Cotacahi, Atuntaqui, Daule, Yaguachi, etc., es un abuso de la palabra y una falta de respeto a la ciencia.

El referido jesuita V. gr. da el nombre de **Jatuntaqui o Atuntaqui** a un lugar que en todos los escritos oficiales y extraoficiales, del siglo XVI, siempre se le llamó **Tontaqui**. Dice que Jatuntaqui significa «el mayor tambor de guerra». Traducción totalmente arbitraria, ya que en quechua dicho sinónimo sencillamente quiere decir **gran fiesta**.

González Suárez también dejó dicho: «Todo lo que de la religión de los Shiris, de su templo al Sol y a la Luna, de su manera de escritura y de sus montículos fúnebres, de sus **nomones** o columnas astronómicas, de sus expediciones militares, de sus conquistas y alianzas se relaciona en la **Historia antigua del reino de Quito**, no puede tenerse como cierta; no está históricamente probado».

Velasco menciona dos fuentes muy importantes que le sirvieron, dice él, para trazar la protohistoria de Quito: **Dos líneas de los señores del Cuzco y del Quito**, corregida por el doctor Bravo de Saravia y **las guerras civiles de Atahualpa** por el cacique don Jacinto Collahuazo, al parecer oriundo de Otavalo. Sin embargo, ambas obras no han podido ser vistas por nadie, salvo por Velasco, lo que ha dado origen para que los eruditos y científicos sospechen de su veracidad.

Claro que no han faltado ciertos hombres notables que jamás desconfiaron de Velasco. Daniel G. Brinton (1981: 193) por ejemplo, le dio mucha validez, llegando a exclamar que hay «evidencias», que no enumera, para aceptar esta historia como «una genuina producción nativa». Paul Rivet y Verneaud, estudiosos franceses que prepararon un libro sobre etnografía ecuatoriana, dieron asimismo un crédito total al texto del jesuita expulso. Aceptaron las expediciones de los Caras, sus usos y costumbres según lo relata el escritor riobambeño. Y re apoyaron en él para su disertación referente a las tribus de las provincias de Imbabura y de Pichincha. Como se ve, si estos autores franceses manejaron la **Historia del padre Velasco** como su única fuente para cimentar sus afirmaciones, llegamos a la conclusión de que no manipularon ninguna fuente válida. No supieron usar con precaución la obra de Velasco, no supieron separar las abundantes fantasías de las pocas verdades.

Cabe anotar que si bien el **Sínodo Quitense**, de 1599, mandó escribir catecismos y confesionarios en las lenguas Pasto, Puruháe, Cañar y Tallán, lo cierto es que no hay memoria de que se haya redactado ni publicado nada. El conocimiento de la etnohistoria de los Andes septentrionales, por tanto, es imposible de ser conocida a base de fuentes lingüísticas.

En los siglos XIX y XX la cantidad de autores interesados en los Cayambes, Carangues y Pastos es numerosa. Hay una apreciable porción de textos que tratan de cubrir, unos más y otros menos, todo lo que les fue y es posible acerca de lo acontecido en esta área. Merecen mención especial González Suárez (1898/1902/1910); Rivet y Verneaud (1912); Jijón y Caamaño (1912/1914) y Aquiles Pérez (1958/1960). La obra **Los aborígenes de Imbabura**, de Jacinto Jijón y Caamaño fue calificada por González Suárez como «la primera de autor nacional, en que la antropología se ha tratado según el método rigurosamente científico». Desde luego que mucho de lo que se habla en ella adolece de debilidad documental, arqueológica, lingüística y etnológica.

Pero lo que más llama la atención entre los autores de los siglos XIX y XX es la gran vacilación sobre lo que serían y ocuparían los Quito, **Cara** y **Carangue**. Incluso les dan diversos nombres: Caran, Cara, Karas, Carangues, Caranquis, Imbayas. Unos confiesan que los Quito son los Caran; otros los diferencian. Se debe a que hacían, o

hacen, malabarismos a base de una fuente tardía (la **Historia** hipotética de Velasco), sin importarles en lo más mínimo ningún fundamento documental de los siglos XVI y XVII. Separadamente, hay una inmensa cantidad de obras, ahora ya obsoletas, donde se leen elucubraciones muy cándidas con el objeto de hallarles, a los Carangues y Pastos, parentescos lingüísticos con otros pueblos americanos, para lo cual no han tenido ningún reparo en hacer un empleo desmedido y desatinado de los topónimos. Es una historia a base de generalizaciones. Ha habido estudiosos en el siglo XIX y primeramitad del XX que, sustentándose sólo en el prestigio que poseían, han larizado las más peregrinas ficciones, sin el más diminuto apoyo en ningún tipo de fuentes. Ricardo del Hierro, por ejemplo, advirtió en 1924 que en la obra de González Suárez titulada **Los aborígenes de Imbabura y el Carchi** «hay un error, una equivocación grave, que consiste en haber no sólo confundido, sino identificado a los aborígenes del Carchi con los Quillasingas (...) Los aborígenes del Carchi no son Quillasingas, sino Pastos, o sean las tribus indígenas que vivían en el territorio que hoy denominamos provincia del Carchi, a los cuales, a falta de otro nombre se les ha apellidado etnográficamente los Pastos». Tantas han sido las especulaciones que hoy nos hallamos ante una montaña de hipótesis, teorías, opiniones, conjeturas e imaginaciones, que lo más aconsejable, para algunos, es empezar de nuevo. En la bibliografía que cierra este informe va inventariado todo eso.

Antes de terminar, es conveniente especificar que para el caso relativo a los Pastos, se ha tomado en cuenta su espacio territorial según el que tenían en los siglos XV y XVI, antes de que los dividieran entre dos sectores políticos, lo que redundó en su dislocación total, en que permanecieron seccionados entre dos repúblicas: Colombia y Ecuador. Se ha seguido, pues, el criterio de la frontera étnica.

Los últimos grupos genuinamente Pastos de la provincia del Carchi aún sobrevivían en Cuasmal hasta los años postreros del siglo XVIII. Paul Rivet, sin embargo, todavía tuvo la suerte de ver un reducido grupo en el viejo pueblo de Mayasquer llamado actualmente Maldonado, a orillas del río San Juan, en la actual frontera con Colombia. Pero si bien ahora ya no quedan Pastos puros, ni rastros de su idioma, en cambio si hay un brote gigantesco de mestizos que conservan rasgos culturales de sus antiguos antepasados, pero mucho más de los hispanos.

En el área Carangue y Cayambe, por el contrario, ha persistido el elemento indígena, no obstante el sinnúmero de impactos de culturas extrañas. Hasta cierto punto es un laboratorio para el estudio de los cambios económicos y sociales en el Ecuador. Han conservado la lengua quechua, tradiciones, leyendas, ritos, creencias y a veces hasta la vestimenta femenina. Imbabura es una provincia netamente indígena.

Índice**Tomo I****PRIMERA PARTE****LAS ETNIAS CAYAMBE Y CARANGUE, SIGLO XVI**

El país de los Cayambes y Carangues. Los microclimas

Ayllus y parcialidades

El Ayllu de Otavalo y otros

La nacionalidad y Estado Carangue

Provincia. Nación. Señorío. Parcialidad. Reino. Estado

Los Cayambes

La estructura del poder. Status del Jatuncuraca

Lita. Quilca. Cahuasquí

Las behetrías

Quilaco y Cochasquí

Collaguazo

Cronología de la integración Carangue y Cayambe

Relaciones inter-Estados

Guerra – Armas

Los topónimos

Conquistas y expansionismo

Nivel cultural de estos pueblos

Actividad agrícola

Alimentación

Pesca – Preñadillas

Vivienda

Vestido

Adornos

Espejos

Cerámica

Lítica

Minas. Lavaderos

La sal

Coca y algodón

Farmacopea

Comercio. Intercambio

Ayne

El trabajo de la mujer y de los niños

Economía de la subsistencia
Castas. Los Ango. Las Quilago
Peinado. Tocado
Deformación craneana
Religión y magia
Jircas o taitas
Tumbas. Tolas
Funerales
Sacerdocio. Shamanismo
Templos
Zoofilia
Medida del tiempo
Fiestas. Combates rituales
El idioma

SEGUNDA PARTE

LA CONQUISTA Y EL PREDOMINIO INCA ¿1475? – 1532

La incursión Inca al país de los Cayambes y sur de Carangue. Factores que lo determinaron

Expedición de Tupac Inca Yupanqui
Sublevación de los Cayambes y Carangues. Primeros preparativos de Huayna Capac
Preparativos finales de Huayna Capac
La captura de Cochisquí
La campaña de Pasto
El primer asedio de Carangue
Descontento de los Orejones
Segundo asedio de Carangue
Captura y destrucción de Carangue
La hecatombe de Yaguarcocha
El guerrillero Pinto
Otros actos de la anexión Carangue-Cayambe
Otras expediciones de Huayna Capac
Los mitmas en el país de los Carangues y Cayambes
Los mitmas del país de los Carangues y Cayambes
Fortificaciones imperiales
Administración Inca: Urbanismo. Templos
El acllahuasi
«Ciudad» sin autonomía

Mitas. Mitades. Yanas
Vialidad
Tambos
Otras influencias incaicas
El límite septentrional del imperio
Carangue, ¿la cuna de Atahualpa?
El ejército de Atahualpa

Tomo II

TERCERA PARTE

BAJO EL COLONIALISMO ESPAÑOL SIGLO XVI

La agresión hispánica. La alianza

Primeras encomiendas
Ruptura de la alianza hispano-Carangue
Otras expediciones españolas
Prosiguen los estragos del colonialismo
Durante la rebelión de Gonzalo Pizarro
Encomiendas. Tierras y mitayos
El afianzamiento del colonialismo. Obrajes. Rebelión de Lita
Creación de la provincia de Otavalo. El juez colonial
Encomiendas y mitas de plaza
El Corregimiento de Otavalo
Acentuación del abuso y desprecio. La explotación colonialista
Los doctrineros. Sínodos y abusos
Las reducciones. Fundación de pueblos para indios
Otra época de crisis: 1573-1580
Don Jerónimo Puento
Otros caciques resaltantes
Ahondamiento de la crisis: 1580-1590
Los doctrineros y otras disposiciones coloniales
Prosigue el despojo de tierras
Mitas y servicios personales
Desmanes de los doctrineros
Agravios. Soluciones. Mitas. Tasas
Estado del obraje de Otavalo
Coca. Alto nivel de vida de los Pimampiros. Implacable explotación a otros

La década postrera del siglo XVI. Consumación de la crisis colonial
 Más sobre el obraje
 La crisis en las postrimerías del XVI. Avanza el despojo de tierras
 Doctrinas de fin de siglo
 Riqueza agrícola y ganadera de los españoles
 Otros caciques famosos
 Siglos XVI-XVII. Persistencia de lo Andino
 Quechuización de Carangues, Cayambes y Pastos
 Década auroral del XVII. Desmembraciones y consumación de la desestructuración étnica

Tomo III

ANEXO DOCUMENTAL

Carta de Pedro de Puelles a Gonzalo Pizarro

Tasa del repartimiento de Otavalo al Capitán Rodrigo de Salazar. 1551

A Don Alonso, cacique de Otavalo, e a los demás principales e indios del dicho repartimiento que guarden con Rodrigo de Salazar, encomendero la tasa que se hizo de los tributos que le han de dar quitando della el servicio personal, con que se le recia en cuenta todo lo que le houieron dado desde el día que el corregidor de Quito rescuió la tasa hasta hoy, declarando de contado y con ello se le alza la suspensión de un año del oro y plata que consta en la tasa. 1552

Creación de la provincia de Otavalo. 1557

Parecer de los visitadores sobre la tasa que pueden dar los de Otavalo. 1557

Nombramiento de Pedro Hernández de Reina como juez de Otavalo. 1559

Auto del número de la gente de la visita y tasación del repartimiento de Otavalo. 1562

Tasa de Otavalo del Conde de Nieva, Birviesca de Muñatones y Ortega de Melgosa. 1562

Cédula del Virrey para poder conmutar la gruesa y con voluntad de los indios y no de otra manera los a valer. 1563

Auto de Salazar de Villasante sobre los naturales de Chapi. 1564

Título de Corregidor de Otavalo, Juan de Zárate Chacón. 1570

Nombramiento de Administrador del Obraje de Otavalo. 1570

Salario del Corregidor de Otavalo. 1571

Organización de los tambos de la jurisdicción de Quito. 1573

Prórroga a Juan de Zárate Chacón como Corregidor de Otavalo. 1575

La ordinaria para que el licenciado Diego Ortégón oidor de esta Real Audiencia en las causas quel capitán Rodrigo de Salazar recusare se compare conforme a derecho y si apelare en tiempo y en forma le otorgue las apelaciones. 1578

El corregidor del partido de Otavalo que haga información a cerca de lo pedido por Don Diego Chalampuento Gobernador de Otavalo y provea justicia. 1578

Mitayos de Otavalo para el convento de San Francisco. 1579

Real provisión para reformar el servicio de yanaconas de los caiques de Otavalo. 1580

Para que se haga probanza que pide Doña Leonor de Valenzuela. 1581

Obligatoriedad de la mita de Otavalo. 1583

Comisión a los del consejo de las Indias en grado de segunda suplicación a pedimento de Doña Leonor de Valenzuela que la interpuso de cierto auto de reuista dado por la Audiencia del Quito en el pleito que trato con el fiscal de Vuestra Merced sobre la subcesión del repartimiento de Otavalo. 1583

Ventas de unas tierras del cacique de Urcuquí. 1585

Incendio de la casa del doctrinero de Pimampiro. 1585

Título de las tierras de María Morán en Urcuquí. 1585

El Rey al Virrey del Perú manda que gratifique a Gerónimo Puento, cacique de Cayambe y se le de la vara de Alguacil mayor del cacicazgo a su hijo Fabián Puento. 1586

Amparo y título de las tierras comunales de Perugache. 1586

Ilustrísimo Señor

Desalojo de tierras entre los indios. Otavalo 1584 – 1586

Administración del obraje y bienes de comunidad de Otavalo. 1593

Título del corregidor de Otavalo, capitán Francisco Zapata Vizuela. 1594

Administración del obraje y comunidad de Otavalo. 1595

Venta de tierras en Atuntaqui a Diego Hernández de Montalvo. 1595

Composición de tierras en Carangue a favor de Juan Martínez de Orbe. 1596

Título de las tierras de Juan Martínez de Orbe en Carangue. 1596

Remate de tierras del corregimiento de Otavalo. Diciembre 16 – 1596

Provisión para que el corregidor de Otavalo no permita la intromisión de españoles, mestizos y negros en la reducción de Cariapa. 1597

Título del corregidor de Otavalo, capitán García de Vargas. 1597

Se concede a Don Alonso Gualapiango, cacique de Lita, una caballería y media de tierra en el sitio denominado Catucpulro. Junio 1º - 1598

Emplazamiento en forma para que se notifique a Francisco Costilla residente en Otavalo la demanda puesta en esta Real Audiencia por Pedro Inguarán y otros indios sobre las tierras llamadas Esquilirintuc Cacho y Guanaze Apay a pedimento de los dichos indios. 1601

Título del corregidor de Otavalo, Juan Nieto de Torres. 1601

Título del corregidor de Otavalo, Juan Alonso Carvajal, 1600

Visita y tasa de los indios mitimaes llegados a Latacunga, Quito y Carangue; y de los yanaconas y criollos que residen en la gobernación de Popayán, fecha por el doctor don Diego de Armenteros y Henao, del Consejo de Su Majestad y su oidor en la Real Audiencia de Quito. Años 1606 – 1607

Testamento de Doña Lucía Cogilaguango, Otavalo, 5 de febrero de 1606

Testamento de Don Alonso Maldonado, Otavalo 26 de enero de 1609

Nº. 6 EL LENGUAJE SIMBÓLICO DE LOS ANDES SEPTENTRIONALES

Autor: José Echeverría Almeida

Editor: Instituto Otavaleño de Antropología

Impresión: Editorial «Nuestra América»

421 páginas

Quito, 1988

Introducción

Confesamos sinceramente que el título nos quedó muy grande. Nuestras ambiciones se truncaron ante la complejidad del asunto, el mismo que debe ser tratado muy detenida e interdisciplinariamente. Sin embargo, nos hemos lanzado a esta aventura, con los riesgos consiguientes. Para no frustrarnos demasiado, hemos desviado un poco nuestra primera intención y la hemos enfocado desde un punto de vista más pragmático: proyectar el diseño precolombino en la artesanía actual. Es cierto que ya se han hecho algunos intentos al respecto, pero aún no se ha realizado un estudio y una aplicación sistemática y generalizada.

Por un lado, observamos en los restos arqueológicos «ecuatorianos» una inmensa riqueza de motivos y diseños, los mismos que esperan ser estudiados a fondo para conocer un poco más al grupo humano que los realizó. Sabemos que en las «culturas», las creaciones particulares fueron aceptadas y experimentadas por toda la sociedad, transformando dichas manifestaciones en emblemas (rasgos culturales) del grupo. Cada conjunto cultural, de acuerdo a su infra y superestructura, da una importancia determinada a ciertas formas e imágenes, constituyéndolas en sus símbolos, en base a los cuales pudieron conocerse, distinguirse y comunicarse mutuamente.

Por otro lado, vemos que nuestra artesanía se ha adulterado tanto, principalmente en lo que a tejidos se refiere, no solo en cuanto al diseño, sino además, en el material utilizado y en el proceso de trabajo empleado. Por «salvar» el mercado, se ha menoscabado la tradición y se ha expropiado al pueblo ecuatoriano de su memoria histórica.

El aprovechamiento del diseño precolombino no es un simple «volver atrás» buscando lo exótico para exhibirlo en vitrinas, para curiosidad de los turistas; es

ahondar raíces, para en base a ello, proyectarnos con mayor vigor y firmeza.

Cada vez, estamos más seguros de que no existe «el arte por el arte», y, peor aún, que entre los aborígenes fue un simple entretenimiento. El ser humano, filósofo por excelencia, ha estado desde siempre preocupado por resolver y comprender su universo, las cosas que le rodeaban, los acontecimientos, los sueños... Las vivencias al respecto son plasmadas de diferente forma, las creaciones y representaciones son una respuesta a los interrogantes individuales y colectivos; son nexos, a veces mágicos, entre el hombre y su mundo. Preservan los mitos y dan identidad al grupo.

La creación originaria de formas y símbolos, de mitos y cultos, de ceremonias religiosas o festivas... es un don permanente del hombre en todos los tiempos. En este sentido, las representaciones no deben tomárselas como meras cosas exóticas o primitivas; son parte de la espiral cultural, a la que hay que volver de vez en cuando, para enriquecer nuestras vivencias y proyectar en base a ello las propias creaciones. Un desarrollo cultural auténtico, no puede prescindir de las raíces.

Las innovaciones y adaptaciones recientes han menoscabado la artesanía nativa, rompiendo una tradición de miles de años; lógicamente, no buscamos un estatismo cultural, porque eso sería irse contra la propia naturaleza, tratamos de combinar en forma conciente e inteligente la propia tradición con las aportaciones actuales, tratamos de hacer una síntesis del pasado y del presente.

En nuestras observaciones del material cultural prehispánico, hemos detectado una riqueza impresionante de motivos y diseños, desde aquellos que se ajustan a formas naturales existentes, especialmente figuras antropomorfas y zoomorfas, hasta estilizaciones que se convierten en símbolos. La concepción abstracta, representada generalmente en figuras geométricas, es algo realmente impresionante, muchas veces, tenemos que explicarnos aduciendo que son manifestaciones de estados extraordinarios debido al efecto de determinadas drogas y como materializaciones de carácter mágico religioso de un determinado rito.

Gran parte de este trabajo fue realizado en 1976, 1977 y 1978 como resultado de una simple preocupación personal, razón por la cual adolece de muchas fallas; por ejemplo, en muchos casos, se tomó del documento original (restos arqueológicos) únicamente el motivo central o principal, omitiendo los elementos secundarios; no hay la cromática propia, etc. Sin embargo, Hernán Crespo Toral, entonces Director del Museo Arqueológico y Galerías de Arte del Banco Central del Ecuador, Quito, expresó lo siguiente: «Creo que se trata de un aporte muy valioso para el conocimiento de la inmensa riqueza estética de nuestra prehistoria; más aún, estimo que el trabajo de recopilación que se ha hecho es muy importante para dar mayor autenticidad a la

artesanía nacional, y ahondar en el conocimiento del desenvolvimiento estético del Ecuador Precolombino» (Carta a Jorge Fernández, Quito, 27 de junio de 1977).

El material recopilado se presenta ordenado de acuerdo al grupo cultural al que pertenece, comenzando con VALDIVIA, la más antigua cultura agroalfarera del Ecuador y de América.

Cabe anotar que, desafortunadamente, tanto su publicación como el respectivo Proyecto de Investigación-Acción, no merecieron la atención debida. Recién este año, gracias a FONCULTURA, se lo edita y el Proyecto de Investigación ha sido aprobado, en primera instancia, por el Ministerio de Educación y Cultura para realizarlo con fondos de la UNESCO.

En vista de esta perspectiva, nuestras consideraciones, al respecto, serán expuestas ampliamente al finalizar el Proyecto.

Contenido

Introducción

Valdivia

Machalilla

Chorrera

Jama-Coaque

Bahía

Guangala

La Tolita

Jambelí

Milagro-Quevedo

Manteño

Cerro Narrio

Puruhá

Capulí

Piartal

Tuza

Tradición Upano

Napo

Petroglifos

Bibliografía

Explicación y crédito de las ilustraciones.



COLECCIÓN OTAVALO EN LA HISTORIA

Nº. 1 LAS SOCIEDADES PREHISPÁNICAS DE LA SIERRA NORTE DEL ECUADOR

Autor: José Echeverría Almeida

Editores: Universidad de Otavalo, Instituto Otavaleño de Antropología,

Impresión: Imprenta Noción

378 páginas

Quito, 2004.

Introducción

Inmersos en el cambio de época, y en las transformaciones profundas que esta realidad representa, especialmente por la emergencia del automatismo en la información como base material de la nueva sociedad, parecería paradójico que estemos dirigiendo nuestro interés hacia las sociedades pretéritas. Pero es precisamente ahora cuando lo antiguo cobra más importancia y cuando los ancestros, nuestros «*taitas*», deben revivir para ser nuevamente escuchados, orientar nuestro actuar en el presente y construir un futuro promisorio. Necesitamos profundizar en la reflexión sobre **QUIÉNES SOMOS, DE DÓNDE VENIMOS Y HACIA DÓNDE VAMOS**, y ello exige paralelamente entender el presente, repensar el pasado y edificar el futuro.

«Honrarás a la madre naturaleza de la que formas parte», un mandamiento que según Eduardo Galeano (1955) se le olvidó a Dios o que omitió por parecerle obvio, cobra hoy mayor fuerza y necesidad, si queremos dejar a las generaciones futuras un planeta en condiciones favorables para el desarrollo de la vida humana. Desde el punto de vista occidental, la naturaleza es algo para domar y explotar, mientras que el ser humano andino comprendió desde siempre que la naturaleza forma un todo unitario con su vida individual y colectiva. En el mundo andino hubo un diálogo permanente con los fenómenos naturales, una búsqueda diaria de la armonía, del equilibrio universal. Frente a los desastres naturales se buscaba la conciliación con los dioses a través de «*agrados*» o «*pagos*» y la intensificación de la vida religiosa de la comunidad. El conocimiento y valoración de nuestros ancestros es, pues, la piedra angular de los cimientos sobre los que debemos ir construyendo el presente y el futuro andino.

La Historia, en este sentido, es experiencia y guía para crear nuevos paradigmas que orienten un desarrollo sostenible. La Historia intenta comprender el desenvolvimiento de la humanidad desde sus más remotos tiempos. Desde que el ser humano existe sobre la tierra, sus hechos son históricos porque el hombre ha reflexionado sobre ellos y los ha transmitido de una u otra manera. Lastimosamente, se ha pretendido reservar la denominación de Historia solamente para el período en que la humanidad ha transferido sus vivencias a través de la escritura. Así el período anterior a la

escritura ha sido denominado *prehistoria*, lo cual refleja un criterio etnocentrista y prepotente que es necesario superar. En realidad, ese período de tiempo es tan solo una historia anterior, o mejor dicho, una historia aborígen cuya riqueza y trascendencia puede conocerse a través de la arqueología, que hace «hablar» a los vestigios o restos culturales producidos por las sociedades que han dejado de existir.

En todo caso, una explicación o el intento de ofrecer una interpretación totalizadora del proceso histórico no es tarea únicamente del especialista en ciencias sociales; en realidad se requiere un enfoque multi e interdisciplinario. Concretamente para la reconstrucción de la Historia Antigua de las sociedades autóctonas de la sierra norte del Ecuador, especialmente durante el Período Tardío, aprovecharemos los datos que nos proporciona la etnohistoria. Esta disciplina es importante como un medio para superar el aspecto meramente cronológico y narrativo e intentar comprender el significado que tiene el campo histórico dentro de un sistema cultural ajeno; una historiografía con aspectos interiores y exteriores para mostrar cómo las culturas poseen interiormente diferentes sentidos diacrónicos –diferentes historicidades– y cómo cada una «hace historia» en sus propios términos.

La etnohistoria puede ser entendida como el estudio de los pueblos aborígenes en el momento de la Conquista y Colonización española, y como una historia indígena, es decir, una visión «desde adentro», desde lo *Eric*. En el presente volumen trataremos de enriquecer el dato arqueológico, aprovechando la información proporcionada por estas dos vertientes.

Pese a que no se puede negar la importancia de la información aportada por los cronistas de Indias, es necesario hacer una relectura, una reflexión crítica sobre aquellos datos, teniendo en cuenta no sólo el aspecto cronológico, es decir, si se escribió en el momento de los hechos o muchos años después, sino también conociendo las condiciones subjetivas del autor, su profesión y su manera de ser, y bajo qué circunstancias escribió dicha información. Sobre todo hay que tener en cuenta la visión «europeizante» y los prejuicios del hombre occidental frente al andino y sus costumbres, especialmente en lo relacionado con sus creencias religiosas, y el problema del idioma y la visión nuclear desde el Cuzco.

La documentación temprana, hay que tamizarla y relacionarla con el dato arqueológico y con otros datos que aporten otras disciplinas. Son de gran valor la «información de servicios», «las visitas», «las revisitas», «los títulos de tierras y composiciones», los juicios por diferentes causas; también son importantes los acontecimientos asentados en los Libros de Cabildos, Actas Capitulares de la catedral quiteña, Actas de los oidores de la Real Audiencia, etc. Pero todavía más importante, por ejemplo, para entender el patrón de asentamientos aborígenes y ubicar sus

antiguos pueblos, es diferenciar lo que ocurrió antes y después de las «Reducciones Toledanas», impuestas en la década de 1570 a 1580 por mandato del Virrey Francisco de Toledo.

En la medida en que la cultura andina es significativamente distinta de la de otras latitudes, es necesario recuperar la memoria popular, todo lo que pueda servir para entender los modos de vida de los diversos grupos humanos asentados en el Área Andina. Gestos, palabras, mitos, ritos, leyendas, símbolos, experiencias y prácticas que se remontan a tiempos antiquísimos. Para entender el pasado, el presente y el futuro de las sociedades humanas hay que estudiar los paisajes naturales, los paisajes modificados y los paisajes organizados; en definitiva, hay que responder a la pregunta de cómo el ser humano ha interactuado con el medio natural y social a través de su historia.

Por los materiales recuperados en el área de la sierra norte del Ecuador, especialmente referidos al Período Tardío, y por la información de la documentación temprana que en gran parte corresponde a lo que posteriormente sería el Corregimiento de Otavalo, la diversidad étnica prehistórica en este territorio es evidente. Hay vestigios de varios grupos étnicos tanto coetáneos como diversos en el tiempo. ¿Cómo puede conocerse una cultura que no dejó testimonios escritos? ¿Podemos hacer una proyección desde la antropología para alcanzar ese conocimiento?

Fredrik Barth hace un avance teórico al respecto y señala como básicas las siguientes características:

1. (el grupo étnico) Se autoperpetúa biológicamente por largo tiempo.
2. Comparte valores culturales fundamentales realizados con unidad manifiesta en formas culturales.
3. Constituye un campo de comunicación e integración.
4. Cuenta con unos miembros que se identifican a sí mismos y son identificados por otros, y que constituyen una categoría distinguible de otras categorías del mismo orden.

Lógicamente, como ya lo manifestó el propio Barth, estas características no deben llevarnos a encasillar o considerar como mundos aislados a estos grupos étnicos, éstas fueron aplicadas como mecanismos o estrategias de autodesarrollo; como aclara Hodder: «la etnicidad... es:.. el mecanismo por el cual los grupos interesados usan la cultura para simbolizar la organización interna del grupo en oposición a y en competencia con otros grupos de interés». La etnicidad es un valor agregado para facilitar la convivencia interna y facilitar la interacción con los grupos étnicos vecinos. Quizá por aquí esté la clave para entender por qué las sociedades autóctonas de la

sierra norte del Ecuador son, desde nuestro punto de vista occidental, eminentemente conservadoras y persisten con pocos cambios durante largo tiempo, y aparentemente sin graves conflictos interétnicos, especialmente si los comparamos con sus coetáneos de los Andes Centrales.

Los modos de pensamiento andino proporcionaron aparatos totalmente prácticos y altamente refinados para resolver los problemas ecológicos y de adaptación, y así lograron prolongarse en el tiempo durante cientos de años. Para entender este proceso de consolidación es oportuno plantearse una serie de interrogantes que serán el hilo conductor que permita introducir nuevas perspectivas de análisis; así, por ejemplo: ¿cómo se logró mantener el derecho de pertenencia al grupo y cuáles fueron los medios empleados para indicar afiliación o exclusión?, ¿qué papel cumplieron los caciques o curacas en este aspecto?, ¿qué función desempeñaron los sacerdotes o chamanes?, ¿fueron las fiestas colectivas una manera de alimentar una ratificación continua de pertenencia a un determinado grupo étnico?, desde la interacción «con los de afuera» o «con los otros» ¿qué rol jugaron los grupos étnicos vecinos, al respetar las identidades de los otros grupos?

Las diferentes formas de organización étnica pueden ser difíciles de inferir para las sociedades pretéritas, pero habrá que precisar los rasgos culturales que fueron definidos por los actores como señales y emblemas de diferencia. De los modos de vida de cada grupo étnico ¿qué evidencias quedan hasta hoy?, ¿es posible conocer su idioma o dialecto, la vestimenta, la forma de vivienda, los patrones de asentamiento, las formas particulares de enterramiento?

La interdependencia de los grupos étnicos de la Sierra Norte se desarrolló por el afianzamiento del poder simbólico, y no solamente del económico. La posesión de objetos exóticos suntuarios de otras ecologías, el conocimiento chamanístico adquirido en tierras bajas de la Amazonía y del Litoral condicionaron una interdependencia o, mejor dicho, una simbiosis entre etnias vecinas. Las diferencias culturales, el estatus otorgado por la identidad étnica favorecieron el desarrollo de una riqueza cultural de unidad en la diversidad.

Es así que en la sierra norte del Ecuador y sur de Colombia, en la época de las sociedades agrícolas cacicales, encontramos un gran mosaico de ayllus o parcialidades, es decir, grandes agrupaciones basadas en el parentesco y en la posesión de un determinado territorio. Estuvieron unificados por la necesidad de un trabajo cooperativo y cohesionado por las creencias y ritos comunes. Los intereses personales se subordinaban a los intereses de la colectividad, el trabajo y la distribución se hacían de acuerdo al rango de cada individuo o familia, o jerarquía de cada cacicazgo.

Comúnmente, cada familia vivía cerca de sus tierras de cultivo, que eran la **base** de su manutención. La forma aislada de vivienda les permitió mayor libertad, lejos de los hechiceros y mandones. El sistema «urbano» permanente surgía sólo como un aparato de cohesión, con funciones específicas. No era residencia de toda la **población**, sino sólo de un grupo especializado, generalmente en actividades no relacionadas directamente con la producción. Es decir, las comunidades aldeanas **aglutinadas** fueron constituidas como centros de control económico o religioso.

El estudio de las «aldeas» aborígenes, tanto aglutinadas como dispersas, **tiene** su importancia no sólo por ser éstas formas específicas de ubicación de la **población**, sino, sobre todo, porque constituían una unidad económica y social que, en muchos casos, puede ser la clave para entender la dinámica cultural del grupo humano que investigamos.

El proceso seguido por nuestras poblaciones hacia la conformación de un asentamiento aglutinado con visos de una tendencia urbana, parece haber sido **distinto** del de otras zonas del continente americano. Los datos que proporcionan las investigaciones al respecto señalan que en este espacio geográfico de la sierra norte ecuatoriana participaron múltiples causas, en forma concomitante, en la formación de este patrón de asentamiento. En primer lugar, el desarrollo de la agricultura exigió una mayor sedentarización, intensificó el intercambio intrarregional y **extrarregional**; esto requirió una organización económica y social más compleja que **actuó como** imán, como un engarce entre la población dispersa por razones de **estrategia** económica y de control de un determinado territorio, y el asentamiento aglutinado, sede de la autoridad organizativa, responsable de la armonía y progreso del **grupo** humano, al menos a nivel local o regional.

Para la arqueología es fundamental el estudio del ser humano en su proyección **social**; la investigación de las relaciones sociales establecidas con el fin de satisfacer sus principales necesidades materiales, sociales y espirituales es un imperativo **para** entender el desarrollo de la sociedad que se estudia. Las condiciones técnicas de producción (ambiente, recursos) tienen que estudiarse en relación con las condiciones sociales de la producción (parentesco, política), y no en forma aislada. En la arqueología, el estudio del aspecto económico es bastante complejo y no puede ser abordado como algo particular, independiente de los otros elementos que componen el intrincado mundo de la vida social. El trabajo y su producto, entendidos en relación con el ser humano en su universo particular y colectivo y dentro de sus respectivos contextos culturales, ofrecerán pistas más seguras para inferir el desarrollo de las sociedades prehispánicas.

«Lo económico es un aspecto del funcionamiento de las actividades no económicas,

del parentesco, de la región, de la política, del conocimiento» (Godelier, 1976). El mundo del intercambio, el mundo del mercado están determinados social y culturalmente. Como señala Sahlins, la producción: «Es una intención cultural» y la «utilidad no es una cualidad del objeto, sino un significado de sus cualidades objetivas». Más que el objeto en sí mismo, lo que lo define como bueno o malo, masculino o femenino, importante o insignificante, apetecible o indiferente, es el marco cultural del grupo humano que lo utiliza en un tiempo y espacio determinados. «En la sociedad humana, ningún objeto o cosa tiene existencia ni movimiento, salvo por el significado que los hombres pueden asignarle» (Ibid).

Appadurai (1988), con sobrada razón, señala que si enfocáramos nuestra mirada hacia las cosas que se permutan, entenderíamos mejor las formas de intercambio. Enfatiza este autor que los bienes que circulan en los procesos de intercambio captan y contienen un valor determinado y adquieren, como las personas, una vida social.

En el presente volumen intentaremos hacer un esbozo de los principales aspectos de los modos de vida de las sociedades autóctonas prehispánicas de la sierra norte del Ecuador, partiendo de los Cazadores-recolectores hasta la llegada de los Incas.

Respecto de este territorio, la documentación temprana sólo menciona dos grupos étnicos bien diferenciados: los Pastos, al norte del valle del Chota-Mira, y los Caranquis-Cayambis, al sur de este valle hasta el Quito-aborigen. En el primer caso, los Pastos debieron incluir a los que arqueológicamente denominamos Complejos, Estilos o Componentes Capulí, Piartal y Tuza, ya que en un determinado momento estos tres grupos fueron coetáneos y vecinos, y no hay evidencias de conflictos por el control de recursos naturales de la región ni testimonios de que hablaran diferentes lenguas.

¿Hubo en estas sociedades una acentuada jerarquización con marcas claras de diferenciación?, ¿cómo estuvieron gobernados los grupos étnicos de la sierra norte del Ecuador y del sur de Colombia?, ¿fueron estas poblaciones unas «behetrías bárbaras», como las denominaron los invasores Incas?

Los ayllus o grupos de parentesco, vinculados a un territorio poseído en colectividad y constituido por todos aquellos considerados descendientes de un antepasado común, estaban regidos por «caciques» o «curacas», quienes contaban a su vez con colaboradores en el mando, llamados «principales». En efecto:

«Una de las características más importantes del cacicazgo es su jerarquía social, teniendo a ciertos individuos que poseen posiciones de status que son hereditarios (generalmente a través de la progenitura). Como Kaplan

indica «... el sistema de parentesco proporciona la estructura para el sistema de rango...» Esta estructura puede tener la forma de un «ramaje», definido por Sahalins como un sistema «... fundamentado en los grupos de parentesco unilineales segmentarios, internamente ordenados, que actúan también como unidades políticas». Una segunda característica del cacicazgo es la redistribución controlada de bienes económicos. Si un individuo se las ingenia para ganar el control de una red redistributiva, es capaz de poner a muchas personas en deuda por los bienes y servicios. En muchos casos la posición del cacique es sancionada ritualmente y sirve para racionalizar la desigualdad entre el «gobernante» y el «gobernado» (Athens y Osborn, 1974).

Lo que llama la atención en el Ecuador antiguo, y concretamente en la Sierra Norte, es que las poblaciones se acomodaron a este sistema político de los cacicazgos durante largo tiempo, sin provocar el siguiente salto: la conformación de un Estado propiamente dicho. Ningún documento temprano ni investigación arqueológica sugiere que en algún momento, en el territorio que correspondería al actual Ecuador se hubiera formado un Estado a semejanza del Incario.

De todas formas, hay que aclarar que el término «cacicazgo» no implica un sistema político estático, sino más bien dinámico, que, en este caso, se acomodó a las circunstancias geográficas y socioeconómicas de cada región y a los vaivenes de las circunstancias. Los caciques, a más de exhibir un tremendo poder simbólico, poder económico, facilidad de convocatoria y de mando, eran también grandes estrategias para incentivar la producción, la consecución de productos de otras ecologías, el manejo de la mano de obra, la justificación a través de ritos y ceremonias de la jerarquización de la sociedad y la conducción de las relaciones con las sociedades vecinas, del mismo o de otros grupos étnicos. A esto hay que añadir una dosis de conocimiento y habilidad para manejar o controlar los caprichos de la naturaleza con sus periódicos golpes de sequías o de inundaciones, heladas, «lanchas» y ventarrones.

¿Por qué persistió tanto tiempo el sistema político de los cacicazgos sin dar el salto al sistema de Estado propiamente tal? Esta problemática nunca será adecuadamente solucionada ya que entra en el campo de los supuestos, de las hipótesis evolutivas y no de las realidades concretas. En realidad, lo importante es tratar de entender la historia tal como fue, y no cómo pudo ser. De ahí que la problemática gire en torno a la explicación de la variabilidad en que se concretaron los cacicazgos en distintas situaciones. En este tema, dos aspectos son importantes. Primero: «la forma particular bajo la cual el *poder político* es centralizado y mantenido a través del tiempo» y segundo: «el grado en el cual la *desigualdad social* es institucionalizada». Varios

aspectos de las sociedades de cacicazgos han sido traídos a colación para resolver dichos problemas. Estos incluyen: 1) sistemas de asentamiento y subsistencia; 2) ritual (especialmente mortuorio) e ideología; 3) organización territorial; 4) consumo conspicuo (especialmente expresado en arquitectura monumental); 5) guerra; 6) intercambio a larga distancia. (Zeidler y Pearsal, 1994). Estos indicadores han sido investigados en lo que se refiere a la sierra norte del Ecuador, durante el Período Tardío: etnias Pasto, Caranquis, Cayambis y Quitus.

Parece que las características geográficas de la Sierra Norte constituyen una de las causas para moldear este sistema político denominado «cacicazgo». La diversidad de pisos ecológicos produjo recursos naturales y económicos diferenciados que requerían de una simbiosis para un convivir optimizado; la densidad poblacional, por otra parte, fue un factor decidor: la gente necesitaba que alguien le garantizara un intercambio simétrico, una redistribución de bienes, especialmente en épocas de crisis por sequías prolongadas o por inundaciones y en general, se requería de un sistema político que inspirara seguridad de subsistencia a toda prueba.

El dato arqueológico en interrelación con la información documental temprana y la proyección de algunos datos etnográficos han dado luces para ir reconstruyendo la realidad pretérita de los cacicazgos norandinos; pero aún queda mucho por investigar.

En síntesis, las características geográficas de la Sierra Norte son un referente importante para entender la relación ser humano-naturaleza y para conjeturar cómo estos dos elementos condicionaron un desarrollo económico, social y político tal como fue expresado por los grupos étnicos que habitaron este territorio.

Índice

AGRADECIMIENTOS

PRESENTACIÓN

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO I TIERRA, PAISAJE Y SER HUMANO

CAPÍTULO II DE LOS CAZADORES-RECOLECTORES A LOS PRIMEROS AGRICULTORES (15.000 A 4.000 a. C.)

CAPÍTULO III DE LOS AGRICULTORES INCIPIENTES A LAS PRIMERAS SOCIEDADES AGRÍCOLAS (4.000 a. C. hasta 250 d. C.)

Cotocollao
La Chimba
Los Soles
Tababuela

CAPÍTULO IV LAS SOCIEDADES JERÁRQUICAS CACICALES DEL PERÍODO TARDÍO (500 a 1550 d. C.)

LOS CARANQUIS-CAYAMBIS Y QUITUS

Medioambiente natural y cultural

Evidencias arqueológicas y etnohistóricas

La explotación de la sal de Salinas del valle del Chota-Mira

La zona montañosa de Íntag

Guayllabamba

Territorios Caranquis, Cayambis y Quitus

Complejidad Social

Organización política y gobierno

Patrón de asentamiento

Los montículos artificiales o tolas

Tipos de vivienda

Organización económica: propiedad y productividad agrícola

Ceremonias y rituales

El intercambio

Toponimia y antroponimia

CAPÍTULO V LAS SOCIEDADES JERÁRQUICAS CACICALES DEL PERÍODO TARDÍO, AL NORTE DEL VALLE DEL CHOTA MIRA (700 a 1600 d. C.)

LOS PASTOS

La sociedad Pasto

Capulí

Piartal

Tuza

La vivienda

Bohíos funerarios

Toponimia

Los petroglifos

CAPÍTULO VI PRESENCIA EN EL ALTIPLANO DE UNA ETNIA DE CEJA DE MONTAÑA ORIENTAL: LOS COSANGA

CAPÍTULO VII EL TERRITORIO CARANQUI-CAYAMBI EN LA ÉPOCA

CONCLUSIONES Y RECOMENDACIONES**BIBLIOGRAFÍA****ANEXOS****FOTOGRAFÍAS**

Nº 2 HISTORIA ANTIGUA DEL PAÍS IMBAYA

Autor: Segundo E. Moreno Yáñez

Editor: Universidad de Otavalo & Instituto Otavaleño de Antropología
Otavalo, 2007 (en prensa).

Índice**1.- Glosas geográficas de un área cultural**

- 1.1.- Andinoamérica Septentrional
- 1.2.- Guayllabamba y Chota: dos hoyas ecuatoriales
- 1.3.- Geosistemas climáticos
- 1.4.- Microverticalidad y acceso a recursos
- 1.5.- Particularidad adaptativa.

2.- Poblamiento de los Andes equinocciales

- 2.1.- Antigüedad del Hombre ecuatorial
- 2.2.- Repertorio lítico y de obsidiana.

3.- Cazadores y recolectores del Norte andino

- 3.1.- Talleres prehistóricos de los páramos
- 3.2.- Cacería y recolección
- 3.3.- Formas de organización social
- 3.4.- Cosmovisión shamánica.

4.- Sociedades agroalfareras incipientes

- 4.1.- Génesis de la agricultura en Andinoamérica, Septentrional
- 4.2.- Cotocollao: un modelo altoandino
- 4.3.- Variantes regionales formativas
- 4.4.- La Chimba: puerto de intercambio con las tierras bajas
- 4.5.- Tababuela: asentamiento en un medio semiárido.

5.- Sociedades agrícolas aldeanas superiores

5.1.- Socapamba: ejemplo de un sistema regional integrado

5.2.- Tolas: elemento diagnóstico del País Imbaya.

6.- Proceso evolutivo en las sociedades complejas

6.1.- Estabilidad territorial y estructura demográfica

6.2.- Patrones de asentamiento

6.3.- Especialización y centros de poder.

7.- Identidad étnica y configuración política

7.1.- Criterios conceptuales

7.2.- El patronímico de un País

7.3.- Una digresión necesaria

7.4.- El «*pacarista huanta*» de Otavalo.

8.- Señoríos étnicos en el País Imbaya

8.1.- Curacazgos de Caranqui, Pimampiro y Chapi

8.1.1.- Caranqui viejo y Cochicaranqui

8.1.2.- Pimampiro y Chapi: puertos de contratación

8.2.- El cacicazgo mayor de Otavalo

8.2.1.- «Otavalo»: ¿de topónimo a antropónimo?

8.2.2.- El Otavalo ancestral

8.2.3.- «Cacique mayor» de una provincia

8.2.4.- La «celada» de los códigos coloniales

8.2.5.- Alianzas y conflictos

8.2.6.- Vínculos con el «pie de monte».

8.3.- Cochisquí, en las estribaciones del Mojanda

8.3.1.- Las excavaciones en Cochasquí

8.3.2.- El conjunto de las pirámides

8.3.3.- Los montículos funerarios

8.3.4.- Otros hallazgos de superficie y la secuencia cerámica

8.3.5.- El señorío de Cochisquí.

8.4.- Cayambe: un cacicazgo con hegemonía militar

8.4.1.- Evidencias arqueológicas en la comarca de Cayambe

8.4.2.- Fortalezas y sistemas defensivos.

9.- La expansión del Tahuantinsuyo en los Andes del Norte

9.1.- Precariedad temporal de un imperio

- 9.2.- Conquista incaica del Septentrión Andino
- 9.3.- Incursión inca en el País Imbaya
- 9.4.- Formas de ocupación
- 9.5.- El País Imbaya bajo la soberanía de Atahualpa
- 9.6.- Proclamación del Inca Atahualpa en Caranqui.

10.- Breve reflexión final

Bibliografía.

Nº 3 EL CORREGIMIENTO DE OTAVALO: TERRITORIO, POBLACIÓN Y PRODUCCIÓN TEXTIL (1535-1808)

Autora: Christiana Borchart de Moreno

Editores: Universidad de Otavalo & Instituto Otavaleño de Antropología
Otavalo, 2007 (en prensa)

Introducción

Otavalo. Con los múltiples significados de esta palabra comenzó la investigación para el presente libro. Fue el nombre que utilizaron los españoles para designar a un cacique mayor, uno de los más influyentes que encontraron al avanzar desde Quito hacia el norte; el nombre que se dio a la encomienda o *repartimiento* de todos los grupos sujetos a este cacique; el nombre de un ayllu y de su familia cacical, dependientes del cacique mayor y asentados a orillas de la laguna de San pablo; el nombre que en el lapso de pocas décadas sustituyó el de Sarance para designar al primer pueblo de indios y posterior asiento; el nombre de todo el territorio desde el río Guayllabamba hasta Rumichaca, transformado en uno de los dos primeros corregimientos de indios de la Audiencia de Quito y reducido paulatinamente hasta su conformación definitiva en 1623.

Tantos significados casi inevitablemente causan confusión, y confusión fue exactamente lo que produjo el primer acercamiento a la temática: la historia de un corregimiento de indios. La idea inicial consistió en la elaboración de un estado de la cuestión, un resumen de lo que se había escrito sobre los casi trescientos años de historia colonial. De todas las regiones de la Audiencia de Quito, la de Otavalo es probablemente la más estudiada, al menos para las primeras décadas de la colonización española. Para los dos siguientes siglos, la bibliografía es notablemente más escasa, lo cual hizo necesario completar algunas temáticas con fuentes provenientes del Archivo Nacional, documentos que representan solo una mínima parte de lo que reposa en ese archivo. Archivos como los de Otavalo, Ibarra o el del

Banco Central en Quito ni siquiera pudieron ser consultados.

En casi un siglo de estudios no se había tratado, sin embargo, de establecer las etapas que, desde el primer reparto de encomiendas, condujeron a la delimitación de un territorio que se extendía, tras varias reducciones, desde el puente sobre el río Pisque en el sur hasta la quebrada de Arcos en el norte. Tampoco se había prestado atención a la significativa diferencia entre el *repartimiento* de Otavalo y el *corregimiento* del mismo nombre que incluía, a más de los grupos indígenas sujetos al cacique mayor Otavalo, el cacicazgo provincial de Cayambe y Tabacundo bajo el mando de los caciques Puento. Uno de los ejemplos más visibles de esta falta de distinción se encuentra en las numeraciones del siglo XVII que abarcan, en dos periodos diferentes, la población sujeta al cacique mayor de Otavalo y los ayllus pertenecientes al cacicazgo de los Puento. A pesar de ellos se publicaron bajo el título de «Numeraciones del repartimiento de Otavalo». En vista de la frecuente y fácil confusión de los términos «repartimiento» y «corregimiento» se optó por distinguir al primero con letras cursivas. La poca importancia dada a este respecto ha tenido como consecuencia, en más de un estudio, una falta de precisión en la información presentada. Especialmente en los análisis demográficos no se aclara si los datos presentados se refieren a la encomienda, al asiento o al corregimiento, distrito este último que no fue el mismo en 1564, 1582 o 1623.

Con esta observación la primera necesidad del estudio quedó clara. Había que analizar el proceso de constitución de este nuevo distrito administrativo, la evolución de las encomiendas situadas en su territorio y los primeros intentos de adaptar la organización y formas de vida nativas a los conceptos mediterráneos de una vida «en policía»: En este proceso se deben distinguir dos elementos: la división jurídica y la territorial. La primera asignaba un determinado número de ayllus a cada uno de los pueblos de indios fundados en la segunda mitad del siglo XVI. En la práctica estas reducciones distaron mucho de los conceptos ideales de una distribución equitativa de la población indígena. La segunda consistía en la asignación de lugares de asentamiento para cada uno de los ayllus, lugares que no necesariamente coincidían con su adscripción jurídica. En lo relacionado con la terminología se ha respetado el vocabulario utilizado en las fuentes, en las cuales prevaleció la palabra quichua «ayllu» hasta finales del siglo XVII cuando fue sustituida paulatinamente por la «parcialidad». Para designar a los señores étnicos de la región los funcionarios españoles utilizaban el término caribe «cacique», aunque ellos mismos preferían la expresión «cabeza y cacique», con lo cual conservaron en cierta forma su propio término de «ango». La expresión «curaca y cacique», en cambio, se ha encontrado una sola vez hacia mediados del siglo XVII. También en los topónimos se ha respetado la terminología de la época, razón por la cual no se habla de Atuntaqui sino de Tontaqui y de Cotacache en lugar de Cotacachi.

A la definición del área de estudio y su organización interna tenía que seguir un análisis de la evolución demográfica. Este tema complejo se ha tratado más de una vez, pero los resultados siguen siendo poco satisfactorios. Al igual que en la temática territorial, hasta ahora no se había tratado de establecer algo básico: la secuencia de las vistas y numeraciones de la población indígena y sus diferentes procedimientos. Más sorprendente resultó, sin embargo, el hecho de que el material de las dos grandes numeraciones del siglo XVII, publicado en la Colección Pendoneros del Instituto Otavaleño de Antropología, haya sido utilizado sin un adecuado análisis de fuente para determinar los alcances –y las deficiencias- de estos documentos. A pesar de que la situación de las fuentes es más ventajosa en el caso del corregimiento de Otavalo que en otras regiones, uno de los resultados del presente estudio es que lamentablemente la mayor parte del valioso material recopilado en las visitas se ha perdido o no ha podido ser localizado hasta el momento en los archivos. El resultado más novedoso de los datos demográficos de finales del siglo XVIII, que no se habían analizado con anterioridad, podría ser la constatación de la importancia de la población negra y mulata en el corregimiento, una población mayoritariamente libre a la que no se había prestado ninguna atención, ya que hasta la actualidad todos los estudios se han centrado en el reducido grupo de los esclavos.

Después del análisis del territorio y su población era indispensable estudiar la economía del corregimiento. Para esta tercera parte del libro hubo que decidir entre dos temáticas de igual relevancia: el desarrollo de la tenencia de la tierra y la producción agrícola y ganadera o los obrajes y la producción textil, aspectos ambos que siguen marcando la economía de la región. Se optó por los obrajes, puesto que en las últimas tres décadas las manufacturas textiles de la Audiencia han concitado el interés de los investigadores. El resultado ha sido un considerable número de estudios, aunque ninguno haya enfocado la temática desde una perspectiva regional. Del obraje de Otavalo, considerado erróneamente como obraje de comunidad y citado por casi todos los autores como uno de los más importantes de su género, no existían más que algunos datos aislados. Las fuentes localizadas hasta ahora han permitido establecer las diferentes fases de la historia de esta manufactura, aunque muchos elementos, especialmente los aspectos cuantitativos, difícilmente se podrán resolver, puesto que la documentación pertinente parece haber desaparecido. De entre los obrajes de la Audiencia el de Peguche es uno de los más conocidos, gracias a uno de los pocos estudios monográficos dedicados a las manufacturas textiles. Una revisión de documentos ya conocidos así como el hallazgo de nuevas fuentes han permitido completar la historia y enfocar algunos aspectos de manera diferente, entre ellos el intento de modernización del sector textil. Para completar el cuadro de la producción textil con una hacienda-obraje se escogió Colimbuela,

una manufactura ubicada en las cercanías de Cotacache. A diferencia de los otros dos obrajes, inició su producción con los textiles más simples para luego ampliarla hacia los paños destinados al mercado limeño.

La revisión de algunas fuentes primarias hizo evidente la riqueza de testimonios que dejaron los habitantes de esta región, testimonios que permiten un cierto acercamiento a la manera de pensar de personas de quienes nos separan varios siglos. Se trata de caciques, de hacendados y obrajeros generalmente pertenecientes a la elite colonial, pero también de miembros del reducido grupo de blancos y mestizos que poco a poco se estableció en los pueblos. Algunos de estos testimonios tan ilustrativos de su vida, de sus preocupaciones, de la convivencia de los diferentes grupos, han sido incluidos en el presente trabajo. Con excepción de textos ya publicados, como los de Eugenio Espejo o Francisco José de Caldas, a la transcripción de estos testimonios se han añadido algunas palabras explicativas y la ortografía se ha adaptado a la actual para facilitar la lectura.

La historia presentada aquí dista mucho de una historia completa del corregimiento de Otavalo. Si la sistematización intentada logra acercar a las actuales generaciones al pasado y a incentivar nuevas investigaciones, este trabajo habrá cumplido sus objetivos.

Índice

Introducción

EL TERRITORIO

1. El proceso de constitución de un corregimiento de indios
 - 1.1. Las encomiendas como primer paso hacia una organización del espacio
 - 1.2. Los intentos vacilantes de establecer una administración estatal
 - 1.3. La creación de los corregimientos de indios
 - 1.4. Suspensión y reinstalación de los corregidores de indios bajo el virrey Toledo
 - 1.5. El retorno del *repartimiento* de Otavalo a la Corona y la consolidación del corregimiento
 - 1.6. La fundación de la villa de Ibarra y la división del corregimiento
2. El desarrollo de las encomiendas en la Sierra Norte
3. La reducción de los ayllus y la fundación de los pueblos
 - 3.1. Los inicios del pueblo Sarance-Otavalo
 - 3.2. La política de reducciones del virrey Toledo
 - 3.3. La visita de Diego de Zorrilla y la organización d cuatro pueblos desde 1612

- 3.3.1. Los ayllus y caciques del pueblo de Tontaqui
- 3.3.2. Los ayllus y caciques del pueblo de Cotacache
- 3.3.3. Los ayllus y caciques del pueblo de San Pablo
- 3.3.4. Los ayllus y caciques del pueblo de Otavalo
- 3.3.5. La migración de los ayllus de Mueñala y Perugache
- 3.4. Los ayllus y caciques de Tabacundo y Cayambe en 1632 y 1685

LA POBLACIÓN

- 1. Los tributarios y habitantes en el siglo XVI (1547-1598)
- 2. La evolución demográfica en el siglo XVII
 - 2.1. La visita del oidor Diego de Zorrilla (1611/12)
 - 2.2. La visita de Pedro Ponce Castillejo y la numeración parcial de Andrés de Sevilla (1622 y 1631/32)
 - 2.3. La numeración general de Andrés de Sevilla (1645/46)
 - 2.3.1. Los aspectos generales de la numeración
 - 2.3.2. Mortalidad y ausencia de tributarios
 - 2.3.3. La falta de mujeres
 - 2.3.4. Funcionarios, sirvientes y artesanos indígenas como habitantes de los núcleos urbanos
 - 2.3.5. Los cambios en la antroponimia
 - 2.4. Las numeraciones de las décadas de 1650 y 1660
 - 2.5. La visita del Duque de la Palata y la consolidación del régimen colonial (1683/85)
 - 2.5.1. Los aspectos generales de la visita
 - 2.5.2. La numeración de cinco ayllus de Cayambe
 - 2.5.3. La numeración de dos ayllus de Cotacache
- 3. El siglo XVIII multiétnico
 - 3.1. Los forasteros en 1720
 - 3.2. La fallida numeración y la sublevación de 1777
 - 3.3. La visita de García de León y Pizarro (1779/80)
 - 3.3.1. Los aspectos generales de la visita
 - 3.3.2. La población indígena
 - 3.3.3. La población blanca
 - 3.3.4. La población negra y mulata
 - 3.4. Las cifras contradictorias de fines del siglo XVIII e inicios del siglo XIX

LA PRODUCCIÓN TEXTIL

- 1. El Obraje Mayor o mal llamado Obraje de Comunidad
 - 1.1. El obraje del encomendero
 - 1.2. La administración estatal

- 1.3. El arrendamiento a particulares
- 1.4. El obraje de comunidad y el obraje de los corregidores
- 1.5. La privatización del Obraje Mayor
- 1.6. La empresa del primer Marqués de Villaorellana
- 1.7. El Obraje Mayor, el «grand tour» y las deudas
2. El obraje de Peguche
 - 2.1. De la manufactura de Rosero de Solís al Obraje de San José de Buenaventura en el sitio de Peguche
 - 2.2. La privatización del Obraje de Peguche
 - 2.2.1. El obraje de los Donoso
 - 2.2.2. La familia Jijón y los Marqueses de Villaorellana
 - 2.2.3. Peguche, la vida en Europa y el amargo retorno
3. La hacienda-obraje Colimbuela y el Condado de las Lagunas
4. La estructura de la producción textil en el corregimiento de Otavalo

ANEXOS

Abreviaturas

FUENTES

BIBLIOGRAFÍA

Nº. 20 VIAJEROS EN LA REGIÓN DE OTAVALO

Autor: Jorge Gómez Rendón

Editores: Universidad de Otavalo, Instituto Otavaleño de Antropología

Impresión: Imprenta Noción

329 páginas

Quito, 2003

Estudio introductorio

El viaje y la cultura occidental

Es innato al hombre el deseo de viajar. El viaje ha existido a lo largo de la historia humana bajo distintas formas y ha ocupado miles de páginas escritas y millones de palabras pronunciadas. Desde la *Epopéya de Gilgamesh*, el texto escrito más antiguo conocido, hasta los viajes intergalácticos de la ciencia ficción, el viaje ha sido narrado y reproducido en la historia del hombre como parte constitutiva suya. Este deseo

innato de viajar ha sido y sigue siendo un deseo de reducir espacios y dislocarlos. Transportarse por cualquier medio a través de una geografía es siempre una práctica de separación pero también de alienación, un proceso a través del cual el viajante se reconoce y se desconoce en otros seres humanos y en otros lugares, en otras lenguas y en otros modos de vida. El viaje se convierte, así, en una forma de construcción de la identidad de los individuos y de los pueblos.

Cuando el viajero regresa al punto de partida de su contexto social y cultural, ya no es el mismo; ha adquirido en el trayecto todo un acervo de experiencias que quiere compartir con sus coterráneos, pero que siempre terminan configurando una nueva realidad. En este sentido el viaje recuerda aquellos ritos de pasaje a través de los cuales hombres y mujeres se preparan para cumplir una nueva etapa en su biografía y reintegrarse a la sociedad con nuevos deberes y obligaciones. De la misma forma, el viajero se separa del medio que lo vio nacer para ingresar a otro diferente, donde aprende nuevas formas de supervivencia, nuevas formas de ver el mundo y actuar en él, nuevas palabras, nuevos gestos y posturas, en fin, nuevas prácticas para volver al lugar de origen y reintegrarse a su sociedad como un hombre «viajado».

Si esto es cierto de quienes viajan, no lo es menos de aquellos que reciben al viajante en el seno de su grupo social. Porque también los visitados sufren igual dislocamiento cuando permite que un hombre ajeno entre en su medio. Ellos también aprenden que el mundo no se reduce a su única forma de percibirlo, que la suya no es la única lengua que hablan los hombres, que el suyo no es el mismo vestido ni el mismo calzado que llevan sus semejantes. El viajero y el visitado son dos caras de una misma moneda, dos formas de existir que se complementan y se recrean mutuamente. El viaje constituye, así, un doble proceso de identificación para ambas partes, luego del cual, ninguna sigue siendo la misma. Y así como el viajero difunde entre los suyos los conocimientos del mundo adquiridos en su periplo, así también los visitados han de recuperar el retrato que de ellos hizo el visitante para saber cuál es su imagen en el espejo del otro.

La tradición del viaje está inscrita en los orígenes de la cultura occidental. Navegantes, exploradores, descubridores, conquistadores, colonizadores y turistas son algunos de los nombres que se han dado a los viajeros a lo largo de la historia. Aunque sería un error afirmar que otras culturas no comparten el mismo gusto por el viaje, ha sido quizá la occidental aquella que ha hecho de él una forma de vida, gracias a una tecnología que ha permitido más rápidos desplazamientos alrededor del globo.

No se debe olvidar, sin embargo, que la forma de entender y practicar el viaje ha ido cambiando a lo largo de la historia. Desde la odisea clásica, que pervive en la

tradicción occidental en la forma del viaje espacial, hasta el llamado viaje de placer, reducido en el tiempo y en el espacio, las formas de viajar han estado asociadas con distintas maneras de ver el mundo y concebir el tiempo: mientras en el primero la travesía estaba llena de hazañas y aventuras que se prolongaban sin medida ni planes previos, en el segundo, la extensión temporal y la planificación son requisitos que procuran al viajero un mejor aprovechamiento de su tiempo de ocio. Hasta finales del siglo XIX, sin embargo, se practicaba todavía el viaje según el ideal romántico del «dejarse ir y reencontrar la naturaleza perdida». Sólo así vieron la luz obras clásicas como los Viajes de Gulliver o el Robinson Crusoe. Es preciso reconocer que hoy el viaje ha dejado de ser un ritual para convertirse en un hábito, con todo lo que ello entraña para ese proceso de invención del nosotros y del otro.

Viajeros y literatura de viajes

Si aceptamos que siempre hubo viajeros pero que la figura del viajero nunca fue una entidad monolítica por fuera de sus circunstancias biográficas e históricas, debemos admitir que nunca hubo una sola literatura de viajes, entendiendo por tal aquella producción escrita que da cuenta de un itinerario y de las impresiones recogidas en el trayecto, salpicadas siempre con las particulares formas de ver el mundo que llevaba cada autor-viajero en su equipaje.

Desde una teoría del viaje que lo concibe, tal como la he propuesto, como una característica humana innata pero también como un desplazamiento del propio espacio hacia el espacio ajeno, es preciso identificar aquí varias figuras del viajero que se han materializado en diversos géneros de la literatura de viajes.

* * *

Siendo como fue el descubrimiento de América resultado del más grande viaje que hubo emprendido el hombre europeo fuera de su continente hasta entonces, América nació con los viajeros y el viaje moderno nació con América. Se entiende así que ya desde las primeras cartas que Colón envió a los reyes católicos enterándoles de su hazaña, incomprendida por él mismo, se empezó a constituir una literatura de viajes que resultaría prolífica en los próximos quinientos años. El descubridor, primero, y, más tarde, el conquistador y el colonizador, fueron las primeras figuras del viajero en el espacio americano, no solo por ser sus primeros visitantes sino también porque reclamaron este espacio como suyo y se propusieron explotarlo. Las circunstancias históricas y políticas que rodearon las primeras aventuras trasatlánticas reflejan un elemento persistente a lo largo de la historia de los viajes en América, elemento que aparece bajo distintas formas, más instrumentales unas, más retóricas otras: hablo del poder, materializado en la apropiación del espacio y de los seres humanos que lo habitan. Esto fue posible sólo a condición de creerse el viajero, como descubridor y

conquistador, un ser superior que tenía en sus manos el proyecto cultural de Occidente: cristianizar y civilizar las nuevas tierras. Un buen ejemplo de la apropiación que conllevan los viajes de descubrimiento y conquista lo encontramos en la carta que Sebastián de Benalcázar dirigió al rey de España, donde afirma que «por mandato del marqués y en nombre de Vuestra Majestad, yo descubrí y poblé la ciudad de Quito, y habiéndola poblado y repartido, yo tomé en nombre de Vuestra majestad al cacique llamado Otavalo, que tendrá hasta mil quinientos o dos mil». Esta carta, que bien podría estar dentro de la primera literatura de viajes producida en América, debe ser rescatada y entendida como parte de la retórica de un proyecto político de civilización y cristianización del mundo.

Más descubridor que conquistador, pero no por ello menos colonizador, el cronista de Indias aparece sólo más tarde en la nueva literatura sobre América. Sin embargo, si hay algunas crónicas que pueden ser consideradas dentro de la literatura de viajes, se debe a que sus autores visitaron las tierras sobre las que escribieron, aun cuando fueran más bien la excepción, pues la mayoría de cronistas recogían la información de otras fuentes que sí eran de primera mano. Dentro de la literatura de viajes me interesan exclusivamente esas crónicas salidas de la pluma de viajeros-cronistas que visitaron América y escribieron a partir de su experiencia, más que esas otras que refunden y compendian materiales de distinta procedencia. Con ello pretendo trazar una línea divisoria que separe la crónica tal y como canónicamente la entendemos, de la literatura de viajes redactada dentro del género de la crónica, porque si todo viajero fue cronista al narrar sus experiencias, no todo cronista fue viajero. La distinción entre la crónica y la literatura de viajes está dada, en consecuencia, por la manera en que el autor recolecta los datos y la forma en que la vivencia personal modela el discurso de su obra.

El género que desde Jiménez de la Espada se ha dado en llamar *Relaciones geográficas de Indias* agrupa una serie de documentos de diversa índole y procedencia que constituyen otra forma de literatura de viajes producida en circunstancias históricas y políticas específicas. En la gran mayoría de los casos, las *Relaciones* se preparaban según un formato, establecido previamente por cuestionarios que buscaban recoger lo más importante de una región, desde su geografía hasta sus habitantes, pasando, como no podía ser de otra manera, por los recursos naturales que albergaban los nuevos territorios y que podían acrecentar el peculio del imperio. Las primeras *Relaciones* datan del último tercio del siglo dieciséis (ca. 1569) y responden a un intento de racionalizar y estandarizar la información sobre las colonias que la Corona quería tener a disposición para un diseño oportuno y coordinado de las políticas de Estado. Al estar preparadas en base a cuestionarios específicos, las *Relaciones* pueden ser consideradas, en un primer momento, documentos de carácter burocrático. Sin embargo, las

circunstancias en que escribieron sus autores y la perspectiva propia que imprimían a su discurso hacen de las *Relaciones* más que simples formularios oficiales que recababan datos «objetivos». En primer lugar, los autores eran funcionarios de Estado que conocían de primera mano los lugares sobre los que hablaban porque habían viajado y residido durante un tiempo suficiente para conocer de primera mano su geografía física y humana, sobre todo en las primeras décadas de la Conquista; eran, por lo tanto, viajeros como cualesquier otros. En segundo lugar, las *Relaciones* distan mucho de ser documentos exactos y objetivos. Un breve análisis de su estructura permite constatar que las respuestas a los cuestionarios siempre estaban elaboradas de acuerdo con la perspectiva de cada autor y según sus particulares intereses. A partir de estas consideraciones, considero pertinente incluir en la literatura de viajes ciertas obras, catalogadas dentro del género de las «*relaciones* geográficas», que fueron escritas en las primeras décadas del siglo XVI y cuyos autores se cuentan entre los primeros funcionarios que viajaron por los territorios americanos que tenían a su cargo.

Inaugurando una nueva etapa de los viajes en América, aparece en el siglo XVIII la figura del viajero científico, hijo de las luces y el romanticismo. Aunque para nosotros no es sino otra encarnación histórica del viajante, la imagen del viajero científico se volvió arquetípica durante el siglo XIX y quizás a ello se deba que, para algunos, la suya sea la única literatura de viajes posible.

El año de 1735 marcó un hito en la historia europea por dos razones: la publicación de *El Sistema de la naturaleza*, de Carl Linneo, paradigma del pensamiento científico occidental que estableció las pautas para ordenar los seres de la naturaleza; y el lanzamiento de la primera expedición científica a América, que tuvo como objetivo medir el meridiano terrestre y determinar definitivamente la forma de la tierra (Pratt, 1996). A partir de estos dos acontecimientos se fue desarrollando, durante el resto del siglo XVIII y en el transcurso del siguiente, una nueva literatura de viajes, de carácter científico, que abarcaba diferentes áreas del conocimiento —botánica, zoología, geología, vulcanología, astronomía, biología, arqueología, etc.— y cuyo propósito final era redescubrir América para la ciencia europea y reinventarla como espacio de colonización e intervención política en el marco de la nueva expansión del capitalismo industrial.

Así llegó a ser el viajero científico el nuevo modelo de viajero europeo: desinteresado, culto, aventurero, pero sobre todo, europeo. El viajero científico visitaba lugares remotos para recoger, clasificar, catalogar, recopilar y descubrir la naturaleza en todas sus formas, sólo «por amor a la ciencia». El viajero científico fue, sobre todo durante el siglo XIX, un heraldo de Europa que podía hablar con autoridad sobre cualquier asunto que considerase meritorio de su pluma simplemente porque hablaba

con la investidura de la ciencia. Esta autoridad escrituraria del viajero científico se repetía, como una forma del discurso eurocéntrico de la época, en otros viajeros contemporáneos suyos que no eran científicos pero que reproducían los mismos cánones, temas e imágenes en sus relatos, matizándolos siempre con su particular forma de ver el mundo.

El viajero científico fue quien hizo posible el redescubrimiento de América y su consiguiente reinención para Europa y para las elites criollas que asumieron el poder luego de las guerras de independencia. El redescubrimiento contribuyó, primero, a insertar América en el pensamiento científico, sacándola del imaginario fantástico que hasta entonces evocaba en la mente de Europa: este fue el mayor logro de los viajes por el mundo que comprendieron los discípulos de Linneo y de la medición del meridiano terrestre en el corazón mismo de la América española. Más tarde, el redescubrimiento permitió superar visiones científicas y crear una nueva conciencia planetaria que representaba la realidad americana no sólo como plantas, animales y rocas que clasificar sino, sobre todo, como una realidad vital integral, capaz de evocar lo sublime y sobrecoger el pensamiento del hombre.

Esta forma de describir la realidad de América es posible rastrearla ya desde Caldas, uno de los primeros viajeros científicos americanos, discípulo del botánico José Celestino Mutis. Pero, sin duda, alcanza su máxima expresión en la obra del barón Alexander von Humboldt, el gestor más ilustre de esta nueva forma de pensar América. Heredero de la Ilustración pero al mismo tiempo quien había de superarla, «Humboldt intentó al mismo tiempo reencuadrar la subjetividad burguesa, desviándola de su escisión de estrategias objetivistas y subjetivistas, ciencia y sentimiento, información y experiencia». El ilustre prusiano reinventó América como naturaleza, pero una naturaleza muy distinta de la que tenían en mente los botánicos del siglo XVIII: menos una naturaleza recolectable y clasificable que una naturaleza viva e integradora, una especie de ser vivo animado por fuerzas invisibles cuya comprensión desafía el entendimiento humano. Fusionando ciencia y estética, Humboldt superó el personalismo de las narrativas de viajes y la frialdad del detalle científico. Su copiosa obra fue para la época un, además, hito en la edición de libros de viajes y libros científicos, gracias al abundante material gráfico que la sustentaba y a la estructura de los textos.

Bien entrado el siglo XX, la figura del viajero científico continuó viva, aunque esta vez con el auspicio declarado de los gobiernos imperialistas y de las nuevas empresas transnacionales, interesadas en conocer el potencial minero de los países sudamericanos. Se hizo evidente, una vez más, la estrecha relación entre viajes e intereses económicos. Es verdad que durante el siglo XX hubo viajeros que no gritaban a viva voz su simpatía hacia los nuevos intereses coloniales, pero es verdad

también que nunca abandonaron un discurso civilizador que dejaba traslucir su ferviente anhelo porque estas tierras indómitas de habitantes indolentes fueran, de una vez por todas, cuna de la cultura y la civilización. Un análisis detenido de la literatura de viajes de los siglos XVIII y XIX revela que siempre existió un propósito político que justificaba la intervención de las naciones industrializadas con el fin de convertir los territorios y los pueblos de América, presas de la barbarie y la indómita naturaleza, en regiones productivas insertas en la circulación del capital, pobladas por gentes industriosas y emprendedoras que tuvieran en el trabajo su principal forma de vida.

Merece también particular atención un tipo de viajero que he llamado «vernáculo», por haber nacido en América y haber escrito literatura de viajes sobre su patria o alguna región del continente durante la época de consolidación de las repúblicas americanas en la segunda mitad del siglo XIX y la primera mitad del XX. Por las circunstancias históricas de su surgimiento, la literatura producida por estos viajeros conlleva una serie de características que la distinguen de la literatura europea de viajes canónica.

Aunque conoce de primera mano la realidad social y cultural de los lugares que visita, el viajero «vernáculo» no deja de ser ajeno a ella ni de percibir cosas de las que no se percatan los locales. Pero además, el viajero «vernáculo» comparte con sus visitados una misma patria aunque no un mismo proyecto nacional. Por estas razones asume una actitud menos arrogante y más justa, que convierte su obra en valioso testimonio de la historia. La comunión del viajero vernáculo con sus visitados no implica, sin embargo, la ausencia en él de un proyecto civilizador al estilo de los viajeros europeos y norteamericanos. Su proyecto civilizador toma la forma de un proyecto de unificación nacional o regional que reconoce en todos los visitados, primero, su carácter de ciudadanos de un mismo país, y, segundo, su condición de seres humanos de un mismo pasado.

Entrado el siglo XX aparece la figura de un viajero moderno, producto de la sociedad de masas, viajero obsesionado con itinerarios cortos que se adapten a sus necesidades pero que, sobre todo, le permitan aprovechar el tiempo de ocio: es el viajero turista, personaje que hoy en día vemos en todos los rincones del mundo. Producto de la globalización y la industria del turismo, este viajero utiliza aviones y trenes rápidos para acortar distancias y cubrir espacios, y trata de suplir con una profusión de vivencias la intensidad de un viaje largo que no puede o no quiere vivir porque le falta tiempo o porque los lugares exóticos que busca, los encuentra ahora en el televisor o la computadora. Este viajero ya no escribe sobre viajes. Su forma de registrarlos es visual: no hay turista hoy en día que no lleve en su equipaje al menos una cámara fotográfica o una videocámara.

Sin embargo, en los primeros años del turismo de masas, hubo turistas que escribieron sobre sus experiencias y lo hicieron fuera de los cánones de la literatura de viajes, que ya por aquella época empezaba a transformarse en un género de ficción. La suya es una literatura distinta, preocupada menos por los detalles, las cifras y los nombres, que por las experiencias íntimas: tiene, por lo tanto, mucho de biográfica, pero más todavía de novelesca. Algunas de estas obras, hoy en día clásicas, sirvieron en su momento para «dar a conocer» América en el mundo entero, aun cuando esta divulgación no significaba otra cosa que «redescubrir» el Nuevo Continente para el turismo de masas y valorar su riqueza natural y cultural e la medida en que podía ser exhibida y consumida como cualquier producto. El discurso del turismo como fuente de riqueza ha promocionado desde entonces el viaje como aventura individual de lo exótico humano y se ha consagrado en las leyes e instituciones sociales.

Llegada la mitad del siglo XX, surge la figura de un viajante que conjuga el espíritu aventurero del viajero romántico con el método riguroso del antropólogo y la misión social del periodista; un viajero menos espectador y más participante que nace con las ciencias sociales modernas.

Luego de la revolución científica que despertó el prurito por la clasificación y la descripción de la realidad americana, el segundo cambio radical en el método de inventar al otro vino consumándose desde finales del XIX con el nacimiento de las ciencias sociales, para cristalizarse finalmente en la instauración del método antropológico, forma institucionalizada del viaje y su escritura. Las primeras obras antropológicas conservan mucho de la literatura de viajes, lo cual se debe quizá a que la obsesión por el Otro como «objeto» de investigación, de la que tanto se acusa a los antropólogos, ya estuvo presente en los primeros viajeros. Este alejamiento del propio espacio hacia el espacio ajeno, que constituye la esencia del viaje, también está presente en la labor del antropólogo y alimenta el símil entre el viajero que parte de la metrópoli a las colonias y el antropólogo que sale de la ciudad al campo.

Hasta entrado el siglo veinte, la literatura de viajes, científica o no, abarcaba una diversidad de géneros que hoy se encuentran separados (exploración, botánica, geografía, comercio, cosmología, filosofía, política, etc.). Sólo a inicios del siglo XX, cuando empezaron a consolidarse ciertas prácticas de investigación y escritura que caracterizaban el trabajo de algunos grupos académicos, se produjo la separación de la literatura de viajes y lo que se conoce como antropología. Aunque los parámetros para definir quién era antropólogo y quién «viajero» quedaron definidos desde entonces, el espacio que reclamaba la nueva disciplina nunca se delimitó por completo. De esta escasa delimitación se nutre hoy en día la interdisciplinariedad

del nuevo paradigma científico. Y es que la superación de las fronteras disciplinarias de las ciencias humanas que promocionan los nuevos estudios culturales han obligado a muchos antropólogos a replantear su trabajo y a escribir desde otras posiciones, con lo cual «elementos de la narrativa ‘literaria’ del viaje que estaban excluidos de las etnografías (o marginados en los prefacios) ocupan ahora un lugar más prominente». Se está produciendo una vuelta de las ciencias del hombre a la literatura de viajes, no sólo en su forma de escritura, menos esquemática y más personal, sino también en su perspectiva de las culturas como experiencias de viaje más que como objetos de estudio. Desde este punto de vista, la literatura de viajes permitiría entender la existencia del hombre en el mundo como un viaje más: corto por la exuberancia de la realidad, personal por lo individual del recorrido, pero, sobre todo, gregario por el tejido social que se construye entre viajeros y visitados.

Este recuento de los viajeros y la literatura de viajes en ningún momento ha pretendido ser exhaustivo, pero sí una herramienta para construir un marco general que sirva a la comprensión e interpretación de los textos que se presentan en este libro. Por otro lado, he querido introducir algunos temas que trataré en seguida, como son la definición de culturas viajeras y culturas visitadas a través de las relaciones de poder y por procesos de representación e invención de Europa y América en la literatura de viajes.

Culturas viajeras y culturas visitadas: relaciones de poder y representación

¿Es posible hablar de «culturas viajeras» y «culturas visitadas»? La respuesta a esta pregunta se encuentra, a mi juicio, en la relación entre el viaje y la imagen de la cultura, mediada por el poder político que ejercen unas sociedades sobre otras. Viajeros y visitados no son entidades fijas: al contrario, en su capacidad de transmutación reside la dinámica del viaje. Lo más importante es que, en ambos casos, las prácticas de desplazamiento y permanencia hacen posible construir identidades a partir del desconocimiento y el reconocimiento de sí mismo y del otro, y más tarde, a partir de la propia y la ajena reinención.

Cuando se dice que la occidental siempre fue una cultura viajera; no se debe olvidar que desde la antigüedad clásica, el viaje se constituyó en una forma de vida articulada con la apertura de rutas comerciales y la conquista de nuevos territorios. Europa siempre se consideró el núcleo a partir del cual se desplazaba la civilización y hacia el cual convergían las culturas. La cartografía europea de la Conquista dejaba traslucir este pensamiento eurocéntrico aún después de que los viajes trasatlánticos y las circunnavegaciones revelaron la verdadera magnitud del espacio planetario. Desde su posición privilegiada en el mapa, Europa era, por excelencia, el punto de partida y de llegada. Europa era cultura viajera, no porque viajara más que otras sino porque

creía que era su derecho llevar la civilización y la cultura a todos los rincones del mundo. La cultura del viaje siempre avaló la representación del hombre europeo como heraldo de la civilización. Las demás culturas de su universo conocido eran consideradas entes pasivos que acogían en su seno a los visitantes europeos y recibían de ellos los dones de la cultura.

La desigualdad entre viajeros y visitados fue producto del eurocentrismo, pero nunca llegó a ser total, porque tras de ella se ocultaba la influencia de los intercambios. Así como en la dialéctica hegeliana el amo no puede ser sin el esclavo, en la dialéctica del viaje el viajero no puede ser sin el visitado, ni éste sin el viajero, porque los asocia un proceso de construcción de sus identidades a través de la invención del Otro. Europa necesitó de América para constituirse como continente y sus estados nacionales fueron consolidándose gracias a la contribución material y cultural del nuevo mundo; pero, sobre todo, Europa pudo hacer realidad, a través de América, su proyecto de civilización del mundo.

No se olvide que, de este lado del Atlántico, hubo desde siempre americanos que visitaron el Viejo Mundo con fines comerciales, culturales y políticos, y fruto de su pluma existe abundante literatura de viajes, gran parte de ella olvidada o desconocida por estar escrita en géneros que no son los canónicos, más no por ello menos valiosa como testimonio de la construcción del imaginario europeo en América y prueba de que no solo Europa imaginó América sino que también ésta hizo lo propio con aquélla. Estos viajes y las obras que produjeron demuestran que siempre existió un proceso de retroalimentación entre América y Europa, a través del cual ambos continentes recogían elementos del otro para trazar mejor sus fronteras y determinarlas como espacios civilizados o civilizables. Suele ocurrir, empero, que la vanidad del colonialismo hace creer que solamente el europeo pudo ser viajero y que América debió ser (re)descubierta por y para Europa, olvidando que América también produjo imaginarios de Europa para que las nuevas elites americanas se integrasen mejor en el capitalismo industrial.

No existen, pues, culturas viajeras solamente. Las culturas visitadas, creadas por las primeras, son imprescindibles para su constitución. Ambas son, en todo caso, construcciones sustentadas en dos elementos: prácticas de desplazamiento y permanencia, de una parte; e intereses políticos de conquista y colonización, de otra. Esta visión de las culturas viajeras y las culturas visitadas como entidades autónomas resulta desatinada en la actualidad, cuando se vive una época de desplazamientos que fomentan la desterritorialización del individuo: ahora se puede «viajar» desde el hogar a cualquier parte del mundo —o al menos eso quieren que creamos los que venden lo virtual-informático como la panacea del nuevo siglo. En un mundo globalizado donde los desplazamientos están a la orden del día y el viaje

se ha transmutado en simple movimiento de masas, la distinción entre viajeros y visitados ha dejado de ser operativa—si alguna vez lo fue— y ambos personajes han pasado a ser las dos caras de una misma moneda.

* * *

La invención de sí mismo y de los otros es un proceso de representación donde actúan conjuntamente viajeros y visitados. América fue inventada primero, ya lo he dicho, como espacio descubierto que reclamaba su urgente colonización para el comercio y la fe cristiana. Cuando el capitalismo culminó la primera etapa de expansión y entró en una nueva fase, América necesitaba ser inventada nuevamente, esta vez según el nuevo paradigma colonial de la ciencia moderna, requisito previo para una explotación más racional e intensiva de los recursos naturales y humanos.

Hacia mediados del siglo XVIII, la nueva ciencia europea, obsesionada con la clasificación y la recolección, quiso cartografiar América con sus nuevas herramientas, y lo hizo hasta los albores del siglo XX. El papel que jugaron entonces los nuevos viajeros y los libros de viajes fue trascendental para la nueva concepción de la realidad americana, lo que explica la proliferación de ambos. La literatura de viajes, desde finales del siglo XVIII, dejó de ser únicamente literatura de entretenimiento para convertirse también en literatura especializada.

La reinventación científica de América coincidió también con importantes acontecimientos históricos que alteraron la geopolítica mundial. De estos importantes acontecimientos fueron testigos otros viajeros que, sin pertenecer a círculos científicos, dejaron testimonio escrito de las guerras de independencia y del caos político que más de una vez hizo presa de las nacientes repúblicas. El viajero inglés William Bennet Stevenson recorrió varios países sudamericanos durante veinte años, tiempo en el cual colaboró estrechamente en la emancipación de las colonias españolas e intervino en la política interna de los nuevos países velando por los intereses comerciales de Inglaterra. Lo propio hicieron viajeros norteamericanos como Adrian Terry, que visitó el Ecuador en sus primeros tiempos de vida republicana. Años más tarde, Richard Spruce visitó la región amazónica y los Andes ecuatorianos, donde clasificó cientos de nuevas especies y estudió el crecimiento de la chinchona, planta febrífuga muy apreciada por aquel entonces, que tenía encomendado recolectar para aclimatarla en colonias inglesas. Cosa semejante ocurriría años más tarde con el caucho. La botánica no había dejado de ser la ciencia aparentemente desinteresada, puesta al servicio de los proyectos coloniales. Viajes, ciencia y política son buenas convivientes.

Si durante el siglo XIX las nuevas potencias promovieron los viajes a América para

conocer mejor un espacio que se mantuvo celosamente oculto para evitar la invasión de mercaderías no españolas y por formas de administración caducas que impedían conocer lo que ocurría en tan vastos territorios, el contacto que tuvieron las nuevas repúblicas con los viajeros y las prolongadas estadias en Europa de los miembros de las elites gobernantes permitieron que éstas reinventaran América de acuerdo con sus proyectos políticos nacionales, articulados siempre al proyecto colonizador de Inglaterra. Uno de los pensadores criollos más importantes del siglo XIX, el venezolano Andrés Bello, vivió en Inglaterra durante diecinueve años, durante los cuales gestó un proyecto continental que recogió en su periódico *Repertorio Americano*, publicado en Londres (i), y en su oda americana *La Agricultura en la zona tórrida*. En esta última obra, Bello reinventa América, como señala Pratt (1996), desde los tres paradigmas de la naturaleza que propusiera Humboldt en sus viajes equinocciales: la selva, el llano y la cordillera. La reinención criolla de América se alimentó de la invención europea de América en un proceso circular que duró varios siglos.

Para una historia social del viaje

En las imágenes de navegantes, exploradores, conquistadores, colonizadores, cronistas, burócratas, científicos, turistas y periodistas, se han visto reflejadas circunstancias históricas y sociales de cada época que han modelado una u otra imagen del viajero. Alrededor de cada viaje se encuentra un contexto social que le imprime cierto carácter de aventura o hazaña, de posesión o alineación, de descubrimiento o conquista. Con una primera enumeración y descripción de esa galería de viajeros que visitaron esta parte de América durante más de cuatro siglos, he querido sentar las bases de una historia social del viaje: una descripción que dé cuenta de los factores políticos, económicos, académicos, institucionales, científicos, tecnológicos, que han hecho que el viaje se practique de diferentes maneras a lo largo de los siglos, y las transformaciones sociales, políticas y culturales que han logrado. Caben aquí algunas reflexiones sobre la historia social del viaje que complementen lo expuesto.

* * *

Hacia fines del siglo XVI, la forma del viaje era esencialmente la navegación, es decir, el viaje marítimo; y lo fue porque respondía a la apertura de nuevas rutas comerciales y a innovaciones tecnológicas en la construcción de embarcaciones y el diseño de cartas marítimas. La navegación siguió siendo la forma arquetípica del viaje más de un siglo después. Los viajes de Magallanes y Cook la mantuvieron como hazaña emblemática del viaje europeo y contribuyeron a su auge la creación de empresas marítimas como la Compañía de las Indias Orientales y sus similares

británica y francesa. Estas nacientes empresas capitalistas jugaron un papel preponderante en la historia de los viajes en las colonias europeas, no sólo por el contacto que permitieron con diversas culturas sino también por el desarrollo de tecnologías que resultaron fundamentales para la exploración: así, por ejemplo, a poco de fundada en 1602, la Compañía de las Indias Orientales creó su propio departamento cartográfico, entre cuyos logros se cuenta el perfeccionamiento de varios instrumentos de navegación y la elaboración de mapas planos que indicaban rutas rectilíneas sin tomar en cuenta la esfericidad de la tierra.

Sin embargo, tan pronto los europeos descubrieron que las tierras descubiertas en 1492 desbordaban sus conceptos tradicionales de espacio y naturaleza, que la *tierra firme* de América era *tierra incógnita* para Europa, el viaje dejó de ser exclusivamente travesía marítima para convertirse en exploración terrestre. El desarrollo de la cartografía terrestre, sin embargo, fue menos impetuoso que el de la cartografía marítima. El primer mapa exacto de la cuenca del Amazonas, descubierto en 1542, sólo apareció en 1707, gracias al trabajo del jesuita Samuel Fritz, que había ayudado en 1689 a la Real Audiencia de Quito a delimitar algunos territorios misioneros en disputa en la cabecera del Marañón.

Este atraso relativo de la cartografía terrestre en América indudablemente estuvo asociado con el deficiente desarrollo de las vías de comunicación, el cual debió esperar hasta el siglo XIX para conocer cierto empuje. No se olvide que la ruta de Quito a Esmeraldas fue abierta por Pedro Vicente Maldonado recién en 1741 y que el famoso camino de Malbucho, que conectaba Ibarra con la desembocadura del santiago en el Pacífico, no fue construido por Carondelet sino hasta 1799. Cuatro años después, el viajero colombiano Francisco José de Caldas recorrió el camino de Malbucho y realizó algunas mediciones astronómicas para determinar la ruta con mayor precisión. Luego de largos viajes y prolijas mediciones, el mismo Caldas publicó una *Geografía del Virreinato de Santa Fe*, toda vez que había levantado mapas de buena parte de la Sierra norte del Ecuador y había corregido la posición en longitud de Ambato, Otavalo, Ibarra, Huaca, Santa Lucía y Popayán. No fue novedad para él que una adecuada cartografía, producto de viajes y mediciones, era la base para unas buenas vías de comunicación, y éstas lo eran para un comercio más sostenido y nutrido entre los pueblos.

No hay ejemplo mejor de la estrecha relación entre viajes, cartografía, comercio y comunicaciones que el uso que hicieron de la cartografía preparada por Humboldt durante su expedición, los líderes de la independencia americana para tener una visión completa de las nuevas repúblicas y organizarlas administrativa y económicamente:

«El verdadero legado que dejaba Humboldt quedaba en manos de sus amigos independentistas: un vasto conocimiento geográfico que ayudaría a alimentar la causa patriótica. La producción geográfica de la expedición de Humboldt y Bonpland tuvo repercusiones concretas en la formación de las nuevas repúblicas... En su conocido documento de la Carta de Jamaica, fechada en Kingston el 6 de septiembre de 1815, Bolívar hace un balance de la situación de toda la América del Sur ofreciendo datos de los censos y situación de diferentes poblaciones y citando a Humboldt como fuente. La cartografía hecha durante su viaje es la primera visión total del territorio por el que se desplazarían los ejércitos independentistas y realistas en su lucha por el dominio político. Los mapas le ayudan a Bolívar a realizar el recorrido de reconquista de la Nueva Granada. Es justamente el río Orinoco el primer territorio que Bolívar declara libre para el comercio desde las páginas de El Correo del Orinoco, periódico que fundó con Francisco Zea». (Ángela Pérez Mejía, 2001).

Humboldt nunca estuvo divorciado de la causa independentista y contribuyó a crear una imagen de América que fuera consumida en los círculos académicos europeos como parte del imaginario que tenía Europa de sus periferias. En este sentido, la aventura de Humboldt sentó las bases para los viajes de buena parte del siglo XIX porque construyó América como la naturaleza privilegiada del científico, aun cuando a finales de ese mismo siglo la concepción integral del cosmos que sentó Humboldt hubiera sido desechada en nombre de un positivismo menos humanista, más especializado y atomizador de la realidad.

Durante todo el siglo XIX las potencias europeas estimularon los viajes no sólo en aras del progreso de la ciencia sino también como la mejor forma de llevar a cabo un reconocimiento directo y un inventario físico de los recursos que podían aprovechar las nuevas tecnologías. En algunos casos, como después de la unificación italiana, los viajes fueron impulsados desde las elites gobernantes para actualizar el conocimiento de algunos destinos de migración de sus ciudadanos así como para descubrir nuevas posibilidades de inversión en territorios de ultramar, o simplemente, para alimentar museos, exhibiciones, herbarios y zoológicos.

Llegado el siglo XX, aunque las pretensiones neocoloniales de explotar nuevos recursos siguieron a la orden del día, es la industria turística de masas el factor que condiciona el viaje y crea una nueva figura de viajeros. Para mediados de siglo, el auge de las comunicaciones gracias a los adelantos tecnológicos en la emisión y recepción de imágenes de audio y vídeo y el desarrollo acelerado de los medios de transporte traen al mundo otro viajante: el periodista-reportero que «informa desde el lugar de los hechos», nuevo viajero de la información en un mundo globalizado.

En fin, un estudio de las circunstancias históricas y sociales que han determinado la realización de los viajes desde el descubrimiento del Nuevo Mundo y el nacimiento de distintos tipos de viajeros está aún por hacer, pero sus resultados sin duda serán impredecibles para una lectura profunda de la literatura de viajes que la revalore en el contexto de su creación. A esta nueva lectura y a la vigencia del viaje como experiencia humana integral he querido contribuir con estas breves reflexiones.

Índice

AGRADECIMIENTOS

- CAPÍTULO I:** Estudio introductorio
 El viaje y la cultura occidental
 Culturas viajeras y culturas visitadas: relaciones de poder y representación
 Para una historia social del viaje
- CAPÍTULO II:** Un recorrido a través de los siglos
 La naturaleza en la región de Otavalo: pueblos y culturas
 A manera de conclusión: Otavalo, naturaleza y cultura
- CAPÍTULO III:** Selección de textos
 Pedro Cieza de León: De los pueblos que hay desde Carangue hasta llegar a la ciudad de Quito
 Sancho de Paz Ponce de León: Relación de los pueblos del partido de Otavalo
 Antonio Borja: Relación en suma de la doctrina y beneficio de Pimampiro
 Gerónimo de Aguilar: Relación de la doctrina y pueblo de Cahuasqui y Quilca
 Andrés Rodríguez: Relación de lo que en este pueblo de Lita hay
 Pedro Ordóñez de Ceballos: Del tiempo que estuve en Pimampiro y de mi venida a España
 Francisco José de Caldas: Relación de un viaje hecho a Cotacache, la Villa, Imbabura, Cayambe, etc.
 William Jameson: Un viaje a Cayambe
 Edouard André: Viaje a la América equinoccial
 Wilhem Reiss: Cartas de viaje por América del Sur
 Edward Whymper: Viajes a través de los majestuosos Andes del Ecuador

Enrico Festa: Desde Quito hacia Ibarra y Tulcán
Arthur Clifford Veatch: De San Pablo a San Gabriel
Harry Franck: Un vagabundo en los Andes
Fortunato Pereira Gamba: Impresiones de un viaje por el Ecuador
Alejandro Andrade Coello: Hacia Imbabura
Ludwig Bemelmans: El burro por dentro
Lilo Linke: Un hospital simpático

CAPÍTULO IV: Semblanzas biográficas
Primera época: los viajeros de la Colonia
Pedro Cieza de León
Pedro Ordóñez de Ceballos
Los autores de las Relaciones Geográficas: Sancho de Paz
Ponce de León

Segunda época: los viajeros del siglo XIX
Francisco José de Caldas
William Jameson
Edouard André
Wilhem Reiss y Alphons Stübel
Edward Whymper
Enrico Festa

Tercera época: viajeros del siglo XX
Harry Franck
Arthur Clifford Veatch
Alejandro Andrade Coello
Fortunato Pereira Gamba
Ludwig Bemelmans
Lilo Linke

BIBLIOGRAFÍA

Nº. 22 LAS GENTES DEL CORREGIMIENTO

Autor: Fernando Jurado Noboa
Editores: Universidad de Otavalo, Instituto Otavaleño de Antropología
Impresión: Imprenta Noción
223 páginas
Quito, 2001.

Índice

INTRODUCCIÓN: ATUNTAQUI EN LA COLONIA. ESTUDIO ALFABÉTICO POR APELLIDOS

LETRA A

Abad				Aroca
Abellaneda	Albuja	Andaparinango	Antonta	Arroba
Abril	Alcasiga	Andino	Apangallo	Arroyo
Acero	Alcocer	Andrada	Apoango	Arteta
Acevedo	Aldana	Andrade	Aragón	Artieda
Acosta	Alderete	Andramuño	Arana	Artos
Acuña	Alencastro	Anfigo	Arango	Ascanta
Afariquilago	Alfaro	Ango	Araque	Astigarreta
Aguarreyro	Almeida	Anguamba	Araquilín o	Astorga
Aguas	Alomía	Anguán	Araguillín	Astudillo
Aguayo	Alongo	Anguaya	Araujo	Asuma
Aguilar	Aloña	Angumba	Aráuz	Atiencia
Aguina	Alta	Angulo	Arcos	Aulestia
Aguinaga	Altamirano	Anpango	Arellano	Auz
Aguirre	Alvarado	Anrrafamango	Arévalo	Avellaneda
Aizaga	Álvarez	Anrraguán	Argoti	Ávila
Alácano	Alvear	Anrraimba	Arias	Avilés
Alarcón	Alzamora	Anrrango	Aricón	Ayaje
Alba	Ambitud	Anrraquilago	Arizala	Ayala
Albán	Amocoango	Antamba	Armas	Ayzaga o
Albarracín	Andagoya	Ante	Armendáriz	Aizaga

LETRA B

Baca o Vaca				Bracero
Bacolina	Barragán	Bayas	Bilbao	Bravo
Báez	Barrera	Becerra	Blanco	Brito
Bahamonde o	Barriga	Bedón	Boada	Bucheli
Bamonde	Barros	Bedoya	Bobadilla	Bufarini
Balbuena	Basantes	Beltrán	Bolaños	Buitrón
Balseca	Bastida o	Benalcázar	Bonilla	Burbano
Baquero	Bastidas	Benites	Borja	Burgos
Barahona	Bastidas	Bermúdez	Bosmediano	Bustamente
Barba	Bautista	Betancourt	Bossano	Bustos

Nº. 44 OTAVALO: ENTRE LO DICHO Y LO SECRETO

Autores: Hernán Rodríguez Castelo y Pascal Houy

Editores: Universidad de Otavalo, Instituto Otavaleño de Antropología

Impresión: Imprenta Noción

175 páginas

Quito, 2001.

Índice

LA PALABRA Hernán Rodríguez Castelo

LA IMAGEN Pascal Houy

Nº. 51 LOS ABORÍGENES DE IMBABURA Y DEL CARCHI

Autor: Federico González Suárez

Editores: Universidad de Otavalo, Instituto Otavaleño de Antropología

Impresión: Imprenta Noción

127 páginas + XXXXI láminas

Quito, 2002.

Inicio de la Arqueología

A propósito de la publicación de su «**Estudio Histórico sobre los Cañaris: antiguos pobladores de la provincia del Azuay en la República del Ecuador**» (1878), consciente de la indiferencia con que fue recibida por el público su primera obra, Federico González Suárez escribe, años después, a Mons. Manuel María Polit, estas palabras: «No faltó quien se arrepintiera de haberse suscrito a un ejemplar, y eso que la suscripción no valía más que un sucre; algunos individuos me calificaron de ocioso, porque siendo clérigo, me ocupaba en escribir cosas de los indios». Más adelante añade: «En mis estudios arqueológicos, en mis investigaciones históricas, yo estaba solo, aislado; no tenía a quien consultar nada, ni a quien pedir consejo. Me aprovechaba del ejercicio del santo ministerio para hacer algunos estudios; pero aún en esto tenía que proceder con mucha discreción, con cautela, con disimulo, para no exponerme a causar escándalo; pues, aunque las gentes de los pueblos a donde iba como misionero me veneraban, con todo, les sorprendía eso de buscar ollas de barro y tiestos de indios gentiles. ¿Para qué buscará eso?, decían. Cuando me veían hacer algún dibujo de las ruinas de los antiguos edificios, discurrían que estaba buscando entierros o huacas, porque suponían que yo había de saber donde las había».

En todos los países latinoamericanos, es el siglo XX un período en el que se busca la constitución del Estado-Nación y la conformación de una identidad nacional. Como Juan León Mera en su ensayo publicado en 1893 «¿Es posible dar un carácter nuevo y original a la poesía sudamericana?», también González Suárez busca que sus presupuestos románticos e historicistas desemboquen en la necesidad de descubrir lo nacional con el reactivamiento de su fondo étnico y con el develamiento de su historia. El Arzobispo historiador (1844 – 1917) en la «Defensa de mi criterio histórico», obra dedicada en 1911 a sus discípulos, relaciona sus nociones filosóficas respecto de la ciencia histórica con sus interpretaciones románticas. Su cosmovisión pretende explicar como los diversos pueblos y naciones cumplen su destino predeterminado por la Divinidad. Afirmar González Suárez: «Dios señala el sitio del nacimiento de los pueblos sobre la superficie de la tierra y fija la hora precisa de los siglos en que un pueblo ha de hacer su aparición o ha de desaparecer en la Historia».

Arqueología, experiencia y madurez

Su segunda monografía arqueológica «Los aborígenes de Imbabura y del Carchi. Investigaciones arqueológicas sobre los antiguos pobladores de las provincias del Carchi y de Imbabura en la República del Ecuador» es una obra madura. Consciente de esta calidad, el entonces Obispo de Ibarra, escribe en 1902, que desde hace muchos años se ha ocupado en estudiar lo relativo a las antiguas culturas indígenas que poblaron entonces el territorio ecuatoriano. Fruto de esas investigaciones fueron el mencionado estudio sobre los Cañaris y el Tomo Primero de la «Historia General de la República del Ecuador», compuesto del volumen de la narración sobre todas tribus indígenas y del Atlas Arqueológico. «Con la publicación de nuestro Tomo Primero de la Historia General del Ecuador –asevera González Suárez- no quedamos satisfechos; y, después de dar a luz nuestro Atlas Arqueológico, continuamos estudiando todavía. Emprendimos nuevos viajes a distintas provincias del Ecuador, volvimos a visitar algunas comarcas y nos consagramos a nuevas investigaciones». Estos trabajos fueron suspendidos por el ministerio episcopal, por lo que, prosigue González Suárez: «Privados de la posibilidad de poner por obra nuestro propósito de recorrer de nuevo todas las provincias de la República, hemos desistido de continuar nuestros estudios arqueológicos, y damos a luz únicamente lo relativo a las dos provincias del Carchi y de Imbabura, que son las que hemos podido visitar más detenidamente».

Según su propio juicio, además del conocimiento de los lugares, de la observación de los objetos y de la contemplación de láminas de colores y grabados, es necesario un estudio comparativo de objetos pertenecientes a naciones distintas y culturas variadas. Esta aseveración no está lejos de aquella que pone de relieve que el pilar más fuerte de la Antropología, como ciencia, es el método comparativo. Como afirma

Ángel Palerm, en su obra clásica «Introducción a la Teoría Etnológica» (1967), el método comparativo requiere el manejo de categorías que impliquen un cierto grado de generalización, «cuando menos en el sentido de abstraer algunas diferencias individuales para insumir los fenómenos particulares en una categoría más general». La aplicación de este método es beneficioso para la ciencia, evidentemente, solo así se cuenta con un gran número de elementos de cultura material y no material, con propósitos comparativos.

En una etapa inicial de la Antropología y en los albores de los conocimientos arqueológicos, no era posible una aplicación científica del método comparativo. Consciente de esta limitación, afirma González Suárez, que todavía no era posible formar conjeturas fundadas en Arqueología. «Como lo hemos dicho antes y lo repetimos ahora —escribe el Obispo historiador— nuestros estudios arqueológicos no pueden menos de ser imperfectos: son un ensayo, sin pretensiones ningunas de ciencia.— Queremos abrir el camino: tras nosotros esperamos que vendrán, algún día, ingenios más sagaces, que tomarán en cuenta nuestros trabajos y continuarán avanzando por la senda que nosotros hemos abierto: ellos llenarán nuestros vacíos y corregirán nuestros errores».

Caminantes en la senda abierta

Precisamente la Sierra Norte del Ecuador ha sido objeto, en los últimos años, de investigaciones arqueológicas y etnohistóricas, que nos permiten conocer mejor las culturas aborígenes prehispánicas. Testimonios presentes han sido las labores investigativas patrocinadas por el Instituto Otavaleño de Antropología y, particularmente, su Colección Pendoneros. Varios complejos de montículos o «tolas» se encuentran en la Sierra Norte, y campos agrícolas elevados o camellones se construyeron no solo en la Costa sino también en la cuenca del lago de San Pablo y en las comarcas cercanas a Cayambe.

La explotación de los recursos minerales fluviales, en especial del oro, originó en las fases Tumaco-Tolita, Capulí, Piartal y Tuza (en las zonas aledañas a la frontera actual de Colombia y Ecuador) complejas técnicas de orfebrería. Entre las sociedades tribales de la zona interandina comprendida entre los ríos Patía y Chota, los pastos y quillacingas formaban los conjuntos más numerosos de la población asentada al norte del Ecuador y en el extremo sur de la actual Colombia. En el sector más densamente habitado los asentamientos de los caciques locales parecen haber sido verdaderos poblados.

Como agricultores los pastos producían excedentes y, en las zonas bajas, cultivaban algodón, con el que tejían telas para intercambiar en los mercados. El comercio

estaba organizado en manos de los «mindalaes», quienes negociaban y saldaban sus contratos con oro y mantas. Los complejos cerámicos estudiados por María Victoria Uribe (1977-1978) y denominados Capulí (800-1500 d. C.), Piartal (750-1250 d. C.) y Tuza (1250-1500 d. C.) demuestran intensas relaciones tempranas con la costa del Pacífico, una pronunciada estratificación social y un marcado énfasis en las manifestaciones rituales, características que varían con el tiempo, mientras aumenta la población y se expanden las fronteras agrícolas.

Al sur del río Chota, los pueblos caranquis, otavalos, cochisquies y cayambis, probablemente pertenecientes a una sola nación, pero divididos en varios señoríos étnicos que trascendían a la organización tribal, presentaban, como común legado cultural, las pirámides o «tolas», muchas de ellas con rampas de acceso, y los montículos funerarios con pozo. A la par que núcleos políticos, los centros con montículos eran también focos de actividades artesanales y mercantiles, gracias a la albor de numerosos «mindalaes». Una breve mención se debe hacer a los enormes conjuntos piramidales de Socapamba, cerca de la laguna Yaguarcocha, Cochicaranqui de Zuleta y Cochisquí o Cochasquí, con 15 pirámides de diferentes tamaños y un número mayor de montículos funerarios. Este común legado y la resistencia prolongada a la invasión incaica posibilitaron, en la región septentrional de la Sierra ecuatoriana, el inicio de una integración política que, gracias a las alianzas defensivas contra los incas, estuvo por culminar en la conformación de una nación-estado.

Rectificaciones históricas

Precisamente este fenómeno socio-político debe ser mencionado para entender mejor la acerba crítica, contra la idea de un «Reino de Quito», que González Suárez hace en el capítulo segundo «Rectificaciones históricas» de su obra «Los aborígenes de Imbabura y del Carchi». Es posible la formación de alianzas para oponerse a la conquista incaica, acepta González Suárez, «pero ese reino antiguo y bien organizado, con una serie de doce príncipes o Scyris, cuyas empresas guerreras tanto se ponderan, nos atrevemos a decir que, según nuestro juicio, no tiene fundamento sólido en nuestra historia, de la cual, por lo mismo, debiera ser eliminado como fábula, de lo menos hasta que, con documentos ineludibles, llegue a contarnos lo contrario. [...] Velasco es el único historiador que ha narrado esos hechos; pero aquilatando la verdad de la narración en el crisol de una crítica concienzuda, el Reino de los Scyris de Carán se desvanece y pasa a ser una leyenda, destituida de fundamento histórico».

Tiene razón Federico González Suárez en considerar gran parte de la «Historia Antigua» de Juan de Velasco como una «leyenda destituida de fundamento histórico». El jesuita riobambeño pudo haber revisado el valor y la veracidad de sus datos históricos, pero su objetividad hipotética estuvo limitada por el condicionamiento

social, es decir, por las condiciones materiales y el sistema de valores de la clase social a la que pertenecía.

Como otros intelectuales quiteños del siglo XVIII, es Velasco un criollo por sangre (Espejo lo será por su inteligencia), que trata de defender al «Hombre Americano» y busca fundamentar apologeticamente una naciente idea de nacionalidad. No admira, por lo tanto, que Velasco pretenda reconstruir las cuatro etapas de la Historia Antigua, que demuestran un continuo progreso hacia la armonía y el orden de un reino constituido. El equilibrio aborígen se desmorona con la conquista española, pero es restaurado bajo la progresiva presencia de los criollos, como gestores principales de la historia y, en este sentido, herederos legítimos de las antiguas glorias.

De todos modos, Juan de Velasco en lo referente a la Historia Antigua, más que como historiador, debe ser considerado como autor, recopilador y transmisor de los mitos, en sentido antropológico, de la nacionalidad ecuatoriana: afirmación que nada tiene que ver con la veracidad o la carencia de certeza en su testimonio.

El final de un aislamiento

Una visión analítica de la Arqueología y Prehistoria ecuatoriana rectifica la visión pesimista del fundador de la Arqueología ecuatoriana: Federico González Suárez. Sus discípulos directos, particularmente Jacinto Jijón y Caamaño, prosiguieron las investigaciones iniciadas por su maestro y amigo.

Entre las primeras obras de Jijón también se cuentan dos «Contribuciones» al estudio de los aborígenes de Imbabura y Carchi. Este ha sido el sendero proporcionado y ampliado por el Instituto Otavaleño de Antropología, por lo que, en su nueva colección «Otavalo en la Historia», la obra de González Suárez sobre las culturas aborígenes del norte del Ecuador ocupa un lugar preferencial. El Arzobispo historiador ya no está solo; su aislamiento ha terminado; las simientes laboriosamente sembradas por él han producido su fruto. Nuestra tarea será conocer su obra y completarla con nuevas investigaciones.

Segundo E. Moreno Yáñez

Índice

Advertencia
Introducción

CAPÍTULO I

Consideraciones generales

Es imposible escribir la historia de las tribus indígenas

ecuatorianas. –Descripción topográfica del territorio ecuatoriano. –Cuadro etnográfico de las antiguas razas indígenas ecuatorianas. –Una conjetura acerca de los montículos llamados tolas. –Derrotero de las inmigraciones indígenas al territorio ecuatoriano.

CAPÍTULO II

Rectificaciones Históricas

Diferencia entre la historia antigua y la historia colonial del Ecuador en punto a documentos fidedignos. –La Historia Antigua del Reino de Quito escrita por el padre Juan de Velasco. –Análisis crítico acerca del valor histórico de sus narraciones respecto de los Scyris. –Dudas sobre sus documentos históricos. – Juicio sobre la monarquía de los Scyris. Observaciones necesarias para acertar en las investigaciones arqueológicas. – Rectificación acerca de la leyenda histórica relativa al origen de los cañaris. – El plano de Chordeleg ¿será un Contador?

CAPÍTULO III

Investigaciones Filológicas

Observaciones generales en punto a la variedad de los idiomas. – Diferencia entre el idioma literario y el lenguaje vulgar. – Lenguas de las tribus salvajes americanas. – Algunas de las etimologías indígenas dadas por el Padre Velasco. –Conjetura sobre la lengua que hablaban los aborígenes del Carchi. –Ensayo de interpretación de algunas palabras de la provincia de Imbabura. –A qué idioma podrá pertenecer la palabra SCYRI. –Ensayo de interpretación de algunas palabras indígenas de la provincia del Carchi. –valor de nuestras conjeturas.

CAPÍTULO IV

Investigaciones Arqueológicas

Una observación preliminar. –La Cerámica. –Sepulcros de los aborígenes del Carchi. –Utensilios domésticos de barro. –Sus formas. –Su ornamentación. –Obras trabajadas en oro. –Una cuestión de etnografía. –Nuevas consideraciones sobre los montículos llamados TOLAS. –Dos monumentos antiguos. –Influencias locales. –Comparaciones entre la cerámica del Carchi y la cerámica de Imbabura. –Conjeturas sobre la moneda usada por los aborígenes del Carchi. –Datos sobre la procedencia de los

aborígenes del Carchi. –Sus amuletos de piedra verde. –Sus obras de hueso. La edad del cobre en la Pre-historia americana. – Noticias, que acerca de los aborígenes del Carchi ha dado Cieza de León.

CAPÍTULO V

Conjeturas Históricas

Punto de semejanza entre los Quimbayas de Colombia y los aborígenes del Carchi. –Conjetura histórica acerca de la procedencia de los aborígenes del Carchi y de Imbabura. – Indicaciones arqueológicas y bibliográficas. –Advertencia.

APÉNDICE

Observación general. –Aborígenes y Mitimaes. –Cultura indígena ecuatoriana y cultura peruano-incásica. –Zonas o departamentos arqueológicos ecuatorianos. –Reflexiones necesarias. – Rectificaciones históricas. –Problemas pre-históricos relativos al Ecuador. –Conclusión.

EXPLICACIÓN DE LAS LÁMINAS

Advertencia

LÁMINAS

Indicaciones

Nº. 52 MONOGRAFÍA DEL CANTÓN DE OTAVALO

Autor: Amable Agustín Herrera

Editores: Universidad de Otavalo, Instituto Otavaleño de Antropología

Impresión: Imprenta Noción

233 páginas

Quito, 2002.

La Monografía del cantón de Otavalo

El hombre

Amable Agustín Herrera Bolaños nació en San Pablo del Lago el año 1867. Fueron

sus padres Antonio y Francisca y él uno de los cinco hermanos del matrimonio. Estudió en San Agustín, en Quito. Monseñor Federico González Suárez le ordenó sacerdote y le trajo a que ejerciera su misión religiosa en la Diócesis de Ibarra de la que era su Obispo. Fue párroco en Tulcán, Cotacachi, en la parroquia de San Francisco, en Otavalo y en San Rafael del mismo cantón. De su bibliografía se conocen, el drama «Atahualpa», «Recuerdo del tercer centenario de la fundación de Ibarra», además de la «Monografía del cantón de Otavalo». Originales de un breve ensayo sobre «la mujer ecuatoriana y el Catolicismo» guardan sus familiares, quienes han proporcionado una copia al Instituto Otavaleño de Antropología.

Los datos que se recogen documentalmente son escasos. Pero todos coinciden en señalarlo como un hombre interesado en la investigación histórica, serio, profundamente religioso y practicante de la humildad a tal punto que nunca aceptó dignidades eclesiásticas que en reciprocidad a sus méritos le fueron otorgadas. El Concejo Municipal de Otavalo le condecoró en 1929 en reconocimiento a su enorme contribución y servicios prestados a la comunidad. Falleció en Ibarra el 5 de febrero de 1942.

Algunos datos sobre su edición-

Las actas del Cabildo Otavaleño de 1908-1909 proporcionan los únicos datos que se conocen respecto a la obra. El Gobierno Nacional, con el ánimo de celebrar el Centenario del primer grito de Independencia, organizó la Gran Exposición Nacional que debía realizarse en agosto de 1909.

El Concejo Municipal de Otavalo «votó» mil sures para apoyar a quienes quisieron participar. Los más calificados artesanos se inscribieron: don Daniel Velalcázar que ofreció trabajar un mueble de gabinete, don Ignacio Carrillo, en la rama de zapatería, don José Caldas, artesano textil, entre los principales que merecieron sendas medallas de oro y plata en el juzgamiento final.

El sacerdote Amable Agustín Herrera, párroco de San Rafael, creyó conveniente que la obra que venía trabajando, la Monografía del Cantón, fuese presentada en dicho evento «mostrando al país y al extranjero las excelencias de la zona y las excelsitudes de Otavalo».

El 22 de febrero de 1909, el Cabildo conoció su oficio en el cual le solicita «contribuyera con lo que le pareciere conveniente al Municipio para la publicación de una obra que se relaciona con este Cantón y trabajada por él». Al día siguiente la Comisión designada informó que «la obra es de gran importancia y sería digna de exhibirla en la próxima Exposición Nacional... Honor y mucho honor sería para

Otavaló que un hijo suyo sea autor de obra tan valiosa que hasta serviría como texto para las escuelas...»

«El Cabildo asigna 500 sucres para su edición además de todos los auxilios que fueren necesarios».

El padre Herrera solicitó permiso a su Obispo para celebrar el contrato y procedió a pedir a los tenientes políticos datos actualizados de sus respectivas parroquias y acceso a los libros para complementar el censo. El fotógrafo Alejandro Andrade fue el encargado de tomar 18 fotografías «previa selección de los personajes, mérito y filantropía» de acuerdo con el criterio del autor.

Se creyó conveniente incluir una foto del Concejo en pleno y otra de los miembros de la Sociedad Artística que se constituyó legalmente el 10 de agosto de 1909.

El 9 de junio el autor notificó que «la Monografía se halla terminada».

El 25 de agosto el Cabildo ordenó cancelar a la imprenta de los Hermanos Salesianos la diferencia por el número de páginas y el retiro de la obra.

Salieron pocos ejemplares. «El Diario Ecuatoriano» comentó favorablemente la obra pero reclamó la omisión del nombre del autor, asunto que se resolvió pidiendo al padre Herrera firmar la totalidad de los ejemplares.

El 21 de octubre de 1909 llegaron a Otavaló los ejemplares de la Monografía y el 16 de diciembre se conoció en el Concejo el informe de la distribución de los libros. En cuarenta días se agotó la Monografía. En el Municipio solo quedaron tres ejemplares en Secretaría.

El libro se distribuyó a todos los cantones del país y a las principales instituciones y autoridades locales y nacionales. Dieciocho ejemplares fueron enviados al exterior.

El costo total de la edición ascendió a \$ 1.040 sucres. Desde esa fecha la Monografía se tornó en un volumen de difícil consecución. Solo muchos años más tarde fue posible fotocopiarla.

La Monografía: su significado e importancia para Otavaló

El cantón durante 80 años no tuvo más fuente documental que la agotada Monografía del padre Herrera. Recién en 1988 el IOA publicó una nueva elaborada por Álvaro San Félix. En reiteradas ocasiones, don Víctor Alejandro Jaramillo señaló que su

estudio monográfico estaba por concluirse pero, infelizmente, pareciera que, a su muerte, los originales se perdieron.

Juan Pablo II decía que «La Iglesia debe amar la verdad y buscar su comprensión más exacta» y hacerlo con «profundidad y sencillez».

La obra del padre Herrera, anterior en el tiempo, se ajusta ciertamente a ese principio. Procuró la mayor cantidad de fuentes documentales disponibles, que no fueron numerosas entonces, investigó las realidades geográficas, sociales, económicas y culturales de su entorno. Estructuró los datos coherentemente. Formuló juicios de valor ponderados y escribió con sencillez. El resultado fue una obra que perduró en el tiempo y que, hoy todavía, se la siente actual en muchos sentidos. Escrita con cierta ingenuidad, es un trabajo que se lo lee con interés. Allí están consignados datos sobre el quehacer y pensar de la sociedad otavaleña de comienzos del siglo pasado. Quien lea con ojo curioso encontrará muchas pistas sobre lo que constituyó la estructura social de entonces y lo que fueron las relaciones interculturales hace un siglo.

La Monografía sirvió a Otavalo todo el siglo XX y se mantiene como fuente bibliográfica. Es, sin duda, un modelo de su género que se constituyó en clásico de la bibliografía otavaleña que debía ser incluido en esta Colección.

Plutarco Cisneros Andrade

Índice

A QUITO

CAPÍTULO PRIMERO

Ligeras consideraciones previas sobre la unidad de la especie humana.-

Aborígenes del Cantón.- Religión, costumbres, grado de civilización.- Guerras con los Incas.- Un simulacro cómico.- Conquista española.

CAPÍTULO SEGUNDO

Coloniaje.- Camino a Esmeraldas.- Tributos.- Sublevación de indios.

CAPÍTULO TERCERO

Grito de Independencia.- Acta de los realistas.- Sucesos varios.- Incorporación a Colombia.- El Libertador.- Informe de la Municipalidad.

CAPÍTULO CUARTO

Estado independiente.- Revolución de los Chihuahuas.- Nueva revolución contra el General Flores.- Un suicidio.- Protesta contra España.- Levantamiento de indios.- Dictadura del General Veintemilla.

CAPÍTULO QUINTO

Aspecto general.- Montes, Nudos, Cordilleras, Ríos, Lagunas.- Reino vegetal, animal, mineral.

CAPÍTULO SEXTO

Raza, carácter, Costumbres.- Religión.- Lenguas.- Organización Política y Civil.- Organización Eclesiástica.

CAPÍTULO SÉPTIMO

División territorial de las parroquias de San Luis, El Jordán, San Pablo, San Rafael, San Juan de Ilumán y San José de Quichinche.

CAPÍTULO OCTAVO

Consideraciones generales.- Censo.- Causas de mortalidad.

CAPÍTULO NOVENO

Ciudad antigua.- Terremoto en Otavalo.- En San Pablo.- Socorros: noble actitud del Gobierno.- Nueva ciudad.

CAPÍTULO DÉCIMO

Instrucción y educación.- Escuelas del cantón, Locales, Horas de Estudio y Recreo, Profesorado.- Instrucción de la mujer.

CAPÍTULO UNDÉCIMO

Aguas: Yana-yacu y El salado.- Informe médico de la ciudad.

CAPÍTULO DUODÉCIMO

Condición moral del indio.- Brazo de la agricultura.- Costumbres supersticiosas.- Embriaguez.- Pleitos.

CAPÍTULO DÉCIMO TERCERO

Industrias del Coloniaje.- Industrias actuales.- La Quinta de «San Pedro».- Comercio.

CAPÍTULO DÉCIMO CUARTO

Agricultura.- Constituyentes de los suelos.- Abonos.- Operaciones de labranza.- El maíz.

CAPÍTULO DÉCIMO QUINTO**VARONES NOTABLES**

Jacinto Collahuazo

Dr. Heras
Dr. D. Tomás Jijón y León
M. Rdo. P. Fr. Antonio de la Torre
Sr. Dr. Rafael Jaramillo Egas
Sr. Antonio E. Mora
Sr. Dr. D. Modesto Jaramillo Egas
Sr. Dr. D. Miguel Egas
Sr. Teniente Coronel Paulino Jaramillo y Jaramillo
Sr. Teniente Coronel Marco Antonio Jaramillo y Jaramillo
Sr. Dr. Ángel Miguel Rosendo de la Torre, Presbítero
Rdo. P. Miguel F. Sánchez, Lazarista
Sr. D. Fernando Pérez Quiñones
Sr. D. Carlos Pérez Quiñones

Nº. 54 EL VALLE DEL AMANECER

Autores: Aníbal Buitrón y John Collier, Jr.

Editores: Universidad de Otavalo & Instituto Otavaleño de Antropología

Impresión: Imprenta Noción

215 páginas

Quito, 2001.

Hombre y tierra en el Valle del Amanecer

Como prelude a su obra, el antropólogo otavaleño Aníbal Buitrón describe el valle y su gente con estas palabras: «Este es el Valle de Otavalo, en el Ecuador. Aquí, en el altiplano andino, han vivido los indios por muchos siglos (...) Desde la conquista española los indios han trabajado en esclavitud, despojados de su libertad, llevando una vida sin esperanza. (...) Pero en el Valle de Otavalo ha habido un despertar, un milagro de renacimiento cultural. Los indios de Otavalo se están levantando en una ola de vitalidad que está rompiendo la cadena de su tradicional pobreza, convirtiéndose en un grupo de ciudadanos prósperos e industriales. El resurgimiento de los indios de Otavalo es una historia única. (...) Su historia es de gentes sencillas, una historia de esfuerzo, habilidad, alegría y fe».

La aurora antes del amanecer

Hace casi 200 años Alexander von Humboldt visitó la región de Otavalo. Su espíritu ilustrado le permitió condenar implacablemente toda forma de colonialismo y, al

mismo tiempo, **valorar el libre desarrollo** de las culturas indígenas. Para el científico prusiano un ejemplo ilustrativo era la situación de relativa libertad de la población indígena otavaleña. Escribe en sus «Tagebücher» o notas de viaje: «La parte más poblada de la provincia de Quito es la de Otavalo, especialmente en lo que se refiere a los indios. La causa por qué los indios se han multiplicado o no se han destruido, es porque allá gozan de algo de libertad y del fruto de sus trabajos. Allá son ellos casi todos sueltos y no esclavos de las haciendas».

En el verano de 1946, el primer antropólogo profesional ecuatoriano, Aníbal Buitrón, en su investigación de campo contrasta la situación de los indios «huasipungueros» o siervos de la gleba, que entonces trabajaban y vivían en las haciendas a cambio de un miserable jornal y del uso de una parcela de tierra que cultivaban para sí y su familia, con la actividad de los pobladores nativos otavaleños que, desde sus sembrados en los declives del monte Imbabura, contemplaban las grandes extensiones de tierra con regadío, todavía en manos de los hacendados. «Más que en cualquier otra región del Ecuador —asevera Buitrón— en Otavalo los indios han comprado tierras, reduciendo, año tras año, la propiedad de las haciendas, porque la tierra constituye para ellos una pasión que siempre llevan en sus corazones. Trabajan y ahorran, ahorran para comprar tierras».

En el Valle del Amanecer, según Aníbal Buitrón, «en un período relativamente corto, los otavaleños han desarrollado una nueva forma de cultura que los diferencia de otros indios ecuatorianos. Se han vuelto tan industriosos y emprendedores, que tanto extranjeros como nativos los han llegado a considerar como un grupo indígena diferente de los demás». Y añade más adelante: «Esto se explica por el hecho de que la tierra, más que cualquier otra cosa, da al indio independencia, tiempo y dinero. Solamente cuando tiene la tierra le es posible comprar un telar, la materia prima, y disponer del tiempo para el intenso adiestramiento que es necesario para la producción de tejidos». Su constatación, de que el mestizaje económico-tecnológico es imprescindible en el mejoramiento de las condiciones de vida, merece ser citada: «El telar español traído a este Continente por los conquistadores españoles hace cientos de años, está ahora abriendo el camino a los indios de Otavalo hacia su libertad económica».

El amanecer de la Etnografía ecuatoriana

«El Valle del Amanecer» es la primera Etnografía escrita por un antropólogo ecuatoriano. Como explica Ángel Palerm en su «Introducción a la Teoría Etnológica», el cometido de la Etnografía es describir y estudiar la cultura en sus propios términos, pero que incluya la totalidad de los factores que son susceptibles de influir sobre ella, pues todo sistema cultural insume los factores que lo influyen. La tarea del

etnógrafo, como descriptor de la cultura, es enorme; y es evidente la imposibilidad material de describirla en su totalidad. Por lo mismo, el etnógrafo busca describir de la realidad solo aquello que resulta significativo en función de ciertos objetivos y necesidades, y en forma tal que sea utilizable para quienes están preparados para usarlo.

«El Valle del Amanecer», como una secuencia de narración social y de ilustraciones fotográficas, según sus autores, «es una colaboración en la interpretación etnológica, una tentativa para combinar el método y esmero de la ciencia social con la cordialidad de un artista-observador. El material fue recogido en Otavalo-Ecuador en el verano de 1946. Hubo una colaboración sin límites, cada autor con todo lo que pudo para cada parte del libro. Aníbal Buitrón fue responsable de la parte etnológica, planteó la secuencia general de datos técnicos y sociales y dirigió muchos detalles del campo fotográfico. Siendo nativo de Otavalo, él aportó con su profundo conocimiento dentro del complejo molde de la economía blanco-mestizo-indio, y consiguió invalorable contactos con individuos indios».

Efectivamente, a lo largo de la obra se traslucen los conocimientos metodológicos del antropólogo ecuatoriano, su experiencia en la materia como agudo observador, y su participación activa en la solución de los problemas ecuatorianos. Exponente de su generación, como otro insigne otavaleño Gonzalo Rubio Orbe, Aníbal Buitrón es un ejemplo del científico social indigenista, que no vaciló en denunciar la injusticia y la explotación del indio, especialmente del trabajador agrícola, y que defendió sus derechos conculcados en los latifundios y haciendas. Su visión del problema indígena fue entonces de avanzada. La vinculación entre el indio y la sociedad nacional debía eliminar el racismo y las relaciones de castas que, como pesados residuos coloniales, eran un obstáculo para su incorporación con todos los derechos y como pleno «ciudadano» a la sociedad nacional, bajo la condición del respeto a su cultura.

El primer antropólogo ecuatoriano

«Desde 1945, fecha en la cual regresamos de los Estados Unidos después de terminar nuestros estudios en el Departamento de Antropología de la Universidad de Chicago, hemos venido realizando investigaciones sistemáticas sobre las condiciones de vida de los campesinos de la Sierra ecuatoriana. Durante estos años de contacto con los habitantes del campo, indios y mestizos, hemos logrado conquistar su amistad y confianza, conocer algunos aspectos de su vida y comprender, en parte siquiera, su manera de pensar y actuar». Con estas palabras presentaba Aníbal Buitrón, en 1974, una colección de leyendas y estudios antropológicos que publicó el Instituto Otavaleño de Antropología-IOA, bajo el título: «Investigaciones sociales en Otavalo».

Como tantos sucesos en la vida humana, su encuentro con la Antropología fue casual. El joven normalista otavaleño, Aníbal Buitrón, había ingresado a la Universidad Central de Quito en 1939, para graduarse en Filosofía y Ciencias de la Educación, en la especialidad de Historia y Geografía. Mientras tanto en Chicago el conservador del Field Museum, Donald Collier, organizaba una expedición científica al lejano y casi ignoto Ecuador, con el propósito de averiguar si había presencia de la cultura Chavín en el norte del Perú y sur del Ecuador. Con su asistente John Murra, Collier desembarcó en Guayaquil en agosto de 1941, cuando ya se habían iniciado las hostilidades entre Ecuador y Perú con la ocupación peruana de gran parte de la provincia de El Oro. Esta situación inesperada obligó a los investigadores norteamericanos a abandonar la región y el tema de estudio programados, y a investigar, en su lugar, el posible influjo «mayoide» en las culturas aborígenes ecuatorianas, hipótesis propuesta años antes por el arqueólogo alemán Max Uhle. Durante su estadía en Quito, gracias a un aviso que pusieron los antropólogos norteamericanos en la Universidad central, conocieron a Aníbal Buitrón, quien les acompañó como ayudante de investigación y mereció ser invitado a estudiar Antropología en la Universidad de Chicago, donde permaneció hasta 1945.

Después de un largo trabajo de campo realizado principalmente en la región de Otavalo presentó, en 1950, su tesis de maestría en la Universidad de Chicago, con lo que se convirtió en el primer ecuatoriano que obtuvo el título universitario de antropólogo. Después de su retorno, varias fueron las publicaciones que preparó conjuntamente con su esposa y compañera de profesión Bárbara Salisbury y, ya desde entonces, se perfiló como un especialista en el desarrollo de la comunidad.

Durante algunos años tuvo a su cargo, en México, la subdirección de un programa de educación fundamental, para la formación de personal de nivel superior procedente de los países de América Latina. Su experiencia de maestro orientó su actividad a la educación de adultos, como funcionario, en primer lugar, de la Unión Panamericana, y luego de la UNESCO, bajo cuyo auspicio y hasta su jubilación en 1974, administró programas educativos para adultos en África. Su obra más conocida en el Ecuador es «El Valle del Amanecer» (con John Collier, Jr.), cuya versión inglesa «The Awakening Valley» fue publicada en la Universidad de Chicago, en 1949, y las castellana e inglesa en el Instituto Otavaleño de Antropología, en 1971.

Homenaje Póstumo

Sin conocer todavía su fallecimiento acaecido en California (USA) el 28 de julio de 2001, el Fondo Sierra Norte del Instituto Otavaleño de Antropología y la Universidad Pluricultural de Otavalo preparaban una nueva edición de la mencionada obra, la que hoy se presenta al público, como parte de la colección «otavalo en la Historia».

Su legado póstumo quizás se expresa mejor en el libro «Como llegó el progreso a Huagrapampa» (México, 1966), donde Buitrón, nuestro primer antropólogo profesional, hace estas aseveraciones: «Si es que los interesados en el mejoramiento de las condiciones de vida de la población campesina de América Latina y, de manera especial, de la Región Andina, encuentran en estas páginas una inspiración, una guía y una ayuda para seguir adelante con su labor, el autor se sentirá muy satisfecho y considerará sus esfuerzos ampliamente compensados».

Segundo E. Moreno Yáñez

Índice

EL VALLE Y SU GENTE

Otavaló
El Mercado
El Retorno al Hogar

LA JORNADA DEL INDIO

Agricultura
Trabajos Domésticos
Las Comidas y el Descanso

LA VIDA EN LA COMUNIDAD

Los Asuntos Civiles
La Religión
Las Fiestas
El Espíritu de Cooperación
La Posición Social
El Matrimonio
El Bautismo
La Enfermedad
La Muerte

EL VALLE DEL AMANECER

Los cambios en la Economía
La Nueva Generación
Horizontes

RECONOCIMIENTOS COMO SE HIZO ESTE LIBRO

Nº. 59 y 60 FERNANDO CHAVES

Autor: Irving Iván Zapater

Editores: Universidad de Otavalo, Instituto Otavaleño de Antropología

Impresión: Imprenta Noción

264 + 258 páginas

Quito, 2002.

ESTUDIO INTRODUCTORIO

LA RUTA DE UN ESPÍRITU INDOMABLE

I El hombre

Fernando Horacio, hijo legítimo del señor Alejandro Chávez y de la señora Josefa Reyes, nació en San Luis, parroquia urbana de Otavalo, el 13 de febrero de 1902 a las tres de la tarde, y, según aparece de registros de nacimientos del cantón, consta inscrito en el acta número 126, páginas 48 y 49 del libro correspondiente. Fue uno de seis vástagos de una familia asentada en ese pueblecito tranquilo y patriarcal, silencioso las más de las veces, animado, en la lejanía, por la presencia majestuosa del Imbabura y el ondular acompasado de las aguas del San Pablo. Para aquel niño pequeño, sus primeros años fueron de continuado deslumbramiento y de tierna comprensión del mundo que le rodeaba, presencia toda de una naturaleza aún no mancillada por los avances del progreso, que en el siglo que recién se abría, iba a mostrar vigor inusitado y sostenido desarrollo. Eran, más bien, las faenas de la casa, el humo fragante a eucalipto que salía de la cocina, el rumor del viento en los días de verano y las polvaredas que lo acompañaban, las repetidas visitas de amigos y de miembros próximos de las familias más cercanas, el griterío de las gentes en los días de feria, los primeros juegos que hacían vislumbrar ya una inteligencia singular, la mortecina luz que en la noche dibujaba y desdibujaba sombras y contornos, lo que iba estructurando ese mundo de su primera infancia.

Se adivina, sin embargo, que, a la par del conocimiento de un ambiente aldeano y campesino, tan propio del pueblecillo de entonces, aquel muchacho iba nutriendo su mundo interior e iba enriqueciéndolo con una mezcla de curiosidad, propia por cierto de la edad, y de una timidez que jamás le abandonaría con el paso de los años. Su mundo interior no solo estaba lleno de las fantasías que en algún momento la niñez las alimenta, sino que se complementaba con un aferrarse a objetos queridos que, con el tiempo, no irían sino fijando en su memoria esos años primeros y todo ese entorno que siempre le fue tan querido: su estereoscopio alemán, sus almanaques

franceses, su payaso de celuloide azul, a cuya risa, «estereotipada y siniestra», se sometía en seductora entrega, y, por fin, sus primeros libros, amén de aquel pequeño reloj cuyos rubíes le causaban deslumbramiento, no se diga, además, de trompos, de bolas y de estampas.

Pero, en medio de todo ese ambiente, en que la inconsciencia de las gravedades de la vida hace tan feliz el período de la infancia, la figura de su padre descuella con vigor y energía, como ejemplo, como guía, como norte. Era él, sin duda, su modelo. Maestro inteligente y nada apegado a ese modo rutinario con el que generalmente aceptamos nuestras responsabilidades, Alejandro Chávez, había instrumentado en la escuela que dirigía, métodos frobelianos de enseñanza para lo cual se había empeñado en importar ayudas pedagógicas, implementos novedosos para la época y no solo para su ciudad, que al fin de cuentas era pequeña y modesta de recursos, sino para el país mismo. Su padre llenó una primera parte de su vida, fue su guía, su ejemplo, su mejor compañero. Su muerte, acaecida en 1913, cuando el niño apenas contaba once años, le marcó para siempre con la conciencia de sus responsabilidades, con la dura realidad de la existencia, con la presencia del dolor, con la certeza de las pérdidas, con la incredulidad religiosa. Fijó, sin duda, un límite de sus edades. «La muerte de mi padre, -dirá, tiempo después, en sus memorias-, me cortó la vida en dos trozos. La niebla tristona y sonámbula de antes de la muerte de mi padre y la precisión dolorosa de pesadilla de los tiempos posteriores».

Obligado por las circunstancias a vivir en Quito con una de sus tías, estudió en la Escuela Sucre, primero, y en el Normal Juan Montalvo, después, en el largo período de siete años, entre 1913 y 1920, año éste de su graduación como preceptor normalista. Fue sin duda un muy buen alumno, un sobresaliente estudiante, sobre todo por una curiosidad alerta que le permitía afrontar mil y un problemas de la enseñanza, minúsculos si se los mira en la perspectiva de un adulto, pero de enorme significación cuando se está en las aulas; por un temprano amor a los libros, que hasta le convertía en cliente asiduo de esa enorme librería y biblioteca de alquiler que Bonifacio Muñoz mantenía en el antiguo Pasaje Royal, frente al viejo edificio de la Universidad; por un natural deseo de quedar bien, a la sombra de la conseja jamás olvidada de su padre; y, acaso, por una niñez reprimida desde muy temprano que le haría recluirse en su mundo, prontamente iluminado por libros y más libros, escape y encuentro, fuga y hallazgo.

Si se repasa el certificado de graduación del joven profesor, expedido el 20 de julio de 1920, y todo lo contrario a lo que se podría suponer, se encuentran notas más bien mediocres: Pedagogía 2, equivalente a bien; Práctica 2, equivalente a bien; Metodología Especial 2, equivalente a bien». Todo bien, casi más próximo a regular que a muy bien, ningún excelente, que habría sido más propio a su desempeño en los años anteriores de su carrera. ¿Qué había ocurrido entonces?

Pues algo muy simple, ciertamente sencillo de explicar en perspectiva. Esa niñez contenida y reprimida en todos aquellos años que siguieron a la muerte del padre, en los que no olvidaba ni los angustiosos momentos de la despedida ni ese lamento soterrado y constante por la pérdida de un modelo de carne y hueso al que seguir los pasos, en los que en extraña delectación le volvían a él mismo modelo de compañeros y amigos en el juicio escrutador de familiares y de profesores, para su disgusto interior, para su molestia más íntima, que no advertía la necesidad de recibir afecto ni ser merecedor de cariño, esa niñez, digo, había reflatado de repente, al cabo de seis largos años de espera, y había explotado con rudeza, con traviesa complacencia, hasta con perversa afición a la burla y al desprecio. Reflataba su espíritu inquisidor, su afán por no aceptar las cosas por el mero hecho de ser dichas por sus maestros, su ánimo de poner a la crítica por sobre cualquier otro elemento que permitía el juicio de los hombres. Sí, esa niñez recuperada hizo que, en el breve paréntesis de un año, justo el último de su carrera en el Normal, se dedicara a desarrollar «malos juegos» contra sus maestros «para probarles su falta de información al día, su retardo en las teorías por falta de libros y lecturas contemporáneas, su condición de formalistas por facilidad y comodidad, de poco científicos en suma». Aun a riesgo separar al alumno díscolo, el rector del Normal, doctor Leonidas García, prefirió dar paso al grado con las mediocres notas consiguientes.

Y eso que el Normal Juan Montalvo, hay que recordarlo ciertamente, consolidaba en aquella época una etapa de esplendor, que aún hoy se comenta y se la pone como ejemplo, consecuencia, sin duda, del aporte que la primera misión pedagógica alemana, traída por la clarividencia del ministro Luis Napoleón Dillon y la persistencia de su sucesor, el doctor Manuel María Sánchez, había producido en una generación de maestros, justo en la de muchos de los profesores del rebelde y crítico discípulo y justo también, hay que admitirlo, en la inteligente capacidad administrativa de su rector.

Pero esa traviesa forma de resucitar la infancia perdida, ese afán de hacerse sentir diferente hasta lo que allí había sido, no fue para Chaves obstáculo para asumir con plena responsabilidad y no menos gravedad su primera función: profesor de la Escuela «10 de Agosto» de Otavalo, la misma en la que su padre había trabajado con tanto amor y constancia. En ella, en su misión de maestro, volcó toda su pasión contenida, su naciente rebeldía, su inconformidad a flor de piel y su espíritu creador, que le permitió retomar, sin esfuerzo alguno, el rumbo de una seriedad transitoriamente perdida, tan propia de él, por otra parte, a la par que volvió a aparecer ese natural y exigente culto al deber, que fue, en su larga vida, algo así como rito natural y espontáneo en las funciones que le eran confiadas.

Se cuenta, él mismo lo relata, que esta larga época de su residencia en Otavalo, de 1920 a 1927, fue de entrega completa a su terruño. Antes que nada, como es obvio,

en su calidad de maestro y luego de director de su escuela. Después, como guía de un grupo de jóvenes que empezaron a hacer labor intelectual y difusión cultural, sea en el Círculo José Vasconcelos, que organizaba conferencias, promovía cursos, talleres y exposiciones; sea en diversas publicacioncillas de provincia, como «germen» que incluso dirige, en las que iba manifestándose, poco a poco, su pensamiento de izquierda, su preocupación por los problemas de su entorno, sus inquietudes sociales. Pero, además, este período le sirvió para armarse como combatiente decidido de sus ideas y como contestatario de un orden que a él no satisfacía ni al cual podía someterse, lo que, en el recatado y no menos conservador espíritu de la comarca, provocaba escándalo al propio tiempo que despertaba pasiones y disgustos, a tal punto que, durante mucho tiempo, él debía cuidarse y a él debían cuidar para que no sufriera agresión física por parte de sus primeros enemigos. Fue aquí, en esta etapa, en la que pulió su lenguaje de polemista y crítico y fue aquí, también, donde dio rienda suelta a su fobia por curas y por beatas, por mojigaterías y gazmoñerías, por aduladores e hipócritas. Y fue también en esta etapa en la que, al margen de sus clases y de sus empeños políticos, se hunde en el abismo de la creación literaria, con sus retos y con sus angustias, con su soledad y sus misterios, y es ese trabajo el que, al final de cuentas, comienza a presentarle a la mirada y al juicio de sus contemporáneos. Su trabajo de narrador, primero en 1923 con «La Embrujada», que merece el premio en un concurso auspiciado por un círculo de estudiantes y, después, con *Plata y Bronce*, novela galardonada también, esta vez en un concurso organizado por el Grupo América en 1927, le valdrá ser considerado como «iniciador, no precursor, de la novela indigenista», según el acertado juicio que muchos años después formulará Benjamín Carrión en su crítica sobre el relato ecuatoriano y quien, contemporáneamente con esta misma expresión, recordara de la siguiente manera su encuentro con la obra del novel profesor de escuela: «una vez, con motivo de celebrarse una fecha imbabureña, fui designado para formar parte del tribunal que debía atribuir los premios en un concurso de novela de tema regional. No era muy satisfactorio, como ocurre en estos certámenes frecuentemente, el material enviado. De pronto, entre muchos manuscritos, uno: *La Embrujada*. Novela corta, intensa e intencionada, llena de emoción, de cólera, de color a la vez. Ingredientes para mí muy dignos de considerar. Desde luego se impone el primer premio. Se busca el nombre del autor: Fernando Chaves. Primera vez que me llegaba ese nombre a mí, que tenía la pretensión de conocer las gentes literarias de mi tierra. Preguntas, indagaciones. Era un joven normalista otavaleño recién egresado y ya director de una escuelita campesina en su valle con lagos».

Pero la acción creadora de estos primeros años no quedó allí. Habría que destacar, por sobre cualquier otro juicio, que fue en este período que Chaves consolidó su capacidad de pedagogo y, más aún, que definió la que sería su profesión por mucho tiempo y uno de los intereses más marcados de toda su vida, que le procuraría ocupar

altas posiciones **pero que, sobre todo**, le permitiría formar y construir, como siempre fueron sus **deseos**. Sus **discípulos** más aprovechados siempre recordaban el interés que ponía en **la enseñanza**, **pero no** en una enseñanza rutinaria sino, al contrario, en una **nueva y diferente**, **que concedía** a los alumnos la posibilidad de ir desarrollando su espíritu **creador**, su **curiosidad** por la investigación, su interés por el acontecer del mundo. Fue **esta época** en la que posiblemente se sintió maestro como ninguno: corría y jugaba **con los chicos**, les conducía por la lectura reflexiva y razonada, despertaba en ellos **la conciencia social** y el interés por los asuntos que concernían a su **colectividad**. Como **profesor** y como **director** de la pequeña escuela «10 de Agosto» transcurrieron **esos siete largos años** de su vida hasta que, por gestiones de un primo suyo, que **pensó en la necesidad** de desarraigarlo de su pueblo, acaso por los conflictos cada vez más **intensos** que se creaban alrededor de este profesor intransigente, acaso por esa **certidumbre** de **que ya le «venía** un tanto irrespirable el aire de la villa menuda», obtuvo, al **inicio del año lectivo 1927-1928**, el nombramiento de director de la Escuela Municipal «Espejo», **plantel de la capital** que, lo confesará después, había caído en un «fiesterismo» **continuo** y al que **había** que reordenarlo con energía y sin tregua, empeño al que dedicará **dos largos años** de labor.

Ejemplar debió **haber sido**, entonces, su trabajo en el plantel municipal porque, otros dos años después, en **1929**, es nombrado Director de Estudios de la Provincia de Pichincha, **algo así como lo** que en la actualidad se supone es ser Director Provincial de Educación, **pero** con funciones más amplias y significación mayor de la que hoy posee **tal cargo**, disminuido por tanta politiquería e improvisación. Es en este puesto, **que lo va a desempeñar** durante algo más de cinco años, que empieza a mostrar sus **verdaderos dotes** de administrador moderno: sea por su preparación, sea por la **energía que pone en el trabajo** diario, sea por la escrupulosidad en el ejercicio de su función, **sea, en fin**, por la modernidad de sus ideas y de sus empeños. De otra parte, empiezan a **aparecer** los claros signos de su personalidad administrativa, la que se refleja **en las instrucciones** que imparte a supervisores, directores y profesores en un **sinfin de circulares**, **notas** y recomendaciones, muchas de las cuales fueron publicadas en **la revista** que en ese tiempo editaba el Ministerio de Educación.

Pero es en **este propio período**, que Chaves se vincula a núcleos del Partido Socialista, agrupación **poco tiempo antes** fundada. A la vez, colabora en varias publicaciones sobre todo **políticas y literarias**; crea o fortalece grupos de profesores dedicados al estudio, el **principal de los cuales**, «Cuadernos Pedagógicos», empieza a editar una revista de **impecable calidad**, que él mismo la dirige con tesón, pidiendo y aún exigiendo **colaboraciones**, escribiendo las notas que faltan, cooperando en su distribución, **afanándose** en su continuidad; y, más todavía, cursa **contemporáneamente toda la carrera** de Filosofía y Letras, trabaja su tesis pero no llega a graduarse, **en buena medida**, creo, porque ya desde esta etapa de su vida, más

afecto es a los esfuerzos que a las recompensas, a los sacrificios que a los reconocimientos.

Un hecho ciertamente destacado de su vida será el discurso que pronuncia el 15 de octubre de 1931, en representación de sus compañeros, en la sesión solemne de inauguración de los cursos de la Universidad Central correspondientes al año lectivo de 1931-1932. La delegación la recibe del Consejo Universitario y ese mismo hecho demuestra la consideración de sus superiores y el aprecio de sus condiscípulos. El tal discurso le sirve para dos cosas: la una, para expresar sus sentimientos y creencias sobre la misión de la Universidad y para destacar aspectos novedosos en la época como: la individualización de la enseñanza, la importancia de la investigación en ciencias puras, la necesidad de acercar la universidad a la vida del Estado, la búsqueda de la practicidad en los conocimientos que se imparten y, en fin, la indispensable articulación de los tres niveles educativos; la otra, impensada, conocer a Moisés Sáenz, un destacado investigador y profesor mexicano, nacido en Monterrey el 13 de febrero de 1888, cosa curiosa, en el mismo mes y día que Chaves, solo que catorce años antes, quien, de paso por el Ecuador, asiste al acto universitario y se impresiona por las palabras del joven estudiante.

Será Sáenz quien pedirá a Chaves que lo ilustre sobre nuestro país, conocimiento inicial que le impulsa a ampliar a territorio ecuatoriano el ámbito de sus investigaciones sobre la situación del indio americano, y será quien, además, solicite su compañía en algunos trabajos de campo, lo uno y lo otro que permitirán que, poco después, el resultado de ese trabajo sea impreso en un libro, «Sobre el indio ecuatoriano y su incorporación al medio nacional», que publica la Secretaría de Educación Pública de México y que el propio Sáenz, en muestra de gratitud, dedicará a Pío Jaramillo Alvarado y a Fernando Chaves.

Pero es el mismo Sáenz quien consigue de su gobierno una invitación para que el aún joven funcionario visite su país, invitación que llega nada menos que de puño y letra de Narciso Bassols, uno de los llamados «siete sabios» mexicanos, entonces Ministro de Educación del país azteca.

Será México el que provocará en él un nuevo deslumbramiento: sus gentes, su paisaje, sus costumbres, su sistema educativo, la revolución que avanza y los héroes que la forjaron, los círculos de intelectuales, los adelantos del país grande. Empieza a enviar al diario *El Día* de Quito, sin duda el más intelectual e importante de la época y al que ya antes había entregado una que otra colaboración, una serie de artículos, que los complementará luego, en su segundo viaje, y que muchos años después darían lugar a todo un libro de impresiones de viaje. México se convertirá para él en una referencia indispensable, en especial cuando de reforma educativa se trata, cuando

de cambios administrativos y a modernización de sistemas educativos concierne. Además, esta primera permanencia en México, de febrero a agosto de 1934, viene a ser el inicio de la parte errátil de su vida, acaso en religioso seguimiento al mandato de la gitana aquella, que en Otavalo mismo, y en el primer tiempo de su juventud, le vaticinara que calzaría las botas de las siete leguas.

La vida en México en esta primera ocasión –al menos vendrán dos, luego- le da muchas oportunidades de ampliar el horizonte de sus reflexiones y de su proceso de aprendizaje, pero también le proporciona todos los ingredientes necesarios para conocer y para querer a un pueblo que le es afín por muchas razones, como, por ejemplo, por la raza de sus habitantes, por el proceso revolucionario que se afirma, por el orgullo nacional del que se contagia con rapidez. La conferencia que pronuncia en México en el acto de homenaje que le ofrecen intelectuales mexicanos, y que desde luego se publicará íntegramente, da muestra de ello.

De regreso al Ecuador, se enfrenta a una nueva situación política. Elegido por abrumadora mayoría, el doctor José María Velasco Ibarra asume por primera vez la presidencia de la República, tan solo dos semanas después de su retorno. Pero en el intervalo, había ocurrido también un acontecimiento importante para su persona: había sido elegido senador funcional suplente por el profesorado y en esta calidad, cuando debe reemplazar momentáneamente al senador principal, el doctor Emilio Uzcátegui, no tiene reparos en sumarse a la oposición al régimen en dos interpelaciones a ministros del gobierno velasquista. ¿Cómo podía conciliar el desempeño de la función pública de Director de Estudios de Pichincha con la de contradictor a la gestión a la gestión del mismo régimen en el parlamento? ¿Cómo podía juzgarse esta conducta en una administración prevalida de poder e investida de fuerza, que giraba continuamente a merced de las veleidades y trastornos emocionales del gobernante?

El aire alrededor de Chaves debió haberse vuelto nuevamente espeso, tal como en los ya lejanos días en Otavalo cuando director de escuela, que Moisés Sáenz, llegado nuevamente al Ecuador el 17 de mayo de 1934, esta vez en calidad de Ministro de México, le recomienda, con el tino digno de un diplomático, abandonar el país. Lo hace, luego de renunciar a la Dirección de Estudios, el mismo día de su trigésimo tercer cumpleaños, el 13 de febrero de 1935, en compañía de Sáenz y de su familia.

Esta segunda visita a México no es ya igual que la primera. No tanto por las atenciones que siempre recibe de Sáenz y de sus amigos, que son las mismas, o por las oportunidades de conocimiento, que siempre despertarán su curiosidad intelectual, sino por la necesidad de ganarse el pan, que le apremia. Va de aquí para allá, de un puesto a otro, unas veces como profesor, otras como supervisor, acaso

también como oficinista. Se expone, inclusive, a la posibilidad de vincularse estrechamente con la alta burocracia mexicana, para él un peligro antes que una ventaja, conforme a su tradicional modo de pensar y de concebir la misión de un ciudadano, que no debe estar al servicio de los grandes intereses sino, al contrario, al de los del pueblo más humilde, según lo confesará en sus notas mexicanas, y se expondrá, también, a los riesgos del amor que irá desplegando sus redes con sutileza y con cariño. Ambos riesgos, los del vínculo con el poder y los que habrían supuesto el desarraigo tal vez definitivo de su patria, se disipan de improviso con la llegada de un telegrama salvador, que Chaves lo calificará como llamada grande, «una de las varias veces que han llegado a cambiar la dirección de mi vida».

Es que, con la llegada al poder del ingeniero Federico Páez, después de un tumultuoso episodio con pretensiones dictatoriales protagonizado por el doctor Velasco Ibarra y un fugaz paso por la presidencia del doctor Antonio Pons, el 3 de octubre de aquel año de 1935 había sido nombrado ministro de Educación Pública el doctor Carlos Zambrano, socialista, y, cinco días después el licenciado Jaime Chaves, de igual filiación política. Ambos, en cablegrama urgente, le pidieron que acepte la Dirección de Educación, el tercer rango en la estructura ministerial de entonces. Fue este nombramiento una especie de tabla de salvación a su favor, porque le permitía volver a su país y a sus problemas --que gustaba afrontar con ánimo constructivo--, porque le colocaba nuevamente en la gestión educativa para la cual se sentía apto, y, en fin, porque le daba la oportunidad de poner en práctica lo que había visto y aprendido en los últimos meses en tierras mexicanas. Retorna a Quito en la madrugada del 28 de noviembre, acompañado por el propio Jaime Chaves y por Hugo Alemán, Secretario de la Dirección de Estudios de Pichincha, quienes habían ido a recibirle hasta la estación de trenes en Riobamba.

Un regreso digno de ser considerado una especie de reparación, si se quiere. Pero, más bien, un retorno que le permite mostrar, una vez más, su temple por el trabajo, su capacidad por concebir estrategias y planes, su energía infatigable. Hace, deshace, construye, reforma, visita, corrige, inspecciona, en fin, todo lo que hace lo hace a prisa y sin descanso. Esta gestión de un año escaso, pues la debe dejar a la renuncia del ministro Zambrano el 23 de noviembre de 1936, después de desagradables incidencias políticas, es, acaso, la mejor muestra de su arrolladora forma de concebir el trabajo en la administración de los intereses nacionales. Maduro en ideas como ya estaba, con el pleno respaldo del ministro, dio rienda suelta a su creatividad y a su concepto de servicio público, en tal forma que siempre se reconoció que él fue el alma de dicha gestión ministerial. «Sin pretender restar en nada lo que significó la guía, el espíritu comprensivo y el admirable sentido de administrador y dirigente de don Carlos Zambrano y de su subsecretario, -dirá uno de los testigos de la época-, creo indispensable, en honor a la verdad, resaltar un hecho fundamental de esa

labor, para precisar hechos y aportes. Fue Fernando Chaves quien, como técnico y como Director General, puso sobre sus hombros la dirección, orientación y marcha misma de la reforma en el campo teórico y legal; fue él quien impulsó y puso en marcha las principales labores que se iniciaron entonces. El Ministro de Educación conocía la solvencia de su colaborador técnico inmediato, sabía del programa y del plan de la labor; precisó derroteros generales; pero dejó al técnico la labor específica y la ejecución de todos los aspectos, hasta llegar a coronar las metas propuestas».

Terminado ese paso fecundo por el Ministerio de Educación, vuelve a ser atraído por el cariño de su ciudad natal, acaso también por la fuerza de las circunstancias, a la que retorna para ganarse la vida en una función que ni le interesa ni la puede desempeñar con solvencia: la tesorería municipal. Pocos, poquísimos meses después de su posesión, debe abandonarla, porque no sabía «ni defenderse de los pequeños hurtos de los subalternos, ni hacer bien las cuentas...»

Mientras tanto hacía gestiones para vincularse a un cargo diplomático. ¿Es que otra vez el ambiente de su patria le quedaba chico e irrespirable? Casi con seguridad, lo afirmo con conocimiento de causa. Su discípulo y amigo, Gonzalo Abad Grijalva, mantenía una magnífica relación con el general Alberto Enríquez Gallo, quien había llegado a la presidencia después de Páez, y la aprovechó. Luis Bossano, también su amigo, viejo compañero del Grupo Lllamarada, Ministro de Relaciones Exteriores de entonces, veía también con buenos ojos las pretensiones del todavía joven profesor pese a la marcada diferencia de temperamentos. Ambas amistades y su prestigio, sin duda, permitieron que sea nombrado para su primera función titular en el exterior, como cónsul en Le Havre, puerto francés de gran movimiento comercial, al que ya antes habían ido, también como cónsules, Benjamín Carrión y Jorge Carrera Andrade. La idea de que vaya a Le Havre fue de Abad precisamente, quien creyó, bien por cierto, que su amigo estaba en la línea de la intelectualidad y prestigio de sus predecesores y fue también Abad quien cooperó para que Enríquez dejara a un lado su creencia de que Chaves era un furibundo comunista, como le habían dicho, incompatible, si esa calidad la tenía, para el desempeño de una función diplomática, según los ritos y decires de la época.

La vida diplomática fue, sin duda, un reto enorme para su personalidad. Acostumbrado a decir lo que pensaba en forma directa, acostumbrado también a la lucha política, que no se está a medias tintas, ni en frases ameloachadas o en rituales de compromiso, debe haber sido muy duro para él contenerse, limitarse, en suma. Debe haberle sido también duro superar esa timidez de su temperamento, más bien dado a la melancolía y al retraimiento que a la vida social intensa, propia en el desempeño de la función diplomática. Mas, de otra parte, es evidente que tenía muchas cosas a su favor: su amplísima cultura, su curiosidad intelectual, su amor a

la patria, el sentido de responsabilidad que, como recordaré, era parte consustancial en el desempeño de los cargos públicos que se confiaban. Un intenso choque de fuerzas, entonces, que, como se verá, le produjo satisfacciones ciertamente pero que le ocasionó, también, malestares y molestias si no infortunios!

Estuvo en Francia de 1938 a 1941, primero en Le Havre, como ya mencioné, y luego en Marsella, al ser ocupado este país por Alemania en plena conflagración mundial. Un hecho significativo ocurre a inicios de esta etapa: en casa del cónsul mexicano, conoce a Madeleine Marle, quien, a poco, sería la compañera de su vida. Madeleine era hermana de la esposa de dicho cónsul, divorciada y con una niña de aproximadamente nueve años. En ellas, en ambas, volcaría toda su enorme sensibilidad, al punto que mucho después recordará cómo «la niña lloraba y se abrazaba a mí con desesperación y susto» cuando el primer bombardeo alemán a Le Havre en septiembre de 1939 o aquellas tardes en las que, de vuelta de Marsella, en la estación del pequeño pueblo de Cassis-sur-mer, le esperaban «los ojos luminosos, constantemente al borde de las lágrimas, de la muchachita dulce, que no podía presentir que su dulzura innominada fuese escudo, ancla de salvación de un alma atormentada y de una voluntad sin protección otra que unas inoperantes y lejanas nociones de deber, de pulcritud.»

En septiembre de 1941, de improviso, es llamado a Quito sin que medie causa alguna, al menos en la escueta resolución oficial, adoptada por el Subsecretario de entonces, a espaldas del propio canciller, resolución «inexplicada e injusta, firmada por un señorito que de todo ha hecho escalera para enriquecerse.» Chaves siempre creyó que esta medida administrativa obedeció a la necesidad de tal puesto para hacer un favor, posiblemente para que el favorecido pueda lucrar a costa del ejercicio de dicha función, cosa que él nunca lo había pensado siquiera, pero que estaban dispuestos a hacerlo quienes, en esos años, se aprovechaban de los indefensos migrantes, la mayoría judíos, que compraban pases y visas para escapar de la persecución y el infamante castigo que la tal guerra les tenía reservada.

Es posible que este enorme disgusto, imagino expresado en forma airada apenas que fue recibido por el Subsecretario de marras a su llegada a Quito, marcara definitivamente odios y resentimientos de mucha gente, que en el servicio exterior estaba acostumbrada a expresarse quedo, en metáforas, con cautela, en un medio en el que todavía contaba mucho la ascendencia y el linaje, y que no podía permitir que un profesor, y más todavía de izquierda radical, sin los ascendientes de sangre que entonces se consideraban necesarios para dar brillo a la función, dijera las cosas que pensaba sin el cuidado indispensable del diplomático y sin las maneras que se las creía compatibles al lustre de tal profesión.

Después del incidente, hace lo que siempre hará en su vida cuando se producen

vuelcos ~~impresados~~: retornar a Otavalo. Más, a los pocos días, una llamada del canciller, ~~nada~~ menos que el doctor Julio Tobar Donoso, le devuelve a Quito y a trabajar en las oficinas del ministerio. El ministro, que sin duda apreciaba la capacidad intelectual de Chaves y que, por otro lado, era un hombre benigno y comprensivo, le asigna las funciones de jefe del Departamento Consular y dispone que se le ~~reconozca~~ retroactivamente el derecho a percibir sus remuneraciones. Este hecho será ~~relatado~~ en las memorias del escritor como un episodio que le colocará al borde de las lágrimas. Y ello se entiende: por un lado, la reparación, y, por otro, la posibilidad de reunirse nuevamente con Madeleine y con Monique, por contar con un trabajo y un sueldo seguros. Ese pozo de las lágrimas, como él mismo lo califica, se habrá inundado en aquellos días gozosos del reencuentro, en el que tan solo medió un matrimonio por poder, que permitió a las dos francesas poder abandonar Europa y reunirse ~~nuevamente~~ con quien les había abierto los brazos, en ese ambiente europeo, crudo y desolador de inicios de la guerra.

Esta nueva estadía en el Ecuador va de 1941 a 1944. Cabe destacar al menos un dato: el 9 de abril de 1943 pronuncia una conferencia en la Universidad Central sobre la situación del indígena, conferencia que marca un signo de reivindicación de sus derechos y afirmación de sus valores y que en algunos aspectos se vuelve profética sobre la razón de los movimientos indígenas de ahora.

Unas pocas ~~semanas~~ antes del golpe del 28 de mayo, una verdadera revolución según algunos, un trastorno de las estructuras políticas evidentemente, Chaves recibe el nombramiento de cónsul en Lisboa y viaja presto a su destino, aconsejado sabiamente por los augures que vislumbraban que la revolución estaba a la vuelta de la esquina. La revolución, en efecto, le sorprende poco después y los primeros días de su gestión en tierra portuguesa se desenvuelven en la incertidumbre, dado el eterno comportamiento de nuestras administraciones, propensas a cambiar y a modificar a cada instante y dada, naturalmente, la expectativa que la tal revolución de mayo crea en muchos ámbitos públicos, por el desaforado empuje de masas sedientas de venganza y alimentadas de un odio que, en los primeros meses del nuevo régimen, se traducían de mil modos y maneras. Y, claro, Chaves también tendrá presente, en la incertidumbre de su suerte burocrática, a la figura de Velasco Ibarra, con quien, como se ha dicho, no existían buenas relaciones y simpatía alguna.

Pero todo lo contrario de lo que se podía suponer, permanece en Lisboa cerca de seis años y más todavía, según lo que me relataba cuando hablaba de sus recuerdos portugueses. Velasco Ibarra parecía ser un asiduo lector de los informes que periódicamente remitía a la cancillería, informes que no consistían en «meras copias de noticias y opiniones publicadas en la prensa, como era costumbre de los diplomáticos de esa época, sino verdaderos análisis de la situación política y

económica europea, que me tomaban varias horas escribirlos.»

Portugal fue, de otra manera, el país que le acercó a los orígenes de su apellido, Chaves y no Chávez inexplicablemente y sobre lo cual habría que bucear acaso en otra oportunidad, y en el. que su hija adoptiva contraería matrimonio y fajaría residencia hasta 1969, en que muere prematuramente en un accidente.

Mas en 1950 recibe la orden de trasladarse a Bremen como cónsul y esta medida administrativa, que de otro modo podría entenderse como normal en la carrera de un diplomático, vuelve a alterar su ánimo. Se queja a buenos amigos suyos, diplomáticos también, de la forma cómo se produce el cambio, de las dificultades que tiene en un país asolado por la guerra, de la misma locación de su misión consular, de la animadversión evidente de muchos funcionarios de Quito. Más que proféticamente sostendrá que, al primer pretexto le pondrán un superior a él en Alemania y le enviarán a no sé que parte.

Y, efectivamente, luego de que se posesionara de su misión en Bremen. de que superara muchos problemas, pues hay que entender que Alemania pasaba en aquellos años dificultades extremas como consecuencia de la guerra y de su condición de país vencido, y luego que realizara una labor diligente durante dos años, a principios de 1952, recibe una nueva orden, esta vez para desempeñar labores consulares en Yokohama, Japón, otro país devastado por la guerra y en el que, el establecer una nueva misión y establecerse con su familia, habría sido aún más complejo que en su traslado a Alemania y mucho más molesto. «En 1950 me tiraron acá a paso de carga. Malbaraté mis cosas y de las que mandé al Ecuador llegaron en migas muchas. Incluso varios tomos de la enciclopedia que pude comprar por amabilidad suya. Podían haberme designado a Hamburgo, lo que era lógico. No lo hicieron para preparar el golpe de 1952. Ahora que el señor Icaza se decide a aceptar lo de Hamburgo, hay que golpearme otra vez. Y con una amarga ironía se me dice que «dadas competencia preparación Ud.» se debe marchar a Yokohama. Yo me instalo una nueva vez, con gastos como usted sabe, porque no podemos vivir como tantos que han ofendido su condición de funcionarios ecuatorianos, y cuando creo que van a olvidarse de mí y cuando comienzo a introducirme en los vericuetos de Goethes Sprache, levante usted de nuevo el campo volante y vaya a instalarse de nuevo, a abrir otro consulado y a aprender japonés. Es demasiado y, la explicación o el atenuante bastante ofensivo. Porque ha sido nombrado el señor Icaza esta oficina perderá importancia. Pero, ¿por qué nombraron al señor Icaza cónsul general en un puerto y en un país donde ya había servicio consular y un consulado general? Y antes, ¿por qué no me nombraron a mí a tiempo cónsul general en Hamburgo? ¿Qué necesidad había de crear problemas y ocasiones de maltratar a un viejo funcionario que no da más motivo que el de no tener padrinos?» dice amargamente en una extensa carta a

un amigo suyo y se rebela. Se rebela y no acepta este nuevo encargo, lo que dará motivo, según él, a que se le separe del servicio. Como en tantas otras veces, regresa al Ecuador y viaja a Otavalo, esta vez ya acompañado de su esposa.

Mas, a las pocas semanas, como en aquel año de 1941, recibe una nueva llamada grande, nada menos que para proponerle la cartera de Educación Pública, la más elevada función que un maestro como él podía aspirar, dejada poco ha por Carlos Cueva Tamariz, en una de las tantas crisis de gabinete de entonces. Cuando anuncia tal designación, el Presidente de la República, Galo Plaza, dice que ha escogido a Fernando Chaves, por ser «una de las figuras más distinguidas que ha producido el magisterio nacional, con una brillante carrera profesional, no solo como maestro sino como miembro del servicio exterior. Ha regresado al país después de ocho años de ausencia y con un hondo sentido de patriotismo, ha hecho un paréntesis a su carrera de servicio exterior para contribuir a servir al país desde la cartera de Educación.» Se posesiona el miércoles 30 de abril de 1952, junto a su gran amigo Julio Endara, a quien se le ha nombrado Ministro de Previsión Social y Trabajo.

En realidad, el tiempo que dispone para su gestión de ministro es demasiado corto: apenas cuatro meses, pues, en la noche del 31 de agosto deberá posesionarse el nuevo Presidente de la República, a elegirse el primer domingo del mes de junio. Es decir, no solo un corto período sino, lo que es más, un período electoral en el que los ánimos se exaltan y las suspicacias crecen. Una lástima, en realidad, esta del inevitable corto ejercicio del ministerio porque un hombre de su talla, con la experiencia habida y con la energía desbordada que, como ya dije era parte de su temperamento, a más de haber llegado ya a la edad cumbre de las realizaciones – había cumplido cincuenta años en febrero –, podía hacer mucho más de lo que realmente hizo si habría dispuesto de mayor tiempo. ¿Qué puede hacerse de perdurable en un país acostumbrado al borre y va de nuevo en cada administración que comienza, si el tiempo de gestión, por añadidura, es tan corto? Él mismo lo dirá, con un dejo de resignación, en la primera conferencia de prensa que ofrece el viernes 2 de mayo: «Mi permanencia en este ministerio es a plazo fijo y mal podría permitirme esbozar planes de trabajo. Me esforzaré con el anhelo que siempre he tenido por la educación a la que me debo.» Y la opinión general en el medio educativo compartirá este modo de pensar del nuevo ministro, sin que nada se pueda hacer porque, efectivamente, los plazos corrían hacia el final de un gobierno que se había dado el lujo, eso sí, de terminar un mandato completo después de 28 años de turbulenta vida política.

En realidad, esos cuatro meses pasaron demasiado rápido. Y rápido desde diversos puntos de vista, (no solo de aquellos vinculados al desempeño de su función de ministro, de las cosas que podía dejar como realizaciones propias y de los aspectos

que podía renovar), sino, por ejemplo, de aquel espacio que se le estrechaba en cuanto al futuro de su carrera, pues, si bien había obtenido una comisión de servicio y casi contemporáneamente recibido un ascenso, más bien una confirmación a las funciones que ya había estado desempeñando en el exterior, en las elecciones presidenciales había triunfado nuevamente Velasco Ibarra, el hombre de sus desafectos. Por ejemplo, además, y como consecuencia de lo anterior, sobre lo que haría una vez dejado el ministerio si la carrera diplomática se le truncaba. Son semanas de duda y posiblemente de gran desolación interior, al menos de lo que se vislumbra del texto de algunas cartas que en ese momento dirige a algunos parientes y amigos residentes en el exterior. Me parece vislumbrar, en todo caso, que a él, en el fondo de su espíritu, no podía afectarle aquel vacío, tan propio en muchos altos funcionarios de la administración pública cuando ven próximo el final de sus días burocráticos: sentir que ya no le obedecen, que ya no le rinden pleitesía, que ya no le consideran como antes, que ya no reconocen lo que vale. Y tampoco podía ni un instante siquiera, asumir esa posición complaciente con ribetes de arribismo que muchos, muchos, en nuestro medio la adoptan cuando temen perder posiciones y cargos y cuanta más el bolsillo que las convicciones y los ideales.

Como prueba de su capacidad de trabajo y de la conciencia de sus responsabilidades, deja escrita e impresa una memoria ministerial, cuyas consideraciones generales son un verdadero legado de su pensamiento sobre la administración educativa en el Ecuador, a la vez que deja esbozado un plan de reforma educativa que, como es de suponer, no se continúa en la nueva administración. En la madrugada del 1 de septiembre, luego de la ceremonia de transmisión del mando presidencial que se realiza en el Teatro Sucre y en la que, según su mismo relato, debe contener su rabia ante expresiones del mensaje de Velasco haciendo trizas un papel que tenía en el bolsillo de su traje, se ve obligado nuevamente a pensar en la forma de ganarse el pan diario, una vez que, ya no es presentimiento sino realidad, no se le reabrirán las puertas del servicio exterior, ahora cuidadas por varios de los cuales él había mostrado repulsa evidente y, lo que es peor, en alta voz.

Empieza, entonces, una larga etapa de casi diez años en la que se dedicará a varios trabajos y en la que intervendrá en forma activa en la vida política del país. En cuanto al primer aspecto, será desde asesor de la radiodifusora de la Casa de la Cultura, miembro titular de ésta en la sección de Filosofía y Educación, colaborador de la revista *Letras del Ecuador* hasta director por largo tiempo de la *Revista Ecuatoriana de Educación*, en la que publicará varios artículos y ensayos sobre educación; será también Director de la Biblioteca Municipal en las administraciones de Carlos Andrade Marín y Julio Moreno Espinosa y profesor de la Universidad Central en el recién creado Instituto de Derecho Internacional; y, para completar su presupuesto, aunque creo que también para no perder el hilo del cotidiano ejercicio

de la escritura, trabajará como redactor del diario *El Comercio*, en una etapa de ese matutino marcada por la excelencia de su página editorial, en la que escribían personajes de la talla de Raúl Andrade, Isaac J. Barrera, Humberto Toscazo y Augusto Arias, y por la feliz conmemoración del cincuentenario de su fundación, alrededor del cual se prodigaron homenajes de instituciones y de personas en todo ese año. «Yo debo trabajar como un borrico para mantener nuestro tren de vida y para procurar ahorrar algo para los años duros de la vejez, en los cuales no nos será suficiente ni el retiro que yo tendré» le escribe a su hija en carta de 15 de diciembre de 1958, confundido ciertamente por la situación que debía afrontar. En cuanto a lo segundo, es decir a su actividad política, participará en la conformación y robustecimiento de grupos de izquierda independiente, ya en las elecciones para alcalde de Quito en 1955, ya en las célebres elecciones presidenciales de 1956 en las que, junto a su movimiento, denominado Unión Democrática Independiente, conforma el Frente Democrático Nacional que postula a Raúl Clemente Huerta. Demostrará, de este modo, que su socialismo se inscribía en una línea más bien moderada, que ya en ese tiempo comenzaba a apartarse de la izquierda marxista, y como consecuencia de hondas e irreparables fisuras ideológicas, nunca después ciertamente superadas.

En este mismo largo período de diez años que da término a su novela «Escombros», «la obra que escribí con más empeño y con cariño, inclusive», de evidente matiz psicológico, a la que habría que leerla en clave, procurando descifrar en ella muchos aspectos de la vida pasada del escritor y que, de otro lado, daría un vuelco evidente a sus primeras creaciones de los años veinte. Novela también ésta precursora en muchos sentidos, no recibió la crítica que se merecía y rápidamente pasó al olvido. De otra parte, en 1955 fue nombrado Presidente de la Sociedad Jurídico Literaria, la misma que en 1923, en su revista, le había publicado aquella su primera novelita, y desplegó en su función la misma capacidad de organizador que le era propia y que dicha sociedad la necesitaba de urgencia, apagándose, como estaba, su vigor primigenio. Años todos estos que fueren muy diversos en empeños y muy variados en labores, si se los compara con aquellos más ordenados y menos fatigosos de su vida diplomática precedente. En la muy peculiar personalidad suya, mezcla de timidez y de orgullo, nada hizo en estos diez años para regresar al servicio exterior.

Pero los escenarios vuelven a cambiar cuando, terminada la cuarta administración de Velasco Ibarra, asume el poder Carlos Julio Arosemena Monroy y llega al Ministerio de Educación Pública Gonzalo Abad Grijalva, su querido discípulo y amigo. Y Abad será nuevamente el vínculo que le permitirá reincorporarse al servicio exterior, esta vez en su calidad de embajador, el nivel más elevado de la jerarquía. El propio Chaves se refiere, en una larga entrevista que publica la revista *Cultura del Banco Central del Ecuador*, la forma como se produjo dicha reincorporación que, sin duda, debe haber causado molestia a más de alguno de los funcionarios de

cancillería, pero que reivindica una carrera cortada de improviso por veleidades pasajeras.

Es designado embajador en la República del Salvador entre 1962 y 1964, embajador en México en 1965, función que por desgracia la desempeñará durante corto tiempo y, por fin, embajador en Nicaragua de 1965 a 1966, cargo que lo dejará por discrepancias con el canciller de entonces, discrepancias que habrán sido alimentadas por la ideología y por el carácter de ambos personajes.

Esta nueva etapa de su vida de diplomático no fue toda de su agrado. A más que había recrudescido su molestia por ciertos comportamientos burocráticos, a los que posiblemente daba más importancia de la debida, se sentía como aislado en las posiciones menos agradables y sin duda bastante incómodas para él. Siempre se quejará por la vida cara en El Salvador, por su clima y por su carencia casi total de vida cultural; esto le hará reclamar a sus superiores, en forma constante, el cumplimiento de una promesa que le había hecho cuando los días de su reincorporación al servicio: el de su cambio a otra sede, apenas esto fuese posible. Pero mucho de lo que ocurrió inmediatamente no pudo haber sido menos desafortunado. Un frustrado traslado a Bolivia por razones estrictamente políticas, debe haberle creado, a la postre, más desagrados que satisfacciones. El brevísimo paréntesis de su ejercicio como embajador en México, apenas de cinco meses o menos, no pudo haber sido más penoso, si se considera que no tuvo ni tiempo para establecerse, peor para realizar un trabajo que le habría sido grato en la tierra que le acogió en sus años juveniles. El cambio a Nicaragua, otra vez por motivos políticos –se quería acomodar a un militar que recientemente había dejado el Ministerio de Gobierno–, termina por desestabilizarle, considerándose, como debe haberse considerado, maltratado y preterido, cosa que debe haberle herido, sin duda, pero que debe haber avivado también su resentimiento para con ciertas personas, colegas en el servicio, y debe haberle demostrado que ya era muy tarde para luchar en un medio que se resistía a apreciar sus méritos y su capacidad de trabajo.

Estos años deben haber provocado en él reacciones contrastantes, sin duda. Por un lado, volver a la diplomacia suponía una nueva reparación, como ya dije, pero, por otro, era volver nuevamente a un espacio que fácilmente alteraba su ánimo, tan propenso a irritarse. De otra parte, creo que se cometió una injusticia al no saber aprovechar sus reales capacidades: en el juicio que de él deben haber hecho sus superiores, primaron más bien ciertos aspectos formales y, al final de cuentas, el país perdió, sin que esta hipótesis no tenga otro propósito que formular un análisis a la distancia de los años.

De allí que a la primera oportunidad válida, la renuncia que todo embajador debe

presentar al cambio de un gobierno, en esta vez a la caída de la Junta Militar de Gobierno en marzo de 1966, permitió a la cancillería deshacerse de una pieza incómoda y fastidiosa. Y el pretexto de la austeridad fiscal, que muchas veces solo tiene la función encubridora de otras razones y motivos, funcionó a la perfección. A finales de julio de aquel año terminaba, esta vez sí en serio, su vida diplomática.

Jubilado del servicio exterior en 1967, año de su sexagésimo quinto de edad, de otra parte límite fijado por la ley para que entren en retiro los funcionarios con rango de embajador, se dedica un tiempo más al periodismo. Vuelve a la empresa que edita *El Comercio* y *Últimas Noticias*, para los que escribe editoriales y gacetillas, algunos con títulos tan sugerentes como «espuma de los días» o «crónica ligera», y artículos de opinión, en una columna a la que bautizó con el antiguo nombre de «aguja de marear» todo como en los viejos tiempos. No sé si distanciado con los directivos de la empresa, fruto quizás de algún disgusto que su intenso temperamento inevitablemente le deparaba de improviso—aquello de no poder decir lo que se piensa en un medio de comunicación que generalmente en aquella época se cuidaba demasiado de crearse problemas con el poder o con ciertos grupos de presión—, no sé si cansado de escribir, cansado de que siempre se le pida más y más, confesará en entrevista dada a Rodrigo Villacís Molina, no sé si con aquellos primeros síntomas de la frustración que generalmente acompañan a la vejez, en él posiblemente más intensos y crueles, se separa de la labor periodística en 1974 con la firme resolución de «no publicar una línea más».

Paradójicamente, estos años finales de su vida no son tampoco de reposo. Si bien deja de escribir, al menos para el gran público en un diario de amplia difusión nacional, sigue asistiendo esporádicamente a la Casa de la Cultura Ecuatoriana y sigue frecuentando a algunos de sus amigos más queridos, pese a que en 1980, lo confiesa al propio Villacís Molina, «no visito a nadie, no asisto a nada; me he ido deshaciendo de todos mis compromisos...».

A este relativo desprendimiento de las cosas de este mundo, a las que él, de otra parte, parecería estar acostumbrado, se suma otro, este sí grave y doloroso: su esposa, que le había acompañado desde 1941, o quizás desde antes, cuando la conoció en Francia, muere en 1982 y este hecho descalabra su vida, lo desarticula en cierto modo. La entierra en el cementerio general de Otavalo, en medio de la tristeza y el abandono casi total de amigos y conocidos, pues, pocos, muy pocos, son los que le acompañan en este trágico peregrinar. Luego, dichos restos los trasladará al cementerio Parques del Recuerdo, en Quito, en la esperanza de acompañarlos algún día, como efectivamente ocurrirá diez y siete años después.

Pese a los años, ya más de ochenta, tendrá todavía energía para suscitar en la asociación de funcionarios diplomáticos en servicio pasivo, recién creada, y de la

que forma parte con agrado, la idea de publicar una revista en la que, en forma seria y ordenada, se traten aspectos concernientes a las relaciones internacionales y en la que se demuestre que, en la práctica, los funcionarios jubilados podían participar, con su opinión y su consejo, en los aspectos más relevantes del ejercicio de la diplomacia y del análisis de la política internacional. Fue ésta, sin duda, una brillante idea de los políticos jubilados, que consolidaba en mejor forma la idea de una carrera, la del servicio exterior de la república, que se profesionalizaba y tecnificaba, todavía más, con la reciente creación de la Academia Diplomática.

Los compañeros jubilados comprendieron el reto y aceptaron la idea de fundar la revista, a la que bautizaron con el nombre de *Correo Diplomático*. Sin dudar un momento siquiera, le encomendaron su dirección, pese a su edad y a sus iniciales reticencias. Tenía él ya 82 años y éstos no le pesaron para nada en el enorme esfuerzo que significa poner en marcha una empresa editorial en nuestro medio. Si cabe decir que él, a más de sus dotes de pensador y de escritor, fue también un suscitador en las tareas de la cultura, hay que reconocerle este mérito en el caso de editor de publicaciones periódicas. El mismo empeño que puso en la publicación de *Cuadernos pedagógicos*, la misma tenacidad que comprometió en la edición de la *Revista Ecuatoriana de Educación*, las mismas ilusiones que depositó en el *Boletín de la Biblioteca Municipal*, los congregó alrededor de la publicación de *Correo Diplomático*. Fueron diez y siete números que los dirigió, planificando cada uno de ellos, pidiendo y aún reclamando colaboraciones, revisando la prensa internacional para seleccionar artículos y notas que podían reproducirse y, como ya en otras ocasiones, escribiendo él mismo todo lo que faltara, que a veces era mucho. Ya, por los años, no manejaba bien su antigua máquina de escribir y, por la misma circunstancia, sus energías no eran las de antes, pero es un mérito suyo, y solo suyo sin duda, que, acercándose ya a los noventa años, todavía se empeñara en producir y en ser útil a la comunidad y que los resultados de su labor fuesen de elevada calidad.

Fue en esta última etapa de su vida en la que, además, no resistió las continuadas solicitudes para que publicara. Tenía, como él mismo lo confesara más de una vez, varios escritos inéditos: un libro de memorias, un ensayo sobre la cultura ecuatoriana, una recopilación de artículos sobre sus estancias en México, una novela a medio acabar, correspondencia con personajes de la vida intelectual del país y del exterior. El Centro de Investigación y Cultura del Banco Central del Ecuador editó, entre 1990 y 1994, tres de sus escritos y rescató, así, de un posible extravío, material valioso para completar la visión de su obra y para entender su pensamiento de mejor manera. No se resistió, tampoco, a dialogar con una colaboradora de la revista *Cultura* del propio Banco Central, a entregar un ensayo sobre la urgencia para la misma publicación ya participar en el II Encuentro de Historia Económica realizado en julio de 1988 con sus impresiones sobre la literatura de los años treinta, seguido de

un diálogo con el público asistente. Dejada a un lado la dirección de *Correo Diplomático*, quiso incursionar en la redacción de un ensayo biográfico sobre Benjamín Carrión y varias veces acudió a revisar los archivos familiares de este personaje, aquel viejo y respetado suscitador de la cultura ecuatoriana. Si borroneó algo para dicho ensayo biográfico, si tomó varias anotaciones, si elaboró algún plan, no fue más. Los años, sin duda que lo vencieron en éste, su último propósito de trabajo intelectual. Con un dejo de amarga resignación, en carta íntima a Gonzalo Abad y a su señora, fechada el 31 de julio de 1991, se confiesa ya inútil y carente de las fuerzas que antes le eran muy propias.

La edad, el paso invariable de las hojas del calendario, que ya sumaban tantas, continuaron erosionándole sin remedio. Ya no podía caminar sino con ayuda, ya no podía oír sino con grandes dificultades, se sentía clavado a su poltrona, como él mismo lo afirmaba con socarrona aceptación de lo inevitable. Así pasó los últimos años en los que aún recibió el reconocimiento público, expresado en homenajes y en condecoraciones, la principal de las cuales, la Orden Nacional al Mérito en el grado de Gran Cruz, le fue impuesta en su propia residencia en una emotiva ceremonia íntima, en la que el venerable anciano se sometía, esta vez ya sin remedio, a aquellos formalismos que tanto recelaba y a aquellas expresiones de afecto que generalmente rehuía.

Si bien hasta el final mantuvo condiciones físicas aceptables para la edad, era evidente que se iba debilitando progresivamente, aunque había que reconocer, eso sí, en la plenitud de sus facultades intelectuales. Continuamente se dejaba llevar a su tierra de Otavalo, a la que visitaba acompañado por la lejanía de sus recuerdos. Esporádicamente, además, recibía en casa a sus amigos, aunque debe haberle dolido, dolido mucho, no poder participar ya en sus conversaciones. Se complacía, sin embargo, en verlos reunidos, en verlos en su mesa, en verlos en amena charla. Era un sedante, además, a la soledad en la que vivía, asistido tan solo por una empleada y la familia de ésta.

El 31 de julio de 1999, en la noche, después de una breve enfermedad pulmonar, se extinguió serenamente, si tal palabra cabe en el duro trance de la muerte.

II Las ideas

Resulta apasionante bucear la personalidad de Fernando Chaves y, de esta tarea, desprender las ideas eje de su pensamiento. Contradictorio muchas veces, imprevisible algunas, apartado siempre de los convencionalismos y de los arreglos a media voz, firmemente decidido a defender sus ideas a cualquier costo, se sumergía en cavilaciones que, en su tiempo, debieron ser entendidas como signo de orgullo pero que, tal vez, no eran sino defensa y protección de una timidez, generalmente

bien disimulada, pero latente.

Para asumir una tarea de este orden, es menester acudir a dos o tres fuentes principales: sus libros y otros trabajos editados; su diario felizmente impreso, pero incompleto; y la ruta de su vida, esbozada ligeramente en el capítulo anterior de este estudio. Como su vida fue admirablemente larga, casi de 98 años, no es posible recurrir a la consulta de la generalidad de sus contemporáneos, fallecidos ya, factor al que se suma el hecho de que nuestro personaje, sobre todo en sus últimos veinte o treinta años, fue apartándose y recluyéndose, en actitud huraña hacia los demás y ensimismada para consigo mismo.

Peculiar signo de su personalidad fue, sin duda, el de su rebeldía. Una rebeldía que trataba de afirmar su yo individual por sobre cualquier otra consideración válida. El saberse dueño de sus propias ideas y, en muchas ocasiones, saberse capaz de defenderlas. Una extraña combinación, como por otra parte él mismo lo dice, de orgullo y de modestia; lo primero, para diferenciarse, lo segundo, para parapetarse. Muchas veces no repara en las consecuencias de su actitud y varias debe sufrir por ello, tal es el caso de esos diez años en los que estuvo apartado de la carrera diplomática y que, para compensar sus ingresos perdidos, se castigó él mismo con el fatigoso desempeño de varios oficios a la vez, con la consiguiente dispersión de esfuerzos y con el costo que ello debe haber supuesto para su capacidad creativa y para su tranquilidad emocional.

Posiblemente una rebeldía innata porque se manifiesta desde muy temprano, casi al rayar de la conciencia. No saberse obligado, resistirse a la obligación, solo por el prurito de no aceptar imposiciones externas, es ya una temprana manifestación de rebeldía. «Hay en el fondo de mi alma algún resorte que se quiebra cada vez que suena en mis oídos el diapasón un mucho agrio de la obligación, el tintineo de deber recordado por alguien y que pesa sobre mis hombros sin que yo sepa o aparente no saberlo» dice en sus memorias, para justificar su natural resistencia a las imposiciones. Por lo demás, en la conferencia que un grupo de militares le solicita pronuncie en su ciudad natal, a propósito de la conmemoración del cinco de junio, siendo él director de escuela y supuestamente parte del «establishment», conferencia en la que aunque se observa un natural empeño por acogerse a líricas expresiones de compromiso, comprensibles para la época, arremete sin piedad contra lo que en su medio era todavía parte misma de la estructura social, tradicionalmente respetada y respetable y, en consecuencia, asusta a unos y enciende recelos en los más, si no genera ya sus primeros adversarios a muerte. «ya lo veis, señores –dirá en aquella ocasión-, la conmemoración de esta fecha para los espíritus libres vale tanto como la de un veinte y cuatro de mayo, porque si ella nos señala el término del nudo realista, esta otra aclara un período entero de historia y de vidas, y nos muestra el fin del reinado

opresor de la sombra del convento que se dilató por América toda, después que los brazos musculosos de Bolívar y sus tenientes, desgarraron las vendas monárquicas.» Y añade: «Las vendas clericales fueron tan fuertes como aquellas, y más tenaces, porque aún sufren la nostalgia de las prebendas perdidas.» Y, asimismo, en la conferencia que cuatro años después, pronuncia en la Universidad Central en representación de sus compañeros, en sesión solemne y formal, de acuerdo a los ritos de la época, no resiste la tentación de lanzarse contra quienes ven a la universidad solo como medio para conseguir títulos que acrecienten su prestigio y ningún recelo le asalta para hacer puntuales recriminaciones al estilo de aprendizaje y a las formas de enseñanza. «Di un discurso –dirá mucho después– que salía fuera del marco, porque era una crítica; planteé lo que debía ser la universidad; cosa que no se había hecho nunca y menos todavía por un expositor que resultaba ser un simple normalista.» Pero en esa intervención demuestra que ha avanzado en el lenguaje, más serio y menos lírico, y demuestra, además, que su visión está asentada en una envidiable cultura que ya le perfila como un espíritu sólido y una personalidad respetable. Esto es, supongo, lo que anima a Moisés Sáenz, a iniciar una amistad que a Chaves le será muy útil en el futuro.

Rebelde, además, por su pronta adhesión al Partido Socialista, cuya fundación en 1926, coincide con su temprana juventud. El socialismo en el Ecuador fue una especie de válvula de escape para quienes, sin ser atraídos por ideas conservadoras, y más bien eran frontalmente opuestos a su doctrina, se mostraban críticos hacia la praxis de un liberalismo que, precisamente a partir de 1912, había venido beneficiando a la plutocracia bancaria guayaquileña con medidas y con favores, si no, años después, con sometimiento casi total a sus imposiciones. La revolución juliana de 1925, al menos en un primer momento, debe haber sido vista como una justificada razón de protesta nacional y se convirtió en germen del socialismo, al menos en lo que a certidumbre de reformas políticas y sociales concierne. En lo que se refiere a política siempre estará inconforme con el orden imperante y se revuelve a menudo contra la injusticia y la discriminación. Su ideario, desde muy joven, –así lo confiesa–, está nutrido «de libertad, igualdad, verdad y justicia» a fin de lograr que todos consigan «techo, tierra, libertad, acceso a la riqueza, derecho a la cultura.»

Rebelde, en fin, por sus prontas creaciones literarias, que le señalan como el iniciador de la novela indigenista en el Ecuador. Protestar, a través de la literatura, por la injusticia a la que usualmente se sometía a los indios, por los atropellos y las infamias, las degradaciones y los abusos continuados, no es sino otro signo de rebeldía. «Escogí la novela como signo de denuncia» dirá años después. Ciertamente es que, al menos en este campo, no prosiguió con su discurso, y de ello recibirá recriminaciones afectuosas, pero lo que hizo con sus dos primeras obras, entiéndase, fue una forma de rebelarse contra el medio en el que vivía y fue también abrir las puertas para un

tipo de novela, consustancial entonces a la realidad de nuestro país, que se iba despojando de lirismos y visiones pudibundas para trocarlos por un realismo indispensable que permitía entender, pero sobre todo sentir, lo que acontecía en ese medio de tristeza y de infinita miseria al que estaba sometido el indio. Y, para comprender mejor estas cosas, resulta indispensable colocarse en el mismo carácter del autor, quien si bien se nutría de su innata rebeldía, no tenía empero el deseo de sacar a relucir sus textos como arma de combate y, peor todavía, como medio de propaganda de su propia persona. «En mi literatura –añadirá– no he tomado la actitud del que hace un cartel. Tal vez en eso me equivoqué, pero yo abría un camino y cuando uno lleva a cabo esta tarea tiene muchas posibilidades y escoge solo una.»

Si a esta inconformidad tan propia suya, se pueden vincular otras manifestaciones de la forma como apreciaba su entorno, acaso se podría tener una visión más completa de la razón de sus ideas. Por ejemplo, su marcado anticlericalismo. Él, en sus mismos escritos, explica que la pérdida de su fe se debió a la frustración que tuvo de niño por la muerte de su padre y porque Dios no había respondido favorablemente sus oraciones, tal como le aseguró algún desprevenido sacerdote. La muerte de su progenitor significó, entonces, también la muerte de su fe. Pero habría que distinguir lo uno de lo otro, es decir, la fe en Dios, que es una cosa, y el afecto o desafecto a los sacerdotes, que es otra. Y ciertamente que Chaves fue anticlerical; lo cuando de profesor de escuela, peleaba a rajatabla con el cura Ponce de su pueblo, lo fue cuando se expresaba en público con términos despectivos e hirientes, calificando a toda esa corte de beatas que antes era tan propia del culto en las iglesias, como «criminales vejestorios», y en todo esto y acaso más, lo fue hasta muy entrado en años, cuando se supone que las pasiones se calman y el abismo de la muerte crea, si no miedo, al menos honda incertidumbre. Pero en cuanto a la fe misma, al hecho de creer o suponer que algo superior aletea sobre nosotros como marca de la creación y del destino, no creo que hubiese sido tan radical y firme. Ciertamente es que se confiesa no creyente y que lo reitera en varias oportunidades, pero la forma como se contagia de la sensibilidad de la naturaleza, del espectral horizonte de los atardeceres, de ese misticismo, si se quiere laico, que en ocasiones le envuelve, no demuestra sino que algo perduraba en el fondo de su ser. «En nuestro medio –advierte– no se ha analizado a profundidad el paisaje. La influencia del páramo en la psicología humana, ¿quién lo ha hecho? La influencia de la altura en el que sube a una cima y contempla los picos nevados, ¿quién? La emoción casi religiosa que se produce en el individuo cuando hace eso, ¿quién lo ha expresado? ¡Nadie! Empero, no desearía tampoco que esto se interprete como afán por hallar fe religiosa donde no la hay, sino, más bien, como deseo por descubrir una sensibilidad muy profunda en un espíritu delicado como el de él lo era, tanto más cuanto que, en el mismo texto que antes reproduce, añade que, quien podría expresar esas emociones, solo sería «un individuo que se haya emancipado de la religión, porque el sacudón que produce la cima y la altura, solo es producido,

con caracteres similares a la entrada de una *catedral* gótica o a un templo decorado por los indios en México.

Otro ejemplo de su inconformidad se manifiesta en el curioso modo que tiene de reconocer la autoridad de sus superiores. Algunos, si no bastantes episodios de su vida, están marcados por conflictos con ellos. Parecería que con más facilidad se allanaba a la superioridad intelectual que a la de las jerarquías administrativas, a quienes cuestionaba a menudo sin piedad y, lo que es peor, sin cautela. Nada tiene de curioso, entonces, que en una entrevista ya al final de sus días, reconociera que, si se habría dedicado a la biografía, habría escrito cuatro o cinco, todas ellas de intelectuales que pasaron por su vida, si exceptuamos la de su padre, entendible ciertamente como muestra de devoción filial. Como no era taimado y peor hipócrita, le gustaba decir las cosas de frente y a menudo sin reservas, y eso le costaba caro, si se considera que, la única reserva a la que él podía recurrir, era a la de sus capacidades y sus méritos que, en una sociedad como la nuestra no siempre es suficiente. De aquellos conflictos de autoridad, cuando salía derrotado, que era la mayor de las veces, se recluía en sí mismo, de algún modo retornaba a su pasado y se refugiaba en su Otavalo. Eso le ocurrió cuando dejó Francia, llamado por un jefe al que no reconocía mayor mérito que el de saber lucrar de la función pública, cuando retornó otra vez, ésta de Alemania, negándose a servir en una representación diplomática en el Japón porque se sentía maltratado o cuando venció el plazo indefectible de su gestión como Ministro de Educación Pública. La vuelta al terruño significaba, además, un reencuentro gozoso, mitigador de sus penas, consolador en el cruce del espeso terreno de sus incógnitas y sus dudas y era también, como es de suponer, un paréntesis abundantemente cargado de nostalgia.

Inconforme también con ciertos comportamientos de nuestras gentes, sobre todo de aquellas que deambulaban en el mundillo intelectual, haciendo aspavientos de sus propios méritos y valías. Le repugnaba la vanidad y aborrecía el autoelogio de algunos, lo que le provocaba más de un disgusto callejero o más de una contrariedad pasajera. No era, a veces, lo suficientemente cauto para evitar roces que a la postre le perjudicarían, sobre todo en su vida de diplomático.

Pero para ser justos, la inconformidad mayor seguramente fue consigo mismo. No porque careciera de auto estima sino por sus esporádicas muestras de insatisfacción para con el destino que ya lo tenía marcado. Por ejemplo, la incapacidad de poder usar más tiempo para la creación, atareado una vez por innumerables ocupaciones que solo le permitían redondear sus ingresos para conservar un aceptable nivel de vida, sometido otras a cierta disciplina doméstica a la que no podía resistirse en buena ley. O, por ejemplo, la temida necesidad de no poder decir en sus artículos periodísticos todo lo que le venía en mente, porque simplemente él no era el

propietario del medio en el que aparecían sus artículos y no podía fijar su política editorial. O, quien sabe, si también por la imposibilidad cierta, cuando estaba en el ejercicio de funciones públicas de mando, de poder concretar reformas y cambios en un medio lerdo y complaciente como es generalmente el nuestro.

Todo lo dicho dará asidero para destacar otro rasgo evidente de su personalidad, que con cierta frecuencia aparece en sus escritos: el de la frustración. Todo hombre lleno de ideas, con energía suficiente como para acometer y proseguir una tarea por más dura y larga que sea, con la inteligencia necesaria para otear y vislumbrar cambios o persecuciones, con la capacidad necesaria para identificar méritos y rehuir superficialidades, debe caer necesariamente en la frustración cuando las cosas no van por el camino que considera debería ser el apropiado. No es vanidad ni mucho menos, creer que se puede servir en una función a la que se ve acceden a menudo y con facilidad, quienes han dedicado toda una vida al oficio del padrinazgo o, si no, al más cómodo proceder del sometimiento a la rutina, descubridora de complacencias pero enemiga del progreso. No es vanidad, tampoco, creer que se pueden hacer ciertas cosas mejor que otros y no es vanidad, además, sugerir, plantear, proponer, todo en el contexto de una bullente capacidad creativa. Lo grave, es no ser escuchado, no ser tomado en cuenta. Muchas ocasiones le sucedió esto: en el servicio exterior, las más; pero también en la actividad política que realizó donde, repito, las conveniencias personales se imponen a los ideales de un programa que no se cumple; en la administración educativa, donde los profesores caen con facilidad en la prepotencia de saberlo todo y juzgarlo todo con barata suficiencia; en el análisis de la vida nacional, donde la coyuntura, siempre la bendita coyuntura, prima sobre las necesidades a largo plazo del país; y, en fin, en la crítica literaria, cuando el crítico, al exponer su opinión, se atreve a desmitificar, y muchas veces se expone a destruir castillos de papel y personajes de barro.

Dura, muy dura, tiene que haber sido la ruta en la que se empeñó seguir. Lo hacía, cierto es, como mandato de su temperamento, pero si solo esto habría sido el ingrediente, no cabría hablar de mérito perdurable. Me parece que a este rasgo, habría que sumar uno indispensable: el de su apego a las ideas de modernidad. En buena ley, él fue siempre un hombre moderno, tanto porque, al ejemplo de su padre, fue un adelantado en el ejercicio de su oficio de profesor normalista, cuanto porque se servía inteligentemente de las novedades editoriales que frecuentemente caían en sus manos. Fue moderno, además, porque tuvo la suerte de vivir largos periodos en el exterior, sobre todo en Europa, civilización a la que fue afecto y a la que no olvida. La visión europea del mundo, que se resiste a parecerse a la estadounidense, -por lo demás carente de elegancia y tradición-, y que busca afirmar independencia ante las pretensiones hegemónicas de una potencia más bien militar que cultural, es mucho más compatible con su modo de ver las cosas y con los valores de su espíritu.

Es, en cierta forma, un europeo. Y con una europea es que contrae matrimonio, con europeos es que se vincula al menos por parentela política, y es a Europa donde intenta retomar cuando reingresa a la carrera diplomática en los años sesenta. Jamás se le viene en mente valerse de los Estados Unidos, salvo, una vez, por razones estrictamente médicas.

Si su inconformidad debe ser también descubierta en sus convicciones de hombre laico, esto es ya muy difícil pretender sin algunas consideraciones indispensables. Nació y se educó en un Estado laico, en establecimientos laicos sostenidos por la reforma liberal y en planteles de igual naturaleza ejerció la cátedra. O sea que, visto de otro modo, fue más bien parte de un régimen imperante, afín a sus intereses y convicciones. Propio de su ideología, en suma. Nunca le pasó por la mente cambiarse de partido o abanderarse con otras posiciones, en otras palabras, aquello habría significado unirse a la oposición, que en este caso era la odiosa forma clerical de concebir la enseñanza y la existencia humana. En consecuencia, su laicismo debe interpretarse de otra manera: en la forma amplia y libre, sin ataduras, en la que estimaba debía desenvolverse el trabajo y la vida misma de los hombres. Sin miedos, sin las fantasmales restricciones al buen juicio que, en su opinión, eran parte consustancial de la religión, sin cortapisa alguna al entendimiento. La verdadera guerra que en nuestro país, a partir de la revolución liberal y durante varias décadas, acaso al menos cinco, se produjo entre el pensamiento laico y el pensamiento confesional, sobre todo en el campo educativo, lo encontró como un férreo aliado de las primeras fuerzas. Con intrepidez desplegaría todos sus recursos para defender la educación laica y para protegerla de las arremetidas de la reacción. Había sido formado libre y libre quería seguir siendo y libre quería que sean sus alumnos y discípulos. Consideraba a la libertad en la plenitud de su expresión y por eso, como se verá, llevó las cosas más allá de la simple proclama laica. Ocurre, aquí y afuera, que entre lo que se dice y lo que se practica, existen, quierase o no, grandes espacios que vuelven el ideal utopía inalcanzable. Y es ese peligro latente al que combatía con plata y persona y al que concedía la capacidad de aglutinar colegas y compañeros en grupos que, como el de «Cuadernos Pedagógicos», para citar solo un ejemplo, fueron modelo de superación intelectual y perseverancia ideológica.

Es en esta línea de pensamiento, que se debe ubicar la capacidad de educador que caracterizaba a Fernando Chaves. Su padre, como se sabe, fue un maestro formado en la escuela frobeliana y un director de escuela que supo instrumentar algunos de sus métodos. Federico Fröbel, es bueno decirlo, tuvo especial empeño en destacar la necesidad de impulsar en el niño todos los elementos de su capacidad creativa y de revalorizar el papel de la naturaleza en el proceso de aprendizaje. La libertad se imponía como un elemento consustancial a dicho proceso, en el convencimiento que ello permitiría una mejor estructuración del pensamiento sobre la vida, necesario

para abrir la visión y el entendimiento sobre los desafíos que ella imponía. Fröebel y Pestalozzi fueron pilares en un primer acercamiento que Chaves tuvo al campo educativo. Claro que habría que añadir, luego, otro ingrediente indispensable: los efectos de la enseñanza que recibió en el Instituto Normal Juan Montalvo, en la que corrieron, por partes iguales, los ideales sostenidos por una escuela del pensamiento pedagógico que se nutrió de las ideas de J. F. Herbart y los preceptos de un arielismo consciente e innovador, con la advertencia, dicha ya antes, que en la etapa de sus estudios estaba fresca, fresquísima, la ayuda de la primera misión pedagógica alemana, herbartiana por esencia, y estaba presente, además, la figura de un sabio pedagogo e indiscutido intelectual: el doctor Leonidas García, sobre cuya personalidad habría que escribir en algún momento, a fin que no queden en el olvido, como casi siempre, tantas excelentes contribuciones a la vida de nuestra nación por parte de personajes que nada o muy poco hicieron por figurar.

Así que, una casi natural animadversión a curas y a monjas, por un lado, el reflejo condicionado de la figura de su padre como educador, por otro, sumando a esto los años de su educación secundaria, hicieron de él un hombre perfectamente laico en su modo de pensar y de actuar. Laico no exento de pasión ciertamente, como parece era a lo que irremediablemente conducía una etapa de la vida nacional turbulenta y bulliciosa, pasión que, empero, estaba amparada en razones y, más que nada, abundante en experiencias. Esta fase de su vida, junto a la de la creación literaria, es la que le vale el reconocimiento público y el respeto de la sociedad.

¿Qué otros aspectos se podrían destacar en la estructuración de su pensamiento? Tal vez añadiría unos dos o tres, acaso cuatro nada más, dadas las exigencias de cortedad que impone las normas editoriales de la presente colección.

Uno, el de su vida un tanto errante. O, más bien, el del sometimiento a una suerte de destino por calzarse las botas de siete leguas, como él mismo lo afirmará repetidamente en sus escritos, pues paradójicamente, en principio, se confiesa poco atraído por el viaje como tal. Pero ese destino viajero hay que entender de diversos modos y algunos de éstos muy curiosos. Como, por ejemplo, el vaticinio como ingrediente indispensable para el curso de sus viajes: es una gitana la que, en Otavalo y cuando todavía es muchacho, le adivina, digamos así, que será un errante empedernido («todo en tu vida es caminos»), y es una gitana, también, la que en Marsella, en plena segunda guerra mundial, le predice su casi inmediato retorno al Ecuador «aquí tú tan tranquilo... pero si en un mes, o menos, te vas, hombre»). Y no olvidemos, tampoco, la presencia de la bruja, adivinadora en cierto modo, en la gama de personajes importantes de su primera novela.

Otro modo de entender su vida errante está necesariamente en la asfixia envolvente

que le van creando ciertos ambientes. Primero, el de su ciudad natal, en los años de su juventud, en el que le abruman los conflictos y las luchas que, al final de cuentas, habrán tenido la terrible carga de ser cuchicheos de pueblo chico y consiguientemente expuestos a la murmuración aldeana, siempre irritante y fastidiosa. Luego, el de la veleidosa conducta del jefe de Estado que, en 1935, le obligaba a abandonar el país de manos de un buen amigo suyo, diplomático por añadidura. Además, para no alargarme, el carácter de nuestras gentes, las más, envidiosas del mérito ajeno y resentidas por carecerlo, de las que habría que cuidarse, tal como su padre le había advertido en días lejanos: «las gentes perdonan todo, menos que seas inteligente y que parezcas serlo. Ese es un pecado sin absolución.»

La vida en otros países va nutriendo su espíritu en consonancia a su carácter. Están más próximas otras fuentes de conocimiento, más compatibles con su carácter humanista. Puede tomar, de primera mano, casos y cosas de una civilización que aunque desmoronándose a causa de una guerra de proporciones, tiene la virtud, acaso como toda gran tragedia, de rescatar las profundas virtualidades del ser humano, que se despiertan precisamente en momentos de angustia y de extremo desorden. Es esa vida allende la que le devuelve otros espacios de preocupaciones y de sentimientos. El amor, que se le escabullía en su país por mil rendijas, algunas de mero convencionalismo, otras ocultas adrede por innumerables empeños y ocupaciones, florece de improviso, acaso como indispensable necesidad de compañía, acaso, además, como complemento anímico a aquellos nuevos compromisos que su responsabilidad burocrática le exigía. Y además, por añadidura, este intervalo en el exterior, es el que le permite ver a su país desde lejos, en sana perspectiva de acontecimientos, y el que en cierto modo va sosegando su espíritu, tan propenso, como es, a estallar al primer estímulo provocador. Es también el que le permite volver, esta vez sí en serio, a la escritura de sus memorias, las que e van alimentando con extraordinaria rapidez, día a día, por esta necesidad que todo exiliado tiene por consignar en escritura sus experiencias y vivencias. El 19 de agosto de 1938 mecanografía la que será, más o menos, la frase inicial de su diario: «Esto comenzó otra vez. No una sola, sino varias en verdad. La primera hace mucho tiempo. La segunda, hace cuatro años...»

En segundo lugar, otro elemento a considerar es el de su amor filial. Y, más que nada a su padre, porque, cosa evidente, es su padre el reflejo de los valores que más aprecia y de los temores que más le afectan, ambos extrañamente conjugados; es su padre quien impregna con nitidez un sello característico en su personalidad y es a quien recurre para alimentar su nostálgica contemplación de la vida, más que nada en su tarda niñez y en su temprana juventud. Si el padre, en el lecho de muerte le encomienda la suerte de sus hermanos, este mandato lo marca definitivamente y

para toda su vida, no solo como señal de confianza en sus capacidades y en el indispensable ejercicio de éstas sino como necesidad de asumir, con honor, el cumplimiento de sus compromisos.

El padre, su padre, estará en el trasfondo de su vida en todo momento. Al niño, de apenas once años, debe haber trastornado profundamente la larga agonía de su progenitor y este hecho se deposita imborrable en el lago enorme de sus sensibilidades. Si se quiere entender que la traducción de la *Carta al Padre* de Kafka, que, la realiza en los años de su madurez, es un velado homenaje a su padre, esto debería ser necesariamente admitido. Podría decir, como Kafka en dicha carta: «tú eras para mí la medida de todas las cosas». Más aún, el ensayo que escribe como introducción, encierra ciertas claves para entender esa aproximación y ese distanciamiento de su padre, ambos a la vez, propios como son, los dos, del perfecto conocimiento que se puede tener de un semejante, cosa que ocurre tan solo muy pocas veces en ese torbellino que es el profundo pozo de las almas de los hombres, según bella y sugestiva expresión que él mismo la formula en sus memorias. «En el amor a mi padre –escribirá en aquellas- se mezclaban pues la admiración, la veneración, el temor y la seguridad.»

No es fácil afirmar, sin embargo, que las razones que Kafka tuvo para escribir esa conmovedora carta, hubiesen sido exactamente las mismas que movieron a Chaves a incursionar en su trabajo de traductor y ensayista. No parece que eso fuese así. Pero me atrevo a sugerir que algunos rasgos sí existen. Ese ensimismamiento, esa buscada soledad, ese sitio de respetuosa lejanía en el que coloca a su padre, son ejemplos que habría que considerarlos detenidamente. Aquella «indecisión del personaje vacilante, espectador melancólico de su propio lastimero espectáculo» o aquella otra que destaca «ese rasgo masculino de la necesidad íntima de protección», deben ser tomadas no tanto como claves de interpretación del texto kafkiano sino como posibilidades de comprensión del más íntimo sentimiento de nuestro personaje hacia su padre. Pero, en fin, eso podría bucearse más todavía con un buen ingrediente de Sicología que, de otro lado, carezco, pero que, no nos extrañemos, era uno de los campos preferidos de estudio y de lectura de nuestro autor.

Chaves fue escritor antes que nada y muchas veces meditó en sus obligaciones como tal. Unas, en la necesidad de comprender cuál el más conveniente nexo de expresión del pensamiento, a fin de entender y hacerse entender. «El idioma es algo que va y viene, pasa de una mano a otra; para entenderlo tenemos que dar ciertos valores a las palabras, valores limitados que ya no son de nuestra creación, de nuestro dominio; son valores generales. Cuando uno tiene que expresar algo profundo, tiene que tomar esos valores y sublimarlos de tal manera que expresen lo que siente; pero cuando el individuo tiene algo íntimo que decir, el idioma siempre le falla y por esfuerzos que haga, no da resultado.» Otras, en el de desmitificar su papel porque «el escribir es

solamente una actividad más prolongada y menos espontánea que la de aquellos que garrapean en las paredes o aderezan con dificultad cartas sin respuesta...»

Igualmente podría destacarse su inveterado amor al terruño expresado, como dije antes, en sus idas y venidas frecuentes y en calidad de refugio consolador en momento de indecisión sobre el rumbo de su vida. Pero ese afecto también se expresa en la forma como él cree puede asumir su responsabilidad para con su pueblo natal, esto es, escribiendo, y así lo hace en las diversas sugerencias que formula a sus amigos residentes en el pueblo natal, en los planes que presenta al mismo Municipio de Otavalo y, hasta casi el final de sus días, en la contribución generosa al colegio del cual era su patrono.

No se puede concluir un elenco de sus ideas fuerzas si no dejamos un espacio, aunque sea breve, al indio. Habría que rescatar no solo el pensamiento que se traduce a través de su creación literaria que, como es aceptado por todos, le consagra como el iniciador de un género que tiene la virtud de volver los ojos a un drama. En la conferencia que pronuncia en la Universidad Central en 1943, anota varios rumbos para la reivindicación del indígena y expone varias sugerencias para la consagración de sus derechos ciudadanos. No solo será la educación del indio, por cierto, lo que animará, como a muchos, a pensar en un destino mejor para éste. Fiel a sus principios de reforma radical, cree en la organización del indígena, cree en la necesidad de la coincidencia ideológica, cree en el trabajo autónomo. En suma, la vigencia de la protesta pero asentada en una base sólida de convicciones y de propuestas. No será, por eso, ni extraño ni indiferente a la progresiva asunción de conciencia en los indígenas por la promoción de la idea del respeto y defensa de sus derechos, por el reclamo de su vigencia, que va observando se consolida en nuestro país ya en los años noventa, los últimos de su vida.

Y, para concluir, añadiré un elemento más: el de su arisca actitud ante homenajes, loas y bienaventuranzas que el vulgo llamado prosaicamente opinión pública, generalmente dedica a los que se destacan del medio y de la época. Ese rasgo, que hay que recordar nuevamente él mismo lo califica como combinación de modestia y de orgullo, no puede ser entendido sino de dos maneras, cada cual prevaleciente de acuerdo a la óptica como se miren estas cosas, de por sí delicadas. La una, como la de una timidez no bien expresada. Así como ciertas personas son extremadamente hábiles para promocionarse, a veces con descaro y desparpajo, y crearse una especie de proscenio para la infinita contemplación de los demás, otros caen en el extremo de considerar a esta práctica como parte del ridículo proceder de la naturaleza humana que, si nos ponemos a mirar las cosas en serio y con un poco de calma, claro que es así. Y considerando ridículo este proceder, esas personas, que son las

menos, procuran distanciarse de la práctica común con un asomo de orgullo, que molesta y disturba a la generalidad. Pero la otra óptica puede ser ya más profunda y raya en la reflexión, pudorosa si se quiere, de lo fútil de las recompensas en medio de la fragilidad de la vida humana y de sus transitoriedades, filosofía de por medio.

Es allí, en esta extraña combinación de factores, donde debe explicarse que nunca haya hecho nada por merecer recompensas. Ni medallas, ni condecoraciones, ni diplomas siquiera. Y las que obtuvo, que no fueron tantas como sus méritos lo reclamaban, iban a parar al cajón o al baúl, según el caso, y jamás formaban parte de exhibición alguna. Alguna vez, ya al final de sus días, borroneó algunas frases de agradecimiento para alguno de los homenajes que se le tributaron, y al que no acudió para no hacer el ridículo, sería por la edad, sería más bien por su convencimiento interior, frases que leídas por un representante suyo, comenzaban más o menos de este modo: «si habría sabido de antemano que se preparaba este homenaje, no lo habría aceptado».

Pero si este mismo rasgo de personalidad lo analizamos de otra manera, lejos estará de ser catalogado como conducta displicente, ni mucho menos. Creo que le agradaba escuchar reconocimientos a su labor de educador y de administrador, creo que también se complacía al escuchar juicios coincidentes a los suyos en el debate de los grandes temas nacionales. Y esa actitud suya, que la he calificado de arisca, lejana muy lejana estaba de no enternecerse en ciertos homenajes que se le tributaban muy de tarde en tarde, sobre todo si venían de aquellos a los que más quería, los niños, o si provenían de sus mismos coterráneos. Alguna ocasión, se me ha relatado, le afloraron lágrimas en un acto que organizó el colegio rural que lleva su nombre, allá en las cercanías de Otavalo.

La necesidad de ubicar las cosas en su punto, obliga siquiera a una referencia a ciertos cruces de su existencia. El más destacado, aquel con el doctor José María Velasco Ibarra, que le duró toda su vida activa. Disgustado profundamente con él, como dije, renuncia a sus funciones de Director de Estudios en 1935, o sea en la primera administración velasquista. Y si bien, se salva, diré de milagro, de la arremetida que produjo «la gloriosa», y que arrancó en los días precisos en que viajaba nuevamente a Europa para tomar posesión de una nueva representación diplomática, las demás presidencias del doctor Velasco, frenan cualesquiera de sus aspiraciones. En la tercera, que inicia el 1 de septiembre de 1952, las cosas no pueden haberle ido peor: caso alguno hacen los funcionarios de la época, entre los cuales había más de un enemigo solapado y muchos resentidos, a su legítimo derecho de reincorporación al servicio exterior, tanto más si había sido declarado en comisión de servicios cuando desempeñaba las funciones de Ministro de Educación Pública.

Pero las discrepancias con Velasco Ibarra habría que analizarlas, más bien, a la luz de los caracteres de cada uno de ambos personajes. Creo entender que fueron personalidades muy semejantes en varias cosas, no en todas, es verdad: semejantes en su radicalidad—por ejemplo—, semejantes en su escrupulosa honestidad—además—. Semejantes en su capacidad de explotar de repente ante una provocación—por fin—, y de esta semejanza, se producirían, como es fácilmente entendible, choques inevitables. No se estaban en medias tintas en defender cada uno sus propios puntos de vista y en morigerar sus actitudes. Y, claro, ¿cómo podían entenderse? Había aversión evidente entre los dos y al menos comprobada documentalmente en el caso de Chaves, ya en el campo de la política, en la que francamente se colocó en la oposición al velasquismo, ya en sus artículos en la prensa, en los que nunca miró con buenos ojos las veleidades del connotado político y muchos de sus propósitos administrativos.

Otro cruce importantísimo es el que se produce con Moisés Sáenz, cruce que siempre le significarán bienandanzas. Sus dos viajes a México, la posibilidad de poder apreciar su cultura y sus experiencias pedagógicas e, inclusive, un amor que a la postre se frustra, son una consecuencia de esta relación. La muerte prematura de Sáenz, ocurrida impensadamente el 24 de octubre de 1941, en Lima, cuando Chaves estaba ya en Portugal, le priva de un contacto y un apoyo inestimable.

Un cruce que también debe marcarse es el que se produce con Gonzalo Abad Grijalva. Abad fue parte del grupo de jóvenes profesionales que conformaron «Cuadernos Pedagógicos» y que recibieron de Chaves una buena dosis de optimismo y de fe en el trabajo y en esa calidad, reclama al maestro por su ausencia intempestiva a México luego de su salida de la Dirección de Estudios de Pichincha. De otra parte, es Abad mismo el que le ayuda a ingresar y a reingresar a su carrera diplomática y el que trata, a veces en vano, de calmarle en los arranques y disgustos, que la diaria vida administrativa del servicio exterior provocan en su ánimo y en su voluntad.

Hay que admitir, para ahora sí poner punto final a estas apreciaciones, que Chaves fue dueño de un sugestivo estilo en sus escritos. No sé por qué su calidad de estilista no es también materia de análisis en la historia y crítica literarias del Ecuador. Estilo fuerte, preciso, claro, ¿para qué pedir más?

De todo este panorama de ideas y actitudes, bosquejado apenas, surge una conclusión evidente. Fernando Chaves fue, en el fondo, un solitario. Mas esa soledad hay que comprenderla, primero, como resultado de un sano ejercicio de independencia. Independencia de criterio, independencia de juicio, independencia de actitud. Por

algo, con razón se ha dicho que el precio de la independencia es la soledad, «la beneficiosa soledad que sedimenta los posos del alma y decanta los humores, los temores y las inclinaciones...» Y hay mucha razón en ello.

Hay que comprender su soledad, además, como un esfuerzo consciente del distanciamiento, el cual, a su vez, se puede explicar en otras razones más complejas. Eso de sentirse apartado de la crítica juiciosa e inteligente, debe haberle molestado mucho. Eso de que ciertos analistas hayan juzgado las razones del porqué su literatura se quedó allí, a medias en el camino de la protesta social, le disturbó hasta el final. Pero su lejanía deliberada debe entenderse, también, como una especie de rechazo y de sosiego; lo uno, por la serie de absurdos y superficialidades, que su espíritu fino y ciertamente crítico, crítico en el real sentido de la palabra, habrá rehuido con desdén; lo otro, como esa necesidad casi exigente, que envuelve a los seres superiores, ya al final de la existencia, a abrirse un espacio en ellos mismos para sumirse en las interrogaciones sin respuesta sobre lo que somos y lo que seremos al final de los tiempos.

En fin, no cabe duda, que una necesaria articulación de sus ideas y de su pensamiento podría identificarse con un norte: ser uno mismo, tratar de aceptarse a como uno es, no arrepentirse ni de lo hecho ni de lo dicho; y ser, hasta el final, consecuente con sus ideas de viejo cuño. Y esta actitud rebelde e iconoclasta si se quiere, la mantuvo hasta el final. Y este es su mérito.

III Selección de escritos

Una muy somera explicación de los criterios que informaron la selección de escritos de Fernando Chaves, materia de estos dos volúmenes de la Colección *Otavallo en la Historia*, parte de una opinión manifestada por Fernando Chaves en 1957 cuando hiciera un trabajo de recopilación de escritos pedagógicos para el número 47 de la *Revista Ecuatoriana de Educación*: «toda selección –dijo en aquella oportunidad– comporta una aceptación y una exclusión.»

En cierto modo, esos mismos criterios se han seguido para conformar estos dos volúmenes. De una parte, aceptar lo que podría decirse es el núcleo de su pensamiento y, de otra, excluir varios materiales importantes solo por las infaltables razones de espacio, que, en este caso, no pueden considerarse un pretexto ni mucho menos.

Los materiales aceptados han sido divididos en secciones, según se podrá apreciar de los índices correspondientes. Si bien es cierto que podría criticarse esta división y más todavía los títulos asignados a sus partes, es posible aceptar que aquella es una metodología simplemente y que lo que en realidad importa es el pensamiento que se traduce en cada una de dichas partes.

El Instituto Otavaleño de Antropología, editor de esta colección, pensó, en un primer momento, asignar un solo volumen, el sexagésimo, a los escritos de Fernando Chaves. Otro, el quincuagésimo tercero, habría estado dedicado a *La Embrujada*, su primera novela, aunque también escuché que podría tratarse de *Escombros*. Un cambio de planes, hecho mientras este trabajo de selección proseguía, ha permitido que se pueda incrementar a dos volúmenes el espacio asignado en la colección para este autor. Esta es una suerte realmente.

Chaves publicó en vida muy pocos libros si se considera el conjunto de su producción intelectual. Como ya se ha anotado, tenía mucha reticencia a publicar, rasgo que se acentuó a partir del vacío que se produjo en 1959, a raíz de la publicación de *Escombros*. Después de la edición de sus dos primeras novelas, la una en 1923 y la otra en 1927, y de sus *Ideas sobre la posición actual de la Pedagogía*, en 1933, se marca un gran paréntesis hasta 1954 en que vuelven a editarse, esta vez juntas, las novelas antes mencionadas. En 1955 publica *Oscuridad y Extrañeza* con su célebre traducción de la *Carta al Padre de Kafka* y, como queda dicho, en 1958 *Escombros*. De allí, hasta 1990, año en el cual el Banco Central publica la primera de sus obras inéditas, median nada menos que 32 años.

Algo más prolíficas son sus publicaciones en revistas. Esto se puede explicar por dos motivos. El primero, el auge considerable de las revistas en los años de su producción intelectual. El segundo, su misma calidad de editor empedernido de tal tipo de publicaciones. Como se anotó en este estudio, fue un verdadero promotor de revistas y acaso tres sean las que reciben un mayor aporte suyo: *Cuadernos Pedagógicos* en 1933, la *Revista Ecuatoriana de Educación* desde 1955 y hasta 1961 y *Correo Diplomático* que, como se ha dicho, es idea suya que la debe mantener durante 17 números, ya en su *tarda ancianidad*. De estas tres revistas se han extraído algunos ensayos, sobre todo de la segunda de ellas, donde se observa el tratamiento sistemático de algunos temas sobre la educación ecuatoriana, muchos de los cuales no han perdido actualidad, todo lo contrario. Es de lamentar, eso sí, que no se haya podido encontrar la colección completa de *Cuadernos Pedagógicos*, la que recuerdo poseía Gonzalo Rubio Orbe y que ahora no tiene ni la Biblioteca Ecuatoriana Aurelio Espinosa Pólit, que es la más completa del país.

Por supuesto que Fernando Chaves escribió también en diarios. Primero lo hizo en *El Día* de Ricardo Jaramillo. Luego, por poco tiempo y en pocas veces, en la primera época de *La Tierra*, el órgano del Partido Socialista Ecuatoriano. Y, por fin, en *El Comercio* donde desempeñó funciones de editorialista y redactor en dos oportunidades y durante algunos años. Muchos de los artículos escritos para *El Día* entre 1934 y 1936, no todos, aparecen ya editados en el libro *Crónica de mi viaje a*

México publicado por el Banco Central del Ecuador en 1992. La presente selección de escritos solo otorga espacio para artículos periodísticos en forma excepcional. Y ello se debe tanto a las limitaciones de espacio como a la idea, que ya flota, de dedicar tiempo a una larga investigación para recopilar todos o la mayor parte de esos artículos y publicarlos en varios tomos. Por iniciativa de su sobrino, don Fernando Chaves Dávila, de hecho ya se está trabajando en un primer tomo que contendría los artículos aparecidos en *El Día*.

Esta selección de escritos contiene, la novela corta *La Embrujada*, que ha merecido ciertamente varias ediciones, las últimas de las cuales las ha hecho, con sana intención pedagógica, LIBRESA en su colección Antares, que ha merecido más de un reconocimiento público por su calidad y sus propósitos. Es evidente que una selección de escritos de Fernando Chaves quedaría trunca sin la nueva publicación de este libro, pese a que su contenido es hartamente conocido, sobre todo en los últimos tiempos precisamente por la labor de LIBRESA.

Pero habría que aclarar que, a más de este libro y de dos capítulos de sus memorias, publicadas por el Banco central del Ecuador en 1994 bajo el título de *Diario sin fechas*, nada más consta en esta selección de textos que podría encontrarse con facilidad en librerías e incluso en bibliotecas en los actuales momentos. Se ha preferido, entonces, recopilar y seleccionar material bastante desconocido y de ninguna localización en librerías, ni siquiera en las pocas, muy pocas, de libros usados que existen en nuestro medio.

De otra parte, en esta selección aparecen, por primera vez, ciertos escritos que reposaban en los archivos personales del autor. Empero, habría que aclarar que, la posibilidad de acercarse a ellos y de revisarlos, ha sido parcial, pues muchos se encuentran embodegados, junto a los muebles y enseres que pertenecieron a su residencia. Sin embargo de lo anotado, algunas carpetas de dicho archivo han servido para precisar fechas y aclarar hechos, si no para alimentar esta selección de escritos. Queda aquí también latente la posibilidad de publicar algunos de estos inéditos que, por ahora, son como una especie de tesoro enterrado, sobre todo en lo que concierne a la correspondencia, la cual, por lo que se ha podido vislumbrar por lo existente, encierra novedad pero, más que nada, calidad, a más de que, como suele suceder en estos casos, se volvería en fuente documental de inapreciable valor para el conocimiento de la vida cultural de nuestro país en el siglo veinte.

Cada uno de los escritos seleccionados tiene, al inicio de cada sección, la fuente de la que se los ha extraído. Habría sido bueno, y lo lamento de veras, el poder anotar algunos de ellos, a fin de completar información. Mas, el tiempo realmente corto asignado por los editores para la preparación de estos libros, comprensible de otro

lado, ha impedido este propósito.

Para un repaso de la bibliografía de Fernando Chaves es posible acceder a varias fuentes pero la más completa de ellas es, sin duda la del Tomo VI del Diccionario Bibliográfico Ecuatoriano, inspirado por el padre Julián Bravo s.j., trabajado por Wilson Vega y publicado por la Biblioteca Ecuatoriana Aurelio Espinosa Pólit en 1977 y que también se encuentra disponible en librerías.

A fin de ubicar con mayor claridad los hitos sobresalientes de la vida del autor, a este breve estudio introductorio he añadido una cronología, con la novedad de que ella se encuentra complementada, en letra cursiva, por citas de los varios escritos de Chaves, publicados o inéditos, y que nos van guiando en las apreciaciones que el autor tuvo en su momento sobre tales hechos, cosa que puede ser útil para quien, con mayores capacidades y preparación, emprenda en la indispensable tarea de revalorizar a uno de los escritores más importantes de nuestro país de los últimos tiempos.

Índice No. 59

Estudio Introductorio
Cronología de Fernando Chaves

EDUCADOR

¿Cuál es la forma de educación cívica de la niñez de la familia ecuatoriana?
Circular sobre fiestas escolares
Circular sobre la aplicación de los nuevos métodos
Diálogo de generaciones
Plan de acción educativa
Informe a la Nación en su calidad de Ministro de Educación Pública
Los programas de estudios
La Inspección: una función que se renueva
Planes para la educación popular
Tareas y obligaciones magisteriales
El proceso educativo
Oficio de escribir y ejercicio de leer

UNIVERSITARIO

Misión de la universidad
Lo que pasa y lo que no pasa en la universidad

PUBLICISTA

En busca de valores
 El libro de Luis Pallares Zaldumbide
 Los síntomas de una crisis
 La disciplina
 Los obstáculos mayores
 Sobre libros y bibliotecas
 Vías de sustitución
 Una golondrina no hace verano
 Los rostros de las encuestas
 Los asesinos del bosque

Índice No. 60

NARRADOR

La Embrujada

FILÓSOFO

Oscuridad y Extrañeza (A propósito de Franz Kafka)
 Velocidad de la muerte (monólogos al borde)
 Biografía de la verdad
 Diatriba contra la constancia

INTERNACIONALISTA

En esta oscura noche
 Las cosas que duran

CRÍTICO LITERARIO

Virtualidades de la biografía
 Reflexiones sobre la expresión literaria
 Los talleres y el taller

SOCIÓLOGO

Notas sobre nuestra más grande cuestión

POLEMISTA

Sobre el prestigio

PANEGIRISTA

Evocación de Carlos Zambrano
 Diego Rivera: el irreverente y el reivindicador
 Del ejemplo como vida. A propósito de Julio Endara

Elogio de la Serenidad
El Maestro Lombardo
La obsesión del trabajo bien hecho
El Padre José María Vargas

EDITOR

Palabras para esta entrega: En el año dos de Correo Diplomático

... Y SU TERRUÑO

El salto de Peguche
El único camino
Revitalización de la provincia

N° 56 PENSAMIENTO OTAVALEÑO *ANÁLISIS DE DOS GRUPOS OTAVALEÑOS Y SUS APORTES AL QUEHACER CULTURAL DEL SIGLO XX*

Autor: Plutarco Cisneros Andrade

Editores: Universidad de Otavalo & Instituto Otavaleño de Antropología
Otavalo, 2007 (en prensa)

Presentación

Reconstruir el pasado para construir el presente

Como muy bien señala Plutarco Cisneros Andrade en su introducción a este libro, la porción de eventos históricos que se analizan en él no podrá estar exenta de subjetividad. La historia, ella misma, es decir, el cúmulo de acontecimientos producidos en un tiempo y un espacio, no es un proceso unitario, los sucesos no ocurren en una dirección sino en muchas y de diversa naturaleza, y mucho menos contienen en sí mismos una lógica o un propósito. Ni el tiempo ni el espacio poseen por sí sentido, a menos que un sujeto pensante los ordene, los disponga bajo un sistema de referencias que construye el sujeto en su propia mente. Ya desde la propia selección de un período determinado, un espacio y un tipo de acontecimientos, opera la subjetividad del historiador. En este sentido, creo, puede afirmarse que no existe una forma de historiar que no sea fragmentaria, subjetiva, y por ello discrepo del autor de este estudio en el sentido de no categorizarlo como histórico.

El relato histórico, así como el literario, puede obedecer, eso sí, a ciertas perspectivas

formales que determinan su clasificación como más o menos objetivo, según determinados códigos elaborados por el sistema crítico. El narrador puede colocarse en posiciones distintas y asumir formalmente mayor o menor grado de distancia sobre lo narrado. A partir de este código se construyen *voces* diferentes: en un extremo encontramos al narrador ausente, que no es parte de la historia, omnisciente, que todo lo sabe, pues planea por encima de la historia como un dios, que conoce tanto lo verificable a través de la percepción, de los gestos, de las palabras del personaje, como aquello que nadie que fuera humano podría conocer, es decir, los pensamientos y emociones en el interior de un personaje nunca develados por él. En el otro extremo encontramos a un narrador más humano, que está inmerso en la historia, y cuyo conocimiento de la totalidad es necesariamente fragmentario, pues estando en relación con los otros, no puede conocer sino aquello que los otros le muestran.

En el presente libro se nos relatan ciertos acontecimientos de la historia de Otavalo, más que acontecimientos, fenómenos, desde la perspectiva de la actividad cultural, en dos períodos de tiempo (primera y segunda mitad del siglo XX). Se trata de de la producción y pensamiento del grupo llamado Vasconcelos y de la tarea cultural intelectual llevada a cabo por el Instituto Otavaleño de Antropología, respectivamente. Ya la selección temporal, espacial y temática no dejan duda acerca de un interés de su autor que no implica *per se*, superioridad o valor de verdad respecto de otras muchas posibles escogitaciones. Y en coherencia con este principio, tampoco su autor pretende imponer una visión o descartar otros asuntos por irrelevantes.

Pero sí es, creo, su intención contribuir a la reconstrucción histórica de la memoria, de la conciencia, aun fragmentaria, para afirmar la identidad otavaleña, este *modo particular de ser en este particular espacio*. Y su perspectiva es la suya: la del narrador fuera de la historia en la primera parte del estudio, el referente a los Vasconcelos, como él los llama, una tercera persona limitada por el afecto y por su propia valoración de lo acaecido a partir de la lectura documental, y un narrador-actor- protagonista, parte de la historia, en la segunda mitad, que relata lo vivido y producido por el IOA, cuya limitación gnoseológica procede de su propia condición humana.

Pero el propio autor, reconociendo la fragmentariedad de su relato, fragmentariedad que puede ser incluso conflictiva en el seno de una comunidad como la otavaleña, que por historia y cultura es diversa y no unitaria, lo que hace no es sino provocar el estímulo de la conciencia para sumergirse en el estudio de los otros fragmentos, de los *otros modos particulares de ser en el mismo particular espacio*. Si hay alguna *verdad histórica*, tal vez esta sea la suma de subjetividades, que ofreciéndonos todas las perspectivas posibles nos cuente la historia completa. Por ello, hay que leer esta con detenimiento, leer lo que se dice, leer lo que se calla, y unir a esta otras

reconstrucciones posibles para que confluyan los hilos argumentales en una historia que abarque una totalidad incluyente en la que todos nos podamos mirar y reconocer para construir el presente.

Otavalo no podía seguir ignorando una parte constitutiva de su propia identidad histórica. Un grupo de intelectuales, cuya voz fue durante décadas la voz de los sin voz, voz crítica e interpelante, voz constructora de pensamiento, comprometida y renovadora, no debe permanecer en el silencio; un grupo de hombres que jamás dejó de proclamar el amor por su terruño, por su rica diversidad constituyente, aun después de abandonar Otavalo para cumplir responsabilidades en distintos ámbitos del quehacer nacional, no debe seguir siendo ignorado. Porque su sabia indignación, su profundo sentido de pertenencia todavía hoy tienen mucho que enseñarnos.

Tampoco Otavalo puede seguir desconociendo la profunda y rigurosa labor investigativa desarrollada por el Instituto Otavaleño de Antropología, cuyo mérito principal hay que atribuir de principio a fin a Plutarco Cisneros, pues hacerlo sería mutilar su historia, desperdiciar una muy valiosa fuente de autoconocimiento y análisis que contribuiría a construir una imagen integrada e integradora de esta comunidad. El proyecto humano, cultural y social de Otavalo, al que Plutarco ha dedicado su vida toda con una integridad e inteligencia excepcionales, no puede construirse sobre omisiones y silencios. Tendrá que edificarse sobre la transparencia, el conocimiento y el encuentro.

Este estudio es, pues, un acto de justicia, no tanto para los individuos o personalidades, como para un Otavalo que se reconstruye a sí mismo sobre la claridad y el reconocimiento, en sus dos acepciones: volver a conocerse y admitir el valor del otro, de la alteridad, sea esta cual sea, con todas las cartas sobre la mesa.

Elena Francés Herrero

Índice

Introducción

Capítulo I

EL PUEBLO DE NUESTROS ANCESTROS

Capítulo II

EL SIGLO XX: CICLOS HISTÓRICOS Y PRINCIPALES GRUPOS CULTURALES OTAVALEÑOS

Capítulo III

LA FORMACIÓN DE LA LIGA DE CULTURA JOSÉ VASCONCELOS

Capítulo IV

EL PENSAMIENTO DE LOS VASCONCELOS Y SU INFLUENCIA EN EL PRIMER CICLO HISTÓRICO

Capítulo V

LA LIGA VASCONCELOS Y SU HUELLA EN LO LOCAL

Capítulo VI

EL CAMINO RECORRIDO POR LOS VASCONCELOS

Capítulo VII

EL INSTITUTO OTAVALEÑO DE ANTROPOLOGÍA
EL GRUPO IOA

Capítulo VIII

EL IOA: CRECIMIENTO INSTITUCIONAL

Capítulo IX

LOS DEL IOA Y SU HUELLA EN LO LOCAL

Capítulo X

LA UNIVERSIDAD DE OTAVALO

Capítulo XI

EL CAMINO RECORRIDO POR EL IOA

BIBLIOGRAFÍA





BREVIARIOS DE CULTURA



FOLKLORE LITERARIO DEL ÁREA DE OTAVALO (I TOMO)

Autor: Plutarco Cisneros A.

Editor: Instituto Otavaleño de Antropología

Impresión: Talleres Gráficos del Instituto Otavaleño de Antropología

166 páginas

Otavaló, 1974.

Nota preliminar

Folklore Literario del Área de Otavaló representa el primer aporte que hace el Departamento de Folklore del Instituto Otavaleño de Antropología, esperando en el menos tiempo posible hacer la segunda entrega.

En el plan de trabajo del libro se agrupan tres capítulos: un primero relativo a la teoría de la Investigación Folklórica esbozado con el propósito de llenar un vacío en nuestro medio y orientado en función pedagógica para la cátedra de Folklore. Los dos siguientes representan el trabajo de campo realizado conjuntamente con los alumnos del curso de Folklore. En ellos se ha recolectado muestras del Folklore Poético en las series de coplas y adivinanzas.

El autor cumple con el grato deber de consignar su agradecimiento para sus alumnos. Ellos son los que han aportado con lo interesante que pueda tener la obras esperando en que, en fechas próximas se constituyan en los investigadores del Folklore que tanto necesitamos.

Contenido

Primera parte:

LA INVESTIGACIÓN FOLKLÓRICA

Segunda parte:

COPLAS DEL FOLKLORE LITERARIO DEL ÁREA DE OTAVALO

DATOS TÉCNICOS DE LAS INVESTIGACIONES

Tercera parte:

ADIVINANZAS DEL FOLKLORE LITERARIO DEL ÁREA DE OTAVALO

DATOS TÉCNICOS DE LAS INVESTIGACIONES

FOLKLORE LITERARIO DEL ÁREA DE OTAVALO (II TOMO)

Autor: Plutarco Cisneros A.

Editor: Instituto Otavaleño de Antropología

Impresión: Talleres Gráficos del Instituto Otavaleño de Antropología

156 páginas

Otavaló, 1974

Nota preliminar

Hace aproximadamente un año, a través del Departamento de Folklore, el Instituto Otavaleño de Antropología hizo la primera entrega del folklore literario de Otavaló.

El esquema general en torno del folklore corresponde a la necesidad de incentivar las investigaciones de campo con miras a una recolección de los hechos folklóricos geográficamente localizables en el área de Otavaló. La tarea ha sido dividida en dos aspectos totalmente definidos: uno primero de recolección propiamente dicha o mejor, una tarea de campo, y un segundo de clasificación e interpretación, o mejor, una labor de gabinete.

Es inútil buscar adelantarse a los segundos mientras no se hagan estudios exhaustivos de lo primero. No creo conveniente apresurar cuadros generales clasificatorios basándose solamente en escasas muestras. El Folklore no es una ciencia que, por relativamente joven, haya de buscar su madurez y amplitud partiendo de las individuales concepciones de sus estudiosos. Es necesario que en un momento dado —y ojalá no sea a muy largo plazo— se normen concepciones genéricas sobre la materia, con validez universal pero, innegablemente, para ello es menester hacer una aportación sólida de investigaciones.

En el caso concreto que nos ocupa, la etapa clasificatoria debe venir sin atolondramiento ni vanidosa función de creador de teorías. En nuestro país en que tan poco han avanzado los estudios folklóricos es más importante la labor de campo que la de gabinete. Esta vendrá como lógica consecuencia de un mesurado y serio trabajo de recolección. La intención de estos trabajos es esa. Sus resultados no los podemos evaluar ya, toda vez que recién los iniciamos.

Recalco la necesidad de que nos rodeemos de investigadores sociales buscándolos en los planteles educativos. La importancia del estudio del Folklore no es tanto por la satisfacción de aprender un nuevo conjunto de esquemas en el campo de las ciencias sociales cuanto por la razón de que los hechos folklóricos, por ser esencia, sabiduría del pueblo, son realidades con vivencia actual y, en cualquier aspecto que se tomen,

se hará mucho bien al país cuando comencemos conociendo a nuestro pueblo.

Estamos, por el natural proceso de evolución y desarrollo, abocados a asumir e integrarnos en procesos de aculturaciones. En tanto mayor sea la solidez de nuestra propia cultura, menor ha de ser el impacto exterior y más definida será la esencia de nuestra personalidad, germen y sustancia de la personalidad de la patria. Y, como corolario a todo lo anterior, la deducción de que sean los jóvenes quienes se interesen por esta sabiduría del pueblo –que no es otra cosa el folklore– del que forman parte, en sus caracteres positivos y negativos para que, conociendo de raíz las dolencias puedan dar y aplicar diagnóstico y terapéutica acertada.

Contenido

Primera parte:

INFORME PRELIMINAR DE LA FIESTA DE SAN LUIS EN SAN RAFAEL

Segunda parte:

COPLAS DEL FOLKLORE LITERARIO DEL ÁREA DE OTAVALO
DATOS TÉCNICOS DE LAS INVESTIGACIONES

Tercera parte:

ADIVINANZAS DEL FOLKLORE LITERARIO DEL ÁREA DE OTAVALO
DATOS TÉCNICOS DE LAS INVESTIGACIONES.

TENENCIA DE LA TIERRA EN LAS COMUNAS LEGALMENTE CONSTITUIDAS

Autor: Byron Jaramillo Cisneros

Editor: Instituto Otavaleño de Antropología

Impresión: Talleres Gráficos del Instituto Otavaleño de Antropología

158 páginas

Otavaló, 1974

Introducción

El Ecuador es uno de los países latinoamericanos que acusa un alto porcentaje de población campesina, la misma que se halla en proceso de integración a la vida activa nacional. La gente del campo que en su mayoría está dedicada a labores agrícolas, se halla organizada principalmente en dos clases de entidades muy bien diferenciadas: los

sindicatos agrarios o agrícolas y las comunidades campesinas.

Las centrales sindicales y la Federación Ecuatoriana de Indios, han organizado al campesino de la hacienda en sindicatos, con el objeto de conciliar el capital y el trabajo y, por qué no decirlo, someterlo a la acción laboral y política que realizan. El Código del Trabajo es la norma legal que regula la organización y funcionamiento de estas entidades.

El sindicato agrario en nuestro medio, en su generalidad, se ha constituido en instrumento político, salvo muy pocas excepciones.

El otro tipo de organización, la comuna campesina, hasta hoy libre de dirigentes sindicales y políticos, constituye el elemento más numeroso y mejor organizado en el ambiente rural del país.

Las comunas se rigen por la Ley de Organización y Régimen de las Comunas, el Estatuto Jurídico de las Comunidades Campesinas y gozan de la protección del Estado que la ejerce por medio del Ministerio de Previsión Social y Trabajo.

Las comunidades son personas jurídicas que procuran el bien común de sus asociados, con autoridades formales y tradicionales.

En el desarrollo de esta tesis, analizaremos diversas fases de la vida de las comunas legalmente constituidas, es decir de aquellas que se han acogido a las disposiciones de la ley de la materia y se hallan inscritas en el Registro General de Comunidades Campesinas que lleva el Ministerio de Previsión Social y Trabajo.

Un análisis serio de las tres etapas históricas por las cuales ha pasado el país, permitirá el conocimiento de las organizaciones precolombinas, coloniales y republicanas que originaron la constitución de las comunas en la forma que hoy se concibe. Observaremos que las comunas han sido objeto de evolución histórica manteniendo un mismo denominador, el uso y goce de las tierras que poseen en común.

Dentro de la vida comunal se describirá la tenencia de la tierra que motiva esta tesis. El amor a la tierra, desde épocas precolombinas, especialmente por nuestro indio, ha constituido una verdadera devoción: la tierra ve nacer, ella prodiga frutos para la manutención y a ella se vuelve para el descanso eterno.

Este amor por la tierra muchas veces origina litigios y para su resolución, en el caso de tratarse de bienes comunales, se ha establecido un procedimiento especial, el contenido en el Estatuto Jurídico de las Comunidades Campesinas. En consideración

que esta clase de controversias deben ser resueltas con verdadera urgencia, se ha establecido un procedimiento sumarísimo que le da al juez la oportunidad de apreciar a más de los fundamentos de orden legal, las necesidades sociales y de mutua conveniencia de las partes. Revisando los archivos de comunas del Ministerio de Previsión Social, se encuentran casos muy interesantes de este tipo de controversias.

Comprendiendo la verdadera importancia de la población campesina y su necesidad de incorporación a la vida activa nacional, el Estado se ha visto obligado a formular el «Programa Nacional de Desarrollo Rural» que constituye uno de los capítulos más importantes del «Plan Nacional de Desarrollo Económico y Social» que el Ecuador ha puesto en marcha, dando cumplimiento a convenios y tratados internacionales.

El «Programa Nacional de Desarrollo Rural» que se aplica actualmente sólo en el Callejón Interandino, permitirá gradualmente la incorporación del campesino y en especial del indígena, a la vida económica y cultural del país.

La aplicación de la Ley de Reforma Agraria y Colonización, ha producido en el medio rural un cambio socio-económico que adquirirá mayor importancia una vez que sus resultados sean evaluados. La entrega de pequeñas parcelas a huasipungueros, principalmente, ha dado lugar a la constitución de comunidades informales, en especial en aquellos predios donde se respeta la posesión tradicional de los huasipungos, adjudicándoles los mismos que durante años y quizá por generaciones, habían venido usufructuando y se conserva cierta forma de explotación común de la tierra.

Esto constituye un breve bosquejo del tema que nos proponemos abordar. A más de citar a varios autores nacionales y extranjeros, se intercalarán experiencias adquiridas en calidad de funcionario del Departamento de Asuntos Sociales y Campesinos del Ministerio de Previsión Social así como en el Curso Interamericano de Adiestramiento de Personal en Desarrollo de Comunidades Indígenas y una serie de cursos de ciencias sociales aplicadas a los que he tenido la oportunidad de concurrir.

Índice

0.0 Introducción

1.0 Las comunidades indígenas en el Ecuador, su evolución histórica

1.1 Tierra de excepción, realengas, cofradías, que vacaban. Los ejidos

2.0 Situación actual de las comunidades indígenas

2.1 Comunas legalmente constituidas

2.2 Localización y cuantificación

3.0 Régimen de tenencia de la tierra en comunidades indígenas

3.1 Tierras de labranza

3.2 Tierras comunales

- 3.3 Ventajas y desventajas del sistema de utilización de las tierras
- 4.0 Procedimiento en los reclamos acerca de la tenencia de la tierra en las comunidades indígenas
 - 4.1 Disposiciones legales
 - 4.2 Estadísticas

CORREGIDORES DE OTAVALO

Autor: Víctor Alejandro Jaramillo Pérez

Editor: Instituto Otavaleño de Antropología

Impresión: Talleres Gráficos del Instituto Otavaleño de Antropología

209 páginas

Otavaló, 1974

Enorme satisfacción y honra causa al Instituto Otavaleño de Antropología la publicación del Breviario de Cultura de la serie *Historia* titulado: «CORREGIDORES DE OTAVALO» cuyo autor es Dn. Víctor Alejandro Jaramillo P., valor intelectual de nuestra tierra a la que, consecuencia de su querencia, ha dedicado largos años de erudita investigación, para ir redescubriendo aspectos de la vivencia que en siglos pasados tuviera el pueblo del Sarance como aporte sustancial para una inmediata tarea de, esta sí ojalá, auténtica interpretación cultural del hombre que pobló estas áreas geográficas.

La entidad agradece al autor, Miembro de Honor del IOA, por haberle permitido hacer efectiva esta primera edición de su obra.

Plutarco Cisneros A.

Contenido

Capítulo I

ABORÍGENES PREHISTÓRICOS DE OTAVALO

Capítulo II

TRANSFORMACIÓN CULTURAL EN EL ÁREA DE OTAVALO

Capítulo III

ANTECEDENTES DETERMINANTES DE LA FUNDACIÓN DEL CORREGIMIENTO

Capítulo IV

CORREGIMIENTO Y CORREGIDORES.



REVISTA SARANCE



NÚMERO 1

Octubre de 1975

Plutarco Cisneros Andrade

Director Ejecutivo del IOA

Carlos Benavides Vega

Director del Departamento de Difusión Cultural

Editorial

Alguien ha dicho ya que cada punto de llegada es un punto de partida. A ocho años de la fundación del Instituto Otavaleño de Antropología, el 31 de Octubre de 1974 habíamos arribado a un primer puerto con la inauguración oficial de su propia sede, construida tenaz y silenciosamente durante ese período inicial de nuestra particular historia. Hoy, 31 de Octubre de 1975, zarpamos nuevamente con la edición del primer número de nuestra Revista cuya aparición marca el comienzo de una segunda etapa en la vida del Instituto: la etapa en que, luego de haber hecho acopio de fuerzas y recursos, empezamos a difundir a través de este órgano lo que vamos aprendiendo sobre nosotros mismos.

Hacerse a la mar –los marineros viejos bien lo saben- es al mismo tiempo fascinante y sobrecogedor. El horizonte móvil y cambiante, no surcado por caminos visibles, guarda en cambio en referencias estelares el registro de experiencias pasadas, unas veces con la sombra de engaños ciertos o ficticios, otras veces magnificadas por el triunfo real o ilusorio. Hacerse a la mar es, por eso, aceptar el reto de lo incierto, apostar sobre un futuro que no ofrece prenda ni garantía verosímil: es caer en la fascinación del riesgo y en sobrecogimiento de lo desconocido. Pero es, justamente, una manera de vivir la vida a plenitud.

Esta Revista llevará el registro de nuestra específica aventura, inscrita desde luego en la otra, en la gran aventura de nuestra patria chica, el Ecuador, y de la patria grande americana. No será, por consiguiente, una Revista científica especializada – el futuro nos obligará a hacerlas a medida que se desarrollen las investigaciones que por hoy están todavía en su comienzo-, sino una Revista de carácter vario, apta para recoger los eventos que merecen guardarse, lo mismo que para divulgar especulaciones y teorías, comentarios e hipótesis diversas, sin discriminaciones de ningún género, como no sean las que imponen nuestra constante exigencia de calidad y nuestra no menos constante honestidad intelectual.

Una Revista, en fin, capaz de difundir lo mejor de nosotros: en sus páginas hallarán cabida el ensayo que propone audaces y novedosos puntos de vista para interpretar el complejo fenómeno humano, el estudio documentado que pone de relieve nuevos

hechos y realidades que emergen a la luz por obra de la investigación, el texto que se propone divulgar conocimientos ya adquiridos, y, en fin, el comentario que tiende a fijar y convertir en patrimonio lo que de otro modo es evento fugaz y perecedero.

Calidad y honradez: tales son, por lo demás, los principios que han guiado siempre la acción de quienes hemos hecho el Instituto Otavaleño de Antropología. Identificados por estos principios y por comunes propósitos más que por circunstanciales razones de edad, somos, sin embargo, hijos de nuestro tiempo. Como tales, supimos desde el principio que ir hacia el futuro es asumir responsabilidades y aceptar consecuencias. Lo hemos hecho sin necesidad de complicidades con pequeñas *banderías*, sino con la mayor fidelidad a los principios que nos guían. Aquí está ahora nuestra obra, con sus aciertos y sus hierros, pero limpia y no dispuesta a cejar en su empeño de contribuir, desde su propio ángulo, en la creación del porvenir.

Contenido:

EDITORIAL

Hernán Rodríguez Castelo Qué es el estructuralismo

César Vásquez Fuller El culto fálico

Carlos J. Córdova Ecuatorianismos y colombianismos

Carlos Coba Andrade Constantes y variantes en la etnomúsica y folklore

Documentos

PRIMERA REUNIÓN ANDINA DE ANTROPOLOGÍA

Algunos problemas de la investigación antropológica en el Área Andina.
(Ponencia presentada por el IOA)

-Otavalo: hombres, hechos, ideas-

Bibliografía científica de Otavalo

Víctor Alejandro Jaramillo Jacinto Collahuazo

Vida Institucional

Jorge Salvador Lara El Instituto Otavaleño de Antropología

Diálogo con la juventud

Actividades del IOA

NÚMERO 2

Febrero de 1976

Plutarco Cisneros Andrade

Director Ejecutivo IOA

Carlos Benavides Vega

Director del Departamento de Difusión Cultural

Editorial

Poco, muy poco desarrollo ha tenido la investigación científica en América Latina. Sin desconocer el esfuerzo monumental que representa el trabajo realizado en los últimos lustros por la nueva generación de intelectuales dedicados especialmente a las ciencias del hombre, es preciso reconocer que aun estamos muy lejos de satisfacer nuestras necesidades de investigación. Sometidos a una situación de dependencia económica y cultural en relación con diversas metrópolis, los países latinoamericanos carecen de las condiciones necesarias para llevar a cabo con alta eficacia las complejas tareas de la ciencia: no solamente que están lejos de disponer de los recursos financieros y tecnológicos que son de todo punto indispensables, sino que incluso padecen de un grave déficit educativo que impide proporcionar a los jóvenes una formación adecuada y capaz de producir futuros investigadores. En lo que toca a las ciencias del hombre, si bien no se precisa el mismo volumen de recursos materiales que requiere la investigación de la naturaleza, ese déficit educativo hace que siga siendo necesario el recurso a centros de formación superior extracontinentales que, desde luego, no ofrecen solamente instrumentos teóricos y metodológicos, sino también orientaciones ideológicas casi siempre condicionantes.

De ahí que, entre los muchos dilemas que configuran la expectativa latinoamericana, hay que contar también éste que se refiere a la investigación y que adquiere todos los caracteres de un círculo vicioso: de una parte, las condiciones estructurales de nuestro Continente no permiten una labor seria y profunda en el campo de las ciencias; de otra, la superación de estas mismas condiciones de atraso y dependencia tornan indispensable la investigación orientada no solo a lograr un mejor y más cabal conocimiento de nuestras específicas realidades, sino también a producir las soluciones que exigen nuestros pueblos.

Este dilema, por su propia naturaleza, debe ser resuelto en forma inmediata, y solo puede serlo si se desenmascara la aparente paradoja. Entre la necesidad de conocer e investigar y la imposibilidad de hacerlo, es preciso decidir: y decidir supone la toma de una postura radical. A nuestro entender, aun considerando las serias limitaciones que en el trabajo científico tenemos por delante, no podemos aceptar

que ellas sean la causa de una imposibilidad absoluta, pues hacerlo significa suscribir las tesis que representan el interés de las metrópolis. Si bien es iluso pretender los refinados niveles de precisión y rigor que han alcanzado los países ricos, nuestro camino tiene otra expectativa: la de lograr, por escalones sucesivos, la posibilidad de entendernos a nosotros mismos de acuerdo a esquemas teóricos que estamos obligados a formular por nuestra propia cuenta. Y en esa tarea, ni más ni menos, está cifrado nuestro destino.

El Instituto Otavaleño de Antropología (que ofrece en este número de su Revista algunos trabajos que dan testimonio de esta orientación) representa, aunque en forma parcial una respuesta al reto que la historia ha lanzado a los pueblos de América Latina. Supuesta su misión de impulsar la investigación científica en un área concreta, y de contribuir por ese medio al conocimiento y solución de nuestros acuciantes problemas, ha preparado un ambicioso programa de investigaciones que, con el concurso de varios becarios extranjeros, está iniciándose en estos días. La presencia de expertos de varias nacionalidades no significa, en nuestro contexto, otro rasgo de dependencia cultural, sino un intento de asimilar críticamente el saber elaborado en otras latitudes, inscribiéndolo en una concepción propia que guarda concordancia con las nuevas y fecundas direcciones abiertas en América por sagaces pioneros de la ciencia social, y que sirve al mismo tiempo como matriz teórica y regulador ético. Esperamos que en los sucesivos números de esta Revista, así como en publicaciones más especializadas, dar a conocer los resultados de este programa que, por lo demás, acaso sea el primero que se realiza en el Ecuador con estas características.

Contenido

EDITORIAL

Estudios y Ensayos

Benjamín Carrión. América dada al diablo

Juan Cueva J. Relaciones interétnicas

Hugo Burgos G. La investigación socio-antropológica actual en el Ecuador

Fernando Tinajero V. LA COLONIZACIÓN COMO PROBLEMA ANTROPOLÓGICO

Jorge Núñez. La estructuración oligárquica

John Stephen Athens. Informe preliminar sobre investigaciones arqueológicas realizadas en la sierra norte del Ecuador

Nicanor Jácome. La tributación indígena en el Ecuador

Documentos*Plutarco Cisneros A. Informe General***Biografías***José A. Montero. Modesto Jaramillo Egas***Vida institucional. Álvaro San Félix**

Homenaje al otavaleño anónimo

NÚMERO 3

Agosto de 1976

Plutarco Cisneros Andrade

Director Ejecutivo IOA

Carlos Benavides Vega

Director del Departamento de Difusión Cultural

Editorial

Nuestra Revista –decíamos en la nota editorial de su primer número- no es ni quiere ser una revista especializada. Si bien es el órgano de expresión de un Instituto consagrado a la investigación científica en el campo de la antropología y sus disciplinas afines, no puede renunciar al ejercicio de una función por demás necesaria en nuestro medio: la de registrar periódicamente el desarrollo del quehacer cultural ecuatoriano, en su más amplio significado.

De ahí que este número de SARANCE, junto a los estudios especializados que se refieren a la investigación arqueológica, etnomusicológica y folklórica, ofrezca en sus páginas valiosos trabajos dedicados a la historia y a la teoría literaria. Trabajos que acaso sorprendan a algunos por su aparente falta de relación con la órbita propia del Instituto Otavaleño de Antropología, pero que justifican su presencia no solo por su calidad –único criterio de selección de nuestros materiales: también lo habíamos dicho-, sino también porque se inscriben en esta línea fundamental que define el espíritu del Instituto: su preocupación por el hombre y sus obras, esas obras que constituyen la cultura.

Entre las actividades humanas, la literatura es la que con mayor penetración da testimonio de la evolución del espíritu de las naciones, plasmando en una unidad dialéctica lo universal y lo particular, lo que al ser decantado por el tiempo llega a

ser patrimonio de toda la humanidad por expresar valores permanentes y trascendentales, y lo que, sin contradecir una probable universalidad, puede dar fe de las infinitas variaciones particulares de ese ser llamado hombre. En una palabra, en la literatura van tomando forma singular los contenidos más generales de la aventura humana, de modo tal que en ella y por ella, aun conservándose y enriqueciéndose las notas diferenciales de los pueblos y las épocas, se opera en el proceso de consolidación y desarrollo de lo humano sin más.

Y eso, justamente, es lo que preocupa al Instituto Otavaleño de Antropología. Por extraño que parezca, hay tendencias de la ciencia antropológica que descuidan y hasta olvidan el valor de lo humano, en el sentido de la humanitas clásica: tendencias que proceden ante los grupos humanos no occidentales como procedería el entomólogo ante las más raras especies, refinando métodos de observación y análisis pero relegando en actitud culpable la esencial humanidad de su objeto de estudio. Nosotros, convencidos del valor de esa humanidad, queremos mantener en alto un interés que bien podría llamarse humanista, en el mejor sentido de la palabra. Por eso, la preocupación literaria —y, en otros casos, la filosófica o artística— nunca estarán del todo ausentes de nuestra publicación: merced a tales preocupaciones, sin renunciar al rigor de la ciencia, esperamos hacer patente nuestra voluntad de humanismo real, no del humanismo abstracto que reduce al ser humano a una entidad puramente conceptual, sino del humanismo que se nutre de conocimiento, sí, pero también de pasión vital.

Aunque en el futuro inmediato el desarrollo del trabajo de varios Departamentos del IOA permitirá contar con materiales propios y específicos merced a los cuales SARANCE justificará en forma creciente su calidad de portavoz de la comarca otavaleña, siempre se guardará, en las debidas proporciones, el espacio necesario para que otras voces se sumen a la nuestra y aporten, con su decir de otros aspectos del fenómeno humano, el elemento que siempre hará falta para recordar —y recordar siempre— la paradójica, varia y compleja existencia del hombre en la tierra.

Contenido

Editorial

Juan Freile-Granizo. De caciques, de incas y conquistadores

Fernando Plaza S. Consideraciones para una política de investigación arqueológica en el norte andino ecuatoriano

Luis Rodríguez O. Alcances del estudio de la metalurgia en la región andina

Horacio Larrain B. La vilca o paricá ¿purga o estimulante indígena?

Carlos A. Caba A. Nuevos planteamientos a la etnomúsica y al folklore

Manuel Corrales P. Periodización del relato ecuatoriano

Hernán Rodríguez C. Novela alemana del siglo XX

Gustavo Alfredo Jácome. ¿Qué es la estilítica?

Documentos

Para la historia de la Iglesia en Otavalo

Biografías

Miguel A. Montero. Miguel Egas Cabezas

Vida institucional

NÚMERO 4

Julio de 1977

Plutarco Cisneros Andrade

Director General del IOA

Carlos Benavides Vega

Coordinador General

Editorial

Entre las múltiples aristas que han de tenerse en cuenta para el estudio del hombre, hay una que nunca será suficientemente ponderada: es la arista que corresponde al acontecer histórico, cuyos caminos —luminosos algunos, tortuosos los más— son de imprescindible conocimiento para alcanzar la inteligencia plena, en la medida en que ella es posible, del ser actual del hombre y la sociedad. Por eso la historia no es solo una simple ciencia del pasado, ni ocuparse de ella es una pura curiosidad: maestra de la vida, como dijeron los latinos, la historia es para el entendimiento algo así como un saber axial en cuyo contorno pueden articularse todas las demás instancias humanas, ninguna de las cuales puede tener significación al margen de su eslabonamiento temporal.

La Dirección de esta Revista, convencida de la certeza profunda de esta verdad, ha querido dedicar especial atención a la historia en este número: Emilio Bonifaz, agudo estudioso de nuestra prehistoria, nos ofrece aquí un fundamentado estudio sobre el origen del hombre ecuatoriano, tema controvertible y controvertido acerca del cual toda contribución inteligente no puede menos que ser bien recibida. Y el doctor Horacio Larrain, disciplinado investigador que cumple actualmente una estancia de trabajo en nuestro Instituto en calidad de becario, nos hace conocer parte de sus pesquisas científicas en un estudio de demografía histórica, de sustancial importancia para el esclarecimiento de múltiples

problemas contemporáneos. Finalmente, el Lcdo. Fernando Plaza, valioso profesional de la arqueología, cuyos estudios dentro del IOA están abriendo vetas prometedoras para la ulterior investigación, da a conocer interesantes y valiosos puntos de vista acerca del Tiwanaku.

Además de estos estudios, en los que se centra el interés primordial del presente número, SARANCE ofrece a sus lectores otro trabajo acerca de la metodología para la aplicación del folklore, debido a la pluma de Celso Lara, sin duda uno de los más altos representantes de los estudios folklóricos en América Latina. La contribución de Celso Lara honra a nuestra Revista y constituye una prueba suficiente de la seriedad con que ella está abordando los difíciles objetivos que se había propuesto.

El rastreo lingüístico del quechua es una constante preocupación del investigador Yuri Zubritski, becario soviético en el IOA, y quien con la colaboración del Lcdo. Severo Rivadeneira logra un atisbo interesante sobre el dialecto inga en un pueblo del sur oriente colombiano.

Asimismo se incluye un valioso artículo sobre la Artesanía lítica precolombina en la zona de Imbabura, producto de la infatigable y certera pluma de Víctor Alejandro Jaramillo.

El Instituto Otavaleño de Antropología, que presenta una vez más el testimonio de su constante y fructífero esfuerzo, se encuentra, por otra parte, empeñado en desarrollar otras actividades que, sin estar estrictamente ceñidas al ámbito riguroso de la actividad antropológica, revisten singular importancia para el futuro desarrollo de la cultura en nuestro país: nos referimos al ciclo de conferencias que valiosas personalidades han dictado por invitación nuestra acerca de la necesidad de definir una política cultural. Nuestro próximo número aspira a entregar, unas junto a otras, las importantes exposiciones de los diversos conferencistas, a fin de ofrecer a nuestros lectores la oportunidad de comparar posiciones e interpretaciones del fenómeno cultural.

Contenido

EDITORIAL

Emilio Bonifaz S. Origen del hombre ecuatoriano

José Berenguer R. & Fernando Plaza S. Revisión y crítica de la terminología relacionada con la cultura Tiwanaku en el ámbito andino

Celso Lara F. Algunas consideraciones metodológicas sobre la aplicación del folklore a los estudios históricos

Víctor A. Jaramillo. Artesanía lítica precolombina imbabureña

Juan Freile-Granizo. Otavalo en Bolívar

Severo Rivadeneira & Yuri Zubritski. Algunas consideraciones de campo en torno a un grupo indígena quechua mitimae

Horacio Larrain B. & Cruz Pardo D. Apuntes para un estudio de la población del corregimiento de Otavalo a fines del siglo XVI

Vida institucional

NÚMERO 5

Noviembre de 1977

Plutarco Cisneros Andrade

Director General del IOA

Carlos Benavides Vega

Coordinador General

Editorial

Hablar de Política Cultural no es tema para un discurso ni oficio para un solo individuo: El IOA no pretende entregar fórmulas o textos que solucionen el problema de un modo concreto, pues el solo enunciado de aquello repugnaría por vanidoso y falso. Pero creo que es hora ya de aunar esfuerzos para atisbar horizontes. Por ello la iniciativa de invitar a dialogar sobre este tema a dirigentes políticos, directivos universitarios y, de un modo amplio, a personas íntimamente vinculadas con el problema cultural.

El IOA no niega su participación para la tarea grande y por ello su presencia.

He de inaugurar este ciclo de conferencias en las que se va a tratar de uno de los problemas más importantes del ser humano, el relacionado con su quehacer cultural y la política que al respecto ha de implantarse, llamando la atención acerca del Instituto Otavaleño de Antropología, puesto que, siendo un Centro Regional de Investigaciones, tiene la responsabilidad creciente de asumir, frente a la problemática cultural una posición que, en un campo interno, le obligue a someterse a las responsabilidades inherentes a la ciencia, a través de un conocimiento sistematizado y verificable y, en una finalidad externa, en una actitud definible como la función que el conocimiento debe jugar en el contexto social habida cuenta que, toda ciencia, aparte de su fin propio, tiene una finalidad externa a sí misma.

Puesto que toda cultura es integral y, no existiendo separación entre ésta y el individuo dado que sólo el hombre es animal cultural y por ello especie única, hemos de dar al problema de una política cultural aquella importancia que su magnitud la señala. El hombre, sobrevive en un contexto geográfico y, la interacción con los elementos que lo rodean, determina que para la solución de sus problemas básicos, cree fórmulas culturales. Por ello es que debemos primero romper con los prejuicios respecto del concepto mismo de la cultura y, aceptando que es un quehacer que no se circunscribe únicamente a los intelectuales sino que es intrínsecamente humano, ha de preocuparnos el patrimonio cultural en la misma o mayor medida que nos ocupa el valor por la salud del individuo.

Todo hombre es creador y portador de cultura. La identificación y la aceptación colectiva de formas culturales van dando cuerpo a las estructuras en las que se desarrollan las agrupaciones que terminan siendo naciones y que, cuando adoptan esquemas jurídicos estatales, hacen necesaria la presencia de una política cultural, no avasalladora; que sea punto de contacto, de partida y de vivencia de todos, pero siempre, respetuosa del derecho de cada grupo humano de crear o recrear sus propias formas culturales aun en perjuicio de la prisa organizadora o legisladora del grupo detentador o aspirante al poder.

Por eso es la obligación de consignar como tarea básica para la estructuración del Estado la de conocer las realidades culturales que engloba el sistema, pues solo un conocimiento real de las vivencias sociales permite entrever soluciones positivas.

Una política cultural ha de tener como instrumento primero e indispensable un mecanismo de investigaciones científicas que sirva como sustento vigoroso para estrategias, actualizaciones y evaluaciones del propio contenido de la política cultural.

Siendo el IOA un Centro regional de Investigaciones y, con la consideración anterior, es lógico que pretenda se dé a la tarea investigadora un rol prioritario.

Concebida la cultura como el quehacer individual, en estricto sentido y como el comportamiento de grupo en uno amplio, surge el cuestionamiento a la existencia, debido a la falta de coherencia, de algo que, hoy por hoy, pudiésemos llamar cultura ecuatoriana, motivada por la ausencia de saber de nosotros mismos que relieves la necesidad de la investigación. Ausencia claramente justificada desde la óptica de intereses ajenos a nuestro propio bien común que nos pretende engañar con tratadistas pseudodoctos, incursos, por lo general, en misiones intelectuales, que nos encasillan como pueblo producto exclusivo de la cultura occidental para tener posibilidad de tratarnos como subdesarrollados en relación con otros pueblos de patrones culturales totalmente afines a los nuestros. Voces que sólo nos hablan de una América Latina

en la que «el español y el portugués, dos lenguas hermanas, prácticamente comunicables, se reparten su extensión, tienen una sola creencia dominante y un mismo pasado cultural», olvidando otros pueblos que cohabitan en una misma geografía, que hablan otras lenguas y tienen ancestros culturales aborígenes altamente importantes.

Tarea para una política cultural la de resolver el problema del pluralismo cultural en un país como el nuestro donde se dan, claramente manifestados, dos macrogrupos humanos: el indígena quechuahablante y el mestizo hispanohablante a los que hay que agregar microgrupos étnicos identificables, como el grupo negro; y entre otros factores, el lingüístico, como en el grupo shuara. Tarea que exige la definición del esquema del mestizaje cultural, como un proceso de identificación cultural y no como uno de «homogenización» que implica un etnocidio cultural. Tarea para la investigación que nos lleve a un análisis y diagnóstico, que no trasciende, cuando es científica, las fronteras de la demagogia política.

En esa misma línea de definiciones la improrrogable tarea de incluir como temática de una **Política Cultural**, aquella que alude a nuestra realidad histórica. No nos interesa prolongar falsas interpretaciones d nuestra historia. Aquella que nos absuelva la pregunta que se formula, no en términos de especialistas, respecto de qué sabemos de nuestra historia y cuánto la sentimos nuestra. Basta ya de pseudohistorias entregadas en breviaros o en textos que cada día no son sino compendios de compendios; con las excepciones de rigor. Sepamos nuestros antecedentes para diagnosticarnos. Escribamos recién una historia buscando las fuentes con rigurosidad y seriedad. Una política cultural ha de aludir y no eludir problemas tales como el de la dependencia tecnológica. Enfrentemos el reto mismo de la supervivencia colectiva. Existe un desequilibrio tecnológico, consecuencia directa de esquemas económicos heredados y en vigencia que a su vez son origen y sustento de injusticias sociales que estamos obligados a superarlas. Hay la necesidad, a nivel nacional de crear un organismo que planifique, coordine y ejecute una política de investigaciones que evite sigamos cayendo en la tentación de concebir el desarrollo de nuestro pueblos no como proceso sino como objetivo, actitud engañosa que hace que miremos el presente de otras culturas como nuestro futuro sin considerar lo absurdo de esta pretensión por falsa, por engañosa, dadas las diferencias tecnológicas y económicas que nos separan pero que tampoco nos permita cerrar los ojos a la realidad cayendo en el extremo opuesto de devenir en islas. Ese organismo aludido deberá adaptar esa tecnología a nuestras actuales y futuras circunstancias. No creo que hoy nuestra meta deba ser el control de la energía atómica para programas espaciales o para tareas de armamentismo. Nuestro pueblo en el momento actual no necesita saber el esquema de la teoría de la relatividad cuanto el uso práctico que a sus consecuencias pueda dársele, no como herramienta de dependencia sino como instrumento funcional

que beneficie a la comunidad. Y esa tarea, la de determinar qué es lo que conviene a nuestros pueblos, es tarea de nosotros como pueblo y de nadie más. Es labor que se fundamentará en un auténtico proceso de revalorización cultural. La autodeterminación no consiste en seleccionar entre dos para hallar el menos malo sino buscar un camino que responda a nuestro propio quehacer y a nuestra propia definición.

En este revisar temas para una Política Cultural, hay otro aspecto que no debe ser descontado: Ecuador «presenta las características propias de un país en la segunda etapa de transición demográfica, es decir, una lata y relativamente estable tasa de natalidad, acompañada de una disminución acelerada de la mortalidad general»; la certeza de un nuevo descenso en la mortalidad infantil, que sigue siendo una de las más altas de América Latina, hace prever que en un período de pocos años tendremos la tasa de crecimiento más alta del hemisferio, estimativamente 4% anual, según informes de CEPEIGE. El análisis de la población del país de acuerdo a su estructura de edades señala un porcentaje, en proyección estimativa para 1974, de un 46.1% de población en edad de 0-14 años lo cual implica un predominio de población infantil, por algunos llamado infantilismo demográfico, que hace que el sector poblacional económicamente activo oscile entre el 25 ó 30% de la población total del país. Concebido el proceso educativo como una parte del proceso cultural, he ahí una grave responsabilidad respecto de qué queremos y con qué patrones culturales vamos o estamos formando a las generaciones ecuatorianas. Esto supone que el quehacer educativo ha de ser manejado, desde un punto de vista cultural, como un mecanismo que impida continúe la crisis educativa estructural que se prolonga a nivel universitario, consecuencia del sistema, como grave factor que permite la consolidación de la dependencia del país.

Podríamos seguir dando lineamientos que ayuden a configurar al esquema del problema cultural pero, ya lo dije, de ello van a hablar nuestros invitados.

No podría terminar mi intervención sin antes ratificarme en lo planteado: una Política Cultural implica dar prioridad al trabajo de investigación. Los investigadores, en América Latina, son seres a lo que tal pareciera que ni siquiera les ha alcanzado la bula papal de Alejandro VI ya que, en 1537, determinó que «los americanos son criaturas racionales, con capacidad bastante para ser instruidos en cosas de la fe y con derechos suficientes como para ser tratados como prójimos.»

Hora ya es de que superemos aquella etapa según la cual, consciente o inconscientemente, suponemos que quienes se dedican a tareas de investigación antropológica o de especulación intelectual, en el mejor de los casos son homúnculos, duendecillos útiles, traviesos, a veces agradables, pero todavía sin categoría de especie

humana. Si hablamos de la necesidad de encontrar aperturas para el mejoramiento socio económico del país no perdamos de vista que ese propio quehacer responde un quehacer cultural.

Gracias a todos los dilectos amigos que han aceptado dialogar con nosotros. Que al final los resultados dejen atisbar algo más que meras declaraciones teóricas y sí un decidido compromiso de tomar conciencia y actuar con ella en el deseado proceso de cambio social que requerimos.

Plutarco Cisneros Andrade

Índice

Plutarco Cisneros Andrade

Rodrigo Borja Cevallos

Osvaldo Hurtado Larrea

Julio César Trujillo

Simón Espinosa

Juan Viteri Durand

Blasco Peñaherrera

Hernán Rodríguez Castelo

Pedro Saad Herrería

Camilo Mena

Hernán Malo

Galo René Pérez

Fernando Dobronsky

NÚMERO 6

Diciembre de 1978

Plutarco Cisneros A.

Director General del IOA

Carlos Benavides Vega

Coordinador General

Editorial

El IOA es un organismo regional, cuyas tareas trascienden las fronteras comarcanas, y hemos reiterado en varias ocasiones el problema que tiene esta porción geográfica llamada Ecuador de ser, en jurídico sentido, un Estado, pero no una nación, en práctica realidad. No podemos hablar de una nación donde no existe una identidad que nos cohesione. Y porque ello implica una tarea de identidad cultural, estamos convencidos

de los objetivos llamados a cumplir por el IOA, como Centro Regional de Investigaciones, entendiéndolo como un organismo cuya tarea primera no es la de ser activista del quehacer cultural sino la de un profundo estudioso de ese quehacer para proyectarlo en aplicaciones concretas de programas revalorativos.

En ese esquema, que no se piense ni se exija que un Centro regional de Investigaciones como éste, se ocupe de las vocaciones literarias o plásticas individuales, ni que dedique sus esfuerzos a estimularlas. Hay que exigir que se ocupe de problemas culturales colectivos, de su recolección y análisis interpretativo y de la búsqueda de relaciones coherentes entre sí; de la formulación de estrategias metodológicas adecuadas a nuestra idiosincrasia y realidades, ocupándose de la rigurosidad científica, pero que, ante todo, dé ejemplo de respeto a la integridad institucional y sacrifique cualquier alternativa que pueda lesionar la dignidad de este pueblo.

Con estos principios es que se halla laborando el cuerpo de investigadores y la administración del IOA, porque no existe distanciamiento entre ellos y los directivos, puesto que las actitudes y planteamientos elaborados y en ejecución reflejan posiciones comunes de lucha. Profesionales que olvidando su lugar de origen, creen que se puede ser fértil, con fertilidad latinoamericana, en el compromiso de buscar apertura humana justa para las realidades de una injusta supuesta hermandad. Y que, creen que Otavalo y esta entidad, son tierra fecunda para adherirse a los sueños de un mundo mejor.

Es necesario reafirmar que esta mancomunidad de trabajo no es un instrumento para captaciones politiqueras ni de temprana ni de última hora. Mantenemos el principio inalterable de la honorabilidad y un recíproco trato de amistad, fundado en esa premisa, con hombres y entidades, independientemente de sectarismos ideológicos.

Analicemos también la inminente celebración de dos Sesquicentenarios. Uno que recuerda la vida ciudadana de Otavalo, y otro, que alude al punto de partida para una nueva situación jurídica, cuando a un pueblo grande le dijeron que habían decidido hacerle República. A lo mejor por ello, hasta hoy, trascordado el segundo. O quizá por la innata tentación de algunos de nuestros historiadores de recordarnos más fechas de conquista, concertaje y coloniaje que las de rebelión e independencia, tal vez porque en aquellas fueron protagonistas gentes cuyos nombres merecieron estar en el libro del recuerdo escrito, mientras en estas otras, los anónimos, gentes del pueblo en el mejor de los casos, merecían constar en expedientes judiciales.

Si ambos acontecimientos van a servirnos para evaluar el camino andado y ayudar a perpetuarnos, como pueblo con compromisos ineludibles, bienvenidos los Sesquicentenarios. Si, por el contrario, los tornamos una celebración festiva

intrascendente, no tienen sentido las recordaciones. Que sea un llamado para que todos aquellos que puedan dar su aporte, su entrega al lar nativo y al país lo hagan, supliendo con afecto, con vocación de servicio la falta de títulos académicos.

Al hablar de Sesquicentenarios, formemos filas en la tarea de soñar días mejores para todos, pensando más que en nosotros, en las generaciones que nos siguen y para con las que tenemos el compromiso ineludible de abrirles surcos. No exijamos que amen a esta tierra y a estos montes, al menos en la medida que nosotros lo hacemos, si es que a ellos no les enseñamos a quererlos. Hay medio Ecuador de niños a la espera del destino que hoy les fijemos. Por eso es necesario que reafirmemos el deseo de llegar a tener una nación, aunque no sea por mano nuestra sino de nuestros niños. Soñemos que ellos van a tener la Patria y la ciudad que desde hace cinco cincuenta años las buscamos y las esperamos.

Que los Sesquicentenarios sean de varios retornos, pero principalmente de un retorno del amor filial a esta tierra y a este pueblo por la generosa savia con que nos nutrió para crecer amándolo y respetándolo, con lealtad y orgulloso compromiso generacional de luchar por él. Si solamente y decimos solamente, pudiésemos tomar reflexiva conciencia de la tarea, habríamos honrado generacionalmente a nuestro propio futuro.

Contenido

EDITORIAL

Jeffrye Ehrenreich & Judith Kempf. Informe etnológico acerca de los indios coaiquer del Ecuador septentrional

Celso A. Lara F. Consideraciones sobre el problema de la folklorología como ciencia social

Udo Oberem. Contribución a la historia del trabajador rural de América Latina: «conciertos» y «huasipungueros» en Ecuador

Segundo Moreno Yáñez. Elementos para un análisis de la sociedad indígena en la Audiencia de Quito

Thomas P. Myers. Un entierro en la hacienda «Santa Lucía»

Documentos

Proyecto del Instituto Andino de Antropología del Convenio «Andrés Bello»

NÚMERO 7

Octubre de 1979
Plutarco Cisneros A.
Director General del IOA.
Carlos Benavides Vega
Coordinador General

Editorial

Los pueblos del mundo andino llegan, cada uno a su turno, a celebrar Sesquicentenarios de su vida republicana.

Nuestro pueblo llega al suyo, adolorido, aquejado de muchos males e injusticias pero, sobre todo, al clímax de un proceso agónico no de extinción cuanto de definición.

No creemos en la imparcialidad de la gente y de las instituciones frente a los problemas. Una imparcialidad en los actuales momentos, no significa sino una actitud cobarde. Tienen que darse actitudes de compromiso con las realidades y deben adoptarse soluciones que se crean más adecuadas, de conformidad con los principios de los hombres y de las entidades que ellos hacen cuando actúan corporativamente.

Un Centro de Investigación tiene una enorme y compleja responsabilidad: ha de ser, en esa búsqueda, el que tome la posta en el delineamiento de alternativas de solución, diferenciando tres niveles íntimamente relacionados entre sí: el de la investigación-reflexión, el de la investigación-planificación y el de la investigación-acción. Cada uno de ellos lleva implícito su propio quehacer y todos son importantes y necesarios. Sin embargo, entendemos que esta tripartición de los niveles se asocia, de hecho, con una participación diferencial de las labores específicas que se asumen en las funciones políticas de la vida nacional, a través de la toma de decisiones y las medidas ejecutoras que comprometen a las instituciones de gobierno.

Así, creemos que el IOA debe asumir su rol dedicando sus esfuerzos fundamentalmente al primer nivel, intentando continuar con honestidad una investigación en la que resalte el interés por llegar a un conocimiento de lo que fuimos, de lo que somos, de lo que tenemos, de lo que podemos ser y adaptando a esas potencialidades nuevas formas de expresión cultural que no necesariamente sean malas traducciones teorías externas, sin que ello signifique el establecimiento de una campana de vidrio que nos transforme en territorio aislado.

Hacer una investigación-reflexión seria, no postiza, es la tarea inmediata para evitar

pseudo-doctrineros de las Ciencias Sociales, que con actitudes paternalistas respecto de sectores marginales, buscan transformarse en los nuevos descubridores de viejos problemas para intentar solucionarlos, pensando, entre otras actitudes, que el problema de la demografía se pudiese solucionar con curetajes. Y no, por cierto, por falta de comprensión del problema, cuanto por hacer parches que salven sus propios intereses.

Frente a todo esto, el IOA hace suyo el reto, trasgrediendo la empalizada que agobia en una claustrofobia de lugares comunes, para dar paso a una verdadera y consciente actitud creadora y recreadora que alimente, desde las raíces del quehacer investigativo, un tronco fuerte que sustente con vitalidad a un pueblo digno.

Contenido

Editorial

José Berenguer R. & José Echeverría A. Propuesta Metodológica para el registro de sitios arqueológicos en los Andes septentrionales del Ecuador: Sistema regional de designación y ficha de prospección

J. Stephen Athens. Teoría evolutiva y montículos prehistóricos de la sierra septentrional del Ecuador

Viviana Lamas D. & Fernando Plaza S. Notas sobre el estudio del arte precolombino

Isa Maia. Metodología de diagnóstico para el sector de artesanías

Carlos Alberto Coba Andrade. Instrumentos musicales ecuatorianos

Ronald Stutzman. La gente morena de Ibarra y la sierra septentrional

NÚMERO 8

Julio de 1980

Plutarco Cisneros Andrade

Director General

José Echeverría Almeida

Coordinador

Presentación

Por circunstancias de fuerza mayor, relacionadas con la publicación de la Colección Pendoneros, ha sufrido un considerable retraso la aparición de Sarance. Con el deseo de que se transforme en una publicación periódica se han tomado las providencias necesarias que harán efectiva su aparición semestral, junio y diciembre, a partir de 1982.

El presente número recoge un trabajo de investigación arqueológica realizado por José Echeverría, Director del departamento de Arqueología del IOA. Fue realizado cuando desempeñaba la cátedra de Arqueología en la Universidad Técnica «Luis Vargas Torres», alternando el trabajo pedagógico con el personal esfuerzo de la investigación. No cabe duda que su publicación se justifica por la importancia que trabajos como este revisten para el conocimiento de la Prehistoria del actual territorio del Ecuador.

«Papel de los planetas en las regiones prehispánicas andinas», trabajo realizado por Mariusz Siolkowski, constituye un tema de investigación poco desarrollado en el país y que seguramente despertará muchas inquietudes en los medios científicos.

Segundo Moreno Yánez hace un balance de las investigaciones realizadas por el Instituto Otavaleño de Antropología con motivo de la entrega de los primeros volúmenes de la colección Pendoneros, la misma que integrará más de 50 libros, con temas específicos de nuestra 'realidad global'.

Contenido

Presentación

José Echeverría A. Prospecciones arqueológicas en Tazones (esmeraldas, Ecuador)

Mariusz S. Siolkowski. Algunas observaciones acerca del papel de los planetas en las regiones prehispánicas andinas

María Ramírez. Formas colectivas de la producción agrícola ecuatoriana, caso específico: Las Mingas

Segundo E. Moreno Yánez. El Instituto Otavaleño de Antropología: Un balance de sus investigaciones

NÚMERO 9

Diciembre de 1981

Plutarco Cisneros Andrade

Director General

José Echeverría Almeida

Coordinador

Presentación

Habrá, y de hecho lo hay, gente que piense que no estamos ahora para ocuparnos de

la historia. Que los fondos y esfuerzos invertidos en la investigación deberían destinarse a cosas 'inmediatas' y 'útiles'. Semejante observación sería admisible si no existiera una relación práctica, una unión fuerte y dinámica entre el pasado y el presente, en todo lo que atañe al hombre y a su mundo.

Es fácil vegetar, vendados los ojos, esperando todo de todos; pero, el vivir el presente, síntesis de los pretérito y lo futuro, en forma consciente y aceptando enteramente la misión de cada uno, como individuo y como colectividad, es un desafío que requiere inevitablemente de no pocos bríos, frente a los cuales, los necios se resisten.

No queremos ideas prefabricadas, ni clisés impuestos, ni pseudohéroes; nuestra historia debe ser investigada sin prejuicios, sin intenciones de exagerar, velar o silenciar los hechos, sino tales y cuales fueron. Cuán distinta sería nuestra realidad si no eludiéramos la lección y las enseñanzas de la historia. Aún quedan rezagos de situación de conquistadores.

La seria responsabilidad asumida por el Instituto Otavaleño de Antropología –Centro Regional de Investigaciones- ha requerido, en estos últimos años, duplicar y triplicar esfuerzos, pues, a la par del trabajo de investigación, ha tocado afrontar situaciones duras, en pro de la consecución de un medio que responda al autofinanciamiento de la institución. El proceso está en marcha. Una realidad que cada vez se aproxima, gracias a la total entrega y mística de directivos e investigadores.

En este número presentamos una serie de artículos que sintetizan y exteriorizan el quehacer científico de la entidad, que cada día va ampliando más sus horizontes, con el aporte de gente joven, que ha encontrado en el IOA un centro de investigación científica modesta, pero de gran seriedad y de mucho espíritu.

Para la edición del presente número y, en general, para el avance de las investigaciones y publicaciones, merecen una especial consideración los señores Plutarco Cisneros y Marcelo Valdospinos, Director y Subdirector, respectivamente, del Instituto Otavaleño de Antropología. El personal de la editorial «Gallocapitán» por su constante preocupación en lograr una mejor impresión. En general, todo el personal del Instituto, que con sacrificio y entusiasmo lleven adelante la gran responsabilidad puesta en sus hombros.

Contenido

José Echeverría A. Breves anotaciones sobre la cronología de las Unidades Culturales de la Sierra Norte del Ecuador

José Echeverría A. & María Victoria Uribe. Papel del Valle del Chota-Mira en la economía interandina de los Andes Septentrionales del Ecuador.

Chantal Caillavet. La sal de Otavalo-Ecuador. Continuidades indígenas y rupturas

coloniales

Gregory Knapp. El Nicho Ecológico Llanura Húmeda en la economía prehistórica de los Andes de Altura: Evidencias etnohistóricas, geográficas y arqueológicas

Plutarco Cisneros Andrade. Discurso pronunciado en el lanzamiento de los 31 volúmenes de la colección Pendoneros

Reseña de la colección Pendoneros

NÚMERO 10

Julio de 1985

Marcelo Valdospinos Rubio

Director General del IOA

Hernán Jaramillo Cisneros

Coordinador

Editorial

Sarance, publicación oficial del Instituto Otavaleño de Antropología, presenta este número como un homenaje a los artesanos del valle de Otavalo.

El quehacer artesanal, incomprometido y a veces menospreciado en esta época en que los productos industriales y la masificación se han impuesto, sigue vigente en sus más variadas expresiones tradicionales: alfarería, cestería, textilera, bordados, cantería, etc.

Hay en el Ecuador, al igual que en el resto de la América Latina, una rica y variada producción artesanal, herencia de los pueblos precolombinos, con las importantes contribuciones de los conquistadores europeos y de las forzadas migraciones africanas. Todos estos elementos que formaron, a través de los años, el espíritu de esta América mestiza, nos han dejado el testimonio de sus aportes culturales en las más variadas manifestaciones, entre las que se cuenta la artesanía, con sus objetos de uso diario y doméstico, con los de carácter decorativo, o los de uso festivo y ceremonial.

Pero estas expresiones, legados de siglos, corren el riesgo de desvirtuar su contenido y su profunda significación, por la carencia de una sensata política cultural que las proteja. Uno de los mecanismos adecuados para la defensa de las artesanías, es a través de la realización de investigaciones serias y honestas de las comunidades productoras, sus técnicas, costumbres y el contexto general en que desenvuelven su

vida diaria. Afortunadamente, se va avanzando en ese campo, puesto que algunas entidades nacionales han comenzado a divulgar los resultados de sus investigaciones, en publicaciones especializadas que se encuentran en circulación. En este mismo empeño, pero con un carácter internacional, trabaja el Centro Interamericano de Artesanías y Artes Populares –CIDAP– dedicando su acción al rescate, promoción y defensa de las artesanías y del arte popular.

Con el criterio de vincular a los artesanos con sus propios hechos culturales, el IOA mantiene el taller artesanal Ninapaccha, como lugar de experimentación de diseño. Los logros obtenidos hasta ahora son alentadores, esperando ponerlos al servicio de los artesanos textiles de la región, en fecha muy breve.

El Instituto Otavaleño de Antropología elaboró un *Mapa de las Artesanías de la Provincia de Imbabura*, con la intención de conocer las artesanías que se elaboran en esta provincia, de proceder a su localización y, sobre todo, con el fin de establecer una metodología y la simbología que permitan realizar, a nivel nacional y por alguna entidad oficial, el Mapa de las Artesanías del Ecuador. Esta última intención no se ha cumplido todavía, pero esperamos que se haga realidad a plazo no muy lejano.

Acompañando el dinámico desarrollo de la sociedad, las artesanías, como manifestaciones culturales, tienden a cambiar permanentemente, se adaptan a las nuevas necesidades de sus productores, quienes orientan su trabajo, la mayoría de las veces, a su necesidad de sobrevivir. Esto ha obligado a cambios en donde se rompe con la tradición, se copian y adulteran productos ajenos a la propia cultura, dando como resultado artículos «típicos», con criterios falsos y superficiales. Aparte de estos cambios, atenta contra la artesanía la pequeña industria, que trata de reemplazar los artículos producidos con paciencia y muchas veces con gran sacrificio, por otros hechos mecánicamente y en serie. El costo de estos últimos, menores en todos los casos, irá dejando sin trabajo al artesano, quien tendrá que buscar –generalmente en las grandes ciudades– otras formas de ganarse el sustento para sí y para su familia.

La revista publica estudios especializados en la zona de Otavalo, como son: «Artesanía y ecología de la totora (*Scirpus* sp.) en la provincia de Imbabura (Ecuador)», «La alfarería tradicional utilitaria en el área de Otavalo y sus inmediaciones» y «Los artesanos textiles en la región de Otavalo».

Las artesanías, como expresiones culturales, como fuente de trabajo y de recursos económicos, tienen gran importancia en el sector de Otavalo. Es desde este lugar, donde se sigue hilando y tejiendo a mano, produciendo esteras de totora, cestos de carrizo y de zuro, indumentaria bordada, pundos de barro y sombreros de lana, que hacemos llegar nuestro homenaje a los artesanos de América.

Contenido

Editorial

María Cristina Mardorf. Artesanía y ecología de la totora (*Scirpus* sp.) en la provincia de Imbabura, Ecuador

Viviana Lamas D. La alfarería tradicional utilitaria en el área de Otavalo y sus intermediaciones

Peter C. Meier. Los artesanos textiles en la región de Otavalo

NÚMERO 11

Agosto de 1987

Edwin Narváez Rivadeneira

Director General del IOA

Carlos Alberto Coba Andrade

Coordinador

Editorial

Razones de orden económico impidieron la aparición periódica de Sarance.

Para este número se ha escogido artículos de gran interés para los lectores, tanto por su contenido como por su forma: «Mujeres y resistencia: acerca del papel de las mujeres en el levantamiento de Otavalo, 1777», escrito por Elizabeth Rohr. La autora pone en evidencia el rol de la mujer en esos hechos y el levantamiento de Otavalo, enfatizando su participación en aquellos acontecimientos.

Mariusz S. Ziolkowski, Vicepresidente de la Comisión Andina de la Sociedad Polaca de Estudios Latinoamericanos, hace entrega de «La piedra del cielo: algunos aspectos de la enseñanza religiosa en la sociedad incaica». No cabe duda que la publicación del presente artículo revista suma importancia, ya que trata de la vigencia de las creencias mágico-religiosas en el tiempo del incario. El tema es tratado seriamente y con profundidad.

El autor de «Las funciones sociales de la lengua quechua en el área Otavalo-Cotacachi», Yuri A. Zubritski, hace un análisis de las variables dialectales en las dos zonas de estudio. Constituye un aporte a la Lingüística y el artículo es parte de uno de los subcontenidos del plan de trabajo «Relaciones interétnicas en el Ecuador: caso del área Otavalo-Cotacachi».

«La cultura en el Ecuador: perspectivas futuras» de Segundo Moreno Yáñez, propone un marco teórico referencial, definiciones de cultura, estratificación etno-cultural y el reto de la cultura en un futuro no lejano. Moreno sienta las bases de un problema sujeto a discutirse en una Mesa Redonda o en un Seminario.

Carlos Alberto Coba Andrade, expone ciertos lineamientos referenciales sobre los componentes etno-culturales nacionales y demuestra que, en ese sentido, el Ecuador es un país heterogéneo en su ensayo sobre «cotidianidad, identidad e indigenismo». El mismo autor, en otro artículo, presenta un trabajo comparativo de la simbología lingüística y musical, con el propósito de probar que tanto la una como la otra son símbolos de una misma forma de comunicación.

William Belzner realiza un gran aporte a la etnomúsica: «El poder del sonido en los ritos chamánicos entre los runas de la amazonía ecuatoriana». El poder del chamán no solo se encuentra en los seres supraterrrestres sino en el poder musical. Hace un estudio de la estructura del canto y de los instrumentos musicales empleados entre los runas.

Hernán Jaramillo Cisneros entrega el artículo «Apuntes sobre la artesanía textil de Otavalo». Es un trabajo de suma importancia, ya que hace un relato histórico documentado de esta artesanía desde la época colonial. Realiza un seguimiento de la artesanía hasta nuestros días y ofrece un diagnóstico de la crisis textil artesanal en la región de Otavalo.

Mabel Preloran, en su artículo «Los sueños en la cultura otavaleña», trata de describir la percepción de los sueños como mensajeros sobrenaturales. El tema y su concepción teórica son nuevos. Creemos que tiene seriedad y validez científica y, por ende, constituye un aporte a la ciencia.

Contenido

Editorial

Hernán Jaramillo Cisneros. Apuntes sobre la artesanía textil de Otavalo

Carlos Alberto Coba Andrade. El Ecuador una nación heterogénea

Elizabeth Rohr. Mujeres y resistencia

Carlos Alberto Coba Andrade. Simbolismo y fenomenología musical

Segundo E. Moreno Yáñez. La cultura en el Ecuador: Perspectivas futuras

William Belzner. El poder del sonido en los ritos chamánicos entre los runas de la amazonía ecuatoriana

Yuri A. Zubritski. Las funciones sociales en la lengua quecha en el área Otavalo-Cotacachi

Mabel Preloran. Los sueños en la cultura otavaleña

Mariusz Ziolkowski. La piedra del cielo: algunos aspectos de la enseñanza religiosa en la sociedad incaica

NÚMERO 12

Julio de 1988

Edwin Narváez Rivas

Director General del IOA

José Echeverría Almeida

Coordinador

Presentación

El presente número recoge una serie de trabajos, desde los que analizan problemas arqueológicos, hasta aquellos que estudian temas de hoy. Cada uno en su campo promueve la discusión en torno al hombre ecuatoriano, su obra, su historia, no por un simple entretenimiento intelectual, sino en busca de una conjugación del pasado con el presente que logre mejorar la convivencia humana actual.

En la visión analítica del desenvolvimiento económico del sector rural ecuatoriano, se señalan algunos rasgos esenciales del proceso de expansión del capitalismo en nuestro país y sus repercusiones en el agro, y se propone una serie de sugerencias, orientadas a reactivar la agricultura en toda su extensión.

«Ecología de la agricultura prehistórica de los pantanos en algunos valles del Ecuador». Las tierras húmedas de la Sierra Norte del Ecuador fueron yermos de totorales, maleza y pastizales áspers, cuarenta años después de la conquista española. Descubrimientos recientes de campos elevados agrícolas abandonados en estas tierras húmedas han demostrado su importancia en la economía prehistórica.

En «¿Ocupaciones el Período Formativo de la Sierra Norte del Ecuador? Un comentario a Myers y Athens», se analiza la problemática arqueológica originada en la discusión entre Athens y Myers, relacionada a la cronología relativa y absoluta de la cerámica decorada presente tanto en los sitios del lago San Pablo (Imbabura) como en La Chimba (Pichincha), aportando algunas luces, derivadas de las evidencias encontradas en Tababuela (Imbabura) en 1979.

Luis Rodríguez, en base a un trabajo efectuado en 1976, en colecciones de metal de Museo del Banco Central-Quito, proporciona algunos aspectos importantes en

relación a la metalurgia prehispánica, que puede orientar futuras investigaciones al respecto. Obviamente, esta primera aproximación estadística hay que utilizarla con mucha precaución, pues sabemos que en las adquisiciones de piezas predomina un criterio eminentemente estético y de excepcionalidad.

Hernán Jaramillo Cisneros expone un trabajo sobre la técnica ikat en Imbabura, procedimiento que, pese a su atractivo, está perdiéndose, en lo que a la Sierra Norte se refiere. A través del conocimiento de sus orígenes, de su proceso y de los tradicionales tejidos ikat, el autor trata de incentivar en las nuevas generaciones la reactivación de este arte en los tejidos.

«Cabello y etnicidad en el cantón Otavalo» aborda uno de los temas interesantes y aún poco investigados: el pelo o trenza larga de nuestro indígena, como símbolo de identidad étnica. El estudio se basa en observaciones directas efectuadas en las comunidades de *Chugllu Loma* y *Moraspamba*, ubicadas a orillas del lago San Pablo, y las experiencias de indígenas migrantes hacia la capital de la República y hacia la Costa. El cortarse el cabello tiene para muchos individuos quichuas, consecuencias psicológicas y sociales. El cabello para ellos es una manifestación de su virilidad (concepto contrapuesto al mestizo).

Fernando Chamorro G. escribe algunas consideraciones sobre «Dimensión Cultural del Desarrollo», tema cuya trascendencia es fundamental para la vida de toda la comunidad. La cultura es la esencia misma del destino de un pueblo. El desarrollo tiene como núcleo central al HOMBRE.

«Como siento a Otavalo». Juan Freile-Granizo, conjugando la geografía, el hombre y su vida, y los sentimientos de un otavaleño de corazón, describe a Otavalo, como solo un historiador y poeta puede hacerlo.

Contenido

Presentación

Víctor Pablo Echeverría A. Crisis del sector agropecuario en el Ecuador

Gregory Knapp. Ecología de la agricultura prehistórica de los pantanos en algunos valles del Ecuador

José Berenguer & José Echeverría. ¿Ocupaciones del Período Formativo en la Sierra Norte del Ecuador? Un comentario a Myers y Athens

Luis Rodríguez Orrego. Informe sobre el trabajo realizado en colecciones de metal del Museo del Banco Central-Quito

José Echeverría A. Hallazgo casual de un enterramiento prehispánico en la ciudad de Otavalo

Hernán Jaramillo Cisneros. La técnica ikat en Imbabura: un aporte para su

conocimiento

Bárbara B. Rivero. Cabello y etnicidad en el cantón Otavalo

Fernando Chamorro G. Dimensión cultural del desarrollo

Juan Freile-Granizo. Como siento a Otavalo

NÚMERO 13

Agosto de 1989

Marcelo Valdospinos Rubio

Presidente del IOA

Carlos Alberto Coña Andrade

Coordinador

Editorial

El Instituto Otavaleño de Antropología, desde su fundación hasta el momento actual, ha estado preocupado por encontrar respuestas a los grandes interrogantes que el hombre se plantea y en buscar soluciones a los problemas diarios del convivir social. Los artículos del presente número, en alguna manera, son una respuesta a estas inquietudes.

A pedido del I. Municipio de Otavalo, el Instituto Otavaleño de Antropología --dice Marcelo Valdospinos Rubio, presidente del IOA-- decidió efectuar el estudio sobre la «Nomenclatura de las calles de Otavalo», con el único propósito de consolidar el mestizaje y consolidar la historia de la patria chica. El presente trabajo enfoca la metodología utilizada y las propuestas para cumplir el objetivo propuesto.

Hernán Jaramillo Cisneros presenta dos artículos: «El teñido de lana con cochinilla en Salasaca, Tungurahua» y «La alpargatería: una antigua actividad artesanal en Imbabura». El primero plantea una reseña histórica sobre el teñido con cochinilla, hasta nuestros tiempos. El trabajo de campo se encuentra documentado y confirma la verdad histórica del proceso de teñido a través de la tradición oral. El segundo es un trabajo de campo documentado con cronistas e historiadores, confirmando una vez más que los testimonios orales son el fundamento de la historia de nuestros pueblos. El autor hace un aporte significativo a la Artesanía como ciencia de tradición oral.

Carlos Alberto Coña Andrade en «Visión histórica de la música en el Ecuador», ofrece un panorama sintético del acontecer musical desde tiempos prehistóricos hasta

nuestros días. En breves líneas trata de los períodos precerámico y formativo, de la Colonia y la República. Además, habla de la música de las diferentes etnias ecuatorianas. Es un avance en la historia de la música ecuatoriana.

Segundo Moreno Yáñez en su trabajo «Historiografía indígena y tradición de lucha» fundamenta su análisis en el siguiente postulado: «Toda reflexión científica sobre la evolución del hombre, de la sociedad y de la cultura suscita un doble problema: aquel que se refiere a las categorías históricas aplicada a su análisis y el que está relacionado con el descubrimiento de las fuerzas motivadoras de la Historia». Infiere estas categorías en base al fundamento histórico que demuestra y lo transforma en una tradición de lucha mediante las rebeliones indígenas. Es un trabajo documentado, de aporte y validez científica.

Carlos Alberto Coba Andrade en «Comentario a una fiesta que ha muerto: El Coraza», sin llegar a plantear una definición de lo religioso, aborda el problema desde tres puntos de vista: psicológico, ideológico y social. Estos tres condicionantes inciden, en parte, en la muerte lenta del fenómeno cultural: El Coraza.

Johann van Kessel realiza un estudio del espacio y el tiempo en su artículo «Los espacios andino y urbano y su articulación: Validez de los conceptos». La terminología y la conceptualización son originarias de los ecologistas y más tarde adoptadas por la escuela estructuralista. Van Kessel define y analiza los espacios económicos, sociales, culturales, políticos y jurídicos dentro de la tecnología andina y urbana. El trabajo tiene un alcance conceptual más que un trabajo de campo.

«El fandango en las fiestas privadas de los indígenas de Otavalo, Ecuador» de Ceciel Kockelmans es un extracto de su tesis doctoral en el Departamento de Etnomusicología de la Universidad de Ámsterdam. Trata de la casa nueva, del matrimonio, del velorio de adultos y del guagua velorio. El fandango, conocido entre nosotros como sanjuanito del grupo quichua-hablante, se encuentra presente en cada uno de estos hechos etnoculturales como parte sustantiva de su cultura. Kockelmans realiza un estudio de la música y la función que desempeña, de la tradición y de la estructura de la especie –sanjuán– en el cancionero quichua-hablante.

Betsy Salazar en «Comunidad de Cahuasquí: Tecnología utilizada actualmente por la familia rural y/o incorporación de tecnologías apropiadas» hace un análisis de la gente de esa comunidad, de la tecnología utilizada, de los problemas que detecta y de las soluciones a estos. Esta no es tarea exclusiva del investigador, sino de todos los ecuatorianos, dice al finalizar.

Contenido

Marcelo Valdospinos Rubio. Nomenclatura y mestizaje

Hernán Jaramillo Cisneros. El teñido de lana con cochinilla en Salasaca, Tungurahua

Carlos Alberto Caba Andrade. Visión histórica de la música en el Ecuador

Segundo E. Moreno Yáñez. Historiografía indígena y tradición de lucha

Hernán Jaramillo Cisneros. La alpargatería: Una antigua actividad artesanal en Imbabura

Carlos Alberto Caba Andrade. Comentario a una fiesta que ha muerto: El Coraza

Johann van Kessel. Los espacios andino y urbano y su articulación: Validez de los conceptos.

Ceciel Cockelmans. El fandango en las fiestas privadas de los indígenas de Otavalo, Ecuador

Betsy Salazar. Comunidad de Cahuasquí: Tecnología utilizada actualmente por la familia rural y/o incorporación de tecnologías apropiada.

NÚMERO 14

Agosto de 1990

Marcelo Valdospinos Rubio

Presidente del IOA

José Echeverría Almeida

Coordinador

Presentación

Pese a la crisis económica y a la incomprensión de parte de algunos sectores de la población, el IOA, Centro Regional de Investigaciones, continúa realizando un silencioso, constante y fructuoso estudio de los múltiples problemas que atañen al hombre ecuatoriano. Nombres antropólogos e investigadores nacionales y extranjeros se han sumado a esta tarea, tratando de conjugar la realidad pretérita con la actual para un convivir más humano.

El IOA no es una entidad ejecutora del desarrollo de la comunidad, pero los resultados de sus investigaciones pueden y deben ser aprovechados por las personas e instituciones encargadas de tomar decisiones públicas.

Por ejemplo, los trabajos pioneros efectuados por el IOA en la sierra, respecto a estudios de aereofotointerpretación para la localización de evidencias arqueológicas

de montículos artificiales o *tolas*, fortalezas o *pucaráes*, plantas circulares de viviendas o bohíos, etc. (Cf. Plaza 1977a; 1977b; 1981) más los de ORSTOM, MAG y Banco Central (Cf. Gondard y López 1983) constituyen el punto de partida para el desarrollo de temas específicos de investigación arqueológica a corto, mediano y largo plazo; y, sobre todo, facilitan la realización del inventario del patrimonio arqueológico, a fin de adoptar los mecanismos más idóneos para su conservación y valorización. Sin embargo, poco o nada se hace al respecto. Justificamos siempre nuestra desidia aludiendo déficit económico, escasez de recursos humanos calificados, etc., pero, en el fondo, lo que hay es insuficiencia de ideas y de decisión; para mucha gente, estas cosas importan muy poco.

Sobre la problemática socio-económica de la artesanía, especialmente de Imbabura, se ha discutido hasta el cansancio (Jaramillo 1881 a 1989). En la práctica, poco se hace en beneficio del verdadero artesano, por rescatar y valorar determinadas artesanías tradicionales en peligro de extinción, por orientar el comercio, por ecuatorianizar la producción. La artesanía nacional se ha adulterado tanto, principalmente en lo que a tejidos se refiere, que por «salvar» el mercado se ha menoscabado la tradición y se ha expropiado al pueblo ecuatoriano de su memoria histórica.

Y qué decir, del esfuerzo orientado a lograr una convivencia armónica entre los diferentes grupos humanos que conforman nuestra sociedad. La voluntad por destruir un racismo solapado o/y un etnocentrismo de *souvenir*. Los estereotipos etno-socio-psicológicos que nos cuesta suprimir. Y, para colmo de males, las sectas religiosas que han invadido Latinoamérica pretenden salvarnos como los misioneros que vinieron hace 500 años. En la práctica «...están destruyendo todo lo que nuestros padres nos han enseñado, ya que nos hacen avergonzar de nuestra propia cultura... porque ellos envenenan la sangre de nuestros hijos y hermanos». «El antagonismo entre clases y razas es eliminado por completo y la solución de los conflictos terrenales se proyecta en el más allá».

Cuán distinta sería nuestra realidad, si no eludiéramos la lección y las enseñanzas de la historia.

Contenido

Horacio Larrain Barros. Métodos de investigación en antropología cultural aplicada

Hernán Jaramillo Cisneros. Técnicas textiles artesanales en Imbabura

José Echeverría Almeida. La vivienda prehispánica en los Andes Septentrionales del Ecuador

Yuri A. Zubritski. Los estereotipos etno-socio-psicológicos y su papel en las relaciones interétnicas en el área Otavalo-Cotacachi

Elisabeth Rohr. Acerca de las razones del triunfo de la empresa de la misión protestante en América Latina

Horacio Guerrero García. De la selva al valle: la preparación del yagé

Hernán Jaramillo Cisneros. Indumentaria indígena de Otavalo

NÚMERO 15

Agosto de 1991

Marcelo Valdospinos Rubio

Presidente del IOA

Hernán Jaramillo Cisneros

Coordinador

Presentación

El Instituto Otavaleño de Antropología cumple veinticinco años de su fundación, este acontecimiento se presta para volver la vista atrás y revisar cuál ha sido la contribución del IOA al desarrollo de las ciencias sociales del país.

Sin duda alguna, en los primeros años hubo que fijar una senda de sus futuras acciones, definir los lineamientos teóricos que dieran sustento a su labor, construir el techo que abrigara los sueños de los jóvenes que en torno a su fundador –Plutarco Cisneros Andrade– llevaron adelante el propósito de crear esta entidad.

Viene, luego, una etapa de grandes realizaciones en el campo científico: la publicación de la colección Pendoneros, de trabajos monográficos de diverso orden, de la colección Curiñán y de tantos otros. En el plano de las publicaciones periódicas sobresale la revista *Sarance*, voz oficial del IOA, con la cual colaboran distinguidos cuentistas sociales de diferentes partes del mundo, donde los investigadores de planta hacen conocer el avance de sus trabajos especializados.

No hay que olvidar una etapa de grave crisis económica por la que atravesó el IOA. La firme conducción de Marcelo Valdospinos Rubio le permitió salir de tan grave trance y hoy se piensa en concretar proyectos por mucho tiempo postergados: los museos de arqueología y etnografía, como primeras prioridades.

El presente número de *Sarance* ofrece varios artículos relacionados con diferentes aspectos de la cultura popular, que es uno de los campos del quehacer fundamental del IOA. Son estos: «Reflexiones sobre dos aspectos de la cultura popular», de Celso A. Lara Figueroa, insigne folclorólogo guatemalteco; «Artesanía e identidad cultural:

una cuestión de historia, ideología y elección», de Linda D'Amico; «Cestería de Imbabura», de Hernán Jaramillo Cisneros; «las guaguas de pan en San Pedro», de Jaime Hernando Parra Rizo y Claudia Afanador. En el plano del folklore y la educación son importantes los aportes de Lola Cisneros de Coba y Clara León Vinuesa, con su artículo «Juegos infantiles de tradición oral en el área urbana de Otavalo» y el de María Ramírez sobre «Folklore y Educación». En el área de la etnomúsica tenemos dos estudios: de Juan Carlos Franco, «La bomba en la cuenca del Chota-Mira: sincretismo o nueva realidad» y de Peter Banning «El sanjuanito o sanjuán en Otavalo». En el plano teórico destacamos el artículo de Carlos Alberto Coba, «Fundamentos para la definición de una política de investigación». Sobre el papel de las nuevas religiones es muy valioso el punto de vista de Elisabeth Rohr, expresado en «El sueño de volar». Referente a la vida de la institución escribe Marcelo Valdospinos Rubio, «El IOA y la hora actual».

Para el futuro, el Instituto Otavaleño de Antropología tiene que fijarse nuevas metas: consolidar su condición de investigador de la realidad cultural y social de su área de estudio—la Sierra Norte del Ecuador—y contribuir al cambio social de quienes habitan esa área geográfica. Por la experiencia de estos primeros 25 años de vida, estamos seguros que son metas que sí pueden cumplirse.

Contenido

Presentación

Carlos A. Coba Andrade. Fundamentos para la definición de una política de investigación.

Celso A. Lara Figueroa. Reflexiones sobre dos aspectos de la cultura popular

Elisabeth Rohr. El sueño de volar

Linda D'Amico. Artesanía e identidad cultural: una cuestión de historia, ideología y elección.

Hernán Jaramillo Cisneros. La cestería de Imbabura

Jaime Hernando Parra Rizo & Claudia Afanador H. Las guaguas de pan en San Pedro.

Lola Cisneros de Coba & Clara León Vinuesa. Juegos infantiles de tradición oral en el área urbana de Otavalo

María Ramírez. Folklore y educación.

Juan Carlos Franco. La bomba en la cuenca del Chota-Mira: sincretismo o nueva realidad.

Peter Banning. El sanjuanito o sanjuán en Otavalo

Marcelo Valdospinos Rubio. Vida institucional

NÚMERO 16

Agosto de 1992

Marcelo Valdospinos Rubio

Presidente del IOA

Carlos Alberto Coba Andrade

Compilador

Presentación

Para la publicación del presente número, el Instituto Otavaleño de Antropología, preocupado siempre por el quehacer investigativo, ha escogido una variada temática en las diferentes áreas de su competencia, con el fin de poner a consideración de la comunidad científica los avances e inquietudes del pensamiento antropológico.

Rocío Vaca Bucheli, en su artículo «El problema del tiempo y el espacio en el estudio de las culturas populares andinas», expone un marco teórico sobre cultura, fundamentos básicos y sociedades productoras de cultura. Habla del tiempo y el espacio, escenarios de nuestra cotidianidad, dos variables de la misma realidad: el instante. Se refiere al tiempo como un presente preñado de pasado, que no alcanza a vislumbrar el futuro.

Bárbara Y. Butler, en su trabajo «Espiritualidad y uso del alcohol entre la gente de Otavalo», demuestra que la chicha, desde tiempos precolombinos hasta nuestros días, tiene un carácter ritual y sagrado. Habla de intercambio –chicha y otros bienes– como símbolo de reciprocidad, muy característico de las culturas andinas. Analiza la prohibición de la bebida por parte de las religiones protestantes y estudia la forma de compensación de los bebedores de chicha. Este es un trabajo de mucho interés para la Etnografía y la Antropología cultural-religiosa.

Hernán Jaramillo Cisneros presenta el artículo «El trabajo con fibra de cabuya en la provincia de Imbabura», en el cual registra la importancia de este material desde los tiempos coloniales hasta la actualidad; describe, paso a paso, el proceso de obtención de fibra, el hilado, la tejeduría y la comercialización de los productos; plantea, además, nuevas alternativas para la diversificación de la producción.

Lourdes Rodríguez Jaramillo, expone algunas consideraciones sobre «Economía campesina: historia e historicidad». El trabajo comprende dos aspectos: uno teórico y otro acerca del funcionamiento, desarrollo y cambio de la productividad campesina, vistos desde la historia e historicidad; es un aporte para la economía campesina.

Carlos Alberto Coba Andrade, con «Clasificación y tipología de la copla», ofrece un

nuevo intento de ordenamiento de la copla en: épicas, elegíacas, satíricas, líricas, trágicas, eróticas, burlescas, amatorias, picarescas, sentenciosas, patrióticas, religiosas, románticas; dolorosas, políticas y festivas. Hace un análisis literario de la copla y presenta una muestra representativa de la misma.

Peter Banning, en «El sanjuancito o sanjuán en Otavalo: análisis de caso», realiza un estudio comparativo de tres interpretaciones de la misma pieza musical, en una «casa nueva», en una «peña» y en un «festival», haciendo notar semejanzas y diferencias. Estudia el tiempo y su duración; la letra, melodía y acordes del acompañamiento; timbre, heterofonía y paralelismo en terceras. Este trabajo corresponde a su tesis doctoral realizada en el área de Otavalo.

Lola Cisneros de Coba y Clara León Vinueza, en «Juegos infantiles de tradición oral en el área urbana de Otavalo», demuestran la necesidad de insertar los juegos infantiles tradicionales en los programas de educación formal, con la finalidad de lograr el desarrollo integral del niño, sin desarraigarlo de su medio cultural. Es un importante trabajo que toma en cuenta el desarrollo motriz del niño dentro del proceso de enseñanza-aprendizaje.

A. Jorge Arellano, en su artículo «Asentamientos arqueológicos tardíos del período de integración en la cuenca del río Chimbo», advierte que las culturas de la fase tardía del período de integración en la sierra central oeste del Ecuador, generalmente son consideradas como un anexo a la cultura puruhá (1000 años d. C.), que domina la extensa cuenca de Riobamba. Este trabajo es un avance en el reencuentro con nuestra historia, que ayuda al mejor entendimiento del grado de influencia de las culturas en referencia. La cerámica coleccionada demuestra, en términos generales, que corresponde a una sola unidad, al parecer, perteneciente a los grupos denominados Chimbo-Tomabela.

El Instituto Otavaleño de Antropología cumple, con la entrega de este número, un compromiso que periódicamente lo ha realizado en los últimos años y que esperamos mantenerlo en el futuro.

Contenido

Presentación

Rocío Vaca Bucheli. El problema del tiempo y el espacio en el estudio de las culturas populares andinas

Bárbara Y. Butler. Espiritualidad y uso del alcohol entre la gente de Otavalo

Hernán Jaramillo Cisneros. El trabajo con fibra de cabuya en la provincia de Imbabura.

Lourdes Rodríguez Jaramillo. Economía campesina: historia e historicidad

Carlos Alberto Caba Andrade. Clasificación y tipología de la copla

Peter Banning. El sanjuanito o sanjuán en Otavalo: análisis de caso

Lola Cisneros de Caba & Clara León Vinuesa. Juegos infantiles de tradición oral en el área urbana de Otavalo

A. Jorge Arellano. Asentamientos arqueológicos tardíos del período de integración en la cuenca del río Chimbo

NÚMERO 17

Mayo de 1993

Marcelo Valdospinos Rubio

Presidente del IOA

Hernán Jaramillo Cisneros

Director de Sarance

Presentación

El Instituto Otavaleño de Antropología organizó en junio de 1992 un **Seminario Nacional de Cultura Popular**, con la participación de diversas instituciones ecuatorianas que se dedican al estudio y/o difusión del amplio campo de este quehacer. Queremos resaltar la participación de la Universidad de Nariño, de Pasto, Colombia, entidad que manifiesta su fervoroso deseo de integrar los estudios referentes a aspectos comunes de los pueblos situados en la región fronteriza colombo-ecuatoriana; de hecho, es también un deseo del IOA, puesto de manifiesto en su asistencia e intervención en el *Encuentro Internacional de Investigadores y V de Etnoliteratura*, evento realizado en Pasto, en marzo de 1992, y organizado por la Universidad de Nariño.

El contenido de la revista refleja los temas expuestos en el Seminario: teoría de la cultura popular, etnoliteratura, artesanías, fiestas, música y teatro popular; quienes intervinieron, lo hicieron en representación de las siguientes instituciones: Centro Interamericano de Artesanías y Artes Populares; Centro de Estudios Latinoamericanos de la Pontificia Universidad católica del Ecuador; Instituto Andino de Artes Populares del Convenio Andrés Bello; Dirección de Educación y Cultura Popular de la I. Municipalidad de Quito; Radio Nacional del Ecuador; Instituto Otavaleño de Antropología; a más de la ya mencionada, Universidad de Nariño, de Colombia:

Diferentes fueron las posiciones de los expositores e este Seminario, tanto en el aspecto teórico como en el campo metodológico: mientras unos analizaron los fundamentos para una teoría sobre la cultura popular, otros presentaron sus

experiencias en las áreas específicas de sus especializaciones. Todas las exposiciones fueron analizadas y comentadas por los numerosos participantes en el Seminario y, ciertamente, fue interesante la intervención de un grupo de artesanos indígenas otavaleños, quienes mantuvieron un diálogo sobre la actividad textil que ellos realizan.

La iniciativa que llevó, en junio de 1991, a la realización del **Primer Seminario Nacional de Antropología** continuará en el futuro, con la organización de actos de esta misma naturaleza, los cuales sirven, en parte, como mecanismo de difusión de las múltiples actividades del IOA, especialmente de su acción más importante: las investigaciones y estudios de la sierra norte del Ecuador.

Contenido

Claudio Malo González. Teoría de la cultura popular

José Sánchez-Parga. Imaginarios sociales y cultura popular

Clara Luz Zúñiga Ortega. El espacio de la etnoliteratura

Juan Martínez Borrero. Las artesanías en el Ecuador: una perspectiva general

Hernán Jaramillo Cisneros. Panorama de la artesanía textil de Otavalo

Carlos Alberto Coba Andrade. Los ciclos festivos en el Ecuador: una nueva propuesta

Hernán Rengifo C. Notas para un debate sobre cultura, cultura popular, música popular

Pablo Guerrero Gutiérrez. Los fandangos

Eugenio Cabrera Merchán. Consideraciones sobre el teatro popular

Álvaro San Félix. Teatro popular

NÚMERO 18

Octubre de 1993

Marcelo Valdospinos Rubio

Presidente del IOA

Hernán Jaramillo Cisneros

Director de Sarance

Presentación

En octubre de 1975, cuando apareció en primer número de la revista *Sarance*, voz oficial del Instituto Otavaleño de Antropología, se dijo que ese hecho marcaba una etapa en la vida de la entidad, pues así se daba inicio a la difusión de lo que se iba aprendiendo, en estudios metódicos y perseverantes, sobre el hombre de la sierra norte del Ecuador.

Han pasado los años y hemos creído conveniente, luego de 18 números editados – más algunos extraordinarios, de circulación local – que los temas publicados no se concreten específicamente a asuntos regionales, sino que recojan el pensamiento y la experiencia de quienes investigan en otros lugares; así, difundimos conocimientos orientadores y metodologías novedosas.

El presente número tiene varios artículos referentes a la zona de Otavalo, en diversas disciplinas: «La medicina tradicional y los yachac en el cantón Otavalo», de Isabelle-Sophie Dufour; «La sombrerería tradicional en Ilumán», de Hernán Jaramillo Cisneros; «Llamas y alpacas en la prehistoria ecuatoriana», de César Vázquez Fuller; «Testamentos y mortuorias registrados en el asiento de San Luis de Otavalo en los siglos XVI y XVII», de Álvaro San Félix. Temas que rebasan aspectos regionales son: «Ecuador: los intrincados caminos del capital», de Rocío Vaca Bucheli; «La identidad es una política y no una herencia», de José Echeverría Almeida; «Los reductores de cabezas humanas, Untsuri Shuar y Achuar de la región amazónica ecuatoriana: sus manifestaciones dancísticas y etnomusicales», de Carlos Alberto Coba Andrade; «Tecnología prehispánica, historia, cultura y desarrollo rural» de Silvia G. Álvarez; «Participación de los artesanos en la preparación y ejecución de programas de recursos humanos. Experiencia del Brasil», de Isa Maia; «Técnica para fotografía de artefactos líticos», de Carlos Humberto Illera y Cristóbal Gnecco.

Para el futuro, mantenemos el compromiso de divulgar ensayos y avances de investigación relacionados con el área de estudio del IOA, junto a colaboraciones que no correspondan a esta zona pero que sean verdaderos aportes a las ciencias sociales, como ya lo ha hecho esta institución en otras series de publicaciones especializadas.

Contenido

Presentación

Rocío Vaca Bucheli. Ecuador: los intrincados caminos del capital

José Echeverría Almeida. Identidad es una política y no una herencia

Isabelle-Sophie Dufour. La medicina tradicional y los yachac en el cantón Otavalo

Carlos Alberto Coba Andrade. Los reductores de cabezas humanas, Untsuri Shuar y Achuar de la región amazónica ecuatoriana: sus manifestaciones dancísticas y etnomusicales

Silvia G. Álvarez. Tecnología prehispánica, historia, cultura y desarrollo rural

Isa Maia. Participación de los artesanos en la preparación y ejecución de programas de recursos humanos: cursos de artesanías. Experiencias del Brasil.

Hernán Jaramillo Cisneros. La sombrerería tradicional en Ilumán

César Vásquez Fuller. Llamas y alpacas en la prehistoria ecuatoriana

Carlos Humberto Illera & Cristóbal Gnecco. Técnica para fotografía de artefactos líticos.

Álvaro San Félix. Testamentos y mortuorias registrados en el Asiento de San Luis de Otavalo en los siglos XVI y XVII

NÚMERO 19

Agosto de 1994

Juan Freile-Granizo

LEYES INDIGENISTAS –Compilación–

Marcelo Valdospinos Rubio

Presidente del IOA

Hernán Jaramillo Cisneros

Director de Sarance

Presentación

La historia de los pueblos se escribe no solo por las acciones cotidianas o heroicas de sus hijos, sino también por las leyes que regulan el comportamiento de los ciudadanos y por las actitudes de gobernantes y legisladores que –real o supuestamente– buscan el progreso y bienestar de los conglomerados sociales.

La recopilación de leyes que presentamos en este número de *Sarance*, está dirigida especialmente hacia un grupo de real importancia en la conformación de la nacionalidad ecuatoriana: los indígenas. Las consideraciones de los gobernantes para dictar leyes y tomar medidas que cambien la situación de estos grupos, varían desde el criterio del Libertador Simón Bolívar, en su decreto del 15 de octubre de 1828, «que habiéndoles igualado la ley de 14 de septiembre del año 11° en las contribuciones para los demás colombianos, con el objeto de veneficiarles, lejos de haber mejorado su condición, se han empeorado, i se han agravado sus necesidades»; pasando por el primer presidente del Ecuador, general Juan José Flores, de 5 de octubre de 1833, que considera «que es un deber del Gobierno promover la educación de los indígenas, para que salgan de la ignorancia y rusticidad a que los condujo el sistema colonial»; hasta el de Eloy Alfaro, de 18 de agosto de 1895, en plena revolución liberal, quien reconoce «que la desgraciada condición de la raza indígena, debe ser aliviada por los poderes públicos».

La tan ansiada unidad nacional, con la determinación de metas que propendan al bienestar colectivo, es tarea de todos los que conformamos la República del Ecuador;

por eso, es hora de reconocer que son iguales ante la ley quienes a lo largo de los siglos fueron despojados de sus tierras, de su cultura de sus raíces... Para esto es oportuno divulgar el trabajo de Juan Freile-Granizo, que demandó incontables jornadas de trabajo en archivos, con valiosos documentos del pasado.

Esta es otra contribución del Instituto Otavaleño de Antropología al conocimiento de la legislación que sobre los indígenas del país, se dictó en el amplio periodo que comprende desde la Gran Colombia de Bolívar hasta muy avanzada la época republicana.

Contenido

Presentación

Apuntes previos

Ley de división territorial de la República

Decreto que manda levantarse el censo de población de la República

Decreto estableciendo la contribución personal de indígenas

Decreto disponiendo que no se haga alteración en los límites de las parroquias i cantones

Decreto estableciendo en las parroquias del Estado escuela de primeras letras para los niños indígenas y designando sus fondos

Estableciendo medios equitativos para hacer ecsequible la contribución de indígenas: aboliendo la ignominiosa i humillante pena de azotes i autorizando á todo ecuatoriano á que acuse o denuncie los delitos que con infracción de esta lei se cometieren

Decreto que corrige varios abusos, que se cometen contra los indígenas

Decreto disponiendo que no se pueda ecsijir de los indígenas ningún impuesto que no esté decretado por la lei

Decreto estableciendo trece becas en los colegios de la República a favor de los indígenas

Lei de contribución de indígenas

Decreto erijiendo un nuevo cantón denominado Cayambe perteneciente á la provincia de Pichincha

Decreto reintegrando a Imbabura sus antiguos límites y el cantón Cayambe

Decreto destinando el producto de la sal de Imbabura para la instrucción primaria de la misma provincia

Decreto estableciendo escuelas primarias en los cantones de Imbabura

Decreto reglamentando la contribución de indígenas

Lei sobre división territorial

Decreto fundando en la ciudad de Otavalo un colegio nacional denominado «Sucre»

Designándose fondos para el restablecimiento de la provincia de Imbabura

Decreto gratulatorio a las naciones e individuos que favorecieron al Ecuador después

- de la catástrofe de agosto
 Decreto creando el cantón Bolívar
 Ley sobre división territorial
 Decreto asignando fondos para el camino de Malchinguí a Otavalo
 Decreto aprobándose la propuesta para construir el ferrocarril de Ibarra a San Lorenzo
 Decreto destinando fondos para el colegio de niñas de Otavalo
 Decreto dotando de fondos para el camino de Mojanda
 Decreto exonerando a la raza indígena de la contribución territorial y trabajo subsidiario
 Decreto dando amparo de pobreza a la raza indígena
 Ley sobre división territorial
 Decreto declarando que la clase indígena está exenta del pago de toda contribución territorial
 Decreto por el que se reglamenta el arrendamiento de criados y trabajadores asalariados
 Decreto referente a la construcción de ramales de los caminos de Atuntaqui a San Antonio, y de Otavalo a Cotacachi
 Decreto mandándose variar la línea del camino de los pueblos del sur de Imbabura a las parroquias de Salinas, Urcuquí
 Decreto restableciendo las Comandancias de Armas en el Carchi e Imbabura
 Decreto creando y dando fondos para una Escuela de Artes y Oficios en Imbabura
 Decreto en que se ordena la refacción del camino de San Pablo a Ibarra
 Decreto que crea una Junta Directiva del agua potable para Tabacundo
 Decreto que declara nulas las elecciones del cantón de Otavalo y señala los días de nueva elección
 Decreto en que para la conclusión de la obra de agua potable de dicha parroquia, grávase con el 2% a todos los predios ubicados en Tabacundo
 Decreto que establece la policía de Otavalo
 Decreto que declara la supresión de la policía de Otavalo
 Decreto en que elévase a la categoría de Instituto Normal la escuela Froebel de Otavalo
 Decreto que da el presupuesto para el Instituto Normal de Otavalo
 Crean una comisaría en la policía nacional de Otavalo
 Decreto que declara el presupuesto para 1910 y 1911 para el Instituto Normal de Varones: «Diez de Agosto» (Otavalo)
 Decreto que reforma el presupuesto del Instituto de Señoritas «Pedro Moñcayo» de Ibarra
 Decreto que crea escuelas para la raza indígena
 Decreto que aumenta 8 guardas en el ramo de aguardientes de Imbabura
 Decreto que adjudica a la Municipalidad el Colegio de Niñas de Otavalo
 Decreto en que créase un colector especial de rentas atrasadas en Imbabura

Decreto en que asignase 10% comisión a los colectores de contribuciones atrasadas de Imbabura, Pichincha, Tungurahua, Chimborazo y Azuay

Decreto que ordena la apertura y reparación respectivamente de los caminos y carreteras de Imbabura

Decreto que establece una oficina de Registro Civil de González Suárez (Otavalo)

Decreto que ordena continúen en sus cargos los colectores de rentas atrasadas de Tungurahua, Imbabura, Pichincha, Chimborazo y Los Ríos

Decreto en que encárgase a la Municipalidad y asignase fondos para el agua potable en Tabacundo

Decreto que reforma los decretos ejecutivos (1911 y 1914) sobre caminos vecinales de Otavalo

Decreto que deroga los decretos ejecutivos de 1907 y 1914 referentes al agua potable de Tabacundo

Decreto asignando sueldos a los comisionados de formar los catastros de Imbabura, El Oro y Esmeraldas

Decreto en que se ordena proceder a la reparación de los caminos vecinales de Otavalo

Decreto en que asignase sueldo al colector fiscal de Otavalo

Reforma del decreto ejecutivo de enero 25 de 1916 sobre agua potable, etc., de Tabacundo

Decreto asignando fondos para el agua potable y canalización de Otavalo

Decreto dando fondos para obras públicas a las municipalidades de Cotacachi y Otavalo

Decreto que reforma decreto legislativo de 1918 que crea fondos para las municipalidades de Otavalo y Cotacachi

Decreto en que se ordena poner en vigencia el 24 de mayo de 1921 el servicio militar obligatorio

Decreto en que adjudicase terreno fiscal a la Municipalidad de Otavalo

Decreto en que se concede a los indígenas la exención de la contribución territorial

Decreto dando fondos para la instalación de luz eléctrica en Otavalo

Decreto en que se insinúa al Ejecutivo que constituya en Quito una junta protectora de la raza india

Decreto en que se autoriza a los vecinos de la parroquia de Salinas la producción de sal, en la misma forma en que han mantenido la industria, siempre que el artículo lo vendan al estanco del ramo, al precio de 10 sucres, el quintal de 46 kilos

Decreto estableciendo oficinas de Registro Civil en San Juan de Ilumán y Eugenio Espejo

Decreto declarando la amnistía a favor de los indígenas por los sucesos de González Suárez

Decreto aprobando la creación de la parroquia «Andrade Marín»

Convócase licitaciones para el transporte de correos entre Quito y Tulcán

Decreto deslindando las parroquias de Pimampiro y Monte Olivo

Decreto aprobando la creación de la parroquia de San José de Yahuarcocha

Acuerdo ministerial de 8 de junio de 1947 nombrando una comisión para delimitar los cantones Otavalo y Quito

Decreto nombrando una comisión para delimitar los cantones Otavalo y Cotacachi

Acuerdo ministerial de 28 de marzo de 1953 nombrando una comisión de límites para los cantones Cayambe y Quito

Decreto de 20 de abril de 1961 erigiendo en parroquia urbana de Ibarra la de Caranqui

Decreto elevando a parroquia rural el caserío de Pataquí

Acuerdo ministerial de 24 de marzo de 1964 aprobando la creación de la parroquia de «6 de Julio de Cuellaje»

Circular declarando que los indígenas que están en servicio de postas o de guías sean eximidos del pago de tributo

Decreto del 20 de marzo de 1832 mandando poner en arriendo las rentas de la contribución de indígenas en todos los cantones del Estado, por el año 1832

El Congreso Constitucional del Estado del Ecuador... Que para mejor civilización de los indígenas

El Congreso Constitucional del Estado del Ecuador... Que es muy corto el tiempo señalado por el Art. 12

Resolución aclarando varias dudas que presenta la ley de 30 de octubre de 1833 que arregla el modo de verificar la cobranza de la contribución de indígenas

El Senado y la Cámara de Representantes del Ecuador reunidos en Congreso... Que es urgente necesidad reformar el arancel

Juan José Flores, Presidente de la República del Ecuador, etc. Hacemos saber a todos los ecuatorianos que la Convención Nacional ha decretado; y hemos sancionado lo siguiente...

Juan José Flores, Presidente de la República del Ecuador, etc. Hacemos saber a todos los ecuatorianos, que la Convención Nacional ha decretado, y nos hemos sancionado...

República del Ecuador, Ministerio de Estado en el despacho de lo Interior... Al Ilustrísimo señor Obispo de esta diócesis...

República del Ecuador, Ministerio de Estado en el despacho de lo Interior... Al Ilmo. Señor Obispo de esta diócesis...

República del Ecuador, Ministerio de Estado en el despacho de lo Interior... Al señor Gobernador de la Provincia de...

Auto. Dada cuenta, y sin embargo de no corresponder a la Corte Suprema...

República del Ecuador, El Ministro de Estado en el Despacho de lo Interior... Al señor Gobernador de la Provincia de...

Secretaría de la Cámara de Representantes... Al señor Ministro de Hacienda...

Ministerio de Estado en el Despacho de lo Interior... Al señor Gobernador de la Provincia

El Senado y la Cámara de Representantes del Ecuador, reunidos en Congreso... para resolver la duda que se ha suscitado...

El Senado y la Cámara de Representantes del Ecuador, reunidos en Congreso... Que la ley de 11 de abril de 1825...

Vidal Alvarado, Gobernador de la Provincia de Pichincha. Por cuanto el H. Señor Ministro General de S. E...

José Javier Valdivieso, Presidente del Consejo de Estado, Encargado del Poder Ejecutivo... Que la ley de 3 de junio...

La Asamblea Nacional del Ecuador... Para la manumisión de los esclavos...

Congreso de 1853. Proyecto de arancel de derechos parroquiales

Circular. Al Señor Gobernador de la Provincia de...

El Senado y la Cámara de Representantes del Ecuador reunidos en Congreso, Vista la solicitud de Mariano Calisto...

Objeciones: Para prevenir los perjuicios que iba a ocasionar el...

Al Exmo. señor Presidente de la H. Cámara e Representantes...

El Senado y la Cámara de Representantes del Ecuador, reunidos en Congreso...

Que el artículo 50 de la ley sobre contribución de indígenas...

El Senado y la Cámara de Representantes del Ecuador, reunidos en Congreso...

Que la Constitución de la República concede a todos los ecuatorianos iguales derechos...

El Gobierno del Ecuador... Que la contribución del trabajo subsidiario...

República del Ecuador. Ministerio de Estado en el despacho de Hacienda. Circular.

Al señor Gobernador de la provincia de...

Circular N° 31. República del Ecuador. Ministerio de Estado en el Despacho de Hacienda. Al señor Gobernador de la provincia...

República del Ecuador. Secretaría de la H. Convención. Al Ilmo. señor Arzobispo de la Arquidiócesis...

República del Ecuador. Gobierno eclesiástico de la Arquidiócesis de Quito. Al señor Secretario de la H. Convención Nacional...

República del Ecuador. Ministerio de Estado en el despacho del Interior. Circular. Al señor Gobernador de la Provincia de...

La Asamblea Nacional. Apruébase la circular de fecha 27 de Mayo de 1897

El Congreso de la República del Ecuador. Se suprime la contribución del tres por mil...

El Congreso de la República del Ecuador. Que la opinión pública reconoce que los priostazgos...

NÚMERO 20

Octubre de 1994

Marcelo Valdospinos Rubio

Presidente del IOA

Hernán Jaramillo Cisneros

Director de Sarance

Presentación

Este número de la revista *Sarance* tiene un contenido variado y novedoso, pues los temas que trata constituyen un verdadero aporte al conocimiento de diversas disciplinas, dentro de las ciencias sociales.

La presencia de elementos culturales preincásicos, incásicos y españoles en las fiestas del *inti raimi* o de san Juan en Otavalo, es tratado por Carlos Alberto Coba Andrade. El culto al sol, anterior a la presencia de los incas en el territorio norte del actual Ecuador; el reordenamiento ritual y ceremonial para la celebración del *inti raimi*, por los incas; y, los elementos religiosos cristianos, impuestos por los españoles, han dado como resultado una fiesta sincrética, en vigencia hasta el presente.

Otavalo es una región de artesanos textiles, ocupación que los indígenas la han practicado por muchísimo tiempo, aunque hay otras actividades artesanales menos conocidas en la región. El estudio que hace Hernán Jaramillo Cisneros nos permite saber cuál es el estado de los oficios en la actualidad y cuáles han desaparecido en el transcurso del tiempo.

El Instituto Andino de Artes Populares del Convenio Andrés Bello (IADAP), presenta una experiencia diseñada para mejorar las tecnologías y evitar la contaminación ambiental, en una comunidad de alfareros de la provincia de Cotopaxi.

Los chachis y los awa –dos grupos indígenas ecuatorianos– manejan el tiempo de formas diferentes, de acuerdo con su organización socio-política. La actitud de los chachis permite una manipulación del pasado por los actores del presente, mientras los awa intentan desligarse de todo vínculo con el pasado. Esto es analizado por José Antonio Figueroa.

Pablo Guerrero Gutiérrez, en su afán por encontrar documentos que permitan un mejor conocimiento e la música en el Ecuador, señala la posibilidad de estudiar el tema en diversas fuentes: manuscritos, documentos mecanografiados e impresos, materiales arqueológicos, tradición auditiva, etc. Raúl Garzón Guzmán, en cambio,

trata sobre un instrumento musical poco conocido en nuestro medio y cuyo uso se da entre los grupos campesinos del austro ecuatoriano: la chirimía.

Para José Echeverría Almeida, investigador asociado del IOA, la antropología económica posibilita comprender mejor los hechos de las sociedades pasadas, valorizar lo andino, aceptar críticamente los aspectos foráneos, a la vez que permite a las comunidades definir sus formas de transformación, de acuerdo a su propia racionalidad.

Importantes estudios arqueológicos, de diversas regiones del país, ofrecen: Tamara L. Bray, sobre la conexión prehispánica de Pimampiro con la región amazónica, a través de la Cordillera Real; Patricio Moncayo Echeverría revela el descubrimiento de nuevas estructuras piramidales truncas en la provincia de Morona Santiago; A. Jorge Arellano, mientras tanto, examina el material lítico encontrado en trabajos realizados en la provincia de Chimborazo.

También en el campo de la arqueología, Byron Camino hace una novedosa propuesta para el estudio de la arqueofauna, especialidad poco desarrollada hasta ahora; y, Alfredo Santamaría manifiesta que la cerámica es uno de los indicadores de cambios que se dan en las comunidades productoras de esos bienes, lo cual ayuda al estudio y mejor comprensión del pasado.

De un concurso a nivel escolar, realizado por el IOA, los trabajos ganadores corresponden a las niñas indígenas Gladys Cuschagua, en el tema *Centenario de la muerte de Miguel Egas Cabezas*, y a Alexandra Lema el tema *¿Por qué a Otavalo se le llama «Valle del Amanecer»?* En los dos casos, se refleja la forma en la cual los niños van tomando conciencia de asuntos relacionados con temas de importancia local.

Contenido

Carlos Alberto Coba Andrade. Persistencias etnoculturales en la fiesta de san Juan en Otavalo

Hernán Jaramillo Cisneros. El desarrollo de la actividad artesanal en Otavalo
IADAP. Promoción artesanal: una experiencia desde la comunidad

José Antonio Figueroa. Historización o tiempo fundacional: centralización política chachi y estrategias autonómicas del grupo awa

Pablo Guerrero Gutiérrez. Localización de algunas fuentes documentales para la historia de la música en el Ecuador

Raúl Garzón Guzmán. Acercamiento a la chirimía

José Echeverría Almeida. La antropología económica, puntal de la arqueología, en

la elucidación de lo prehispánico

Tamara L. Bray. Vínculos andino-amazónicos en la prehistoria ecuatoriana: la conexión Pimampiro

Patricio Moncayo Echeverría. Nuevas estructuras piramidales truncas en la margen izquierda del río Upano, provincia de Morona Santiago

A. Jorge Arellano. Análisis preliminar del material cultural lítico del sitio CHM-1, provincia de Chimborazo, Ecuador

Byron Camino. Propuesta teórico-metodológica para enfrentar y desarrollar un estudio de arqueofauna

Alfredo Santamaría. Análisis cerámico

Gladys Cushcagua. Centenario de la muerte de Miguel Egas Cabezas

Alexandra Lema. ¿Por qué a Otavalo se le llama «Valle del Amanecer»?

NÚMERO 21

Agosto de 1995

Marcelo Valdospinos Rubio

Presidente del IOA

Hernán Jaramillo Cisneros

Director de Sarance

Presentación

El Instituto Otavaleño de Antropología (Ecuador) y la Universidad de Nariño (Colombia) en el marco de colaboración académica e investigativa firmado entre las dos entidades años atrás, organizaron y desarrollaron en Otavalo el **Seminario Binacional de Creatividad**, durante los días comprendidos entre el 26 y el 28 de abril del año en curso.

Al borde del próximo milenio, todos hemos entendido la necesidad de instaurar espacios para la creación de un lenguaje holístico, porque estamos cansados de un lenguaje lineal, unidireccional, lenguaje que al propiciar el cruce de saberes, posibilite y reafirme los lazos de hermandad y solidaridad entre los pueblos.

El tema de la **CREATIVIDAD** se ofrece como una nueva alternativa, en el afán que nos anima de preparar el futuro, ofreciendo nuevos paradigmas que permitan asomarnos al mundo con nueva fe y nueva esperanza, encontrando las maneras de crecer y desarrollarnos en lo que somos, sin perder una parte de nosotros en el camino.

Las naturales limitaciones propias de todo evento de esta índole, nos obligaron a reducir el espacio a un ámbito temático específico, entendiendo, eso sí, que la búsqueda es, porque la Creatividad atraviese todos los espacios del ~~acontecer~~ humano e involucre la vida del hombre y de los pueblos.

Las ponencias abordaron las siguientes temáticas:

- Estética y saber como espacios lúdicos y creativos
- Marco referencial de aproximación al acto creativo
- Ayahuasca: imagen de un saber
- El juego como opción pedagógica para estimular el desarrollo creativo
- Mito, canto y creación entre las mujeres canelos del Alto Amazonas ecuatoriano
- Creatividad y cultura popular

Desde siempre supimos que nuestro pequeño intento se estrellaría contra una montaña. La vieja novedad de la temática admite multitud de enfoques, imposibles de ser agotados en un Seminario. Desde siempre supimos que no es fácil compensar tantas ansiedades, como nacen de querer encontrar respuestas, sobre un asunto en donde sólo hemos podido hacernos un inventario de interrogantes.

Sin duda que hubo espacio para los naturales índices de discrepancia conceptual o metodológica; pero entendimos que los planteamientos propuestos, son sólo algunos enfoques, a partir de los cuales pueden interpretarse los múltiples ámbitos que integran el tema de la creatividad.

Estas memorias son apenas el comienzo de un largo itinerario, en donde deben fomentarse, entre otros, los aportes implicados en el cruce de saberes a que pudimos aproximarnos en el Seminario. Las dos entidades nos sentimos comprometidas en este esfuerzo, estimuladas por el éxito alcanzado, pero entendiendo que los éxitos se desvanecen cuando se colocan como un trofeo sobre un pedestal; pero se potencian y crecen cuando se asumen como un peldaño dentro de una secuencia inagotable.

Esa es la esperanza que animó el Seminario; esa la fe que llevan sus memorias.

Contenido

Clara Luz Zúñiga Ortega. Presentación

Álvaro Urbano Bucheli & Hernán Jaramillo Cisneros. Acto inaugural

Clara Luz Zúñiga Ortega. Estética y saber como espacios lúdicos y creativos.

María Teresa Álvarez Hoyos. Marcos de referencia de aproximación al acto creativo

Javier Lasso Mejía. Ayahuasca: imagen de un saber

Mauricio Verdugo Ponce. El juego como opción pedagógica para estimular el desarrollo creativo.

Oswaldo Granda Paz. Mito, canto y creación entre las mujeres canelos

Carlos Alberto Coba Andrade. La creatividad en la cultura popular

Marcelo Valdospinos Rubio, Gustavo Báez Tobar & Rafael Herrera. Acto de clausura

Lista de participantes

NÚMERO 22

Octubre de 1995

Marcelo Valdospinos Rubio

Presidente del IOA

Hernán Jaramillo Cisneros

Director de Sarance

Presentación

Una vez más, el Instituto Otavaleño de Antropología presenta su publicación oficial, la revista *Sarance*, la cual contiene varios artículos novedosos en el contexto de las ciencias sociales en que desarrolla sus principales actividades.

De los artículos que se publican, varios tienen relación con la región de Otavalo, donde tiene su sede el IOA, mientras otros abarcan zonas más amplias o temas de innegable interés científico.

El tema de la etnicidad, visto como un componente de los procesos urbanos contemporáneos, es tratado por José Almeida Vinuesa; mientras René Minnaar lo hace desde la óptica de la interacción entre identidad étnica y manipulación e incorporación de elementos de culturas ajenas, por parte de los indígenas de Otavalo.

José Echeverría Almeida, con su artículo «Soy un grano de maíz botado en el chaquiñán», hace un análisis de las metáforas utilizadas por indígenas y campesinos, estudio que ayuda a comprender mejor la experiencia interior de la gente de la región de Otavalo.

El indígena, elemento componente de la naturaleza, descubre los vehículos naturales para penetrar en los niveles profundos del conocimiento, es lo que nos revela el artículo de Guillermo Zúñiga Benavides.

La creatividad entre los habitantes indígenas de Otavalo y la interacción entre cultura

y tradición, es analizada por dos grupos de estudiantes de la Universidad de Nariño, Colombia.

El bordado como parte importante de los adornos en la indumentaria indígena de Otavalo, es enfocado en el artículo de Hernán Jaramillo Cisneros. El trabajo forma parte de los estudios que sobre artesanías regionales ha realizado el autor.

Un rol importante en la vida social y cultural de las personas creyentes cumplen los «consejeros sociales» o «charlatanes», en el centro histórico de la ciudad de Quito. El tema es ampliamente tratado por Susan Engel.

En el campo de la arqueología, Marco Vargas ha realizado investigaciones en el sector de Morán, provincia del Carchi. Con el presente trabajo revela nuevas evidencias de la presencia de la etnia pasto en el sector norte del Ecuador.

Carlos Alberto Coba Andrade aporta con un artículo sobre la creatividad en uno de los ritmos musicales tradicionales del Ecuador: el pasillo. Esta ponencia fue presentada en el Congreso Internacional: «Encuentro de estudios e interpretación musicológica del pasillo en América», organizado por el Departamento de Desarrollo y Difusión Musical del Cabildo Metropolitano de Quito, en septiembre del presente año.

Contenido

José Almeida Vinuesa. La etnicidad como principio político activo en el urbanismo latinoamericano: el caso de Otavalo, Ecuador

Reneé Minnaar. Interacción entre etnicidad y género: ser hombre o mujer indígena en Otavalo (Ecuador)

José Echeverría Almeida. «Soy un grano de maíz botado en el chaquiñán»

Guillermo Zúñiga Benavides. El camino indígena del conocimiento

Bernarda Pupiales de Verdugo, Iván Bravo Ortega & Mauricio Verdugo Ponce. Cultura y creatividad en la región de Otavalo

Isabel Benavides, Stella Salgado O., Juanita Melo Bastidas & Javier Lasso Mejía. Otavalo: cultura, tradición y pueblo

Hernán Jaramillo Cisneros. El bordado en la indumentaria indígena de Otavalo

Susan Engel. Los consejeros sociales llamados charlatanes en el centro histórico de Quito

Marco Vargas A Investigaciones arqueológicas en el sector de Morán, provincia del Carchi. Nuevas evidencias arqueológicas de la etnia pasto

Carlos Alberto Coba Andrade. El pasillo: forma musical de creatividad popular

NÚMERO 23

Agosto de 1996
Marcelo Valdospinos Rubio
Presidente del IOA
Patricio Guerra Guerra
Director de Sarance

Presentación

A partir de este número, la revista *Sarance* incorpora a su Comité Editorial a dos jóvenes profesionales otavaleños, el sociólogo Mario Conejo y el antropólogo Marco Andrade. Su vasta preparación científica y amplio conocimiento de la problemática social ecuatoriana constituirán un valioso aporte a esta publicación.

El presente número consta de dos partes: la primera en la que se destacan los trabajos de los siguientes investigadores asociados del Instituto Otavaleño de Antropología: «Árboles, manantiales y cerros sagrados en los andes septentrionales del Ecuador» de José Echeverría Almeida; «Música y danzas de la sierra norte del Ecuador» de Carlos Coba Andrade, y «El trabajo textil de Peguche» de Hernán Jaramillo Cisneros. A ellos se suman dos temas que rebasan aspectos nacionales: «Cultura y salud reproductiva, el caso de las inganas urbanas» de Rubén Darío Guevara, antropólogo de la Universidad del Valle, Colombia, y «Oralidad y estética entre los huitotos colombianos» de Clara Luz Zúñiga, profesora de la Universidad de Nariño, Colombia.

La segunda parte recopila los trabajos expuestos en el Segundo Seminario Binacional de Creatividad, organizado por el IOA y la Universidad de Nariño en el pasado mes de mayo.

También aparece la convocatoria al Primer Congreso Ecuatoriano de Antropología a efectuarse en Quito del 28 al 31 de octubre de 1996, y el primer boletín informativo del 49º Congreso Internacional de Americanistas, suscrito por Segundo Moreno Yáñez, Secretario Ejecutivo de tan importante cónclave.

La biblioteca del IOA entrega un listado de autores y artículos publicados en la revista *Sarance*, (1 al 22).

Ratificamos nuestra fe en esta revista que naciera en octubre de 1975, y que en forma regular continúa divulgando los trabajos de investigación y con ellos conocimientos y metodologías novedosas.

Contenido

Patricio Guerra Guerra. **Presentación**

José Echeverría Almeida. Árboles, manantiales y cerros sagrados en los andes septentrionales **del Ecuador.**

Carlos Alberto Coba Andrade. Música y danzas de la sierra norte del Ecuador.

Hernán Jaramillo Cisneros. El trabajo textil de Peguche.

Rubén Darío Guevara O. Cultura y salud reproductiva. El caso de las inganas urbanas

Clara Luz Zúñiga Ortega. Oralidad y estética entre los huitotos colombianos.

Segundo Moreno Yáñez. El 49º Congreso Internacional de Americanistas

Mireya Uzcátegui de Jiménez. Había una vez una pedagogía...

Álvaro Zambrano. Arte popular como proceso pedagógico de creatividad

Pablo Santacruz Guerrero. Glosas a una pedagogía del sujeto

Carlos Alberto Coba Andrade. El corro infantil: una propuesta de creatividad de la sierra norte del Ecuador

Clara Luz Zúñiga Ortega. Creatividad y pedagogía o una vieja propuesta para los nuevos tiempos

Segundo Seminario Binacional de Creatividad

NÚMERO 24

Octubre de 1997

Marcelo Valdospinos **Rubio**

Presidente del IOA

José Echeverría **Almeida**

Director de Sarance

Presentación

El estudio del **pasado tiene sentido**, si las experiencias de las generaciones anteriores iluminan el presente y el futuro. No se puede pensar el futuro en divorcio con el pasado y el presente; **tampoco podemos** dar sentido al presente sin mirar el pasado y avisorar el futuro. **Especialmente hoy**, que necesitamos un reencuentro del ser humano con la naturaleza **se hace urgente** una revalorización de la sabiduría ancestral que nos devuelva la **conciencia de que** aún necesitamos de este planeta y que el planeta no necesita de **nosotros**, como señala Betty Meggers en el artículo «El verdadero significado de El Dorado». Durante cinco siglos, los americanos hemos seguido adherentes al mito de El Dorado, porque soñar es más fácil que enfrentar la realidad.

Hoy, es tiempo de despertar y construir El Dorado con la sabiduría de nuestros mayores.

Precisamente, Pablo Morales, en el artículo «El hombre y sus relaciones adaptativas en bosques pluviales: uso del páramo andino y la selva amazónica –DIVA-ECUADOR» nos llama a una reflexión para que los occidentalizados participemos de las experiencias del nativo andino-amazónico para racionalizar el uso de los recursos naturales. El diálogo intercultural y el respeto por el «otro» deben orientar el uso de los recursos no renovables.

Continuando con las reflexiones anteriores, el trabajo «La problemática de la alteridad en la arqueología ecuatoriana» permite observar nuestra actitud frente al «otro» colonial y prehispánico. ¿Qué es para nosotros el pasado? ¿Qué importancia les damos a los antepasados? ¿Qué actitud ha tomado el Estado frente al patrimonio cultural de la nación?

«Introducción a la prehistoria de la cuenca del Plata Oriental» de Jorge Rodríguez, nos permite enriquecer nuestra visión del paleoclima sudamericano con las experiencias de Uruguay y sus más antiguos asentamientos.

Paulina Ledergerber-Crespo escribe «Implicaciones de las ofrendas en un cementerio Jambelí, en la costa del Ecuador», un informe preliminar resultado del análisis interdisciplinario de los artefactos asociados con enterramientos humanos excavados por Douglas Ubelaker en San Lorenzo del Mate, provincia del Guayas, en 1974. Este artículo complementa uno similar publicado por la autora en 1992.

La sierra central, un poco olvidada por los arqueólogos, se ve enriquecida con el aporte de Jorge Arellano: «Implicaciones del medio ambiente del Pleistoceno Tardío y Holoceno Temprano, para la ubicación de ocupaciones humanas precerámicas en la sierra central del Ecuador»; un estudio básico para poder inferir sobre la más antigua ocupación de estas tierras por parte del ser humano, pues se pensaba que en esos periodos todo estaba cubierto de hielo y era inhabitable por la actividad volcánica. El trabajo de campo se realizó entre 1989 y 1992. El segundo trabajo de Arellano «La cerámica formativa del sitio El Tingo (BA-1), provincia de Bolívar, Ecuador», presenta el análisis del material cerámico como prueba del carácter temprano de este asentamiento que lo correlaciona con los elementos culturales formativos conocidos para la sierra central y sur del Ecuador. Lo sobresaliente de este asentamiento es su ubicación geográfica, a 3000 msnm, en la orilla occidental del río Chimbo, un sitio importante de interacción costa-sierra.

La sierra norte del Ecuador, tiene nuevos aportes. Cristina Muñoz escribe «Las investigaciones arqueológicas en el área septentrional andina norte: antecedentes y

propuestas». Hay un estado de la cuestión y la sugerencia de continuar con las investigaciones arqueológicas con un carácter multi e interdisciplinario y seleccionando subáreas geográficas específicas, como las cejas de montaña, que podrían proporcionar información importantísima sobre la relación tierra altas-tierras bajas.

Un trabajo clásico constituye el aporte de John Stephen Athens «Etnicidad y adaptación. El período tardío de la ocupación Cara en la sierra norte del Ecuador». El objetivo de este estudio es presentar argumentos sobre la importancia de la etnicidad como una estrategia de adaptación para el período tardío de la cultura Cara en la sierra norte del Ecuador. Las reflexiones sobre la importancia del comercio e intercambio regional durante el período tardío, considerado a partir de las evidencias materiales, señalan que existió un intercambio mínimo y que la cultura Cara fue una sociedad relativamente cerrada, respondiendo poco o nada a los estímulos fuereños para su desarrollo o funcionamiento, pese a la proximidad geográfica de otros grupos sociales.

César Toapanta nos ofrece un informe preliminar, resultado de un trabajo de arqueología de salvamento realizado para INECEL (Instituto Ecuatoriano de Electrificación), por la construcción de la represa Apaquí, en la margen norte del río Chota, cantón Bolívar, provincia del Carchi. Los datos expuestos sobre los antiguos asentamientos detectados en esta área servirán para entender un poco más la interacción existente entre los antiguos asentamientos ubicados en el valle del Chota-Mira y lugares cercanos.

Contenido

José Echeverría Almeida. Presentación

Betty J. Meggers. El verdadero significado de El Dorado

Pablo Morales Males. El hombre y sus relaciones adaptativas en Bosques Pluviales: uso del páramo andino y la selva amazónica DIVA-ECUADOR

José Echeverría Almeida. La problemática de la alteridad en la arqueología ecuatoriana

Jorge Amílcar Rodríguez. Introducción a la prehistoria de la cuenca del Plata Oriental

Paulina Ledergerber-Crespo. Implicaciones de las ofrendas en un cementerio Jambelí, en la costa del Ecuador

A. Jorge Arellano. Implicaciones del medio ambiente del Pleistoceno Tardío y Holoceno Temprano para la ubicación de ocupaciones humanas precerámicas en la sierra central del Ecuador

A. Jorge Arellano. La cerámica formativa del sitio El Tigo (BA-1), provincia de Bolívar, Ecuador

Cristina Muñoz. Las investigaciones arqueológicas en el área septentrional andina norte: antecedentes y propuestas

John Stephen Athens. Etnicidad y adaptación. El período tardío de la ocupación Cara en la sierra norte del Ecuador

NÚMERO 25

Diciembre de 2006

Fermín H. Sandoval

Director de Sarance

Presentación

El Instituto Otavaleño de Antropología, en los últimos años, ha centrado la atención de sus actividades en dos vertientes de investigación: la primera, denominada de imaginarios urbanos, recolecta la cultura viva en los protagonistas (adultos mayores), de este ámbito da cuenta *Testimonio*, periódico de circulación total. La segunda, dedicada al análisis metódico y sistemático de los datos, encuentra voz en la *Revista Sarance*; en este año conmemorativo de su trayectoria, el Centro Regional de Investigaciones de la Sierra Norte del Ecuador, después de impulsar la creación de la Universidad de Otavalo y mantener su función, reafirma su interés por responder las diversas interrogantes que plantea el quehacer científico contemporáneo, con más firmeza por el mismo hecho de afrontar la tarea de transmitir conocimientos en las aulas, máxime cuando se aspira renovar el medio e inspirar el protagonismo a cada uno de los actores sociales.

Estos primeros cuarenta años del IOA reseñan el empeño de una organización dedicada a la Antropología Cultural, sus publicaciones testifican el trabajo de docenas de investigadores. Otavalo, por este medio, alcanza un reconocimiento no solo como un gran mercado para visitar no solo los fines de semana, o un sitio de recolección de datos, sino que la actividad del IOA creó un cuño académico, latente en varios conceptos y propuestas actuales en la sociedad ecuatoriana, así mismo imprimió el nombre del cacique Otavalo, no solo como referencia que diera de unas tierras el adelantado Sebastián de Benalcázar, sino como sello editorial para importantes libros bien recibidos en las estanterías de las bibliotecas universitarias europeas y americanas.

Los aportes de la Antropología cultural se pueden apreciar en diferentes campos y aunque no pocos afirman la crisis de estos estudios hay que subrayar la actualidad

de las investigaciones sobre el hombre, de manera particular, los que tienen relación con la ética y la moral, que en nuestros días basa la atención y ha convertido a la problemática en nudo gordiano.

La investigación, la divulgación y la enseñanza constituyen los ítems objetivos de los estudios universitarios y caerían en el vacío si las comunidades no fueran afectadas por los mismos, igual que en las personas humanas las acciones no son simplemente transitorias o transeúntes (*facere*) sino que son inmanentes y con cada una se hace el sujeto (*agere*). Las contribuciones que reclaman las comunidades a los centros universitarios son permanentes y la esclerosis que muchas veces las afligen son consecuencias de la ausencia del trabajo universitario. La responsabilidad que pende sobre los centros educativos superiores está en relación con los tiempos y los espacios determinados deben proponer y propender soluciones a la problemática que advenga.

El departamento de publicaciones del Instituto Otavaleño de Antropología y la Universidad de Otavalo, propone en esta ocasión algunos artículos: se reflexiona sobre el tema de la religión como elemento que configura la existencia de cada hombre y por ello de la sociedad, se trata sobre Otavalo en el siglo XVI, la interculturalidad, las implicaciones socio-culturales de la migración en Otavalo, una aproximación económica otavaleña y su impacto cultural y las concepciones mestizas del indígena urbano. Incorporamos un homenaje a la ciudad de Ibarra, capital de la provincia de Imbabura, en su cuarto centenario de fundación, unas palabras con ocasión del cuadragésimo aniversario de fundación del Instituto Otavaleño de Antropología y una opinión sobre la cultura del cine y la industria que la promueve. Adjuntamos, también, unas indicaciones para quienes en lo posterior tengan a bien enviar sus colaboraciones para publicarlas en este medio.

Nuestro reconocimiento a todos los autores de los artículos, que en esta ocasión publicamos, de forma particular a los profesores Magdalena Ćeniadecka-Kotarska del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad de Łódź, Óscar Rosero de la Rosa de la Universidad de Nariño, Esben Leifsen del Instituto de Antropología Social de la Universidad de Oslo, quienes años atrás confiaron sus artículos para la revista *Sarance*.

El deber y el empeño de cada docente de la Universidad de Otavalo y de los investigadores del Instituto Otavaleño de Antropología, irreducible a la simple nemotécnica, buscan establecerse como compromisos permanente, y serán parte del pulso de la joven universidad, lo cual se podrá medir en pocos años más, cuando sus egresados desempeñen el protagonismo al que están convocados y por el cual se preparan. Por ello nuestra gratitud a los estudiantes que honran las aulas y que son los herederos del patrimonio de varias generaciones, quienes acuñaron el término

Otavalo como vocablo digno de la dedicación académica y universitaria, justo homenaje para un pueblo y su gente.

Índice general

Fermin H. Sandoval. Presentación

Fermin H. Sandoval. La religión como virtud y sus relaciones en el pensamiento moral de Tomás de Aquino

Fernando Jurado Noboa. Otavalo en el siglo XVI

Luis De la Torre. La interculturalidad desde la perspectiva del desarrollo social y cultural

Magdalena Ćeniadecka-Kotarska. Implicaciones socio-culturales de las migraciones indígenas en el norte del Ecuador

Óscar Rosero de la Rosa. Aproximación a la economía otavaleña y su impacto cultural

Esben Leifsen. Concepciones mestizas del indígena urbano en Otavalo

Susana Cordero de Espinosa. Desde Otavalo, como homenaje a la ciudad de San Miguel de Ibarra, en el cuarto centenario de su fundación

Fernando Tinajero V. Cuadragésimo aniversario del IOA

José Zambrano Brito

Ecuador: la cultura del cine y el nacimiento de una industria

Parámetros para la publicación.



REVISTA SARANCE – EXTRAORDINARIA

NÚMERO I

Julio de 1976

Homenaje póstumo al doctor Enrique Garcés Cabrera 1906 - 1976

Presentación

Sin elaborar análisis críticos sobre su variada obra, se hacía necesario rendir un homenaje generacional al Dr. Enrique Garcés, por su invariable y ejemplarizadora querencia telúrica a Otavalo y hemos querido rendir ese homenaje con las voces e imágenes de quienes lo conocieron; de quienes, más que nosotros, dicen de su eterna vocación de chagra, de chagritud, que no de chagrería.

El Dr. Enrique Garcés, en vida siempre quiso ir a convertirse en tierra –allpayagrina-; la muerte lo está convirtiendo en polvo –allpayacuna-. Como otavaleños reclamamos el derecho de que un día, convertido ya en tierra, –allpayashca-, retorne para siempre a su Allpa Mama, la tierra otavaleña, mama grande de todos.

Un homenaje justo para quien vivió, con exceso de sueños unas veces –soñador siempre-, con la iluminada presencia de su Taita Imbabura, en permanente y creciente amor a su pueblo, es esta selecta colección de artículos que dan fe de su «enorgullecedora dignidad».

Plutarco Cisneros A.,

Contenido

Benjamín Carrión. Enrique Garcés, médico y duende como Espejo

Alejandro Carrión. En memoria de Enrique Garcés

Alfonso Cisneros Pareja. Semblanza del Dr. Enrique Garcés Cabrera

Laura de Crespo. Recordando a Enrique Garcés

Fernando Chaves. Enrique Garcés

Jaime Chávez Granja. Añoranzas, recuerdos, evocaciones

Ricardo Descalzi. Enrique Garcés, médico y escritor

Gustavo Alfredo Jácome. Enrique Garcés, nuestro lúcido alucinado

Alfredo Pareja Diezcanseco. Evocación de Enrique Garcés

Marcelo Valdospinos Rubio. Un enamorado de Otavalo: Enrique Garcés C.

Eduardo Villacís M. Despedida para un duende

Juan Viteri Durand. Enrique Garcés o el genio de la simpatía

Álvaro San Félix. Garcés, soñador de una generación

Enrique Garcés Cabrera. Otavalo en el corazón

NÚMERO II

Octubre de 1976

Memorias de Segundo Manuel Jaramillo

Presentación

Hermosas páginas estas, escritas por don Segundo Manuel Jaramillo, y más que escritas, vividas como protagonista y testigo de una época. Tienen la sabrosura de la confianza paternal, contada en el regazo familiar, frente al fuego. Su autor, - varias veces bisabuelo- narra con firmeza y nostalgia, anécdotas y situaciones envueltas en dolorosa añoranza. Al leerlas, pensamos en los tiempos que no debieron perderse tan abrupta y definitivamente, como también en la gratitud que debemos a quien nos sumerge en un Otavalo de rancio abolengo con magistrados, militares, damas elegantes, chalanes, bolsiconas y fiestas patrias. Toda la vida y la muerte de una ciudad y sus habitantes refugiados ahora en la sombra del ayer o en la ingenua ironía del apodo.

Esta «reconquista del tiempo perdido» llega a exigimos un lugar que le impida ser devorada por el olvido. Sus MEMORIAS emergen del pasado para contarnos de la pasión cívica que otavaleños, hace tiempo desaparecidos, tuvieron por la parcela herencial y como consiguieron sus glorias y soportaron sus padecimientos.

«Yo no soy escritor —afirma don Segundo Manuel disculpándose- pero son cosas que merecen no se borren por el tiempo»; y, nosotros añadimos que esta obra presentada por el Instituto Otavaleño de Antropología a un pueblo que necesita reencontrar sus raíces y afirmarse en ellas, es un testimonio rebotante de amor por la tierra nativa, en donde Otavalo vuelve vestido de gala, para demostrarnos que siempre fue una ciudad con señorío. Amándola como fue podremos amarla como es y como quisiéramos que fuera.

Carlos Benavides Vega

NÚMERO III

Febrero de 1978

Memorias de Segundo Manuel Jaramillo (Segunda parte)

Presentación

Cuando, hace un año, en Instituto Otavaleño de Antropología, entregó con

beneplácito las MEMORIAS de don Segundo Manuel Jaramillo, no sospechábamos que este venerable anciano, -nobilísimo tronco de honorable familia- tuviera aún recuerdos inéditos para contarnos, por lo que al recibir otra entrega de hechos rememorados con amenidad y certeza, nos hemos sorprendido agradablemente. Noble labor ésta, de difundir los testimonios del pasado otavaleño en la prodigiosa memoria de don segundo Manuel que vuelve a volcarse caudalosa recreando nombres, hechos, circunstancias y fechas de un pueblo rico en su pasado como prometedora en su futuro. Esta vez nos entrega un índice de personajes y sus logros en bien de la ciudad; variado friso de hombres y mujeres que en distintos años sirvieron con su trabajo silencioso para que Otavalo conservara su personalidad y dinamismo. Seres que pudieron desaparecer en el injusto olvido de nuevas generaciones, pero que ahora, gracias a la increíble memoria de este octogenario autor, han sido rescatados para darnos ejemplo de su vida y obra.

«La distinción de tan alto nivel que me prodigó el IOA y la gran acogida pública que tuvo mi anterior librito, me ha dado el suficiente valor para hacer un anexo con las siguientes memorias, escenas, costumbres y personas que he recordado después, sin el ánimo de molestar en lo más mínimo a las familias y sólo con la idea de ser útil a mi tierra natal, para que no queden en el olvido estos hechos, ya que las buenas mentalidades existentes no lo han hecho» –nos confiesa don Segundo Manuel, y sabemos que tiene razón de afirmarlo-. Sus remembranzas son un emporio del que no quiere excluir nada de lo que fue el Otavalo de antaño, convirtiéndose así en un archivo viviente de la ciudad.

Esta segunda parte de sus MEMORIAS es motivo de congratulación para todo un pueblo, porque constituyen un registro minucioso de aquello que ignorábamos o estábamos a punto de olvidar; y, pueblo sin memoria es pueblo sin pasado o que ha renunciado a su herencia cultural y humana. Con ellas podemos gozar del caudal disímil como torrentoso de una mente lúcida a pesar de los años, que cumple así un compromiso con quienes vemos en su trabajo, elogio, canto y réquiem al pasado, que por haber sido mejor nos obliga a ser más buenos y dignos.

Carlos Benavides Vega

NÚMERO IV

Noviembre de 1980

Memorias de Segundo Manuel Jaramillo (Tercera parte)

Presentación

Me considero con suerte al haber podido conocer desde un comienzo los manuscritos

que don Segundo Manuel Jaramillo ha venido entregando al Instituto Otavaleño de Antropología para su publicación. Cuando en 1976 prologué su primera entrega de MEMORIAS me admiró encontrar en el trabajo de tan venerable anciano un recio caudal de recuerdos que superaba cualquier imaginación. En ella se remontaba a épocas infantiles, a guerras civiles, a familias de abolengo como también a la reminiscencia de artesanos, arrieros o estanquilleros que deambularon por las calles luminosas del pasado.

Me admiró, repito, esa minuciosa invocación lograda en el silencio de una memoria prodigiosa que aún se mostraba lúcida y concreta. Pensé entonces que la persona y fascinante cantera de donde había extraído tan rico tesoro estaba agotada; pero me había equivocado, porque mi sorpresa fue mayor en 1978, este añoso tronco de honorable familia, de cabeza blanca y mirada profunda, volvió a entregarnos un nuevo trabajo que continuaba el anterior enriqueciéndolo con abundantes datos, perdidas anécdotas y numerosos nombres rescatados del olvido; en ellas volvían el Instructor de chiquillos, los músicos de la banda, la partera, la hacedora de pan y de milagros, al igual que el magistrado o el párroco, quienes regresaban al conjuro de una voz singular que les había ordenado como a Lázaro: «¡Levántate y anda!». Y ellos habían obedecido tornando a la realidad de nuestro medio vital para emparentarse con nuestra necesidad de raíces y de sustancias que nos ligen al terruño.

La admiración inicial se transformó en sorpresa, y ésta en asombro, ahora en 1980, cuando don Segundo Manuel nos entrega un nuevo aporte de MEMORIAS. Cuando la fuente, el manantial o la mina parecían exterminados y que ya nada podía extraerse de sus socavones auríferos, este «joven abuelo» nos arrastra hacia el encuentro con seres medio ignorados o personalidades que ya poco recordamos. No ha cesado de escribir en silencio, sin arrogancia ni presunción. Ha vuelto a adentrarse solo en la cueva prodigiosa de su memoria y ha regresado cargado de una riqueza tradicional e histórica. Por ello nos felicitamos, de poder contar con este tercer folleto que ayuda al conocimiento de una población a la que amaron nuestros antepasados y a la que ahora nos ha tocado servir con apasionamiento y amar con devoción. Y aunque casi sin querer, don Manuel nos predice que estas serán sus últimas páginas, nos resistimos a creerlo. No vamos a caer en la celada de pensar que puede ser cierto, porque estamos seguros que el rato menos pensado este noble como envidiable anciano, que nos honra con su amistad y confianza, volverá a entregarnos otros manuscritos en los que volcará el caudal de sus experiencias y nostalgias. Estamos preparados para ello y lo esperamos con ansiedad. Volverá a internarse en su mina inagotable, y de ella volverá con nuevos cargamentos envueltos en la temura del tiempo que pasó.

Yo seguiré en la espera, y creo que todo Otavalo, también.

Carlos Benavides Vega

NÚMERO V

Octubre de 1983

**Homenaje en el centenario del nacimiento del ilustre escritor D. Isaac J. Barrera
1884 – 1984**

Presentación

Con este número extraordinario de la revista *Sarance*, el Instituto Otavaleño de Antropología, rinde homenaje a la benemérita figura de don Isaac J. Barrera, en el centenario de su nacimiento, en esta ciudad de Otavalo.

Barrera era un hombre de libros, un hombre de letras. Su actividad en los campos de la Historia, de la Literatura y del Periodismo, ha dejado profundas huellas. Aparte de sus obras --conocidas en los más altos ámbitos culturales del país-- escribió para diarios y revistas, entre las que se destaca la revista *Américas*, la de la Academia Nacional de Historia, la de la Sociedad Jurídico Literaria, la de la Sociedad Bolivariana del Ecuador, y, sobre todo, la de su revista letras, donde se formó el mejor grupo de poetas modernistas del Ecuador.

En los artículos que contiene esta revista, va el homenaje de Otavalo a ese mar inmenso de erudición y sabiduría que es Isaac J. Barrera, dicho en presente porque hombres como él, a través de su pensamiento, tienen vigencia plena, constante y cotidiana.

Contenido

Inés Barrera B. Desprendimientos íntimos (Pequeña biografía de mi padre)

Gustavo Alfredo Jácome. Don Isaac J. Barrera a través de mis recuerdos

Víctor Alejandro Jaramillo Pérez. Don Isaac J. Barrera, nuestro coterráneo

Aníbal Buitrón. Mi recuerdo de Isaac Barrera

Virgilio A. Chaves Valdospinos. A don Isaac J. Barrera en el centenario de su nacimiento.

Luis E. Ubidia Rubio. Don Isaac J. Barrera el escritor

Nieves Rodríguez de Bueker. Don Isaac J. Barrera

César Pavón S. Barrera y su yo social, Barrera y su yo político, Barrera forjador de la cultura

Marcelo Valdospinos Rubio. Centenario de don Isaac Barrera

Carlos Alberto Coba Andrade. Don Isaac J. Barrera periodista

Guillermo Moreano. Barrera: un recuerdo imborrable
José Ignacio Narváez. Quito Colonial.- Isaac J. Barrera

NÚMERO VI

Octubre de 1990
Homenaje a Otavalo

Presentación

El Instituto Otavaleño de Antropología tiene el honor de presentar el sexto número extraordinario de su revista *Sarance*, órgano oficial de la institución, como un homenaje a Otavalo en su CLXI aniversario de vida ciudadana.

En este número se publican variados temas de interés local. Ellos son: Evolución urbana de Otavalo, un estudio realizado por Álvaro San Félix, miembro de número de la entidad quien dado su profundo amor a Otavalo, entrega un nuevo aporte de carácter histórico acerca de nuestra tierra.

Luego consta la Nomenclatura de las nuevas calles de Otavalo, realizado por el Consejo Técnico del Instituto Otavaleño de Antropología, presidido por el Sr. Marcelo Valdospinos Rubio, e integrado por: Hernán Jaramillo Cisneros, Carlos Coba Andrade, José Echeverría Almeida y Patricio Guerra Guerra. Se añade la ordenanza mediante la cual el Municipio de Otavalo dispone su ejecución y una reseña de la nomenclatura de las anteriores calles de nuestra ciudad. Estamos seguros que este trabajo contribuirá al conocimiento por parte de profesores, alumnos y ciudadanía en general, sobre nuestro lugar natal.

El Sr. Patricio Acosta Cisneros, funcionario de la Dirección Provincial de Educación de Imbabura, nos entrega a continuación un estudio estadístico de la población estudiantil que se educa en los establecimientos primarios de nuestro cantón.

Para finalizar nos complacemos de poder dar a difusión las Memorias de D. Segundo Manuel Jaramillo las mismas que las escribiera poco antes de su sensible fallecimiento. Estamos seguros que esta recopilación de anécdotas otavaleñas constituirá una interesante lectura de grata recordación.

El IOA renueva los votos de fe en nuestro querido terruño y promete fielmente continuar velando por los más caros intereses de esta comarca. En igual forma extiende un cordial llamado a los organismos públicos y privados para que continúen brindando su ayuda con el fin de solucionar las múltiples necesidades de este pueblo

que reclama urgentemente su atención.

Contenido

Presentación.

Álvaro San Félix. Evolución urbana de Otavalo

IOA. Nomenclatura de Otavalo

Patricio Acosta C. Estadísticas de la educación primaria en Otavalo

Segundo Manuel Jaramillo. Memorias (1981)

NÚMERO VII

Octubre de 1992

500 años: 1492 -1992

Presentación

El Instituto Otavaleño de Antropología siente verdadera satisfacción de entregar al público este número extraordinario de la revista *Sarance*, el órgano oficial para la difusión de su pensamiento, con motivo de un acto verdaderamente trascendente: los 500 años de la presencia hispana en América.

Este suceso, que ha merecido criterios contrapuestos, según el punto de vista de quienes analizan el hecho, aquí es tratado con profunda seriedad por distinguidas personalidades del mundo cultural, que se dignaron responder favorablemente a un pedido del IOA para que expresaran su criterio sobre un tópico de este amplio tema. De veras lamentamos que otras figuras notables del pensamiento no hayan aceptado nuestro requerimiento, entre éstos, algunos indígenas de Otavalo.

Queremos ver al 12 de octubre de 1992 como una fecha propicia para la reflexión, para pensar en el aporte cultural, social y tecnológico que dieron los dos continentes que se encontraron a fines del siglo XV. Afortunadamente, las investigaciones realizadas por entidades como el IOA han permitido una mejor comprensión de la vida de los pueblos indígenas del pasado, al igual que a entender y respetar sus hechos culturales vigentes hasta el presente.

En el campo cultural, muchísimos son los aportes proporcionados por los castellanos a los entonces nuevos pueblos de América; de la misma forma, innumerables son las contribuciones de los pueblos amerindios a España. Fruto de esto es un rasgo que

pervive y es común a Latinoamérica: el mestizaje, en todos los órdenes, como resultado de la unión –violenta o pacífica- de nuestros comunes antepasados.

Que una visión desapasionada de este hecho histórico nos permita mirar con optimismo al futuro. Que desterremos la idea de que aún existen crueles conquistadores y desamparados colonizados. Es hora de que indígenas y mestizos trabajemos juntos por un Ecuador mejor.

Contenido

Presentación

Hernán Rodríguez Castelo. 500 años de mestizaje

Gustavo Alfredo Jácome. «Porqué se fueron las garzas» y los quinientos años

Samuel Guerra Bravo. Los indígenas y las formas reivindicativas de su cultura

Gonzalo Rubio Orbe. El descubrimiento de América

Cirilo Tescaroli. América Latina: 500 años de evangelización

NÚMERO VIII

Octubre de 1993

Alfonso Cisneros Pareja. Otavalo de ayer

Contenido

Patricio Guerra Guerra. Presentación

Personajes otavaleños

Dr. Miguel Egas Cabezas

Dr. Enrique Garcés Cabrera

Capitán Sixto Mosquera Pinto

Don Eliecer Páez Fernández

Sr. C. Ernesto Castro

Alfonso Chaves Torres

Tomás Abel Vargas Chávez

Sr. Héctor Andrade Valdospinos

Miguel Rueda

José Antonio Muenala

Agustín Almeida

Instituciones otavaleñas

Origen y creación del Instituto Nacional «Otavalo»

La «Sociedad Artística» decana de las instituciones sociales de Otavalo

El Club Social «24 de Mayo»

El Club Social y Deportivo «Otavalo»

El Club Social, Cultural y Deportivo «México»

La Benemérita Junta Cantonal de la Cruz Roja de Otavalo

Relatos breves

El café de Quimba

Un domingo en Quichinche

Apuros

Donde el brujo

Paludismo

Los Remaches

Escenario

Calle de «El Empedrado»

Acontecimientos varios

«Unidad Cívica»

Reclamo pidiendo garantías

Explicación necesaria

Doloroso acontecimiento

Contribución al progreso de Otavalo

El esquí acuático adquiere carta de otavaleñidad

NÚMERO IX

Noviembre de 1996

Homenaje a los integrantes de la Liga Cultural «José Vasconcelos»

Presentación

Con el presente número extraordinario de *Sarance* el Instituto Otavaleño de Antropología rinde un especial homenaje de admiración y afecto a Otavalo, con motivo de dos conmemoraciones cívicas importantes: su paso de Asiento a Villa, por decreto de la Junta Soberana de Quito, del 11 de noviembre de 1811; y, su elevación a categoría de Ciudad, mediante decreto del Libertador Simón Bolívar, del 31 de octubre de 1829. *Sarance*, en esta vez, reproduce artículos publicados en

la revista «Imbabura», Nos. 3-4 de la Liga «Vasconcelos», editada en 1928, y de «Ñuca Huasi», revista de gentes y cosas de Otavalo, que circuló entre 1953 y 1956.

En los primeros años de este siglo nacieron los autores de los artículos que hoy se vuelven a publicar; por medio de ellos nos llegan imágenes algo borrosas por el paso del tiempo, así como los anhelos, las quimeras, las ilusiones y los antiguos regocijos que vivió Otavalo, con la llegada del ferrocarril, primero, y con la fiesta del yamor, después.

Solo los otavaleños de perfecta memoria recordarán los nombres, las voces y los hechos aquí relatados, los cuales corresponden a la época en que los más altos y connotados intelectuales de Otavalo se agruparon en una institución que hizo historia: la Liga «Vasconcelos». De esa entidad formaron parte los autores de los artículos que se reproducen y cuyos nombres –injustamente– van cayendo en el olvido: Francisco H. Moncayo, José I. Narváez, Enrique Garcés, Víctor Gabriel Garcés, Fernando Chaves, Luis A. León, Víctor Alejandro Jaramillo, entre otros. En la revista «Imbabura» hay excelentes artículos de autores anónimos que rinden homenaje a Otavalo, tierra de maestros y escritores.

Algo del inexplicable sentimiento de los otavaleños a su tierra lo explica Enrique Garcés, en las siguientes frases:

«Hay ciertas tardes de ausencia que están lloviendo melancolías. El recuerdo proyecta en la pantalla de los párpados la casita blanca de los abuelos. El avergonzado montón de los juguetes viejos y destruidos. Sombras queridas que pasan... Hay un sabor de sangre en la boca. Y los labios se quedan tarareando tristemente

Imbabura de mi vida
Patria donde yo nací...»

Contenido

Presentación

Hacia el mar

Esfuerzo

De 1535 a 1928... Y?

Francisco H. Moncayo. Bordes eternos

Turismo

José I. Narváez. Por los contornos

F. de M. El salto de Peguche

La calle real

Enrique Garcés. Retazos

Artes e industrias populares

- V. G. Garcés.* El indio de Otavalo
Fernando Chaves. Escuelas para indígenas
V. G. Garcés. Filosofía de la choza
Enrique Garcés. Mensaje del yamor otavaleño
Francisco H. Moncayo. Chispazos de redención
Luis A. León. Las chichas y la chicha del yamor vistas a través de la historia
Enrique Garcés. Nuestra Señora de Otavalo
V. A. Jaramillo. Imaginería colonial en los retablos otavaleños
Enrique Garcés. Tío Antonio

NÚMERO X

Diciembre de 1996

Homenaje póstumo al Dr. Gonzalo Rubio Orbe **Presentación**

Hace dos años falleció el eminente indigenista y educador otavaleño Dr. Gonzalo Rubio Orbe. Su partida constituyó una pérdida dolorosa para su tierra el país. Las más destacadas autoridades nacionales y las instituciones a las que él perteneció, como la Academia de Historia, la Academia de Educación, le rindieron póstumos homenajes resaltando una vida llena de méritos existenciales y el aporte profundo a las ciencias sociales del Ecuador, y también una vida que se había constituido en un espejo en donde debían mirarse los jóvenes educadores, a que modelen su personalidad con la mística y ética que él supo imprimir a su carrera docente.

El IOA, con su vocación permanente a resaltar los valores de Otavalo, ha acogido la idea de los directivos de la Fundación «Gonzalo Rubio Orbe», para auspiciar la edición de un número especial de *Sarance*, que exaltara los valores de este insigne ecuatoriano, desde la óptica de importantes mentalidades ligadas a Imbabura y a la Fundación.

Ciertamente que la intelectualidad ecuménica del Dr. Gonzalo Rubio Orbe, constituirá un permanente reto a los organismos de investigación social a profundizar en el análisis de su producción académica en el espacioso mundo indigenista, pedagógico, histórico, antropológico, que él realizó durante toda su existencia.

Al Dr. Gonzalo Rubio Orbe le llegó la muerte inesperadamente, en momentos que cumplía sus labores cotidianas en la Facultad de Administración de la Universidad Central del

Ecuador. Desde esta dimensión su figura se acrecienta porque la concepción del deber fue una especie de **evangelio** en su profesionalidad.

Esta es una de las **primeras** entregas que sobre la docta figura del Dr. Gonzalo Rubio hace el IOA, luego vendrán otras, que permitan evaluar su inmensa cuota de cientificidad y la **contribución** al desarrollo del pensamiento nacional.

Contenido

Presentación

Julio Tobar Baquero. Dr. Gonzalo Rubio Orbe

Patricio Guerra G. Datos biográficos del Dr. Gonzalo Rubio Orbe

Enrique Ayala Mora. El legado de Rubio Orbe

Luis Andrade Galindo. Gonzalo Rubio Orbe una vida que perdura

Roberto Morales Almeida. Gonzalo Rubio Orbe: el docente

Marco Almeida Vimueza. Gonzalo Rubio Orbe: un intelectual maduro

Edwin Narváez R. Homenaje póstumo al Dr. Gonzalo Rubio Orbe

José Albuja Chaves. Gonzalo Rubio Orbe

Luis E. Ubidia Rubio. Personalidad de Gonzalo Rubio Orbe

Ramiro Ruiz. La historia ignora la línea recta

Georgina Machado. Doctor Gonzalo Rubio Orbe

Carmen Carrillo de Ubidia. El Dr. Gonzalo Rubio Orbe en el sesquicentenario de Otavalo

Piedad Montalvo. Homenaje póstumo al ilustre otavaleño Dr. Gonzalo Rubio Orbe

Marcelo Valdospinos Rubio. «Cuadernos Pedagógicos».



ENSAYOS LOCALES



LA FIESTA DEL YAMOR -CRÓNICA DE UN TESTIGO-

Autor: Edwin Narváez Rivadeneira

Editores: Instituto Otavaleño de Antropología & Universidad de Otavalo

Impresión: Ediciones Caracteres Impresos

76 páginas

Otavalo, 2006

Presentación

En el Ecuador en varios pueblos de la Costa, el amor a sus terruños se manifiesta a gritos; en Otavalo no, es más raizal y profundo, allí no se grita, más bien ese afecto se introspecta en el fondo del alma.

Por las calles mestizas de Otavalo - alero y barro- camina despacio Edwin Narváez, saluda con muchos y reparte sonrisas, no solo es amigo sino un viejo y entrañable maestro. Su figura parece consustancial con la piedra, con el rumor del agua, con las flores, con el hálito del IOA o de la Universidad de Otavalo y con ese agrio de la chicha del yamor.

Por todo eso, no extraña que Edwin haya metido su cuerpo entero en aquello del yamor, esto está en su inconsciente genético, pero traerlo desde las gramas entretejidas de la memoria, darle cuerpo a quinientos años de historia con una investigación rigurosa, no es nada fácil.

Ese milagro de amor con yamor la hace Edwin desde el animado fondo de su otavaleñidad sin tregua.

El yamor tiene ya partida de nacimiento; sin duda desde 1490 y gracias a las **acllas** o mujeres del Inca Huayna - Capac. Hoy está probado y así consta en el Boletín de la Academia de Historia del año 2001 que Coya Rava Ocllo – la madre de Atahualpa- tenía un 50% de sangre otavaleña.

Podemos imaginarnos –con apenas un ribete de ensoñación- entregando el Inca la chicha a su prometida, a sus familiares y a su corte poligámica.

Desde hace años he tenido la certeza de que el orgullo del indio otavaleño está enraizado en la conciencia colectiva de saberse pariente y ser de Atahualpa. Y además de su madre, de esa agnación que no admite réplica ni sospecha por lo profunda. Y quizás por ello, la chicha que hace medio milenio fuera sólo privativa de una elite, hoy es refugio de una inmensa comunidad.

Pero la chicha tiene **además otro simbolismo**, en esta vez no solo histórico, sino mágico, se relaciona con **todas las clases posibles de maíz** y cuando nuestra cultura se hizo mestiza, se la **vinculó al patrón San Luis**, el jerarca religioso de la ciudad.

¿Sería acaso prequechua o preinca el yamor? Si el maíz viene a ser la columna vertebral andina, es **una posibilidad histórica**, aunque los elementos que aportan Guamán Poma y Espinoza Soriano, respecto a su origen quechua, nos dejan más que satisfechos.

¿Rubor o malestar por no ser prequechua? Absurdo, el indio andino es casi igual en todo el mundo que él lo ha hecho a su medida en América. Las diferencias acercan, antes que separan.

Después queda un **largo paréntesis** en que el mestizaje de nuevo tonificó su esencia. La catalana Virgen de Monserrat – la famosa Virgen Morena- se hizo parte del mundo interno otavaleño. Ya en 1887 Adolfo Endara y Juan Nepomuseno Guzmán la reconocieron **edilmente como patrona** de la ciudad. Después doña María Rosanía, la primera reina oficial del yamor, puso con su apellido italiano otra nota más a ese bello paisaje, **herrumbrando y tonificando** con los más diversos matices de la pluri-identidad.

La identidad para nosotros los ecuatorianos y en especial para los otavaleños, no es la búsqueda de la fuente **purísima y falsa**. Es **más bien** el afanoso hallar de decenas de pedazos y de culturas **que conforman** ese mosaico de afuera y ese intríngulis de adentro, del yo interior. La **lucha es por armar** un rompecabezas, siempre bello y alucinante, **hermosamente impuro como un día lo pintara Alicia Alborno de Salazar**.

No puedo dejar de señalar que el otavaleño de ideas progresistas y avanzadas, no intentó jugar en el **último medio siglo**, con el fondo espiritual de la gente. Lo que está metido **quinientos o más años en el espíritu**, es quizás muy difícil de sacárselo. En este medio siglo **hay héroes civiles como Enrique Garcés o como Efrén Andrade** que hicieron del amor a Otavalo, **todo un Acto de Fe**.

El Yamor tuvo sus estancias **culinarias en muchas casas** del viejo Otavalo. Edwin Narváez rescata los nombres de **quince matronas** de la ciudad que hicieron de ese cultivo alimentario un **acto de amor a sus semejantes**. Cómo nos gustaría que quince nuevas calles de la ciudad **honraran a esas mujeres** que hicieron del trabajo y del buen gusto, una razón para vivir y para servir. Narváez pretende cambiar ciertos tonos de la fiesta, porque cambiar es **buscar crecimiento sin perder las costuras** del fondo ni la esencia histórico- cultural. Él está en la edad en que recordar es un placer y nos debe muchas cosas más a la colectividad. Por hoy, esta parte del año 2006 nos

deja un estupendo sabor y un voto agradecido a quien nos ha traído a la memoria toda una evocación compleja y magníficamente trazada del maíz, de esa gramínea que naciendo en Haití, ha saltado toda América hasta hacerse parte, en el sur de nuestro añorado Continente.

Fernando Jurado Noboa

Índice

Presentación

Introducción

Orígenes de la festividad: Antecedentes históricos

Aspecto religioso en la Fiesta de Monserrat

Primera Fiesta del Yamor en Otavalo

La Fiesta del Yamor se oficializa

El Comité de Damas

La Fiesta salió a las calles

El slogan del Yamor

Presupuesto empleado en el Yamor '67

Elección de la Soberana del Yamor

Reglamento para la elección de Reina del Yamor

Valiosa herencia de antepasados

Breve análisis acerca de la festividad a partir del cambio de 1967

Consideraciones y motivaciones para el cambio

Breve evaluación

Algunos análisis sobre la realidad cultural del Otavalo presente

Breves lineamientos en torno al Yamor

Sumarios para la formulación del Plan de Fiestas

Anexo No. 1.- Reinas del Yamor: 1953-2000

Anexo No. 2.- Directores Ejecutivos: 1967-2000

Bibliografía.

ESTUDIOS DE ARQUEOLOGÍA

Autor: Fernando Plaza Schuller

Editores: Instituto Otavaleño de Antropología & Universidad de Otavalo

Impresión: Ediciones Caracteres Impresos

208 páginas

Otavalo, 2006

Presentación

Las evidencias materiales monumentales que han quedado como mudos testigos de la incursión incaica (1495-1505 d. C.) son los *pucaracunas*, fortalezas o sitios fortificados, que son lomas naturales modificadas en su cima con muros o fosas, a efectos de defensa. Algunas tienen evidencias de habitaciones para refugio, almacenes o bodegas, posiblemente hechos con adobe o con cantos rodados. Pese a su importancia, estos rasgos arquitectónicos fueron poco estudiados hasta los años 70, cuando se consolidó el Departamento de Arqueología del Instituto Otavaleño de Antropología (IOA) con la participación de arqueólogos chilenos, con Fernando Plaza Schuller a la cabeza, quien propone nuevos planteamientos teóricos y metodologías para las investigaciones arqueológicas en la sierra norte. Frente al empirismo y al «localismo», se definió una política de investigaciones de acuerdo a los requerimientos regionales y nacionales, se construyó una teoría y la consideración global del fenómeno a indagar.

Acorde a la evaluación del estado de la investigación arqueológica nacional hasta los años 80, Plaza señaló pautas prioritarias en la selección y tratamiento de problemas, áreas, asentamientos y yacimientos arqueológicos, para comenzar a cubrir aquellos aspectos que habían quedado marginados por múltiples causas y a la vez, reactivar aquellas líneas de investigación que proporcionen respuestas a los grandes problemas de la época aborígen local, regional y nacional.

Frente a la depredación del patrimonio cultural, especialmente monumental, propuso un registro acelerado de los bienes, identificándolos a través de los estudios de aerofotointerpretación. Así de sus primeros trabajos pioneros publicados, sobresalen: «La incursión inca en el septentrión andino ecuatoriano. Antecedentes arqueológicos de la convulsiva situación de contacto cultural», IOA, Serie Arqueología, No. 2, Otavalo, 1976. El segundo, «El complejo de fortalezas de Pambamarca. Contribución al estudio de la arquitectura militar prehispánica de la sierra norte del Ecuador», Serie Arqueología, No. 3, IOA, Otavalo, 1977.

En el primer estudio, luego de un tratamiento etnohistórico de la penetración inka en la sierra norte, presenta la evidencia arqueológica monumental —las fortalezas militares— denominadas en kichwa «*pucaracunas*»; completa las evidencias con la descripción del material cultural: alfarería y lítica. En el capítulo de Conclusiones señala que los inkas tuvieron interés en la sierra norte por los recursos potenciales de esta región, especialmente la hoja de coca, el algodón, el ají, la sal, los metales, la abundancia de recursos hídricos y diversidad de pisos ecológicos. Durante la invasión inka hubo una fuerte y permanente resistencia local al sometimiento, por lo que esta área fue incorporada al Tawantinsuyu en forma selectiva y no local.

Plaza, con este libro, ofrece nuevas pistas de investigación para el tema de la incursión inka en el territorio de la sierra norte del Ecuador.

En el segundo, Plaza describe 14 de las 17 fortalezas o *pucaracuna* ubicadas en Pambamarca, provincia de Pichincha, que hasta el momento constituyen, según el mismo autor: «el sistema defensivo-ofensivo de mayor complejidad y magnitud en todo el territorio ecuatoriano y de los más notables para el área andina nuclear». Para este estudio, Plaza utilizó material aerofotogramétrico USAF escalas 1:50.000, 1:60.000 y 1:10.000, correspondientes a los años 1963, 1965 y la Hoja 41 del Mapa topográfico del Ecuador, escala 1:25.000 (1936); Mapas 1:50.000 (1963, 1967) del IGM. De las fuentes escritas, el autor se apoya en cronistas, en las actas del Cabildo de Quito, en expedientes judiciales de la época, en la Misión Geodésica Francesa y en la información registrada sobre Pambamarca por Jacinto Jijón y Caamaño y Udo Oberem.

Las fortalezas más sobresalientes en el complejo de Pambamarca son: Caisa, que resguarda el valle de Cayambe; Quitoloma (3.780 msnm), la más grande; las cuatro de Cangahua Pucará, que protegen el frente oriental de la cordillera; las que enfilan de sur a norte: Jambí Moche, Pambamarca, Gida Pucará, Ñato Pucará, Campana Pucará y sus vecinas occidentales llamadas Olján Pucará y Achupallas, que defendían el avance de quienes pretendían entrar por Guayllabamba. A más de estas estructuras, Plaza describe dos petroglifos localizados en el interior de la tercera escarpadura de la fortaleza denominada por él como Pi 0018.

José Echeverría Almeida

POR LAS CALLES DE OTAVALO -DE ARRIBA ABAJO-

Compilador: Hernán Jaramillo Cisneros

Editores: Instituto Otavaleño de Antropología & Universidad de Otavalo

Impresión: Ediciones Caracteres Impresos

224 páginas

Otavalo, 2006

Introducción

Este es un trabajo de compilación bibliográfica, las fuentes utilizadas varían desde publicaciones antiguas y contemporáneas hasta consultas en Internet; se ha respetado el estilo de cada autor, aun en el exceso de innecesarias mayúsculas o comillas; la

bibliografía otorga los correspondientes créditos a los autores de los textos originales. La extensión de los temas tratados, especialmente en lo que concierne a personajes, no tiene relación con la subjetiva mayor o menor importancia del mismo -porque cada cual lo es en su campo- sino con la información que ha sido posible conseguir de cada uno de ellos o la que consideramos más pertinente para este trabajo. Creemos que el tiempo tomado en la preparación de esta obra estará justificado si es útil a las personas que se interesan por conocer mejor el lugar donde nacieron y/o crecieron, especialmente a quienes llevan dentro de sí ese sentimiento tan nuestro, denominado otavaleñidad.

Los nombres que constan en la presente reseña fueron tomados de un **Plano de Otavalo**, elaborado por alguna dependencia municipal, seguramente para trabajo interno. Se tomaron en cuenta los datos que indica el mencionado documento, excepto en dos casos, pues los nombres se repiten en lados opuestos de la ciudad, lo cual muestra que no corresponden a nombres oficiales y que se procedió de manera arbitraria en su nominación.

Para hablar de la nomenclatura de Otavalo hay que partir del año 1868 en que se produjo el gran terremoto de Imbabura, el cual destruyó por completo la pequeña ciudad, lo que obligó a planificarla y reconstruirla totalmente, en el mismo sitio en que estuvo el antiguo pueblo de *Sarance*, el principal del Corregimiento, según informó a las autoridades de la Real Audiencia de Quito, en 1582, el corregidor Sancho de Paz Ponce de León.

Sin embargo, algunas referencias anteriores al terremoto permiten formar una idea de cómo era Otavalo. Así, Antonio de Alcedo, en su *Diccionario*, publicado entre 1786 y 1789, dice: «...la capital que es la villa y asiento del mismo nombre, población grande, hermosa y de agradable situación, de temperamento frío...

Francisco José de Caldas, en 1802, ofrece una amplia descripción de Otavalo:

El agua es clara, fresca y de las mejores de la cordillera. La población está situada en un perfecto plano, cercado de colinas... Por el oriente le atraviesa un hermoso arroyo que llaman el Jordán por la salubridad de sus aguas. Digo que le atraviesa porque en el lado oriental de este arroyo y sobre las faldas de una colina inmediata hay un arrabal risucho y la parte más alegre de Otavalo. Por el occidente le termina otro arroyo algo mayor que llaman de los Molinos, y en efecto le conviene este nombre, pues los tiene y le dan movimiento con sus aguas. Yo he formado un plano al paso para dar una idea de la población y su disposición. Las

calles son rectas de un ancho proporcionado, los edificios en todo como en Quito... No usan de tapial, lo más o todo es de adobe de barro crudo mezclado de paja. Tiene un convento de Padres Franciscanos en corto número y mantiene dos Curas seculares... La iglesia mal situada, de costado a la plaza principal, como las más de estos pueblos. Le precede como vestíbulo una como segunda plaza a que se entra por una puerta de 3 arcos, de los cuales el mayor y medio está arruinado, tal vez por alguno de los muchos terremotos a que está expuesta esta preciosa parte de la América. Esta segunda plaza es de una extensión considerable, cercada de paredes y hace veces de cementerio. En él no se entierran sino los indios y gentes miserables. Los demás van a la iglesia. En este cementerio se ven muchos grandes árboles sembrados y le dan un aspecto de alameda agradable. Después se entra en la iglesia, de un cañón, obscuro, ennegrecida y fea. Un pueblo como Otavalo merecía un templo más aseado y decente.

El otro cura es de los indios advenedizos y de castas, tiene una iglesia llamada Parroquia del Jordán, últimamente edificada...

Gaspar de Santistevan, en 1808, al Presidente Gobernador y Comandante General de Quito le dice que la «extensión de la población de Otavalo es de once cuadradas de longitud y siete de latitud en la mayor parte», información que complementa con la siguiente:

Tiene doscientas quince casas todas bajas, a excepción de tres que son de alto, pero las más de teja, aunque de poca capacidad y de grosera arquitectura, pues su fábrica consiste solo en adobes y por consiguiente de poca resistencia y duración... En sus inmediaciones hay también, además de muchas casuchas salteadas algunas rancherías tales son por la parte del oriente las de San Roque, San Miguel, Nuestra Señora de Monserrate y Peguche... y por la del poniente las de Santiaguillo, Quichinche y San Juan...

El geógrafo Manuel Villavicencio, en 1858, proporciona esta información:

Otavalo tiene sus calles rectas, casas de adobe cubiertas de teja, algunas de dos pisos; es un lugar pintoresco por sus hermosas huertas, con cercados cubiertos de mora (especie de frambuesa

superior) y siempre verdes. Los principales edificios son: la matriz llamada **Jordán**, la **guardianía** de San Francisco, el templo de la parroquia de San Luis dentro del lugar, y fuera de él, la capilla del **Molino**, situada a orilla del pequeño riachuelo del mismo nombre, donde se hace la romería de la virgen del Rosario.

José María Chaves Pareja, en 1943, ofreció algunos datos interesantes sobre la ciudad de antes del terremoto. Este autor, que investigó apasionadamente la historia de su ciudad natal, ha dejado para la posteridad un plano reconstruido de Otavalo, en el que aparecen las calles con los nombres de ese tiempo. Al parecer, dicho plano ha permanecido inédito y hoy lo publicamos como un merecido homenaje a su grata memoria.

Otavalo, antes de 1868, ocupaba un área igual a la actual ciudad, sus calles más angostas, con acequias de agua que las cruzaban. La casa municipal (estaba) en la cuadra en que están situados la escuela «Ulpiano Pérez Quiñones», el torreón y el convento de San Luis, casa que en el coloniaje fue la residencia de los corregidores y más autoridades.

La actual carrera Sucre se denominaba Calle de los Obrajes, por estar situados en ésta los obrajes de la Corona de España. La carrera Bolívar se llamaba Calle Real. La carrera Juan Montalvo se la conocía con el nombre de Copacabana. La Colón se la llamaba Calle de los Batanes. La Piedrahita, Calle de las Escuelas. La plaza de San Luis, en su totalidad, estaba circundada de casas de dos pisos, habitadas por familias distinguidas.

Una conmovedora descripción de lo que produjo el terremoto nos ofrece Joseph Kolberg, quien manifiesta su admiración por el «encantador Otavalo, la perla de la provincia»:

Un campo de batalla sobre el cual han explotado todo un día las granadas enemigas no ofrece un aspecto tan desgarrador como el que presentaba Otavalo la mañana después del siniestro. El primer remezón del terremoto derribó con inaudita fuerza todos los edificios, y todos los 8.000 habitantes quedaron enterrados de un golpe bajo las ruinas. En los revueltos escombros erraban la mañana del 16 de agosto no más de cinco personas; todos los demás yacían destrozados o mutilados bajo el montón de ruinas de sus viviendas. Muchas familias desaparecieron hasta con sus

nombres, y de las otras escapó solo una décima parte... Pero los habitantes que se salvaron demostraron más ánimo que los de Ibarra. Como unas 800 personas más o menos, fuertemente lesionadas, sin preocuparse de sus propias heridas y miseria salieron vivas de entre los montones de escombros en el lapso de los seis primeros días. El 29 de agosto se calculó, en los partes oficiales, el número de los que habían quedado con vida en Otavalo, en 1.500 personas...

El presidente de la República, Javier Espinosa, informado de la magnitud de la tragedia, encargó a Gabriel García Moreno la tarea de reconstruir la provincia de Imbabura, para lo cual formó una milicia especial y le designó como Jefe de Brigada. García Moreno, en su informe al Presidente, manifiesta:

En Otavalo absolutamente nada ha quedado sobre los sitios y las calles han desaparecido totalmente bajo los escombros. Ha habido derrumbos horribles, montes que el terremoto ha dividido y han descendido sobre los valles en torrentes formidables de tierra, arena, piedra, agua y cieno...

Dice Chaves Pareja que el Dr. Miguel Egas Cabezas «ayudó a la mensura y delineación de la nueva ciudad a los ingenieros mandados por el Gobierno, pero se hizo caso omiso a dicha delineación, por falta de una autoridad en ornato, de ese entonces». Sin embargo, considera que «Otavalo se levanta airosa cual Ave Fénix, desde 1870». Higinio Muñoz, en 1883, dibujó un plano de la ciudad que apenas se había repuesto del cataclismo que la destruyó.

«No había corrido hasta su término el memorado año de 1868 cuando la población sobreviviente se recogió a su antiguo solar», expresa Víctor Alejandro Jaramillo, quien continúa así:

Otavalo había de levantarse más linda, experimentando numerosas transformaciones. El cordel alineó las nuevas casitas con mejor gusto, dejando calles de regular anchura entre los lienzos de los edificios. Se restablecía la plaza pública de traza española, reservándose el centro del costado occidental para erigir el templo de San Luis, no en dirección que tuviera anteriormente, de norte a sur, sino de oriente a poniente.

El padre Amable Herrera, en su *Monografía*, publicada en 1909, manifiesta que «transcurrido un año y más (del terremoto), vuelta la tranquilidad a los corazones, se

comenzó, poco a poco, la edificación de la ciudad actual». Agrega:

La ciudad nueva ha mejorado a la antigua en calles, plazas y ornato público. Mirada desde la altura de Reyes, presenta un aspecto bellissimo.

Carreras de norte a sur: Bolívar, Sucre, Roca, Ascázubi, Ricaurte, Modesto Jaramillo, Atahualpa y Guayaquil.

De oriente a occidente: Quiroga, Morales, Colón, Abdón Calderón, Juan Montalvo, García Moreno, Piedrahita, Olmedo, Mejía y Rocafuerte.

Noventa son las manzanas que componen la ciudad y cuatrocientas ochenta las casas. Embellecen la plaza principal Bolívar hermosos jardines de artística estructura, cercados con verjas de hierro. En el pretil se ha colocado en el presente año, una elegantísima verja de hierro sostenida en columnas de piedra primorosamente labradas.

La plaza del mercado es plana y espaciosa, contiene en un ángulo un portal para la reventa. El sábado de cada semana está destinado para la feria, sin perjuicio de la que hay todos los días...

Pertenecen a la Municipalidad los edificios siguientes: la casa municipal, de mampostería, inconclusa en un ángulo; la casa de rastro; la cárcel antigua y otra, que está en construcción; el muelle y bote de la laguna de San Pablo; los baños Neptuno, Yanayacu, Baño Largo y Socavón.

En suma, el aspecto de la ciudad es lindísimo por la variedad en la hermosura. Las faldas de la cordillera se desprenden de la llanura en la que sitúa la ciudad, salpicada de varios matices, sombreada de boscajes de eucaliptos; al término de la ciudad, en una hechura exterior regular, se explana gallardamente rodeada de colinas... En conjunto, la naturaleza y el trabajo de la mano del hombre, han hecho de Otavalo un pedazo de tierra delicioso. ¡Ojalá sea siempre la morada de la honradez, del patriotismo y del verdadero progreso!

La nomenclatura de la ciudad se determinó con posterioridad al terremoto, y los

nombres de las calles corresponden a héroes de la independencia, a importantes personajes políticos de la República, al último Inca, al descubridor de América, a la ciudad de Guayaquil y, en un solo caso, a un otavaleño, el Dr. Modesto Jaramillo Egas, quien dejó una importante contribución económica a la ciudad, destinada a la educación infantil, aparte de otro legado para la reconstrucción de la capilla del Señor de las Angustias, en la iglesia de San Luis.

En 1941, el artista Pedro López Navarrete realizó un plano de Otavalo, ornamentado con las excelentes fotografías que él había captado tanto en la ciudad como en sus alrededores.

José María Chaves Pareja, en 1942, hizo un pedido concreto relacionado con el cambio de los nombres de las calles:

De desear sería que el actual Municipio, haciendo justicia a muchísimos de los hijos preclaros de Otavalo, cambie la actual nomenclatura de las calles de la ciudad, con nombres de otavaleños ilustres, que sí los hay y, en buen número, respetando solamente los nombres de las carreras que cierran el marco del parque «Bolívar», las carreras «Guayaquil», «Atahualpa», «Modesto Jaramillo», «Quito», avenidas «31 de Octubre» y «Collahuazo» que son muy bien nominadas.

En la *Revista Municipal*, N° 19, de octubre de 1962, el Prof. Estuardo Jaramillo Pérez hace la siguiente sugerencia:

La nomenclatura de las calles de la ciudad debe ser total o parcialmente reformada. La ordenanza municipal que se dictara para esta reforma no afectaría en nada a la secular memoria de los libertadores y héroes de la patria, si la indicada nominación se la cambiara con otros cuyos nombres correspondan exclusivamente a otavaleños ilustres. Con esta medida se consagraría el mérito de aquellos coterráneos nuestros que merecen tener un puesto de honor en la historia lugareña y, a la vez, se daría oportunidad para que en las escuelas y colegios de la ciudad se los conozca bien y sirvan de ejemplo vivificante a la niñez y a la juventud que se educa para el porvenir.

El crecimiento de la ciudad hacia el norte, en la década de 1960, se da gracias a la visión del Director del Instituto Otavaleño de Antropología (IOA) de aquel entonces, Plutarco Cisneros Andrade, quien compra al Banco del Pichincha siete y media

hectáreas de terrenos que fueron de la hacienda San Vicente, para urbanizarlos y para construir allí la sede de la institución. Los nombres de las calles de la urbanización reivindican a etnias, personajes y hechos culturales indígenas de carácter tradicional.

Con el pasar del tiempo la ciudad fue creciendo en todas las direcciones, se crearon nuevos barrios y ciudadelas, lo que hizo ver la necesidad de dotar de nombres a las calles, tarea que asumió el IOA por encargo de la Municipalidad, en 1989. Así, se creó una nueva nomenclatura donde aparecen nombres de los más distinguidos protectores de indios y corregidores de Otavalo, de los líderes indígenas en el levantamiento de 1777, de hombres y mujeres ilustres y populares, de elevaciones y de lagos de la provincia de Imbabura, nombres de ciudades y de hombres destacados de Venezuela, para el caso de la ciudadela que lleva el nombre de Plan Venezuela, construida –al parecer– con recursos económicos aportados por ese país.

Posteriormente, y con el incesante crecimiento de la ciudad, se han dado otros nombres a las calles, al parecer de forma arbitraria, porque no corresponden a personajes que guardan relación alguna con Otavalo o porque no se respeta la disposición legal de que sean fallecidos. Para el caso de calles que no tienen nombres todavía, hay muchos nombres de otavaleños que contribuyeron, en diversos campos de actividad, al progreso y adelanto de su tierra; a ellos hay que rendir el homenaje que se merecen, para que sus nombres permanezcan en el recuerdo grato de sus coterráneos.

Hace tantos años ya, en 1928, el Dr. Francisco H. Moncayo decía:

«En el seno, forjado por los altozanos, acariciada por las ondas del Tejar y del Machángara, fresca, hermosa, con el perfume delicioso de sus jardines, Otavalo, -luz de la mañana recién nacida- es la hembra que canta la eterna canción de primavera. Tierra pródiga, romántica. Pueblo sano. Es la cratera amorosa de juventudes fuertes. Con sus casitas apiñadas, como un manojo de gracia, con sus contornos gallardos –suelo hospitalario, rinconcito imbabureño- en medio de sus caminos ofrece el calor de sus cariños, llamando a los que sufren para que puedan detenerse en sus andanzas y encontrar para el dolor sangrante, el perfume de las consolaciones.

Sobre las calles de Otavalo, específicamente sobre *la calle real*, hay una descripción anónima que queremos rescatar. Es un apretado resumen de la vida urbana de Otavalo que se publicó en la revista *Imbabura*, en 1928, cuando llegó el ferrocarril a nuestra

ciudad.

La Calle Real

Sobre esta misma tierra plana, corrió la calleja del poblado indígena. Seguramente. Y antes de que los soldados de Puelles tendieran sobre esta parte del regazo de Madre América sus cordeles opresores, paseó por esta calle –tortuosa y libre- la planta rojiza del cacique. De las chozas –oro viejo bajo el sol espléndido- salían las caras curiosas de los súbditos. Las faces cobrizas se pegaban al suelo ante la nariz altanera del cacique que olfateaba enemigos en el viento destemplado del Norte...

Pero los enemigos vinieron del Sur... ¿Última vez? Pidieron oro. Asombraron su empequeñecimiento gregario de siglos con el revuelo de su pabellón de codicia. El indio no ambicionaba los bienes de la tierra. El blanco le trajo ese hostil y envilecedor señuelo. Y con él todas las fiebres, los crímenes de la civilización de Occidente, disfraz –más o menos culto- del afán áureo y el miedo a la lejanía... El dios indio era visible. Esos barbudos que manejaban el rayo, hundieron en el temor de lo ignoto a la raza despreocupada, que desconoció la tortura del ayer y del mañana. tejiéndole la red afligente del ahora. Comenzaron a pesar la tradición y el porvenir. Una tradición de crueldad, miseria, chatura y cicatería. Un futuro de incertidumbre, de vaguedad de nébula. De los que hasta aquí no nos libramos para vivir nuestro Hoy. Nuestro hoy que puede ser con luz.

Después la misma calle libre se bordeó de casas extrañas. Las casas españolas. Con su grande y fresco zaguán, su enorme patio y el naranjo florido al centro. Las amplias casas castellanas de encalado coquetón. Caras de Pierrots. Interiores conventuales.

Esas mansas casitas se crisparon un día. Amanecer trágico. Se doblaron fatigadas las paredes y se tendieron en la vía. 1868. La Calle Real perdió su rectitud castiza. Los escombros la orlaron de tristeza. Durante muchos días, murallones desarticulados, techos abiertos, lastimosos. puertas vencidas, exhibieron su laceria...

La ciudad muerta se quedó vacía de su sangre humana. Por sus arterias destruidas ambulaban solos los canes famélicos, sacerdotes

de las ruinas... Sobre la colina, sobre Reyloma, las telas blancas de las tiendas de los sobrevivientes, albergaron la esperanza.

Renació la villa diminuta. Su corazón era potente. Fluyó de nuevo la vida de su Plaza Mayor. La calle Real –aorta antiquísima- vibró de nuevo con un tenue pulso vital. Estiró nuevamente la ambición de su recta implacable que nace del vientre de Mojanda y va a perderse en la llanura. Las casitas lechosas se levantaron. Tímidas al principio. Recelosas, apenas se apartaron del suelo. Olvidaron luego el riesgo y crecieron. Más altas y más pulcras. Para recibir la caricia del sol eterno en sus paredes limpias.

Otra vez, rúa apacible. De movimiento lento, acompasado.

La capa del señor Corregidor se perdió... De las esquinas oscuras emigró «la viuda». La mula infernal dejó de hacer oír el bailoteo de sus cascos y el olor de sus resoplidos de azufre en las noches de conjunción... La luz eléctrica rasgó las sombras. La fauna de tiniebla –tan encantadora, tan propia- se fugó avergonzada.

Sobre las piedrecillas redondas, lisas, lustrosas, ríe el sol –miel y salud- durante las horas diurnas en que la Calle Real trabaja, se afana, convierte sus casitas risueñas en celdillas de una viva colmena.

De noche, sobre ellas mismas, juega la luz azulada de la luna con la culta, despótica, fastidiosa de los focos... La Calle Real. Jardín del ensueño balbuciente. Primer balcón del mundo para nuestros ojos maravillados. Calle Real. Senda florida que va perdiendo su encanto romántico para volverse calle de comercio, calle industrial...

Plutarco Cisneros describe así al Otavalo de unos años atrás:

Otavalo es un pueblecito que se define como un montón de casas acunadas por lomeríos que siempre le contagiaron su aire de dignidad. Pueblo hecho por artesanos. Por eso tenía sabor. porque fue hecho manualmente, con afecto, morosamente, con cariño. Cada pedazo del pueblo reflejaba un aporte humano individual. firme, vital. Cada casa, en cambio, el testimonio de esfuerzo comunitario: en el adobón que soportó temblores, terremotos y discursos políticos, la huella dura. compactante del indio tapialero:

en la madera, el permanente olor de eucalipto viejo y de manos encallecidas de leñadores; en la techumbre, tejas verdes o rojizas, conservando siempre la calidez del barro cocinado. Empíricos ‘ingenieros’ y laboriosos albañiles intuitivos levantaron poco a poco un Otavalo que luchó desesperadamente por sobrevivir al paso de los tiempos y de los nuevos aires. A lo mejor les faltó técnica pero les sobró querencia al lar nativo y por eso hicieron casas que se comenzaban y terminaban, que no se desleía ni agrietaban y costaban poco.

Otavalo, en los últimos años, ha crecido por todos los costados. En el interior de la ciudad han desaparecido huertos y jardines para dar paso a nuevas construcciones, muchas de ellas de evidente mal gusto. Los nuevos barrios y urbanizaciones se expanden por sitios antes dedicados a tareas agrícolas o trepan por las colinas que rodean al antiguo poblado. Se han abierto nuevas calles que deben recibir, en especial, nombres de otavaleños distinguidos, que los hay en todos los campos. Es necesario reivindicar varios nombres: el de Antonio Ante, prócer otavaleño -al decir de Víctor Alejandro Jaramillo-; al igual que exaltar los valores intelectuales del sabio Luis A. León, del novelista Fernando Chaves, del antropólogo Anibal Buitrón, del Rector de la Universidad Central del Ecuador Pedro Pinto Guzmán, de la poetisa Lola Orbe Carrera, del cantante y compositor Gonzalo Benítez Gómez, del educador Julio Tobar Baquero, entre muchos otros. La tarea de determinar los nombres de las nuevas calles corresponde al Gobierno Municipal, entidad que debe emprender este trabajo con absoluta responsabilidad ante la historia.

PRESENCIA EN LAS CALLES DE OTAVALO

Autor: Fausto Jaramillo Yerovi

Editores: Instituto Otavaleño de Antropología & Universidad de Otavalo

Impresión: Caracteres Gráficos

130 páginas

Otavalo, 2006.

Introducción

Publicaciones periódicas de Otavalo

La labor periodística en Otavalo ha sido ocasional; por razones de carácter cívico o político han aparecido una serie de publicaciones que, en su mayoría, tuvieron vida

muy corta.

En algunas publicaciones se advierte la preponderancia del ensayo corto más que del lenguaje periodístico. Allí aparecieron figuras que luego se destacaron en la literatura, en la investigación o en la política. En casi todas se advierte el amor profundo a la tierra -sentimiento ya calificado de otavaleñidad- por Enrique Garcés, en enero de 1944-, se aporta con ideas e iniciativas para superar problemas y se trazan caminos para lograr el progreso de la comunidad. En muchas se pide rectificación de actos realizados por los gobiernos locales de turno y, en general, se proporciona información sobre las actividades culturales, sociales y deportivas de la localidad.

El primer periódico otavaleño, **El Pailón**, apareció en 1892, su director fue Modesto N. Andrade. Su propósito fundamental estaba relacionado con la conveniencia de abrir un camino a la Bahía del Pailón, actual San Lorenzo en la provincia de Esmeraldas.

La Defensa, periódico liberal, orienta su esfuerzo a la búsqueda de «la paz y prosperidad nacional y al triunfo de nuestros ideales de libertad y progreso». Estuvo dirigido por Manuel Gómez B., y apareció en 1915.

En julio de 1922 surge **Germen**, como publicación independiente, literaria y de intereses generales. Su director fue Fernando Chaves y administradores, en diferentes números, Alfonso E. Rodríguez, Carlos J. Almeida y Guillermo Garzón Ubidia. Su primer editorial dice: «Hasta ahora no se ha conocido *que haya visto la luz de nuestra querida Otavalo, periódico que, siendo la prueba más palmaria de su cultura, haya hecho conocer a extraños que ella irá, algún día, a la vanguardia de los pueblos civilizados...*»

Desde octubre de 1923 hasta marzo de 1925 circuló **Labor**, órgano de la Municipalidad de Otavalo y de la Junta de Fomento Agrícola, dedicado a la divulgación de sus actividades, «a fin de que conozca el público, a través de la luz de la verdad, sin sombras de ninguna clase...» Se editaron 33 números en forma quincenal.

La Liga Vasconcelos, como quincenario, publicó **Adelante**, desde 1925. Del 1 al 6 tuvo el formato de periódico y del 7 al 34 de folleto. Estuvo dirigido por Aurelio A. Ubidia y administrado por José I. Narváez. Su carácter polémico se advierte en su primera editorial: «El régimen que nos domina, viciado en su origen por un pacto infamante que convirtiera la Presidencia de la República en artículo de negocio, por fuerza tenía que seguir el derrotero de los desafueros...»

De agosto a diciembre de 1925, con 10 números quincenales, circuló **La Pluma**. Fueron sus redactores: Miguel Valdospinos Flor, Víctor Alejandro Jaramillo, Luis F. Gómez Jaramillo y Alberto Gómez Valencia.

Evolución, publicación quincenal, con apenas tres números, dirigida por José I. Narváez, apareció en 1926.

Con el carácter de revista bimensual, entre agosto de 1927 y octubre de 1928, fecha en que llegó el ferrocarril a Otavalo, aparecieron cuatro números de **Imbabura**, administrada por Luis Enrique Álvarez.

El semanario *Avanzada*, dirigido por Francisco H. Moncayo y administrado por Víctor Alejandro Jaramillo, con solo seis números, apareció en 1930. Se manifiesta como «*grupo reducido, minúsculo*» fundido por el «*calor de la juventud y cariño filial a la patria chica*».

El Círculo Estudiantil, «América», conformado por los estudiantes normalistas otavaleños publicó, en mayo y agosto de 1932, dos números de la revista de ensayos **Esfuerzo**. El apego a la tierra natal, sentimiento que identificaba a quienes salieron a estudiar en los normales de Quito, aparece en su editorial: «...*unidos por el cielo claro y sonriente de la tierra de lagos azules y ensoñadores; de los que dejando el terruño, ánfora de consuelo y cariño, nos lanzamos en empresas nuevas, en busca de un sendero más ancho...*»

Los profesores de las escuelas centrales, agrupados en la Asociación de Preceptores de Otavalo, publicaron en junio de 1932 un **Boletín**, bajo la dirección de Víctor Alejandro Jaramillo. El directorio de la entidad lo conformaban: Humberto Rodríguez, Estuardo Jaramillo Pérez, Blanca Jarrín Calderón, María Esther Castelo, Carlos A. Narváez.

Como publicación mensual, la **Revista Municipal**, órgano del Muy Ilustre Consejo Cantonal de Otavalo, circuló desde abril de 1942 hasta octubre de 1945, con un total de 17 números. Tuvo como directores a Virgilio A. Chaves y José I. Narváez, como administrador a Alfonso Cisneros Pareja. El ánimo que motivaba esta publicación era: «...*que se percate el pueblo de la Administración local, de su progreso y adelanto que con patriotismo y desinterés efectúan los representantes en el cumplimiento de sus deberes*».

En 1935, los trabajadores de la Fábrica Textil San Pedro publicaron «**El Heraldo Textil**».

Bajo la dirección de Víctor Alejandro Jaramillo y la administración de Luis E. Ubidia se publicó en 1944 el semanario informativo y de intereses generales **Vibración**. Circularon veinte números.

La Federación de Trabajadores de Imbabura publicó, desde abril de 1944, bajo la administración de Augusto Dávila Flores, el semanario **Defensa Obrera**. Salieron nueve números.

El semanario **Norte**, de orientación y cultura apareció en 1945.

Dirigido por Fernando Pareja González y administrado por Marcelo Moreano Dávila, surge en 1946 **Alborada**, órgano del Grupo Cultural y Deportivo «Crack». Tuvo larga vida.

El mismo año, 1946, con vida corta, dirigido por Fabián Pareja González, aparece **Iniciación**, publicación mensual. Sus redactores eran los estudiantes del colegio Otavalo.

El quincenario **Cultura**, órgano del Club Social y Deportivo Otavalo, bajo la dirección de Manuel Andrade Valdospinos, apareció en enero de 1947.

Tricolor, vocero de la prensa estudiantil, dirigido por Fernando Pareja González, circuló en 1947.

En 1948 se publica el quincenario independiente **Acción**, cuyos directores fueron Alfonso Cisneros Pareja y José María Chaves Pareja. Tuvo larga vida y en 1949 contaba con 49 números. Después de un período en que no circuló, volvió a publicarse entre 1952 y 1958.

Ñuca Huasi es una revista que entre julio de 1953 y abril de 1956 publicó seis números. La hacían: Guillermo Moreano como director, Pedro Pinto como administrador y Gabriel Garcés Moreano como secretario. El editorial de su primer número define a la revista como: «...la barricada cultural ardorosamente levantada por un grupo de estudiantes, deseosos de luchar por el progreso integral de nuestra tierra. Queremos hacer lo posible, porque la convivencia de los otavaleños no sea un eterno preocuparse de lo extraño, de lo insustancial, sino una sana convergencia a la serena meditación sobre la complejidad de los problemas locales, que indefectiblemente deben ser resueltos por los otavaleños presentes y ausentes, que en este aspecto tienen una indeclinable responsabilidad...».

Un grupo de jóvenes, influidos por una serie de acontecimientos internacionales, entre otros, la revolución cubana, publica el quincenario **Síntesis** desde el 1 de mayo de 1961 hasta el 19 de mayo de 1963, dirigido por Marco Benítez Argoti, desde el N° 1 al 29, y por Alfonso Cabascango Rubio, desde el 30 al 46. Se define en su primer editorial como: *«...la voz renovada de la otavaleñidad, luego de haber considerado la situación de estancamiento socio-cultural, que en forma endémica viene manteniendo Otavalo, en esta última década, y juzgando llegada la hora de sacudir aquella inercia, con la energía propia de la juventud otavaleña, amante, por tradición de la prosperidad social, cultural, moral y material de su pueblo»*.

Desde octubre de 1975 comienza a circular **Sarance**, Revista del Instituto Otavaleño de Antropología, dirigida en su primera etapa por Carlos Benavides Vega, (Álvaro San Félix), luego, en diferentes períodos por José Echeverría Almeida, Hernán Jaramillo Cisneros, Carlos Alberto Coba Andrade y Patricio Guerra Guerra. Aunque el propósito de esta publicación es divulgar el avance o los resultados de las investigaciones realizadas por el IOA, también se acoge: *«el ensayo que propone audaces y novedosos puntos de vista interpretar el fenómeno humano, el estudio documentado que pone de relieve nuevos hechos y realidades que emergen a la luz pro obra de la investigación, el texto que se propone divulgar conocimientos ya adquiridos, y, en fin, el comentario que tiende a fijar y convertir en patrimonio lo que de otro modo es evento fugaz y perecedero»*. Hasta octubre de 1997 han aparecido 24 números. Por su carácter especial, no periodístico, sino de divulgación de trabajos, en su mayoría, de carácter científico, Sarance difundió el pensamiento y el trabajo del IOA en universidades y en recintos académicos del país y del exterior.

La revista Sarance ha publicado, también, diez números extraordinarios, como homenaje a personajes y fechas de importancia para Otavalo. Esta publicación ha tenido difusión local y regional.

En junio y en diciembre de 1977 circula **Curiñán**, revista del quehacer cultural de Otavalo y la provincia, dirigida por César Pavón Sánchez. En el primer número se dice: *«...Esta nueva (re)vista de jóvenes intelectuales, servirá para reconocer y testimoniar el patrimonio del pensamiento en una y otra forma ya consagrado, pero sobre todo, anhela ser; camino abierto a la expresión de nuevos valores de la cultura de nuestro medio»*. Aparecieron solamente dos números.

Presencia, la publicación periódica de más larga vida en Otavalo hasta la presente fecha, apareció el 6 de enero de 1980. Su primer editorial indica que el semanario independiente *«...nace con la firme devoción democrática de estar íntimamente ligado a los intereses y anhelos de Otavalo»*. Dice, además, que: *«...estará alejado de demagogias y será vertical vocero de una sociedad que tiene que hacer mucho*

en la historia de su comunidad y de su país.»

Presencia, editado en la Editorial Gallo capitán, del Instituto Otavaleño de Antropología, publicó 240 números, hasta septiembre de 1984. Estuvo dirigido por Alfonso Cisneros Pareja y sus colaboradores fueron Plutarco Cisneros, Marcelo Valdospinos Rubio, Álvaro San Félix, Juan Freile Granizo, Edwin Narváez R., Jorge E. Valdospinos, Patricio Guerra, Hernán Jaramillo Cisneros, entre otros.

El 22 de septiembre de 1984, Alfonso Cisneros Pareja dirige una Carta a Otavalo, en la cual anuncia la desaparición temporal de **Presencia**, debido a problemas de carácter económico. Ahí se recalca el papel cumplido por el semanario: *«Hemos dicho las cosas por su nombre, con altura, con ilimitado respeto. Hemos emprendido en campañas masivas de civismo, de conocimiento de nuestra adorable tierra y de enraizamiento al Valle del Amanecer, que nos cobija y que nos cobijará siempre».*

La revista quincenal **Azul**, para la información cantonal, dirigida por Tomás Sánchez Viñachi, circuló entre el 20 de mayo y el 18 de noviembre de 1995, con un total de 14 números. Su pensamiento se manifestó en su primer editorial de esta manera: *«Otavalo es nuestro objetivo, nuestra razón, y bajo su bandera se desarrollará el aporte de los ciudadanos que queremos plantear, la línea de acción, que deseamos abrir el debate para el progreso, para hacer de Otavalo una ciudad universal no solo en el conocimiento internacional, sino, y por sobre todo un cantón y ciudad digna para todos los otavaleños».*

El semanario **Presencia**, en una segunda época, de los números 241 al 289, vuelve a aparecer bajo la dirección de Hernán Jaramillo Cisneros. La razón para volver a la luz se expresó en la siguiente forma: *«Volvemos con el deseo de orientar y de expresar el sentir del pueblo, en lo que tiene que ver con el futuro de Otavalo. Esperamos que este medio de comunicación sea el espacio propicio para la reflexión y para manifestar las aspiraciones de quienes anhelan días mejores para su tierra».* Como reconocimiento a la labor desarrollada por quién la dirigió en su primera etapa, se dice: *«Se rinde tributo de admiración y afecto a su primer director, Alfonso Cisneros Pareja; que su cariño a Otavalo y su empeño de verla cada día mejor sea la luz que ilumine a quienes desean continuar con su tarea».*

Curinán, en su segunda etapa, aparece en abril de 1998, como publicación bimensual del Instituto Otavaleño de Antropología, dirigida por Edwin Narváez Rivadeneira. Al reaparecer, se manifiesta que lo hace: *«...con el entusiasmo característico de quienes sienten en lo profundo de sus sentimientos, revivir el espíritu de la gente de barrio, del hombre cotidiano dedicado a su faena profesional, del artesano afanoso, de la mujer trabajadora, del deportista, del obrero, del escritor y el estudiante...»*

En diciembre de 1999 apareció el número seis de esta publicación y la tarea va a ser continuada y mantenida en el futuro.

Este es un resumen sucinto sobre las publicaciones periódicas de Otavalo, desde fines del siglo XIX hasta el presente. Como es fácil advertir, la producción periodística ha sido muy variada aunque, en general, la constante ha sido buscar la superación y el mejoramiento de nuestra tierra natal, Otavalo.

Índice

Publicaciones periódicas de Otavalo

PRESENCIA en las calles de Otavalo

El Instituto Otavaleño de Antropología, patrono de PRESENCIA. Los autores

Geopolítica: La época

El Ecuador y Otavalo en la época

La UNESCO y el informe Mc. Bride

Esquema de Laswell

Presencia: seminario de opinión

La libertad de prensa y de información

La pluralidad de las fuentes y canales de información

La eliminación de las barreras internas y externas que se oponen a una libre circulación y a una difusión más equilibrada de la información

El respeto a la identidad cultural y el derecho de cada nación de informar a la opinión pública mundial de sus aspiraciones y de sus valores sociales y culturales

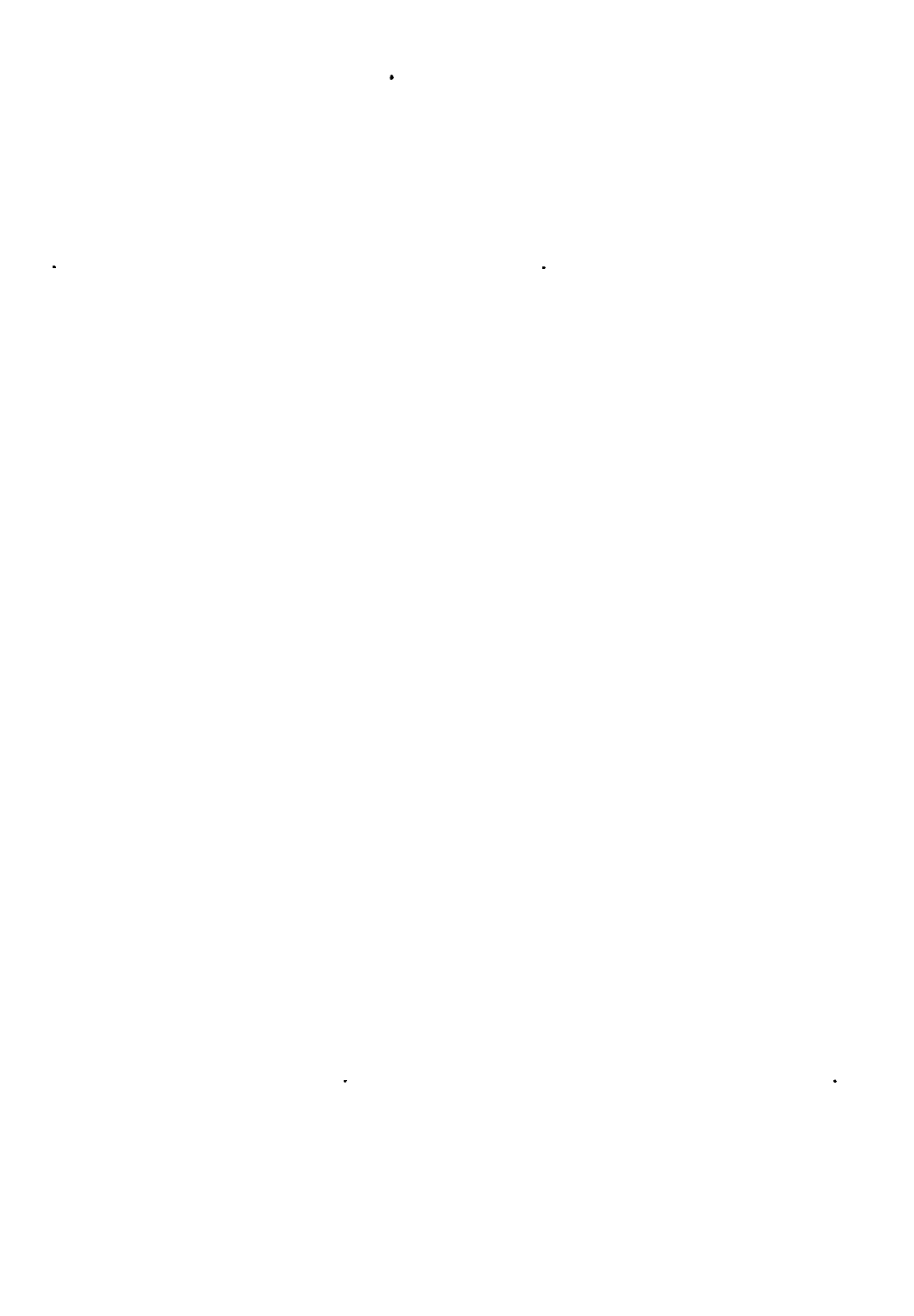
El respeto del derecho del público, de los grupos étnicos y sociales, y de los individuos a tener acceso a las fuentes de información y a participar efectivamente en el proceso de comunicación

Conclusiones

Fragmentos de artículos citados



REVISTA CURIŢĂN



PRIMERA ETAPA

Nº. 1

Director: César Pavón S.
Otavalo, junio de 1977.

Editorial

Producto de una respuesta a espíritu de creación o el respeto a la inquietud, ha sido el nacimiento de la revista *Curinán*, publicación histórico-literaria dedicada al lector atento de estos menesteres.

Esta nueva revista de jóvenes intelectuales, servirá para reconocer y testimoniar el patrimonio del pensamiento en una y otra forma ya consagrado, pero sobre todo, anhela ser, camino abierto a la expresión de nuevos valores de la cultura de nuestro medio.

La tarea está trazada y la disciplina comprometida. Ella representa seguir la huella de los que ayer dieron el ejemplo, inscribiendo otra, que a su vez, sirva para los de mañana. Digamos que se ha impuesto el espíritu en la presente realidad, como una necesidad urgente de interpretar los cambios que sufren las diversas manifestaciones del pensamiento, y en esa posición, captar todo lo mágico de esta tierra de originalidades.

Importante es entonces el punto de partida, la experiencia emotiva, el hacer artístico y su carácter propio. Importante además, el esfuerzo que se lanza por esta ventanilla hacia otros niveles y el aseguramiento de su proyección en el tiempo.

Estas líneas iniciales indican la confianza en la obra encomendada. Justifican su ingreso a las filas de aquellas que han pintado con madurez, figura y fondo de la cultura de un pueblo. Que en su medida contribuya, a que en esta parte del nuevo mundo, encontremos cada día un MUNDO NUEVO.

A propósito, alguien ya lo dijo: «Las cosas y las obras que no están escritas se hallan recubiertas de tinieblas y entregadas al sepulcro sin memoria; en cambio, aquellas que fueron escritas se hallan como vivificadas».

Cuántas cosas buenas se pueden decir de los pueblos, las instituciones y sus hechos. Cuántas del nuestro en su distinción de querencia. Realmente, la vida es como un drama de generaciones en desfile. No hay hechos o escenas que no se revistan, en su

esencia, de lo extraordinario. Cada cual cumple a su medida con el papel que le ha tocado, para tejer lo del pasado más feliz y sostener una esperanza para mañana.

De esta concepción nace *Curiñán*: de subir al vehículo para como el viajero ir retratando la vida cotidiana, o como el mago en el escenario, ir sacando del sombrero, en este caso, el espíritu de las buenas gentes: será del vecino-querido, del poeta o del artesano olvidado; del profesor jubilado o del joven profesor; de la madre idolatrada y la mujer obrera; del sacerdote, del soldado, del deportista, del escritor, del estudiante, del dirigente y del artista, de ellos, que juntos hacen nuestra pequeña comedia humana y son nuestra fuerza.

La Dirección de esta revista, hace la más cordial invitación a todos quienes son inquietos por expresar sus pensamientos y percepciones, para que en «minga de escritores» se pinten los mejores cuadros, en ésta que será la exposición permanente de la letra y el espíritu. Estos tiempos, en que los años parecen pasar más rápidamente, pongamos más atención, vivamos con más conciencia ante las cosas y sus signos. No seamos indiferentes. Hay tanto que ver, oír y contar, de viejos y sobre todo de jóvenes. Cuanta responsabilidad en oír a estos últimos.

Rescatemos ese mundo maravilloso, lo escribamos y vivamos. Hagámoslo ya, sin esperar que llegue el último acto que presiente la caída del telón en cada existencia. La condición: descubrir y crear.

Contenido

Nuestro propósito. Marcelo Valdospinos Rubio

Editorial. César Pavón Sánchez

Presencia de Otavalo en la construcción del ferrocarril. Alfonso Cisneros Pareja

Una gran biblioteca para Otavalo. Luis E. Ubidia Rubio

Entrevista al Dr. Yuri A. Zubritski. Ramiro Galarza

Oráculos de san Juan. Virgilio Chaves V.

La Sociedad de Trabajadores «México». Álvaro San Félix

Semblanza del padre Félix Polibio Andrade. Víctor Alejandro Jaramillo

Entrevista al Dr. Gustavo Alfredo Jácome. Jorge Valdospinos Rubio

El forastero. Juan Flores Ruales

El trompo. Lola Cisneros de Cuba

Entrevista a don Alejandro Plazas Dávila. Nelson O. Garcés P.

Soldados desconocidos de la cultura. Marcelo Valdospinos Rubio

Prólogo a la restauración del tiempo. Juan Ruales.

Nº. 2

Director: César Pavón S.
Editorial Gallocapitán
Otavaló, diciembre de 1977.

Editorial

La elocuente aceptación de nuestra primera entrega, por el público lector, hace pensar **que, uno de los más importantes acontecimientos actuales,** es el redescubrimiento de **nuestra patria** chica por los jóvenes intelectuales, **hecho que a la vez,** ha servido para **una redefinición** de sus propios y auténticos valores locales. La ciudad, como el **individuo,** necesita por igual de los alimentos espirituales, mediante la recordación de sus hechos, los mismos que bien pueden calificarse como «momentos estelares» de **proyección histórica.**

Con el **respeto** que se profesa a la tradición, presentamos otro racimo de testimonios del **quehacer humano** y cultural de Otavaló. Este trabajo, como segunda experiencia literaria es un cumplido de interés vital, para tener siempre abierta y asegurada la **alianza** entre el ayer añorado y el presente que se agita por una esperanza para el **mañana.** Es una muestra que señala dos perspectivas de singular importancia: la una, **abrir el alma** de muchos hacia imágenes de la tierra natal en su pasado y la otra, **quererla más** en su entorno de natural encanto.

Hallada la inspiración, surge el poema de quien religiosamente lo traza. Investigado **trabajosamente** el tema histórico, aparece por la pluma de quien lo venera. **Comprometido** con la verdad del actor, éste sigue la trama y evoluciona de la gestión **popular y heroica** o descubre el retrato intelectual del maestro desaparecido pero que se vuelve cada vez más presente. Retener la anécdota o aseverar de un **acontecimiento,** es sin duda, volver a vivirlos en su justa realidad. Gustar de todas **estas cosas,** con el fin de imprimirlas en lo eterno, como huella de la otavaleñidad. Si el fin del hombre en la vida es el de expandir su conciencia, pues que se consiga esto, **por intuición** en los tiempos ya idos y le permita mayor movilidad cultural para su **porvenir histórico.** Exprese, lo que es mejor, que sí existen estímulos vivos en su pueblo. Si Bolívar, el Libertador, personificaba la fundación de una patria y la premiación de los pueblos, seamos nosotros la personificación de una propia conciencia cultural, hecha para la creación de una nueva imagen del terruño. Habrá entonces razón para decir que el intelectual otavaleño, desea escribir sobre esto o **aquello,** piensa, se documenta y escribe. Por otro lado, Otavaló siempre ha tenido **estilo** en sus costumbres, proyectos y realizaciones, así como formas singulares de **vida culta,** en procura de ratificar permanentemente su bien ganada importancia en el campo de las letras.

Saber dirigir la percepción sobre las cosas que nos rodean, que nos suceden; ver la obra de las gentes, todo es experiencia, que hay que contarla y alabarla en su dimensión. Sobre todo, no olvidar por ningún concepto lo popular ya que es arte y dice de alma.

Innumerables son los temas para interpretar. Tantos como la vida misma; historias de iniciación institucionales; versiones de visitantes que algo optimista nos han dejado; cuándo y cómo comenzaron a edificarse nuestras casas públicas, los templos de la ciudad, las escuelas, los colegios; en qué forma se festejaron los advenimientos de la novelaría técnica como la iluminación eléctrica, la radio, etc., en su vez primera; quiénes inicialmente impulsaron la gestión pública, la labor educativa, social, cultural, deportiva o comercial; transcribir la anécdota familiar, la del amigo o del estudiante, en fin, todo sería como joya impresa en este testimonio. Razones estas, para dar la bienvenida a la colaboración cariñosa que suma a la reflexión, la iniciativa y la decisión en bien de la cultura. Razones también para agradecer por el esfuerzo ya entregado: éste es un indicador evidente de amor a la ciudad y a su ingenio. Gratitud además, para los que nos envían sus cuotas desde los pueblos vecinos, expresando su cariño al nuestro, como de nosotros a los suyos. Esto es como imprimir estampas de otros tiempos y que adquieren vida ante el coro de admiración que lo produce. Escribir investigando para evitar la huida definitiva del ayer y obtener sorpresas en este reflotar de intimidades, dándoles prestigio y solemnidad, otavaleñidad y humanidad.

Apreciado lector, la idea de comarca o de región ha de servir para tener idea del mundo en que vivimos. Esto como advertencia como para no frenar nuestros impulsos de comunicación histórica. Responsabilidad grande para todos, porque está detrás, vigilante, la curiosidad de otros pueblos por saber por saber si de verdad amamos la altura de pensamientos, o si tenemos la capacidad de crear. Demostremos antes nuestra sensibilidad por la cultura, por la amplitud del estilo en las costumbres.

Para los antiguos griegos, escribir era una diversión. Practicarlo constantemente era una fundamentación, poner las bases indispensables a la verdadera civilización. La palabra se deshace en el aire, se la lleva el viento. Mensaje como este ha de imponernos la fijación del lenguaje escrito para la perennización de la conducta humana y descongelamiento de la desatención a nuestras vivencias. Añadamos al presente un ingrediente del pasado hermoso. Apliquemos perduración para tener sobrevivencia. Consigamos carácter propio a nuestros pasos. Esto sí que es un llamado a la no casualidad de contar intimidades sobresalientes, sino como un mandato fraterno para bien de las nuevas generaciones.

Que satisfacción poder hacer anotaciones sobre quienes con sus propios ojos han visto y con sus corazones han sentido. Que oportunidad para publicar el producto de los que se esfuerzan, aman y comunican. Escribir de lo que más se quiere; de la tierra de uno. De esta tierra, que al regreso del viaje la empuñamos emotivos para llevarla al corazón.

Escrito está: «que para ver no basta mirar, sino penetrar la entraña profunda de las cosas, de los seres y situaciones, con los rayos X, los más penetrantes de la visión. Para ver, hay que ser visionario».

Contenido

Editorial

Bolívar en Otavalo. Fernando Pareja G.

Presencia de Otavalo en la construcción del ferrocarril. Alfonso Cisneros Pareja

Entrevista a Marcelo Valdospinos Rubio.

De nuestros valores intelectuales: Víctor Gabriel Garcés. José Ignacio Narváez

Ligeras reflexiones sobre historia. Ramiro Galarza B.

La familia de Atahualpa, analizada por escritores peruanos. Luis Ubidia Rubio

Sentimiento religioso otavaleño. J. Estuardo Orbe

Entrevista a Humberto Flores. Álvaro San Félix

Romance del lechero de Pucará. Gustavo Alfredo Jácome

Acción de gracias a nuestros maestros de antaño. Virgilio Chaves Valdospinos

Otavaleños ilustres: Virgilio F. Chaves. Víctor Alejandro Jaramillo

Isaac. J. barrera, el Maestro. Roberto Morales

La plata del alba. Juan Flores Ruales

Don Ángel y don Zata. César Guerra Dávila.

SEGUNDA ETAPA

Nº. 1

Director: Edwin Narváez R.

Otavalo, abril de 1998

Editorial

En junio de 1977 apareció el primer ejemplar de la Revista «Curiñán», auspiciada por el Insitituto Otavaleño de Antropología. El propósito principal de quienes formaron

parte de ese importante equipo de trabajo, fue vigorizar la huella dejada por aquellos cultores del pensamiento local mantenida desde los primeros años de este siglo. El trabajo intelectual legado por valiosos otavaleños de esa época, está reseñado en periódicos y revistas. Allí se reproducen las inspiraciones poéticas y los homenajes a la tierra, se cuentan los mejores esfuerzos en bien de Otavalo, y se vivifica el sentimiento a la patria chica.

La Liga de Cultura «José Vasconcelos», institución que agrupó a los más prestigiosos pensadores otavaleños, es una corporación que ha dejado vestigios imperecederos. En la década de los cincuentas, en cambio, jóvenes universitarios entusiasmados por el adelanto de su terruño, editaron la revista «Ñuca Huasi», revista de gentes y cosas de Otavalo.

En esta ocasión, como lo hicieron en épocas pasadas, quienes nos antecedieron en la tarea, queremos dejar atestiguamiento de la ruta mantenida por la familia otavaleña, en el quehacer lugareño y en el enlace nacional.

Una de las tareas de «Curiñán» será marcar un reconocimiento de hechos en los que la participación ciudadana, constituya un aporte al desarrollo de la localidad.

Este medio de información tiene en su seno una organización independiente, pero respetuosa del criterio de las organizaciones y los integrantes de nuestra comunidad. No pretende inmiscuirse en actitudes de orden político, sino por el contrario, anhela aunar esfuerzos para fortalecer la unidad entre otavaleños.

«Curiñán» reaparece con el entusiasmo característico de quienes sienten en lo profundo de sus sentimientos, revivir el espíritu de la gente de barrio, del hombre cotidiano dedicado a su faena profesional, del artesano afanoso, de la mujer trabajadora, del deportista, del obrero, del escritor y el estudiante. En fin, de todos quienes forman parte de nuestra bolivariana ciudad. Por ello, al asumir la responsabilidad que esta tarea periodística significa, solicitamos las valiosas sugerencias de nuestros amables lectores, con ánimo perseverante de ofrecer a la ciudadanía otavaleña, un trabajo a la altura de sus más caros anhelos.

La Dirección de esta revista-periódico, igualmente, agradece el valioso concurso de todos y cada uno de sus colaboradores, coterráneos de acreditada trayectoria cultural. Compromete su inapreciable gratitud a quienes coadyuven esfuerzos para que este medio de información llegue a la ciudadanía otavaleña con el beneplácito que este afán conlleva, como portador de un mensaje henchido de los más grandes afectos para Otavalo.

Sumario

Editorial. Edwin Narváez R.

Un viaje en tren. Marcelo Valdospinos Rubio

La tercera etapa del Instituto Otavaleño de Antropología. Plutarco Cisneros A.

Páginas sobresalientes de la historia lugareña. Fernando Pareja González

Vida institucional: IOA. Patricio Guerra G.

La etnomúsica: un fenómeno musical. Carlos Alberto Coba A.

Artesanías de Otavalo: cestería. Hernán Jaramillo Cisneros

Las recetas de la abuela. Isabel Moreano Paz

Nº. 2

Director: Edwin Narváez R.

Otavalo, julio de 1998

Editorial

Otavalo es, en el contexto nacional, un pueblo marcado por una típica y singular fisonomía. Es pueblo que ha vivido un proceso de revitalización étnica, y dueño de una propia identidad. El otavaleño, hombre afable, sensible a las manifestaciones de un espíritu nacido del paisaje y de la herencia tutelar de su montaña, se siente dadivoso con quienes llegan al terruño, ávidos por solazarse con los encantos de su naturaleza y con la sustantiva producción manual de sus artesanos, cualidades que le han convertido en ciudad de turismo. Sin embargo, existe un factor preponderante que impide que un buen número de turistas pueda llegar cada fin de semana en forma fácil a nuestra ciudad: el pésimo estado de la carretera principal que enlaza Otavalo con la capital de la República. «Los caminos son las arterias de la civilización», se dice en forma expresa y resulta ser una evidencia incuestionable. Los pueblos para su surgimiento han necesitado de este medio importantísimo que es el de la vialidad.

La carretera Panamericana Norte, en su mayor recorrido, desde Quito a Ibarra, se encuentra en deplorables condiciones, y pese al insistente clamor para su inmediata restauración, no se dan las respuestas esperadas. Se cuentan en centenares los baches existentes en la carretera asfaltada, especialmente entre el sector de Tabacundo y Cayambe hasta Otavalo, de gran profundidad, situados a escasos centímetros unos de otros. El perfil de la carretera se halla desgastado en algunos tramos, hecho que disminuye las medidas normales de la misma. En conjunto los daños producidos en la carretera, dan la impresión de un singular sistema de «trampas», que a más del

peligro referido, han comenzado a ahuyentar al turismo en este sector.

Sumario

Mi geografía infantil. Marcelo Valdospinos Rubio

La responsabilidad de la hora presente. Plutarco Cisneros Andrade

Páginas sobresalientes de la historia lugareña (década de 1911 a 1920). Fernando Pareja González

San Juan. Carlos Coba A.

El incendio del teatro Bolívar. Guillermo Moreano Paz

Pagar a la tierra. Juan Flores Ruales

Gustavo Alfredo Jácome. Álvaro San Félix

Los Atabalibas. Ramiro Velasco D.

Artesanías de Otavalo: textilera. Hernán Jaramillo Cisneros

«Las huellas sin retorno». Raúl Pavón Sánchez

Vida institucional: IOA. Patricio Guerra G.

In memoriam: Octavio Paz. Aníbal Fernando Bonilla F.

Nº. 3

Director: Edwin Narváez R.

Otavalo, octubre de 1998

Editorial

Otavalo, celebra su fecha gloriosa y honra la memoria del Libertador. Es uno de los primeros pueblos mestizos integrado por las dos grandes culturas de nuestra nacionalidad. Otavalo, denominación de un importante «ayllu» que cedió su nombre a un sector del área Carangue, y que años más tarde fuera reconocido como el Repartimiento de Otavalo. Posiblemente 1534 marca el origen del Asiento de Otavalo, y según la data histórica –no precisada–, ocho años más tarde el Gobernador de Quito, Gonzalo Pizarro, le reconoció la categoría de Corregimiento. El 11 de noviembre de 1811, en correspondencia al mérito y valor de un pueblo digno, que aspiraba integrarse activamente a la vida de un país, y que se arriesgaba a librarse de la Corona española, la Segunda Junta Superior de Gobierno y Capitanía General de Quito, presidida por el Obispo José Cuero y Caicedo, la ascendió a la categoría de Villa. Dieciocho años más tarde, se daría la gloriosa decisión del Libertador Simón Bolívar para erigirse en CIUDAD. El Decreto fue expedido en el cuartel general de esta ciudad, y el Congreso de la Gran Colombia, aprobó esa erección. Desde entonces Otavalo es ciudad y cabecera de Cantón.

La identidad del hombre radicado en esta comarca, conserva rasgos distintivos, que tienen que ver con la afinidad muy propia entre el hombre y el suelo donde habita. El otavaleño tiene la íntima cualidad de ser parte de esta tierra, y la siente como un algo personal, y por ello, como legado de nuestros antepasados, éstas y las nuevas generaciones estamos en la necesidad de cuidarla y protegerla. Será siempre para los otavaleños y sus instituciones, una grata obligación trabajar empeñosamente por el adelanto y bienestar de este hermoso sector de la Patria, y en forma substancial deberá la municipalidad, redoblar esfuerzos para mejorar las condiciones físicas de nuestra tierra. Que esta invocación lleve a todos los hogares otavaleños, el deseo tangible de mejores días y el pedido de unión entre todos quienes anhelamos el progreso de OTAVALO.

Sumario

Editorial. Edwin Narváez R.

Decreto de Bolívar. Allende Cajas. Marcelo Valdospinos Rubio

La autopista Ibarra-Otavaló, un factor de desarrollo y progreso. Guillermo Moreano Paz

Mojanda. Fernando Chaves

Otavaló, ciudad bolivariana por excelencia. Fernando Pareja González

Bolívar, un maestro del periodismo. Patricio Pérez Ramírez

Homenaje permanente a Bolívar. Jorge E. Barahona

Pagar a la tierra. Juan Flores Ruales

La llegada de Bolívar a Otavaló. Álvaro San Félix

El bolivarianismo: principio de la otavaleñidad. Raúl Pavón Sánchez

Reseña histórica de la Sociedad Artística. Julio Fuentes Ch.

Curiñán. Edwin Rivadeneira

Al filo del alba. Anibal Fernando Bonilla F.

Vida institucional: IOA

El deporte de ayer. Luis Oswaldo Paredes M.

Nº. 4

Director: Edwin Narváez R.

Otavaló, julio de 1998

Editorial

Una etapa de graves convulsiones sociales no ha terminado de vivir el país, como consecuencia de una difícil crisis económico-financiera, desatada con mayor fuerza

en las últimas semanas. Los motivos ya sentidos son suficientes para la intranquilidad y la protesta, sin diferencia de sectores sociales, políticos o económicos. Las actuales circunstancias afectan a la mayoría y esto se advierte en todas las ocasiones posibles, sin embargo está de por medio la aspiración de que logren superarse en el país los intrincados retos que le toca enfrentar.

Considerables sectores humanos protestaron en las calles y en las carreteras, con variados estados de impetuosidad o violencia. Otros grupos, en cambio se unieron silenciosamente. Las organizaciones sindicales y diversas asociaciones alcanzaron el virtual apoyo de la comunidad que en ningún momento podía conformarse con lo que estaba sucediendo. Sin embargo, la protesta pasó en algunos casos del uso al abuso. Nuestra ciudad no fue la excepción, puesto que numerosos grupos de indígenas provenientes de varias comunidades pertenecientes al cantón, irrumpieron en las calles de la ciudad para demostrar su descontento con las medidas impuestas, pero no faltaron quienes aprovechándose de la situación, causaron perjuicios especialmente a vendedores de los mercados y a dueños de establecimientos comerciales, que nada pudieron hacer por defender sus locales.

No solo el país resultó afectado por la paralización de actividades. En nuestra ciudad los grupos pertenecientes a la FICI, luego de los acontecimientos suscitados, y que son de dominio público, consiguieron del Municipio la suscripción de un acuerdo, cuyo contenido recoge once peticiones puntuales, que deberán atenderse en el tiempo acordado por las partes.

El país golpeado por la magnitud de la crisis, sufre más estragos con la actitud de ciertos sectores de la población. Buscar los caminos para salir de la grave situación se va convirtiendo en aspiración y tarea de todos, desterrando divergencias políticas o falsos regionalismos, y propiciando como debe ser, una férrea unidad entre todos los ecuatorianos. De lo contrario, el país se sumirá en un tremendo desconcierto que a la postre afectaría implacablemente a las grandes mayorías.

Todos debemos comprender la dimensión del problema, y en forma cívica ofrecer nuestra patriótica contribución a favor de los más altos intereses nacionales.

Sumario

Editorial. Edwin Narváez R.

De promesa a realidad: «Las Luisas». Gloria Rengifo de Velasco

San Agustín de Cajas. Marcelo Valdospinos Rubio

Hacia donde va Otavalo. Patricio Pérez Ramírez

Grupo de actividad social femenino «Primavera». Fernando Pareja González

Artesanías de Otavalo: alfarería. Hernán Jaramillo Cisneros

Cuando Judas estuvo en Otavalo. Álvaro San Félix

La tercera línea. Raúl Pavón

San Bernardo, el santo con una historia de viveza criolla. Carlos Alulema D.

Vida institucional: IOA. Patricio Guerra G.

Anecdotario deportivo. Luis O. Paredes M.

Reseña histórica de la Sociedad de Trabajadores «México». Alfonso Almendáriz

Nº. 5

Director: Edwin Narváez R.

Otavalo, junio de 1999

Editorial

Nuestra ciudad va creciendo física y poblacionalmente, y pese a que su crecimiento pueda entenderse como aparentemente paulatino, obliga a dispensarle las atenciones que esta circunstancia precisa, aunque ello deba darse en épocas de crisis. Su condición de ciudad turística, ha permitido que personajes de prestigio internacional, al igual que cientos que desde diversos confines llegan al Ecuador cada semana, y de aquellos que arriban de las diferentes provincias de nuestro país, prefieran deleitarse con la belleza natural de nuestro paisajes, y admiren igualmente la variada producción artesanal que se exhibe en los mercados sabatinos y en los almacenes de la ciudad. Sin que exista de por medio el ánimo de contrariar la capacidad de decisión de las autoridades competentes, consideramos que la ciudad, en varios sectores merece ser atendida de mejor manera para que su presentación sea más decorosa, puesto que en algunos tramos de la avenida norte, circunvalación y entrada sur de nuestra ciudad, el asfalto de algunos tramos desde hace mucho tiempo, por efecto de las temporadas lluviosas ha provocado la formación de múltiples oquedades que agravan la normal circulación vehicular. Realmente resulta molesto utilizar la vía en las condiciones en las que se encuentra. Así mismo en lugares céntricos todavía se hallan rezagos de la publicidad empleada en la última campaña electoral, sin que se haya dispuesto la limpieza de estos sectores, y qué decir de las aceras de la urbe que desde hace varios años necesitan urgente mantenimiento. Estos son algunos de los requerimientos que con urgencia deben ser atendidos por nuestra Municipalidad.

Sumario

Editorial. Edwin Narváez R.

«Quien tiene fe tiene todo». Plutarco Cisneros A.

«San Pedro». Marcelo Valdospinos Rubio

«Por la igualdad y la cultura». Gloria Rengifo de Velasco
Artesanías de Otavalo: alpargatería. Hernán Jaramillo Cisneros
Recuerdos de esta segunda mitad de siglo. Jorge E. Salas S.
Ahora que soy paisaje. Juan F. Ruales
Sabrosas evocaciones. Jorge E. Barahona
Un domingo futbolero. Raúl Pavón S.
El hospital de Otavalo. Fernando Pareja González
Grupo de amigos. Franklin Cabascango P.
El «pedido». Ramiro Velasco D.
La fiesta del yamor. Patricio Guerra G.
San Bernardo, el santo con una historia de viveza criolla (segunda parte). Carlos Alulema D.
Anekdótico deportivo. Luis O. Paredes M.
Seminario de historia social
Cooperativa de ahorro y crédito «23 de julio» Ltda. Sucursal Otavalo
Agustín Carrión A.

Nº. 6

Director: Edwin Narváez R.
Otavalo, diciembre de 1999

Editorial

Álvaro San Félix, el intelectual de efusivos mensajes, al que se lo leyó con avidez, y de quien admiramos su dedicación incansable para cantarle a Otavalo, acaba de abandonar para siempre su tarea infatigable de hurgonero aquerenciado con su Alpa Mama. Su voz de características inconfundibles se ha silenciado definitivamente. Su pluma se ha quedado prendada en la luminosidad de sus inspiraciones. Su siempre activa participación como hombre inquieto del pensamiento y la creación literaria, no volverá a moverse en el itinerante mundo de su creatividad. La labor permanentemente positiva de Álvaro como Miembro de Número del Instituto Otavaleño de Antropología desde su creación, se ha detenido para siempre. Su figura de caballero andante jamás se perderá de la retina de todos quienes hubimos de congraciarnos con su fina amistad. El soledoso otavaleño de corazón, acaba de apresurar su partida, y ha dejado con nosotros un invalorable legado que Otavalo y los otavaleños no nos cansaremos de agradecerle.

La hondamente sensible e inesperada partida de Álvaro, acaecida hace muy pocas

semanas, ha conmovido a todos quienes formamos parte de nuestro conglomerado, y de manera especial a quienes como San Félix, somos parte de esta institución, que ha querido compartir con el pueblo otavaleño, el sentimiento de pesar por tan lancinante despedida, sin embargo hemos de agradecerle a la vida, la oportunidad que nos dio de conocer a un amigo, y de haber compartido con él sus sueños y realizaciones.

Alguien dijo: «la gratitud es la memoria del corazón», y con San Félix, el reconocimiento quedará perennizado, porque la simiente puesta por él en el alma de este pueblo con virtualidad invariable, se debe a que Álvaro se quedó con el oído puesto en el corazón de esta su tierra, para seguir día a día el ritmo de sus diástoles, y porque nunca intentó ponerle alas a su espíritu.

San Félix descansa en paz, pero el recuerdo, y la gratitud de quienes reconocemos su imponderable valía, nos permite dejar una guirnalda de flores en su tumba, y un réquiem doloroso sobre su memoria. Recordamos hoy, y recordaremos siempre a un gran valor a quien la muerte le arrebató de su pueblo el momento menos esperado, y de quien las cicatrices de su dolorosa partida, no se cerrarán en el espíritu de sus amigos y compañeros.

Sumario

Editorial. Edwin Narváez R.

San Félix en la cotidianidad. Marcelo Valdospinos Rubio

Busto de Álvaro San Félix. Patricio Guerra G.

Cachifuco. Fabián Pareja González

Don Virgilio Jácome Orbe: un cantor popular [1893 - 1973]. Carlos E. Alulema D.

Los indios y su fuerza vital. Patricio Pérez Ramírez

Recuerdos de esta segunda mitad de siglo (continuación). Jorge E. Salas S.

Artesanías de Otavalo: bordados. Hernán Jaramillo Cisneros

Solemne programación en homenaje a San Félix.

Reseña histórica del Club C. S. D. «Celta». Raúl Pavón Sánchez

Fragmento del poemario «Ahora que soy paisaje». Juan F. Ruales

Al himno a Otavalo. Luis O. Paredes M.

«La cruzada eucarística de San Luis». Fernando Pareja González

Niños pobres. Miguel Ángel Verdugo González

Silencios... Fermín H. Sandoval

Vida institucional: Instituto Otavaleño de Antropología

Nº. 7 y 8 (EXTRAORDINARIO)

Director: Edwin Narváez R.

Otavaló, agosto de 2002.

Editorial

La actividad periodística es una tarea que permite mantener una comunicación permanente entre los miembros de una colectividad. Conocer de primera mano las buenas o malas nuevas que son parte de un entorno sociológico. Esta labor implica el afán recurrente de un grupo de personas dirigido a involucrarse en el anhelo positivo de unir esfuerzos en beneficio de toda una sociedad.

«*Curiñán*» es una publicación del Instituto Otavaleño de Antropología, y su primer ejemplar, perteneciente a la primera etapa apareció en junio de 1977. La segunda ocasión en que se publicó la revista fue en abril de 1988, y tuvo vigencia hasta diciembre de 1999.

«*Curiñán*» reaparece con el entusiasmo característico de quienes sienten revivir el espíritu de la gente de barrio, del hombre cotidiano dedicado a su tarea profesional, del artesano afanoso, de la mujer trabajadora, del ama de casa, del deportista, del escritor y el estudiante. En fin, de todos quienes forman parte de nuestra ciudad. Por ello, al reasumir la responsabilidad que esta tarea representa, solicitamos las valiosas sugerencias de nuestros lectores, con ánimo perseverante de ofrecer a la ciudadanía otavaleña, un trabajo serio y veraz.

En este número se sigue una secuencia cronológica de algunos de los hechos y protagonistas más destacados de los últimos cincuenta años que tienen que ver con estas dos celebraciones: el Yamor y el aniversario del IOA.

En la década de los cincuentas, los universitarios Pedro Pinto Flores y Guillermo Moreano Paz, hace poco fallecidos, apasionados por el adelanto del terruño junto con Gabriel Garcés Moreano, Publicaron la revista «*Nuca Huasi*», edición que relievó con entusiasmo el hacer de la gente y las cosas de Otavaló.

En esta oportunidad, como quienes nos antecedieron en la tarea, queremos dejar testimonio de la ruta mantenida por la familia otavaleña en el trabajo lugareño.

En este número extraordinario recordamos la valiosa trayectoria de dos eminentes personalidades otavaleñas en el centenario de su natalicio: don Fernando Chaves Reyes y don Guillermo garzón Ubidia, miembros de la Liga de Cultura «*José Vasconcelos*», entidad que reunió a los más renombrados pensadores otavaleños

habiendo dejado a la posteridad vestigios imperecederos.

Hemos escogido esta fecha para la entrega de este nuevo ejemplar, por dos razones específicas: la primera, porque al celebrar el trigésimo sexto aniversario de fundación del Instituto Otavaleño de Antropología, al tiempo de saludar con beneplácito a la Institución por este acontecimiento, queremos evocar el nombre de tres de sus miembros de número a quines la muerte los arrebató demasiado pronto de su pueblo, y de quienes las cicatrices de su deplorable participación, no sen obturado en el ánimo de sus compañeros de sueños y realizaciones: Efrén Andrade Valdospinos, Vicente Vinicio Larrea y Álvaro San Félix, valiosos gestores de una nueva dimensión de las Fiestas del Yamor. La otra causa se debe a que Otavalo, se prepara jubilosa a celebrar precisamente las «*Bodas de Oro*» de oficialización de nuestra fiesta septembrina, y esto compromete la participación entusiasta de los barrios, instituciones y pueblo otavaleño, puesto que la Fiesta del Yamor conjuga la añeja y tradicional fantasía, con los auténticos valores contemporáneos, que trabajan para que este privilegiado pueblo se proyecte a todas las latitudes.

Pero, el Yamor no contó, entre sus protagonistas, únicamente con quienes hemos invocado. Existen otros nombres quienes ya no están entre nosotros, y que en su hora, alentaron con alegría y entusiasmo vivo las Fiestas Septembrinas. Con el recuerdo lleno de respeto y admiración hoy rememoramos a la «*Señora del Yamor*», doña Susana Mancheno de Pinto, realzamos su obra en la presencia de las generaciones de hoy, y aún más, a las que se perfilan como continuadoras de esta eclosión otavaleña.

El IOA tiene registrada una positiva trayectoria de servicio a la cultura en la ciudad, y su actividad especializada ha logrado difusión nacional e internacional. En sus treinta y seis años de vida institucional igualmente merecen recordarse la realización de la Primera Convención Nacional de Quichuistas en 1967, la construcción del Centro de la Comunidad Indígena, conocido como el Mercado de los Ponchos, y se constituyó en entidad anfitriona para recibir en su oportunidad a huéspedes ilustres en calidad de Presidentes Constitucionales, Jefes de Estado y Vicepresidentes de la República.

Nuestro homenaje de pleitesía a esta entidad que no desmaya en sus afanes.

Índice

Editorial. Edwin Narváez R.

La primera Fiesta del Yamor. Fernando Pareja González

El Grupo Ñuca Huasi. Gabriel Garcés Moreano

Doctor Enrique Garcés Cabrera.

El Yamor se oficializa: la elección de la primera Reina.
La gruta del Socavón
Los otavaleños residentes en Quito, a la Sra. Dña. Susana Mancheno de Pinto

El Comité da Damas. Nieves Rodríguez de Bueker
Los adioses: Pedro Pinto Flores. Guillermo Pinto Morillo
Evocación del amigo. Jaime Orquera Galeano
Homenaje a Guillermo Moreano Paz. Marco Ordóñez Andrade
Radio Otavalo (La Voz del Altiplano). Héctor Paredes M.
Radio Teatro en Otavalo. Lilia Mejía de Burbano
Doña María Tránsito Guerra de Dávila. Luis Oswaldo Paredes M.
Verano, vacaciones y fútbol. Marcelo Valdospinos Rubio
Sabores y delicias inolvidables. Franklin R. Mora
Trayectoria de «Síntesis». Jorge E. Barahona
Dos Presidentes del Cabildo otavaleño. Plutarco Cisneros A.
Efrén Andrade Valdospinos y la Fiesta del Yamor. Byron Pinto Muñoz
Las lenguas vernáculas. Marcelo Valdospinos Rubio
Recuerdos de Vicente Larrea. Hernán Jaramillo Cisneros

La plaza de los ponchos
Nostalgias de Vicente Larrea. Edwin F. Narváez R.
Todo está igual (fragmento). Efrén: Álvaro San Félix
Mi amigo y hermano... Eugenia Viteri
Álvaro San Félix, un hombre de teatro. Antonio Ordóñez

IOA cumple 36 años de vida:
Doctor Velasco Ibarra coloca la primera piedra, 1969
Se coloca la primera teja, 1973
IOA inaugura el primer tramo, 1974
El general Rodríguez Lara visita la entidad, 1975

Camino del recuerdo. Plutarco Cisneros A.
El «yamor» de doña Zoila Dávila de Velasco. Edwin F. Narváez R.
IOA rindió cálido homenaje a don Fernando Chaves Reyes
El centenario de don Guillermo Garzón Ubidia

Publicaciones periódicas de Otavalo. Hernán Jaramillo Cisneros

Nº. 9

Director: Hernán Jaramillo Cisneros
Otavalo, 2007

Ediciones Caracteres Impresos

Nueva imagen

Algo notorio en la vida de poblaciones como Otavalo es la presencia de personas llegadas desde otras latitudes, muchas de las cuales no se integran a las formas de vida de su nuevo lugar de residencia ni se despegan totalmente de sus comunidades de origen; esta particularidad hace que no sientan interés por conocer los acontecimientos, personajes y circunstancias que modelaron esta tierra que tiene un pasado importante y digno de recordar, ni les importe mucho su desarrollo, mientras, de otra parte, en especial los jóvenes, van olvidando y perdiendo contacto con los sucesos y figuras del lugar de donde vinieron.

Varias publicaciones otavaleñas, en distintos tiempos, se han referido a quienes, en el transcurso del tiempo y desde diversas funciones, trabajaron y dieron un carácter especial a su terruño, sea en el campo intelectual o material; *Curiñán* mismo, en números anteriores, ha dejado traslucir cierta nostalgia –en el sentido de la *morriña* gallega o la *saudade* portuguesa- sobre los hechos del pasado.

De esta vez *Curiñán* tiene, como tema central, varios artículos referidos a los recuerdos de la época escolar y colegial, etapa en la que se afirma el carácter, so orienta la afición por las futuras profesiones y se consiguen los primeros amigos, aquella hermandad que generalmente dura toda una vida. En las remembranzas de quienes han colaborado para este número de la revista, aparecen nombres de profesores, de compañeros y de incidencias que quedaron grabados en la memoria de los narradores.

Pero *Curiñán* no quiere anclarse en el pasado, por ello otros artículos tienen que ver con la creación literaria actual, de ahí que se presenta una síntesis de las últimas publicaciones del Instituto Otavaleño de Antropología y la Universidad de Otavalo, al igual que se incluye la sección *El sol de otro horizonte* en la cual se publica. en esta vez, el cuento de Tomás Trigo, *El manuscrito misterioso*, al igual que una reseña de Guillermo Montoya Merino sobre el libro *Peregrinaje y raptos*.

Esta es una nueva imagen que queremos proyectar: un formato diferente, artículos sobre el Otavalo anterior y actual. sin olvidar a personajes importantes del ayer; igualmente aparecerán temas nuevos que no correspondan necesariamente a la

creatividad de autores de esta región. Queremos hacer de *Curiñán* una publicación moderna que permanezca mucho tiempo con ustedes, amables lectores.

Sumario

Nueva imagen. Hernán Jaramillo Cisneros

A manera de un reencuentro. Marcelo Valdospinos Rubio

Reminiscencias de mi vida escolar. Jorge Orbe Velalcázar

Recuerdos de vivencias, de compañeros y profesores de la escuela y el colegio.

Germánico Guevara Cueva.

Recuerdos de mi infancia. Gloria Chacón N.

El colegio «La Inmaculada» en mi vida. Beatriz Vásquez Fuller

«El asilo de las madres». Fernando Pareja González

Cita con la memoria. Marcelo Valdospinos Rubio

Doctor Aurelio Ubidia Barahona. Fabián Pareja González

Escuela fiscal «Diez de Agosto». Edwin Narváez Rivadeneira

«... al ojo». Luis O. Paredes M.

El manuscrito misterioso. Tomás Trigo

El ritual: un discurso interrumpido. Fermín H. Sandoval

Peregrinaje y raptos. Guillermo Montoya Merino

Amigas, amigos todos. Susana Cordero de Espinosa

Nuevas publicaciones. Hernán Jaramillo Cisneros

Cerro Blanco, un enclave de la conservación de la vida silvestre en el cantón Otavalo.

Nelson Gallo.



IOA – OTRAS PUBLICACIONES

ARTESANÍA TEXTIL DE LA SIERRA NORTE DEL ECUADOR

Autor: Hernán Jaramillo Cisneros

Editores: Instituto Otavaleño de Antropología & Ediciones Abya-Yala

Impresión: Editorial Abya-Yala

146 páginas

Quito, 1991

Introducción

Los pueblos de la sierra ecuatoriana tienen una antigua tradición en el oficio textil. Los poquísimos tejidos arqueológicos, salvados de los depredadores de nuestro patrimonio histórico, a la vez que son pruebas evidentes de este oficio milenario, revelan las técnicas, las materias primas, la decoración y los colores utilizados por quienes habitaron estas tierras en épocas pretéritas.

En la Sierra Norte del Ecuador, que comprende –básicamente– las provincias de Imbabura y Carchi, se conservan técnicas textiles prehispánicas y otras introducidas por los conquistadores españoles. Así, el hilado con el huso de sigse, la técnica ikat, el empleo de telares de cintura y el telar vertical del Carchi, son de indudable origen precolombino. En tanto que el hilado en torno, el telar de pedales, las técnicas para el trabajo de lana y el tejido de alpargatas, son aportes tecnológicos de los castellanos.

Ciertos procesos, como el trabajo de lana y el tejido de alpargatas, se mantienen –en las áreas rurales– como en la época de su trasplante a nuestro medio; el hilado con el huso de sigse, el tejido de fajas y de cobijas amarradas, conservan –sin mayores variantes– las técnicas aborígenes ancestrales.

La manufactura de hilos y tejidos, partiendo de fibras de diverso origen: algodón, cabuya, pelos de camélidos americanos y lana, combinan tecnologías nativas con otras de origen europeo.

Las fibras, hilos y telas se tiñen con raíces, hojas, cortezas, tallos o flores, siguiendo tradiciones prehispánicas, o con tecnologías europeas que utilizan mordientes y colorantes industriales. En ciertos casos se combinan los dos procedimientos.

El tejido de cobijas y ponchos, en la provincia del Carchi, y de capelladas y taloneras para alpargatas, en Imbabura, es ocupación de mujeres campesinas mestizas. El grueso de la producción de tejidos en Imbabura, en cambio, se debe al trabajo de hombres indígenas.

El trabajo textil de las mujeres, realizado dentro de la casa, alternando con tareas del campo y con los cuidados de la familia y del hogar, significa casi una reclusión, por lo cual ciertas fases del proceso se ejecutan en la puerta de calle, lo que permite algún contacto con los miembros de la comunidad.

Hay pocos tejidos elaborados para satisfacer la demanda de vestuario y abrigo de los productores: cobijas, ponchos, fajas, bayetas, etc. En general se produce para el mercado, en tanto que los artesanos se abastecen de productos industriales.

Algunas formas de trabajo textil están por desaparecer, mientras otras se mantienen vigentes. Es la demanda de las propias comunidades o del mercado la que determina la preservación de ciertos productos. En el Carchi hay pocas tejedoras de cobijas amarradas y en Imbabura quedan contados tejedores de ponchos de dos caras y un reducido número de tintoreros de ikat. Estas dos últimas actividades se conservarán por un buen tiempo todavía, puesto que las prendas elaboradas con estas técnicas manifiestan la procedencia de los usuarios o su posición social y económica, como se señala en los capítulos respectivos.

La provincia del Carchi, con el empleo del telar vertical y la producción de cobijas adornadas con la técnica ikat, ofrece un panorama diferente al de Imbabura y, en general, al resto de la sierra ecuatoriana, donde la incorporación de herramientas y tecnologías adecuadas, evidencian todo el proceso de nuestra formación cultural. Los casos particulares expuestos en este trabajo, ponen de manifiesto los elementos de la identidad y de la memoria colectiva de los diferentes grupos de artesanos textiles estudiados.

El trabajo textil que en la época colonial tuvo connotaciones peyorativas, criterio que los españoles tomaron de los árabes y lo trasladaron a América, hoy representa una honesta forma de trabajo y es la ocupación principal de numerosos grupos de indígenas que viven alrededor del valle de Otavalo, quienes por su facilidad de adaptarse a las exigencias del mercado, con el empleo de modernas materias primas, la adopción de nuevos diseños y eficientes sistemas de comercialización, han alcanzado un grado de prosperidad más alto que los demás grupos indígenas del Ecuador.

Esta publicación contiene una serie de artículos referentes a las principales actividades textiles de las provincias del norte del Ecuador: Imbabura y Carchi. A los hombres y mujeres, que a través de los tiempos conservan las formas de trabajo aquí descritas, va nuestro cariñoso homenaje.

Índice

Presentación

Introducción

Técnicas textiles artesanales de Imbabura

La técnica ikat en Imbabura

Las fajas de Imbabura

El poncho de dos caras de Otavalo

La alpargatería en Imbabura

Las cobijas amarradas del Carchi

Bibliografía

ASÍ SOMOS NOSOTROS

Autor: César Guerra Dávila

Impresión: Editorial Gallo capitán

88 páginas

Otavalo, 1979

Presentación

Alimentadas en honda raíz popular, estas páginas tienen sabor a compañerismo compartido, disfrutado en el paisanaje y gozado al calor humorístico de un grupo humano atento al acontecer social o particular de sus miembros más pintorescos. Se paladean gustosamente los hechos que endulzaron las chispeantes horas de juego en el Club, en la esquina de la Plaza Mayor o en las fiestas lugareñas. Los nombres propios dan sabor a una época no lejana y sin embargo sólo reconocida por quienes la vivieron o gozaron.

El humor está presente. De cuerpo entero. Contado por un hombre que supo extraerlo del diario vivir, rindiendo así un homenaje a toda una vida enfrentada a los problemas personales o ciudadanos con valentía y sutil sonrisa.

César Guerra Dávila, fue toda su vida un maestro de juventudes; y ahora, nos demuestra que sigue siendo maestro cuando en el atardecer de sus sueños, frente a la adversidad, sigue sonriendo con deseo de perpetuar su memoria.

César Guerra Dávila nos entrega así una invitación al recuerdo y a la alegría colectivos de quienes marcaron a Otavalo con la cordialidad fraterna y la alegre simpatía siempre a flor de piel.

BOLETÍN Nº. 1

Editor: Instituto Otavaleño de Antropología

Impresión: Departamento Gráfico del Instituto Otavaleño de Antropología

223 páginas

Otavalo, 1968

Presentación

En el afán de ir cumplimentando las tareas que los objetivos del Instituto Otavaleño de Antropología nos ha impuesto y ciñéndonos al plan de actividades fijado para el presente año, aparece el *Boletín* No. 1.

Quienes hacemos el Instituto sabemos de la enorme responsabilidad asumida. Pero creemos así mismo, que tenemos un compromiso mayor: el de ser hombres comprometidos con la época en que vivimos y con nosotros mismos. El caudal de problemas que rodean a la colectividad no puede pasar desapercibido porque ignorarlo sería ignorarnos.

Ciertos estamos de que a través de este trabajo estamos haciendo y propendiendo al desarrollo cultural de nuestro pueblo y contribuyendo con ello, si no a la solución, al menos a la búsqueda de factibilidades que permitan llegar a aquella. De aquí nuestro interés por colaborar con el aporte de datos y experiencias en procura de obtener conocimiento cabal de lo que somos, paso inicial e impostergable en el obligado proceso de concienciación a que nos vemos abocados.

El presente *Boletín* contiene el informe de la Primera Convención Nacional de Quichuistas, importante documento cuya publicación por razones de fuerza mayores ha venido postergándose hasta hoy.

Incluye también dos trabajos de investigación: uno del señor Víctor A. Jaramillo, meritisimo investigador y hombre de letras otavaleño. Y, otro de Director Ejecutivo del IOA.

Hemos hecho coincidir la aparición del presente número con las celebraciones del maestro puesto que, en honor a ellos y para ellos está dedicado. Nuestro homenaje al magisterio, conductor y forjador de seres con afanes de hombridad.

Contenido**Presentación**

PRIMERA PARTE

Informe de la Primera Convención Nacional de Quichuistas

SEGUNDA PARTE

La provincia de Imbabura

San Miguel en San Rafael

TERCERA PARTE

Saludo al Magisterio

Breves apuntes sobre el Jardín de Infantes «31 de Octubre»

Datos estadísticos del Colegio Nacional «Otavalo»

Educación y desarrollo económico

Semblanza de algunos educadores de juventudes otavaleñas

CUARTA PARTE

Presencia del Teatro Popular Ecuatoriano

Opiniones sobre la presencia del Teatro Popular en Otavalo

Informaciones del I.O.A.

CLAVES Y SECRETOS DE LA LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL

Autor: Hernán Rodríguez Castelo

Editor: Instituto Otavaleño de Antropología

Impresión: Editorial Gallo capitán

355 páginas

Otavalo, 1981

Introducción: Para los que son admitidos al banquete

Es desolador para quien escribe este libro saber que cuanto él busque y proponga no podrá llegar sino un pequeño porcentaje de niños latinoamericanos, y no por limitaciones intrínsecas de la literatura infantil, sino por las pavorosas condiciones económicas y sociales que rodean –que estrechan y asfixian- a niños y jóvenes, en esta parte del mundo.

No tratará el libro acerca de las relaciones libro-sociedad-niño; pero quiere trazarlas para que queden como un inevitable telón de fondo que señale sus límites infraestructurales a todos los planteos y conclusiones.

Y hacer ese trazado será relativamente simple –a menudo las cosas más

sobrecogedoras se dicen de modo muy simple- será ir mutilando sucesivamente un mapa, el mapa de todos los niños de una república latinoamericana que *podieran ser* lectores hasta dejar el fragmento de los que en realidad *pueden ser* lectores. Dar el último paso, al *son* lectores, es asunto con el que el presente libro aspira tener que ver.

En el Ecuador —y, a lo que se me alcanza, en muchos otros países de la región se guarda la proporcionalidad de estas cifras, que es lo que cuenta —de 7'500.000 habitantes (datos de 1977) tienen hasta catorce años 2'500.000 repartidos así: un 39% en áreas urbanas y un 61% en áreas rurales.

De esos niños son analfabetos 1'000.000. Y esta es la primera mutilación del mapa del niño lector. Mutilación radical y, como van las cosas, casi insalvable para quienes no alcanzaron al tren de la escuela.

Gozan de la educación primaria 1'260.478 niños. Pero esa población infantil, que debería estar predestinada al gozo y libertad del libro, sufre nuevas y masivas deserciones: los niños que trabajan y los niños desnutridos. En el área rural trabajan 986.051 niños; en el área urbana, 75.452 niños. Y decir «niños que trabajan» implica niños en hogares donde un libro, no solo es el más superfluo de los objetos, sino hasta casi un poco ofensivo.

En cuanto a la desnutrición, el alto porcentaje de déficit de proteínas y calorías, ha llevado a decenas y decenas de miles de niños ecuatorianos al borde de la oligofrenia y la debilidad mental. Cuando alguna vez, en estos últimos años, un plantel se atrevió a buscar comprobaciones estadísticas a un fenómeno que mil indicios hacían presentir desmesurado y trágico, fueron tales los resultados que sobrecogieron. Y nada salió a luz. Niños así se pasan las tardes de largo haciendo una copia o algún otro deber rutinario que las escuelas, si revisan revisarán de modo no menos rutinario. ¿Leer? ¿Y eso qué es? ¿Para qué? ¿Qué tiempo?

Conclusión de estas primeras mutilaciones es que en el Ecuador casi 2'000.000 de niños —el 80% del total de la población infantil— tienen casi absolutamente vedado el acceso al libro. Si alguna vez se acercan al banquete de la literatura infantil, han de contentarse con verlo desde la fría tiniebla exterior, detrás de los cristales.

Quedamos en los territorios donde el niño tiene acceso al libro.

Pero, entre tener acceso al libro y ser lector hay buen trecho.

Y otra vez, imponen tiránicas limitaciones las condiciones socioeconómicas. Dejando

de lado la dificultad para la adquisición de libros que experimentan hogares de economías estrechas —lo cual podría remediarse tan pronto el Estado lo quisiese e inundarse la población escolar con libros de bajo costo y amplia circulación—, están los problemas que lesionan la capacidad misma del lector. Porque es de sobra sabido que las diferencias socioeconómicas más extremas llevan a diferencias culturales, estas afectan la aptitud lingüística y una disminución sensible de la aptitud lingüística coarta la capacidad de lectura en cantidad y calidad.

El leer, que es un descodificar, implica dominio de dos subcódigos: la estructura sintáctica y el vocabulario. Ahora bien, en nuestras clase marginales —y aún más en las rurales— se advierten sintaxis pobre y hasta desviada de la normal (lo cual quiere decir a-sistemática, fuera del código) y un léxico no menos pobre. Entre los factores de enriquecimiento Newson ha señalado la conversación de las madres con sus hijos de edades tempranas («Four years old in urban community») y Durkin la lectura en voz alta que hacen los padres a sus hijos pequeños («Children who read early»). ¿De cada diez familias ecuatorianas —de las que nos quedaban— en cuántas se hace algo de esto? Y pedirlo a aquellas cuyo padre tiene que andar de la seca a la meca tratando de superar las angustias del subempleo y cuya madre debe deslomarse de sol a sol para llevar el presupuesto familiar siquiera a los límites de supervivencia, es pedir anormalidades.

Quedaría la escuela, en donde, por más que haya el maestro excepcional que tiene ideas claras sobre este problema, rige más bien un gran desconcierto, que comienza por unos programas caóticos y termina por las propias deficiencias en la formación de los maestros, deficiencias que cierran el círculo vicioso de una educación a la que cualquier espíritu atento tacha de deficitaria, mucho más en lo cualitativo, que en lo cuantitativo.

Con lo cual, ¿cuántos habitantes nos quedan para la república de los niños lectores? ¿Restarán, de esos 500.000 unos 100.000? Supongámoslo, aun pecando de optimistas.

Estamos, pues, ante cien mil niños que pudieran ser lectores. Aprendieron a leer; su casa y acaso su escuela les han equipado como para entender la sintaxis y léxico del común de los libros hechos para sus edades. Ahora bien, ¿cuántos de ellos leyeron alguna vez un libro que no fuera el obligado —y pedestremente utilitario— texto escolar? ¿Cuántos vivieron la experiencia de apartarse a su cuarto, a un parque, a un rincón cualquiera para disfrutar de un libro?

Muchos no llegaron nunca a esta experiencia definitiva por falta de ejemplo de algún buen lector —¿cuántos de nuestros maestros de primaria son buenos lectores?—; otros porque no tuvieron a mano libros en verdad interesantes, bellos, aptos para

entusiasmos- ¿habrá en todo el Ecuador unas cincuenta escuelas que tengan una buena biblioteca de literatura infantil?

No creo que haya pecado de pesimismo si de los cien mil niños que nos quedaban marginamos otros noventa mil.

Y qué estupendo sería que de esta última mutilación no se extendiese a más! Diez mil niños en camino al gran banquete. Diez mil niños en posesión del secreto de la lectura personal gozosa, fascinante, emocionante o divertida, al menos. Diez mil niños puestos a buscar libros en bibliotecas y librerías... Esto solo garantizaría el futuro de la literatura infantil y juvenil en el país y, a bastante corto plazo, unos poderes públicos con ideas claras acerca del libro, la literatura infantil, la lectura de niños y jóvenes- y tantos otros problemas marginales, como la función cultural de los medios de comunicación social, en especial la televisión; la edición y distribución masivas del gran libro; la organización de redes de bibliotecas escolares y populares...

¿Pero, son diez mil?

Los que sean -y por pocos que sean, me merecen el mismo respeto y pasión- han emprendido -o están dispuestos a emprenderla- la más vibrante de las aventuras, la más rica aventura de aventuras -que eso es la aventura del libro de literatura- y, unidos a otras decenas de miles de niños latinoamericanos, conforman el auténtico ejército de liberación de este continente en riesgo de perpetuar los más ominosos sometimientos y las más torpes alienaciones.

Para quienes pueden roturarles los caminos del libro, animarlos a lanzarse a ellos y abrirles horizontes hacia el amplio mundo de la literatura, ya sea creando literatura infantil, ya cumpliendo menester de mediación entre el libro y el niño, se escribe esta obra.

Para que, al fin, comience a perder vigencia, al menos por este flanco, aquello que escribiera Ortega hace ya más de medio siglo -en 1920-: «Pues grande parte de la pedagogía actual -no obstante los progresos innegables, que comienzan con Rousseau y Pestalozzi- tiene el carácter de una caza al niño, de un método cruel para vulnerar la infancia y producir hombre que llevan dentro una puerilidad gangrenada.»

Índice general

Introducción: para los que son admitidos al banquete

1. Primera clave o poética de la literatura infantil y juvenil

- 1.1 ¿Qué es la literatura infantil y juvenil?
- 1.2 ¿Qué es el niño?
 - 1.2.1 La historia interior
 - 1.2.1.1 La representación del mundo
 - 1.2.1.2 El niño frente a la realidad
 - 1.2.1.3 El pensamiento infantil
 - 1.2.2 El lenguaje y el niño
 - 1.2.3 El juego y el niño
- 1.3 ¿Qué es el joven?
 - 1.3.1 El pensamiento del joven
 - 1.3.2 La afectividad del joven
 - 1.3.3 El adolescente de hoy
- 1.4 Hacia una poética de la literatura infantil y juvenil
 - 1.4.1 Literatura infantil
 - 1.4.2 Literatura juvenil
2. *Segunda clave o estética de la literatura infantil y juvenil*
 - 2.1 La cuestión de una «estética» de la literatura infantil y juvenil
 - 2.2 Algunos lineamientos de «Estética» con miras a una estética de la literatura infantil y juvenil
 - 2.3 Las preferencias del lector infantil y juvenil
 - 2.3.1 Las mayores calidades de la literatura infantil y juvenil
 - 2.4 El primer estadio: las primeras lecturas
 - 2.4.1 Literatura infantil
 - 2.4.2 Literatura juvenil
 - 2.4.3 Últimas claves de estética y conclusiones
3. *Tercera clave o retórica de la literatura infantil y juvenil*
 - 3.1 Acerca de retórica y estilística
 - 3.2 Límites y planteamientos de esta retórica de la literatura infantil y juvenil
 - 3.3 Retórica de la literatura infantil
 - 3.4 Retórica de la literatura juvenil
4. *Cuarta clave o ética de la literatura infantil y juvenil*
 - 4.1 La cuestión del «para qué» de la literatura infantil y juvenil
 - 4.2 Sentido último de la literatura infantil y juvenil
 - 4.3 Cuento de hadas y sentido de la vida
 - 4.4 Literatura infantil y juvenil y cosmovisión histórica y social

Bibliografía de la literatura infantil y juvenil

Obras de literatura infantil y juvenil nombradas en el texto.

CONTACTO Y CONFLICTO

Autor: Jeffrey D. Ehrenreich

Editores: Instituto Otavaleño de Antropología & Ediciones Abya-Yala

Impresión: Talleres Abya-Yala

303 páginas

Cayambe, 1989

Introducción

LOS COAIQUER Y SU CONTACTO CON LA CULTURA

Hasta que fue «descubierto» y reconocido oficialmente en 1974 un segmento poblacional de los Coaiquer, un pueblo Amerindio que reside en Ecuador y Colombia, se les arregló para vivir relativamente libre de la influencia de los afuerreños. Ellos descendían de migrantes que habían cruzado la frontera Colombiana por primera vez para asentarse en una zona anteriormente desocupada, remota y aislada, del Litoral Ecuatoriano conocida como el Plan Grande de San Marcos. Durante tres generaciones estos Coaiquer mantuvieron lazos con otros Coaiquer de Colombia y Ecuador, y también con afuerreños. Sin embargo, al contrario de otros segmentos de la población coaiquer, ellos retuvieron un alto grado de independencia y control sobre sus propias vidas y cultura. Ampliamente dispersos y viviendo primariamente en base a la técnica de subsistencia de agricultura de desmonte dejado en el sitio, los Coaiquer del Plan Grande experimentaron poco control administrativo de parte de las autoridades del gobierno ecuatoriano o de establecimientos eclesiásticos. El objetivo de este estudio etnográfico se centra en la sociedad fuertemente igualitaria que se desarrolló y mantuvo en el Plan Grande Coaiquer. Está dedicado a estudiar la organización económica, política y social que estructura su vida y su cultura, y en último término, la manera cómo los Coaiquer intentan sobrevivir al contacto cultural y el cambio. Específicamente examina las condiciones que existen detrás y el potencial impacto de los planes recientemente implementados por el gobierno ecuatoriano y la Iglesia Católica para imponer el «progreso» sobre los Coaiquer mediante la aceleración de su proceso de incorporación al torrente de la cultura y economía nacional.

LA ERA TRADICIONAL Y LA CULTURA TRADICIONAL COAIQUER

Los migrantes Coaiquer que vinieron a habitar el Plan Alto de San Marcos habían experimentado con anterioridad el impacto de la aculturación. Muy lejos de retener una tradición aborígen purísima, ellos habían escapado de Colombia de una situación en la cual su vida cultural y su autonomía habían sido amenazadas crecientemente

con el pasar de los años por una población occidental en expansión. Las señales externas de la aculturación y del impacto del contacto cultural y el cambio estaban a la vista y en aumento constante. Sin embargo, muchos coaiquer se aferraban a su propio estilo de vida en la medida de lo posible, desarrollando estrategias de adaptación a la constante intromisión de los afuereños. Para entender la cultura y la historia de los Coaiquer del Plan Grande antes del momento de su descubrimiento oficial en el Ecuador, es esencial mantener en la mente el hecho de que ellos entraron al Ecuador después de haber sufrido una aculturación extensiva en Colombia. Bajo circunstancias algo parecidas a las de los llamados «pueblos de las colinas», los Coaiquer del Plan Grande pasaron a una situación de contacto a otra de aislamiento controlado. Hasta el «descubrimiento» oficial, el control de sus vidas y su cultura estuvo, en un grado inusual, en sus propias manos por un período que duró aproximadamente cincuenta años dentro de lo que será llamado aquí la «era tradicional».

A través de todo este estudio, el término «tradicional» se emplea para referirse a una era particular en la historia de los Coaiquer del Plan Grande y la cultura desarrollada y mantenida durante este período. El significado implícito de este término y algunas de las limitaciones inherentes a su uso necesitan ser explicados desde el comienzo.

El término «tradicional», cuando es aplicado a una época de la historia de los Coaiquer del Plan Grande, se extiende desde el momento de su migración de Colombia (la primera ocupación permanente del territorio, más o menos hacia 1925) hasta el momento de su descubrimiento y reconocimiento oficial en 1974. Cuando se refiere a aspectos de la cultura total, el término «tradicional» como se emplea aquí sigue el significado de Young. Específicamente aquí el término tiene las dos implicaciones importantes que siguen: 1. «tradicional» de modo alguno debe ser visto como el equivalente de «aborigen»; 2. los que son aceptados o juzgados como aspectos de la cultura por los miembros que participan son incluidos como parte de la cultura «tradicional»; 3. el «uso» o la «adopción» son mantenidos como materias aparte de la «fabricación» o la «invención»; el uso regular y ampliamente difundido de adopción es suficiente para calificar un ítem o rasgo cultural como «tradicional»; 5. «tradicional» es relativo a una época o era determinada y 6. el concepto de «tradicional» representa una «idealizada versión de la vida nativa».

Así, el significado de «tradicional» con referencia a los Coaiquer del Plan Grande es una conceptualización generalizada de la cultura como se la entiende desde un punto de vista nativo o «émico», pero interpretada desde la perspectiva «ética» del etnógrafo. Ella mezcla rasgos y elementos de la cultura nativa y la extranjera difundida.

Aunque es evidente que el concepto de cultura «tradicional» como se lo emplea aquí, no está libre de problemas teóricos, dificultades o ambigüedades, implícitamente se piensa que distinciones significativas y útiles son posibles con su uso. En cualquier estudio dedicado a condiciones culturales que sufran una rápida transformación debe ser arbitrariamente establecida alguna base normalizada para el propósito de discutir o ilustrar cambios significativos. Algunos ejemplos específicos de la cultura de los Coaiquer del Plan Grande, junto con las líneas ofrecidas por Young en su discusión del concepto de cultura «tradicional» entre los Ngawbe de Panamá pueden servir para clarificar la aplicación del concepto como se lo usa aquí.

Talvez el hecho más importante en el esquema de subsistencia y la cultura material de los Coaiquer del Plan Grande es el uso del plátano como el cultivo básico. Los plátanos fueron probablemente introducidos en algún momento del Siglo Dieciséis o más tarde. Todos los Coaiquer dependen de las muchas especies de plátanos como fundamento de su base de subsistencia. La primacía del uso del plátano ha existido a través de la vida entera de los Coaiquer que viven en el Plan Grande. Los plátanos son vistos por todos los Coaiquer como un elemento básico de su cultura y de esta manera se los incluye como parte de su cultura tradicional. En contraste, la yuca fue elegida para su uso desde el periodo del descubrimiento como resultado del esfuerzo para asimilar a los Coaiquer dentro de la cultura ecuatoriana. Solamente unos pocos Coaiquer del Plan Grande siembran actualmente yuca. De igual modo, una disponibilidad en aumento de pequeñas cantidades monetarias en la forma de salarios de trabajo que resultan del contacto creciente durante la era posterior al descubrimiento ha hecho posible la compra no frecuente de fideos en paquetes o enlatados de pescado para un muy pequeño número de Coaiquer del Plan Grande. La yuca, el fideo empacado y los enlatados de pescado no son considerados como aspectos de la cultura tradicional.

La herramienta más comúnmente usada en la vida de los Coiquer es el machete. Estos proceden de fábricas de Colombia y Ecuador. Todos los Coaiquer usan machetes y ninguno puede recordar época alguna en la que hayan dejado de tenerlos como el utensilio básico cotidiano. Los machetes se consideran como parte de la cultura tradicional Coaiquer. Las vasijas metálicas, ollas, platos, copas y tenedores son todos fabricados fuera de la cultura Coaiquer. En los tiempos aborígenes, se fabricaba alfarería en arcilla. Aunque algunos todavía pueden recordar el uso y la fabricación de vasijas de barro, muy pocos las han fabricado o usado por décadas. Las vasijas y ollas metálicas se incluyen como tradicionales. Los recipientes de mate naturales fueron usados como botellas y vasos para comer sin utensilios antes del descubrimiento y son por lo tanto tradicionales. Desde las épocas posteriores al descubrimiento, ha tenido lugar, el uso difundido de platos, vasos y utensilios para comer. Todos pueden recordar la época en que ninguno o muy pocos de tales artículos

estaban presentes en sus hogares. Los platos metálicos, los vasos y utensilios de comer no son aún parte de la cultura tradicional, pero están comenzando a serlo muy rápidamente.

En el ámbito socio-político, las relaciones sociales entre los Coaiquer presentaban un fuerte igualitarismo durante la era tradicional comprendida entre la migración y el descubrimiento. A partir del descubrimiento, los afuereños han intentado crear deliberadamente posiciones de liderazgo y autoridad en un esfuerzo por adquirir un mayor dominio administrativo sobre los Coaiquer. Algunos individuos Coaiquer han colaborado con estos esfuerzos por temor a represalias o impulsados por su propio provecho. En algún rato, todos los Coaiquer del Plan Grande son afectados por estas condiciones y casi todos rechazan explícitamente las bases del sistema impuesto. El igualitarismo en los asuntos sociales y políticos es tradicional, mientras que claramente los roles del liderazgo y autoridad no lo son.

EL CASO COAIQUER EN PERSPECTIVA

Por un cierto número de razones, el caso Coaiquer tiene un interés y atractivo especial para la etnología. Poco se conoce a la fecha de ellos etnográfica y culturalmente, excepto que son un grupo severamente amenazado. Una corriente de colonos, compuesta de exploradores ecuatorianos, agricultores, rancheros, etc. se ha estado expandiendo continuamente desde las regiones vecinas dentro del territorio ocupado por los Coaiquer del Plan Grande. A medida que los hijos e hijas de estos colonos aumentan en edad, les es cada vez más difícil tener la esperanza de heredar tierras de su padres o encontrar oportunidades de trabajo en áreas más urbanizadas (por ejemplo Tulcán, San Gabriel, Otavalo o Quito). Estos colonos han creado así, una demanda siempre creciente en espiral por tierras y desarrollo en las regiones fronterizas cada vez más restringidas. Históricamente, las poblaciones indígenas de pequeña escala pudieron a menudo retirarse a medida que la expansión occidental se producía, pero esta opción es menos practicable a medida que pasa el tiempo. Como sucede con tantos pequeños grupos tribales alrededor del mundo, los Coaiquer del Plan Grande ya no están solamente amenazados por el desalojo. Están experimentando una vez más la amenaza de la extinción cultural (etnocidio a través de la asimilación, la aculturación y la absorción que antes habían conocido en Colombia). Por la época del trabajo de campo, la política nacional declarada del gobierno ecuatoriano era absorber y asimilar todas sus poblaciones indias nativas dentro de la tendencia principal de desarrollar la vida moderna ecuatoriana con la mayor rapidez posible. A la luz de estas condiciones prevalecientes, el estudio etnográfico de los Coaiquer parece ser especialmente urgente.

La naturaleza del igualitarismo de los Coaiquer es también significativa. En el

concepto de los antropólogos, el igualitarismo es una condición política, social y económica relativa en la cual los miembros de una sociedad «tienen igual acceso a los beneficios de esa sociedad». Una característica que define a las culturas primitivas, especialmente a aquellas llamadas cazadoras/recolectoras, es que, por lo general, está presente un alto grado de igualitarismo.

Los Coaiquer del Plan Grande, que dependen grandemente de la horticultura para su subsistencia, exhiben no obstante un inusual y alto grado de igualitarismo en sus relaciones sociopolíticas en contraste con muchos otros horticultores. A pesar del carácter esencialmente sedentario de la vida Coaiquer, la estructura de su sociedad en muchos aspectos se semeja más a las estructuras de cazadores/recolectores que a las de otros horticultores. El igualitarismo Coaiquer fue sin duda originado y fomentado por el aislamiento durante la era tradicional. El período de aislamiento controlado ayudó a proteger y nutrir este aspecto de la cultura Coaiquer contra la destructiva influencia de los afuerreños y es especialmente importante desde el punto de vista etnográfico.

El momento en que se realizó el trabajo de campo era propicio para el estudio del impacto producido por el contacto cultural en la vida Coaiquer. El descubrimiento de 1974, gradualmente condujo a visitas de parte de los funcionarios locales y de estado, que a su vez condujeron a planes para el inmediato desarrollo del territorio Coaiquer. Mi arribo tuvo lugar un año después que el plan de desarrollo oficial fue puesto en marcha. Así, las consecuencias iniciales de estos planes pudieron ser observadas a medida que se fueron desarrollando. Como podía esperarse, el impacto del contacto fue más dramático dentro de los segmentos de población más accesibles geográficamente y casi imperceptibles en las áreas aisladas. De esta manera fue posible recoger información comparativa y a la vez representativa de las eras tradicional y posterior al descubrimiento.

EL CONTACTO CULTURAL Y LA SUPERVIVENCIA

Pocos, si es que alguno de los pueblos indígenas de Sud América, han tenido éxito en la evasión de los efectos de la Conquista y su acción destructiva posterior. El impacto del contacto cultural y la incansable destrucción causada por la modernización y el progreso continúan diseminando hacia cada rincón del Continente los procesos de asimilación, aculturación y desarrollo. Todos ellos, aspectos del contacto cultural, casi invariablemente causan destrucción y crean el caos. Las dificultades encontradas por las poblaciones indígenas al realizar su transición a la cultura latinoamericana moderna, especialmente aquellas que poseen culturas definibles como de «tierras bajas» y pequeñas en tamaño, son bien conocidas y bien documentadas. Las enfermedades, la explotación, la expropiación de tierras, el

exterminio intencional y el derrumbe de los sistemas socioculturales en respuesta a las fuerzas externas han conducido a la desaparición de cientos de sociedades indígenas. Para los indígenas sudamericanos, el contacto ha significado generalmente explotación y aún la muerte. En las palabras de Patricia Lyon: «En su contacto con los extraños los indios tuvieron dos alternativas a escoger, adaptarse o morir. Muchos murieron».

Problemas del contacto

El registro etnográfico de Sud América está repleto de casos relativos a problemas derivados del contacto cultural. Para ilustrar esto brevemente, los recientemente contactados Kreen-Akarore del Brasil han sido devastados por la gripe, una enfermedad contra la cual tienen poca o ninguna inmunidad debido a su aislamiento anterior. Más tempranamente, Ribeiro presentó documentadamente los efectos médicos dramáticos derivados de situaciones de contactos sobre poblaciones de indígenas brasileños Chagnon, igualmente anota los peligros de las enfermedades para los aislados Yanomamo del sur de Venezuela, al igual que la destrucción potencial y actual llevada a cabo por misioneros, periodistas, explotadores de tierras y desarrollistas. Muchos otros han documentado esta intromisión perniciosa e insensible y la destrucción al por mayor de los indígenas. En una descripción de los indios Xikrin del río Caetete y de su contacto con los primeros exploradores, recolectores de nueces (explotadores de tierras), comerciantes, y otros «neo-Brasileños», Frikel documenta los subsecuentes daños de la vida de los Xikrin, incluyendo las enfermedades y la disminución de la población, las amenazas a la cohesión social, explotación, aumento de la prostitución, hostilidades y tensiones. La explotación en busca de petróleo y la apertura y desarrollo de áreas potencialmente ricas en recursos naturales por los gobiernos y las empresas privadas en los territorios ocupados por poblaciones indias de Sud América, también ha contribuido en gran escala a la destrucción de las culturas indígenas. Los Motilones de Venezuela y Colombia, un caso bien conocido, por años han luchado contra los esfuerzos de las compañías petroleras en su territorio. Los Amaracaeri del Perú, al igual que muchos otros grupos por toda Sud América, han sido victimados y explotados por agentes de las compañías que buscan petróleo y otros recursos naturales. Tavener, en su trabajo con los indígenas Karaja del Brasil Central, anota las dificultades involucradas en la absorción y asimilación de los indígenas por la falta de un planeamiento sensato y consistente, y en situaciones en las que suficientes seguridades y controles no existen, Chapman informa que a fines del siglo diecinueve los Selk'nam de Tierra del Fuego eran cazados y victimados por cazadores profesionales mercenarios alquilados por los intrusos blancos propietarios de haciendas de ovejas, agricultores y buscadores de minas. Los militares también tomaron parte en la destrucción y genocidio de los Selk'nam.

Es importante recordar que los disturbios causados por los procesos de contacto y asimilación no resultan solamente cuando las finalidades son de naturaleza explotadora. La introducción de las enfermedades, que a menudo producen la dispersión y la extinción de los grupos indios, raramente es intencional. La propagación de las enfermedades como producto del contacto es un lugar común y muy difícil de evitar. Irónicamente son los misioneros quienes frecuentemente llevan nuevas enfermedades a los grupos indígenas.

Obviamente, cualquier cambio por más inocente y bien intencionado que sea puede tener a veces consecuencias en extremo destructivas o debilitadoras. La simple introducción de pollos junto con otros gestos similares causaron imprevisibles y no buscados resultados entre los Siriono de Bolivia. Tales procesos son bien conocidos a través de la literatura etnográfica. Todos los ejemplos de arriba, que representan solo un fragmento de los ejemplos disponibles en la literatura no constituyen la excepción, sino más bien la regla.

Una cuestión de supervivencia

El tema del contacto cultural inevitablemente plantea interrogantes acerca de la supervivencia cultural de las culturas minoritarias. La crítica cuestión de la supervivencia que encaran las poblaciones nativas indígenas que quedan hoy en el mundo, de una manera u otra, se centra en su relación con las naciones dentro de cuyos linderos residen (más específicamente en los individuos que las representan) con las cuales los indígenas tienen que tratar. Esto es penosamente evidente entre pueblos indígenas de Sud América. En su mayoría tales grupos nativos se ven confrontados con las culturas y gobiernos nacionales que en el mejor de los casos, son paternalistas, así como críticos e intolerantes con respecto a sus derechos de autonomía. En el peor de los casos, estas naciones y gobiernos se ven abocados a la «inevitable» y rápida destrucción de las culturas y pueblos indígenas, a menudo a través de políticas racistas que incluyen el etnocidio y el genocidio. Como Bodley aduce:

...La mayoría de las autoridades han sostenido consistentemente que el progreso, como es definido por la civilización industrial, es una fuerza inevitable e irresistible que no admite a la larga otra alternativa para los pueblos tribales que no sea su drástica modificación cultural o su exterminio.

La importancia generalizada de la situación de contacto cultural fue reconocida desde hace mucho tiempo por los antropólogos, quienes, en relatos etnológicos a la vez teóricos y descriptivos, han discutido las cuestiones en los términos que implica el concepto de aculturación. Rastreando hacia atrás, hasta Boas y antes, fueron llevados

a cabo estudios sobre aculturación por muchas de las figuras principales de la antropología, incluyendo a Herskovits 1927; Lesser 1933; Linton 1940; Mead 1932; Redfield y asociados 1936; Spier 1935; Spindler 1955; Tax 1952; etc. Cualquiera que sea la orientación empleada (psicológica, humanitaria, pragmática, desarrollista, de defensa, etc.), uno de los apuntalamientos teóricos que sentó las bases comunes entre la mayoría de los estudios teóricos sobre la aculturación tanto americanos como europeos, fue la suposición básica de que los pueblos y culturas indígenas deben inevitablemente ceder ante el avance de la civilización y el «progreso». Este tema fue más tarde trasladado al emergente campo de la «antropología aplicada», producto intelectual de los estudios de aculturación. Con el pasar del tiempo, las cuestiones o preguntas que se suscitaron en relación con el contacto, se centraron crecientemente en la mejor manera de realizar los inevitables ajustes y cambios requeridos por parte de los individuos y culturas de las poblaciones nativas.

Así, por muchos años en la antropología se sostuvo y se aceptó ampliamente que las culturas indígenas de todo el globo estaban dirigiéndose inexorablemente a su extinción. El expansionismo y el neocolonialismo occidentales, las fuerzas sociales y económicas del mundo moderno, y el nacionalismo que emergía del derrumbe de las estructuras políticas coloniales, fueron considerados como factores que colocaban a los pueblos indígenas en situación de desamparo para resistir la «modernización» y lo que tendía a ser considerado como «progreso». Los pueblos indígenas tenían que o bien «adaptarse» o «ajustarse» al mundo moderno, para eventualmente ser absorbidos y asimilados o ser puestos a un lado y destruidos, llegando a la extinción.

El cuadro que surge de los informes etnográficos más recientes muestra, en agudo contraste, una notable persistencia de muchas culturas indígenas y un importante cambio en la perspectiva de los antropólogos. La capacidad y la voluntad para resistir las presiones externas han probado ser mayores de lo previsto. Aunque muchos grupos nativos han caído víctimas de las fuerzas externas, sufriendo aniquilación y destrucción, y muchos otros viven dedicados diariamente a una lucha de vida o muerte para sobrevivir física y culturalmente, quedan pocas dudas de que la resistencia y la persistencia caracterizan en mucho la historia reciente de los indígenas.

La inevitable destrucción de los indígenas pasó a ser apenas una suposición confiable y tal vez un mito etnocéntrico. Parece que lo inevitable no es tanto la destrucción de las culturas indígenas cuanto el conflicto creado por el contacto y la necesidad de solucionarlo. Cualquiera sea la forma del conflicto, es claro que el sistema político de los grupos indígenas y el clima político nacional son críticos para su eventual solución.

Los antropólogos ya no consideran cuestiones tales como la supervivencia, la

adaptación, la etnicidad, el etnocidio, y los derechos humanos como periféricos a sus intereses teóricos. Muchos han reconocido que la descripción y explicación de las culturas indígenas deben tener en cuenta estos factores. La creciente influencia de organizaciones tales como Cultural Survival, Survival International y el Grupo Internacional de Trabajo para Asuntos Indígenas, junto con la aparición de movimientos políticos pan-tribales por todo el mundo, ofrecen esperanzas de que los pueblos indígenas sobrevivirán y prosperarán en sus propios términos y de que los derechos humanos por largo tiempo negados les serán restituidos.

EL ETNOCIDIO BENEVOLENTE

La principal premisa y tesis

En el caso de los Coaiquer, la cuestión del contacto cultural es más útil que dramática, pero también es más urgente de lo que podría suponerse a primera vista. Superficialmente parece que las fuerzas puestas en marcha para cambiar a los Coaiquer están impulsadas por propósitos humanitarios positivos e iluminados en pro de los mejores intereses de los mismos Coaiquer. Pero lo que está sucediendo, como resultado de los recientes planes de desarrollo se edifica sobre la base presuntuosa de que: 1. su modo de vida es inferior; 2. este debe inevitablemente hacerse a un lado; 3. los mismos Coaiquer están tan empobrecidos culturalmente que no deben participar, si se los deja solos, en la planificación de su propio futuro, y 4. solo los extraños saben comprender y pueden suministrar lo que es mejor para los Coaiquer dentro de un mundo que se moderniza rápidamente.

La tesis principal de este estudio es que el intento de asimilar a los Coaiquer dentro de la cultura nacional beneficia en primer lugar y en mayor grado a los afuerños y sus intereses y no a los mismos Coaiquer. Los «planes» para beneficiar a los Coaiquer son de hecho perjudiciales para ellos, aún por las mismas normas proclamadas por sus «benefactores». El proceso de cambio, planificado e impuesto por extraños bien intencionados, conduce al etnocidio, «etnocidio benevolente» sin duda, pero etnocidio al fin. Sin considerar las manifestaciones de magnanimidad, el proceso es configurado por, y crece a partir de un conjunto de premisas básicas, actitudes y creencias que norman todas las interacciones entre el gobierno del Ecuador al momento del trabajo de campo (y otros gobiernos nacionales en todo el mundo), y las culturas y pueblos indígenas minoritarios. Este conjunto de ideologías detentada por muchos y culturalmente hablando de corte imperialista, está impregnado de racismo y desprecio hacia los indígenas, sin importar cuán bien intencionados puedan demostrar son quienes lo proponen.

Visto con esta perspectiva, el *modus operandi* del plan de desarrollo implementado,

ofrece el mayor de los peligros para la existencia de los Coaiquer y amenaza directamente con el desmantelamiento y extinción de su cultura y modo de vida. En respuesta a esta enorme amenaza, los Coaiquer han intentado controlar las situaciones derivadas del contacto y beneficiarse individualmente en todo lo que sea posible, de las nuevas circunstancias presentes. Ellos emplean una cantidad de estrategias que probablemente fueron desarrolladas durante las eras tradicional y pre-tradicional en respuesta a contactos culturales anteriores con otros pueblos nativos, (por ej. los Chibcha y los Inca) y más tarde con las influencias europeas. Los Coaiquer procuran mantener a los extraños descuidados y bajo control, mantenerlos ignorantes de lo que los Coaiquer realmente son y hacen, mediante el uso del secreto, el aislamiento y la retirada. Estos objetivos son reforzados por «conductas fingidas» que directamente les ayudan a controlar las circunstancias políticas y sociales, proteger sus intereses económicos, y contener una arrolladora fuerza sobre la cual de otro modo, no tendrían control.

En contraste con la posición que proclama el inevitable desmantelamiento y destrucción de las culturas indígenas minoritarias, este estudio acentúa básicamente el derecho de los pueblos y sus culturas a elegir su propio destino y de sobrevivir, aún en el contexto del contacto cultural. Establece también el significado crítico teórico de las cuestiones sobre el contacto cultural y la supervivencia en función de las descripciones y explicaciones etnográficas de las culturas indígenas minoritarias. Desde esta perspectiva, la conducta, la personalidad y los elementos culturales están fundamentalmente entrettejidos y ligados con las circunstancias del contacto cultural.

Los problemas de supervivencia o extinción, libertad u opresión, y derechos humanos o su negación son de enorme importancia para los seres humanos, las sociedades y las culturas. En su núcleo hay cuestiones de valores, ética y política, racismo, etnocidio, prejuicio, etc. Para el etnógrafo de campo que trabaja entre minorías indígenas no hay temas o cuestiones de mayor o más inmediata urgencia política o teórica.

La tesis de este estudio y los criterios expresados que la fundamentan, se derivan de lo que puede atestiguar en el campo y no al revés. Aunque libremente admito una predisposición respecto a lo que se persigue en el estudio debería anotarse que fui al campo con la intención de hacer un estudio ecológico. Debe decirse también que tal estudio pudo haberse hecho, aunque de hecho no lo fue. ¿Por qué se abandonó la concepción original y fue sustituida por la presente? Al estar entre los Coaiquer del Plan Grande y siendo un etnógrafo, me fue obvio que los asuntos de ecología no estaban condicionando las cuestiones, especialmente para los Coaiquer, aún si pudo haberse recogido información importante, seguramente, acerca de esta zona ecológica única. La influencia más importante y penetrante en la vida diaria era la que provenía de las interacciones entre la cultura y los valores de los Coaiquer y de los afuerños.

Estas interacciones crecientemente estructuran la vida en el territorio Coaiquer al igual que seguramente la meditación y la religión dominan la vida y la conducta dentro de un monasterio Budista. El contacto con los afuereños, y el esfuerzo por esquivarlos son responsables, en muchas formas, del modo de vida de los Coaiquer. Aún en la intimidad de sus hogares estas interacciones se vierten para producir muchas facetas de la vida y la conducta. Además, de la misma manera que algunas sectas religiosas penetran tanto en un modo particular de vida hasta transformarse en ese modo de vida, las interacciones del contacto dominan cada vez más el ambiente social de los Coaiquer en la era posterior al descubrimiento, dando forma a su vida y su cultura.

EL TRABAJO DE CAMPO ENTRE LOS COAIQUER DEL PLAN GRANDE

Los Coaiquer del Plan Grande, para decirlo con franqueza, nunca fueron un grupo fácil para trabajar con ellos. La esencia y núcleo de su cultura están en conflicto directo con las metas y métodos de la investigación etnográfica. La cultura estimula el silencio, el secreto y el fingimiento como la quinta esencia de las respuestas a las indagaciones de los extraños y aún de otros Coaiquer. Conductas demostrativas, abiertas y verbalmente expresivas no son comunes y nunca deben ser esperadas. Los Coaiquer tienden a la introspección, la reticencia y a la desconfianza de todo excepto de los parientes más cercanos.

El escenario físico aumenta para el etnógrafo las dificultades inherentes a los factores de la cultura y personalidad de los Coaiquer. La gente y su hogares están ampliamente dispersos y son difíciles de alcanzar. Una vez alcanzadas, puede que sean difíciles de observar. Las casas no pueden ser abordadas sin que sus habitantes se den cuenta rápidamente de la pretendida intromisión. Pueden aprovecharse de esto para deslizarse fuera en silencio por atrás de la casa, aunque ello no era común.

Métodos de Campo

A pesar de estas dificultades obvias, pero nunca sin precedentes, la información recogida para este estudio se apoyó mucho en técnicas básicas y normadas del clásico trabajo de campo etnográfico. Se incluyen entre estas la observación participante, entrevistas con los informantes controladas y no finalizadas (formales e informales), y entrevistas de comprobación cruzada. También se emplearon técnicas más modernas como grabaciones, fotografía y varios instrumentos de medida.

En la medida de lo posible, la observación participante fue el método favorito para recoger y confirmar la información. Por la naturaleza de las interacciones verbales con los Coaiquer, poder atestiguar o participar en una actividad o evento era siempre

de ayuda y daba seguridad. A medida que conocían más al etnógrafo, se sentían más cómodos y sin embarazo en su presencia. Mientras más larga era una visita o estancia en una casa era probable que las observaciones fueran más exactas y confiables a medida que bajaban su guardia. Promover la simpatía y la confianza suficiente para que los Coaiquer se relajen y afronten con más o menos seguridad la presencia del etnógrafo era un proceso lento y difícil. Nada de lo aprendido u observado entre los Coaiquer debía tomarse como seguro.

Las sesiones con los informantes, formales o no, eran bastante variadas, dependiendo de los individuos involucrados en cada caso, el nivel de confianza establecido con el etnógrafo y la naturaleza de la información buscada. Conseguir que los informantes Coaiquer hablen sobre cosas simples fuera de contexto, a menudo era difícil. Por ejemplo si una mujer estaba preparando alimentos, probablemente era más receptiva para preguntas acerca de la cocina, o aún sobre sus sentimientos al cocinar, que si hubiese estado desempeñando otra tarea. Generalmente las sesiones más productivas eran las informales, en las cuales la información recogida se derivaba naturalmente del flujo de los eventos. Todos los relatos eran comprobados en forma cruzada con otros informantes y cuando era posible suplementado por observaciones directas.

Iniciar una sesión formal con informantes era una tarea formidable. Había siempre problemas para conseguir que alguno de ellos tuviese tiempo disponible, no obstante el hecho de que las distracciones para los informantes eran pocas y que tenían tiempo de sobra. Para ilustrar esto, un hombre joven que vivía cerca venía regularmente a visitar y conversar. Él era inusualmente abierto y conversador, en pocas palabras, un excelente informante. Un día anunció con algo de tristeza que partiría pronto a hacer un breve período de trabajo asalariado. Aprovechando el momento, le pregunté si no preferiría «trabajar» (como informante) con una paga mejor. Él se mostró de lo más entusiasmado con la perspectiva y convino en iniciar un horario regular desde la siguiente mañana. Pero no vino el siguiente día, ni el siguiente. En vez de venir, permaneció en su casa sin hacer nada. Pasaron los días y sus visitas regulares cesaron. En nuestro siguiente encuentro le pregunté por qué no había venido a trabajar o siquiera a visitarme como antes. Avergonzado, me aseguró que vendría al siguiente día. Pero otra vez él brilló por su ausencia. Finalmente, le dije que realmente no necesitaba trabajar dentro del horario regular acordado previamente. Se mostró claramente aliviado y de nuevo empezó a visitarme regularmente pero nunca más hablamos de convenios formales.

El lenguaje usado en el trabajo de campo era el español. Todos los Coaiquer hablan algo de español. Los hombres que usualmente tienen más contacto con el exterior que las mujeres, son en general más versados. Los intentos de aprender el Coaiquer fueron resistidos pasivamente. Pocos Coaiquer admitirán que ellos hablen otra cosa

que no sea el español. Un anciano finalmente, accedió a enseñar algo del lenguaje pero igual que en la ocasión del joven, fue inútil convenir un horario formal y regular. Trabajar con el español fue más práctico, realista y productivo.

Las expediciones a los hogares de todo el territorio se hacían cuando era posible. Visitas al azar se usaban también para la recolección de información sobre la distribución del tiempo (ver el capítulo 2 para una discusión más avanzada de las consideraciones metodológicas respecto de esto). Una base de operaciones se estableció al comienzo de la investigación, que usamos Kempf y yo como clínica médica y punto de partida de nuestros movimientos en el territorio. A medida que se propagó nuestra reputación como médicos, más y más Coaiquer llegaban a la base. Las interacciones consecuentes demostraron ser valiosas para obtener la información en el campo.

PLAN DE PRESENTACIÓN

El foco central de este estudio tiene que ver con el contacto cultural y su impacto sobre la vida de los Coaiquer. Fue por lo tanto importante al recoger la información clasificar los momentos en que los varios factores fueron introducidos y determinar cuáles familias fueron incluidas por ellos. A causa de la disposición del territorio, ciertas localidades eran claramente y con mayor intensidad impactadas más que otras dramáticamente por los factores externos. Se recogió información comparativa para aprovecharnos deliberadamente de esta situación.

Imitando el uso de Harris, las distinciones émicas y éticas han sido señaladas cuando ello era importante. Sin embargo se notará que la presentación tiene un fuerte acento ético, lo que en parte es resultado de la dificultad para recoger información oral de los Coaiquer. La cultura de los Coaiquer se describe en este estudio en términos impersonales y generalizados. Igualmente, se ha hecho un intento para limitar el uso de nombres de las personas. Coaiquer y otras, en el material presentado a causa de la naturaleza altamente política de este estudio. En los pocos casos en que se han hecho excepciones, me he tomado la libertad de cambiar los nombres para proteger el anonimato.

En esta introducción y en el capítulo 1, se presenta una revisión de la cultura Coaiquer, la historia y el escenario geográfico, junto con cuestiones teóricas sobre el contacto cultural. En la parte II, se ofrece una descripción de la naturaleza igualitaria de la sociedad Coaiquer tradicional. Se enfoca la organización económica, política y social. El capítulo 2 contiene material sobre la estructura económica, la tecnología, la cultura material, la organización del trabajo y la distribución del tiempo. El capítulo 3 presenta información de la organización hogareña, las

relaciones políticas y los conflictos. El capítulo 4 redondea el cuadro de la personalidad, valores, el matrimonio y el sexo, parentesco y descendencia. En la parte III se analiza, el impacto del renovado y acelerado contacto cultural. En el capítulo 5, se examina la estructura del contacto cultural y las premisas ideológicas que lo acompañan. En el capítulo 6 se analizan y se discuten el impacto del contacto renovado y las respuestas y ajustes hechos por los Coaiquer; finalmente en el capítulo 7, se presenta una revisión para comprender la naturaleza y significado del contacto cultural para la vida y supervivencia de los Coaiquer.

ÍNDICE

LISTA DE MAPAS

LISTA DE TABLAS

LISTA DE FIGURAS

PRESENTACIÓN

PARTE I

LOS COAIQUER

ANTECEDENTES

INTRODUCCIÓN

LOS COAIQUER Y SU CONTACTO CON LA CULTURA

La era tradicional y la cultura tradicional coaiquer

El caso coaiquer en perspectiva

El contacto cultural y la supervivencia

El etnocidio benevolente

El trabajo de campo entre los Coaiquer del Plan Grande

Plan de presentación

CAPÍTULO I

HISTORIA Y EL LUGAR DE ASENTAMIENTO

El asentamiento ambiental y sus linderos

El litoral húmedo

Literatura previa

Relaciones con otras culturas y pueblos

Historia antigua

Los Coaiquer se retiran

La historia reciente

PARTE II
LA ERA TRADICIONAL
LA SOCIEDAD IGUALITARIA COAIQUER

CAPÍTULO 2
LA ECONOMÍA DE LOS COAIQUER. SUBSISTENCIA, TECNOLOGÍA Y TRABAJO

La estructura económica
Tecnología y cultura material
Organización del trabajo
Distribución del tiempo

CAPÍTULO 3
ORGANIZACIÓN POLÍTICA Y FAMILIAR TRADICIONALES

Organización familiar
Relaciones políticas
Disputas, relación de conflictos y control socio-político

CAPÍTULO 4
ORGANIZACIÓN SOCIAL TRADICIONAL

Ciclos de vida
La conducta, los valores y la personalidad
El matrimonio y el sexo
Relaciones de parentesco
La descendencia

PARTE III
EL DESCUBRIMIENTO
LA INTROMISIÓN Y LA DISRUPCIÓN EN LA SOCIEDAD COAIQUER

CAPÍTULO 5
EL DESCUBRIMIENTO Y EL CAMBIO

El descubrimiento
Planes preliminares
Hallazgos oficiales
Lo que los colonos piensan de los Coaiquer
Actitudes nacionales y composición social

La fundación del «Etnocidio Benevolente»

CAPÍTULO 6

IMPACTO, RESPUESTA Y AJUSTE AL CONTACTO SECRETISMO, DISÍMULO Y VICTIMACIÓN

El desmantelamiento de la base igualitaria

Los conceptos de secretismo y disímulo

El secretismo y el contacto

Las dimensiones de la conducta del disímulo

Las estrategias del secretismo y el disímulo

CONCLUSIÓN

La victimación de los Coaiquer del Plan Grande

APÉNDICE A

El plan de desarrollo

BIBLIOGRAFÍA

LOS CORAZAS. RITUAL ANDINO DE OTAVALO

Autora: Berta Ares Queija

Editores: Instituto Otavaleño de Antropología & Ediciones Abya-Yala

Impresión: Abya-Yala

176 páginas

Quito, 1988

Presentación

Para el etnohistoriador Waldemar Espinoza Soriano «las más grandes fiestas nativas eran las fechas de nacimiento de los hijos y las cosechas del maíz». A través del tiempo hemos comprobado esta aseveración, pues la fiesta de LOS CORAZAS se efectúa (o se efectuaba) dos veces al año: en Semana Santa, con menor esplendor, y el 19 de agosto, día de San Luis Obispo de Tolosa, una conmemoración en grande.

La fiesta de los Corazas ha estado ligada al patrimonio cultural indígena de Otavalo. Poreso el IOA aceptó la propuesta de Berta Ares Queija, antropóloga española, para realizar un estudio integral de esta celebración. La investigación se realizó el año 1976, gracias a un convenio institucional entre el IECE y el IOA.

El · ropio Espinoza Soriano afirma que el ciclo festivo que se hace en torno al cultivo del maíz, es de origen prehispánico. Por esta razón el trabajo que presentamos tiene mayor valor y vigencia, ya que la fiesta no se realiza desde 1984, por las incomprensiones del señor cura de San Rafael, quien propuso efectuar el festejo «sin música y sin alcohol», como se denuncia en la revista *Opus*, No. 4.

Los Corazas: fiesta multicolor, de enorme importancia para la comunidad indígena: Hoy está definitiva o, quizá, transitoriamente sepultada. El presente estudio nos pondrá en el ambiente preciso para apreciarla en su justo valor.

Marcelo Valdospinos Rubio

Índice

PRESENTACIÓN

PRÓLOGO

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO I

LA FIESTA DE LOS CORAZAS

- Datos generales
- Personajes principales de la fiesta
- Descripción etnográfica de la fiesta

CAPÍTULO II

LA ESTRUCTURA SOCIAL A TRAVÉS DE LA FIESTA

- Organización dual
- Intercambio; reciprocidad y parentesco

CAPÍTULO III

LA FIESTAS DE LA CULTURA DE CONQUISTA

CAPÍTULO IV

EL PASAI-PUNLLA

APÉNDICES

- Apéndice A: Loa a San Luis Obispo
- Apéndice B: Cantos de las mujeres: dos ejemplos
- Apéndice C: Situación y condiciones de trabajo de campo
- Apéndice musical

NOTAS

VOCABULARIO

BIBLIOGRAFÍA

EL COMPLEJO DE FORTALEZAS DE PAMBAMARCA. CONTRIBUCIÓN AL ESTUDIO DE LA ARQUITECTURA MILITAR PREHISPÁNICA EN LA SIERRA NORTE DEL ECUADOR

Autor: Fernando Plaza Schuller
 Editor: Instituto Otavaleño de Antropología
 Impresión: Editorial Gallo capitán
 53 páginas + 20 láminas
 Otavalo, 1977

Presentación

La presencia de complejos sistemas defensivos en la zona de Cangahua y El Quinche (provincia de Pichincha, Ecuador), ha llamado poderosamente la atención de viajeros y científicos, particularmente a partir del siglo XVIII.

La zona del macizo de Pambamarca, donde se han detectado hasta el presente nada menos que 17 pucarás o fortalezas prehispánicas, presenta, desde el punto de vista cultural, un interés cada día más vivo. De este interés, es prueba manifiesta la creciente actividad de investigación realizada en la zona, durante el último decenio.

La expedición arqueológica de la Universidad de Bonn, dirigida por el Dr. Udo Oberem, presentó el año 1968 y siguientes, excelentes trabajos sobre las principales fortalezas del área: Quitoloma y Achupallas, estableciendo un modelo de investigación para la zona.

El departamento de Arqueología del Instituto Otavaleño de Antropología, se ha propuesto, a partir de 1975, intensificar el análisis de los restos prehispánicos más sobresalientes, en las tres provincias septentrionales que formaron el antiguo Corregimiento de Otavalo: Pichincha (sector N.), Imbabura y Carchi. Entre estas manifestaciones culturales, de carácter monumental, destacan por su importancia, dimensiones y localización, las fortalezas o pucarás.

Debemos ya a la pluma del Lcdo. Fernando Plaza Schuller, arqueólogo investigador del IOA, un Primer Informe acerca de las 37 fortalezas del área serrana septentrional del Ecuador, que porta el sugerente título: *La incursión Inca en el Septentrión Andino Ecuatoriano. Antecedentes arqueológicos de la convulsiva situación de contacto cultural* (Serie Arqueológica, No. 3, IOA, 1976, 129 p., 29 Láms., 19 fotografías).

El trabajo que hoy presentamos al público lector es fruto del segundo período de trabajo: octubre 1976 – marzo 1977, del Departamento de Arqueología del IOA

dirigido por el Lcdo. Plaza, y representa la II Fase del Proyecto de Investigación en marcha.

La información que contiene se refiere específicamente a la arquitectura y elementos constructivos de los 17 pucaraes del macizo de Pambamarca, de los cuales solo tres habían sido examinados con detención y profundidad por Jijón y Caamaño (1914) y por Oberem (1968).

El grupo de fortalezas estudiadas, es, según el autor, «el sistema defensivo-ofensivo de mayor complejidad y magnitud en todo el territorio ecuatoriano y de los más notables para el área andina nuclear.»

Sobra, pues, recalcar la importancia que este estudio y los venideros, referentes a este mismo rasgo cultural, tienen para un re-examen de la prehistoria ecuatoriana de la Sierra Norte, en general, y para la investigación del periodo de aculturación incásica, en particular.

Junto al anterior trabajo del licenciado Fernando Plaza, este estudio marca un hito más en el conocimiento profundo de nuestro pasado, base indispensable para construir nuestra futura grandeza. El ICA no podría estar ausente de esta magna tarea.

Plutarco Cisneros A.

EL HOMO SAPIENS OTAVALENSIS

Autor: César Vásquez Fuller

Editor: Instituto Otavaleño de Antropología

Impresión: Talleres Gráficos del Instituto Otavaleño de Antropología (mimeo)

19 páginas + 1 mapa

Otavalo, 1973.

Contenido

El hombre de Otavalo

- Ubicación
- Historia
- Nuevos hallazgos
- Estratigrafía
- Raza
- Antigüedad de los fósiles

Anexos:

Datación al radiocarbono

Datación de termoluminiscencia

Láminas:

El homo sapiens otavaleño (cráneo) – Portada

Maxilar inferior (restos en posesión del Colegio Nacional «Otavalo»)

Otros restos existentes en el colegio

Vitrina de exhibición didáctica

Levantamiento topográfico de la zona.

EL INSTITUTO OTAVALEÑO DE ANTROPOLOGÍA

Autor: Plutarco Cisneros Andrade

Editor: Instituto Otavaleño de Antropología

101 páginas

Otavalo, 1992

Introducción

Casi diariamente, en el país, se crean, jurídicamente, instituciones de diversa índole. Pocas, desde luego, dedicadas a labores culturales y menos, todavía, las que abordan tareas especializadas en el campo de la investigación. Una de estas es el Instituto Otavaleño de Antropología.

El presente análisis es un restringido bosquejo del trabajo realizado por esa entidad en todo cuanto alude al marco teórico referencial y a la política general de investigaciones que aquella ha desarrollado. Toma como base bibliográfica los documentos y publicaciones oficiales que llegan, en este asunto, hasta 1984.

Lo que aquí se recoge pretende ser un resumen de la parte sustancial de la obra del IOA, lo que cuenta para el balance científico de una institución que nació con el propósito de realizar una investigación sistemática en el campo de la Antropología.

Se ha omitido referencia a nombres y circunstancias particulares puesto que para el propósito de este trabajo ello no tiene significación alguna. Para una apreciación objetiva de lo que es el aporte institucional del IOA al desarrollo de la Antropología ecuatoriana tienen validez los conceptos, criterios y propósitos alcanzados o no. Las perspectivas con las que se concibió tanto la conceptualización como la metodología

aplicada en lo que concierne a la investigación misma, así como las ideas con las que se creó una entidad cultural en instantes muy especiales del país y de la propia Antropología ecuatoriana.

Esta visión esquemática tiene vigencia actual para los especialistas en cuanto discusión de tesis y para los preocupados del quehacer cultural, en modo general, porque una elaboración responsable de una política cultural sería exige un permanente análisis de las instituciones culturales y experiencias, para no repetir errores o para ir perfeccionando aciertos.

Muchos de los conceptos inicialmente válidos han sufrido modificaciones o el propio desarrollo de las investigaciones los han superado. Ello no quita valor a lo que dijo el IOA en su momento y más bien constituye testimonio de que, vistos desde cualquier circunstancia, son aportes valiosos para el desarrollo de la Antropología contemporánea en el Ecuador y, en perspectiva, igualmente fructíferos.

Este trabajo, asimismo, no intentó, en ningún momento, abordar asuntos de índole interno institucional ni referidos a otras labores efectuadas por el IOA en otros ámbitos. Se propuso y ojalá lo haya logrado una sistematización del desarrollo de las investigaciones y de las concepciones por la entidad desde sus orígenes. La tarea de escribir una monografía del IOA o una cronología de sus actividades es tarea que corresponderá a la propia institución o a quien, por supuesto, tenga interés en estos temas.

Se citan los documentos oficiales publicados por el IOA y debo subrayar que ellos reflejan los criterios de trabajo del equipo de directivos, asesores e investigadores que a su tiempo formaron el Instituto Otavaleño de Antropología, puesto que una institución no es un solo hombre sino, como en este caso, el esfuerzo de un grupo generacional que irrumpió en el quehacer cultural desde un pequeño pero bello poblado: Otavalo.

Al final se anexa, como complemento básico, los listados tanto de las investigaciones realizadas cuanto de las publicaciones hechas. El autor no puede menos que agradecer al Sr. Lcdo. Patricio Guerra G. por la colaboración dispensada para este capítulo que ha procurado ser lo más completo posible incluyendo las publicaciones más recientes efectuadas por el IOA.

Índice

PRÓLOGO. Fernando Tinajero
INTRODUCCIÓN

PRIMERA PARTE

- Los orígenes del Instituto Otavaleño de Antropología
- Presencia del Instituto Otavaleño de Antropología en el ámbito cultural ecuatoriano
- El IOA durante la década del 70 y la elaboración de sus contextos teóricos
- Primer Contexto: Esquema teórico referencial
- Segundo Contexto: El equipo interdisciplinario para la investigación
- Organización interna para la investigación: las Unidades de Apoyo
- Contribución del IOA al desarrollo de la Antropología Científica contemporánea
- La Colección Pendoneros
- Las empresas culturales en el Ecuador: El proyecto editorial «Gallocapitán» del Instituto Otavaleño de Antropología
- La política cultural y el IOA
- Consideraciones finales
- Bibliografía

SEGUNDA PARTE

ANEXO No. 1

- Publicaciones especializadas del IOA

ANEXO No. 2

- Otras publicaciones del IOA

ANEXO No. 3

- Investigaciones realizadas en el IOA, directamente, en convenio o por asociación

ANEXO No. 4

- Programa de becarios internacionales (Convenio IOA-IECE).

EL IOA: CULTURA Y CRISIS

Autor: Marcelo Valdospinos Rubio

Impresión: Editora Luz de América

Editor: Instituto Otavaleño de Antropología

39 páginas

1990

Índice

Los Corazas

La colección «Curiñán»

Monografía de Otavalo

Nomenclatura de Otavalo

El IOA: aniversario

Praxis de la identidad cultural

EL VALLE DEL AMANECER

Autor: Aníbal Buitrón & John Collier, Jr.

Editor: Instituto Otavaleño de Antropología

Impresión: Talleres Gráficos del Instituto Geográfico Militar

VII +199 páginas

Quito, 1971.

Prefacio

Con sentido de aguda proyección social, Aníbal Buitrón, hace algo más de veinte años, señalaba un milagro de renacimiento cultural en las comunidades de Otavalo, especialmente en el sector indígena. Y su vislumbamiento de realidades posteriores ha tenido total efectivación. El Valle del Amanecer es un conglomerado humano en un área geográfica que todavía hoy, en 1971, hace honor a su título.

Aníbal Buitrón y John Collier, Jr., con calor humano, de coterráneo el primero y ambos con sobrada capacidad, hicieron una semblanza del valle en un libro que rezuma la mejor imagen de un pueblo con trayectoria.

Del análisis de los planteamientos descritos en la primera edición de la obra hasta el presente año, deducimos que poco o nada ha cambiado en Otavalo. El mercado de productos, de dos décadas a esta parte tiene los mismos escenarios y los indios, en esos ya ancestrales lugares, siguen comerciando. Ha variado la imagen del comprador matinal porque en la plaza de ponchos, en el ollerero barrio de San Sebastián, el indígena ha encontrado en el turista cupo casi suficiente para entregar sus artesanías. La feria no ha perdido el encanto de antaño. Las plazas han mejorado de color porque hay más vistosidad resultante del mayor número de indios, mestizos, blancos y extranjeros. El detallamiento estructural de una feria sabatina se conserva tal como lo señalado en la obra. Poco se podría agregar. Quizás que hay una nueva fila de alimentos preparados: el caldo de gallina, el caldo de patas de res, el puzún y las tortillas. En esta veintena de años, ha crecido la ciudad y ha crecido su feria. El mercado general

se comunica con el de ponchos a través de un arroyo humano. Cuatro cuadras largas de gente forman la aorta que, sabatinamente, en forma ininterrumpida, desde tempranas horas comunica los dos centros vitales.

Reyloma sigue siendo la barrera natural para dos formas de vida: la indígena y la del mestizo blanco. Tras ella se concentra, a partir del Lechero que vigila la Laguna de Chicapán y en torno del legendario monte Imbabura, el área geográfica que mayor influencia telúrica ejerce en la vida del indio. Todavía se puede encontrar en el árbol sagrado del Lechero ofrendas de los indios de las comunidades del Desaguadero, Pucará y La Compañía que ven en ello la mejor manera de agradar y agradecer a sus seres mitológicos. Los indios siguen temerosos del Gualambari, arco iris blanco, que empuña a las longas imprudentes y, La Cascada de Peguche y los demás pogyos, vertientes de agua, dan poderes naturales a los indios cabecillas —los Haya Humas (cabezas de diablo)— para que dirijan en buena forma a sus grupos durante las festividades de San Juan. El brujo sigue ejerciendo su hegemonía sobre la comunidad y es el ser poderoso capaz de curar del mal aire, del espanto, a guaguas e incluso adultos y de prodigar males a quienes a quienes ello se merezcan, de la misma manera como cura el corazón de los jóvenes enamorados dando pociones que despiertan reciprocidad en los sentimientos de sus amadas. Las fórmulas médicas de laboratorio a través de campañas y brigadas sanitarias y, especialmente, por la participación de organismos gubernamentales e internacionales, van poco a poco siendo aceptadas por las comunidades pero es innegable que los remedios caseros y las medicinas populares dadas por el brujo y los curanderos son más solicitadas que aquellas.

Es importante observar cómo la relación hombre-tierra, lejos de distanciarse se ha fusionado más. En cada nueva generación surge germinando el antiguo apego a la parcela, la subconsciente querencia a la tierra, a los eucaliptos, a los pencos de cabuya y a los capulíes, aunque las técnicas de cultivo no se hayan modificado y se mantengan las herramientas tradicionales: los arados de madera con puntas de hierro trabajadas por el herrero del pueblo. Es tan poco lo que ha cambiado que con toda seguridad las herramientas de trabajo agrícola que hoy se utilizan son las mismas que conocieron los autores del libro. Como derivación de la función agrícola, se mantienen inalterables los ritos de la cosecha: las azas para la recolección, las guayungas o los 12 mejores pares de mazorcas para los cosechadores y las chugchidoras que rastrean los campos buscando residuos de la cosecha.

En el aspecto familiar e individual las costumbres se mantienen y como observaciones de secundarios hechos modificados, en la indumentaria, se nota el cambio del sombrero de fieltro duro hecho en Ilumán por el de fieltro europeo. En lo demás, el indio es ceremonioso en su indumentaria y orgulloso de su propia presencia. Ha introducido mejoras en la calidad de los productos que viste pero no los ha rechazado.

La mujer india hace ostenta, con coquetería, de las gualcas, las zartas de mullos de colores, de corales y de anillos hechos en Cotacachi.

Las ceremonias relativas al bautizo, matrimonio y muerte no han sufrido transformación y hoy en día es común ver el paso de un entierro indígena precedido del indio tocador del rústico violín al que arranca monótonas pero sensibles notas.

La relación teniente político-indio perdura en las mismas condiciones. Las legislaciones sociales solo han quedado en buenos propósitos ya que ningún cambio radical se ha operado. Socialmente el indio que ha emigrado al pueblo, si ello ha decidido, se ha cholizado e incluso ha abandonado sus vestimentas. Los hijos de los indígenas asisten ya a las escuelas vestidos como los hijos de los mestizos y los blancos y se han hecho cortar las trenzas.

Las comunidades indígenas persisten en el zapateo de San Juan y en la ceremonia solemne de San Luis Obispo con los Corazas priostes y los Loadores de loas repetidas y aprendidas años tras año. La parcialidad de Calpaquí, en comunión de rito pagano-cristiano hace coincidir el santoral de San Miguel para celebrarlo con los Pendoneros, indígenas que ascienden a las capillas de San Miguel en Cuchiloma y a la de San Rafael, en zigzagueante ritmo, flameando rojas banderas, llevando la infaltable banda de músicos indígenas, tambor y pífano y la de blanco-mestizos que pareciera que de puro milagro hacen sonar sus antiguos instrumentos, arrancándoles sonidos que algunas generaciones de indígenas han escuchado como canción de cuna y réquiem final.

Hay un hecho poderoso que llama la atención: ha crecido la cultura textil y ello, inclusive, se nota con mayor detalle en comunidades determinadas. El indio ha incorporado a sus elementos de trabajo los telares mecánicos y eléctricos y ha aprendido a diagramar sus diseños. La economía que cambia que anotaba Aníbal Buitrón ha dado ya sus frutos. El indígena de Otavalo ha traspasado fronteras. La lejana Bogotá de hace más de dos décadas hoy no es sino una de las tantas ciudades en el itinerario comercial del indio. En el aspecto idiomático, domina el español y está aprendiendo otros idiomas, especialmente el inglés.

Se nota la creación de una nueva clase socio-económica basada en la pequeña industria. El indio, con una capacidad superior de asimilación y como lo bosquejara Aníbal Buitrón, ha entrado en los hasta hace poco vedados campos del blanco-mestizo y está tomando plena conciencia de su situación real y de su incidencia en la vida de la colectividad. Es importante y halagador ver transformado al indígena rural en un pequeño industrial o comerciante urbano enfrentando al natural complejo proceso de aculturación con sustantivos rasgos propios y seguro de salir adelante porque se

sabe y se siente dueño de una cimentación cultural ancestral definida frente a un grupo heterogéneo cultural que forma el sector blanco-mestizo.

La generación descrita en el libro original hoy es ya una generación adulta que ha cumplido, con creces, su compromiso socio-biológico y es la que está señalando a la nueva, a la actual, derroteros claros, positivos que permiten seguir hablando de nuestro Otavalo como «El Valle del Amanecer».

Plutarco Cisneros A.

SUMARIO

EL VALLE Y SU GENTE

Otavalo

El mercado

El retorno al hogar

LA JORNADA DEL INDIO

Agricultura

Trabajos domésticos

Las comidas y el descanso

LA VIDA EN LA COMUNIDAD

Los asuntos civiles

La religión

Las fiestas

El espíritu de cooperación

La posición social

El matrimonio

El bautismo

La enfermedad

La muerte

EL VALLE DEL AMANECER

Los cambios en la economía

La nueva generación

Horizontes

RECONOCIMIENTOS

COMO SE HIZO ESTE LIBRO.

EN LO ALTO GRANDE LAGUNA

Autor: Álvaro San Félix
Editor: Instituto Otavaleño de Antropología
Impresión: Editorial «Voluntad»
351 páginas + fotografías
Quito, 1974

Preámbulo

«Estoy con mi dolor como los viejos
contando historias de mejores días».
Guillermo Garzón

Esta obra no existiría sin mi temor a que los datos históricos recogidos durante tantos años, se perdieran definitivamente. Posibilidad que me obligó a interpretar las circunstancias por las que un pueblo se aferró al territorio, luchó contra el éxodo y levantó la casa después de la catástrofe. El contacto con su vigoroso pasado me incentivó a buscar en archivos y bibliotecas sus motivaciones, a escuchar a hombres y mujeres, antes que la muerte les negara la voz, y a reconstruir vidas que participaron de sueños y luchas.

Conocer cómo Otavalo transformó la maquinaria política del Corregimiento, contribuyó en la guerra independentista o afectó a la República con su combatiente pasión por la libertad será, para muchos, un descubrimiento. Estas HISTORIAS en la Historia, demuestran que poblaciones importantes por su estructura étnica y geográfica, como Otavalo, influyeron irreversiblemente en el desarrollo histórico del país.

Encontrar el límite entre lo real y lo ficticio, entre personajes verdaderos e inventados no resultará fácil; sin embargo, acepto los errores provocados por una vehemente interpretación de los hechos y me someto al juicio de quienes creen que es posible no cometerlos cuando se estudia el pasado de un pueblo.

En fin; este es mi homenaje para quienes yacen en el seno de la tierra; para los amigos de siempre, y para los niños inéditos que esperan su turno en el amor y la luz... que cuando recorran estas páginas, amer la trayectoria de su pueblo y edifiquen la justicia en esta adorable llacta.

ESPEJO, ALIAS CHUSHIG; CAUDILLO EN LLAMAS

Autor: Álvaro San Félix
Impresión: Editorial Gallocapitán
171 páginas
Otavalo, 1979.

ESTUDIO PRELIMINAR DE POLÍTICAS DE DESARROLLO

Varios autores
Editor: Comité Central del Sesquicentenario de la ciudad de Otavalo
Impresión: IOA (mimeo)
63 páginas
Otavalo, s. f.

Exposición de motivos

Otavalo, todo un pueblo, todo un conglomerado de ideales, trabajos, fracasos y éxitos, todo un pequeño cosmos en el que se conjugan infinitud de intereses, debe hacer en esta ocasión una necesaria reflexión para que este estudio preliminar de políticas de desarrollo tenga una feliz realización. Para ello es impostergable el reencuentro con la unidad, con una unidad flexible, monolítica. Es impostergable proscribir el incubado deseo de hacernos daño unos a otros, ese afán de destrucción hacia lo bueno, lo positivo. Que la amargura sucumba ante la unidad y el deseo de levantar un Otavalo más digno y más próspero. Esta es y debemos definirla como tal: una etapa de emergencia que Otavalo tiene que superar; el Plan lo está demostrando con sus cifras, sus planteamientos y sus análisis; Otavalo está enfermo de muchas enfermedades, y por eso debemos acudir todos unidos, en santa alianza, a conjurar el peligro, a aceptar el desafío y a curar a nuestro pueblo que nos necesita como hijos, para conseguir trabajo y paz.

Intentamos reunir a lo más granado de la intelectualidad otavaleña, la misma que abarca la más amplia y polifacética relación de los hombres con la ciencia, el arte y la cultura. Muy pocos fueron los que respondieron al llamado urgente de la tierra madre que sigue mostrando sus heridas y necesidades. Queríamos que se definirían políticas de acción, visiones globales de los problemas, los planes y sus soluciones, queríamos racionalizar el diagnóstico de lo que Otavalo padece y como sacarlo de la epidemia que viene soportando. Los talentos de sus hijos escogidos debieron ponerse al trabajo para el análisis, la planificación y las soluciones. La distancia y las ocupaciones impidieron que vengan a la cita histórica con esta ciudad vestida de

fiesta, pero dolida por los males que le aquejan y que con la firme voluntad de todos, esperamos levantarla y devolverle su lozanía.

El Plan Quinquenal inicial fue reemplazado con este *Estudio Preliminar de Políticas de Desarrollo*, documento menos ambicioso y que es el resultado de un esfuerzo generacional y que deberá ser ejecutado por la mano rectora del Municipio local. La corporación edilicia que tiene la representación directa de todo un pueblo. La ciudadanía deberá participar de su ejecución, de su vigilancia, encontrando soluciones conjuntas, haciendo cuerpo con los problemas para que las medidas sean también aceptadas y realizadas.

Este *Estudio Preliminar*, que seguramente adolece de vacíos, está redactado de manera sencilla lejos de una tecnología tecnócrata o especializada que perjudique su entendimiento, está escrito con las necesidades de todo un pueblo y este pueblo no necesita de un idioma técnico que lo confunda y oscurezca; nada de eso, está hecho especialmente para un pueblo que conoce cada uno de los problemas que padece y sabe de la buena intención de quienes lo hemos hecho. Aquí en este *Plan*, está un pueblo que vibra, que espera soluciones y que sobre todo aspira en este Sesquicentenario, bajo la sombra de Bolívar, el comienzo de una era que recoja las potencialidades espirituales y materiales de todo su pasado y los canalice hacia un futuro inmediato y promisorio.

Desde luego, debe quedar en claro que de ninguna manera este *Estudio Preliminar de Políticas de Desarrollo* trata de coartar las iniciativas particulares que puedan y deben surgir de un pueblo vital como el nuestro. Se ha intentado prioritariamente, señalar los más acertados senderos para no diluir energías ni perder nuevamente el tiempo. Este plan deja que el I. Municipio y los organismos que existan o que se logren crear pongan las estrategias correspondientes para su mejor empleo de los recursos que el cantón, la provincia y la patria pongan a disposición de Otavalo.

Este trabajo requerirá, y abre desde hoy las puertas a los diálogos frecuentes con todos los estratos del pueblo otavaleño, para conseguir mejores enfoques que lleven a modificaciones convenientes para la solución de los problemas. La presencia, la colaboración y el trabajo de quienes nos ayudaron en la faena permanecerán anónimos dentro del conglomerado de la obra y permanecerán incógnitos también cuando éstas ya estén realizadas. Hombres enraizados aquí, cultivados desde su raíz por el enamorado paisaje y la ternura de su gente, cuyo homenaje a la ciudad es precisamente ese, el permanecer anónimos.

El Comité del Sesquicentenario no quiere hacer de esta coyuntura histórica una fiesta más. aparecerá a la vista una presentida inactividad en programaciones costosas a

través de todo el año, pero la tarea propuesta era clara y se ha cumplido; se ha reflexionado sobre los problemas de la ciudad, de las instituciones y los barrios; se aceptó el reto para un necesario autoanálisis, una autocritica del camino recorrido y la proyección al futuro con la necesaria corrección de los errores.

El hombre común otavaleño y las nuevas generaciones ha sido la preocupación latente, a ellos y por ellos se entregó el esfuerzo que es el punto de partida para esperar mejores días. El Comité ha cumplido hasta donde sus escasas posibilidades económicas lo permitieron, y aún cuando se haya tenido cierta incompreensión, propia de una etapa de superficialidad y deslumbramiento, la labor está realizada.

Al final existe este documento: el producto de este *Plan* con carácter polémico, está abierto a la discusión, al diálogo, al cambio necesario; la polémica no debe ser evitada ni temida, al contrario quien lucha polemiza, quien polemiza sobrevive, aquí está la contribución de una generación que ama a su ciudad, e invita a toda institución social, deportiva, laboral y obrera, colegios, escuelas, la Iglesia y el Estado, el profesional y el artesano, el campesino, el comerciante y el guardián, a participar en la gran minga que se inicia hoy, la minga del Sesquicentenario.

Marcelo Valdospinos Rubio

FAROS EXISTENCIALES

Autor: Marcelo Valdospinos Rubio

63 páginas

s. o. d.

Contenido

Bolívar: el guerrero de la libertad

Guillén: el revolucionario de la paz

Jaramillo: estrella luminosa de la otavaleñidad

Barrera: cien años de universalidad.

HOMENAJE A CÉSAR DÁVILA ANDRADE

Editor: Instituto Otavaleño de Antropología

Impresión: Talleres Gráficos del IOA (nimeo)

Sin paginación

Otavaló. 1967.

IMBABURA, TELÚRICA

Autor: Marcelo Valdospinos Rubio

Editor: Instituto Otavaleño de Antropología

Impresión: Studio 21

109 páginas

Quito, 1998

Como inicio

Marcelo Valdospinos Rubio, el amigo de siempre, después de saludarnos a los tiempos y con su gentil cortesía me solicita una introducción a su ensayo «IMBABURA TELÚRICA». Lo que me honra sobremanera, ratificando ese destino generacional sensibilizado por el mancomún paisaje imbabureño y la veneración por la tierra que nos vio nacer, casi sin intervalos.

Un encargo reconfortante, colmado de espiritualidad y vida permanente que me permite insertarme en la filosofía del tiempo, contrastando con la vorágine materializante de esta última década del siglo saturada de magia exótica y la facultad depredadora de cortar nuestras raíces, dejándonos solitarios, sin meta ni destino...

Volví de un compromiso con la Patria, buscando un nuevo soporte legal a la República; desilusionado, a veces frustrado y, paradójicamente con nuevas esperanzas; ávido del diálogo con quien le entienda y ardorosamente dispuesto a seguir viviendo. En ese instante, pasar de la meticulosa temática jurídica que entraña análisis profundo, coordinación lingüística y solución a la fría exigencia socio-política, al vuelo pausado y constante del sentimiento reencontrado en una furtiva garza solitaria, reflejada en las profundas aguas laguneras, dormidas al vaivén del tiempo y retratadas en otro cielo húmedo.

Así llegó a mis manos este ensayo tomándome de la mano para emprender el viaje por nuestra geografía lugareña, simbiótica, común entre el entorno y nuestras gentes. Recorrí sus páginas manejadas al estilo ameno, entendible y diáfano de Marcelo, abriendo las puertas de sus cuatro cantones tradicionales: Ibarra, Otavalo, Antonio Ante y Cotacachi, sintiendo que en el primero sigue el lazo espiritual de Pimampiro y Urcuquí, emancipados hace poco tiempo, en relación a la edad de los pueblos.

Como sucede en el tratamiento de las comarcas y sus entes racionales creados a la imagen y semejanza de Dios, se entrelaza fuertemente la historia, la tradición oral, las costumbres, las anécdotas, la magia y, por sobre todo el sentimiento con sabor a nostalgia. Esa nostalgia que nos vuelve niños siendo viejos: la que nos traslada a

los primeros pasos, aferrados fuertemente de esa única mujer que todos la tenemos o la tuvimos, la Madre; a repetir lo que nos impresionó, escuchando las fantasías del «padre sin cabeza» o el «mechaya», encarcelados hoy por la energía eléctrica y suplantados por la real presencia de perversos sexuales, sicarios, asaltantes o simplemente figuras humanas que transitan por la vida sin saberlo; extrañas, vacías, frías, ajenas y distantes...

Cronológicamente hace referencia a Ibarra desde su fundación, partiendo desde la reflexión filosófica de Manrique y la metafórica comparación de la vida con los ríos que van a dar a la mar. Refuerza con valoración de su prosa poética los personajes y el maravilloso entorno telúrico, generadores de la dinámica vital configurativa del espíritu ibarreño; esta tónica se concreta cuando nos dice: «Las ciudades van trazando su destino colectivo por la fuerza en su vida interior. Es la interrelación personal la que fija horizontes y a la vez clava sus raíces en busca del alimento terrígeno que nutre la zona de afecto múltiple y eterno.»

Resalta la valía de la mujer calificándola merecidamente de «símbolo de vida», paseándose con clase y erudición sobre las diferentes y variadas facetas de su accionar; incluyendo los planes universales para detenerse en lo particular, con gran aplicación del método deductivo y su fuerza lógica, mencionado al «Centro Femenino de Cultura».

Surge un apéndice histórico-reflexivo para tratar el tema del nacimiento de la Casa de la Cultura Ecuatoriana y el visionario Carrión, maestro de la ecuatorianidad, adaptándola al controvertido discurso de la interrelación cultural con sus panegiristas y detractores.

Toma la figura de Monseñor Leonidas Proaño, el Obispo de los indios, como prueba contundente de la relación hombre-paisaje y, a través de ella realiza la apología de este sector del cantón Ibarra, cuna del religioso.

Además el recuerdo de este personaje discutido, sin mácula para los imbabureños, genera la temática indígena, desproporcionalmente exaltada y con pretensiones irreales que, en vez de encontrar un común denominador para superar la crisis del subdesarrollo, se lanza a polemizar bajo estrategias friamente mentalizadas, atentatorias al concepto de UNIDAD NACIONAL.

Marcelo, como cariñosamente lo trato, tiene la valentía y el conocimiento cabal del problema indígena en el sector de Otavalo, mezclado de extranjerismos en muchos casos, desdibujado y carente de identidad; dando la impresión que este tema en su ambicioso alcance, es de interés propio de los antropólogos subrealistas, ciertos

mestizos con ansias figurativas, politiqueros inescrupulosos y, controvertidos «indígenas» que viven del «movimiento»; salvando las excepciones de rigor en los diferentes escenarios del país.

Personalmente creo en la integración total del nuevo hombre americano, fruto de nuestra propia historia y llamado a cumplir grandes objetivos nacionales, venciendo la lucha entre la pobreza y la riqueza que no la podemos ignorar.

Lo demás no tiene sentido en este folclórico y tropical espacio, estancado en conceptualizaciones absurdas.

Al encasillarse en su solar nativo, el Valle del Amanecer, como es entendible se posesiona en casa propia y repite la lección de su «Lugar Natal», tal cual lo hace desde la emisora y desde toda tribuna para hablar con pasión de su tierra, algo que envidiamos el resto de imbabureños.

Retoma la temática cultural, bajo los nuevos parámetros de la convergencia y respeto a las diversidades al decimos: «Entendemos, por lo tanto, que la única vía para una relación armónica de la sociedad ecuatoriana es la aceptación de la interculturalidad como medio de vida, de coexistencia. Lo contrario nos ubicaría en una lucha estéril de corte étnico». Pasa el tema serio y contradictorio manejado con mucha responsabilidad, dando el valor a los conceptos en la medida real de los hechos; sin pecar con lisonjeros apasionamientos ni radicalismos absurdos, para volver al sentimiento contagioso del recuerdo, mirándole a su Otavalo de inicios de siglo, como un pueblo pequeñito «como nido en capulí» pintado a grandes pinceladas la grandiosidad de lo simple y los días largos, nada complicados del pasado; contándonos las anécdotas de los hombres grandes cuando eran pequeños. Todo un retrato social como sugería Augusto Comte, el creador de la Sociología, al describirla a su Estática Social. Aquí sufrí el síndrome del encantamiento, perdiendo la relación de tiempo y espacio; convirtiéndome en el tripulante visionario de los sueños.

El recuerdo de la «Perejila» es impactante, llevándonos a la conclusión que todas las personas, por insignificantes que parezcan, tienen sus talentos al servicio de los demás, sondeando la dimensión humana entre la claridad y la oscuridad. Esta líder femenina es el mejor ejemplo para algunas mujeres trastornadas que enfocan al «género» como un derecho excluyente; enfrentándolas al hombre y desconociendo el basamento del Derecho Natural.

Nos relata la fantasiosa historia del «Yamor» y la comunión del maíz, concluyendo con su invocación al «Señor de las Angustias», cuya denominación transita en las corrientes filosóficas como sinónimo de vida.

Con similar sentimiento y reconocido estilo hace referencia a la cabecera cantonal de Antonio Ante, enfocando los alcances etimológicos y resaltando las pequeñas grandes historias como el violín de don Desiderio Pérez o las virtualidades de la «Negra Cabezona», aliada a la fidelidad hogareña, terror de los hombres divertidos, enredados en juegos pasionales.

Un aparte especial para «Cotacachi»; bajo la misma estructura histórica-descriptiva, enfocando y resaltando los aspectos que considera superlativos, enfatizando acertadamente que «Cotacachi es tierra de poesía y música».

Termino mi recorrido por este enfoque tan singular de Imbabura, deleitándome en la concepción humanística y telúrica de Marcelo Valdospinos quien irradia los valores positivos y nos sumerge en la búsqueda de nuestras raíces para enorgullecernos de lo que fuimos, somos y seremos.

Gracias por permitirme beber en la misma fuente y calmar el hambre espiritual en similar paisaje. Gracias Marcelo por tu amistad, somos hijuelos de mismo árbol y por nuestras venas corre la sangre de los maizales. De nuestra mente ancestral irrumpen riachuelos y cascadas que bajándose del cielo se funden en el alma de las montañas, nevados, chuquiraguas, supirrosas y sauzales; para vivir, soñar, quedarse para siempre en las retinas del silencio, en las pestañas escondidas del recuerdo o en los desvaríos lastimeros de las tórtolas.

Luis Andrade Galindo

Contenido

Como inicio

La generación del IOA

Ibarra: noble villa

Otavaló: en la encrucijada

Atuntaqui: posada del recuerdo

Cotacachi: una torre cerca de Dios.

INVESTIGACIONES ARQUEOLÓGICAS EN LA SIERRA NORTE DEL ECUADOR

Autores: John Stephen Athens & Alan J. Osborn

Editor: Instituto Otavaleño de Antropología

Impresión: Talleres Gráficos del Instituto Otavaleño de Antropología

109 páginas

Otavaló, 1974.

Introducción

Por mucho tiempo, los montículos de tierra contruidos artificialmente han sido reconocidos como una de las características más predominantes de la arqueología ecuatoriana. Comúnmente son llamados *tolas*, palabra quichua que significa «loma». Estos montículos han sido investigados intensivamente por los arqueólogos que trabajan en la amplia llanura costanera, donde se sabe que han existido en sitios de algunos grupos culturales prehistóricos diferentes que datan al período del «Desarrollo Regional» (500 a.C. -- 500 d.C.) y al período de «Integración» (500 – 1500 d.C.; ver Meggers 1966). Nuestro conocimiento de los sitios de tolas en la sierra ecuatoriana está fundado casi exclusivamente en las monografías pioneras de Jijón y Caamaño de 1912 y 1920, las cuales proporcionan los datos básicos de las excavaciones y la información en cuanto a la distribución limitada de estos sitios. Sin embargo, ya que Jijón y Caamaño estaba interesado principalmente en establecer la función de los montículos y en desarrollar una tipología y cronología prehistórica, muchos detalles pertinentes al estudio de la organización socio-política no fueron especificados. Las últimas investigaciones de campo permiten la discusión de estos detalles. El argumento que presentarán los autores será que la construcción de las tolas en la sierra norteña del Ecuador está relacionada a un tipo particular de organización socio-política, el cacicazgo. Además de resumir la información sobre los sitios de tolas de la sierra, se desarrollará un argumento ecológico para explicar la existencia del nivel de cacicazgo de organización social en esta área.

Contenido

MONTÍCULOS PREHISTÓRICOS EN LA SIERRA DEL ECUADOR REPORTE PRELIMINAR

- Referencias
- Mapa
- Tablas
- Figuras
- Fotografía

INVESTIGACIONES ARQUEOLÓGICAS EN DOS SITIOS DEL PERÍODO CERÁMICO EN LA SIERRA NORTE DEL ECUADOR

- Tablas
- Figuras
- Mapa
- Figuras
- Ilustraciones de características y enterramientos
- Análisis de polen

RECONOCIMIENTOS.

INVESTIGACIONES SOCIALES EN OTAVALO

Autor: Aníbal Buitrón

Editor: Instituto Otavaleño de Antropología

Impresión: Talleres Gráficos del Instituto Otavaleño de Antropología

110 páginas

Otavaló, 1974

Nota al lector

La presente publicación inicia la aparición de la serie llamada COLECCIÓN DE AUTORES Y/O TEMAS OTAVALEÑOS. La importancia fundamental de la misma radica, entre otros varios factores, a la necesidad de recopilar la bibliografía diseminada o los trabajos inéditos que han sido escritos con temática alusiva a Otavalo. Es evidente que principal atención ha de prestarse a asuntos que tienen que ver con los objetivos específicos de la institución y que son los que atañen a la antropología.

La circunstancia de haberse considerado desde hace mucho tiempo a Otavalo como una zona de características especiales, tanto por su conformación geográfica cuanto, y es lo importante, por su estructura socio-económica que relaciona a dos grupos humanos: indígenas y mestizos ha despertado el interés de estudiosos que, incursionando en el campo de las ciencias sociales, han elaborado valiosos trabajos muchos de los cuales, infelizmente, no han sido conocidos en el país. (Es más fácil obtener información bibliográfica sobre Otavalo sobre Otavalo en cualquier universidad de prestigio del exterior que en el propio Ecuador). La imperiosa obligatoriedad de conocerlos motiva la presente serie. A ello se une otra razón poderosa: la presencia de autores ecuatorianos y, localizadamente, otavaleños, que han efectuado trabajos de investigación sobre problemática social y cuyos estudios o son en la actualidad de difícil consecución o, buena parte, todavía inéditos.

La elaboración de las fichas de campo, se siente resentida por la falta de referencias bibliográficas específicas y determina un alargamiento del proceso analítico de gabinete. El hecho de que muchos de los estudios que va a incluir la serie que iniciamos son de hace algo más de un cuarto de siglo, está diciéndonos de la necesidad de actualizarlos y de someterlos a una revisión.

Paralelamente a esta serie, el Instituto Otavaleño de Antropología publicará sus trabajos de campo y, en los casos en que se refirieren a temas ya tratados por otros autores, formulará un estudio comparativo de los mismos.

Aparece hoy, la primera parte de los trabajos del Dr. Aníbal Buitrón, distinguido

científico que dedicó imponderables esfuerzos y conocimientos al estudio de la problemática de su pueblo nativo: Otavalo. Dos de ellos, LEYENDAS Y SUPERSTICIONES INDÍGENAS DE OTAVALO, ECUADOR e INDIOS, BLANCOS Y MESTIZOS EN OTAVALO, ECUADOR, fueron tratados en colaboración con la Dra. Bárbara S. de Buitrón, su esposa.

Expreso mis cumplidos agradecimientos al Dr. Buitrón por la deferencia de autorizar la publicación de sus trabajos que serán gratamente recibidos por sus lectores

Plutarco Cisneros A.

Contenido

LEYENDAS Y SUPERSTICIONES INDÍGENAS DE OTAVALO, ECUADOR

Introducción

LEYENDAS

- La ventana del Imbabura
- Los amores del Imbabura y el Cotacachi
- Los hijos del Cotacachi
- La laguna de Yahuarcocha
- El origen del maíz
- El origen del trigo
- El origen de las ovejas y del perro
- El origen del mono

SUPERSTICIONES

- El Auca-Cocha
- El perro-tigre de la cocha
- El yachay y el rezador
- El cuichi
- El «aya» de la fábrica San Pedro
- Ángeles somos, comer queremos
- La mula del molino de las Almas
- Ni demonio ni otra tentación
- Contrabando

SEGUNDA PARTE

PANORAMA DE LA ACULTURACIÓN EN OTAVALO

- Vivienda
- Mobiliario
- Utensilios de uso doméstico
- Vestido

- Alimentación
- Idioma y alfabetización
- Religión
- Política
- Movilidad
- Ocupaciones
- Proyecciones futuras

TERCERA PARTE

SITUACIÓN ECONÓMICA Y SOCIAL DEL INDIÓ OTAVALEÑO

- Características de cada una de las parcialidades indígenas del cantón Otavalo
- Agrupación de parcialidades por su industria
- Generalidades acerca de la economía indígena
- Generalidades acerca de la organización social indígena

CUARTA PARTE

INDIOS, BLANCOS Y MESTIZOS EN OTAVALO, ECUADOR

I SITUACIÓN GEOGRÁFICA DEL ECUADOR

II REGIONES NATURALES DEL ECUADOR

III DIVISIÓN POLÍTICA DEL ECUADOR

IV EL CANTÓN OTAVALO

- Extensión, límites y habitantes
- Parroquias urbanas y rurales
- Parcialidades indígenas
- Características comunes a los indios de todas las parcialidades
 - a) Agricultura
 - b) Pastoreo
 - c) Otras actividades
 - d) Afán de adquirir tierras
 - e) Casas indígenas
 - f) Alimentación
 - g) Vestidos
 - h) Fiestas
- Rasgos característicos y particulares de cada parcialidad

V MOVIMIENTO DEMOGRÁFICO DEL CANTÓN OTAVALO EN 1944

- Nacimientos
- Matrimonios
- Defunciones

- VI INTERPRETACIÓN DE LOS DATOS DEMOGRÁFICOS
VII CONCLUSIÓN

LA BÚSQUEDA Y EL ENCUENTRO

Autor: Álvaro San Félix

Editor: Instituto Otavaleño de Antropología

Impresión: Centro Artesanal IOA

83 páginas

Otavaló, s. f.

Carta del editor

Abrimos con «LA BÚSQUEDA Y EL ENCUENTRO, Confesión de un Peregrino», la serie de estudios denominada «Otavaló en la Historia» y puede, sin duda alguna, llamar, al menos, a inquietantes preguntas respecto de la razón de tal inicio, y es que los editores, hombres del siglo XX, hemos querido dar a este volumen un carácter simbólico, hacer que sea como una llave de la colección, basados en algunas reflexiones.

Hay varias claves que permiten aproximarnos a entender el significado de este pueblo, conceptuados dentro de lo que definimos como la Otavaleñidad. Una de ellas, es la referente a la territorialidad, es decir, a la ligazón íntima del hombre con su entorno geográfico y, por ende, con su consustancialidad recíproca.

Otra, vital, sustantiva, que nos interesa por ahora, la que hace alusión a la religiosidad de este pueblo. Porque ella no es solamente una forma de pensamiento sino, sobre todo, un sentimiento profundo.

El Director de la Colección dijo respecto de este tema que Otavaló era un «... pueblo de soledades. De oscuras raíces judaicas, hispánicas e innegable presencia religiosa, el otavaleño siente, por esa inexplicable presencia etno-cultural, que su monte Imbabura, es como el monte de Sión, que no se mueve sino que permanece para siempre y que Otavaló, en fin, es como Jerusalén que tiene montes alrededor de ella para que su Dios esté siempre con su pueblo...»

La religiosidad que, desde la presencia evangelizadora, es cubierta de un modo integral por el culto al Señor de las Angustias desde cuando, por un misterioso designio de dios, su imagen apareciera milagrosamente en el naciente Corregimiento de Otavaló.

Pero, no es intención ahora, profundizar respecto del tema de Otavalo y la Otavaleñidad. Eso lo irá haciendo la propia colección.

Sin embargo, hay algo adicional que es importante para todos nosotros: desde que nuestra conciencia recoge las tempranas miradas infantiles, la presencia del Señor de las Angustias, se torna parte sustancial de nuestro ser. Junto a Él nacemos, crecemos, morimos, y lo sentimos como el Gran Hacedor. Unos, sin espacios de duda. Otros, cavilando, agonizando en la definición pero no por ello, dejando de ser hombres y mujeres que viven con intenso quehacer religioso puesto que el buscar ha sido dolorosa pero persistente lucha interior.

Álvaro San Félix, parte de este grupo, halla al final de su existencia, el camino, la playa y el mar anhelados y lo consigna en un apasionado poema místico al que hemos dado el nombre de «la búsqueda y el encuentro, Confesión de un peregrino», aún cuando el original del autor sea un verso atribuido a San Juan de la Cruz.

El simbolismo llave de este volumen radica en que a través de él podemos aproximarnos a la vivencia de Otavalo y al interior profundo de los otavaleños. Los pueblos y los hombres que los hacen solo perduran cuando tienen motivaciones trascendentes que los cohesionan. En el caso de Otavalo, entre otros pero de los más íntimos, el culto al Señor de las Angustias.

Pero, no pueden ni quieren, además, dejar de rendir un testimonio de afecto al amigo que amó y respetó a esta gente y a esta tierra y que, concluyó su vida escribiendo este poema que cada uno de nosotros podrá sentirlo suyo por fragmentos o como un todo porque en cada uno de sus versos toca el tema común de nuestra religiosidad.

Índice

PRESENTACIÓN. Edwin Narváez Rivadeneira

CARTA DEL EDITOR

LO COTIDIANO DE SAN FÉLIX. Marcelo Valdospinos Rubio

SIN HORA Y SIN REPOSO. Mons. Antonio Arregui Yarza

REFLEXIONES ÍNTIMAS. Plutarco Cisneros Andrade

«NO ME MUEVE EL INFIERNO TAN TEMIDO» Álvaro San Félix

LA INCURSIÓN INCA EN EL SEPTENTRIÓN ANDINO ECUATORIANO

Autor: Fernando Plaza Schuller

Editor: Instituto Otavaleño de Antropología

Impresión: Talleres Gráficos del Instituto Otavaleño de Antropología

130 páginas + 29 láminas + 19 fotografías

Otavalo, 1976.

Introducción

1.1 Consideraciones preliminares

Como ha sido definido en los primeros lineamientos tentativos de una política de investigación arqueológica del Instituto Otavaleño de Antropología ya dada a conocer, para estas regiones del ande ecuatoriano se requieren, prioritariamente, más que exhaustivos y profundos trabajos de muy parcial significación, investigaciones de tipo prospectivo, que puedan ofrecer aproximaciones totalizadoras, que contemplen hipótesis tentativas y marcos referenciales sobre los que posteriormente se proceda a profundizar.

En esta perspectiva hemos enfocado nuestro trabajo, en esta fase de la investigación, a fin de que sea armónico con las necesidades de la ciencia arqueológica en la región y en el Ecuador. Consecuentemente, más que un trabajo profundo en una muestra de escasa significación, hemos pretendido abarcar una problemática de cierta magnitud buscando selectivamente los elementos operacionales que permitieran una aproximación tentativa. Esperamos haber cumplido nuestros propósitos.

1.2 Definición del problema, alcances y objetivos

Bajo el concepto de Área Andina se ha conocido tradicionalmente en términos arqueológicos a un determinado espacio geográfico de Sudamérica, escenario de un proceso de evolución histórica prehispánica que mantuvo ciertas constantes y patrones tradicionales, producto de la adaptación de la población a ese marco geográfico. Si bien es efectivo que los estadios de desarrollo manifestados a la luz de la investigación arqueológica muestran diferentes niveles de desarrollo tecnológico y social, permitiendo sucesivamente formas diferenciales de adaptación al medio, las constantes históricas manifiestan a su vez la trascendencia de las condiciones ecológicas propias y peculiares de una determinada red de características medio ambientales del área. En una óptica diacrónica, podemos aseverar hoy en día que, como producto final de la historia regional endogenéticamente considerada, el movimiento social y político llegó a consolidar un vasto imperio de alta complejidad

social y amplio control territorial: El Imperio Incaico. Este imperio, durante su génesis expansiva, fue tomando control sobre una vastedad territorial extraordinariamente amplia, sometiendo bajo sus dominios a una amplia gama de poblaciones locales que hasta ese momento habían respondido a una mecánica de desarrollo y organización con diversos grados de autonomía local. Los alcances expansivos del imperio incaico en momentos de su mayor esplendor llegan a controlar el espacio comprendido entre el río Angasmayo (al sur de Colombia) por el Norte, y el río Maule (Centro-Sur de Chile) por el Sur, teniendo como límite occidental el Océano Pacífico y algunas islas más o menos cercanas a la línea de la costa, y por el lindero oriental la ceja de selva que se encuentra ya en la vertiente oriental de la Cordillera de los Andes, superando con algunos enclaves este límite meridiano. Por cierto que estos límites –grosso modo establecidos- encierran un territorio que no sólo comprende un espacio geográfico-físico muy variable, sino lo que es más importante, poblaciones locales de muy diversa magnitud y complejidad.

Existen dos factores trascendentales, entre muchos otros, que conllevaron implícitamente al establecimiento diferencial de la intensidad del control incaico sobre las distintas regiones, a saber: a) la distancia entre el centro político-administrativo del imperio (Cuzco) y las regiones conquistadas y b) la disposición de las poblaciones conquistadas para soportar compulsiones provocadas por contacto cultural.

En cuanto al primer factor, existen algunos elementos para pensar que la intensidad y consolidación del control incaico se desvanecía progresivamente al aumentar la distancia entre la capital del imperio y las regiones conquistadas. Dicho de otro modo, el grado de consolidación del dominio es inversamente proporcional a la distancia comprendida entre el Cuzco y la región conquistada; las poblaciones próximas a la capital cuzqueña son sometidas más sólidamente que las regiones periféricas del incario. No es ésta, sin embargo, una verdad que deba ser –ni mucho menos- considerada mecánicamente, pero como principio general puede ser planteada.

En particular, son las áreas periféricas concebidas como zonas de colonización del imperio, donde la validez del enunciado anterior adquiere su plena eficacia. Será en estas regiones donde el Tahuantinsuyu opere con mitmajcuna para incorporar de ellas a su control.

El segundo factor propone calificar el diverso grado de organización social, político, económico y tecnológico de las etnias a ser conquistadas, como elemento significativo de la variabilidad en el carácter y modalidad con que se lleva a efecto el sometimiento.

De acuerdo a este principio, las poblaciones de diferente nivel de desarrollo, cohesión

social, magnitud, recursos disponibles, consolidación política, etc., son intentadas someter con mayor o menor intensidad y bajo modalidades y/o carácter diferente.

Consideramos que estos elementos diferenciales son interesantes de analizar desde un punto de vista teórico para comprender la historia del doblamiento del área andina y creemos que pueden dar la pauta para explicar muchos fenómenos hasta hoy poco claros, particularmente referentes a la expansión inca. El septentrión andino ecuatoriano constituye una muestra regional en la que se intentó materializar un control sobre la población local de coincidencia aproximada con uno de los límites del imperio. Suponemos que –por la distancia que a esta región separa del centro administrativo imperial incaico– pueden encontrarse elementos que verifiquen una dificultad mayor y modalidades peculiares para su dominación. Seleccionamos una muestra espacial del norte andino ecuatoriano, para la cual existe, al margen de la desconocida evidencia arqueológica, una relativa abundancia de documentación temprana alusiva al problema en cuestión. Dentro de este marco territorial esperábamos obtener evidencia preliminar que nos permitiera una aproximación tentativa para conocer como se llevó a efecto la colonización incaica estableciendo la modalidad y carácter con que operó, así como la reacción local frente a ésta o, cuanto menos, establecer hipótesis de trabajos futuros.

Hemos pretendido llegar a establecer el grado de resistencia local al sometimiento como una variable significativa para evaluar la capacidad y potencia con que la estructura incaica opera en la región, considerada como zona marginal, distante del centro administrativo cuzqueño. Simultáneamente, quisimos conocer cuáles fueron las modalidades con que se presentó la convulsividad general, intentando un modelo explicativo para esa situación específica. De otro lado, se espera contribuir con algunos elementos al conocimiento arqueológico de la sociedad nativa de la región. Localizar la evidencia y calificarla debidamente en función de sus indicadores superficiales constituyen nuestros objetivos operacionales.

1.3 Consideraciones metodológicas

Un conjunto de elementos teóricos y etnohistóricos nos han llevado a formular como hipótesis central que el intento incaico para someter bajo su dominio a la sierra norte del Ecuador tuvo gran resistencia local, donde no se llegó a establecer un verdadero control que tuviera una trascendencia histórica notable para el desarrollo cultural local. La región, que consideramos apreciada desde la óptica del Tahuantinsuyu, posiblemente ofrezca las mismas características de otras áreas periféricas, donde la colonización fue dificultosa y con modalidades operativas diferentes que aquellas más próximas al Cuzco.

Partiendo del supuesto de que la resistencia al sometimiento pueda haberse manifestado –entre otras formas- convulsivamente, y que esta convulsión conlleva frecuentemente el enfrentamiento, pensamos que la búsqueda de su expresión material es una buena perspectiva arqueológica de rastrear el problema. Seleccionamos con estos propósitos un elemento diagnóstico que nos parece significativo de la dinámica referida: las fortalezas.

Para estos fines hemos optado por definir precisamente un área que, coincidiendo aproximadamente con los límites de dispersión hasta hoy conocidos para la sociedad preinca local tardía, pueda ofrecer mejores expectativas de comprender el fenómeno como interacción de dos grupos culturales definidos. El área que seleccionamos para la muestra está comprendida entre las coordenadas geográficas: 0° 08' Lat. S., 0° 37' Lat. N., 77° 57' Long. E. y 78° 30' Long. W.

La localización de fortalezas constituyó un primer paso aproximativo que de por sí ya posee una relativa validez. Con fines de operatividad y objetividad, se optó por efectuar una prospección estereoscópica aerofotográfica, con eficientes resultados para la localización de los sitios de nuestro interés.

El siguiente paso metodológico consistió en relevar planimétricamente las plantas arquitectónicas de aquellos yacimientos que presentaban características de fortificación o pucará.

Las plantas arquitectónicas y el material cultural superficial constituyeron los indicadores seleccionados para operar como elementos diagnósticos que permitieran establecer filiación cultural de los yacimientos, por lo menos en su último momento de ocupación, intentando establecer asociaciones entre ambas categorías de evidencia. Por cierto los resultados estuvieron limitados al carácter de la muestra, que en ciertas ocasiones dejó bastante que desear.

Finalmente, previo análisis de la evidencia arqueológica mueble e inmueble, se evaluaron los resultados obtenidos en base a la documentación temprana, la bibliografía arqueológica y algunas colecciones arqueológicas regionales.

Mayores antecedentes relativos a los procedimientos se pueden encontrar más adelante, en el texto.

Índice

- I. INTRODUCCIÓN
- I.1 Consideraciones preliminares

- I.2 Definición del problema, alcances y objetivos
- I.3 Consideraciones metodológicas

- II. CARACTERIZACIÓN GEOGRÁFICA DEL ÁREA
 - II.1 Elementos geográfico-físicos y ecológicos
 - II.2 Elementos geográfico-humanos y ecológicos

- III. EVIDENCIA ETNOHISTÓRICA DE REFERENCIA
 - III.1 Recursos de interés económico de explotación preinca o incaica
 - III.2 Características prehistórico-tardías de la población regional
 - III.2.1 Elementos de la receptividad local a la penetración cuzqueña, y de la estructura político administrativa preexistente
 - III.2.2 Aportes de la variable lingüística
 - III.2.3 Antecedentes demográficos. Proyecciones
 - III.3 Modalidad y carácter de la situación de contacto inca-local

- IV. PRESENTACIÓN DE LA EVIDENCIA ARQUEOLÓGICA INMUEBLE LOCALIZADA
 - IV.1 Procedimientos prospectivos y metodología de relevamiento
 - IV.2 Condiciones del emplazamiento y descripción arquitectónica de los yacimientos
 - IV.3 Evaluación

- V. PRESENTACIÓN DE LA EVIDENCIA ARQUEOLÓGICA SÚPERFICIAL MUEBLE OBTENIDA
 - V.1 Alfarería; descripción de las variables y evaluación
 - V.2 Elementos líticos; descripción y evaluación

- VI. DISCUSIÓN
- VII. CONCLUSIONES PRELIMINARES
- VIII. BIBLIOGRAFÍA CITADA
- IX. ILUSTRACIONES.

LA INVESTIGACIÓN FOLKLÓRICA

Autor: Plutarco Cisneros A.

Editor: Instituto Otavaleño de Antropología

Impresión: Talleres Gráficos del IOA (mimeo)

37 páginas

Otavaló. 1968.

Índice

Esquema General del Curso

- 1.- Consideraciones generales
Concepto de investigación folklórica
- 2.- **METODOLOGÍA DE LA INVESTIGACIÓN**
Reconocimiento y preparación de equipos
Cuestionario para investigaciones
Labor de campo
Trabajo de gabinete
- 3.- **UTILIDAD DE LA INVESTIGACIÓN FOLKLÓRICA**
Referencias bibliográficas
Bibliografía.

PABELLÓN DE FOLKLORE. CUADRO SINÓPTICO DE DISFRAZADOS Y ENMASCARADOS DE LA ZONA DE OTAVALO.

Autor: Plutarco Cisneros A.
Editor: Instituto Otavaleño de Antropología
Impresión: (Fichas mecanografiadas)
Sin paginación
Otavalo, 1965.

LA OTAVALEÑIDAD

Autor: Marcelo Valdospinos Rubio
Impresión: Editorial Gallo capitán
126 páginas
Otavalo, s. a.

Presentación

Únicamente la proverbial gentileza del autor de *La otavaleñidad*, fruto de una cordialísima y entrañable amistad originada hace muchos años en el respetable hogar de sus padres, puede justificar el privilegio que me concede y que agradezco con el profundo sentimiento del alma, el que fuera yo quien apadrinara el lanzamiento de

su nuevo libro que contiene, en magnífica presentación propia del prestigio de la empresa editorial, una recopilación de variados e importantes temas: conferencias, semblanzas, oraciones cívicas, etc., en su mayor parte inéditos, escritos con: versado, claro y lógico estilo, propio de un observador y estudioso, saturados de un encomiable patriotismo, de una bien cultivada vocación de maestro y, sobre todo, de un hondo sentimiento otavaleño.

Creo y estoy seguro, que de algo que los otavaleños podemos sentirnos satisfechos y orgullosos, es de la dinámica y talentosa generación de la década del 60, que tempranamente y con éxito incursionó en la vida cultural de Otavalo, mediante la charla, la representación dramática, el periodismo y otras nobles manifestaciones del espíritu y que ha venido, desde su época estudiantil, ágil o lentamente, pero sin reposo, poniendo un sello de su recia personalidad y dinamia, adentrándose con todo el vigor de su talento e el conocimiento de los pequeños y luego los grandes problemas sociales del solar nativo y de la región, hasta lograr algunos de ellos, hacer de un sueño una realidad, en apenas 14 años, sin desperdicio del tiempo, el techo que nos cobija en este instante, con un ambiente en el que se cultiva el estudio serio, la investigación constructiva en áreas diversas, para que recogiendo los valores pretéritos de nuestra nacionalidad, podamos dirigir nuestros pasos hacia la conquista de un futuro grande para la patria.

En esa generación y en ese grupo que soñó e impulsó con talento y optimismo lo que hoy orgullosamente constituye el Instituto Otavaleño de Antropología, aparece la personalidad cordial y afectuosa de Marcelo Valdospinos Rubio, autor de este libro que aunque pequeño por su estructura, es grande por las dimensiones de su contenido.

He leído con verdadera satisfacción para la vista y deleite para el espíritu, las apretadas páginas de *La otavaleñidad* y a través de su fluido y elegante lenguaje, advierto al hombre que otea desde su puesto de guardia el mensaje eterno de nuestra belleza telúrica, empapando su mirada penetrante en los hombres y en las cosas de este cacho de tierra con imágenes de calles empedradas, de casas cobijadas con techumbres de teja, de senderos lanceados por pencos, lomeríos bajo el peso de bosques, maizales, y trigales, de huertos con morales en sazón, de jardines y macetas florecidas donde la mujer otavaleña refleja la sensibilidad de su espíritu y la bondad de su corazón; y, desde ese mismo puesto de guardia, espera y acepta el reto sin amargura ni debilidades, cuando está por delante, teniendo como testigos a Reyloma, Cotama, Azama, Qüichinche y al padre Imbabura, el destino de la tierra que le vio nacer. Espíritu selecto del amigo que hoy pone en mis manos su mensaje de otavaleñidad, para pasarlo a las vuestras. Para qué intentar siquiera un breve comentario de sus hermosos escritos, serán ustedes, nobles paisanos, los que con el abolengo espiritual que les caracteriza, brindarán la generosa indulgencia a mis palabras y le darán todo el calor

de la otavaleñidad, a los hermosos mensajes que un auténtico valor de esta tierra, de la que nos enorgullecemos por habernos brindado el impulso para sentirnos en el amanecer de cada día, más dignos y orgullosos de ser sus hijos. Recibido, es la floración de un espíritu joven puesto al servicio de Otavalo y esperamos, confiadamente, en que pronto podamos contar con una nueva entrega que aumentará y dará lustre a la ya abundante y prestigiosa bibliografía de autores otavaleños.

Alfonso Cisneros Pareja

LENGUA Y CULTURA EN EL ECUADOR

Autores: Ileana Almeida, Ramiro Rivas I., José Pereira V., Ruth Moya, Fausto H. Jara J., Marta de Diago, Julieta Haidar

Editor: Instituto Otavaleño de Antropología

Impresión: Editorial Gallo capitán

342 páginas

Otavalo, 1979

Introducción

A lo largo de muchos siglos en el territorio del Ecuador tuvieron lugar profundos cambios étnicos, sin embargo fueron los procesos de dominación y colonización de los incas y del poder español respectivamente, los que contribuyeron en mayor grado a la extinción de numerosas culturas y lenguas vernáculas, algunas de las cuales subsistieron hasta el siglo XVIII.

A pesar de lo mencionado, el Ecuador sigue siendo un país pluricultural y plurilingüe, pues a más de la lengua oficial y de la llamada cultura nacional, coexisten en el territorio ecuatoriano varias otras culturas y lenguas nativas conservadas por grupos étnicos diversos que habitan en las distintas regiones del país: los colorados en la zona Interandina-occidental, los cayapas en Esmeraldas; los quichua en la Sierra y en la región Oriental y en esta última también los shuar, achuar, los cofán, los tetete, los záparos, los waorani, los secoya y los siona.

Se observa no obstante, que las culturas y lenguas aborígenes están lejos de ser consideradas oficialmente y el en consenso general lenguas ecuatorianas. Este relegamiento, claro está, refleja la estructura socio-económica del país, la diferencia entre aquellos que han detentado el poder y los sectores subordinados a los grupos privilegiados.

Aproximadamente la población indígena representa más del treinta por ciento del total de habitantes del país. De este porcentaje la mayoría está representada por los quichua y por los shuar.

Un sector tan significativo de la sociedad ecuatoriana reclama del Estado un conjunto de políticas coherentes tendientes a solucionar los múltiples problemas: salud, nutrición, educación, vivienda, respeto a su cultura, etc., estas necesidades básicas resultan aún de segunda prioridad si no se readecuan las actuales relaciones de tenencia de la tierra y si no se reconoce el derecho de los grupos étnicos a la vida política del Estado.

El presente volumen reúne los trabajos de algunos especialistas que vienen trabajando en la problemática de la cultura y de la lengua en el Ecuador. El afán común ha sido superar la conceptualización teórica específica y aislada del fenómeno lingüístico y cultural para relacionarlo con las características de la sociedad ecuatoriana.

La situación lingüística y cultural de nuestro país, como se ha visto, trasluce conflictos ideológicos profundos que se muestran en esta serie de artículos: la opresión nacional, la dependencia cultural, la discriminación lingüística, el relegamiento económico, social y cultural de los grupos indígenas.

Se ha perseguido esclarecer muchos hechos desconocidos o mal conocidos de nuestra realidad; suscitar polémicas; despertar el interés por la investigación de la historia y la situación socio-cultural; ir creando una conciencia crítica sobre esta problemática; difundir el conocimiento de la teoría lingüística y de los presupuestos con los cuales se trata contemporáneamente la cultura.

Índice

Ileana Almeida. Consideraciones sobre la nacionalidad kechua

Ramiro Rivas I. Hacia una interpretación de la cultura como sistema de signos

José Pereira V. Algunos factores sociales del bilingüismo quichua-castellano

Ruth Moya. Estructura del poder y prestigio lingüísticos en Toacazo

Fausto H. Jara J. El profesor rural y el padre de familia frente a la educación bilingüe

Marta de Diago. Consideraciones sobre la norma en la enseñanza del castellano

Julieta Haidar. Problemática en torno a la forma estándar del quichua ecuatoriano

Ileana Almeida & Julieta Haidar. Hacia un estudio semántico del quichua ecuatoriano

LÉXICO SEXUAL ECUATORIANO Y LATINOAMERICANO

Autor: Hernán Rodríguez Castelo

Editores: Ediciones Librimundi & Instituto Otavaleño de Antropología

Impresión: Editorial Gallo capitán

399 páginas

Otavalo, 1979

Introducciones

Primera introducción: no muy seria, pero grave

Situación harto embarazosa la de dos caballeros que en una distinguida reunión social charlaban sin percatarse de que una dama se les había acercado, y uno le decía al otro, poniendo cara de sátiro consumado –cosa en que la dama, por venirse de espaldas, no pudo reparar-: «Sí, por supuesto: un polvo sin mineta es insípido». Y he aquí que la señora aquella tercia como si también con ella fuera la cosa: «Así que hay polvos con sabor... yo ereí que solo se habían hecho lápices con sabor... pero, bueno, y eso de la «mineta» ¿qué es?»

No menos desabrido –para ella, porque para los caballeros estas cosas tienen su sabor. ¡Vaya si lo tienen!- el caso de la ecuatoriana que, exasperada por la falta de transporte motorizado en el Buenos Aires metropolitano, preguntaba a un agente de tránsito: «Oiga, y aquí ¿por donde se puede coger un ómnibus?» Y el uniformado le respondió cachondo: «Como no sea por el tubo de escape...»

En los días de colegio nos llegó un profesor de español. Un curita joven, alto y hermosote, que aún campa por estos mundos de Dios –en Guayaquil, por más señas-, aunque muy poco joven ya, y bastante menos hermosote. Y le pusieron a dar geografía. Y nos explicaba – ¡a nosotros!- que el Ecuador exporta banano y cacao y café. Y un chusco pidió la palabra al chapetón y le acotó muy serio: «También exportamos cueros». «¿Cueros?» «Sí, cuerazos». Y el bueno del profesor nos hizo añadir en nuestro cuaderno de apuntes que el Ecuador exportaba también cueros... y cuerazos. Y, claro, las caras de satisfacción de la audiencia, ni que se hubiera tratado de zapateros o ganaderos.

Y en el otro acto académico, el orador poco avisado entonaba exaltado canto, no a la paz –que era el asunto recto-, sino a la paloma (la de la paz, claro), a la que en brioso ditirambo apostrofaba: «Paloma clara y noble, sin mancha, pero paloma frágil, a la que debemos protegerte más que a la vida misma». Y el orador no sabía por qué la galería amenazaba con venirse debajo de sofocos, exclamaciones afirmativas y risas.

Y, como de casos y sucedidos ya está bien, y es muy posible que el lector ponga otros de sus cosechas –de las añejas a las recientes–, dos últimos.

Fue un misionero rural español que vino de Centroamérica a nuestro país, todo encendido en el celo de la predicación penitencial y muy hecho al habla centroamericana. Y, al terminar unas misiones en nuestra sierra, dijo: «Ahora sí, quiero que todos vosotros salgáis de estos días santos, arrechos.» Y, al notar vacilación en las buenas gentes, que abrían los ojos como aguacates: «Sí, bien arrechos!» Y allí sí que, sin que valiesen compungimientos, se armó la gorda.

Lo otro fue en Santiago de Chile, en los días del último Congreso de la Asociación de Academias de la Lengua Española. Asistíamos los distinguidos académicos y las distinguidas esposas de los que las habían llevado, a un almuerzo en el Club Hípico. Y las caras mitades de los académicos españoles se partían de risa al leer el programa del Club que aquella semana «la polla se había vestido con mantón de Manila...» Y se suponía que quienes habían vestido así a la «polla» eran precisamente aquellas recatadas y discretas damas hispanas, con su presencia.

Polvo, mineta, coger – en el sentido en que divirtió tanto al del tránsito bonaerense-, **cuero y cuerazo** –también en el sentido que tanto satisfizo a la audiencia colegial aquella-, **paloma** en el sentido que provocó tumultos-, **arrecho** –en el sentido que armó la gorda al final de la misión rural- y **polla** no figuran en Diccionario de la Real Academia, y, hasta el momento, solo esa acepción de «arrecho» ha sido ya admitida y estará en la vigésima edición del Diccionario. (Por lo cual, si el lector tiene necesidad de aclarar alguna de estas voces o acepciones, puede comenzar ya a usar este «Léxico sexual» que tiene entre manos).

Y si estas voces o acepciones no figuran en el Diccionario de la Academia, estas mismas u otras semejantes faltan en muchos otros diccionarios, aun en los más amplios, modernos y que se ofrecen como más completos. (Ni qué decir tiene que en vocabularios un tanto antiguos todo este campo léxico se tiene como tabú. Por dar un ejemplo ecuatoriano, «Riqueza de la lengua castellana» y «Provincialismos ecuatorianos» de Alejandro Mateus ignora todas estas palabras y otras tan viejas en el Ecuador –la obra es de 1933– como «chucha», «tiran», etc. Apenas si hallamos en toda la obra el eufemismo hispano del «poner cuernos»).

Y, sin embargo, todas estas son palabras que, no solo en el Ecuador, se escuchan con frecuencia. Y, claro, hay muchas personas que necesitan saber su sentido exacto. El extranjero que no ha logrado aún llegar hasta estos recovecos de la lengua donde todos parecen esconder las cosas, y que no quiere ser el hazmerreír ni el pato en

ninguna boda; el profesor sin acceso a ciertos círculos idiomáticos a los que llegan – o de los que proceden- tantos alumnos que parecen complacerse en usar ciertas palabras o en hacer ciertas preguntas; el sacerdote y el canonista, el juez y el abogado que dan con voces así en el curso de confesiones, procesos o audiencias y tienen que entenderlas y valorarlas; las mujeres, sistemáticamente marginadas de las hablas masculinas, pero que, de pronto, escuchan estas voces en circunstancias de lo más imprevisibles, embarazosas y sugestivas, y con la curiosidad que padece el sexo débil!; el traductor que, si no entiende estas palabras –cada vez más usadas en la literatura latinoamericana-, mal podrá traducirlas; y el hombre culto que siente incomodidad al verse marginado de la inteligencia amplia y lo más completa posible de su propia lengua. Extranjero y profesor y sacerdote y canonista y juez y abogado y mujeres y traductores y lectores, lingüistas, intelectuales, ¿a dónde podrán acudir para satisfacer sus más que justificadas curiosidades frente a un campo lexical que es en Latinoamérica cada vez más rico y más de uso diario, con sus más y sus menos, en todos los niveles del habla?

No es de extrañar, pues, que, desde hace ya muchos años, se echen de menos en la hispanidad inventarios y estudios de léxico que hasta ayer no más –Cela- llamábamos «secreto».

Conversando de tal necesidad con amigos académicos en los días del Coloquio con que México celebró el centenario de su Academia, me comprometí a hacer el trabajo para el área ecuatoriana. Un primer listado de palabras, fruto ya de varias decenas de encuestas, llevé al año siguiente al VII Congreso de Academias de Santiago de Chile (noviembre 1976), aunque no como ponencia, y lo sometí al examen de colegas de varias academias hispanoamericanas, quienes marcaron lo usado en sus respectivos países. Y daba gloria ver a gente tan seria, de por sí tan extraña a mucho de este léxico, tan empeñosa en el quehacer. Una distinguida gramática dio razón, sin que, por supuesto, tuviese que darla ninguna, de su interés por aproximarse a esta esfera de la lengua española. Tenía, dijo, sobrinos jóvenes, con quienes le interesaba no perder comunicación.

Y están dichas ya las principales razones que me han movido a hacer esta obra. Espero que el primero que se tranquilice sea mi editor al que no hay modo de sacarle de la cabeza que publicar un libro como este puede llevarnos a él y a mí a la cárcel y al opúsculo a un infiernillo...

Segunda introducción: seria y grave

En el I Congreso de Instituciones Hispánicas, efectuado en Madrid en junio de 1963, en su trabajo «Para evitar la diversificación de nuestra lengua», Dámaso Alonso, tras

haber anotado todo lo que el léxico español pierde por su degradación de voces – coger, pisar, pico-, sentaba: «Me he detenido algo en las voces obscenas o, en general, malsonantes porque es un aspecto de nuestros problemas, que en general la gente no se suele atrever a discutir, y porque creo indispensable que alguien lo trate a fondo.»

La inquietud cobraba cuerpo, aunque lentamente, en los medios académicos del mundo hispánico. Pocos años atrás, Kany había editado en Berkeley su «American – Spanish Euphemisms» (1960) que, conforme era conocido, contribuía a alentar la inquietud y a orientarla.

En 1968, el asunto fue presentado en un Congreso de Academias. En el V, celebrado en Quito, en ese año, la Academia Colombiana presentó la siguiente proposición: «que la Comisión Permanente de la Asociación de Academias y la Real Academia Española compilen y publiquen listas de palabras de uso corriente que en unos países tienen connotación sexual y el otros no.» Vista tal propuesta de la Academia Colombiana, a la que se sumó la Ecuatoriana, el Congreso aconsejó la publicación de listas de palabras de connotación sexual.

Colombia, pues, y Ecuador estábamos en deuda, los primeros. Pienso que Colombia la ha pagado ya, de varias maneras. Así, por ejemplo, con los **trabajos**, tan completos y técnicos, comoquiera que se fundamentan en la investigación llevada a término por el Instituto Caro y Cuervo con miras a delinear el Atlas Lingüístico de Colombia, de mi distinguido colega y buen amigo, el académico Luis Flórez «Léxico del cuerpo humano en Colombia» (1969) y «Del español hablado en Colombia» (muestra cuarta: sexualización y desexualización de palabras) (1975). Nosotros seguimos en deuda. O seguíamos, porque pienso que con este «Léxico sexual» la habremos pagado.

Y entretanto, hay ya otros países que han cumplido con la recomendación del V Congreso. Al VI Congreso de la Asociación de Academias de la Lengua Española, los académicos Enrique Peña Hernández y Julio Icaza Tigerino llevaron una comunicación sobre «Voces de connotación sexual».

«La amplitud del vocabulario sexual en Nicaragua, y seguramente en los demás países de habla española –decían en la presentación-, es índice de la vitalidad de la lengua y de la riqueza de imaginación de nuestros pueblos.»

Pero si la necesidad de esta laya de estudios corriese el riesgo de perderse de vista, en el mismo VI Congreso, el académico colombiano P. Manuel Briceño, S. I., pedía que el Congreso instase una vez más a las Academias a «hacer un estudio de este fenómeno, desde diversos puntos de vista, a saber, histórico, lingüístico, semántico,

fonético, etc.», siempre con miras a suavizar la ruptura lingüística –es decir en la dirección que dio a la inquietud Dámaso Alonso-.

El Congreso, vista la citada ponencia, recomendaba a las Academias «que hagan un estudio de los términos nobles y castizos que han cambiado en sentido peyorativo.»

Así las cosas por América. En España dieron, de pronto, un giro increíble y estupendo gracias a un libro que aliaba de admirable manera erudición lingüística y brillantez expositiva. Me refiero, por supuesto, a Camilo José Cela y su «Diccionario secreto». En el preámbulo, este trabajo, a la vez admirable y delicioso, propugna una revolución que ponga en su sitio secretismos y pudibundeces. «Las ideas «culo» y «puta», por ejemplo –dice por ahí-, no son sino relativamente inconvenientes en la conversación afinada o distinguida. Sí lo son, en cambio, las palabras **culo** y **puta** que, en buena ley, no tendrían por qué pagar culpas de las ideas que expresan y que, no obstante su noble cuna y su rancia antigüedad, no son admitidas». (Y aquello de noble cuna y rancia antigüedad de estas palabras «secretas» se constituiría en dominante de la investigación de Cela en el «Diccionario»). Piensa Cela que la revolución que propugna debe resolverse en el Diccionario oficial. Al que, por manera de muestra, hace un reproche: «El diccionario ignora, por ejemplo, la voz **coño** y no registra ningún cultismo que designe el concepto al que se refiere la palabra proscrita, con lo que se da el despropósito de que el aparato reproductor externo de la mujer no tiene nombre oficial en castellano (la vulva del diccionario no es el coño del pueblo, sino tan solo una parte de él), como tampoco tiene estado la muletilla más frecuente en la conversación popular». Y, ante esta condición del «coño», palabra que fuera registrada por Nebrija, se pregunta: ¿Qué rara suerte de maldición pesa sobre ella?

Entonces, parece que de España van a soplar nuevos aires, recuperadores de tanto léxico como, a pesar de usarse tan al sabor de quien lo usa y de escribirse cada vez más en la mejor literatura hispanoamericana, sigue condenado a una vaga, pero eficaz, proscripción de círculos oficiales o «distinguidos» o «decentes» o lo que se quiera. Así, en la nueva edición del Diccionario de la Academia, estarán **carajo**, como «pene, miembro viril», que increíblemente faltaba; y **joder**, en su acepción de «practicar el coito, fornicar», y **arrecho**, no solo como tieso o erguido, brioso y arrogante, sino como «persona excitada por el apetito sexual». (A «arrecho» la ha recibido la docta corporación española y americana –la Comisión Permanente- como acepción de uso localizado en algunas áreas latinoamericanas).

Todo lo cual nos dice que estudios como el presente no debieran diferirse por más tiempo, donde estaban haciéndose, ni debería dilatarse más su comenzar, donde no.

No es que crea que se puede menospreciar ni tratar a la ligera –ni de lejos siembro

recelos hacia el brioso «Preámbulo del «Diccionario Secreto»- las implicaciones de un uso amplio e indiscriminado de voces consideradas por amplios consensos como obscenas, provocativas, ofensivas, «mal sonantes». No de eso se trata aquí. Yo doy estas palabras por usadas—más o menos generalmente usadas-, y, entonces sí, sostengo el derecho de quien se ha topado con ellas a entenderlas. No el de quien halló en hablas jergales de hampa o en subliteratura pornográfica barata expresiones insólitas o modos expresivos sin más sentido que el aliciente del apetito ni más valor que el de movilizar, casi como lo hacen las puras señales, conexiones o comercio; pero sí, como no! El de quien lee, por traer un caso, a un novelista de la talla de Cortázar —a quien ningún hispanoparlante puede ignorar ya sin tacha de poco informado o poco afecto a nuestra gran literatura actual-, y en Cortázar da con una página así:

«... Concha peluda y pija colorada, dijo Ludmilla / Vos esa frase la sacás a cada rato, pero no sé si sentís que es más bien grosera / Andrés y Patricio dijeron que se estilaba mucho / Vos gradala solamente para las grandes ocasiones, pero ahí tenés, pija es mejor que sexo cuando se está con nosotros ahora, en realidad no hace falta usar demasiado esas palabras pero si llega el caso no aflojés, polaquita, después de todo pija es una linda palabra, más personal que pene, por ejemplo, puro tratado de anatomía, o miembro viril que siempre me hizo pensar en la historia romana probablemente por lo de la toga / Si, pija suena bonito en argentino, me gusta más que la polla española / Eso de los gustos, vos sabés, yo creo que la picha gallega y la pinga cubana están muy bien, o el pico chileno, que dicho sea de paso es un raro caso de masculinización porque todas las variantes argentinas o latinoamericanas son siempre femeninas, llámale pinchila o poronga o como quieras. Ahora fijate que si en algo tengo razón es que usar esas palabras, quiero decir besarte la concha y no la vagina, le entra a patadas a ese otro reverso, el del Vip digamos, porque también hay hormigas en el idioma, polaquita, no basta con bajarle la cresta a los Vip si vamos a seguir prisioneros del sistema, por ahí en novelas uruguayas, peruanas o bonaerenses muy revolucionarias de tema para afuera leés por ejemplo que una muchacha tenía una vulva velluda, como si esa palabra pudiera pronunciarse o hasta pensarse sin aceptar al mismo tiempo el sistema por el lado de adentro, vos fijate que al fin de cuentas el que te dije está contento con lo de Lonstein, sacó algo en limpio, me parece, y además no sé como decírtelo pero todo esto tendrás que entenderlo sin quedarte en la cosa misma / Blup, dijo Ludmilla, en realidad solo los chicos usan todo el tiempo términos sexuales, uno no los necesita / Claro que no, polaquita, pero si llega el caso vos a esto le llamás pelotas o huevos y se acabó, no es peor ni mejor que testículos, de la misma manera que concha es una palabra hermosísima, la esencia misma del cuadro de Boticelli si te fijás, y de todas las asociaciones sensuales y estéticas que quieras, y nosotros cojemos, vos y yo cojemos, cuando veo por ahí que la gente se acopla o copula me pregunto si es la misma

gente o si tiene privilegios especiales... etc.)»

Solo un lector frívolo o asustadizo tendría esto por voluptuoso, aun desgajado del contexto. Está--como todo el Cortázar no malabarista (malabarista: el de los «rounds» y las «vueltas»)- cargado de intenciones y grávido de problemática agudamente contemporánea. Y es --como tanto en Cortázar- muy penetrante y muy hondo. La palabra sexual de uso corriente y expresivo --contrapuesta a la que Cela propone llamar de uso «refinado», y yo diría de uso «decente», con comillas- se preconiza en este texto como signo de afirmación rebelde y auténtica frente al sistema y sus medios de domesticación (el Vip de este texto es algo como la CIA, y las hormigas, sus agentes, espías y matones a sueldo. He aquí una nueva implicación --innegable ya- de todo ese léxico sexual que se quería seguir tapando con la cauda del tabú. Tal implicación da su sentido justo a palabras, gestos y actos de «El último tango en París» y a muchas otras creaciones de la literatura y el cine de hoy. Por este, aquí y ahora, resulta un desvío de nuestra línea central y nos basta con volver a donde estábamos: en el ahora menos que nunca tiene sentido tratar de fomentar ignorancias sobre un léxico que así ha ganado campo hasta en las manifestaciones más altas, bellas y hondas de la lengua.

Es decir que, por uno y otro flanco, la necesidad de este «Léxico» se confirma, y no como quiera, sino con urgencia.

Con lo cual de introducciones «graves» y casi justificatorias, basta, y a otra cosa.

Tercera introducción: un tanto técnica

En 1921 vio la luz «Language» de Edwar Sapir, obra estupenda, fundamentalísima para una concepción adecuada de la lengua. «Todos saben que la lengua es cambiable» --comenzaba el capítulo VII de «Language», y, de individuo en individuo, de grupo en grupo, de tiempo en tiempo, lo mostraba. «Language moves down time in a current of its own making» («La lengua se mueve a través del tiempo en una corriente de su propia hechura») resumía. El capítulo siguiente --edificando sobre las reflexiones y análisis del VII- se abre con esta conclusión: «Nothing is perfectly static. Every word, every grammatical element, every locution, every sound and accent is a slowly changing configuration. Molded by invisible and impersonal drift that is the life language» («Nada es completamente estático. Cada palabra, cada elemento gramatical, cada locución, cada sonido y acento es una configuración lentamente cambiable, moldeada por el fluir invisible e impersonal que es la vida de la lengua»).

Pocas veces he podido sentir tanto esta movilidad de la lengua como en el área en la que instalé esta recopilación léxica. De región geográfica en región geográfica, de

nivel sociolingüístico en nivel sociolingüístico, de informante en informante pueden apreciarse notabilísimas variantes lo mismo en la cantidad de léxico usado o conocido, que en valor, denotativo y connotativo, que se confiere a las palabras, a las manejadas y a las rechazadas. Bajo este signo de la movilidad de la lengua habrá de situarse, pues, nuestro estudio. Y así, mal se le podría reclamar como pecado mortal la falta de algún vocablo, sobre todo si es de uso muy ocasional, muy circunscrito en el ámbito geográfico, o casi jergal.

El fenómeno se hace aún más notable porque, a las leyes generales del flujo en que consiste el ser de la lengua –Heráclito–, se añade en el campo en que nos hemos situado la especial actividad creadora de sectores de hablantes que en muchas otras materias permanecen ajenos o pasivos. Una necesidad pone en movimiento el ingenio urdidor de voces y modos de decir; no solo la necesidad que origina las hablas jergales –la de forjar una habla cerrada, a la que no tengan acceso, o, al menos, fácil acceso, otros grupos– sino a la inversa: la de lograr palabras no convencionales más sabrosas o expresivas. Y entonces el juego creador se ejercita con admirable ingenio, astucia, libertad –este libro lo va a demostrar–.

Admitido, pues, como hecho fundamental, la movilidad extrema de la lengua en esta área, donde las palabras ocurren en flujo casi ininterrumpido, importa preguntarse si este arribo de nuevas voces, de tantas nuevas voces, para decir una misma cosa – más de cien palabras hemos hallado en el habla usual actual del ecuatoriano medio para nombrar el falo, y en Colombia los trabajos previos al establecimiento del Atlas Lingüístico han documentado, en todo el país, 181 voces para lo mismo– está sujeto a leyes o, al menos, si permite establecer trazos constantes, formas lingüísticas de cierto rigor que organicen de algún modo multitud tan móvil, varia y rica. La ciencia a la que hay que formular estas preguntas es la semántica.

Y bien, las preguntas nos hacen retroceder a la más general que planteó Breal en los comienzos de esta ciencia –la cenicienta de las ciencias del lenguaje–. Para el autor del «Essai de sémantique», la nueva ciencia debía tratar de establecer «las leyes que rigen los cambios de significado». Pero, ¿tenía ese planteo disciplinar sentido? ¿tenían razón lingüistas que, como Nyrop en su «Sémantique», sostenían que las «condiciones que determinan los cambios son de tal modo múltiples y complejas, que los resultados desafían constantemente toda previsión y ofrecen las mayores sorpresas».

Dos líneas de investigación semántica hemos de distinguir para evitarnos equívocos y caminos sin salida: las causas del cambio semántico y las formas del cambio semántico.

Las causas del cambio semántico constituyen una esfera e investigación limitada desde su centro, donde presiden el proceso de unión de un significado y un significante en un signo lingüístico, de una parte lo que Saussure llamó lo arbitrario del signo, y en que tanto insistió con sobra de razón, y de otra la condición lingüísticamente nebulosa de lo que Hjelmslev propuso llamar la «substancia del contenido».

De allí la postura prudentemente escéptica hasta de los semánticos más fervorosos. «Como las relaciones significantes son netamente convencionales, no puede haber leyes, a lo más habrá reglas semiológicas» –concede Guiraud en «La sémantique» (Como que no quisiera aceptarlo tan fácilmente: insiste en que las palabras «son siempre etimológicamente motivadas», que su creación y evolución «están determinadas, lo que implica la noción de **leyes**»). Pero termina por rendirse a la evidencia y poner una vez más las cosas en su punto: «no se trata de leyes, sino de **tendencias estadísticas**». Y así termina el capítulo que dedica al asunto, que es el cuarto). «Nadie ha pensado nunca en ofrecer una ley semántica» escribió Leo Spitzer, tan ponderado siempre.

Poniendo entre paréntesis el hablar de **causas** del cambio semántico o solo de «constantes de motivación», el estudio de los porqués del cambio semántico nos dejaría frente a fenómenos psico-sociales tan sugestivos como estos: la aparición y desaparición de incitaciones, la necesidad de eliminar conflictos homonímicos, dificultades planteadas por nociones abstractas (a las que se metaforiza para volverlas concretas), la existencia de los que Sperber llamó «centros de expansión» y «centros de atracción», el principio del menor esfuerzo, la tendencia a fijar hechos de neutralización o polarización, etc. Pero esto equivaldría a un repaso general de lo más sugestivo e la semántica, y no es del caso.

Esta misma cuestión de las «causas» o «tendencias de motivación» del cambio semántico ha sido trabajada con intención taxonómica. Meillet, en artículo fundamental en la materia, redujo a tres capítulos básicos las causas que dan lugar a cambios de sentido:

- históricas: cambian las ciencias, las técnicas, las instituciones; las palabras permanecen. Se evoluciona desde el «carrus» latino hasta el automóvil eléctrico; la palabra «carro» sigue vigente.
- lingüísticas: asociaciones que la palabra contrae en el habla: modificaciones por razones fonéticas, morfológicas, sintácticas.
- sociales: tienen que ver con la movilización social: procesos de especialización –en el uso de grupos sociales restringidos- y

generalización –al abrirse la voz a un uso más general, desde círculos especializados.

A estos capítulos propuestos por Meillet, Ullmann añadió otros tres:

- psicológicas: cambios de significado, impuestos por factores emotivos, acondicionamientos psicológicos, etc.
- influencia extranjera;
- exigencia de un nuevo nombre: las demandas crecientes del progreso científico y tecnológico.

A nadie se le ocultará lo deficiente de esta clasificación –más deficiente la de Ullmann que la de Meillet-. Las clases propuestas no dividen según el mismo criterio la totalidad; con excesiva frecuencia los casos se implican y penetran: la aparición de más cosas bien podría ponerse en el capítulo de las causas sociales, y las mismas causas llamadas sociales se traducen a menudo en factores psicológicos; la influencia extranjera se da en muchos casos por la exigencia de un nuevo nombre.

Mucho más simple iluminador parece lo de Wundt quien, bastante antes y el primero, insistió en la naturaleza psicoasociativa del proceso por el que las palabras nacen y evolucionan, y precisó los dos tipos fundamentales de asociación: por similitud y por contigüidad. La fecundidad del hallazgo ha sido mostrada hasta nuestros días por Jakobson («Dos son las direcciones semánticas que pueden engendrar un discurso»), Lacan («las dos vertientes generadoras del significado que constituyen la metonimia y la metáfora»), Rosolato («Debe dársele su verdadera importancia a la oposición entre metáfora y metonimia, como los únicos órdenes del discurso en su creación del sentido») y otros, lo mismo lingüistas que psicólogos profundos.

Tal proceso psicoasociativo, que se inicia en zonas profundas del psiquismo, está sujeto a un múltiple acondicionamiento social, donde hallan lugar los fenómenos ya dichos de cambios de las cosas, movilización social, influjos extranjeros, y otros, no dichos, como acondicionamientos (viejos o nuevos) de clases, y necesidades de robustecer o paliar la expresividad de las palabras corrientes (fenómenos estos dos últimos –intensificación y ocultamiento- que originan lo mismo la literatura que hablas jergales o de tabú).

En la raíz del proceso psicoasociativo, pesando causalmente sobre él –es decir, movilizándolo y animándolo, inclinándolo en una u otra dirección- hallamos factores emotivos. Sierber fue uno de los primeros en explorar con atención el papel jugado

por los factores emotivos en el cambio semántico. (Sperber y sus «centros de atracción» y «centros de expansión» ya nombrados). Podía presumirse –y lo he comprobado– que en la formación del léxico sexual estos factores emotivos pesan aún más que en otras áreas idiomáticas. La presencia importante, en sazones poco menos que obsesiva, de la incitación sexual, convierte lo sexual en un auténtico «centro de atracción» que extiende tentáculos hacia variados campos para, poniendo en juego el inevitable proceso metáfora-metonímico, expresar lo sexual con la mayor sugestión, riqueza y vigor. (Y se da también el proceso inverso: el «centro de atracción», así enriquecido, se convierte en «centro de expansión»: voces de connotación sexual –primitivas o «atraídas» sirven para expresar objetos de otras áreas).

Pero hay en nuestra materia algo más: tal tendencia del «centro de atracción» sexual a incorporar a su campo el mayor número de voces no se guía solamente por la necesidad de expresar lo sexual del modo más sugestivo, rico y fuerte, sino por otro factor –emotivo también– de la mayor importancia: el tabú.

El tabú, concebido como prohibición (originalmente mágica) de nombrar ciertas cosas, exige sustitutos eufemísticos. De las tres áreas del tabú –tabú del miedo, tabú de la delicadeza y tabú de la decencia–, lo sexual nos sitúa en esta última categoría. Un sentido de la decencia y el pudor –muy cambiante a través de tiempos y costumbres–, al convertir en tabú ciertas expresiones más o menos directas de lo sexual, ha movilizado la imaginación eufemística para reemplazarlas con otras. Muchas de estas voces eufemísticas se han afirmado en su significación obscena y han exigido la búsqueda de otras más veladas o suaves.

Cabe pensar que así se ha originado el paso de «falo» a «paloma» por ejemplo: falo-à vergaàpaloà paloma

(La serie se propone como puro ejemplo hipotético, de comprobación hartamente problemática. Hay que anotar que «paloma» es ya voz muy sexualizada en el habla popular ecuatoriana).

Breal notó ya que aquí radica una de las explicaciones de lo que se ha dado en llamar «desarrollos peyorativos» del lenguaje. Cuando un sustituto eufemístico deja de percibirse como tal y queda asociado directamente a la idea que pretendía velar, su sentido (o, al menos, uno de los sentidos) queda depreciado. Por supuesto en esta esfera de lo sexual –y manteniendo el sistema tradicional de valores– todos los procesos son peyorativos. Si se dan procesos «ameliorativos», ello solo ocurre como un mejoramiento «negativo»: por debilitación gradual del estigma sexual de un término.

En lo que respecta a las **formas** del cambio semántico, el inventario orgánico más completo de los cambios de sentido --clasificados según principios semiológicos derivados del triángulo de Ogden y Richards-, es el que propuso G. Stern en su «Meaning and changes of meaning».

Para Stern hay cambios externos o no lingüísticos, que no afectan al sistema de la lengua, y cambios lingüísticos que constituyen un desplazamiento de nombre o sentido en el interior del sistema.

De acuerdo con el famoso triángulo, para Stern los cambios de sentido pueden producirse o por desplazamiento de la relación verbal (o nombre) o por desplazamiento de la relación referencial (el sentido). Por fin se añade una nueva categoría: cambios que se deben a desplazamientos de la relación subjetiva entre la palabra y los sujetos hablantes.

Entonces diseñó así su cuadro de los cambios de sentido:

Cambios externos: sustitución. (Ni símbolo, ni referencia cambian. Cambia el referente. Seguimos llamando «pluma» a algo que ya es máquina de escribir).

Cambios lingüísticos:

I Desplazamiento de la relación verbal

1. Analogía (Por analogía combinativa con «estocada» el léxico sexual conoce «culeada»)
2. Restricción (Por elipsis se dice «una mala», en lugar de «una mujer mala»)

II Desplazamiento de la relación referencial

I. Nominación

- a) Nominación intencional (Por composición se hace el término sexual «rompeculos»)
- b) Transferencia intencional y no figurativa (Metáforas nocionales como «domingo siete»)
- c) Figuras estilísticas expresivas «Llamar «plátano» al pene)

2. Transferencia (Regular, no intencional, como cuando se habla del «lecho» de un río)

- III Desplazamiento de la relación subjetiva entre la palabra y los locutores.
1. Permutación (Cuando el marino oye que gritan «una vela» piensa en un barco).
 2. Adecuación (Al «cuerno» de caza se le llama así por una permutación que se ha fijado –eso es la adecuación– del cuerno del animal).

Dentro de esta clasificación, la mayor parte del léxico sexual recopilado se sitúa en el apartado II, 1. c): desplazamiento de la relación referencial por nominación basada en figuras expresivas, fundamentalmente en la metáfora, inspirada por el eufemismo e intensificada por la hipérbole, la ironía, etc.

Ullmann, tanto en «The principles of semantics» como en «Semantics» reclasificó estos tipos de cambio semántico, ajustándolos a un esquema semiológico basado en la consideración del significado como una «relación recíproca y reversible entre el nombre y el sentido». Aceptada esa fórmula, al menos como hipótesis de trabajo, «los cambios semánticos se incluirán naturalmente en dos categorías: los basados en una asociación entre los sentidos y los que implican una asociación entre los nombres».

Atendidas las dos especies fundamentales de asociación –la semejanza y la contigüidad– esas dos categorías se subdividen en otras dos. Entonces para Ullmann hay cuatro tipos cardinales de cambio semántico:

I Transferencia del nombre

- a) Por similitud entre los sentidos
- b) Por contigüidad entre los sentidos

II Transferencia de sentido

- a) Por similitud entre los nombres
- b) Por contigüidad entre los nombres

A estas categorías, Ullmann añade una tercera (o quinta): III Cambios compuestos.

Dando a la propuesta de Ullmann un mayor rigor saussureano, a lo que él llama «significado» deberíamos llamar «significación»; entonces se fundaría la clasificación en los dos términos fundamentalísimos de significante y significado.

Así pues, los dos modos básicos de transferencia son del significante y del significado.

En primer lugar, transferencia del significante. Que puede darse de dos maneras: o por semejanza de significados, o por contigüidad de significados.

Por darse una semejanza (de figura) entre un plátano y el pene, el significante «plátano» se transfiere al pene, y se llama al pene «plátano».

Estamos aquí ante la metáfora, la más frecuente forma de cambio semántico.

Por ser la cabeza una parte del pene; es decir, por darse una relación de contigüidad, en el léxico sexual ecuatoriano se da esta transferencia de significante: se llama al órgano sexual masculino «cabezón».

En segundo lugar está la transferencia del significado. O por semejanza de los significantes, o por contigüidad de los significantes.

La palabra «hucha» (alcancia) tiene similitud con «chucha». Se produce entonces una transferencia de significado y los muchachos se ríen maliciosamente de las damas que iban recogiendo dinero en sus «huchas»: al significante «hucha» se ha transferido un significado sexual.

Por asociación de contigüidad el significado de «mujer mala» se ha transferido al significante «mala». Y se oye hablar, con picardía, de alguien que estuvo con «una mala bien buena».

Guardan muy marcado paralelismo —a pesar de ser más simple y exacta la segunda— las clasificaciones de Stern y Ullmann. De allí que suene a repetición señalar que la mayor parte del léxico sexual recopilado está en el apartado correspondiente al II, 1,c) de Stern, que es en Ullmann el de la transferencia de nombre por similitud entre los sentidos (o, como preferimos, transferencia del significante por similitud de los significados). La realización formal de tal transferencia es la metáfora.

Está pues, ya dicho por que en el mayor número de voces del léxico que sigue, junto a cada palabra, explicando la forma de su sexualización, el lector hallará, poco menos que como fórmula sacramental: «transferencia del significante por similitud de significados».

Síguese que el procedimiento formal que preside el proceso, el crisol donde fragua ese léxico es la metáfora. Y, claro, se da con tanta variedad que invita a algunas precisiones descriptivas y clasificatorias.

Yo señalaría tres clases fundamentales de metáfora:

1: Metáforas basadas en relaciones de similitud sensorial que va de lo directo y obvio –semejanza de figura, consistencia, etc.- a lo más sutil, enrevesado, equivoco o excesivo, y de la percepción por un único sentido a la sinestésica.

2: Metáforas basadas en relaciones de similitud de orden afectivo.

3: Metáforas basadas en relaciones de similitud de percepción intelectual. (Y aquí tiene su lugar la que Cela llama metáfora «funcional» oponiéndola a «formal», en su «Diccionario secreto»).

En buena parte por tratarse de un léxico que se origina en niveles populares de la lengua, la inmensa mayoría de las metáforas que vamos a recorrer pertenecen a la primera clase. Desde el obvio y directo «palo» por pene y «huevos» por testículos, hasta juegos humorísticos por hipérbole como el llamar al aparato genital femenino «manga de fotógrafo» o «bolsillo de payaso».

Atendiendo a los términos de comparación este léxico sexual nos presentará un registro muy amplio:

- metáforas «objetales»: llamar al pene «badajo»
- metáforas antropomórficas: llamar al pene «nene»
- metáforas animales: llamar al pene «pollo» o «paloma»
- metáforas vegetales: llamar al pene «plátano» y a los senos «toronjas»
- metáforas de lo concreto por lo abstracto: llamar al copular «bombear»
- Metáforas de lo abstracto por lo concreto: llamar al desvirgar de la mujer «hacer el favor»

En cuanto a la contigüidad, que funda los procesos metonímicos, puede ser espacial, temporal o causal.

Terminado el repaso de las causas y formas del cambio semántico, tenemos ya la palabra con su significación –en nuestro caso, con su significación sexual-. Ocurre entonces una última cuestión: ¿Cómo se da en ella ese sentido sexual?

Tienen las palabras un núcleo semántico básico (o «núcleo sémico»). Tal núcleo confiere a la palabra su unidad a través de las variaciones y es el soporte de los usos metafóricos o metonímicos que pueden sobrevenirle.

Ese núcleo sémico puede establecerse –y describirse– mediante notas fundamentales o elementos de significación –a los que Gremais ha propuesto, con fortuna, llamar «semas»-. Esto nos ha sugerido el modo de trabajar con cada palabra de nuestro «Léxico»: trataremos de precisar su núcleo sémico mediante la precisión de sus semas o elementos básicos de significación; a partir de allí observaremos como ha acontecido la sexualización de la palabra.

En cuanto a esa sexualización de la palabra, cuyo procedimiento principal es –lo hemos dicho ya– la transposición metafórica, en unos casos –los menos, aunque a menudo los más interesantes– se produce una lexicalización. Lo sexual llega a convertirse en el verdadero núcleo sémico de la voz o, al menos, en un núcleo sémico secundario o emergente. Pero en otros –los más– no se pasa del juego metafórico. En estos últimos casos es el contexto el que permite establecer si en el proceso de comunicación actual se está usando la palabra en su acepción propia o en la figurada (sexual). En ocasiones nos hallaremos ante semas contextuales de lexemas (puede leerse «palabras») cuyos núcleos sémicos originales se quedaron lejanos. (Importa advertir que el contexto ha de entenderse de modo adecuado, que es, a la vez, más amplio y más estricto de lo que se piensa generalmente: no solo el contexto verbal, sino el explícito y el total, que dice Tatiana Slama-Cazacu. Contexto total: la relación compleja; la unidad de situación de que participan los interlocutores; contexto explícito: la expresión entera, con sus correlatos –gestos, alusiones a la situación concreta–; contexto verbal: el texto de naturaleza estrictamente lingüística que rodea al sintagma, palabra o frase.

Aplicando esta doctrina de la constitución semántica de las palabras a nuestro léxico sexual, hallamos que tan copioso y variado repertorio puede reducirse a clases. Tal operación parece muy útil por dos razones: la primera, para evitar la impresión –que sería falsa– de uno como pansexualismo en el habla ecuatoriana actual (puede, creo, leerse americana); la otra, para llamar la atención –del extranjero sobre todo– hacia esas palabras que pueden tenerse por «malsonantes» u «obscenas», dada su lexicalización sexual; es decir, su valor sexual sin dependencia especial del contexto.

Tales palabras serían:

- 1ª Palabras cuya acepción propia (o sentido recto) es sexual.
El núcleo sémico es sexual.

Cualquier proceso metáforo–metonímico originario –y remoto– escapa al hablante.

Están aquí todas las palabras sexuales de uso culto –pene, falo, vagina, cópula–, pero las hay también de uso vulgar –culear, chucha–.

- 2ª Palabras que, aunque su acepción propia (o sentido recto) pudiera no ser sexual, actualmente no son entendidas sino como voces de **acepción sexual**. El núcleo sémico es ya sexual.
 Los procesos metáforo-metonímicos subyacentes escapan generalmente al hablante.
 Son palabras de uso vulgar, a veces reducidas a ciertos niveles socio-lingüísticos: verga, tirar (a una mujer).

Las palabras de estas dos primeras clases –que casi sería mejor considerar subclases de una clase única por ser la frontera que las divide tan sutil- no necesitan del contexto para tener significación sexual. O se entienden en sentido sexual, o no se entienden simplemente. (¿Cómo podría entenderse, sino sexualmente, eso de «tirarse a una hembra?»).

- 3ª Palabras cuya acepción propia (o sentido recto) no es sexual.
 El núcleo sémico no es sexual.
 Lo sexual adviene por transferencia metáfora-metonímica.
 Pero se ha dado un proceso de lexicalización. (Es decir, de metáforas o metonimias actuales se ha pasado a lenguaje metafórico o metonímico).
 De allí que el sentido sexual –secundario, transferido- se dé aun sin presiones contextuales.
 Lo sexual resulta ya una verdadera acepción –aunque no sea la primera- de estas palabras.
 Así «paloma» o «palo»: entre sus acepciones debe estar «pene», al menos como habla ecuatoriana.
- 4ª Palabras cuya acepción propia (o sentido recto) no es sexual.
 El núcleo sémico no es sexual.
 Lo sexual adviene por transferencia metáfora-metonímica.
 Sin proceso de lexicalización.
 El sentido sexual depende necesariamente del contexto o de una intención expresa del hablante.
 Así llamar «badajo» o «riel» al pene.

Aunque la movilidad propia de la lengua –por ahí comenzamos- lo hace en casos muy difícil, adscribiremos cada una de las palabras de este «Léxico sexual ecuatoriano» a una de las cuatro clases. Con solo ello se habrá adelantado bastante en su examen, de acuerdo con criterios semánticos fundamentales.

Para los fines prácticos del extranjero o del nacional poco informado, aparece claro

que las palabras de la clase 4ª pueden ser usadas sin el menos cuidado en el habla ecuatoriana ordinaria: no tienen significado sexual de por sí. Solo lo adquieren contextualmente e intencionadamente, de modo que a un oyente atento no puede escapársele.

En las palabras de las clases 1ª y 2ª el sentido sexual es inevitable e independiente del contexto. Bien vale, pues, repasarlas para tenerlas presentes.

En cuanto a las de la clase 3ª, la cosa requiere de un olfato más fino. No siempre el hablante ecuatoriano las usa con sentido sexual, pero a veces sí las usa así. De allí que sea dado hablar de «palomas» y «cueros», y hasta de «palomas que picotean cueros», sin el menor escrúpulo. Pero puede haber por ahí quien se nos ría cuando hablamos de «palomas» y «cueros», y más si lo hacemos en contextos tan equívocos. Y, en general, en esta clase, el sentido sexual puede saltar cuando menos se lo piensa.

Es decir que en estas palabras adquiere sentido utilitario evidente la distinción lingüística, tan variadamente, y a menudo tan flojamente, entendida, de denotación/connotación.

«Connotación es –dice el «Diccionario de términos filológicos» de Lázaro Carreter, en la segunda acepción- el valor secundario que rodea a una palabra o un uso dentro del sistema de valores de un hablante». Se funda Lázaro Carreter, parece, en Bloomfield, para quien «connotaciones» son «valores suplementarios» del significado. Para el autor de «Language», «las variedades de connotación son innumerables e indefinibles, y, en conjunto, no pueden diferenciar claramente del significado denotativo».

Hablando en términos de denotación/connotación diremos que las palabras de las clases 1 y 2 tienen denotación sexual (y, por supuesto –a fortiori, que diría un escolástico-, connotación sexual), y que las de la clase 4, ordinariamente no tienen connotación sexual (Con mayor razón tampoco tienen denotación sexual ninguna). Las de la clase 3 no tienen denotación sexual, pero tienen, en muchas comunidades lingüísticas ecuatorianas –grupos populares masculinos, grupos juveniles masculinos-, connotación sexual. Tal connotación sexual se origina en el valor que el término –por ejemplo, «paloma» o «cuero»- ha adquirido para esos hablantes a través de su experiencia social. A tal experiencia, pues, habrá de atender el hablante para quien tales usos sean insólitos por alejados de su órbita social y su sistema de valores.

Terminemos esta introducción semántica al «Léxico sexual ecuatoriano» insinuando inquietudes y confesando limitaciones.

La primera inquietud y limitación tiene que ver con la riqueza de este léxico, que a nadie medianamente reflexivo extrañará. Sabido es, en efecto, desde Freud, que todo puede ser símbolo fálico. La metáfora fálica aparece como una clase abierta: lo único que permanece es el *tertium comparationis*. Y con el falo se ordenan, por oposición significativa, los testículos por un lado, y el órgano sexual femenino, por otro. Y las oposiciones se extienden hacia otros ámbitos, configurando un amplio campo semántico, tan abierto como la clase de los símbolos fálicos.

Partiendo desde otro núcleo de expansión, las voces que nombran al homosexual – casi nunca a la homosexual en el habla ecuatoriana- ofrecen un interés muy especial. En ellas la oposición semántica fundamentalísima varón/mujer se neutraliza. La diferencia se desplaza al adquirir el varón el rasgo más relevante de la clase opuesta., que el habla popular estima ser el ejercicio sexual pasivo.

Segunda inquietud – limitación. Al presentar las palabras de este «Léxico» vamos a tener que definir. Ardua cuestión es esta y que en el estado actual de la ciencia semántica aún se halla en el estadio de investigación metodológica (Eso confiesa ser la «Semántica estructural» (Eso confiesa ser la «Semántica estructural» de Greimas, lo mejor que tenemos por ahora). «La definición de una palabra –dice Rodríguez Adrados- no es esencial, sino que depende de las oposiciones binarias que contrae, el género a que pertenece (que no siempre tiene expresión lingüística propia) y la neutralización de las especies. Las oposiciones que contrae son múltiples, desde distintos puntos de vista: en una palabra se entrecruzan varias nociones que, frente a sus respectivos opuestos, crean el «confin» de la misma». Aquí se sugieren los cimientos sobre los que debería fundarse un definir estructuralista riguroso. Tentar una empresa tal en un campo semántico tan abierto y complejo como el nuestro, y en obra no menos abierta a todo público –el especializado y el profano- resultaría a más de impertinente, exasperantemente experimental. Con todo, algo haremos. Porque, ver lo que se debe hacer y no hacerlo, al menos en la medida de lo posible, sería grave pecado de omisión. Partiremos –siguiendo extensa, y más bien sensata, convención- de la definición del Diccionario de la Real Academia Española (la sacramental sigla DRAE) –tan necesitado de precisiones en algunas de sus entradas, pero trataremos de precisar los semas, apuntando en casos al juego de oposiciones binarias en que se origina su valor semántico.

Por fin, como si nuestra materia y propósitos no aparecieran ya tan complicados, cabe recordar –y sea esta la tercera inquietud y confesión de limitaciones- aquello que señala Greimas en su «Semántica estructural»: que el lexema es un lugar de encuentro histórico y está sometido a la historia. En el curso de la historia los lexemas se enriquecen con nuevos semas, así como pueden perder otros. Eso es lo que ha acontecido, en periodos más próximos o más distantes, con muchas de las palabras

de nuestro «Léxico». En numerosos casos nos hallaremos ante semas contextuales de lexemas cuyos núcleos sémicos se quedaron muy lejos. No extenderemos por tan largos caminos pretéritos nuestro estudio de esas voces, en buena parte por la absoluta falta de materiales que permitan instalar tal tipo de búsqueda –los estudios ecuatorianos en esta área han estado sometidos a agobiante, a paralizante tabú-. Dicha la cosa en términos técnicos, nuestro estudio será sincrónico; no diacrónico. Aquello, tan fascinante, de la historia de los lexemas, se quedará en inquietud. Y en propuesta que ojalá tiene a alguien.

Cuarta introducción: de advertencias indispensables o útiles

Este «Léxico sexual ecuatoriano» en el que el lector ha sido ya tan variadamente y, a lo último, tan complicadamente introducido ha de tomarse así:

1: Investigación de habla.

Todo lo que puede hallarse en el habla ecuatoriana.

No solo ecuatorianismos –voces privativas del Ecuador-; ni solo americanismos. También usos generales del mundo hispanoamericano.

Todo lo que se usa en el Ecuador.

Y no lo que no se usa.

El rigor en el seguimiento de este criterio da razón de por qué faltan palabras como **esperma** o **clitoris**: nunca aparecieron en los centenares de encuestas hechas.

(Y nos pareció que desvirtuaba el sentido de nuestra investigación completarla revisando diccionarios o manuales de sexología, cosa tan fácil de hacer cuanto inútil).

2: Investigación sincrónica.

Como lo hemos adelantado ya, carecemos de medios para tentar investigaciones diacrónicas en esta área léxica, debido, sobre todo, al tabú que sobre ella ha pesado.

Nuestra investigación muestra, pues, un estado de habla: el estado actual del habla ecuatoriana.

Ello explica que junto a formas de relativa y aun considerable antigüedad –lo cual se señalará en cada caso-, atendamos a usos que aparecen como presumiblemente poco durables. (Como llamar a un homosexual «La René»).

3: Investigación en niveles medios de hablantes.

Hemos extendido nuestra investigación al mayor número de niveles sociolingüísticos y de regiones idiomáticamente diferenciadas -Costa, Sierra y Oriente; Sierra norte, central y sur; Quito, Guayaquil, Cuenca, Esmeraldas, Ambato, otras ciudades; zonas rurales; áreas de sustrato quichua, etc.

Hemos preferido siempre niveles medios de hablantes y, salvo las encuestas -que inevitablemente resultan una circunstancia especial-, en sus manifestaciones idiomáticas más ordinarias (el café, la tertulia, las copas, la reunión familiar, la charla de oficina, etc.).

De allí que no nos haya preocupado ni interesado especialmente investigar a grupos jergales, como pudiera ser el de los mariguaneros de Guayaquil por ejemplo.

En cuanto a medios de prostitución, extendimos hacia ellos la investigación, directa e indirectamente. Pero sin sobrevalorarlos: lo que tratábamos de hacer era un repertorio del léxico sexual del ecuatoriano medio, en su vida ordinaria. Lo que cualquier persona podía escuchar -y necesitaba entender- en circunstancias más o menos ordinarias. (Y, cosa a primera vista muy curiosa, pero muy explicable: la pobreza de léxico sexual en medios de la prostitución. Como que allí el sexo es más oficio y ejercicio, que objeto de comentario. Lo sexual se negocia -a medias palabras, en contadas palabras- y se lo hace; explicaciones no cuentan, descripciones sobran y el chiste apenas se lo necesita. Existe, como para suplir esta reticencia verbal, una rica variedad de de alusiones contextuales específicas, gestuales sobre todo; capaces de conferir connotación sexual prácticamente a todo).

4: Trátase de un corpus más o menos general y común -supuesta, claro está, la relativa riqueza de léxico de cada hablante, debida a tantas circunstancias fácilmente identificables-. Entrañaba complejidades casi invencibles y resultaba irrelevante tratar de organizar los materiales arrojados por las encuestas, por grupos sociolingüísticos o regiones. Tales empeños queden, si acaso, para el sociolingüista o el geógrafo lingüista..

Con todo, en los casos más significativos y, más que nada, en las palabras que aparecen muy localizadas en una región, lo señalamos.

5: El instrumento usado para la investigación fue muy simple. A base de entrevistas personales o a pequeños grupos -escritores, profesionales liberales, periodistas, profesores, universitarios, militares (oficiales y tropa), amas de casa- se fue elaborando una lista, lo más completa posible, del léxico sexual usado por el ecuatoriano medio. La lista lograda al final de este trabajo fue el instrumento que se usó para las encuestas a grupos masivos. (Y debo agradecer a la Dra. Laura Durán

por haber aplicado el instrumento en uno de los últimos pasos de la investigación, a varios centenares de estudiantes de universitarios en Ambato). A los encuestados se les entregaba una larga lista, pidiéndoles que marcaran las palabras que usaban o conocían como usadas, y que al final de cada capítulo –los mismos de este libro–, añadiesen las voces que estimaban faltar.

Cuando algunos centenares de respuestas no añadieron ya palabra alguna, se dio por terminada la investigación de campo. Había llegado la hora del trabajo del lexicógrafo y semántico, al tenor de los criterios y doctrinas expuestos en la tercera introducción.

6: Especial cuidado se ha tenido en atender a cuanto en esta área léxica ha sido registrado y comentado por lexicógrafos ecuatorianos, haciendo pie en esos materiales para tratar de dar al trabajo alguna dimensión diacrónica. También se han aprovechado aportes lexicográficos americanos, como podrá verse en los propios lugares y en la bibliografía.

7: Pero no quisimos circunscribirnos al habla ecuatoriana.

Aprovechando la feliz ocasión de haber concurrido como representante ecuatoriano al VII Congreso de la Asociación de Academias de la Lengua Española a Chile, hice encuestas y sostuve conversaciones con distinguidos colegas de varios países de América Latina (cuyos nombres constan al final de la bibliografía en la «Notas sobre las listas de léxico sexual latinoamericano»). A este inestimable aporte de primera mano –entregado, como lo he dicho ya, con ejemplar interés– he añadido la información que proporcionan los mejores y más actuales diccionarios de americanismos y otros trabajos lexicográficos sobre el área. En algunos casos se acudió a otros informantes calificados y a fuentes literarias. De todo ello se da cuenta en la ya citada nota.

El resultado han sido listas de términos sexuales que, si no exhaustivas –como la nuestra–, dan cuenta de lo más conocido y usado en el habla ordinaria de esos países y regiones lingüísticas de América Latina.

8: Este libro pretende, a la vez, el más alto científico –agotar encada voz su etimología, proceso y causas del cambio semántico, extensión y limitación del significado, etc.– y el acceso a públicos muy amplios –es decir, no solo no especializados, pero ni formados lingüísticamente.

Con el fin de conciliar esos puntos de vista al parecer irreconciliables, a más de una exposición muy rigurosa y a la vez muy simple, se ofrece al lector un «Glosario» de

términos técnicos de lingüística, que le permitirá resolver cualquier duda o **perplejidad** que le ofrezca tal o cual lugar del texto, comenzando por la **tercera introducción**, que estimo decisiva, para una adecuada inteligencia de lo que, de modo tan **sintético** y abreviado, se inscribe junto a cada palabra: **clase y forma y proceso del cambio semántico**, cuando lo hay.

9: Por fin, este es un libro abierto. Como lo es el habla de un pueblo. De allí que lo último sea pedir al lector que nos ayude a **completarlo**.

Cualquier papeleta con una nueva voz, con una nueva **acepción** de las **voces registradas** o con nuevas ilustraciones –del habla popular, del folclor o de la **literatura**–, será recibida con agradecimiento. Y con cuantas más **especificaciones** llegue –**área** donde se usa; frecuencia de su uso; niveles sociolingüísticos en donde es **más corriente**, etc.–, mejor.

Cualquier material de esta laya puede hacerse **llegar a nombre del autor de este libro**, Apartado postal 232-B Quito.

LITERATURA ECUATORIANA 1830 – 1980

Autor: Hernán Rodríguez Castelo
 Editor: Instituto Otavaleño de Antropología
 Impresión: Editorial Gallo capitán
 166 páginas
 Otavalo, 1980.

Nota sobre la periodización generacional

El lector va a dar a cada paso con la denominación «**generación**»; va a **hallar grandes partes** –cuatro– de esta literatura ecuatoriana definidas por la **vigencia** de dos generaciones: muchos de los fenómenos más importantes de esta literatura se explican como **irrupción**, **plenitud** o **salida de escena** de una generación, o **conflicto con otra**. Todo esto, que implica una sostenida hipótesis de trabajo y metodología coherente, requiere una explicación.

Según el método generacional de la historia, tal como lo propusiera Ortega y Gasset –teoría y método que han mostrado ser extraordinariamente **certeros** y **fecundos**–, cada quince años entra en la historia una nueva generación. Por **generación** entiende el filósofo hispano gentes de más o menos la misma edad –dentro de una zona de

fechas de nacimiento de quince años-, que participan de una cosmovisión y dan parecida respuesta a la problemática del mundo así vista, sin que medie, por supuesto, intención consciente alguna y no obstante diferencias que pueden ser muy radicales (conservadores y liberales en la misma generación decimonónica, por ejemplo).

Cuando una generación llega a la escena histórica, sus mayores o sus gentes más lúcidas y enérgicas tienen treinta años (o poco menos, en el caso de los muy brillantes o impacientes). Y, siendo generación, su irrumpir es sucesivo; pero no por ello menos sensible.

Esa primera irrupción tiene caracteres de rebeldía, de crítica o franco rechazo a lo que está vigente –es decir, en el poder-. Tras quince años de empeños y lucha, la generación llega al poder e impone su «sistema de vigencias», que dijera Ortega. Pero entonces ya ha irrumpido en la historia otra generación a disputar el poder a la que lo ha logrado. Y a los quince años se dará un nuevo relevo. Las generaciones desplazadas del dominio tienen aún quince años de actuación histórica, generalmente conservadora: de defensa de lo que sostuvieron cuando estuvieron en el poder.

Este sucederse de generaciones en el poder –ideológico, político, cultural-, con un ritmo de quince años, no nos coge de nuevo a los ecuatorianos. Entre nosotros, sin consideración teórica previa ninguna, así se ha dividido nuestra historia: quince años de florealismo (1830-1845), quince de antiflorealismo (1845-1860), quince de garcíanismo (1860-1875), quince de progresismo (1875-1890), quince de alfarismo (1890-1905), quince de placismo (1905-1920), quince de inquietud socialista (1920-1935), quince de furor velasquista (1935-1950), quince de constitucionalismo (1950-1965). Esto, claro está, con ciertas fracturas y desplazamientos de algún límite: la historia no es cosa de perfecta geometría.

A la hora de examinar el devenir de la literatura ecuatoriana, este se ofreció estrechamente vinculado con el devenir y ser de las generaciones históricas.

Con una peculiaridad, que se fue imponiendo cada vez con mayor nitidez: solo cada dos generaciones históricas había un cambio en verdad significativo de las vigencias literarias –formas, temas, sensibilidad nuevas-. He aquí el porqué de la división en grandes capítulos correspondientes a la vigencia de dos generaciones.

Se habla, por ejemplo, de vigencia de dos generaciones conservadoras. No se crea que ellas fueron las únicas actrices del período. En cada momento de la historia hay hasta cuatro y cinco generaciones presentes; tres en plena acción histórica. Detrás de la vigente está la que ha irrumpido a disputarle el poder; delante, la que fue desplazada de él. Y hay aún –y en literatura aun más que en acción política- gente

muy joven que se adelanta al plazo de los treinta años, y gente vieja que sigue pesando, a veces desmedidamente. Este tejido de generaciones confiere al tiempo literario su complejidad y riqueza, su tensión y dinamismo.

Y es el hecho literario tan complejo y rico, que acogemos complacidos cualquier complejidad que ocurra. El esquema de periodización no es un fin, ni un valor en sí mismo. Es un instrumento. Cuán útil, lo va a ver el lector.

Literatura Ecuatoriana 1830 -1980

Solo desde hace 150 años nos llamamos Ecuador, y cabe hablar de literatura «ecuatoriana»: la que hicieron y hacemos las gentes que emprendieron la aventura de un vivir autónomo y republicano bajo ese nombre absolutamente nuevo cuya única bondad pudo haber sido, precisamente, su novedad.

Nunca se insistirá bastante en que el cambio fue solo de forma de organización política y en que mucho más era lo que unía a la naciente república con el pasado que lo que la separaba de él. La nacionalidad —concepto infinitamente más hondo y rico que el de la república— hundía sus raíces en tiempos prehispánicos, rescatados para nuestra conciencia nacional por el P. Juan de Velasco, y se había hecho en los siglos hispánicos con un mestizaje racial y cultural de dos mundos, que va madurando inconteniblemente desde criollos como el P. Bedón o los que se alzaron por las alcabalas, hasta florecer como conciencia orgullosamente mestiza en Espejo y Mejía.

Todo aquello fue importantísimo, decisivo para la nacionalidad que fraguaba y, al haberse hecho ante todo en territorios de letras, pertenece, por supuesto, a la literatura ecuatoriana, en una suerte de gran segunda parte (la primera ha de ser, por mucho que cueste ahora rescatarla, la indígena prehispánica), espléndida, como he mostrado ya en amplísimo volumen para el siglo XVII y lo mostraré para el XVIII.

Pero, de uno u otro modo, en 1830 comenzamos a andar definitivamente —acaso aparentemente, pero también cuenta— solos. Dejamos de ser provincia del imperio español y nos constituimos en república soberana. Cuanto pudiéramos llegar a ser estaría ya solo en nuestras manos —y las dependencias coloniales serían ya simple piratería o agresión exterior.

Ha pasado siglo y medio desde ese 1830 y todos nos hemos puesto a tareas de suma y balance. El presente libro es suma —muy apretada, muy rigurosa, muy crítica, tremendamente parca— de lo que los ecuatorianos hemos hecho en ciento cincuenta años de literatura. Y como este bien pudiera ser el campo donde más y mejor hemos trabajado, cabría pensar que este será el renglón mayor y más significativo del balance.

Este trabajo va a llegar al II Encuentro sobre Literatura Ecuatoriana de Cuenca; a universidades, colegios y escuelas; a bibliotecas y estudiosos, y a todas las gentes de cultura del país gracias a la colaboración del Instituto Otavaleño de Antropología que al conocerlo se ha empeñado en editarlo en tiempo increíblemente corto, a medida de su magnífica planta y de sus aún mejores entusiasmos por cuanto contribuya a iluminar lo que los ecuatorianos fuimos, lo que somos y lo que estamos llamados a ser.

Preámbulo

La última literatura quiteña

La literatura quiteña se afirma como americana y mestiza en la segunda mitad del siglo XVIII y comienzos del XIX con tres figuras de estupenda personalidad literaria: Juan de Velasco, el protohistoriador; Eugenio Espejo, adelantado de la Ilustración en la Audiencia, y José Mejía, el altivo orador de las Cortes.

El P. Juan de Velasco (1727-1792) recogió en su **«Historia del Reino de Quito»** las tradiciones que habrían de ser cimientos, hitos y primeros capítulos de nuestra historia, con certero instinto narrativo y desenfadada y hermosa prosa.

Espejo (1747-1795), espíritu inquieto y talentoso, extendió su saber a cuanto era posible en su siglo y, en nombre de una Ilustración a la que abría camino en el recoñeto Quito de su tiempo, criticó su gusto y educación, sus costumbres, su economía y organización social, su salubridad y condiciones de vida, en obras como **«El Nuevo Luciano»**, **«Reflexiones acerca de las viruelas»**, **«Defensa de los curas de Riobamba»**. Su famosísimo **«Discurso de la Escuela de la Concordia»** y artículos de **«Primicias de la Cultura de Quito»**, primer periódico de la Audiencia, roturaron caminos para las aspiraciones progresistas de la hora. Sin embargo, aun más que por esos escritos, Espejo pesó en la transformación que se sentía cada vez más próxima, a través de discípulos y de literatura clandestina, al estilo del **«Retrato del Golilla»** –cuya paternidad, como era natural, negó siempre.

La expulsión de los jesuitas obligó a Velasco a abandonar tierra americana, en 1767. Escribiría su **Historia** –sus Historias, porque fueron dos– en el exilio, apasionado por las cosas quiteñas, pero sin mayor contacto con lo que en Quito pasaba. Entonces, Espejo resulta el puente que une la última parte del XVIII con el siglo XIX. Espejo conoce –y respeta– la obra de Velasco. Espejo se proyecta al siglo siguiente a través de sus discípulos: uno de ellos fue Mejía.

Los primeros años del nuevo siglo se consumen en ajetreos prerrevolucionarios, clandestinos unas veces y otras desafiantes y altivos, pero siempre febriles, que no

dan holgura para escribir. Tal fermentación, especialmente impaciente y heroica en Quito, estalla con el pronunciamiento del 10 de Agosto de 1809, precursor y ejemplar, pero trágico: al año siguiente la brutal y canallesca represión ibérica segó toda una promoción del pensamiento y la literatura quiteña, en los asesinatos del 2 de agosto. Pareció que las armas, sañudas y estúpidas, iban a silenciar a las letras, que en estos inquietos tiempos o eran nacionalistas y sediciosas, o no eran.

Hubo, sin embargo, una ocasión, y a ella debemos la gran figura de nuestra literatura en vísperas de la Independencia y la República: en las Cortes de Cádiz brilló a la altura del español Argüelles —a quien en la Península llamaron «divino»— el quiteño José Mejía Lequerica (1779-1813), altivo, elocuente, caudaloso, rico, habilísimo y brillante.

Mejía debió haber contado para la literatura quiteña de la independencia, pero la muerte —una peste— cortó su carrera meteórica, muy poco después de su irrupción en la escena americana.

Junto a Mejía estuvo en Cádiz, donde pronunció un discurso famoso, el poeta José Joaquín de Olmedo (1780-1847); y, al año de muerto el gran tribuno, en 1814, llegó, también como diputado, Vicente Rocafuerte (1783-1847).

Los tres grandes nombres, las fechas de sus nacimientos, tan vecinas (1779, 1780, 1783); las inquietudes comunes y los parecidos proyectos vitales; y, finalmente, hechos como los de Agosto y las Cortes, capaces de conferir comunión de sentido y de impulso a sus trayectorias, nos hacen pensar en una primera generación, en la que la literatura se nos ofrece buscando una nueva condición, cuyo hallazgo coincidiría con el de un nombre, más o menos feliz cuando menos: literatura ecuatoriana.

MONOGRAFÍA DE OTAVALO (2 TOMOS)

Autor: Álvaro San Félix

Editor: Instituto Otavaleño de Antropología

Impresión: Editorial «Nuestra América»

410 + 281 páginas

Quito, 1988

Presentación

Carlos Benavides Vega o Álvaro San Félix, es Miembro de Número fundador del

IOA. Un período de su vida está marcado por su nomadismo. Ha sido una especie de *homo viator*, un hombre caminante. De Guayaquil, su ciudad natal, llegó a Quito, para luego identificarse con Otavalo, tierra cobijada por el Imbabura «ese viejo oscuro y paternal» y respaldada por un pueblo amante de la vivencia cultural. De allí, por los caminos de América, de Europa... para volver nuevamente a Otavalo, adentrarse en su historia, en la idiosincrasia de su gente, ser uno más y entregarnos, fruto de su amor por una colectividad que siempre le abrió los brazos, esta *Monografía de Otavalo*, moderna, científica, convirtiéndose así, en una especie de gonfaloniero de la otavaleñidad.

La Monografía de Otavalo presenta zonas de estudio bien definidas: Geografía del cantón, Arqueología de la zona, Etnohistoria, Historia, Registro del Otavalo actual con sus instituciones, Cabildo, Actividades mercantiles, Pequeña industria, Folklore, Leyendas, Tradiciones. Todo esto tratado desde un ángulo histórico en cada tópico.

En la Monografía consta una serie documental de Cédulas Reales y Pragmáticas, disposiciones de la Corona Española con relación al Corregimiento, así como de las que se dictan cuando está bajo la jurisdicción de Colombia, la Grande; y también decretos y disposiciones recolectados en la época republicana. Es un completo – quizá el más completo hasta hoy- de las leyes de Otavalo y su jurisdicción.

Cuerda también con una cronología comparada, en la que se relacionan y entrelazan los hechos más importantes que se suceden en el mundo, en América, en Ecuador y en Otavalo, en los años más importantes de la humanidad.

Además, croquis, ilustraciones, mapas. Todo esto tratado con documentación conseguida en archivos, bibliotecas, actas de cabildos y entrevistas personales del autor con otavaleños, sobre las tradiciones y datos no editados.

Haciendo un seguimiento histórico, esta monumental obra para los otavaleños, comienza a concebirse a partir de 1982, en que el autor inicia sus estudios en la Universidad Católica de Quito. Particularmente creo que tiene su origen en su obra *En lo alto grande laguna*. Es allí donde se fragua la realización de este trabajo, digno y bello, que el IOA presenta a su comunidad con singular orgullo.

La publicación de esta Monografía, se debe a la confluencia de varias voluntades: del Gobierno Nacional, del Congreso, de varios amigos de la entidad. A todos ellos, en nombre del IOA y de este gran pueblo, lleno de tradición, libertad y rebeldía, les decimos gracias.

El IOA entrega esta obra, para el conocimiento y deleite de un conglomerado ávido

de encontrar su raíz y aquilatar con verdadero valor histórico su pasado.

Marcelo Valdospinos Rubio

Índice

Tomo I

Presentación

Prólogo

CAPÍTULO I

ASPECTOS GEOGRÁFICOS

Sitio o emplazamiento

Situación

Orografía

Límites de la jurisdicción de Otavalo

Clima

Suelos y vegetación

Laguna de San Pablo

La laguna de San Pablo se extingue

La totora: una planta autóctona

Ictiología del ayer y hoy

Otras lagunas

Ríos y fuentes

Cascadas

Intag: una brecha hacia el mar

Antiguos huertos familiares

División territorial del cantón Otavalo

CAPÍTULO II

ASPECTOS ARQUEOLÓGICOS

El hombre de Otavalo

La obsidiana y su horizonte

Cerámica

Piezas líticas

Objetos de hueso

Tecnología metalúrgica

Las tolas y su enigma

Fortificaciones militares

Camellones

Petroglifos

CAPÍTULO III

ASPECTOS PROTOHISTÓRICOS

La comarca primitiva

Otavaló entre Caranquis y Cayambis

Los incas irrumpen desde el mar

Mitimaes y su aporte cultural

Algo sobre vestidos y adornos

Atahualpa y su posible origen

CAPÍTULO IV

ASPECTOS HISTÓRICOS

Otavaló en su cuna anterior

CAPÍTULO V

PRIMERA HUELLA DE LOS CONQUISTADORES

CAPÍTULO VI

EL CORREGIMIENTO Y LOS CORREGIDORES

¿Quiénes fueron y qué hicieron?

Corregidores de Otavaló

CAPÍTULO VII

LA ORGANIZACIÓN CACICAL

Mujeres gobernadoras

Mindalaes en la zona

Algo más sobre caciques

La minga: institución perdurable

Pucará Bajo de Velásquez: sangre y paisaje

CAPÍTULO VIII

LA ADMINISTRACIÓN Y LOS ADMINISTRADORES

La negritud en el Corregimiento

Fabricación y monedas

Otros asuntos administrativos

De Carondelet al Mariscal Sucre

Los días del Apocalipsis

Disposiciones varias

El Corregimiento cercenado

Valores humanos y premios municipales

CAPÍTULO IX**ENCOMIENDAS Y OBRAJES**

El obraje de Peguchi

De los obrajes a la industria moderna

Algunas referencias demográficas

CAPÍTULO X**CONTRIBUCIONES Y LEVAS****CAPÍTULO XI****LA IGLESIA Y SU LABOR PASTORAL****SECTAS, IGLESIAS Y CONGREGACIONES****CAPÍTULO XII****LA EDUCACIÓN**

Jardines de Infantes

Escuelas

Colegios

Otras instituciones educativas

Instituto del Hombre Americano

UNE, filial de Otavalo

Índice

Tomo II

CAPÍTULO XIII**OTAVALO EN BUSCA DEL MAR Y OTROS CAMINOS**

El ferrocarril, un sueño realizado

Maldonado: un destino, un camino

Otros esfuerzos, otros caminos

Los pioneros de Intag

Otros caminos y otros límites

CAPÍTULO XIV**UNA VILLA ENTRE QUITO Y PASTO****CAPÍTULO XV****OTAVALO: TAMBO EN EL CAMINO****CAPÍTULO XVI****EL DISCRETO ENCANTO DE LO COTIDIANO**

CAPÍTULO XVII
FOLKLORE, LEYENDAS Y MAGIA
Actividades artesanales tradicionales
Artesanía utilitaria
Artesanía con totora

CAPÍTULO XVIII
INSTITUCIONES MODERNAS
Protección Social y Beneficencia
Comercio, industria y banca
Organizaciones sociales
Sindicatos y Asociaciones
Cooperativas
Organismos de servicio y control
Agricultura y ganadería
Epidemias y boticas
Mercados
Liga Deportiva Cantonal
Yamor, fiesta del maíz
Imprenta y periodismo
Transporte terrestre
Radiodifusión
Instituto Otavaleño de Antropología
Municipio: los últimos treinta años
Mojanda arriba

APÉNDICES
I DOCUMENTOS
II SÍMBOLOS DE OTAVALO
BIBLIOGRAFÍA

OBSEQUIAS

Auto : Marcelo Valdospinos Rubio
Editor: Instituto Otavaleño de Antropología
Impresión:
(Sin paginación)
1992.

Contenido

Presentación

Tiempo arupó – A Efrén Andrade V.
 Cronista del recuerdo – A Alfonso Cisneros P.
 Cosmonauta de la vida – A Vicente V. Larrea
 Himno del Colegio Nacional «San Pablo»
 Himno del Colegio Particular «San Luis».

OTAVALO EN IMÁGENES

Autor: IOA, Centro Regional de Investigaciones
 Editor: Instituto Otavaleño de Antropología
 Impresión: Editorial Gallo capitán
 Sin paginación
 Otavalo, 1979

Presentación

Abrir un Álbum Familiar es siempre sobrecogedor porque nos traslada simultáneamente al pasado, a la intimidad de otras vidas, a la recreación antojadiza de otros hechos. Lo que vemos son rostros de los abuelos o bisabuelos que sembraron las chacras o envueltos en ponchos guiaban las mulas hacia Quito o hacia Intag; los antepasados que comerciaron con los nobles productos de la zona para mantener una familia entonces incipiente, y que ahora ha olvidado tanto sus dignos oficios como su carácter o sus pequeñas ambiciones. Vemos la moda de entonces, adornada de encajes y sobria en el color y el corte, la forma del peinado, del bigote, los zapatos y el sombrero. Todo es ternura en las fotografías amarillentas de entonces. Y a pesar del tiempo transcurrido se siente un calor humano y familiar que brota de ellas, y hasta una incierta curiosidad de averiguar cómo fueron, qué pensaron, cuál fue su dosis de pasión o de amargura con las que atravesaron por la vida.

Pero cuando se trata de formar un Álbum y la familia es todo un pueblo, un pueblo como Otavalo, que hasta hace poco, y a pesar de todo, sigue siendo un puñado de casas, como maíz o de maíz, que debido a la buena tierra pudo germinar, extender sus largas y verdes hojas al sol, fructificar su mazorca de caracteres humanos, y luego, dejar que el viento asperjeara los granos por todas las latitudes y avaramente, severamente, retuviera algunos para que sirvieran de semilla, cosecha, nido y mortaja de sus propios sueños. Cuando de ello se trata, la tarea se vuelve más compleja y

disímil, porque se debiera y quisiera abarcar todos los factores que han ido formando a Otavalo; y ello se torna imposible.

Un Álbum familiar de un pueblo es algo singular por su intención, su realización y su mensaje. Están los rostros sí, la mantilla, el chaleco y la leontina de oro, la seriedad casi forzada y digna de los personajes que quedaron detenidos en el tiempo, como en espera de un reposo que no llegará jamás, está el hecho que los congregó, el que movió sus corazones e infló las velas de su patriotismo, pero más interesa el acontecimiento: la minga, el desfile, la llegada del aeroplano, del hidroavión o del ferrocarril. La corrida de toros, el grupo humano en la asociación, en la cancha deportiva, en el mercado, siempre en actitud de conglomerado vital, activo. Esa es la otra cara de un Álbum familiar de un pueblo. Es posible que se distinga a la abuela, al tío que partió lleno de sueños para caer en la guerrilla, a la novia que partió sin estrenar besos, al hermano «natural» que surgió a base de cólera y talento, y que luego salvó a la familia que le negó su afecto y su apellido. Hay tanto que se puede ver o imaginar al hojear las páginas lejanas en el recuerdo, pero ahora muy cerca de nosotros en el cariño.

Y también está el rincón de la ciudad que se marcha ante el impulso modernizante que destruye más que atesora, la calle, la esquina, el alero lleno de musgos y golordinas. El portón, el patio, el paisaje siempre perdurable y por eso más tierno y comunal. En el corazón de todo otavaleño va a vibrar una íntima y personal fibra de sentimiento filial, con su tierra y con su pueblo, al detenerse cautelosamente en cada una de las fotografías, que el Instituto Otavaleño de Antropología ha reunido amorosamente y seleccionado para hacer un elogio gráfico a la ciudad en sus primeros 150 años.

Esta ha sido la intención y es el mensaje. Recordar un poco lo que fuimos y meditar bastante en lo que debemos ser y que todavía no lo hemos conseguido.

Si se logra siquiera una parte de este propósito, habremos conseguido rendir a Otavalo nuestro más hermoso y digno homenaje.

Plutarco Cisneros A.

POESÍA CONTEMPORÁNEA DEL ECUADOR

Editor: Instituto Otavaleño de Antropología
Impresión: Talleres Gráficos del IOA (mimeo)
34 páginas
Otavalo. 1969

PUESTO DE GUARDIA

Autor: Marcelo Valdospinos Rubio

Impresión: Editorial Gallo capitán

207 páginas

Otavaló, s. f.

Presentación

La presente antología de ensayos periodísticos, escritos por Marcelo Valdospinos Rubio, enfocan con justeza de criterio y opinión clara y objetiva, todo cuanto sucede en nuestro alrededor, y que por igual interesa a los otavaleños o a quienes sin serlo, escogieron nuestro terruño para afincar en él sueños y esperanzas.

Marcelo Valdospinos Rubio, es uno de los pocos analistas políticos, que con un estilo nuevo y diferente, encara la problemática en la que se encuentra inmersa la vivencia lugareña. Estilo que llega al pueblo, que expresa la aspiración de ese pueblo.

Marcelo siendo un maestro y un hombre de letras, es sobre todo un político. Con gran lógica y perfecto conocimiento de la realidad histórica y sociológica, enfrenta las disyuntivas, con objetivos positivos.

Desde su incursión en el periodismo, allá por los inicios del 60, a través del quincenario *Síntesis*; la Dirección Ejecutiva del Yamor '72 y ahora bajo el seudónimo de *Amauta* en *PRESENCIA*, Marcelo demuestra la teoría y práctica de su constante amor por Otavaló. De un amor especial. De un amor comprometido en las tareas, cuyo diagnóstico representa lo más doliente en retraso y apatía cívica.

Su capacidad crítica, estimulada por el conocimiento exhaustivo de la realidad otavaleña, le permite interpretar con vocación filosófica, la vivencia política de Otavaló.

Con Marcelo somos amigos desde la infancia. Nos pertenecemos a una misma generación, por ello puedo afirmar que tiene una mentalidad renovadora y un espíritu irrenunciable a sus ideales.

En *Puesto de Guardia* aparece toda una vivencia otavaleña y una ratificación de la filosofía de la otavaleñidad. Llamando a las cosas por su nombre y exaltando la labor anónima del otavaleño que se quedó a vivir en la tierra.

Edwin Narváez Rivadeneira

SEÑORÍO ÉTICO

Autor: Marcelo Valdospinos Rubio

Editores: Instituto Otavaleño de Antropología & Casa de la Cultura Ecuatoriana,
Núcleo de Imbabura

Impresión: Studio 21

132 páginas

Ibarra, 2003

Índice

El Señor de las Angustias. – *El Cristo de la otavaleñidad*-

Gonzalo Benítez Gómez. – *Señorío de la música nacional*-

Fernando Chaves Reyes. – *Atalaya del humanismo*-

Enrique Garcés Cabrera. – *«Llama viva» de la otavaleñidad*-

Guillermo Garzón Ubidia. – *El ruiñeñor de la fuente*-

Gustavo Alfredo Jácome. – *Doctor en otavaleñidad*-

Luis A. León Vinuesa. – *Un científico ecuménico*-

Alejandro Plazas Dávila. – *El corazón musical de Otavalo*-

Gonzalo Rubio Orbe. – *Y su principado laico*-

José María Troya. – *En el quirófano del olvido*-

César Vásquez Fuller. – *Prioste de lo arcano*-

Pedro Manuel Zumárraga. – *Antorcha de la cultura provincial*-

La generación IOA. – *Entre la realidad y la utopía*-

Bibliografía.

SINDICATO DE ZAPATEROS «1° DE MAYO»

Autores: Augusto Dávila F. & Alberto Bolaños

Impresión: Editorial Gallo capitán

82 páginas

Otavaló, 1979

Dedicatoria

Este folleto está elaborado con los más importantes y auténticos datos extractados del Libro de Actas del desaparecido Sindicato de Zapateros «1° de Mayo», de Otavalo.

Los emotivos recuerdos que conforman esta sucinta relación se desarrollaron en el seno de nuestra entidad, y aunque inconscientemente hayamos cometido algunos errores al narrarlos, estos no alteran ni distorsionan el verdadero sentido y alcance

de los mismos. En consecuencia, pedimos desde ya, a nuestros conciudadanos, comprensión y disculpas, toda vez que no estamos suficientemente capacitados para discernir correctamente el pensamiento reflexivo con el cual tratamos de identificarnos; tal como somos sentimos.

Todo obedece a querer colaborar con esta cita histórica de nuestra ciudad, y a pedir a todos los otavaleños que con esta ocasión se depongan las rencillas lugareñas, las rivalidades y egoísmos, y nos unifiquemos; convencidos de que todos unidos haremos la prosperidad y grandeza de nuestra Patria Chica.

Este sincero y verídico aporte de otavaleñidad lo dedicamos con las debidas consideraciones al Comité Central del Sesquicentenario de Otavalo. Aporte que ha sido posible a la recopilación de los actos realizados durante la última directiva que tuvo nuestra entidad de zapateros por los compañeros Augusto Dávila F., como Secretario General, y, al compañero Alberto Bolaños como Secretario de Actas y Comunicaciones, respectivamente.

VERSOS DE JUVENTUD

Autor: Luis Enrique Cisneros

Editor: Instituto Otavaleño de Antropología

Impresión:

144 páginas

Otavalo, 1983

Preludio

Aparte de la diástole común que nos hermana, evidentemente que Luis Enrique Cisneros Jácome es un hombre de extraordinarias excelsitudes: su lirismo de perfil juanramoniano, su otavaleñidad en acendramientos de estirpe, su soledad en el alcor de señorío, su incurable quijotería desperdigada en anécdotas que conforman la singularidad de su vida.

Tras esta magra enunciación de sus múltiples virtualidades, es indudable que lo que más nos mueve y nos conmueve es ese su amoroso apegamiento a la tierra-madre, que en él —al igual que en otros otavaleños en pléyade—, ha sido ha sido un voluntario cercenamiento de alas en tan alto holocausto que los devenidos muñones, a él como a los otros, les han imposibilitado el avizoramiento de nuevos horizontes. Y todo en bien y engrandecimiento de la tierra. Él, desde la desvelada, la señorial, la pulquérrima presidencia del Cabildo otavaleño, cuya lejana evocación trae a nuestras mentes la

nostalgia de la sentencia: «cualquiera tiempo pasado fue mejor». Y desde esa dignidad por él dignificada, el cargo de bibliotecario municipal, inusitadamente *ad honores*, cuyo sueldo mensual renunció en bien del incremento bibliográfico. Fue profesor del Colegio Nacional «Otavalo» y ejerció la cátedra de dignidad cívica, desde la cual advirtió al reincidente y quintuple candidato presidencial, en histórico cablegrama dirigido desde Otavalo a Buenos Aires: «En bien de la patria ecuatoriana, absténgase Ud. aceptar candidatura presidencial». Y cuando pese a todo, triunfó la avalancha populachera del velasquismo, en actitud muy propia de una cervantina página de El Quijote, renunció irrevocablemente el humilde y arrinconado cargo para encumbrarse sobre el plinto de una inusual lección de dignidad, tan rara en nuestros tiempos. También fue presidente del Centro Agrícola Cantonal, el de ferias agropecuarias y programas de huertos frutales a imagen y semejanza del suyo, pródigo en pámpanos y chumberas, en duraznos y ciruelas en flor, a cuya sombra puede hacer suya la copla de Fray Luis de León:

«Del monte en la ladera
por mi mano plantado tengo un huerto
que con la primavera
de bella flor cubierto
ya muestra en esperanza el fruto cierto...»

Hoy, al hojear sus «Versos de Juventud», hemos hecho el conmovedor descubrimiento del varón de dolores y doloras de amor. Como que la asiduidad del paisaje otavaleño le hubiera ido sensibilizando el alma hasta llagarla toda entera, hasta culminar en un viernes de pasión: «*Ecce homo*».

Llaga viva de amor su alma. En desangre de música y poesía. Porque es compositor y poeta, unimismadamente. Su desbordante lirismo se ha extravertido en las tesituras de más de un centenar y medio de pasillos y tonadas, a través de los cuales solloza su alma acongojada. Lo mismo que a lo largo de sus versos. Poeta de una contumaz y recidiva pena de amor:

«¿Por qué ha de ser tan negra, Señor, mi desventura,
tan honda mi tristeza, tan duro mi dolor;
ni por qué tan acerba la miel de mi amargura,
ni tan largo el camino que me lleva al Tabor?»

Los alejandrinos prosiguen con la misma queja amorosa:

«Si es grande el sufrimiento que al corazón le abruma
cuando se ama de veras, como se debe amar.

más grande es el suplicio si a este dolor se suma
el dolor infinito de tener que olvidar.»

La eterna lucha entre el cerebro y el corazón, entre lo que es y lo que debe ser: «...el dolor infinito de tener que olvidar...»

La temática de «Versos de Juventud» es casi unícorde: el tormento de un amor imposible, del amor que ha llegado tarde, del que no puede ser y, sin embargo, es:

«Yo no sé qué me pasa ni por qué me torturo
buscando lo que nunca, jamás he de alcanzar;
ayer juré olvidarte, mas hoy, como un perjurio,
vuelvo a ti nuevamente tus horas a turbar.»

En otro poema, la misma quejumbre:

«Bien sé que tu camino seguir no debo,
con la esperanza absurda de que me quieras;
mas, este amor ardiente que oculto llevo
me guía entre las brumas de mis quimeras...»

El pesimismo, el desaliento del alma dotada del privilegio atormentador de la sensibilidad ensombrecen la vida:

«Es la senda de espinas, mas nada importa.
Van regando su sangre mis pies desnudos,
y no sé si esa senda, sea larga o corta,
si serán mis tormentos tal vez más rudos.»

El alma congojosa del poeta se adentra en un filosofar masoquista, expresado a través de interrogaciones antinómicas:

«¿Por qué a la vida si es mal le quiero?
¿Por qué a la muerte si es un bien le temo?
¿Por qué a las dichas el sufrir prefiero?
¿Por qué el olvido es mi ideal supremo?»

Y como la vida es un mal, la muerte es la solución:

«Mala es la vida para mí. no obstante,
sigo arrastrando la existencia mía:

vivo en esperanza del postrer instante
en que el bien de la muerte me sonría...»

Es una como evasión de a cruel realidad de la vida, el poeta se refugia en los simbolismos oníricos:

«Me han dicho que los sueños a veces son augurios
de aquello que algún día lejano ha de pasar;
las fuentes se dilatan por sus propios murmurios,
el futuro en los sueños se alcanza a columbrar...»

No es el destino, no es la fatalidad de la **moira** griega la que atormenta su vida. Es la acción punitiva del cielo, el castigo divino que cae sobre el pecador. Por eso este diálogo entre el hombre y la Divinidad siempre en justicia:

«Tú eres justo, Señor, no te demando
por tantos padeceres tu clemencia;
es la deuda no más que estoy pagando
por los errores míos, sin renuncia...»

Y como las penas aprietan cada vez más el torcedor, adviene inclusive la rebelión y la dila en un conato de blasfemia momentánea:

«A veces dudo tanto que seas infalible
en tu bondad inmensa, como el reino en que moras;
si forjas tú el destino de todos los humanos,
¿por qué al destino nuestro le hiciste tan fatal?

En un versificar sencillo, de tierna ingenuidad, la invitación a la «dulce prometida sin promesa», con la advertencia de la caducidad, de mañana ya no ser. El ritornelo resulta conmovedor:

Ven a mis brazos,
amante y buena,
ven que mañana
ya no vendrás.

Dame tus besos
que me enloquecen
que ya mañana
no me darás.

Enteramente
sé toda mía
porque mañana
ya no serás...»

El amador enfebrecido que es poeta, exalta, diviniza a la mujer amada. Pero también tiende la mano misericordiosa ala que ha caído y pretende salvarla mediante el amor:

«Yo quise salvarla, Señor Jesucristo,
del fondo del vicio, del fango del mal.
Le tendí mi mano, le enseñé el camino
que lleva a la cumbre del bien eternal.

Ten misericordia de esta Magdalena
que pasó errabunda por mi soledad,
dejando en mi pecho prendido muy hondo
el recuerdo amargo de su liviandad.»

«Melancolía, madre mía» fue la invocación del poeta decapitado Arturo Borja. Nuestro poeta, con el alma a flor de piel, ha de sentir también la triste dulcedumbre de la melancolía, como un resabio de otra pena de amor:

«Vengo a despedirme de tus ojos negros
porque estoy curado de tu hechicería;
de ese mal divino de tu amor, tan solo
me quedó un rezago: la melancolía...»

El tema de la despedida de la mujer a quien amó tiene unos cuantos matices:

«No volverán mis ojos a mirarte incansables.
no volverán los tuyos a mirarme jamás;
si entre los dos existen distancias insalvables
es mejor alejamos para no vernos jamás...»

Le duele la incomprensión de quien más que nadie debió comprenderle, le duele también la ingratitud de quien debía serle grata, y brota la queja y el reproche, resignadamente:

«No importa que no sepas mis negras desventuras.
que ignores de mi ciega pasión la excelsitud:

me basta con quererte con todas mis temuras,
aun cuando me torture tu acerba ingratitud.»

Este hombre, aparentemente frío y tranquilo, sufre por dentro, en abierta herida, como el «tormento de amar»:

«Cuántas veces, también, para olvidarme
de mi absurdo vivir, de mis pesares
bebí el ajeno amargo hasta embriagarme
y no pude olvidar,
y no pude olvidar porque en el fondo
del alma llevo el sufrimiento mío
y enraizado en mi pecho, hondo muy hondo,
el tormento de amar...»

Y agobiado por el amor en tormenta, vislumbra el suicidio como un alivio:

«Perdóname, Señor, si no he podido
cumplir tu voluntad de que yo viva
hasta saciar la copa en que has vertido
la ración de mi vida;
pero no puedo más, Señor, ni quiero...
Allí, a medio acabar, queda este cáliz
mezclado con mi sangre hecha reguero
por mi mano suicida.»

Desde su soledad abroquelada, al filo del ocaso, oye las campanas de la iglesia parroquial tocando a duelo. Cómo no quisiera que fuera por su propio funeral:

«Tan... Tan... Tan...
Las campanas lloran
por los que se van.

¡Qué buenas, qué santas
que son las campanas!
Parecen hermanas
de los que se van...»

El poeta, ¿vive? ¿muere?, sobre el acantilado de su soledad. Soledad buscada libremente, deliberadamente. Soledad de cumbre. Soledad en que se esconde un alma tormentosa y atormentada. Soledad de orgullosa singularidad en medio de la

pequeñez circundante. Y las pequeñeces. Por eso, «soledad de estrellas...» Por eso, «Quiero estar a solas con mi soledad».

«Quiero estar a solas
con mis desventuras
como están los muertos en las sepulturas.
Quiero estar a solas, silenciosamente,
como el eremita o el anacoreta,
como el lobo arisco o el campo yermo;
como las estrellas en el firmamento,
quiero estar a solas
con mi soledad...»

Como el Poverello de Asís, el que tenía el «alma de querube», nuestro poeta abraza la pobreza con resignación, porque a falta de bienes materiales, él cuenta con la riqueza de la poesía en que rebosa su corazón:

«Cada vez que me abruma la pobreza
me adentro en la misantropía;
y así, lejos de todo, la tristeza
le conforta con llanto el alma mía.

Y soy rico también, mas mi riqueza
está en mi corazón: la poesía,
y jamás su tesoro de belleza
con el oro del mundo cambiaría.

La pobreza es un bien. Yo no maldigo
el minuto inicial de mi destino.
La pobreza es un bien, no un castigo.

Por ella hallé la fuente en mi camino,
la fuente de los goces inauditos
que nos dan los sueños infinitos.»

Cada uno de los poemas de «Versos de Juventud» ha sido para mí el descubrimiento de nuevos relumbres en el alma toda ella poetizada de Luis Enrique Cisneros Jácome. Y de propósito consigno nuevamente su segundo apellido, el materno, el maternal, porque a través de él y de su poemario, me siento orgullosamente hermanado con la finura de su alma.

Y una confesión final. Tras leerle en sus dolores y doloras de amor, en sus ayes desde las heridas de su exquisita sensibilidad, en la congoja de su hastío rayano en la misantropía, en la soledumbre de su soledad, he comenzado a sentir –pese a mi dilección de siempre, a mi predilección–, el remordimiento de no haber estado más cerca de él, de no haberle querido más y mejor.

En compensación, hoy quiero dejar al poeta de «Versos de Juventud», a través de estas líneas, el corazón de la juventud otavaleña, especialmente. Para que luego de un encandilado descubrimiento, aprendan a comprenderle y terminen amando a quien se ha inmortalizado poniendo en todos nosotros, los otavaleños, el verso inicial de nuestro himno:

«Caro a Dios y a la Patria, Otavalo...»

Gustavo Alfredo Jácome

Índice

Portada

Preludio

El doctor Luis Enrique Cisneros

Copia simple

Terruñal

Himno a Otavalo

Otavalo de mi vida

Madre

Quito de mi corazón

Romance a la Ciudad Blanca

Sangre ibérica

Homenaje a Remigio Romero y Cordero

Himno al Oriente ecuatoriano

Abdón Calderón

Canto al indio americano

Elegía

Teresita

Reina del Yamor

Nuestro Oriente

Himno a Otavalo

González Suárez

Rumiñahui

Visión fatal

Romance a las Reinas

Jesucristo

Romance a Sixto Mosquera

Ofrenda

Poema de Navidad

Nueva elegía

Cristales

Romance del niño pobre

La canción del indio

Nuestra Señora del Yamor

Zara Ñusta

Las glorias de Bolívar

Himno de Otavalo

Versos de juventud

**Caracteres
Impresos**



Otavalo - 2007